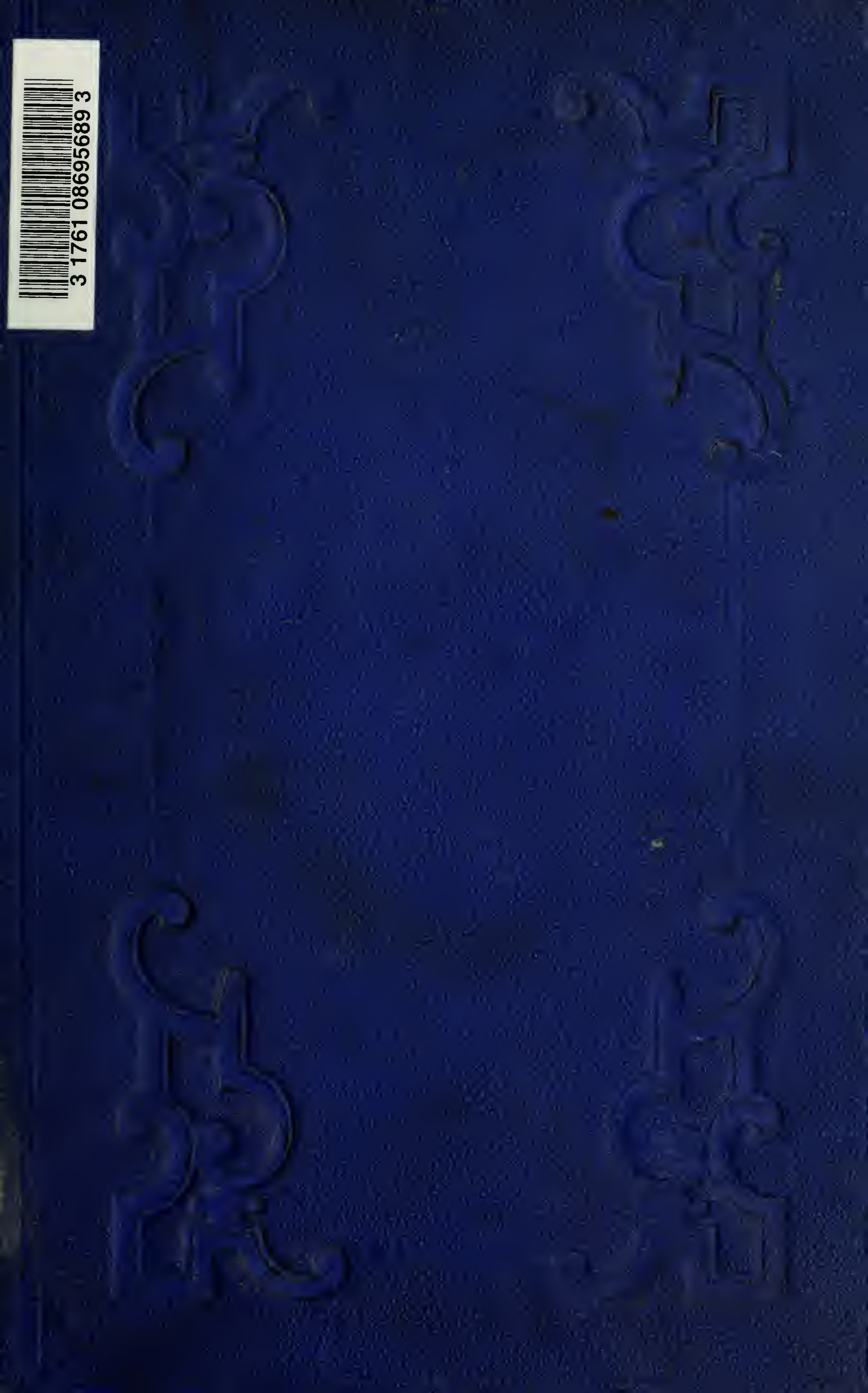
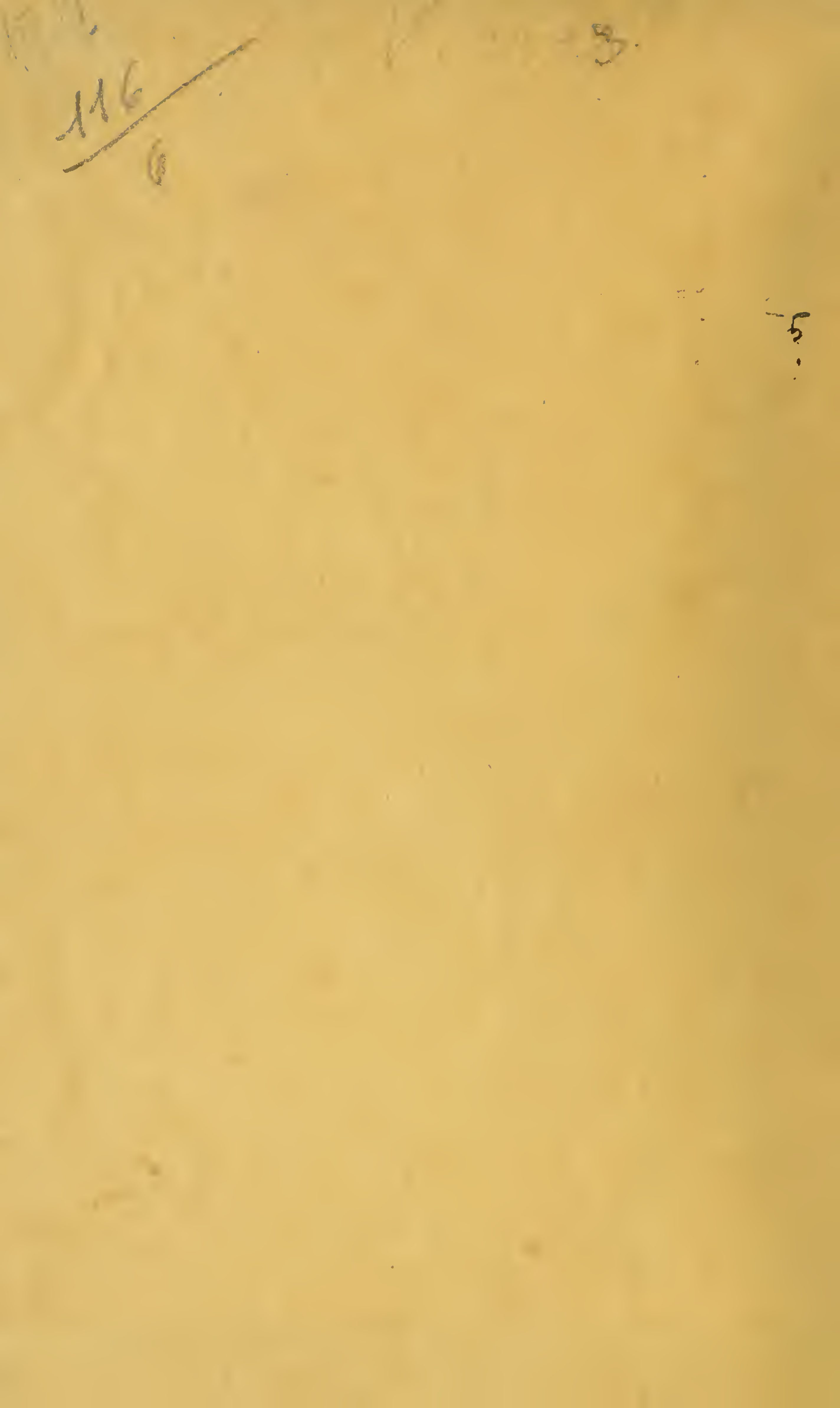

3 1761 08695689 3



LECTURA A DOMICILIO
12~~35~~
Gracia, 32-VALENCIA

C 3176d

EL DIABLO MUNDO.

CONTINUACION Y CONCLUSION DEL POEMA

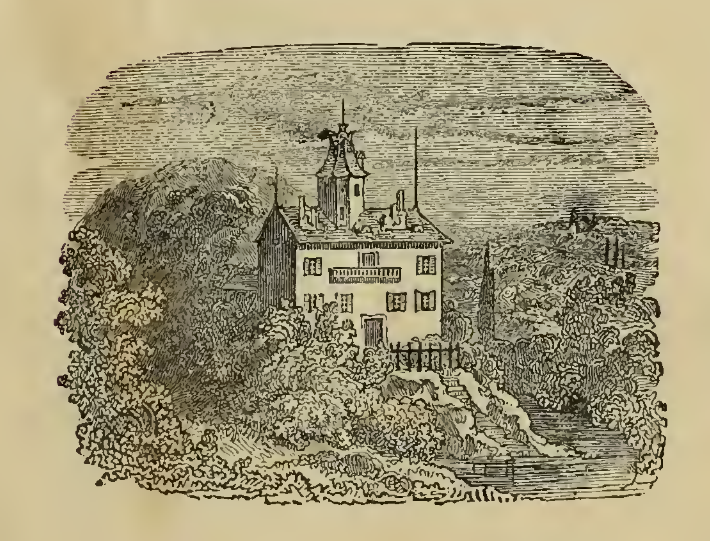
DE

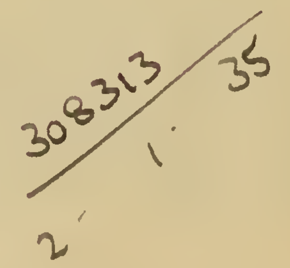
DON JOSÉ DE ESPRONCEDA,

POR

DON MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

SEGUNDA EDICION.





MADRID.—1871.

LEZCANO y ROLDAN, editor propietario.

La propiedad de esta obra y la de sus dibujos y grabados pertenece á D. José María de Lezcano y Roldán, y todo ejemplar que no lleve las contraseñas que se han adoptado, se considerará como furtivo para los efectos de la ley, protectora de los derechos de propiedad.

Imprenta de J. M. Ducazcal, plaza de Prim, 6.

EL EDITOR AL PÚBLICO.

Al ofrecer al público la edicion segunda de este libro, cuyos ejemplares de la primera hubo necesidad de aumentar en su dia en número considerable, no entra en nuestro ánimo el extendernos en largas consideraciones para hacer apreciar su mérito literario. Son tantas las bellezas de primer órden que campean en sus páginas, tan profundos y delicados los pensamientos que ellas contienen, tan ricas y abundantes sus imágenes y descripciones, y tan fácil, sonora y castiza su versificacion, que desde luégo bastarian por sí solas para colocar dignamente al que las ha escrito en el primer grupo de nuestros más distinguidos poetas.

La empresa, si hemos de decir verdad, era bastante árdua. La conclusion de EL DIABLO MUNDO parecia en extremo problemática, puesto que nadie, ó á lo más muy pocas personas, habian podido darse cuenta del pensamiento que guiara la pluma de D. José de Espronceda. El Sr. Carrillo de Albornoz, como él mismo indica en las notas adicionales que ha querido dejar intactas en esta segunda edicion, se propuso continuar la obra de aquel célebre literato *con materiales suyos propios*, y al hacerlo así, con el más distinguido acierto, ha visto premiados sus afanes y compensadas sus vigilias (de las que fuimos testigos), con unánimes elogios por parte de la prensa y con el favor del público, que, Dios mediante, esperamos vaya cada vez en aumento.

Tal vez la excesiva modestia del Sr. Carrillo, cuya delicadeza no quisiéramos ofender al dedicarle estas líneas, pudo ser un verdadero obstáculo para el éxito que al fin alcanzó su obra; tal vez esa misma modestia pudo perjudicarle y dar ocasion á que alguna orgullosa notabilidad olímpica, ó alguna nulidad envidiosa, hubieran podido mostrarle cierto despego. La prudente desconfianza de sí mismo, que debiera ser prenda inherente y atributo esencial de todo hombre de talento, suele ser muchas veces la peor carta de recomendacion para alcanzar gloria y utilidad. Por fortuna, el trabajo, la honradez y el ingenio hallan casi siempre su estímulo y recompensa; porque la generalidad de los hombres, la gran masa del público, único juez tan severo como inapelable en estas materias, conservan en toda ocasion un fondo de justicia que nadie puede contrarestar, ni ménos destruir.

Por estas razones, nosotros que de editores á medias hemos pasado á ser propietarios exclusivos de esta obra, y que sabemos los grandes elogios que á la misma han tributado muchísimas personas respetables por su posicion y elevado criterio, nos lisonjeamos de que no ha de ser la presente edicion la última que demos á luz. La continuacion de EL DIABLO MUNDO, escrita por D. Maximino Carrillo de Albornoz, merece muy bien ser conocida de todos los amantes de la gaya ciencia, y debe ocupar desde luégo, segun nuestra humilde opinion y la de las distinguidas personas á que nos hemos referido, un puesto preferente en las librerías y en los gabinetes de estudio de cuantos se dediquen á leer y escribir versos castellanos.

Madrid: 1871.

Lezcano y Roldán.

EL
DIABLO MUNDO.

SEGUNDA PARTE.

.............Vi todo lo que se hace debajo del sol, y hé aquí todo es vanidad y afliccion de espíritu.
....¿Qué provecho sacará el hombre de su trabajo y de la afliccion de espíritu con que es atormentado debajo del sol?
Todos sus dias llenos están de dolores y miserias.

(El Eclesiastes.)

LIBRO PRIMERO.

CANTO I.

Dedicado á la memoria de D. José de Espronceda (1).

Hondo gemido en derredor acaso
En este instante pavoroso zumba,
Mientras que yo, con vacilante paso,
En busca me dirijo de una tumba.
Tibia la luz del sol baña el ocaso;
El viento en sus cavernas se derrumba,
Y el hondo valle, imágen del olvido,
Queda en silencio y soledad sumido.

No hay rumores, no hay luz; inquieto en vano
Ver tras la niebla el horizonte ansío;
Solo el símbolo hermoso del cristiano,
Descubro en medio del camino mio.
Acudo, llego; mi atrevida mano
De un sáuce aparta el pabellon sombrío,
Y mis ojos atónitos ofuscan
Los mismos cuadros que mis ojos buscan.

Ya del cielo hasta el monte, que su cumbre
Levanta enhiesta en orgulloso alarde,
Un mar parece que de viva lumbre
Sin consumirse esplendoroso arde.
Ya con fiera congoja y pesadumbre
Miro, y con ojo y corazon cobarde,
Sombras vagas, que tristes, misteriosas,
A mi lado desfilan silenciosas.

Y el monte desparece; brota el suelo
Vapores mil; la tempestad avanza
Y la nube que enluta el ancho cielo
Cubre al sol moribundo en lontananza.
Rómpese al cabo el palpitante velo
Con la cárdena luz que el rayo lanza
Y el viento vá las nubes azotando
Con los truenos que lejos van rodando.

Y la niebla se trueca en vaporosas
Nítidas gasas, y se eleva ufana,
Formando mil figuras caprichosas
De nácar, oro y encendida grana.
Y me figuro que con frescas rosas
Bajo mis pies el suelo se engalana,
Entretanto que al pie de la arboleda
El sepulcro descubro de ESPRONCEDA.

(1) Véase la primera de las notas que van al final de la obra.

No es un sueño; su nombre allí grabado
Está en el mármol que sus restos guarda;
Y entre el polvo hay un libro sepultado
Que há mucho tiempo su final aguarda.
Y hay tambien un laud que está callado.
Espera un vate; mas el vate tarda....
¡Oh! permitid que el corazon se inflame
Y de este modo en mi delirio esclame:

¡Génios divinos! ¡dadme vuestro aliento!
Dejad que pulse la vibrante lira;
Dejad que esprese con sonoro acento
La osada idea que á mi mente inspira.
Quiero seguir el rumbo turbulento
De este mundo de farsa y de mentira,
Que así se agita en infernal pelea
Como en sus ejes rápido voltea.

De Espronceda seguir quiero atrevido
Las huellas que trazó en su Diablo Mundo;
Quiero anudar el hilo interrumpido
Aunque es árduo el proyecto en que me fundo.
Si el plectro es rudo, y tardo y dolorido,
Y el ingenio incapaz, pobre, infecundo,
Que el mundo me castigue porque intento
A un cadáver robar el pensamiento.

¡Espronceda!..... Con ánimo impaciente
Buscaba el sol de espléndida ventura
Que el hombre forja en su delirio ardiente
Mientras su frágil existencia dura.
Y al ver la pobre humanidad doliente
Siempre vagando por la noche oscura
Del porvenir incierto, al hombre mira
Y por su suerte con afan suspira,



Y ora débil, cobarde, amilanado;
Ora lleno de pena y sinsabores;
Ora inquieto, bullente, entusiasmado;
Ora feliz y respirando amores;
Ora, en fin, de esperanzas rodeado,
O de horribles tormentos y dolores,
En donde quiera que al mortal retrata
Su mágico pincel nos arrebata.
....

Un misterio continuo es la existencia,
Y Espronceda, tal vez con soberano
Esfuerzo, sondear en su impaciencia
Quiso el terrible misterioso arcano.
Y adquiriendo por fin esa esperiencia,
Triste blason del infeliz humano,
Rasgando audáz el tenebroso velo
Víctima fué de su impaciente anhelo.

Que es la esperiencia un páramo sombrío
Donde sólo se albergan desengaños,
Como en el fondo del sepulcro frio
A do nos llevan los cansados años.
Funesta realidad, árido hastío
Que mata para siempre los estraños
Espléndidos proyectos, la quimera
Dorada y rica de la edad primera.

De esa edad de esperanza y de ventura
Y de castos purísimos amores;
De esa edad en que, libres de amargura,
Do quier hallamos aromosas flores;
En que llenos de amor y de ternura
Venimos á este valle de dolores,
Para encontrarnos, al salir de un sueño,
Vano el placer y el bienestar pequeño.

Juguetes ¡ay! de mísero destino
Glorias, triunfos, riquezas codiciamos;
Y en hondo afan y en padecer contíno
Las sonrisas en lágrimas trocamos.
Y el autómata emprende su camino;
Y corremos, y apenas recordamos
Que escrita su sentencia eternamente,
Tiene la pobre humanidad doliente.

∴

Dios la escribió. Su espíritu flotaba,
Grande, eterno, invisible, poderoso,
Sobre el abismo inmenso que formaba
El insondable caos misterioso.
Espíritu potente que inundaba
Con ráfagas de fuego, el tenebroso
Espacio incomprensible, do mugían
Las aguas que ante Dios se estremecían.

Y su voz y su espíritu dijeron:
«Haya cielos y mundos de alegría;»
Y soles en el aire aparecieron
Con mil mundos de mágica poesía.
Y espíritus angélicos surgieron
Entonando con dulce melodía,
Cantares al Señor que los formaba
Y un empíreo magnífico les daba.

Sol y luna y estrellas refulgentes,
Ligeras nubes y anchurosos mares;
Valles y montes, cristalinas fuentes,
Tiernos arbustos, flores á millares;
Peces ligeros, aves diligentes;
Frutos sin cuento, aromas singulares;
Brisas, colores, celestial encanto.....
Todo brotó con el precepto santo.

Y luego Dios, cuyo poder alcanza
Tanto prodigio á realizar, contento
Vió sin duda tan súbita mudanza,
Y dijo al punto con benigno acento:
«A mi imágen y propia semejanza
»Quiero al hombre formar;» y fué al momento
Formado el hombre, porque el hombre fuera
Árbitro y rey de la creacion entera.

Árbitro y rey que fementido y vano
Los decretos de Dios puso en olvido;
Árbitro nécio, y torpe soberano
Que, por consejos de Satán movido,
Quiso sondar el misterioso arcano;
Quiso abarcar con ánimo atrevido
La recóndita, eterna y pura ciencia
Que guarda la suprema inteligencia.

Y entonces Dios, desde su inmensa altura,
Castigó la soberbia y la osadía
De aquella pobre, miserable hechura
Que así igualarse al Hacedor quería.
Y vióse débil la infeliz criatura
Vagando triste un dia y otro dia,
Como frágil barquilla sin piloto
Que empuja el cierzo y que combate el noto.

—

Y el ángel caido,
Tendiendo sus alas,
Fijó sobre el mundo
Su ardiente mirada
Diciendo para sí:

«Cuanto aquí miro, á mí me pertenece;
Cuanto este mundo ante mi vista ofrece,
Todo ha de ser sin duda para mí.»

———

Y viendo llegar de lejos
Cien y cien generaciones,
Sociedades diferentes,
Razas diversas de hombres,
Pueblos que nacen y acaban,
Siglos que pasan veloces,
Cien idiomas distintos,
Trages, usos, religiones.....
—«Yo haré, continuó, que sea
Víctima de sus errores
Ese mísero mortal
Que en pos de la dicha corre
Y el camino de esa dicha
Siempre nécio desconoce.»

«Yo la duda que destroza,
Y la envidia que corroe,
Y la calumnia que mata,
Y el rencor que nada oye,
Haré brotar en su pecho
Acibarando sus goces,
Para que blasfeme impío
Del cielo con lengua torpe.»

«Yo haré que los celos halle
Cuando busque los amores;
Le daré falsos amigos
Que su corazon destrocen
Tendiéndole astuta mano
Que agudo puñal esconde.»
«Yo le daré sed de gloria,
De riquezas y de honores,
Sin que jamás satisfecho
Con su suerte se conforme,
Porque en su pecho el vacío
Hará que siempre se ahonde
La mano de la implacable
Ambicion que su alma absorbe.»

«Yo llenaré sus historias
De crímenes y de horrores,
Para que, al ver su pasado,
De sus crímenes enormes
Se avergüence, renegando
De esa raza vil y torpe
Que en el estado salvaje
De su propia raza come
Y abandona sus hijuelos
Como las bestias feroces (1).»
«Yo encenderé las hogueras
De horribles inquisiciones;
Inventaré los tormentos;
Aliento y vida á los bronces
Prestaré, porque en la guerra
Se destruyan esos hombres,
Mientras se talan sus campos
Y se achicharran sus trojes.»

«Y luégo por otras vias
Mi plan seguiré, y los orbes
Se estremecerán, oyendo
Mil y mil confusas voces,
De hipócritas embusteros,
De infames embaucadores,
Que á la muchedumbre halaguen
Fingiéndose sus apóstoles,
En tanto que las cadenas
Para sus hermanos forjen.»

«Hermano que muchas veces
Premie las buenas acciones,
Las virtudes estimule

(1) Esto es demasiado fuerte; pero téngase en cuenta que es el diablo el que habla.

Y socorra al que le implore,
Insultando á la desgracia;
Llevando inclemente al borde
Del abismo, al desdichado
Que astutos consejos tome,
O arrojando desdeñoso
Al rostro del *pobre pobre*
Una burlona sonrisa
O un brutal «Dios le perdone.»

«Y en esta lucha incesante,
Entre mendigos y próceres,
Entre la virtud y el crímen,
Entre ancianos y entre jóvenes,
Entre monarcas y pueblos,
Entre mujeres y hombres;
Siempre la honradez, esclava
De viejas preocupaciones,
Verá entronizarse el vicio,
Que osado se le antepone,
Cubriéndose en su impudencia
De soberbios relumbrones.»



«Y ora se erijan repúblicas,
Ora tronos se desplomen,
Ora imperios arruinen
Modernas revoluciones;
Que la libertad se anuncie
Como astro de paz al hombre,
O que luégo desparezca
Entre negros nubarrones,
Y el despotismo se eleve,
Y lleven conquistadores,
Tintos en sangre, do quiera
Sus maldecidos pendones;
La humanidad, siempre herida,
Sufrirá penas atroces,
Buscando la dicha en vano
En sus locas convulsiones,
Hasta que ponga la muerte
Un término á los dolores
De su cuerpo, y venga su alma
A mis lóbregas mansiones.»

II.

Así con triste, cavernoso acento
El enemigo de los hombres dijo;
Y tendiendo sus álas pavorosas
Por la region fantástica del viento,
Que de luto y horror se vió vestida,
Rebelde al cielo dirigió sus ojos
Chispeantes de cólera y enojos.
Surcó el espacio al báratro bajando,
Y de entonces acá..... Pero de fijo
Dirás, caro lector, que soy prolijo,
Y encogiéndote de uno y otro hombro
Al mirar mi poética ensalada,
Llegarás á notar, lleno de asombro,
Que con tanto decir no he dicho nada,
Pues es sabido que rencor profundo
Al diablo inspira nuestro pobre mundo.

Y observarás al par que si Espronceda
Murió, no es culpa tuya; que leiste
Su poema; que viste como queda
Sin acabar; que no le concluiste
Por la misma razon; que en un abismo
De ráncias é insensatas reflexiones
Te introduje; que deje digresiones;
Que Espronceda murió sin tu permiso
Y sin el mio, porque Dios lo quiso;
Y que, aunque sábio era,
Dicen que fué un tremendo calavera.

Y añadirás tambien que si el rebelde
Ángel del mal, fijándose en el mundo,
Sobre él lanzó su bárbaro anatema
En su rencor profundo,
Dios tambien, bondadoso,
Las flaquezas del hombre contemplando
Y haciendo ver su voluntad suprema,
El espacio anchuroso
De angélicas virtudes fué llenando,
Para hacer de esta suerte
Que invisibles espíritus divinos,
Mitigando las sombras de la muerte,
De la vida alumbrasen los caminos.

Todo es verdad, lector, sorbido el seso,
Turbado, no miraba,
—Humilde y dócil ya te lo confieso—
Que en un mar de delirios me engolfaba;
Y sin querer aparecer profundo
(Cosa que estuvo lejos de mi mente),
Debí decirte, lisa y llanamente,
Que pienso continuar EL DIABLO MUNDO,
Aunque es mi númen, en verdad, escaso
Y no se si podré salir del paso.

Pero era fuerza comenzar diciendo,
Segun yo lo comprendo,
La razon de mi empresa;
Que aunque á tí no te importe, me interesa
Un poco, y mas que un poco,
Puesto que voy á abandonar mi puesto
Oscuro, y no quisiera que por loco
Me tomases, y al par por inmodesto
Cuando á las musas de Espronceda invoco.

Esto dicho, y pesando tus razones,
Procuraré enmendarme
Dejando esas amargas reflexiones
Que pudieran tal vez perjudicarme.
Atado al pensamiento
Que otro inició, por nadie ni por nada
Debo dejar la obra comenzada
Del tristemente interrumpido cuento.

Desecho, pues, la duda
Con que afanoso en mi interior batallo.
Y antes que nadie á convencerme acuda
Conozco la razon, la siento y callo.
Mas si *la vida es sueño*
Y siempre deseamos
Prolongar con empeño
Este sueño que vida apellidamos,
Permite que otro poco
Soñando permanezca
Por mas que ya, como indiqué, de loco
Concepto te merezca.
Escucha, pues, con calma
Los íntimos secretos de mi alma.

III.

Hace noches, lector, (y vá de cuento
Digno en verdad de serte relatado),
Que leyendo me hallaba en mi aposento
A la luz de un quinqué medio apagado,
Cuando en reloj acompasado y lento
Dieron las doce; y yo, aunque desvelado,
Cerré el libro en que ávido leia
Y al cerrarle sentí melancolía.

Escusado es decirte que era aquello
Un poema que en raro, suave encanto,
Lo sublime confunde con lo bello
Como mezcla la risa con el llanto.
De un talento feráz raudo destello
Que al llegar nada mas que al sesto canto,
Entre un yerto cadáver y una vieja
Apagado á su vez mústio se aleja (1).

Y en un piélago inmenso que alborota
Nuestro incesante afan y ardiente anhelo,
Entre dudas sin cuento el alma flota
Como en las ondas frágil barquichuelo.
Y aquella senda que llevaba ignota
Remontándose audáz al alto cielo,
Y el pensamiento que el autor guardaba
De menos echa quien leyendo estaba (2).

Y solo queda un libro en nuestra mano,
Y en la mente una historia interrumpida,
Y en el alma un impulso soberano
Que á sondar la existencia nos convida;
Y queda al corazon roedor gusano,
Y á los ojos la lágrima perdida,
Y al espíritu inquieto y abatido
El ánsia de acabar lo interrumpido.

Ó tal vez el recuerdo esplendoroso
De los encantos que pintar solía,
Cuando en calma feliz un mundo hermoso
Á nuestra vista presentar sabia,
Bañado por la luna, en el reposo
De la noche serena, limpia y fria,
Ó animado, feliz, rico y bullente
Á los rayos de un sol resplandeciente.

Mas sintiéndome al cabo fatigado,
Sin poder continuar, en mi despecho
Á mi alcoba me fuí, y aun preocupado,
Medio vestido me arrojé en el lecho.
Quedé dormido, y luego trasportado

(1) Los que tengan presentes todos los detalles de la parte que escribió Espronceda, recordarán que éste inspirado poeta murió cuando acababa de terminar el canto VI, y que al final de dicho canto quedaba el pobre Adam, protagonista de la obra, al lado de una vieja infeliz que llora y maldecia junto al cadáver de su hija.
(2) Vease la segunda de las notas que van al final.

Á otro mundo me vi menos estrecho
Que al mirarlo mi vista fascinaba
Con la pompa y las galas que ostentaba.

Horizontes sin fin, soles radiantes,
(Pues soles son allí lo que aquí estrellas),
Campos de luz, espléndidos cambiantes,
Vistosa alfombra de esmeraldas bellas,
Sutil rocío en gotas de diamantes
Que se fija en las flores, mientras ellas
Ricos aromas al callado viento
Regalan á su vez con dulce aliento.

Pintadas aves, tierna melodía
Que el corazon conmueve y arrebata;
Floresta eterna de enramada umbría
Y arroyos mil de derretida plata.
Y á lo lejos, de rica orfebrería,
Un templo que se ensancha, se dilata,
Y aunque inmóvil, parece toma vuelo
Hasta perderse en la region del cielo.

Templo de augusta, de sin par belleza,
De soberana, osada arquitectura,
Que en vano describirte mi rudeza
Ansiosa de agradarte audaz procura.
Solo diré que reune á su grandeza
Encanto, majestad, grata hermosura,
Y que es, en fin, por abreviar mi historia,
El templo aquel, el templo de la gloria.

Yo entrteanto solícito contemplo
Todo aquello que juzgo sobrehumano,
Y febril á pisar me atrevo el templo
Sin pensar ¡ay de mí! que soy profano.
Realizado por mi tan raro ejemplo,
Dentro me hallé, y en mi delirio insano
Soñaba que mi nombre encontraria...
Y era soñar el ciego que veia.

En lápidas de mármoles bruñidos,
En bronces, jaspes y con letras de oro,
De bardos españoles, esculpidos
Hallé mil nombres; ¡inmortal tesoro!
Ví en ricos pedestales sostenidos
Sus bustos gigantescos; ví el sonoro
Laud allí en sus manos; ví cercadas
Sus sienes de coronas laureadas.

Y lleno de vigor el pensamiento,
Nutrida el alma de entusiasmo ardiente,
Vagando la razon en turbulento
Vértigo ignoto que abrasó mi frente,
Sus sombras evoqué, quise un momento
Sentir en mí la chispa refulgente
Con que Dios á los sábios ilumina
Y hace brotar su inspiracion divina.

Tal ambicion mi mente avasallaba,
Tan alta idea mi ánimo arrogante
Henchido de ilusion atesoraba,
Que feliz me creí llegar triunfante
Al logro de mi afan; y así pensaba,
Cuando envuelto en relámpago brillante,
Que súbito mis ojos deslumbró,
A mi lado Espronceda apareció.

Quedóseme mirándome un momento,
Y luego que calmó la ansiedad mia,
Con voz sonora y reposado acento
Que sarcástico al par me parecia:
—«¡Par diez! me dijo, que estarás contento
Cuando á tanto se atreve tu ufanía,
Y tantas son tus ilusiones bellas
Que tú mismo á tí mismo te atropellas.»

«¡Desdichado!... la gloria, cual la entiendes,
Lejos está de tu insensato anhelo;
Pero ¡ay de tí! si remontar pretendes
Hácia esa gloria tu atrevido vuelo!
¡Ay de tus álas, si tus álas tiendes,
Ícaro loco, á la region del cielo,
Y el sol derrite con su ardor la cera
Y ruedas luego desde la alta esfera!»

«¡La gloria!.. yo la amé; con sus albores
Vino á irradiar en mi altanera frente;
Y al oir alabanzas y loores
Entonaba mi cántico vehemente.
Pero ese aplauso se trocó en dolores;
Pero esa gloria calcinó mi mente;
Pero ese nombre que cobraba el mio
Llenó mi vida de enojoso hastío.»

«Los ojos que en mis ojos se fijaban;
La atencion ó frialdad con que me oian;
Los nécios que á los cielos me ensalzaban;
Los sábios que á su vez me reprendian:
Los críticos que acá me ponderaban
Y allá como lebreles me mordian;
Todos á un tiempo, sin hallar remedio,
Vinjeron ¡ay! á redoblar mi tédio.»

«Y entretanto, en los bronces, en la historia,
Palpaba yo la vanidad del hombre,
Que al vivo niega con el pan la gloria
Y presta luego adoracion á un nombre.
Nombre de aquel, que en miserable escoria
El sepulcro trocó, para que asombre
El raro ejemplo de elevar altares
El hombre al hombre que mató á pesares.»

«Al hombre que, en su pátria peregrino,
Es víctima quizá de su talento,
Y que juguete de fatal destino
En vano eleva su plegaria al viento.
Al que solo encontrara en su camino
Indiferencia, envidia ó descontento,
Y en el hogar, el hambre, el luto, el llanto,
Como el célebre manco de Lepanto.

«¡Oh! ¡si esa vida te parece grata,
Si esa es la gloria que pretendes hoy,
Si el porvenir del sábio te arrebata...!
¡Ensancha el corazon! yo te le doy.
La muerte, que me hurtó á la vida ingrata,
Un libro me robó que á darte voy;
Ponle tu nombre, en la razon me fundo:
Ahí tienes concluido El Diablo Mundo.»

Dijo y huyó; mi vista entusiasmada
El libro recorrió... ¡cuánta belleza!
Allí ví la existencia retratada
Del hombre, sus miserias, su flaqueza;
La grandeza de Dios... Pero turbada
Mi dormida razon, á ver empieza
Otra luz, otro sol... un nuevo dia;
Desperté, se acabó la ilusion mia.

Desde entonces, lector, sentí un vacío
En el alma, por cierto no pequeño;
Luchaba inquieto el pensamiento mio
Por realizar mi afortunado sueño.
Mas ¿cómo hacerlo, si faltaba brio
Á mi escaso talento, y tal empeño
Superior á mi númen...?—Con llaneza
Confieso que asaltóme la tristeza.

Pero una vieja, que á mi casa viene
Y me suele contar cuentos diversos,
Y en grande estima, al parecer, me tiene

Segun pondera mis cuitados versos;
Inquiere, indaga, escucha, se previene,
Nota mi duda, advierte mis perversos
Ratos de mal humor, pónese alerta
Y al fin y al cabo, cuanto quiere acierta.

Apenas comprendió mis inquietudes
—«Cobra aliento, me dice entusiasmada;
Escribe, escribe con valor; no dudes;
Tu intencion no es perversa, no es culpada.
Si la gloria anhelaste, ¿á qué la eludes?
Si eludirla no quieres, la jornada
Empieza, porque aquel que está parado
Nunca al término llega deseado.»

«Lo que puedas hacer por la mañana
No lo dejes jamás para la tarde.
Nunca pereza se vistió galana
Ni hizo de rica ostentacion y alarde.
El que es bravo en la lid, las lides gana;
Nada se ha escrito de ningun cobarde;
El hombre muere en paz, cual muere en guerra,
Y el que no pasa el mar, se queda en tierra.»

«Escribe, pues, escribe diligente;
Repito que tu accion no es reprensible
Y el lector no será tan exigente
Que te vaya á pedir un imposible.
Al que dá lo que tiene ¿qué valiente
Puede exigirle mas si no es posible...?
Si eres otro, ¿qué nécio habrá que pueda
Demandarte que seas Espronceda?»

Dijo y calló; pero infundióme aliento
Conociendo que el crítico sabria
Sustituir lo escaso del talento
Con este afan que me sostiene y guia.
Con este fuego que en el alma siento,
Con mi amor á la rica poesía,
Que presta galas al estéril suelo
Y hace que el hombre se remonte al cielo.

Y pues ya, con escasas escepciones,
Espero una benévola acogida,
Y el lector odiará las digresiones,
Mucho mas si no es corta la medida,
Justo es, que atendiendo á sus razones
Y acudiendo á la historia interrumpida
Ponga un punto final en esta octava
Donde este canto-introduccion acaba.

CANTO II.

I.

Despues de una noche de danza y verbena
Madrid un instante desierto quedó;
La voz del sereno lejana resuena
Cantando las horas que marca el reló.

Ó acaso mas lejos, confuso, perdido,
El trémulo paso se llega á escuchar
De algun desdichado mortal desvalido
Que vaga doliente sin casa ni hogar.

Ó ahullar estridente de can callejero,
Ó el sordo mugido del viento que brama;
Ó el hondo suspiro del pobre trapero;
Ó el golpe ruidoso de alguno que llama.

De alguno que vuelve del juego trinando,
Ó acaso del baile dó halló su ilusion,
Y estuvo un instante en su puerta llamando
Y luego el reposo cual todos buscó.

Y queda desierta la calle sombría;
Y torna en silencio Madrid á quedar;
Se apagan las luces, acércase el dia;
La córte sacude su sueño fugaz.

II.

Poco á poco, perezosa
El alba, suelto el cabello
Rubio, se vá despertando
Los bellos ojos abriendo.
Poco á poco, densas nubes,
Empujadas por el viento
Sutil, en trozos menudos
Vánse pálidas rompiendo.
La luna pierde su brillo,
Rumores vagos, inquietos,
Perdidos en el espacio,
Vienen turbando el silencio.
Y la tierra se estremece
En su amoroso contento;
Y nace la aurora al cabo
Y se coloran los cielos.
Blanca, pura y nacarada
Á Febo vá precediendo
Y las sombras ahuyentando
Mientras la enamora el céfiro.
Tendiendo vá por Oriente
Un manto de terciopelo
Azul, con franjas de plata,
De estrellas bordado el centro;
Y sus álas desplegando
Cruza el espacio de un vuelo
Sobre los campos floridos
Lluvia de perlas vertiendo.
Y la arboleda se agita;
Y sonoros arroyuelos
En trasparentes cristales
La ofrecen límpido espejo.
Las avecillas gozosas
Con sus trinos y gorgeos,
Elevan alegres cantos
Ya que no pueden inciensos.
Y feliz naturaleza
Cobra su perdido aliento,
Pues los génios de la noche
Van al fin despareciendo.
Todo es aroma, frescura,
Dicha, paz, grato sosiego;
Todo mueve á la esperanza
Que alegre brota en el pecho.
Solo el hombre que en la córte

Llegó á vivir algun tiempo,
Dejó ya de enamorarse
De ese crepúsculo bello.
De ese despertar magnífico
De la aurora y de los cielos,
Que indiferentes miramos
Si por acaso lo vemos.

Pero reparo, lectores,
Que os estais de mí riendo,
Por ser ráncia mi poesía,
Pastoriles mis recuerdos.
Las horas que aquí pasamos
Las pasamos en el lecho;
Quien trasnocha no madruga,
Y el que madruga es un nécio,
Ó es un hombre cuidadoso
Que debe pasar su tiempo



Madrid al amanecer.—Parte de la Puerta del Sol é Iglesia del Buen Suceso.—(1840.)

Invirtiéndolo prudente
En cosas de mas provecho.
Direis que ya se han pasado
De Garcilaso los tiempos,
Y que de idilios y églogas
No es ya siglo el siglo nuestro.
Direis que pintar el mundo
Segun és tan solo debo;
Que le presento dormido
Y quereis verle despierto.
Vivo, animado, confuso,
Vário, bullente y espléndido;
Por el gas iluminado
Que es el sol de los modernos.
Teneis razon ¡ vive Cristo!
Soy un torpe, soy un lerdo,
Y á reanudar voy al punto
El hilo roto del cuento.

III.

Salió, repito, la naciente aurora,
Que los cielos colora,
Y á poco un pueblo entero
Torna á invadir la poblacion desierta.
Una ventana aquí, y allí una puerta
Se entreabre; veloz el pasajero
Corre á ocupar el potro que le aguarda
En una *diligencia* siempre tarda,
Á la que el nombre en las ciudades vale
Pues solo de estas diligente sale.

Arranca ya las calles atronando (1)
Y otros carros circulan;
Burras de leche por do quier pululan
Su esquila resonando;
La mano loca, ufana,
Del retozon, alegre monaguillo,
Agita la campana
Que llama á la primera
Misa del alba; gente vocinglera
Ocupa en el mercado
El puesto señalado
Donde se espenden las doradas frutas,
La carne ó el pescado,
Y aun la verdura, fiera
Causa eterna de lances y disputas,
Que ya renombre ha dado
Á la rica en vocablos verdulera.

¡Tremenda algarabía!
El fámulo prudente,
Sisa, invocando á los piadosos cielos,
Por tomar una copa de aguardiente
Y unos cuantos buñuelos,
Con el cual el trabajo no se siente
Y se quitan del sueño los vapores
Que impiden murmurar de los señores.

La muchachuela lista
Citada está con el feliz soldado,
Que en su hoja de vicios ó servicios
Piensa añadir, con tan feliz conquista,
Un timbre señalado,
Sino mienten indicios muy propicios.

Todo es bulla, ruido, desconcierto,
Este corre, aquel vuela, otro se pára;
Vocea el uno; el otro calla y mira
Y al notar tanto humor, tanta algazara,
Tal vez de envidia ó de dolor suspira.

Y en tanto sale el sol, su luz chispea;
Coches, caballos, forastera gente
Que con la boca abierta se pasea
Admirada de ver tanto incidente;
Las tropas que á sus guardias van llegando,
Tambor marcial y músicas tocando;
Las arpas de ambulantes trovadores;
Los ciegos vocingleros,
Los perros, el calor, los majaderos
Tocadores de infaustos organillos;
El *tin-tin* de ruidosos veloneros (2);
La arena que pregonan cien chiquillos;
Los mil ropavejeros;
La infernal batahola que dá espanto...
¡Ah córte de Madrid! ¿quién te desea?
¿No es mejor despertar en una aldea?

. . . .

(1) La accion pasaba en 1840. Hoy salen pocas diligencias de Madrid. El ferro-carril las ha convertido en ómnibus. Es lo mismo.

(2) Los velones han cedido el puesto á los quinqués. El petróleo ha matado la industria de los hijos de Lucena. Estos son los únicos interesados en protestar contra semejante adelanto.

IV.

Un hombrecillo en tanto,
De facha singular, frente arrugada,
De estatura ruin, de edad cumplida,
Envuelto en una capa mal traida,
Y acaso peor *llevada*,
Presuroso las calles recorria;
Y aunque el calor en grados acreciera
Y acaso daba al hombrecillo enojos,
Lo fijo y cierto era
Que no ser conocido pretendia
Pues marchaba embozado hasta los ojos.

No bien al Avapiés hubo llegado
Paróse en el umbral de cierta casa;
Duda un instante, mas despues, osado
Cobrando brios el zaguán traspasa;
Y allí al siniestro lado,
Aunque es su vista por demás escasa,
Halla una puerta que salvar desea
Por lo cual suavemente la golpea.

Apenas el ruido
De sus golpes allá dentro resuena
Cuando el acento tierno, dolorido,
De una pobre mujer llena de pena,
Acento infiel que un gran dolor denuncia:
—¿Quién es?—al punto con afan pronuncia.

Y una mano impaciente abrió al instante;
Y una beldad de formas peregrinas,
Inquieta y anhelante
En el dintel se presentó llorando
Un nombre raro rápida invocando.
—¡Adam!... gritó la hermosa;
Y el hombre—No es tu Adam, responde ufano;
Y ella, gimiendo y redoblando en vano
El llanto que vertia:
—¡No es mi Adam! ¡no es mi Adam! se repetia.

—No es tu Adam, replicóla el hombrecillo
Con chocante ademan, dando un meneo
Que el embozo despliega de su capa.
—Sin duda el pajarillo,
Prosiguió, de la jaula te se escapa
Y olvidándote se anda de bureo
De flor en flor saltando...»

Iba á seguir, cuando la hermosa, dando
Un grito que espresaba su firmeza,
Se levantó indignada,
La diestra mano de puñal armada,
Y el pecho palpitando
Con sin igual fiereza.
La ira rebosa entre sus labios rojos,
Sube el carmin á colorar su frente,
Y en su mirar ardiente
Rayos fulminan sus brillantes ojos.

—¡Fuera de aquí! gritó con rudo acento;
Menguado sacerdote (1); ¡fuera! ¡fuera!

(1) Cuando Espronceda sacó á relucir este tipo, puso por nota las palabras siguientes:

«Si modelo y dechado de todas las virtudes son el mayor número de nuestros sacerdotes, en todos tiempos y especialmente en los malaventurados que corren, ha habido y se encuentran algunos miserables, hez y escoria de tan respetable clase. El lector se acordará tambien, como nosotros, de haber hallado en su vida alguno que haciendo gala de su desvergüenza, se parecia quizá al mezquino ente que aquí tratamos de describir.»

Por mi parte debo añadir que no he querido eliminar de mis mal perjeñados cuadros esta antipática figura; sino que mas bien la he destacado con más fuerte colorido, por razones que hasta el mas timorato lector sabrá apreciar cuando llegue el momento de poder hacerlo.

Ó ¡vive Dios! que si me das tormento
Ni el mismo Adam que en tu favor viniera
Bastára ya á salvarte.
—¿Vas á matarme?—Sí, voy á matarte.

Y cual feroz leona
Que al viento dá sus ásperos rugidos,
Y aguza el diente, y busca jadeando
Sus cachorros queridos,
El hondo valle de pavor llenando;
Así la esbelta jóven,
A quien vimos llorando conmovida,
Ora en su orgullo y en su amor herida,
Levántase mas fiera,
Mas imponente acaso.

Dió el hombre atrás un paso
Al mirar la actitud de la manola,
Y aunque su rostro demudaba el miedo,
Sacando del bolsillo una pistola:
—¡Quieta, Salada! díjola muy quedo.
Juegos de manos, juegos de villanos;
No hay que enfadarse, prenda;
¿Á qué tomar el cielo con las manos?
Todo fué broma, basta de contienda.
Si tu Adam te es infiel y te abandona,
Ó si en cambio se está manso cordero
Á tu lado, adorando en tu persona,
Yo no lo sé ni averiguarlo quiero.
Anoche, es la verdad, le vimos triste,
Esquivando tal vez tu pasion tierna,
Cuando, entregada á tu furor, heriste
Á un hombre en la taberna.
Despues maldijo el ócio
En que contigo á su pesar vivia,
Y, pensando en hacer un buen negocio,
Burlóse de tu amor y tu agonía,
Dejando por la nuestra tu compaña,
Si bien parece la aventura estraña.
Alejóse de ti, tú te quedaste
Llorando su partida;
Y ahora, que vengo á mitigar tu duelo,
El grito pones en el alto cielo,
Bien poco agradecida;
Lo cual prueba que en locos pareceros
Siempre fuisteis iguales las mujeres.
Por lo demás, á mí nunca me matan
Los ajenos cuidados;
Los celos te arrebatan
Porque ellos fueron siempre arrebatados.
Mas no hay, ¡par diez! que avinagrar el gesto;
Amor te vuelve loca,
Y el amor es un bicho muy molesto
Cuando con celos en el alma toca.
Yo bien conozco tus sutiles mañas;
Tú las mias, hablemos sin testigos
Como buenos amigos...
Ó te abraso de un tiro las entrañas.»

Dijo el hombre y calló, luego un instante
En silencio quedó la estancia aquella,
Escuchándose solo el anhelante
Respirar de la bella,
Que, no por miedo, por dolor sin duda,
Baja el puñal y permanece muda.

¡Pobre mujer! con intencion impía,
La hoguera de sus celos atizando,
Aquel hombre insultaba su agonía;
Mas ella, sollozando
Y absorta en su pesar, ya no le oia.
Cesaron sus enojos,
Á ser débil tornó, trajo á su mente
La idolatrada imágen de su amante,
Y de sus bellos ojos
Mil lágrimas cayeron lentamente
Eclipsando la luz de su semblante.

V.

Contemplábala en tanto el hombrecillo
Con maligna intencion; en llama impura
Por ella ardió con criminal deseo
Cuando admiró su espléndida hermosura.
Era entonces Salada una manola
Gentil como ella sola;
De génio audaz, incitadora, osada;
Ligera como el viento;
Tan feliz como el ave en la enramada
Y libre como el pez en su elemento.
Coqueta y descarada,
Fué la delicia de su barrio un dia:
Las bellas la envidiaron,
Los hombres con afan la codiciaron,
Mientras ella de todo se reia
Y alegre por do quiera discurria.

Llegó entonces á verla
El hombre aquel de repugnante aspecto,
Y en lúbrica pasion todo encendido,
Miserable y abyecto,
Trató de poseerla
Su edad y condicion dando al olvido.
Ella le oyó, miróle con descoco,
Le arrojó una burlona carcajada
Y esclamó:—«Padre cura, usté está loco
Ó ha pensado que es tonta la Salada.
Si se ha de condenar, y eso está escrito,
Con otra se condene á toda prisa;
No ha hecho Dios para usted este palmito...
Y déjeme ya en paz, que voy á misa.»

Desde entonces, el torpe y miserable
Ministro del Señor, que así amenguaba
Su santo ministerio
Y á la Iglesia y al mundo deshonraba,
Sintió su pecho de rencor henchido;
Mas no sacando de su amor partido,
Viendo que en vano suplicar sería,
Se trazó nueva senda, y codicioso
Fijó en el oro su mirada impía.

Una noche, rondando á la Salada,
Vió á un mancebo gentil, que cauteloso
Seguido de un doméstico, á la reja
Se acercó de la jóven; parecia
Hombre de altivo y elegante aspecto,
Y el criado un lacayo disfrazado
Que, humilde y circunspecto,
Iba con él un tanto rezagado.

—¿Quién será? pensó el cura; por su porte
No parece un cualquiera; la Salada
Es la chica mas guapa de la córte,
Y no tendria nada
De estraño, que un señor se enamorase
Y el vado con empeño tantease.
Veamos: es preciso conocerle;
Que si es rico y se encuentra enamorado,
Dadivoso será: y á lo que infiero
Bien podré entretenerle
Haciéndole que viva confiado
En un tercero, que será el primero
En trastornar sus planes amorosos,
Y en sacarle el dinero
Á trueque de consejos ingeniosos
Que le tengan contento y alejado.»

Dijo: y luego curioso, diligente,
Á la luz de un opaco reverbero

Consiguió verle el rostro; y con sorpresa
Esclamó de repente
Una palmada dándose en la frente:
—Ya le conozco, sí, su estampa es esa.
Mas ¿cómo aquí se anda
De esta manera el conde de la Banda?
Por vida suya y mia
Que parece imposible
Haya puesto en olvido á su Lucía.
Tan ciego parecia
Cuando con ella le casé, no habiendo
Otro recurso que triunfar mintiendo.
Mas ¿por qué así me estraña
Tal conducta en un noble, aunque de España
El tal un grande sea
Cuando esos nobles... ¡ah! mi sangre enciende
De mis afrentas el recuerdo triste;
Que á un noble debo el ser, y nobles fueron
Los que por siempre en la orfandad me hundieron.
Los que sin ver que vocacion no habia
En este corazon, petrificado
Á fuerza de sufrir tantos pesares,
Al Dios crucificado
Quisieron que invocára en sus altares.
Y alejando de mí toda ventura,
Humillando á mi madre; arrebatando
Á mi amor aquel ángel inocente,
Cuya dulce ternura
Separado me hubiera eternamente
De la sentina del inmundo vicio,
Crueles me empujaron
Al fondo de un horrendo precipicio.
Y mi fé, mi razon, mis ilusiones,
Al abismo rodaron;
Álas dí á mi rencor, y mis pasiones
Indómitas al fin se desataron.
¿Hice bien, ó hice mal? ¿Pude al violento
Huracan de mi loco pensamiento
Resistencia oponer? ¡Pregunta nécia!
El mundo me desprecia
Sin ver que él me empujó... Pues bien, recoja
De su semilla el fruto; y si un malvado
Hacer quiso de mí, los dos luchemos;
Que si al verme, se pasma ó se sonroja,
El mundo y yo seremos
Árbol podrido él, yo seca hoja
Que el aquilon arrastre impetuoso
Y que, inflamada por el rayo, prenda
Fuego al monte y los árboles encienda.»

Así diciendo el cura, no advertia
Que ya la calle estaba silenciosa,
Solitaria y sombría,
En tanto que la luz cárdena y triste
De un relámpago, hendía
El denso manto de la noche fria.

Despues de un breve rato
De sepulcral silencio y de prolijo
Afan, llevó de nuevo
A su rostro la mano helada, y dijo:
—¡Nécio! ¡nécio de mí! ¿qué estoy hablando?
Yo solo, yo, impotente,
Con el mundo luchar? ó estoy soñando,
Ó la locura se albergó en mi mente.
¿Qué imagino? ¿Qué intento? Si yo fuera
Neron, al mundo en Roma convirtiera.
Entonces con placer ante mis ojos
Un mar de viva lumbre
Viera estenderse inmenso por do quiera.
Y un gigante flamígero, elevando,
Desde el valle á la cumbre
De la montaña, los mechones rojos
De su ardiente erizada cabellera,
Fuera el mundo á mi vista aniquilando,
Por saciar mi rencor y mis enojos,
Aunque el fuego que al mundo hiciera trizas
Me envolviese en sus cálidas cenizas.
Mas yo no soy Neron; torpe, menguado,
Con ánimo cobarde
Cobré amor á la vida y los placeres;
Para volver al bien no encuentro el vado;
Para alzarme y crecer es ya muy tarde.
¿Quién soy yo? ¡pobre cura!... tú, ¿quién eres?
¿Quién eres? ¡Un malvado!»

Miró luego en redor, cual si temiera
Que su acento se oyera,
Y encogiendo sus hombros de repente:
—Nadie me escucha, dijo, solo estoy;
Nadie notó que me volví demente
Y ya es fuerza tornar á ser quien soy.
Veamos: es preciso
Andar muy sobreaviso
Para saber por dó pisando voy;
Que hay jueces y hay fiscales
Y verdugos tambien; no acibaremos
Los bienes y los males,
Y á vivir y á gozar lo que nos queda
De vida por acá; que allá es oscuro
El porvenir.» . . . .
. . . . Y pronunciando impuro
Un sacrílego y torpe juramento,
Así prosigue al cabo de un momento:

—Yo idolatro á Salada;
Yo quiero que me ame;
Que su ardiente mirada
Sobre mi triste corazon derrame.
¿Lo podré conseguir? ¿Me será dado
Que alguna vez me mire compasiva?
¿Podré comprar con oro
Aquel tan codiciado
Riquísimo tesoro?
¡Ay! no lo sé. Salada siempre esquiva
Y dura se presenta.
¿Tendré un rival tal vez? en la violenta
Llama de amor, su corazon acaso
Pudo abrasarse como yo me abraso?
¿Quién sabe?... Acaso el conde...
Pero no, no es el conde; si Salada
Al conde prefiriese,
Disfrazado á rondarla no vendria,
Ni ella en el vil tugurio
En que hasta aquí vivió, residiria.
Mas ¿cómo, cómo pudo
Ese conde olvidar á su Lucía?
Preciso es indagar; yo veré al conde
Y el misterio sabremos
Que ante mi vista y mi razon se esconde.
Siempre es mejor que con cautela obremos.»

Desde la noche aquella
El cura no dejó ni una tan sola
De ir á ver á la reja de la bella
Codiciada manola,
Si aquel conde rondándola seguia.
Y una vez y otra vez allí sus ojos
Vieron al jóven pasear la calle,
Y hablar con una vieja
Astuta y redomada
Que su cuarto tenia
Contiguo al que habitaba la Salada.

Otra noche con ésta
Le vió con gran porfía
Detenerse y hablar lleno de fuego;
Mas la jóven, por única respuesta,
Sin escuchar su ruego,
Con gran desembarazo,

Cual si estuviese por su honor alerta,
Dió un terrible portazo
Diciéndole:—Deténgase en mi puerta,
Que aquí nadie ha de entrar mas que uno solo.»

—¿Si tendrá la manola su manolo?
Dijo el jóven á aquel que le seguia.
¡Oh! si tal fuera, de la estrella mia
Renegara mil veces
Del dolor apurando hasta las heces.
Yo por ella, mi honor teniendo en poco,
Vine aquí disfrazado;
Yo por ella mi alcázar he dejado
Y he venido á rondarla como un loco,
Sin caer en la cuenta
De que acaso tuviera por afrenta
El mundo mi pasion; y que con mofa
Me veria, engolfado en mi locura,
Ir frenético en pos de esa criatura
De tan ruin y miserable estofa.
¡Oh! vámonos de aquí; lejos huyamos
Y nunca mas al Avapies volvamos.

Marcháronse los dos; el cura de ellos
En pos marchó tambien; y desde entonces
El jóven no volvió; pero volvia
El cura, y entablando con Salada
Y con la vieja plática sabrosa,



Hízose al cabo amigo de la hermosa
Que feliz como nunca parecia.
—¿Qué te pasa? por fin la dijo un dia;
¿Estás enamorada?
—¡Oh! sí, con alma y vida;
Contestó prontamente la Salada.
Estoy de amor herida
Y soy correspondida.
—Y ¿quién es el galan que así, tan presto,
Como á boca de jarro,
Te dió en el corazon?—El mas bizarro,
Mas bravo y mas apuesto
Que la tierra pisó.—Ya tengo gana
De verle.—¿Sí? pues mire usté, padre curiana,
Me pienso que voy pronto á complacerle.
Mas tenga usté cuidado
De no venir á importunarnos mucho.
Es en dar *gofetás* Adam muy ducho
Y pudiera zurrarle la badana,
Ó hacerle ir del todo trasquilado,
Si con bromas se viene aquí por lana.
Repito que cuidado
Y vaya usté con Dios, y hasta otro dia.»—

Sintió el cura que ardiente renacia
El no estinguido fuego
Allá en su pecho; y con placer hubiera
Matado á su rival si allí le viera.

En su delirio ciego:
—¡Adam! ¡Adam! con furia repetia;
¿Quién es ese mortal que nunca he visto
En casa de Salada,
Ni en la taberna, ni en garito alguno?
¿Quién será, ¡vive Cristo!
Ese ¡ay de mí! mancebo afortunado,
Rival aborrecido
Cuyo nombre jamás llegó á mi oido?
¿Será posible que ni el conde pueda
Lograr que al cabo la manola ceda
Vencida por el brillo de su cuna,
Y que aquel ignorado
Galan, aquí á su lado
Goce del bien que tanto apetecemos
Los que el oro y la dicha la ofrecemos?
¡Dicha!... no, no; la dicha no es el oro;
Que si él la dicha diera,
Tambien yo alguna vez dichoso fuera
En brazos ¡ay! de la mujer que adoro.»

Diciendo así el mal cura
Vió salir á la jóven á la calle
Luciendo el breve pié y el lindo talle
Con tentadora y lúbrica apostura.
Contenta estaba y como nunca bella;
El cura con ardor siguió su huella
Celoso; la vió ufana
Cruzar la córte; y luego en derechura
Dirigirse á la cárcel de la villa,
Y acercarse veloz á una ventana
Donde la espera un hombre en cuyos ojos
La luz de amor abrasadora brilla.

Lleno el cura de afan, lleno de enojos,
—¡Torpe de mí! esclamó; yo no pensaba
Que en la cárcel Salada encontraria,
Cuando á ver al tio Lucas se acercaba,
Ese amador que tanto ponderaba.
Y á decir la verdad, su bizarría
Bien en el rostro juvenil ostenta.
¡Qué hermoso es! ¡qué hermoso!
Y ella tambien ¡qué hermosa se presenta!
Parece que el destino, á mi reposo
Y á mi dicha oponiendo eterna valla,
Los hizo para amarse, y hoy se goza
En obligarme á presenciar mi afrenta!
Ya ni aun la duda en mi interior batalla;
Menguado soy en todo
Y al notar que se adoran de ese modo,
De celos ¡ay! mi corazon estalla.»

Y era verdad; en tanto que él sentia
Rebramar en su pecho destrozado
Todo un mar de dolor y de agonía,
En un mundo encantado
De sensaciones plácidas vivia
Salada; y con su amante
Sustentó larga plática sabrosa,
Hasta que al fin á sorprenderla vino
La vaga y misteriosa
Luz espirante de la tarde hermosa.

De su éxtasis divino
La voz del carcelero
Pudo sacarla al fin; mas ella, dando
A su querido Adam su adios postrero
Hasta el siguiente dia,
Le dijo suspirando:
—Adios, mi bien; no olvides que te quiero
Mil veces mas que á la existencia mia;
No olvides que muy pronto tu Salada
Te volverá la libertad amada.»

Tiróle con su mano
Un beso de su boca
Y luego el pié liviano
Movió, corriendo cual si fuese loca;
Tornando atrás la vista
Para mirar al adorado preso,
Que allí quedaba con su ardiente beso,
Y que en cambio, con alma enamorada,
Clavó en ella su vívida mirada,
Que á manera de rápida centella
Cruzó el espacio y reflejóse en ella.

Y el cura, tras la bella,
Ardiendo en ciega ira,
Corrió calles y plazas; y resuelto
A demandar piedad para su loco
Afan, cuando la noche poco á poco
Dejára el mundo en lobreguez envuelto,
Se acercó, suspirando,
Mil frases murmurando,
Que la jóven con calma desdeñosa
Y maligna sonrisa rechazaba,
Pues entonces gozosa
Solo en el preso y en su amor pensaba.

Y así pasaron dias
Siendo testigo el cura malhadado
De aquellas conferencias y alegrías,
Hasta que al fin á su rival odiado
En libertad pusieron;
Y sus ojos atónitos pudieron
Admirar mas y mas la gentileza
Y el valor y arrogancia
De aquel mancebo á quien cedió la hermosa
La mitad de su lecho y de su estancia.

La vida misteriosa
Que desde entonces con Adam hiciera,
Mas que nunca feliz y apasionada
La graciosa Salada,
Dió pábulo á la envidia de las gentes
Que, en cien círculos varios,
Con lenguas maldicientes
Hicieron infinitos comentários.
Y era cosa de ver como las viejas
Curiosas indagaban
La vida de los dos, desentrañando
Circunstancias añejas;
Y como, murmurando
Las mozuelas del barrio, se fijaban
En el traje de Adam, y le observaban
Preguntando quién era;
Mas en tanto que así cuchicheaban,
Cada cual para sí tener quisiera
Un amante tan guapo y tan rollizo.

Despues el diablo hizo
Que por el barrio de Avapiés corriera
Un rumor, al principio un tanto leve,
Que fué tomando proporcion estraña,
Pues se dijo una cosa que en España
Nadie creerá en el siglo diez y nueve.

Se afirmó que aquel mozo
Al cual apenas le apuntaba el bozo,
Era un grande estantigua marrullero,
Sexagenario, brujo y hechicero,
Que, enamorado de Salada un dia,
Y sabiendo que en vano intentaria
Obtener los amores
Y los dulces favores
De aquella jóven, que tan solo goza
Con ser amada por la gente moza,
Invocando á Merlin y á otros cien magos,
A fuerza de untos y de ciertos tragos

De un elixir famoso
Que él mismo fabricó de buena gana,
Consiguió de la noche á la mañana
En un ser convertirse el mas hermoso
De cuantos vió naturaleza humana.

Pié con esto hubo ya para que algunas
Comadres importunas,
De esas ráncias jamonas peregrinas
Que suelen emplear la vida entera
Tan solo en atisbar á sus vecinas,
Con aplomo dijera
Que por las noches, con sus propios ojos,
Vagando por la acera
De Salada, un fantasma visto habia
De tan rara fealdad y gesto adusto,
Que al verlo, casi se murió del susto.
Y de aquí deducian
Los nécios que la oian
Que la fantasma aquella
Era el diablo que andaba tras la huella
Del viejo brujo en jóven convertido;
Y como el diablo siempre apercibido
Vive, y no deja de apuntar con calma
Cuando es la fecha de llevarse un alma,
Se creyó que esperaba, hecho un pelmazo
A la puerta de Adam, que cierto plazo
Que al mal viejo impusiera,
Al cabo trascurriera;
Con lo cual la manola se hallaria
Junto á un triste espantajo el mejor dia,
En vez de hallarse con aquel amante
Tan bello, vigoroso y arrogante.
Y se dijo, por fin, que ella sabia
Tan diabólica historia; y se afirmaba
Que, llena siempre de mortal recelo,
Velando el sueño de su Adam, lloraba
Pidiendo paz y proteccion al cielo.

Y aquí, caro lector, se me figura
Que charlo sin cordura;
Y estoy mirando á mas de cuatro sábios
Que, frunciendo los lábios,
Encogiendo los hombros
Y arqueando las cejas,
Dirán que es todo relacion de viejas
Que les causa ictericia;
Y algunos, sonriendo con malicia
Por hacer mi destino mas amargo,
Añadirán que el canto es algo largo,
Flojo el lenguaje y falto de lirismo;
Con otras mil y mil observaciones
Prudentes, y atinadas reflexiones,
Que tambien me dirijo yo á mí mismo
En ciertas ocasiones.
Mas es el caso que empeñada tengo
Mi palabra y seguir quiero la historia,
Por lo cual á contarla me prevengo
Apelando al sentido y la memoria.
Y alegre algunas veces,
Triste otras; ya mustio, ya inspirado:
En llano estilo, grave ó reposado,
Procurando afanoso complacerte,
Desearé que mi pluma correr pueda
Con mas ó menos venturosa suerte;
Mas diciendo á mi vez con Espronceda
Que yo tambien á mi placer me ajusto
Y allá van versos donde vá mi gusto.

Por eso aquí suspendo
Las historias del cura y de Salada
Y su rara entrevista.
Mi musa está cansada
Y tambien tú lo estás; ya lo comprendo.
Quédate, pues, con Dios, y hasta la vista;
Que en el canto inmediato
Reanudar te prometo mi relato.

CANTO III.

Prosiguiendo, lector, la interrumpida
Narracion, si es que aliento
Tomaste como yo, y estás contento,
Te diré que la gente entretenida
En todo el barrio de Avapiés estaba,
El caso comentando prodigioso
De aquel viejo, trocado en un instante
En un mancebo hermoso y rozagante,
A quien el mismo Lucifer rondaba
La calle por las noches cuidadoso.

Si el cura fomentaba
Semejantes hablillas
Entre ciertas menguadas gentecillas,
No lo dice la crónica secreta.
Pero es lo mas factible
Que la fantasma horrible
Era un hombre y no un diablo, y que ese hombre
(Del cual seguimos ocultando el nombre
Adoptando la máxima discreta
Que aconseja contar, porque no haya
Disgustos ni quebranto,
Ciertos milagros sin nombrar al santo),
Era el cura y no otro;
El cual, corriendo como ardiente potro,
A impulsos ya de la pasion y el vicio,
Ni aun vislumbrar queria
El hondo precipicio
En que ciego y frenético se hundia.

—No hay que dudar, decia
Cierta mañana á su mansion tornando;
Salada torturando
Debe estar al mocito, el cual parece
Que ya se vá hastiando
En la prision que con su amor le ofrece.
Tanto, nécia, en sus brazos le ha tenido
Que ya del dulce nido
Quiere escapar.... Pues bien, yo haré que sea
Arrastrado por locas ilusiones,
Y que, transido de dolor, se vea
Juguete de sus míseras pasiones.
Yo encenderé en su alma
La sed del oro que tambien me acosa;
Por otras bellas perderá su calma;
Y Salada, la altiva, la orgullosa,
La que me mira con desden y enojos,
Tal vez un dia se pondrá de hinojos

A mis plantas.... sí, sí; y entonces, dando
Rienda suelta por fin á la venganza,
Cuyo gérmen feroz mi pecho esconde,
Sino queda cumplida mi esperanza
Lógrela al cabo el opulento conde.
Que él por ella tambien loco padece
Y oro sin cuento por su amor ofrece.»

Desde aquel mismo dia
El cura fué logrando
Lo que astuto alcanzar se proponia.
Sus lábios balbucieron
Al oido de Adam frases pomposas;
Pintóle un mundo lleno de placeres
Y mil voluptuosas
Seductoras mujeres
Que en mágicos salones se movian
Al compás de una música sonora;
Y torrentes de luz que despedian
Mil arañas lucientes;
Y espejos refulgentes;
Y aroma embriagadora;
Joyas, flores, un mundo de hermosura
Y mil mundos de amor y de ventura.

Seducido el mancebo
Con tan faláz fantástica pintura,
Picó al fin en el cebo;
Halló en su pecho la inquietud cabida;
Juzgó el presente pálido y sombrío;
Y anhelando volar hácia otra vida
Sintióse presa de mortal hastío.

En vano la Salada
De su amor le pintó los dulces lazos;
En vano enamorada
Le retuvo feliz entre sus brazos.
Adam de ellos huyó; floja la rienda
De su ambicion insana,
Lanzóse por la senda
Del crímen, que engalana
Con bellos atavíos
Su pérfido y astuto consejero.
Huyó de su mansion, y triste y sola
La cuitada manola
Pasó una noche eterna suspirando,
Las lentas horas con afan contando.
Vió la luz de la aurora
Que indecisa los vidrios de su reja
Iluminó; y mas tarde
Melancólicamente
El sol sobre su frente
Dejó caer sus tibios resplandores;
Alumbróse de súbito su estancia
Testigo de sus plácidos amores;
Su lecho estaba intacto;
El silencio en redor solo reinaba
Y en vano con la vista
La pobre jóven á su Adam buscaba.

—¡Desdichada de mí! dijo con pena;
Ni mi amánte vendrá, ni yo en mi duelo
Podré vivir sin verle.
Ya para mí no hay paz, ya no hay consuelo.»

Así, mientras vertia
Un copioso raudal de amargo llanto,
Salada triste con dolor decia;
Mas de pronto, á pesar de su quebranto,
Alzó su tersa frente,
Mostró su rostro hermoso
Animado y sereno,
Y su apretado seno
Magnífico y turgente,
Palpitó de emocion y gozo henchido.

—¡Él es! ¡mi Adam! gritó cual si despierta
Las sombras ahuyentase
De un sueño maldecido;
Y corriendo feliz hácia la puerta:
—¡Será mi Adam! esclama;
Mi Adam sin duda que á la puerta llama.»

Dijo y abrió: ¡cuán presto su alegría
Volvió á desparecer! el torpe cura
Llegó á insultar su amor y su agonía
Y á redoblar sus celos y amargura.
Entonces fué, cuando en furor montando,
Blandió el puñal altiva la manola,
Y cuando el hombre mísero, temblando
Sacó de su bolsillo una pistola,
Y pronunció en voz baja
Breve discurso de malicia lleno
Que á la Salada en su furor ataja
Infiltrando en su pecho atroz veneno.
Cuando trémula, en fin, llena de espanto,
Cual tórtola viuda
Que juzga el mundo á su horfandad estrecho,
Tira el puñal y permanece muda;
Muda de asombro y cólera y despecho.

Y es que el nombre de Adam, nombre querido
De su alma enamorada,
Resonaba en su oido
Con mágico poder; y fascinada,
Cual pajarillo por la sierpe odiada,
Cual potro altivo que tascando el freno
Al cabo se somete,
De impotente furor, de rabia lleno,
Al esperto ginete,
Así Salada en su mortal quebranto,
Al cura oyendo sumergióse en llanto.

¡Pobre mujer para el dolor nacida!
¡Flor delicada que brotó en la roca
En medio de una mar embravecida
Que aniquila y destruye cuanto toca;
Que iracunda sus olas desatara
Y al punto de nacer la destrozara!
¡Triste es tu sino, tu fortuna poca!

Sus fuerzas se agotaron;
Trocó en dolor sus ásperos enojos
Y una vez y otra vez ¡ay! se llenaron
De lágrimas sus ojos.
Ya no hay dichas ni encantos para ella;
Pálida brilla en el cenit su estrella;
El sol no puede iluminar el dia
Que en su concepto es ya noche sombría.
Tan solo piensa en el galan querido,
Piensa en sus horas de ilusion pasada,
Y de todo olvidada
Aun su propio dolor pone en olvido.

Cayó el puñal rodando por el suelo
Y el hombre le guardó; sentóse ella
Y abismada en su triste desconsuelo
Dobló la frente y se mostró mas bella.
Mas bella, mucho mas; porque no hay nada
Que aumente los encantos de una hermosa
Como el verla, no altiva y rencorosa,
Sino tierna y humilde y resignada.

—Escúchame un momento,
Dijo el cura despues tomando asiento;
Atiéndeme y no seas
Tan terca en tus ideas.
¿A qué llorar en tu delirio insano
Si el remedio mejor está en tu mano?
Escúchame y advierte
Que soy ya perro viejo;

Que siempre me intereso por tu suerte
Y que es de sábios el tomar consejo.»

Viendo el hombre á la jóven abismada,
Hizo avanzar su silla,
Y cogiendo una mano de Salada:
—Escúchame, chiquilla,
Le dijo; estáme atenta
Y yo te juro que serás dichosa.
Ajusta bien tu cuenta:
La venganza fué siempre muy sabrosa;
Véngate tú de Adam; que tus enojos
Aviven de su amor la muerta llama,
Y ya verás como á tus piés de hinojos
Viene á decirte que tu amor le inflama.
Verás como te ama
Entonces, ya verás...—¡Ay! si así fuera,
Esclamó la manola suspirando,
Yo tus consejos con placer siguiera;
Mas si en su pecho compasion no cabe,
Si no me sigue amando,
¿Cómo he de hacer que por amarme acabe?
Yo le adoré.... ¡jamás á conocerle
Llegara loca un dia!
Sentirme ciega, idolatrarle al verle,
¡Todo fué uno por desdicha mia!

—Tienes razon, el cura le contesta;
Sin ese amor que enciende tus entrañas
Y tanto te molesta
Con visiones quiméricas y estrañas,
Sabe el cielo que alfombras pisarias
Y ostentaras feliz sobre tu frente
Diademas de brillantes pedrerías.
Y tu seno turgente,
Tu desnuda garganta,
Tu esbelto talle, cual ninguno airoso,
Tu brevísima planta,
Todo tu cuerpo hermoso—
Gala y joya del suelo
Que te ha visto nacer, entre ropajes
De raso y terciopelo,
Y ricos y magníficos encajes,
Aprisionado vieras
Para ostentar tus formas hechiceras.
Tú la reina serias
De mil soberbias y orgullosas damas;
Mas ya que aquí prefieres
Pasar tus tristes dias
Junto al hombre que amas,
Por mas que él sienta con tu amor hastío,
Ten, al menos, presente que el vacío
Del corazon, á veces no lo llena
Una caricia y llénalo un desvío.
¡Qué diablos! tanto amor cansa y dá pena.
Tú le celas, le abrumas;
Tú de sus álas arrancar las plumas
Quisiste, ¡vano intento!
No miraste que el ave cruzar quiere
Por la region del viento
Y que sin álas en su cárcel muere.
Dále suelta, muchacha;
La perdiz buena es, mas si comemos
Siempre perdiz, al cabo nos empacha.
Basta ya de ridículos estremos
Y á vivir, prenda mia.»

—¡Vivir! ¡vivir!... ¡Dichoso el que muriendo
El mundo trueca por la tumba fria!
Dichoso tú que mi sufrir horrendo
No comprendes; si tú lo adivinaras,
Si tú mi duelo vieras,
De seguro de mi piedad tuvieras.
¿Por qué? ¿Por qué me pintas esa vida
De placer y ventura
Si no la envidio yo? Yo viviria
Feliz con vida oscura
Viviendo de mi Adam en compañía.
Mas tú no tienes corazon ni entrañas
Y con pinturas mágicas engañas
Al hombre que yo adoro;
Le muestras de delicias un tesoro,
Le seduces, le arrancas de mi lado
Y en vano ¡ay triste! compasion imploro.
¿No fué anoche arrastrado
A su pesar mi Adam idolatrado?
¿No fuiste tú con bárbara porfía....
¡Oh! si.... ¿te acuerdas? Vuestro plan infame
Le repugnaba; el pobre no queria
Convertirse en ladron.... yo le rogaba
Y él propicio á mi ruego se mostraba.
Entonces le pintaste á la condesa
Jóven y hermosa; mágicos salones....
¿Qué sé yo cuántas cosas le pintaste!
¡Solo sé que á la senda le lanzaste
Del crímen; sé que sola
He pasado la noche suspirando;
Que le estoy esperando;
Que no viene á buscar á su manola!
Que un instante cerrar pude mis ojos,
De tanto llorar rojos,
Y le vi con los ojos de mi alma
Otra vez en la cárcel; y á la reja
Del húmedo y estrecho calabozo
Donde yo le veia,
Una mujer, hermosa como un cielo,
Hablábale de amor; y el pobre mozo
Sus palabras hipócritas creia.
Y en tanto, me moria
De pena, y en mi bárbaro desvelo
Mis manos alargaba
Por ver si á mi rival matar podia;
Mas ella prolongaba
Mi suplicio, mostrando desdeñosa
Su faz serena, hermosa;
Y vi que de repente,
Para aumentar mi duelo y mi quebranto,
Vistiendo un rico manto
Condal corona colocó en su frente.

—¡Cuánto sufrí en mi horrible desvarío!
(Volvió á decir Salada interrumpiendo
Su triste narracion.) ¡Si al dueño mio
Siquiera hubiese hallado
Al despertarme, junto á mí sentado!
¡Pero él no llega, y tú que le llevaste
Vienes á verme, sin decir siquiera
En dónde le dejaste!
¡Oh! ¿por qué callas? ¿Por desdicha el sueño
Que acabo de contar, se ha realizado?
¿Está mi bien, mi dueño,
Nuevamente en la cárcel encerrado?

Era tanta la angustia de Salada
Que el cura, aun siendo poca
La compasion que en realidad sentia,
Llegó á temer que se volviese loca
Y trató de calmar su pena impía.
—Tu amante, dijo, en libertad se encuentra
Aunque no lo merece.
—¿Y en dónde está?—Lo ignoro;
Mas pienso que en tu ausencia no padece
Ni vierte como tú tan triste lloro.
Anoche en el palacio á donde fuimos
Hizo mil necedades;
Por él en *polvorosa* nos pusimos;
Por él, en fin, se malogró la empresa,
Pues nunca presumimos
Que le hiciese *tilin* una condesa.
—¡Mientes, mientes!—Por mucho que te enfades

Te estoy diciendo la verdad desnuda :
La opulenta viuda ,
La condesa de Alcira , en cuya casa
Nuestra gente se hallaba de visita,
Despertó , y la maldita ,
Al ver la novedad de lo que pasa ,
Sin duda gritar quiso
Pues fueron todos á tapar su boca ;
Mas tu Adam les provoca
Defendiendo á la dama ; y tal escándalo
Movieron sus fatales desatinos
Que diéronse de guarda los vecinos.
Yo di la voz de alerta ,
Mis hombres se alarmaron
Y al entrar la justicia por la puerta
Por los balcones ellos se escaparon.
—¿Tambien mi Adam?—Tambien, yo te lo juro
—¡Mientes!—No miento, créeme, Salada:
El sitio estaba oscuro
Y Adam con todos se escapó ; turbada
Tu mente está ; deliras , te preocupas
Con esos sueños ; mas si aquí viniera
Mi acólito, el buen Pupas ,
Lo mismo que te digo él te dijera.»

No bien el cura pronunciado habia
Estas palabras, la entornada puerta
Un mozuelo entreabrió.—Ven, dijo entonces
Salada levantándose y corriendo
Al instante al encuentro del muchacho
Que al cura le hizo un guiño sonriendo.
—Esplica sin empacho
Ni rebozo, si Adam preso se halla ,
Dijo al fin el indigno sacerdote.
—¿Me esplico?—Si, á fé mia ,
Respondió la manola dominando
Su recóndito afan y su agonía.
¿No ves que está saltando
Mi corazon y de inquietud estalla?
—Vamos, Pupas, esplícate.—Se halla....



—¿Dónde? ¿Dónde?—¿Lo digo?—Si, revienta
Volvió á esclamar el cura que veia
Cada vez á Salada mas violenta
Y calmarla algun tanto apetecia.

—Pues, si lo he de decir , gritó el muchacho
Con acento salvaje y fé dañada,
Perdónele Salada
Y allá vá sin rodeos la noticia.
Cuando anoche ese guapo á la condesa
Defendió , malogrando nuestra empresa ,
Y vino la justicia ,
Y usté dió el grito, y todos nos salimos
Por el balcon pidiendo al miedo álas ,
Adam se entró.... se entró.... varios le vimos ,
En una casa de mujeres malas.»

Aun no acabado habia
De pronunciar con sin igual descaro
Su última frase Pupas, cuando un grito
De dolor infinito
Lanzó del pecho la infeliz Salada
Cayendo al suelo exánime y sin vida.
Y la grana encendida
De sus mejillas, que á las gayas flores
De mayo les robaron sus colores,
Y el rosicler á la naciente aurora ,
De triste palidez se vé nublada;
Y cesa de irradiar en su mirada
La rica lumbre pura
Que en su pupila mágica fulgura ;
Y de sus lábios los corales rojos
Palidecen tambien ; y el rico seno
Ya no palpita de sus globos lleno.
¡Pobre mujer! ¡en su mortal desmayo
Parece herida por potente rayo!

—¡Al cabo con la tuya te saliste!
Dijo el cura lanzando una mirada
Iracunda y sombría sobre Pupas.

¿La ves? ¡pobre Salada!
¡Pobre de mí que la contemplo muerta!
Mas, no.... su mano yerta
Aun late aquí en la mia!
—¿Morirse por amores?... ¡tontería!
¿Cuál de pena se muere?
Dijo el muchacho con gentil frescura.
¿Y es usté quien lo dice, señor cura?
¿Usté que á todas horas
De fingidas las tacha y de traidoras?
—Tienes razon, muchacho;
¡Ella vive! la sangre por sus venas
Circula perezosa;
Pero circula ¡oh rabia! ¡oh desventura!
Pronto á la vida volverá y su eterno
Amor por ese hombre,
Mi suplicio será, mi horrible infierno.»

Y luego loco se pasó una mano
Por la abrasada frente;
Sonrió con esfuerzo sobrehumano
Y esclamó de repente:
—«Vamos de aquí; su vista me asesina;
En delirante abrasador deseo
Y en ánsias de vengarme de la ingrata
Me siento arder; huyamos; segun veo
La ropa me trajiste.
—Sí, señor, aqui está.—Pues venga y vamos,
Que ya del pecho el corazon se escapa
Y alguna vez es fuerza le venzamos.»

Dejó al punto la capa
Y tomando un levita, que en un lio
El muchacho traia
Con otras prendas, pronto disfrazado
Quedó de tal manera
Que el mismo ya no era
Pues otro con tal traje parecia.
Sacó luego unos verdes anteojos
Y en su chata nariz quiso ponerlos;
Mas antes, acercándose á Salada,
Clavó en ella sus ojos,
Mientras Pupas aguárdale impaciente
Junto á la puerta que abre diligente.

—¡Oh! ¡qué hermosa! ¡qué hermosa!
Volvió á esclamar sus formas contemplando;
Y al notar que el muchacho impertinente
Seguiale acechando,
Por la postrera vez su vista ansiosa
Clavó en la faz turbada,
En el ebúrneo seno y en el talle
De la pobre Salada
Y ambos á dos lanzáronse á la calle.

CANTO IV.

I.

Cuenta la historia... pero aquí, lectores,
Mi espíritu intranquilo,
Volar queriendo en álas
Del placer, la virtud y los amores,
Romper quisiera el hilo
Del fatigoso cuento
Que vá de pobres galas
Adornando afanoso el pensamiento.

¡Oh! ¡*cómo cansa el órden*! ¡cómo hastia
La triste realidad de la penosa
Existencia sombría
Envuelta siempre en su mezquina prosa!
Razon, razon tenia
Espronceda, que triste se quejaba
De ese afan de medir el mundo entero
A compás; *no hay locura*
Igual á la del lógico severo
Que á perfecta y raquítica estructura,
Y á número y medida
Intenta reducir con nécia calma
Los arcanos profundos de la vida
Y hasta el inquieto batallar del alma.

¡Feroz esclavitud; reglas odiosas!
Yo quise impertinente
Seguir las escabrosas
Sendas que el hombre con afan doliente
Cruzando vá; mis manos temblorosas
Arrancar intentaron
La lira que pendia
Del desmayado sáuce que la tumba
De Espronceda cubria.
Quise tocar las cuerdas vibradoras,
Que entre mis dedos con dolor saltaron,
Y escenas por do quier conmovedoras
Mis atónitos ojos contemplaron.

Tal vez la vista inquieta
Ora intento apartar de esos dolores
Buscando en mis delirios de poeta
Otra vida, otro bien, otros amores.
¿Por qué, por qué de flores
La ruta que Salada
Sigue, no miro por do quier sembrada?
¿Por qué se me presenta
Del fementido cura
La desdichada y mísera figura?
¿Por qué, en fin, se violenta
Mi mente, dando sin igual rodeo
Para buscar al héroe de esta historia
Que sepultado veo
En un abismo de abyeccion? ¡Dios mio!
¿Por qué el mundo contiene tanta escoria,
Tanto dolor y padecer sombrío?

Mejor, mejor quisiera,
A mi oprimido corazon dejando
Vagar por otra esfera,
Ir otros mundos de placer buscando.
Quisiera con galana
Diestra pluma, espectáculos mas bellos
Describir; yo, lector, te pintaría
Los vívidos destellos
Del claro sol, cuando despunta el dia,
Porque al mirar su resplandor, con ellos
Se inundara tu pecho de alegría.

Yo entonces te diria,
Debajo la enramada
(Dosel del manso y sonoroso rio,
Cuyas orillas bordan gayas flores
Y dó cantan su amor los ruiseñores),
Cuán dulce y sosegada
Es la ignorada vida
De aquel que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sábios que en el mundo han sido.

Vieras tambien el agua que desata
La fuente que naciendo se despeña
Como liquida plata
Saltando loca de la agreste breña.
Vieras tambien los tiernos pastorcillos
Cruzando la llanura,
Y los mansos y alegres corderillos
Que pacen en un bosque de verdura.
Y en medio del espacio,
Lleno de perlas y de polvos de oro,
Vieras lucir sus álas de topacio
Inquietas mariposas
Besando nardos y pintadas rosas.

Y bajo la estrellada
Bóveda inmensa de zafir luciente,
Los rayos de la luna plateada
Vieras de pronto iluminar tu frente.
Y en las cálidas noches del estío,
La mies dorada en blando balanceo
Vieras en torno tú, yo en torno mio.
Y el céfiro traeria
En su aliento suavísimos aromas
De ricas fresas y olorosas pomas,
Susurrando con plácida armonía
Donde, junto al ameno
Alegre huertecillo,
Flérida para tí dulce y sabrosa
Mas que la fruta del cercado ajeno,
Mostrárate en su faz pura y hermosa,
La casta y pudorosa
Pasion que guarda en su inocente seno.

Vieras cruzar las fáciles veredas
De los fértiles llanos,
Y las frescas pomposas alamedas,
Niños, mozos y ancianos,
Que caminando van, con anhelante
Paso veloz hácia el hogar bendito,
En tanto que distante
Alegre clamorea
La sonora campana de la aldea.



Y viéralos en esta, embebecidos
Besar la frente de la amada esposa;
O de los hijos, con afan queridos,
Desenredar la cabellera hundosa.
Y al pié del emparrado,
De rico fruto en su sazon cuajado,
Mientras nace la luz de un nuevo dia,
En amigable y grata compañía,
Gozar de la serena
Calma augusta que el ánima enajena
Y que hasta Dios el pensamiento guia.
. . . .

Mas ¡ay! ¿á dónde loco,
Errante el mio, se dirige y ciego?
¿Por qué esos cuadros de ventura evoco
Si ábrego impío los destruye luego?
Al sol su sacro fuego
Roban ya del invierno los rigores
Porque vida y calor no dé á las flores.
¡Mirad! en el espacio la tormenta
Poderosa se agita
Y la creacion al parecer palpita.
La nube cenicienta
Se estiende, se acrecienta,

Y con su sombra oscura
Viste de luto el monte y la llanura.
La tempestad despues furiosa estalla;
Trémula el ave y asustada calla;
Y juguete de fieros torbellinos,
En locos remolinos
Cruge en el aire la tostada hoja
De que el árbol temblando se despoja.
Se cubre de tinieblas el espacio;
Y brama el huracan; y rueda el trueno
De los nublados oprimiendo el seno,
Que en rasgar prepotente se recrea
El rayo que iracundo centellea.
¡Mirad! ¿no veis? La inmensa catarata
Rómpese al fin; el aluvion parece
Que de anegar al universo trata.
Mugiente el rio y desatado crece
Los campos asolando;
Y el torrente, bramando
Con poderoso empuje,
Sobre sí va llevando,
Cuál leve arista, cuál ligera pluma,
Troncos añosos entre hirviente espuma.

Todo es tristeza, soledad y espanto:
A impulsos de la cólera divina
Todo parece que á su fin camina.
El alma en su quebranto
Se arma tambien de la áspera rudeza
Que reina en la natura.
Y Flérida doliente,
Perdida la salud y la hermosura,
Triste se agita en el cuitado lecho
Arrancando suspiros á su pecho,
Mientras en medio de la noche oscura
Al lúgubre silbido
De los vientos, responde
Del lobo hambriento el pavoroso ahullido.
. . . .

Y aquí no sé ya en dónde
Buscar, lector, la terrenal ventura
Que á mi vista se esconde.
Y al par se me figura
Que amostazado estás, pues ves que nécio
Camino á oscuras sin saber á dónde.
Y es lo peor que la razon te sobra
Pues alargo mi obra
Con tantas digresiones indigestas
Y pinturas molestas.
Hace muy bien la lógica que mide
Los vuelos de la loca fantasía
Y juicio y tacto con razon la pide.
¿Quién sabe si esa dicha que la mia
Buscó en los campos la ciudad me oculta?
Volvamos á la culta
Capital de la noble monarquía,
Y dejando á Salada
Triste y sumida en el dolor insólito
Que eclipsó de su rostro la hermosura,
Sigamos al mal cura
Que á la calle lanzóse con su acólito.

II.

Tan pronto como estuvieron
A solas ambos á dos,
El indigno sacerdote
Al muchacho se acercó.
—Díme luego, díme luego,
Dijo bajando la voz,
Dónde se oculta el imbécil
Que nuestros planes frustró.
Anoche por culpa suya
Yo me ví en la precision
De daros la voz de alerta.
¡Pobres de todos sinó!
Yo no sé quién fué el demonio
Que, convertido en soplon,
A la justicia dió aviso;
Mas la justicia llegó.
Yo ví á todos que á la calle
Bajaban por el balcon,
Y ví á ese mozo maldito
Saltar cual gamo veloz.
Y malogróse la empresa,
Fraguada con tal primor;
Los muy cobardes huyeron
Sin castigar su traicion.
Solo tú á mi lado estabas;
Solos quedamos los dos;
Y yo me hallé desarmado;
Desarmado ¡voto á brios!
Mas tú que un puñal tenias;
Tú que escuchaste mi voz;
Tú que viste mi coraje;
Que notaste mi rencor;
¿Por qué, por qué no seguiste
A ese maldito de Dios,
Y al revolver de una esquina
No le abriste el corazon?
—¿Por qué? Porque fué volando
Mas que un pájaro; y se entró
En una casa en que habia
Gran jarana y confusion.
—¿Y no esperaste?—En la puerta
Me coloqué de planton
Por ver si pronto salia;
Pero buen chasco me dió.
Allá dentro se escuchaba
De la guitarrilla el son:
Coplas, voces, juramentos,
Llantos, y.... ¿qué me sé yó?
Entonces, por una reja
Llego á ver un resplandor
Estraño, y oigo gemidos
Que parten el corazon.
Curioso me acerco al punto
Y descubro con pavor....
—¿Acabarás de esplicarte?
¿Qué viste?—A decirlo voy.
Cuatro blandones de cera,
Un túmulo y un cajon
Con un cadáver!—¡Muchacho!
¿Te has vuelto loco?—¿Quién, yo?
Lo cierto y fijo, es que entonces
Casi me faltó el valor
Al ver á una vieja bruja
Que, furiosa en un rincon,
Se arrancaba los cabellos
Dando gritos de furor,
Retorciéndose los brazos
Y renegando de Dios.
Traté de verle la cara;
Y lleno de admiracion
Vi que era Doña María....
—¿Doña María? ¡qué horror!
—Y Lucía era la muerta.
—¡Bárbaro! ¿qué dices? No;
¡Eso es mentira, mentira!
Tú fuiste siempre un bribon.
—Bribon ó no, padre cura,
La verdad diciendo estoy.
—¿Y Adam?...—Allí, como un chico
Junto á la vieja quedó.
Yo entonces, viendo que era
Inútil mi precaucion
De esperarle, pues ya el dia
Se acercaba, y el simplon

Con unas cuantas mozuelas,
Que allí estaban, se quedó,
En busca de usted me vine....
—Es verdad, tienes razon;
Soy un torpe, y hace dias
Que el conde lo precavió;
Era una niña inocente
Y la ha matado el dolor.
Corre, Pupas; vé al instante;
Y, sin perder la ocasion,
Cuanto suceda vigila;
Que yo á ver al conde voy.
Es menester que él lo sepa;
Que hablemos luego los dos;
Corre, Pupas.—¿Y qué hago?
—¿Qué has de hacer? Que sepa yo
Cuándo entierran á Lucia;
Cuándo fué su defuncion;
Si sigue Adam en su casa;
Sino está dónde marchó.
Si sale Doña María....
Pronto, pronto; anda veloz:
Que yo al conde de la Banda
Voy á ver sin dilacion.

III.

Partió Pupas, y el cura, presuroso
Otra ruta tomó, bien á las claras
Mostrando que á su espíritu intranquilo
Negra impresion de espanto avasallaba.
—¡Muerta! ¡muerta! pensó; ¡muerta la pobre
En la flor de sus dias! ¡qué desgracia!
Ella que há un año rebosando vida,
Esplendor, juventud.... ¡pobre muchacha!
El hálito del conde, sus amores
Y mis consejos pérfidos la matan.
¡Era tan niña! ¡tan feliz!... es cierto
Que su madre en el lodo se arrastraba;
Pero es cierto tambien que junto al lodo
Puede brotar la flor mas delicada.
¡Cuánto sufrió!... ni dádivas, ni ruegos,
Ni intrigas.... por mi astucia, por mi audacia,
Al cabo sucumbió; mas luchó tanto
Que era muy digna de inspirarnos lástima.
Que yo tengo la culpa de sus males,
No hay que dudarlo; que su muerte arrastra
A la tumba el secreto de un delito,
Es seguro; que el conde es un canalla,
Es evidente; que los dos impunes
Nos quedamos, tambien es cosa clara;
Pero tambien es cierto y positivo
Que hay un alma, y que dentro de este alma
Suele alzarse el espectro de la muerte
Cuando á las puertas del sepulcro llaman
Los recuerdos... en fin, ya no hay remedio;
Sigamos adelante con cachaza,
Y si es posible, vamos sorteando
La horca ó el presidio que me aguardan.»

Pensando de este modo, el cura iba
Calles cruzando, atravesando plazas,
Hasta que allá delante de un palacio
De apariencia magnífica, se para.
El zaguan espacioso cruza impávido;
La ancha escalera suntuosa salva;
Y al portero y lacayos, que le miran
Y le dejan subir, ni una palabra
Les dirige; sin duda todos saben
Que aquel hombre las puertas tiene francas
Para entrar en los mágicos salones
Que sirven á su dueño de morada.
Las ricas galerías de cristales
Cubiertas, las lujosas antesalas
De damasco vestidas y de muebles
Costosos y soberbios atestadas,
Cruza en silencio, sin mirar que á veces
Nuevos criados que á su paso halla,
Le miran con sonrisa desdeñosa
Al ver su rostro y repugnantes trazas.
Encuéntrase, por fin, con un robusto
Asturiano, que sale de la cámara
Del conde; le pregunta si visible
Estará su escelencia, y sin tardanza
Una voz (que es la voz del conde mismo),
Vibrante, dulce, un tanto afeminada,
¡Adelante! le dice, y al momento
Penetra el cura en la lujosa estancia.

IV.

En indolente y cómoda apostura,
Puesto el codo en un rico velador,
Sentado el conde, su cigarro apura
Viendo el humo que esparce en derredor.

Jóven es y gentil; su cabellera
Marco es de oro de su blanca frente;
Son sus mejillas de bruñida cera;
Sus ojos de un azul resplandeciente.

En torno de sus párpados, marcando
Su huella el ócio y los placeres van,
Pues tambien el placer suele ir matando
Como el dolor, con sempiterno afan.

Afan que al alma sin cesar acosa;
Que á la razon conduce al desvarío,
Y engendra en ella luego la horrorosa
Inquieta pesadumbre del hastío.

Por eso acaso el conde deseaba
Que alguien llegase, y esperando en vano,
Un periódico á veces repasaba
Y otras fumaba su aromoso habano.

Tocó un timbre y un fámulo al instante
Humilde á su presencia apareció:
—Si viene el cura, dijo, que adelante
Pase en seguida, que le espero yo.»

Salió el fámulo; el conde con enojos
El periódico aquel en que leia
Tiró hastiado, y sus azules ojos
Fijaba en otros que á su lado habia.

—«Nada nuevo contienen, dijo luego;
La política aquí juego es de azar,
Y aunque presumo que conozco el juego
Ahora no tengo ganas de jugar.»

«Artículos de fondo.... Gacetilla....
Veamos que dicen de la córte aquí;
La crónica diaria de la villa
Mas que esos fondos me entretiene á mí.»

«¡Hola! esclamó siguiendo su lectura
Y leyendo esta vez en alta voz:
«*Atentado.* Esta noche....» pero el cura
A su cámara en esto se acercó.

Dejó el conde el periódico;—¡Adelante!
Dijo, y el cura traspasó el dintel,
Mientras vuelve á pintarse en el semblante
Del primero el hastío ó el desden.

V.

Hay entes que en ocasiones
Son de alguna utilidad,
Y aun á los mismos que sirven
Suelen siempre repugnar.
Si el crímen algunas veces
Su privilegio les dá,
Triste es el tal privilegio;
Triste, muy triste en verdad.
El conde y el cura, juntos
Por senda torcida van,
Y entre los dos hace tiempo
Reina cierta intimidad.
Por ver antojos cumplidos
Descendiendo el conde vá
Hasta el cura que se arrastra
Por inmundo lodazal.
Le tiende una mano amiga;
Oro sin cuento le dá,
Y sin embargo, no puede
Su enojo disimular.
Invencible antipatía
Que ambos sienten á la par,
Uno por cartas de menos
Y otro por cartas de mas.
El conde, jóven y altivo,
Las flores pisando vá;
El otro, cual vil gusano,
Las suele babosear.
Si alguna vez en el piélago
Donde engolfándose están,
Se encuentran, estraña fuerza
Los repele sin cesar.
Que hay mucha, mucha distancia
Entre un leon y un chacal,
Por mas que á su presa juntos
Ambos quieran devorar.
El conde al cura detesta
Por su cínica impiedad,
Y el cura siente en su pecho
La negra envidia brotar.
Y sin embargo, se buscan
Mil veces con terco afan,
Sediento el uno de goces
Y el otro de vil metal.

Apenas aquella estancia
El cura llegó á pisar,
El jóven, con impaciencia
Alzó su pálida faz.
—«Anoche, dijo, esperaba
Que vinieses por acá;
¿Qué has hecho? ¿Dónde estuviste?
¿Se ha realizado tu plan?
—Anoche, replica el cura,
Ocurrieron por allá
Cosas que son tan difíciles
Como largas de contar.»
—¿Qué tienes? Te miro inquieto;
¿Por ventura enfermo estás,
O no esperas que Salada
Calmar quiera mi ansiedad?
—Salada suspira y llora,
Ausente de su galan.
—¡Cómo! ¿al cabo conseguiste....?
—El pájaro echó á volar.
—En tono triste lo cuentas.
—Es.... que aun ocurre algo mas.
Acabo de ver....—¿Qué has visto?
—A Lucía.—¿Y dónde está?
—La madre á su lado, loca,
Gime con hórrido afan....
—Pero... ¿y Lucía?—Se encuentra....
—¿En dónde?—¡En la eternidad!
Estas palabras el cura
Con acento sepulcral
Pronuncia, y el conde al punto
Se estremece á su pesar.
Ambos á dos en sus venas
Sienten un frio glacial,
Cual si un espectro á su lado
Viesen súbito brotar.
Y en sus tristes corazones,
Que comprimidos están,
Los negros remordimientos
Clavan su agudo puñal.

—¡Pobre niña! dijo el conde
Procurando dominar
La impresion de sus recuerdos.
Dios tenga de ella piedad.
En mi camino arrojada,
Como flor que el huracan
Arrastra, víctima ha sido
De horrible fatalidad.
No era por cierto la pobre
Ninguna mujer vulgar;
Tuvo un corazon de oro
Con un alma angelical.
Tú y yo la tendimos lazos
Que es menester olvidar....
—Pero.... ¿y su madre?—¡Su madre!
Tienes razon; es verdad.
Si esa mujer se quejara....
Si la justicia.... ¡Oh! jamás;
Es preciso á todo trance
Hoy su silencio comprar.
¿Quiere oro? Tendrá oro;
¿Carrozas? Tambien tendrá;
Si todo un caudal nos pide
Daré gustoso un caudal.
Pero que yo no la vea;
Que no venga á demandar
Delante de mí, la vida
De su Lucía jamás.
Vete, y compra su silencio
¿Oyes? Lo quiero comprar;
Si todo un caudal nos pide
Daré gustoso un caudal.»

VI.

Despues de hablar así, dejó su asiento
El conde, y procurando
Dominar la emocion que le embargaba,
Un tapiz levantando
Que un armario magnífico ocultaba,
Sacó de él un precioso cofrecillo
De negro ébano hecho;
Y luego del bolsillo
Una llave de oro
Que al girar en su estrecha cerradura
Y al levantar la tapa
Incrustada de nácar y de plata,
Palidecer al cura
Hizo al punto, mostrándole un tesoro
Que en letras y billetes
El conde allí tenia.

—Bravo golpe seria,
Pensó el cura, fijando la mirada
En aquella riqueza codiciada,
Lanzarme de repente
Sobre este libertino;
Estrangularle y luego.... pero temo
Cruzarme en su camino
Y ser mas débil que él; ya vendrá dia
En que pueda vengarme
Sin esponerme á que él pueda matarme.»

En tanto que aquel ente codicioso
De este modo pensaba ,
El jóven le alargaba
Un puñado de oro y le decia :
—Llévale pronto lo que aquí te doy ;
Mira si puedes conseguir que hoy
No me busque la madre de Lucía.
Mañana ú otro dia
Yo la veré ; tú mismo irás conmigo
Y allí serás testigo
Del contrato que hagamos.
Yo le daré cuanto pedirnos quiera
Para que al fin y al cabo nos veamos
Libres los dos de su venganza fiera.»

Guardó el cura el billete ,
Y no sin esforzarse
Por sonreir , al conde hizo un saludo ;
Mas antes de que fuese á retirarse :
—Espera , dijo el conde.
—¿Qué me quiere vuecencia?—Una manía
Tengo , que acaso te parezca rara.
Cuando de un crímen víctima Lucía....
—Hablad bajo por Dios.—Nadie nos oye.
Digo , pues , que aquel dia ,
De oprobio y felonía ,
De sus cabellos ella dióme un rizo,
Pidiéndome con voz llena de encanto
Que yo hiciese otro tanto
A mi vez. Al hechizo
De su sonrisa blanda y seductora ,
De su dulce mirada embriagadora ,
Que el alma me quemaba en sus destellos,
No supe resistir; luego en sus manos
Tomando mis cabellos,
Una y cien y mil veces
Estampó sobre ellos
Los lábios de carmin; y trasportada
De amor y de placer, fijos sus ojos
En mis ojos, me dijo:
—¡Si muero despreciada ,
Si alguna vez me olvidas ,
Esta prenda , que es hoy mudo testigo
De tu amor y mi amor , vendrá conmigo
Hasta la tumba helada !
—¡Pobre muchacha !—Sí , la desdichada
Vaticinó su suerte ;
Loca de amor , perdida , despreciada ,
Compra el reposo con temprana muerte.
Todo acabó en el mundo para ella ;
Mas ya que no es posible
Contrariar los rigores de su estrella,
Quiero al menos calmar la indefinible
Repugnancia que siento
Al recordar su intento.
Vé á su casa , y el rizo y un retrato
Que en su poder tenia,
Para llevarlos á su tumba fria ,
Arranca de su seno diligente.
No quiero que mi imágen sepultada
Entre gusanos , cieno y podredumbre ,
Del mundo eternamente
Soporte la terrible pesadumbre.»

Guardó el conde silencio un breve rato ;
Mas luego , de repente :
—¡Qué diablos! dijo, si me oyese ahora
Otro que tú , diria
Que me aterra la suerte de Lucía
Porque su madre me maldice y llora.
Bien mirado , no sé por qué , cobarde ,
Me entrego á tal quebranto.
Si yo gusté de su simpar belleza
¿Quién no hiciera otro tanto
Aun viéndola sumida en la impureza?
Hija del pueblo , pobre , oscurecida ,
Junto á una madre que á comercio inmundo
Se entrega , envilecida
Debió á su vez abandonar el mundo ! »

Tras de otra breve pausa
Volvió el conde á esclamar:—De sus errores
Tú y yo fuimos la causa ;
Mas ¿quién fija su dicha en los amores ?
La quise loco un dia
Y luego la olvidé ; fatal destino
Interpuso á Salada en mi camino
Donde no hay flores ya ni hay alegría.
Do quier mi vista tiendo ,
Buscando la ventura y los placeres ,
Do quier que hallar pretendo
Seductoras mujeres ,
Goces y gloria y dicha regalada
Solo encuentro la imágen de Salada.
De esa ruda mujer que me fascina
Con su ideal y espléndida hermosura ;
Que desdeña mi amor y me asesina
Mostrando la locura
Con que quiere á ese Adam.... ¡Adam! cien veces
Te he rogado que vieras
Y al punto me dijeras ,
Quién es ese dichoso
Mortal que así me arrebató el reposo ,
Haciéndome apurar hasta las heces
Del cáliz de mi amargo sentimiento ;
Y cien veces y ciento
Me dijiste lo mismo ;
Mas hay en tus respuestas un abismo
Misterioso y recóndito , que en vano
Procuro sondear ; dices que el hombre ,
A quien Salada por mi mal adora ,
Sin padres y sin nombre ,
Sin parientes ni amigos ,
Vivió siempre hasta ahora.
No se sabe su patria , no hay testigos
Que indiquen los arcanos de su vida ;
Todo en él es oscuro ; y sin embargo
De que un dia le vieron ,
Desnudo y solo , atravesar las calles
De Madrid , (por lo cual le aprisionaron
Y por loco á la cárcel condujeron) ,
Todo el mundo me dice que no es loco ;
Yo le he visto , y tampoco
Por tal le tengo ; su mirar ardiente
Y su altanera frente
Y su gentil denuedo y apostura....
Revelan el valor, no la locura.»

Oyendo estaba el cura
Al jóven aristócrata , que luego ,
Mostrándose impaciente ,
Prosiguió de este modo ,
Cada vez con mas fuego ,
Cada vez con lenguaje mas vehemente

—Y yo, en tanto, me arrastro por el lodo,
Yo lucho , yo padezco
Por lograr de Salada los favores ,
Que alcanzar no merezco.
Y afrentando las canas de mi padre ,
Que me profesa la pasion mas tierna ,
Mis escudos y timbres envilezco.
Escucha , en la taberna
Donde anoche estuviste , disfrazado
Estuve yo tambien ; yo ví á Salada
Herir á un desdichado
Que á su Adam ultrajó ; la codiciada
Mujer que tanto adoro
Me pareció una fiera ; su despecho
Espanto me causó ; ví mi desdoro ,

Y sin embargo, de mi débil pecho
Ya no puedo arrancar su imágen bella.
Miedo me inspira; pero adoro en ella.

—¿De ese modo, sabeis?...—No ignoro nada.
¿Piensas tú que en tratando de Salada,
Angel del mal, pero ángel de mi vida,
No estoy puesto al corriente
De todo cuanto pasa?
De la taberna con su Adam á casa
Volvió al punto; y tras ellos
Con otros hombres tú.... pero es preciso
Que vivas sobre aviso
Y que pongas la mira
En mas cristiana empresa.
Anoche proyectabas
Robar y asesinar á la condesa.
¿Sabes tú que es mi prima la de Alcira?»

Confuso, inquieto, pálido y temblando,
El cura, que tenia
Fija la vista en el gallardo conde,
Dió dos pasos atrás, como buscando
Una salida, sin saber por dónde.
Y luego, procurando
Murmurar una frase balbuciente,
Sintió que entre sus lábios se perdia
La voz inerte, la palabra fria.

Y el conde continuó de esta manera:
—Si yo tu juez hoy fuera,
La pena merecida
Por tu crímen de anoche te impusiera;
Y acaso de esta suerte,
De mas infame y asquerosa vida,
De mas terrible y afrentosa muerte,
Lográra separarte
Si el presidio lograba escarmentarte.
Mas hoy tan solo acierto
A ver en tí mi cómplice; tú alcanzas
A torcer mi razon; tú me hablas de ella;
De mi Salada hermosa;
De la fúlgida estrella
Que alumbra mis inquietas esperanzas.
Tú la ilusion dichosa
Haces ¡ay! que vislumbre; nuevamente
Juzgo feliz el porvenir incierto
De esta pasion; y en mi delirio ardiente
Poner suelo en olvido
A donde ciego por tu culpa voy,
Y nécio, inadvertido,
Encubridor de tus delitos soy.»

Trató el cura tal vez de vindicarse;
Mas el conde mostrándose severo,
Impasible, altanero,
Continuó de esta suerte:—Si al fijarse
Mi vista en tí, en tu corazon leyera;
Si yo sondar pudiera
En ese negro abismo,
Muy pronto acaso viera
Tu codicia cruel y tu egoismo.
En este instante mismo
Procuras engañarme;
Y sin embargo, tu pupila inquieta
Fijabas en mi oro
Hace solo un momento;
Y quisiste mostrarte indiferente,
Cuando acaso en tu mente
Albergaste un infame pensamiento.
De todos modos, ni apartarte intento
De tu senda de crímenes y errores,
Ni temo tu rencor ó tus furores.
Mas alto estoy que tú, tengo mas brío,
Mas fuerza, mas poder, y aunque há un instante
Mi valor sucumbia
Y el dolor anublaba mi semblante
Al saber la desgracia de Lucía;
Ya me encuentro sereno;
Vuelvo á cobrar mi calma y mi firmeza,
Y de ruin supersticion ajeno,
Puedo ya asegurarte
Con la mayor franqueza,
Con la mas absoluta confianza,
Que de toda asechanza
Me habrás de responder con tu cabeza.»

El cura intimidado
Ni una protesta formular sabia,
Mientras el conde con creciente enfado
De esta suerte diciéndole seguia:
—De hoy mas, quiero que veas
Que fijos tengo sobre tí mis ojos;
Que quiero y puedo que mi esclavo seas,
Siempre dócil, sumiso á mis antojos.
Yo sé que llama impura
Arde en tu pêcho, que amas á Salada
Con ardiente y frenética locura.
Que Adam celos te inspira
Y acaso yo tambien; que te vendiste
A un hombre desalmado;
Que robar y matar á la de Alcira
No há mucho prometiste;
Que esta pasada noche has intentado
Llevar á cabo tan inicua empresa;
Que ese Adam ha salvado
No sé por qué, á mi prima la condesa;
Que es necesario, en fin, ponerte un freno
Para evitar que corras desbocado
Por tanta senda de asqueroso cieno.»

Y cogiendo de un brazo al torpe cura,
Que su temor y su rencor insano
Disimular procura,
Clavó en él fijamente
Su altanera mirada inteligente,
Y luego prosiguió:—Tengo en mi mano
El hilo de tu vida y tus acciones;
Mentir y resistirte será en vano.
Ahora voy á imponerte condiciones.
Tengo, pues, mis razones
Para exigirte que prudente seas
Cuando á Salada veas;
Que su pasion y su dolor vehementes
No ultrajes con palabras insolentes.
Quiero tambien, que si apartar intentas
A ese Adam que se cruza en mi camino,
Ajustes bien tus cuentas
Para no convertirte en su asesino.
Intento que la madre de Lucía
No venga á molestarme;
Pretendo que renuncies á la empresa
De robar ó matar á la condesa,
Pues mi padre la estima,
Y prescindiendo que casarme quiere
Con ella, porque á todas la prefiere,
Yo la quiero tambien porque es mi prima.»

Cesó aquí de los dos la estensa plática;
Marchó el cura; y el conde, que agotarse
Sintiera su energía,
Tornando á recostarse
En el sillon que abandonado habia,
Permaneció en silencio un breve rato;
Y luego de repente
La vibracion metálica de un timbre,
Que allí á mano tenia,
Resonó; y á un criado reverente,
Humilde y silencioso
Que apareció, con desdeñoso acento

Y ademan imperioso:
—Haz, le dijo, que enganchen mi berlina
Y que á vestirme vengan al momento.»

Y luego se reclina
Muellemente otra vez; el hondo hastío
Viene á vencer su enojo y su arrogancia;
Se le vé con desden fijar sus ojos
En los dorados muebles de su estancia
Que le causan enojos.
Tiende luego su mano,
Y entretanto que enciende
Otro aromoso habano,
El periódico aquel, en que leia
Cuando el cura llegó, de nuevo toma;
Busca la gacetilla, y en voz alta,
Pues solo allí se cree,
De esta manera lo que sigue lee:



«*Atentado.* Esta noche se ha intentado
»A una dama robar de la nobleza;
»En su mismo palacio han penetrado
»Los ladrones; con bárbara fiereza,
»No contentos acaso con robarla,
»Intentaron matarla.
»Pero.... (y aquí lo incomprensible empieza);
»Es el caso, que al ir enfurecidos
»Los infames bandidos
»A descargar sus golpes sobre ella,
»Uno la halló tan seductora y bella,
»Que, á trueque de perder vida y dineros,
»Atacó á sus infames compañeros,
»Defendiendo á la dama
»Que no osamos decir cómo se llama.
»Añadiremos solo que propicia
»Fué la suerte, pues luego
»Acudió la justicia;
»Y la dama, que es toda una condesa,
»Se vió por fin ilesa.
»Parece que un criado
»Cómplice fué del bárbaro atentado;
»Y aun se añade tambien, aunque de un modo
»Dudoso, que el ladron que ha defendido
»A la dicha condesa, es conocido
»Con el bien raro apodo
»De Adam; no le han cogido,
»Si bien le andan buscando
»A la hora avanzada en que escribimos
»Las noticias que vamos apuntando.
»Si despues adquirimos
»Mas estensos y nuevos pormenores
»Los haremos saber á los lectores.»

Y arrojando el periódico de nuevo:
—¡Siempre Adam! dijo el conde con enojos;
Siempre ese pobre y mísero mancebo
Provocando mis celos, mis enojos.
¿Por qué, necio, se pone en mi camino?
¿Por qué le amó Salada
Uniendo su destino á mi destino?
Mi cólera estremada
Le hará ver.... ¿mas qué digo? ¿A dónde voy?
¡Oh! no, aunque ciego estoy,
Ya lo dije: no soy un asesino.
Es preciso alejarle
O frente á frente con valor matarle.

Diciendo así, de la lujosa estancia
Salió con arrogancia.—
Y aquí, lector, tambien aprovechamos
La ocasion y á la calle nos lanzamos.
Tiempo es ya (yo adivino tu deseo)
De que hagamos los dos la escapatoria;
Vamos en pos del cura de paseo
Y al fin del tal rodeo
Hallaremos al héroe de esta historia.

CANTO V.

Apenas del palacio suntuoso
Salva el dintel el malhadado cura,
Con ademan inquieto y receloso
De allí alejarse con afan procura.
Y luego, con acento cavernoso,
Torpe y horrible maldicion murmura
Que un mundo entero envuelve de esperanza
Con mil mundos de encono y de venganza.

—«Me vengaré, me vengaré, decia,
De ese orgulloso estúpido magnate,
Que así ultrajarme á su placer queria.
Yo le haré ver que si en su pecho late
Un corazon altivo, el alma mia
Tampoco viendo su furor se abate.
Seis hombres hay que nunca retroceden
Y que ayudarme en mis empresas pueden.

»Cierto es que anoche, con furor maldito,
El bárbaro de Adam con ellos pudo;
Que por poco caer en el garlito
Les hizo á todos, con su ataque rudo.
Mas ya en salvo se ven, y mi infinito
Rencor, hará (si á su ambicion ayudo),
Que con ellos Adam venga y me mate
A ese orgulloso, estúpido magnate.

»Tal vez Adam no quiera.... ¿mas qué importa
Si yo avivo de nuevo sus antojos?
Es un niño, y si al cabo se le exhorta....
Si el cebo se le pone ante los ojos....
No dudo, no; á la larga ó á la corta,
Probarán mi fiereza, mis enojos
Y mi negro rencor, esos mortales
Que ya el infierno convirtió en rivales.

»Y luego del tesoro que escondido
Tengo á los ojos de la gente necia,
Que me arroja feroz en el olvido
Y creyéndome pobre me desprecia,
A mi vez gozaré; y empedernido
Mirando al pobre cuyo mal arrecia,
Porque el mundo de ver quien soy se asombre
Me gozaré en el padecer del hombre.»

De este modo, y bramando de coraje,
Ardiendo en ira y en furor creciente,
Usando del mas cínico lenguaje
Cruzando vá las calles diligente.
No hay quien le estorbe el paso, ni le ataje
Aunque hormiguea por do quier la gente;
(Y digo que hormiguea, porque quiero
Indicar que es Madrid un hormiguero.)

Al fin del centro de la invicta villa
El iracundo cura se separa,
Y ante una casa, pobre y de sencilla
Apariencia, solícito se para.
—Ya llegué, dice; y luego á una rejilla
Que á mano izquierda del zaguan hallára,
Se acerca poco á poco, sin que meta
Ruido, buscando con mirada inquieta.

Y allí dentro, se dice que un sombrío
Espectáculo al punto divisó,
Pues al verlo, sintió en el alma frio
Y un paso atrás estremecido dió.
Y un muchacho despues, con cierto brio,
Cauteloso á su lado se acercó
Y le puso una mano sobre un hombro
Haciéndole volverse con asombro.

—¿Quién me toca? turbado esclama; y luego,
Viendo á Pupas, cobrando mas aplomo:
—¿Qué haces ahí? pregúntale.—Ahora llego,
Contesta el chico, y el ambiente tomo.
—¿Espiaste?—Espié; que no soy lego
Ni nunca fuí de entendimiento romo.
—¿Se fué Adam?—No señor, que está ahí metido,
Y como todos duermen, se ha dormido.

—«¡Dormir! es cosa rara y cosa fuerte,
Dijo el cura con cínica ironía;
Ese dolor que en sueño se convierte
Nos revela quién es Doña María.
Junto al eterno sueño de la muerte
Con otro sueño la sorprende el dia.
La hija durmiendo para siempre queda
Y su madre durmiendo la remeda.

»Tal es el mundo fementido y vário;
Tales son los humanos corazones:
Al que muere, le encajan un sudario
Y le encienden despues cuatro blandones.
Le entierran, y si luego es necesario
Dar gritos y verter dos lagrimones,
Se vierten y se dan con fé sentida....
Y á dormir y á olvidar, que esa es la vida.»

—Como hay Dios, padre cura, dijo el chico,

Que no sé que demontre está usté hablando.
—Dices bien, torpemente así me esplico
Las cosas que en el mundo voy notando.
Vamos adentro y entornando el pico;
Sigan durmiendo mientras yo velando.
Entra despacio, hijito, vé delante;
Que no quiero perder un solo instante.»

Diciendo así, avanzaron cautelosos,
Y cierta puerta que entornada vieron,
No sin sentirse un tanto temerosos,
Al fin con grande precaucion abrieron.
Y dos lúgubres cuadros tenebrosos
A su vista de pronto aparecieron;
Cuadros de horrible, de espantosa calma,
De esos que llenan de pavor el alma.

En medio de una estancia silenciosa,
Húmeda, oscura, solitaria y fria,
Dentro de un ataud, se vé la hermosa
Interesante imágen de Lucía.
Seca está su pupila y vidriosa;
Ya no tiñe el carmin como solia
Su blanca tez; no hay voz en su garganta,
Y sin embargo su belleza encanta.

Mas allá, en un rincon, bajo la reja,
Y tendida en el suelo, se encontraba
Una infeliz y miserable vieja
Que al parecer tranquila dormitaba.
Mas ¡ay! que á veces de su pecho deja
Salir hondo gemido, y luego clava
Sus ojos anublados por el llanto
En derredor de sí, con negro espanto.

Torna luego á dormirse, y torna luego
A gemir y agitarse nuevamente;
Quiere soñar buscando algun sosiego,
Y acaso olvida su dolor presente.
Luego baja otra lágrima de fuego
Rodando lenta por su rostro ardiente
Y con voz que le embarga la agonía
Solo sabe decir:—¡Pobre hija mia!

Al contemplar la horrible acerba pena
De la anciana, que así el dolor apura,
Sin fuerzas ya para sentir, ajena
De razon, y tocando en la locura,
De aquella triste pavorosa escena
Quiso la vista separar el cura
Y en otra pieza ó cuarto no distante
Un nuevo cuadro divisó al instante.

Sobre una mesa tosca que cubria
Un mugriento mantel, se destacaban
Diversos restos de grosera orgía;
Y en torno de la mesa se agrupaban
Mujeres y hombres, que al entrar el dia
Tributo al sueño y la embriaguez pagaban,
Hartas ellas de bromas y placeres
Y ellos hartos de vino y de mujeres.

Uno por fin encuentra un pobre lecho;
Se tiende el otro sobre el suelo duro;
Éste junta la barba con el pecho,
Y el otro, vacilante, el inseguro
Paso, dirige hácia el zaguan estrecho,
Sale á la calle, y el ambiente puro
Le dá fuerzas y vida juntamente
Y á su casa se torna diligente.

Y de nuevo el silencio interrumpido
Volvió á reinar en la mansion sombría,
Dó en maridaje estrecho confundido
Se hallaba el vicio con la muerte fria.

Y el cura entonces, sin mover ruido,
Dirigiéndose á Pupas, le decia:
—Busca, hijito; el entierro será luego
Y es preciso buscar, yo te lo ruego.»

Y entretanto que Pupas penetraba
Otra vez en el cuarto mortuorio,
Y la vieja soñando, deliraba
A un pasado entregándose ilusorio,
De puntillas el cura se acercaba
Al cuarto aquel, de liviandad emporio,
Donde á una noche de asquerosa orgía
La embriaguez, ó el cansancio, sucedia.

Los hombres en sus rostros revelaban
De la impotencia la traidora huella,
Y las mujeres á su vez mostraban
Del vicio inmundo la profunda mella;
Todas mustias y pálidas estaban;
Si pudo alguna blasonar de bella,
Ya no hay belleza, encantos ni primores
En aquellas mejillas sin colores.

En medio de aquel grupo, se veia
Un mancebo gentil, de talle airoso,
Que á la sazon al parecer dormia,
Mostrando un rostro varonil y hermoso.
Virgen del alma y cuerpo parecia
Junto á los otros térnes; y el gracioso
Sonreir de su boca, demostraba
Que en ricos mundos de ilusion vagaba.

Es morena su faz, tersa y luciente;
Sus contornos, magníficos y bellos;
Y en derredor de su espaciosa frente
En abundantes rizos sus cabellos,
Cual de ébano bruñido y reluciente,
Caen ondulantes; negras como ellos
Son las pestañas de sus grandes ojos;
Y son sus lábios cual corales rojos.

Hay en su todo tanta y tal belleza
Que al mirarle parece que fascina,
Y que Dios, en su espléndida grandeza,
Le ha dado un poco de su luz divina.
Luz que irradiando en torno á su cabeza
Sus perfectas facciones ilumina;
Luz del alma que al cuerpo se revierte
Y á un ser mortal en inmortal convierte.

El miserable cura, contemplando
Estuvo un rato al descuidado mozo,
Que continuaba al parecer soñando
Y sonriendo con interno gozo.
Mas luego precavido fué avanzando
Y murmuró entre sí con alborozo:
—¡Es Adam! ¡es Adam! vuelve á ser mio
Y ¡voto á brios! que en mi saber confio.

«Le tengo entre mis uñas nuevamente
Y he de hacer su existencia desgraciada;
No en vano, pobre loco, impunemente
Quiso gozar en brazos de Salada.
Yo le abriré el abismo á dó imprudente
Se lanza el hombre; y en la vida airada
Le engolfaré, avivando sus pasiones
Y sus ciegas y vanas ilusiones.»

Calló un instante el mónstruo; pero luego
Mirando el rostro del rival odiado,
Ardiendo en ira, delirante, ciego,
De una idea feroz se vió asaltado.
—«Si saco mi pistola y le hago fuego,
(Dijo entre sí), le mato, y al contado
Echo á correr.... mas no, que eso seria

Dar corto ensanche á la venganza mía.»

«¿No es peor que vivir, morir sintiendo
Del mundo aborrecido los enojos?
¿No vivo yo? yo mísero, temiendo
Que el mundo clave sobre mí sus ojos?
Vive, Adam; vive tú; que así muriendo
No vieras, no, cumplidos tus antojos!
Vive y cuenta las horas de tu vida
Que por tí será al cabo aborrecida.»

Dijo: la mano se llevó á la frente
Que ardiendo estaba, y luego, procurando
Desterrar los delirios de su mente,
Poco á poco su afan se fué calmando.
—Vamos á ver si avivo á este durmiente,
Añadió sonriéndose; y tocando
En sus espaldas, sin mostrar enojos
Le hizo que abriera los rasgados ojos.

Miróle Adam, miróle sorprendido
Y se puso de pié, cual si sintiera
El inmundo contacto de un temido
Asqueroso reptil que le mordiera.
Mas el cura, que estaba prevenido,
—No te inquietes, le dijo, que eso fuera
Una insigne torpeza y tontería
Y puede despertar Doña María.»

—Tienes razon, responde Adam trayendo
A su mente una historia muy reciente;
Si esa pobre mujer está durmiendo
Dejémosla dormir tranquilamente.
Tal vez sueña, cual yo lo estaba haciendo;
Tal vez goza cual yo; tal vez no siente
La horrible realidad que la rodea
Y en un mundo encantado se recrea.»

«Yo gozaba tambien.... mas ¿á qué viene
Contarte yo lo que gozaba ahora
Si lo que mas al parecer conviene
Es el duelo calmar de *esa señora*?
¡Pobre mujer! en su horfandad no tiene
Quien le tienda una mano bienhechora,
Y si despierta y el cadáver halla
Seguramente de dolor estalla.»

«Vamos allá, le haremos compañía.
Esta noche la historia me ha contado
De los tristes amores de Lucía.
Era una niña; un hombre con malvado
Intento, amarla con ardor fingia.
Siempre estaba solícito á su lado,
Y al decir de la madre, la inocente
Llegó á quererle con amor vehemente.»

«Mas yo no sé.... no sé por qué razones,
La pobre niña, con quererle tanto,
Luchaba con distintas sensaciones
Y se entregaba sin cesar al llanto.
Dice esa vieja, que hay en ocasiones
Ciertas virtudes, que en mortal quebranto
Vivir prefieren, y antes que rendirse
Al deshonor, acaban por morirse.»

«Dice que amaba su infeliz Lucía
Y que no obstante, con su amor luchaba;
Que de pena la pobre se moria
Y sus penas á nadie confiaba.
Que el que amarla frenético fingia
Con riquezas y dichas la brindaba,
Y que ella siempre con mortal recelo
Rechazaba un amor que era su cielo.»

«Y el hombre aquel, al cabo, fementido
Tendióla un lazo con ardid villano;
Dice que la ofreció ser su marido
Y que ella entonces le entregó su mano.
Que el casamiento aquel era fingido;
Que el amante juró, jurando en vano;
Y que, aunque jóven, rico y bien apuesto,
Llevaba el impostor nombre supuesto.»

«Despues la hermosa, la sin par Lucía
Siguió la huella del fingido esposo,
Que henchido de placer y de alegría
La condujo á un palacio suntuoso.
Y luego, con insólita porfía,
Se mostró cada vez mas cariñoso,
Y lejos la llevó, porque ostentara
En todas partes su belleza rara.»

«Y un año y dos, doliente y sin ventura,
Dice la vieja que quedó llorando,
Sumida en soledad y en amargura
Siempre al objeto de su amor llamando.
Y mientras, con su amante, en su locura,
A su madre Lucía fué olvidando,
Pues dice que ni cartas la escribia
Ni una sola noticia recibia.»

«Solo una vez.... mas ¡ay! que la cuitada
Madre infeliz, contarme ya no pudo
Sin llorar y gemir desesperada,
Trance tan fiero, inesperado y rudo.
Mostrósemе tan triste y conturbada
Que en su garganta se formaba un nudo,
Y su acento temblon y dolorido
Era un constante aterrador gemido.»

«Su hija y el falso fementido esposo
Tornaron á Madrid, y ya sabia
La pobre jóven el engaño odioso
De que víctima fué en infausto dia.
Pero amaba con pecho cariñoso
Al ser ingrato que en su pecho hundia,
Para aumentar su pena y sus desvelos,
El dardo emponzoñado de los celos.»

«Y así, triste, inocente, acongojada,
Sufriendo de su amante los rigores,
Por todos con el dedo señalada,
Devoraba en silencio sus dolores.
Ni vírgen, ni manceba, ni casada,
Odiando y bendiciendo sus amores,
La pobre niña mártir dice que era
De una fiebre voraz, intensa y fiera.»

«Tal vez un dia, en su penar violento,
Quiso volar á los amantes brazos
De su madre infeliz, quiso un momento
Perdon pedirla y reanudar los lazos
De su filial amor; mas ¡ay! que aliento
Tener no pudo para hacer pedazos
Su pobre corazon, que aun no acertaba
A olvidar al ingrato que adoraba.»

«Pero una noche que la madre, alerta,
En su tristeza y soledad gemia
Allá en las altas horas, y despierta
En vano el sueño conciliar queria,
Sintió que daban golpes á su puerta,
Y corriendo hasta ella, vió á Lucía
Que, sola y llena de mortal quebranto,
Se echó en sus brazos anhegada en llanto.

«Y ambas á dos, un grito penetrante
Al verse dieron con afan ardiente;
Y la vieja, en su gozo delirante,
Los secos lábios aplicó á la frente

De la niña infeliz; y hubo un instante
En que, entregadas á su amor vehemente,
Sin saber dónde estaban, ni qué hacian,
A un tiempo sollozaban y reian.»

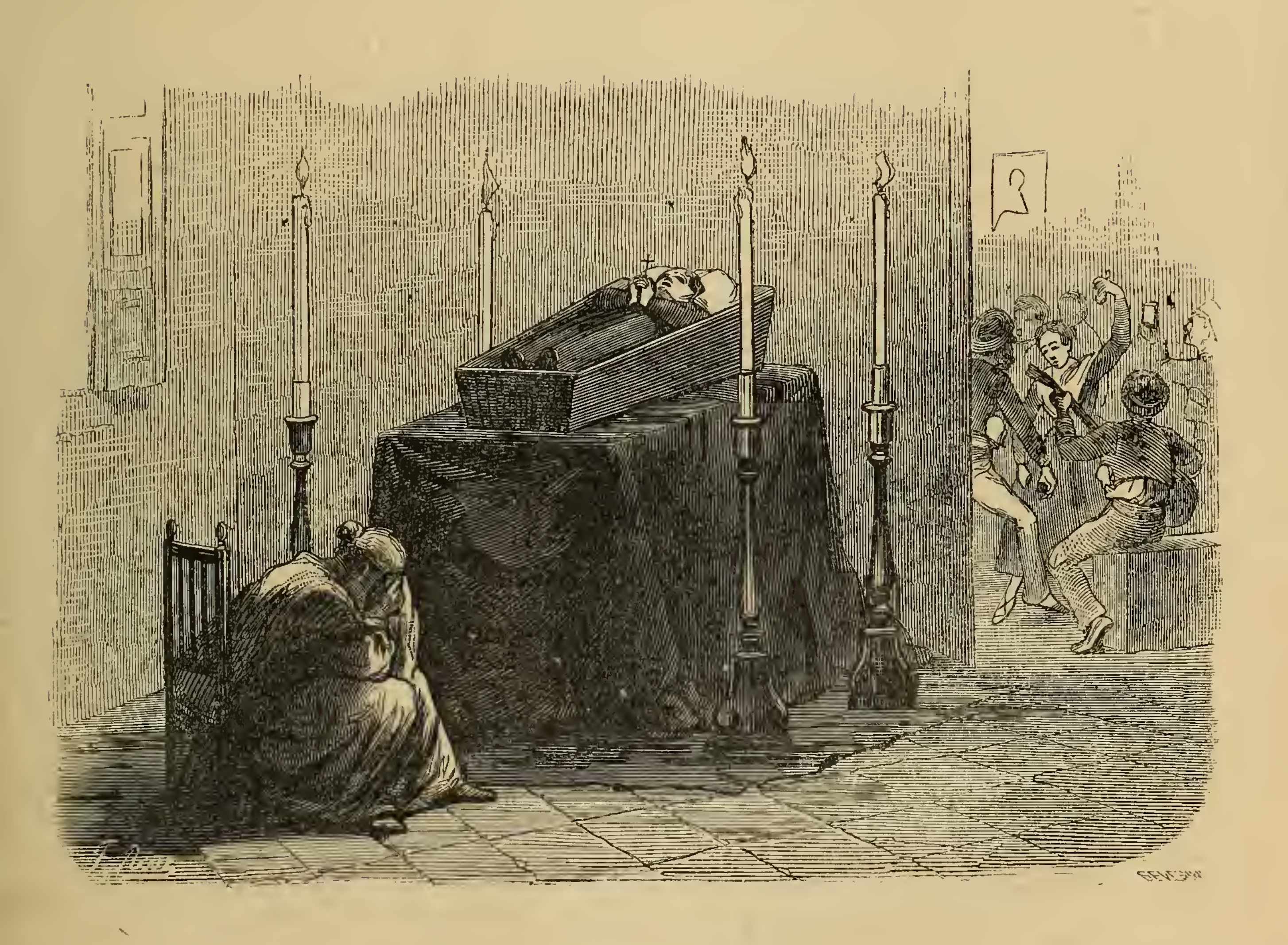
«¡Oh! (dijo Adam, con frase dolorida),
Di, ¿qué pasion es esa embriagadora
Que hace olvidar la ofensa recibida
Y hace reir al tiempo que se llora?
Yo jamás escuché de una querida
Madre feliz, la voz consoladora,
Ni recibí con cándido embeleso,
El tierno abrazo, el amoroso beso.»

«Solo, triste, ignorante, oscurecido;
Sin padres, sin hogar.... ¡ay! ¡me confundo!
Mi pasado parece sumergido
En un abismo de dolor profundo.
No sé cuándo nací, ni dó he nacido;
Y voy vagando errante por el mundo
Acariciando loco mil quimeras
Y pensando en mil dichas venideras.»

«Siempre así... mas volviendo á mi relato,
Te diré que la pobre de Lucía,
Abandonada por el hombre ingrato,
Presa ya de feroz melancolía,
Buscaba en vano de su madre el trato,
Y en vano acaso prolongar queria
Su existencia fugaz, que fiebre ardiente
Iba ya consumiendo lentamente.»

«Y al cabo sucumbió.... y esa infelice
Madre, que anoche me contó esta historia,
Su adversa estrella con furor maldice
Al ver perdida la que fué su gloria.
«¡Hija del alma!» con espanto dice;
Y atrayendo de nuevo á su memoria
Los dulces ecos de la voz querida
Preguntas hace á la que está sin vida.»

«Y notando que en vano la interroga,
Pues muda sigue, sorda, fria, inerte,
Con Dios y el diablo su furor desfoga
Apostrofando á la sañuda muerte.



Mas la pena terrible que la ahoga
En postracion al cabo se convierte,
Y allí, dormida sobre el duro suelo,
Soñando intenta mitigar su duelo.»

«¡Cuánto ha debido padecer! Yo estaba
Lleno de pena al ver cómo sufria,
En tanto que la gente aquí bailaba
Y su justo dolor escarnecia.
Mas noté que la triste se quedaba
Inmóvil, que el cansancio la vencia,
Y aquí me vine, y á mi vez rendido,
Como los otros me quedé dormido.»

«¡Oh! vamos, ven; si la infeliz volviera
Y allí el cadáver á su lado hallára;
Si sola junto al féretro se viera
Y otra vez á su hija interrogára;
Si su hija infeliz no respondiera
Sorda y muda á sus voces.... ¡oh! repara,
Repara como ya con honda cuita
Gime otra vez y con espanto grita.»

Y era verdad: un grito lastimero,
Intenso, aterrador, grande, inaudito;
Un grito agudo, congojoso, fiero,
De esos que tienen algo de infinito;

Al punto resonó, y Adam ligero,
Dejando al cura, que á su vez el grito
De la anciana escuchó con calma impía,
Trasladóse á la estancia de Lucía.

Y en tanto que los otros, despertando
La escena del festin abandonaban,
O la broma y el baile renovando
Su asqueroso cinismo demostraban,
Varias gentes del barrio contemplando
Por reja y puerta con fruicion estaban
El lúgubre espectáculo imponente
Que Adam miraba con afan creciente.

La pobre vieja, que del tierno llanto
Agotado el raudal copioso viera,
Fuerzas pidiendo á su feroz quebranto
Se alzaba entonces imponente y fiera.
Y dos hombres trataban entretanto
De impedir que hácia el féretro corriera,
Mientras otros, que el féretro clavaban,
El pecho de la madre destrozaban.

—«¡Oh! ¡dejadme! dejadme, les decia
Sin que á nadie apiadara su querella;
No encerreis con crueldad á la hija mia,
Que era mi encanto, mi ilusion mas bella.
No arranqueis de mi lado á mi Lucía;
O si lo haceis, llevadme á mí con ella.
Dejad que goce de la eterna calma
Que goza ese pedazo de mi alma.»

«Yo nueve meses la llevé en mi seno;
Yo el sustento le dí; yo la criaba,
Siempre de orgullo y esperanza lleno
El pobre corazon; yo mendigaba
De puerta en puerta; y luego mas sereno
Un porvenir de dicha vislumbraba;
Pues, aunque vivo de comercio inmundo,
Pura la traje y conservé en el mundo.»

«Solo por ella el oro apetecia;
Solo por ella... pero vino un hombre
Que era un noble y con torpe alevosía
Su nobleza ocultaba con su nombre.
Un grande tan pequeño que mentia
Con villana intencion... mas no os asombre;
Nobles y grandes hay que de ese modo
Miserables se arrastran por el lodo.»

«¡Pobre hija mia! en vano mi ternura
Te mostré en la niñez! tú me dejaste,
Por un conde engañada, y por un cura
Inicuo y mentiroso; te alejaste,
Y el conde, fomentando tu locura,
Te prohibió luego verme; tú llenaste
Mi pecho de afliccion y de agonía.
Mas ¿qué importa si viva te tenia?»

«Hoy en cambio la encuentro deshojada
Como flor que arrebata el raudo viento;
Para siempre la tengo separada,
Y sorda, indiferente á mi lamento.
¡Y vosotros en tanto no haceis nada!
¡Ni llorais, ni sentís lo que yo siento;
Vosotros la clavais y vuestras manos
Son grillos para mí, grillos tiranos!»

«¡Oh! dejad que mis lábios en su frente
Pόse; ¿no veis? me llama y se sonrie.
Tan bella, tan hermosa la inocente
Está, que al verla el corazon se engríe.
No hay hombre, no, que contemplarla intente
Que su amor obtener luego no ansíe,
Ni mujer envidiosa que al tratarla
Deje al fin de quererla y respetarla.»

«¡Oh! ¡Dejadme! no bárbaros mi pena
Aumenteis con crueldad; no mi prolija
Inquietud prolongueis; ya estoy ajena
De dolor; ya no hay cosa que me aflija.
¡Soltadme! no estoy loca... ¡estoy serena!
¡Quiero besar la frente de mi hija!
¡Mi hija!... ¿no la ois? ¡me está llamando
Y yo no voy.... porque me estais matando!»

Diciendo así, con poderoso empuje,
Cual torrente espumoso que desata
Su corriente veloz, y fiero muge,
Arboles troncha y peñas arrebata,
La triste anciana exasperada ruge,
Lucha iracunda y de soltarse trata,
Muerde la mano que la tiene asida
Y luego dá violenta sacudida.

Libre se vé, y al punto atropellando
A cuantos tiene en derredor, doliente
Hácia el féretro lánzase, doblando
Sobre él la mustia y arrugada frente.
—¡Hija del alma! dice sollozando;
¡Hija mia! ¡hija mia!» Mas la gente
Que ya el cadáver levantar desea
La cerca, la fatiga y la marea.

Adam, confuso, contemplando estaba
Tanto afan, tanto amor, tal desventura;
Y su faz una lágrima surcaba
Cuando á su lado aproximóse el cura.
Y con tranquila voz, que contrastaba
Con todo aquello:—«A mí se me figura,
Dijo á su oido, que la vieja miente;
Que finge mas de lo que acaso siente.»

Oyóle Adam, y se quedó abismado
En un súbito estraño pensamiento,
Como aquel que, en instante no esperado,
Vé su nave azotada por el viento,
Y la siente crugir, y fatigado
Se vé luego en el líquido elemento
Que iracundo y con fiera sacudida
La esperanza le roba con la vida.

Que era la vez aquella la primera
En que un hombre le hablaba de tal suerte;
Y era mucho fingir, si verdad fuera,
El hacerlo delante de la muerte;
Y si fingir delante de un cualquiera
Es cosa poco grata y cosa fuerte,
Mas fuerte, menos grata y mas prolija
Era fingir amor por una hija.

—«¡Ay! dijo al fin, cual si consigo hablara;
Si esa madre no dice lo que siente,
Si esa infeliz su pena ponderara
Por algun fin siniestro que mi mente
No puede comprender, si con avara
Intencion mueve el lábio y torpe miente,
¿Qué afecto puro buscaré en el mundo
Que no se envuelva en lodazal inmundo?

«¿Quién creerá en el amor de otras mujeres
Ni en la amistad? ¿habrá quien necio acuda
A buscar la esperanza y los placeres,
El dulce amparo y el sosten y ayuda,
En brazos ¡ay! de tan mezquinos séres?
¿Habrá quien pueda con tan negra duda
Cruzar la vida por camino ignoto
Si el mundo inicuo el corazon le ha roto?

«¡Triste de mí! yo ayer necio creia

Que una senda de flores me esperaba;
Que lícito cruzarla me sería.
Mas el cura, el placer que acariciaba
Me roba, y mi ilusion y mi alegría;
Que allí el contento, el bienestar acaba,
Sucediendo el dolor y la tristeza,
Donde la duda maldecida empieza.»

«¡Duda cruel!... mas no, no es ya posible
Que tanta infamia el corazon oculte.
De esa vieja infeliz la pena horrible
No se puede imitar; no hay quien abulte
Su dolor de tal suerte; y ya sensible
Tambien mi pecho, siente que sepulte
Esa gente soez á esa Lucía
Que tan bella y tan jóven parecia.»

Tal vez Adam siguiera formulando
Sus cuerdas y atinadas reflexiones,
Allá á sus solas y en silencio hablando,
Si en aquel mismo instante sus razones
La vieja no tuviera en ir alzando
De su voz mas y mas los diapasones,
Y á vueltas de infinitos juramentos
Mas frecuentes no hiciera sus lamentos.

Y era que, en tanto que con ella usaban
De la fuerza, dos hombres, cuyas manos
Férreas, al fin las suyas sujetaban,
Otros hombres de rostros inhumanos,
Con el féretro lúgubre cargaban;
Y diciendo «á la paz de Dios hermanos,»
Poco á poco se fueron removiendo
Y á la calle salieron sonriendo.

Y vió Adam á la vieja desdichada
Quedarse inmóvil, pálida, tranquila;
Y luego con la faz desencajada
Rayos lanzar de la feroz pupila.
Y arrojar estridente carcajada
Con la que hiel el corazon destila
Y envueltos van con el adios postrero,
Vida, alma y juicio y corazon entero.

CANTO VI.

HABITACION DEL CURA.

Cuarto miserablemente amueblado. El cura y Adam, sentados junto á una mesa, en la que se ven restos de groseros manjares, se ocupan en beber y fumar. Adam se muestra en estremo pensativo. Sobre uno de los dos lechos que hay en la estancia y colgada de un clavo, se vé una guitarra. Desde una pequeña ventana que domina la mayor parte de los tejados de la vecindad, se descubre un pedazo de horizonte nebuloso y sombrío. Es cerca del anochecer y de vez en cuando se oye la lluvia que azota los vidrios de la ventana.

ESCENA PRIMERA.

EL CURA Y ADAM.

EL CURA.

¡Cuerpo de Baco y qué vino!
Está diciendo «Bebedme.»
Vamos, Adam; otro trago
¡Y á vivir! ¿qué te sucede
Que nunca como esta tarde
Te he visto tan displicente?
¿Tienes esplin, hijo mio?
¿Te cansas ya de tenerme
Por tu patron? Vamos, charla;
Y en tanto que charlas, bebe
Y yo haré lo propio ¿estamos?
Con vino, juego y mujeres
Todo se olvida.

ADAM.

¡Maldito
Tabaco! (*Tirando el puro que fumaba*).

EL CURA.

Sí, razon tienes;
Mas la culpa es del gobierno
Que tales cigarros vende.
Yo... ya ves, como soy pobre,
No puedo habanos traerte;
Eso se queda, hijo mio,
Para condes y marqueses.

ADAM.

Echa vino. (*Alargando el vaso*).

EL CURA.

Así me gusta.
Hoy me encuentro muy alegre
Y hasta quiero que esta noche
Vayamos, si eres prudente,
A casa de unas muchachas...

ADAM.

¡Oh! no hables de eso; que suelen
Cansarme, con sus fingidos
Halagos, tales mujeres.

EL CURA.

¡Aristócrata!... ya entiendo
La indirecta; tu pretendes
Amores frescos, románticos;
Señoras de alto copete,
Y gollerias y... ¡claro!
Como eres buen mozo, entiendes
Que todas, por tu hermosura
Y no mas, han de quererte.
Si fueras rico, seria
Otra cosa.

ADAM.

No, no tienes
Razon; la pobre Salada
Me amó frenéticamente,
Sin que jamás las riquezas
La impulsaran á quererme.
Yo tambien...

EL CURA.

Vamos, prosigue.

ADAM.

Amo con delirio ardiente
Y noto que aquí en mi pecho
Un fuego voraz se enciende,
Sin que lo apague la ausencia
Ni el interés le fomente.

EL CURA.

Y ese amor.... (*Con malicia y curiosidad*).

ADAM.

(*Con ardoroso entusiasmo*). Es grande, puro,
Inmenso; amor que enloquece
Mi razon, que se apodera
De todo mi ser.

EL CURA.

(*Con socarronería*). ¿Y puede
Saberse quién es la hermosa
Que te flechó de esa suerte?

ADAM.

Bebamos. (*Lo hace*).

EL CURA.

¡Pícaro!... (*Apura el vaso*).

ADAM.

El vino
Hace olvidar... (*Levantándose*). Cómo llueve;
¡Qué triste que está la tarde!
¡Cuánto me aburro!

EL CURA.

(*Aparte*). (¡Pobrete!
Piensa que yo no adivino
A quien ama).

ADAM. (*Mirando por la ventana*).

Bien agreste
Y solitaria es la calle
En que vives.

EL CURA.

Si tuviese
Mucho dinero, hijo mio,
Te juro que habia de hacerte
Un palacio; mas no hay
Mus, y es preciso atenerse
A vivir, cual lo que somos;
Es decir, como la plebe.

ADAM.

Tienes razon. (*Vuelve á sentarse*).

EL CURA.

Otro vaso
Y no seas necio; Adam, bebe;
Que el Valdepeñas es bueno
Para soñar, como sueles,
Con la condesa.

ADAM.

(*Sorprendido*). ¡Qué dices!
¿Por ventura, lo que tiene
Oculto el alma, mi lábio
Ha descubierto imprudente?
¡Habla!...

EL CURA.

Vamos, no seas niño,
Y siéntate y no te alteres.
Tú has olvidado á Salada,
¿No es cierto? sé franco; advierte
Que ahora mismo estoy leyendo
En tu pecho....

ADAM.

Pues si puedes
Lograr eso ¿por qué el alma
Despedazarme pretendes?
(*Pausa*).
Escucha: la imágen bella
De Salada, siempre.... siempre
En mi corazon oculta
Está, gravada en mi mente.
Hace un mes que de su vista
Me separásteis aleves,
Para llevarme á un palacio....

EL CURA.

Ya estoy; allí, neciamente,
En vez de robar, robado
Te viste.... (Maldita peste
Caiga sobre tí).

ADAM.

Un mes hace
Que separado me tienes
De Salada....

EL CURA.

No es exacto;
Porque si volver prefieres
A su casa....

ADAM.

No me hables
De tal cosa; si volviese....

EL CURA.

¿Tienes miedo...?

ADAM.

Sí, lo tengo
De escuchar su voz; de verme
Torturado por los celos
Que frenética la vuelven.
Tengo miedo de que al cabo,
Aun siendo yo el delincuente,
A ultrajarla me obligase.
Ese es mi miedo ¿lo entiendes?

EL CURA.

¡Pobre loco! ¿te imaginas
Que esa muchacha te quiere
Tanto, que al cabo de un mes
No te haya olvidado?

ADAM.

Puede;
Mas no lo creo; Salada....
(Seguro estoy) ahora siente
Mi ausencia, mas que la noche
Que, sobre su silla, inerte
La viste caer.... ¿quién sabe
Si enferma?

EL CURA.

Ninguna muere
De amor.

ADAM.

No es cierto. Lucía
Murió....

EL CURA.

Tísica.

ADAM.

¿Y no puede
Ser el amor una tisis
Que abrase mas que la fiebre?
¿No oiste á la pobre madre
Contar su historia?

EL CURA.

Sandeces
Y no mas; aquella vieja
Gritaba, porque moviesen
Un escándalo sus voces;
Y porque el conde, que tiene
Muchas onzas, temeroso
De que hablase, la ofreciese....

ADAM.

¡Cesa! que al alma repugnan
Tus palabras. ¿Por qué sueles
Decir eso...? Aquellos áyes
Eran pedazos latentes
De aquel corazon herido
Y despedazado; aun siente
Pavor mi alma, tan solo
Al recordarlos; la muerte
En el rostro retratada
De aquella madre, mil veces
Ví; tú lo sabes, tú sabes
Que me engañas y que mientes;
Y que hasta las fieras aman
Sus hijos y los defienden
Con ardor.

EL CURA.

Bien, bien, mocito;
Mucho he notado que aprendes
En poco tiempo; no eras
Tan ilustrado hace meses
Cuando por loco á la cárcel
Te llevaron.

ADAM.

¿Por qué vuelves
A recordarme esa historia
Tan negra? Pobre, inocente,
O loco acaso, he vivido
Muchos años.
(*Se queda profundamente pensativo*).

EL CURA.

(*Alargándole un vaso*). Toma y bebe
Y perdóname; no quise
De tal modo entristecerte.

ADAM.

¡Ah! si pudiera embriagarme!
Dame otro vaso.

EL CURA.

Hasta veinte
Te daré con tal que al cabo
En cosas mas gratas pienses.
A tu salud. (*Brindando*).

ADAM.

Llenando otro vaso y bebiendo). A la.....

EL CURA.

Vaya,
Prosigue, ¿qué te detiene?

ADAM.

(*Con los ojos centelleantes y balbuciente acento*).
¡Por ella!...por... (¡Ah! me espanta
Mi pequeñez).

EL CURA.

No te atreves
Y yo lo haré. (*Alzando de nuevo el vaso*).
Porque sea
Tuya la de Alcira.

ADAM.

¿Y puede
Serlo, cuando aquí encerrado
Treinta dias há me tienes?

EL CURA.

No tanto, hijito; ya sabes
Que te he llevado...

ADAM.

A burdeles;
A cien garitos inmundos;
A sitios en donde bebe
El alma mortal ponzoña
Pues nada bueno se aprende.
¡Oh! no es mi mundo encantado
El que yo busco; no es ese.

EL CURA.

Ya lo hallarás; si no hubieras
Visitado con mi gente
La casa de la de Alcira...

ADAM.

Es cierto.

EL CURA.

Si no la hubieses
Visto...

ADAM.

Es verdad.

EL CURA.

Y ¿quién sabe
Lo que guardado te tiene
El porvenir?

ADAM.

Esa idea
Me halaga; no me convence.

EL CURA.

Esperemos.

ADAM.

¡Si esplicarla
Pudiera lo que en mi mente
Y en mi pecho siento ahora!
Si ella viera como hierve
La sangre en mis venas ¡ah!
¿Qué habria que Adam no hiciese
Por ella? (*Lleno de ardor y entusiasmo*).

EL CURA.

Con poca cosa
Tal vez...

ADAM.

¡Habla, di!

EL CURA.

Ella tiene
Un amante, y ese hombre
Con ella casarse quiere.

ADAM.

¡Triste de mí!

EL CURA.

¡Sí, suspira
Y sufre; que necios entes

Son los que aman! no hacen
Mas que gemir.

ADAM.

¿Qué pretendes
Que haga?

EL CURA.

(*Encogiéndose de hombros*).
¿Yo?... si yo amase
Con ímpetus tan ardientes,
Claro está... lo mataria...
Y santas pascuas.

ADAM.

¡Oh! ¡vete!
Déjame, ¿por qué así tientas
Mi cólera de tal suerte?
Yo á mi rival no conozco.

EL CURA.

(*Mostrándole una miniatura*).
¿No le conoces? pues ese
Es el retrato del hombre
Que á tu condesa pretende.

ADAM.

¡Qué bello es!

EL CURA.

Tan hermoso
Como tú; su blanca frente
Y sus pupilas azules,
Y sus cabellos, que pueden
Con los rayos compararse
Del sol...

ADAM.

¡Qué rabia! parece
Que me mira y se sonrie.

EL CURA.

Como que razones tiene
Para ello; es todo un conde
De la Banda; un mozalvete
Lechuguino, que te quita
Lo que tanto vale y quieres.

ADAM.

(*Arrojando el retrato sobre la mesa*).
¡Nunca! ¡nunca! que mi alma
Su ventura no consiente,
Y harán mis manos pedazos
A quien mis celos enciende.

EL CURA.

¿Qué piensas hacer?

ADAM.

(*Con rabia*). Matarle.

EL CURA.

¿Lo juras?

ADAM.

Lo juro.

EL CURA.

Bebe
El último vaso.

ADAM.

Venga.

(*Apura el vaso y luego inclina la cabeza sobre sus brazos y se queda dormido*).

EL CURA.

¡Duerme, desdichado, duerme!
No en vano de aquel retrato
Que Pupas me dió, el presente
Traslado saqué; tú, ahora
Vendrás, Adam, al palenque
Que el conde me abrió; los tengo
Ambos á dos frente á frente,
Y Salada será mia...
¡Duerme, Adam, sí, duerme, duerme!

(*Abre la puerta del cuarto y aparece una vieja seguida de varios hombres de aspecto patibulario. El cura les hace una seña para que guarden silencio, mostrándoles á Adam dormido. Luego se pone la capa y el sombrero y salen todos dejando la puerta entornada.—Es completamente de noche*).

ESCENA II.

ADAM *dormido, y* PUPAS.

PUPAS.

¡Salero!... ¡viva la industria!
Como calzado y vestido
(*Mirándose los pies desnudos*).
Vengo á la ligera, nadie
Hasta aquí llegar me ha visto.
¡Qué oscuro que está este cuarto!
Voy á ver en el bolsillo
Si tengo algunas velillas...
Justamente; soy un chico
Que valgo mucho; ¡salero!
Si soy yo mas prevenido...
(*Encendiendo una vela de sebo*).
¡Viva Dios y viva el mundo!
¡Cabal! ¡y segun distingo (*Mirando á Adam*).
¡Parece que duerme el mozo!...
¡Vaya un *gaché*! No hay de juicio
En él siquiera un adarme.
Quiere echarla de leido
Y *escrebido*, y se me antoja
Que es el mayor don simplicio
Que hay en Madrid; él es guapo,
Es verdad, y tiene listos
Los puños, que son mas fuertes...
Muy bien pudieran decirlo
Mis costillas; ya lo creo:
Mas cardenales me hizo
En un Santi-amen... ¡friolera!
Como que si me descuido
No me deja un hueso sano.
Ganas me dan.....
(*Amenazándole con el puño y mirando un cuchillo que hay sobre la mesa*).
Pero miro
Que mas aborrezco al cura,
Y he de contener mis brios
Hasta que pueda vengarme
De ese sotana maldito.
(*Se sienta á la mesa y hace lo que marca e diálogo*).
¡Pero me duele el estómago;
Tengo hambre ¡y.... al avio!
Voy á comerme un mendrugo
De estos, remojado en vino.

ADAM. (*Soñando*).

¡Qué horror!... ¡déjame! ¡no quiero!...
Un lago de sangre miro
En derredor....

PUPAS.

La de siempre;
Ya está soñando el mocito.

ADAM

¡Salada!

PUPAS.

Sí, llama, busca;
Que Dios sabe si ahora mismo
No estará dando la pobre
Que hacer á todos....

ADAM.

¡Bien mio!

PUPAS.

No he visto jamás un hombre
Que charle tanto dormido.

ADAM.

¡Perdon!... ¡Perdon!... (*Despertando*).

PUPAS.

Si le dá
Por atizarme.... no chisto,
Y salga lo que saliere.
Veamos que dice.

ADAM.

¡Dios mio!
¿Dónde estoy?...—¡Qué horrible sueño!
¡Qué visiones!.... ¡Pupas!
(*Viendo al muchacho*).

PUPAS.

(Chito,
Chito, Pupas; sé prudente
Y calla y aguanta el mirlo).

ADAM. (*Con dulzura*).

¿Qué haces aquí? ¿qué buscabas?
¿No me respondes?

PUPAS.

(Mansito
Está; mas no hay que fiarse).

ADAM.

¿Marchó el cura?

PUPAS.

Ya se ha ido
A sus quehaceres.

ADAM.

¿Y cuáles
Son sus quehaceres?

PUPAS. (*Con malicia*).

Bonito
Es él para confiarse
A nadie.

ADAM.

Siempre conmigo
Franco fué.

PUPAS.

¿Sí?... pues milagro.

ADAM.

¿Te admiras?

PUPAS.

Mucho me admiro.

ADAM.

¿Qué puede el cura ocultarme?
Hace un mes que con él vivo...

PUPAS.

¿En esta zahurda?

ADAM.

Es pobre
Y no tiene mas.

PUPAS.

Yo afirmo
Lo contrario.

ADAM.

¿Por ventura
Sabes algo?....

PUPAS.

Sé que es rico;
Muy rico.

ADAM.

¿Qué estás hablando?

PUPAS.

Digo que el cura es riquísimo;
Que tiene mas peluconas
Y mas rentas que un obispo.

ADAM.

Mira, Pupas, si burlarte
Pretendes de mí, que aspiro
A comprender lo que pasa
Por el mundo, será indigno
Intento, y accion cobarde,
Hacerlo tú, y yo sufrirlo.
Verdad es que apenas tengo
La inteligencia de un niño;
Que tengo embotada el alma
Y confusos los sentidos;
Pero corazon y brazos....
Ya lo sabes, ya lo has visto;
Me bastan y hasta me sobran
Para castigar á un pícaro.
Dices que el cura posee
Riquezas, y yo imagino
Que es una vil impostura
El pensarlo y el decirlo.
Tener riquezas un hombre
Que vá siempre mal vestido,
Y que sufre tan horribles
Privaciones....

PUPAS.

Cabalito;
¿No es verdad que tiene trazas
De un miserable mendigo?

ADAM.

Su cuarto es pobre; su mesa
Mas pobre aun.

PUPAS.

Pues afirmo
Que tiene muchas talegas
Encerradas en un sitio
Que yo me sé.

ADAM.

Y ¿para cuándo
Las guarda? ¿por qué motivo
No disfruta esos tesoros
Que el cielo le ha concedido?
Yo no ignoro que el dinero
Vale mucho; yo colijo
La razon que el hombre tiene
Para aspirar á ser rico.

Siéndolo, gastar se puede
Pródigamente; magníficos
Trenes ostentar; y... luego,
Con pecho caritativo,
Hacer bien, para que cerca
No haya nunca un desvalido.
Tener oro y no gastarlo,
Y sufrir.... no lo concibo.

PUPAS.

Pues ahí verá usted, hay hombres
Que lo entierran; y los pícaros
Antes que gastar un cuarto
Se mueren de un tabardillo.

ADAM.

¿Y dices que el cura?

PUPAS.

Es uno
De esos avaros malditos.

ADAM.

¡Mientes!

PUPAS.

Si usted se amostaza,
Señor Adam, es distinto.
No chistaré; pero sepa
Que era el negocio mas lindo
Del mundo, buscarle el gato
Y birlárselo.—Yo el sitio
Sé donde guardado tiene
Su tesoro.

ADAM.

¿Y al amigo
Y al protector robarias?

PUPAS.

Con los dedos; cabalito.
¿Para qué sirven las manos
Entonces y los sentidos?
¡Protector! ¡amigo! ¡vaya!
¡Vaya un protector y amigo!
Descalzo estoy, voy desnudo,
Paso hambre y paso frio.
¿Qué es lo que me dió...? consejos
Que han de llevarme á presidio.

ADAM. (*Meditabundo*).

Tal vez ¡ay! razones tengas....

PUPAS.

¡Cabal!... tengo mis motivos
Para aborrecerle; un dia
Mi padre ponerme quiso
A zapatero; era malo;
Pero al fin era un oficio.
Yo, ya se vé, no gustaba
De estarme siempre aburrido
Con el tirapié, las hormas,
Las cuchillas y el martillo,
Todo el dia, dale, dale,
Y dale al zapato pícaro;
Pero al fin... qué diantre, un hombre
Es, segun mi padre dijo,
Un animal de costumbre;
Y poco á poco, de fijo,
Ya me hubiera acostumbrado
Al trabajo.... pero vino
El demonio de ese hombre,
Que es tan perverso y tan pillo,
A presentárseme un dia,
No sé cómo, en mi camino;
Y ya se vé, me dió tales
Lecciones con tales mimos....
Eso sí; si he de ser franco,
Él me mimaba al principio;
Para tabaco me daba,
Para muchachas y vino;
Y... ya se vé, con la holganza
Dejé la lezna y martillo,
Y si no voy á la horca
Será un milagro de Cristo.

ADAM.

¡La horca! ¡el presidio! ¡la cárcel!
¡El trabajo!... tú, mi amigo,
Presentas, hoy á mi vista
Un mundo desconocido.
Tienes razon, ese hombre
Nos empuja al precipicio
Con sus falaces consejos,
Y sus ejemplos inícuos.
De hoy mas, Pupas, como hermanos,
Es necesario, es preciso,
Que vivamos; oye, atiende:
No hace mucho que aquí mismo,
En sueños mirando estaba
Lo que ahora despierto miro.
¡Qué cuadro tan espantoso!
Soñaba que en un magnífico
Aposento me encontraba:
En mil objetos distintos,
Nuevos para mí, los ojos
Recreaba y los sentidos,
Cuando de pronto, á un mancebo
De hermoso aspecto diviso,
Que en indolente apostura
Estaba medio dormido.
A su rostro, que parece
Hecho de mármol bruñido,
El sol de la dicha presta
Mágico esplendor y brillo.
Una sonrisa ligera,
Como el aire fugitivo
Que mueve á la flor, sus lábios
Mueve tambien de continuo.
Yo, entre tanto, le contemplo
Con afan, la vista fijo
Mas y mas en sus facciones;
Y en el alma espanto y frio
Siento á la vez, porque el alma
Me denuncia un gran peligro.
Nada el silencio que reina
Allí, en torno suyo y mio,
Turba; mas ¡ay! que de pronto
El hombre lanza un suspiro
Y oigo una voz que pronuncia
Estas frases á mi oido:
—«Es tu rival, es el conde
A quien debes por instinto
Aborrecer; porque al cabo
Siendo jóven, bello y rico,
Debe ser muy pronto suya
Esa mujer que es tu ídolo.
Por eso de amor la envia
Un cariñoso suspiro.»

PUPAS. (*Aparte*).

¡Pues, señor, quedo enterado!
¡Como hay Dios que estoy lucido!
¿Si se pensará este mozo
Que á mí me importa un comino
Toda esa música? ¡vaya
Con la jerga del mocito!

ADAM.

Tú, Pupas, tal vez no puedes
Comprender lo que le digo,

Porque no sientes el fuego
Que abrasa mi pecho mísero.
Oye, no obstante, y acaso
Notarás cuánto he sufrido
En unos breves momentos
Con ese sueño maldito.
Las frases ¡ay! pronunciadas
Tan de súbito á mi oido,
Eran del cura.... del cura
En cuyo rostro sombrio
Vi la espresion del sarcasmo
Pintada; vi el inaudito
Placer que sentir debia
En aumentar mi delirio,
En redoblar mis tormentos,
Y en dar alas á mis brios,
Para que, ciego en mi cólera,
Sobre aquel hombre dormido
Me lanzara, como dicen,
(Pues ni lo sé ni lo he visto),
Que el tigre feroz se lanza
Sobre el débil corderillo.
Y yo luchaba entretanto
Con pensamientos distintos,
Llena de pavor el alma
Y de rencor infinito.
Entonces de nuevo el cura:
—«Contémplale bien, me dijo;
Es tu rival, es mas jóven,
Mas venturoso, mas digno,
Mas fuerte que tú, que ahora
Temblando estás como un niño.
—¡Mientes! le dije.—Si miento,
Contestó, vé de improviso
Y mátale; aquí en mi mano
Tengo un puñal de dos filos.
—¡Mátale!—¡Déjame!—¡Mátale!
Repitió; yo determino
Alejarme, mas de pronto
La condesa....

PUPAS. (*Aparte*).

(¡Jesucristo!
¿Se habrá enamorado acaso
De la viudita? De fijo.
¡Cuando digo que está loco!)

ADAM.

¡Qué afan! ¡qué pena! ¡Dios mio!
Hermosa como ninguna;
Engalanada con ricos
Trajes; aromas vertiendo
Y sonrisas sus divinos
Labios; sus ojos ardientes
Chispeando como el disco
Del sol, que al mundo ilumina...
Toda seduccion y hechizos;
Toda encantos, á mi vista
Se aparece; tiemblo, miro
Con afan; el alma muda,
El labio suspenso y frio,
Y el corazon palpitante
Siento á la vez; mis delirios
Se aumentan; cruzar la estancia
Rápidamente la miro,
Y siento crugir la seda
De su soberbio vestido.
El vértigo se apodera
De mí; y en confuso giro
Muebles, objetos, personas
Van pasando en torno mio.
¡Quiero lanzarme en pos de ella
Y es vano mi intento; insisto
Y es inútil; una mano
De hierro, sobre mi sitio
Me clava, y mis pies parece
Que allí, sobre el mármol frio,
Estienden hondas raices!
Y en tanto, llegar la miro
Junto al conde, que despierto
La contempla embebecido
Y la recibe en sus brazos
Lleno de ardiente cariño.
Entonces, trémulo y loco,
Quiero lanzar un gemido
Que viene á quedar ahogado
En mi garganta. ¡Dios mio!
¡Cuánto sufrí!

PUPAS. (*Bostezando*).

Ya lo creo.

ADAM.

—¡Míralos! ¡míralos! ¡míralos!
Dijo el cura nuevamente
Con voz terrible á mi oido.
Y dándome al propio tiempo
El afilado cuchillo:
—¡Mátale! ¡mátale! ¡mátale!
Repitió en tono sombrío.
Y por su mano empujado
Me sentí; lleno de altivo
Rencor, con la diestra armada,
Junto al conde maldecido
Llegué... y alzando mi brazo
En su pecho mi cuchillo
Quise hundir... mas ¡ay! que entonces
La condesa en mi camino
Se interpone, y el acero
Clavo en su garganta! un grito
Que se escapa de su boca
Me indica el horrible abismo
De mi desgracia; y el conde
Huye veloz; y en un rio
De sangre anegarme siento,
Mientras de Salada miro
El cadáver, que en mi rostro
Clava sus ojos de vidrio,
Y estrechar quiere por fuerza
Mi cuerpo en sus brazos rígidos!

PUPAS.

¡Vaya un sueño! ¿se ha acabado?

ADAM.

¿No es verdad, amigo mio,
Que fué horrible? Dí, ¿no es cierto
Que lo que vemos dormidos
Sombras son que el alma anublan
Y nada mas?

PUPAS.

Cabalito.
¿Quién hace caso de sueños?
Mi abuela una vez me dijo
Que todo lo que soñamos
Sucede al fin; mas yo afirmo
Lo contrario; muchas veces
Los tuve yo de ser rico
Y ya vé usted.

ADAM.

Sin embargo,
Dicen que son un aviso
Del cielo.

PUPAS. (*Con aire de importancia*).

Tambien pudiera
Haber algo de efectivo
En eso; sin ir mas lejos
Diré á usted...

ADAM.

Habla, hijo mio.

PUPAS.

(A ver si le tiento). Anoche
Soñaba que en cierto sitio
Usted y yo nos hallábamos
En acecho; que ambos íbamos
A dar un golpe... ¡qué golpe!
Vamos, el golpe mas lindo
Que puede darse...

ADAM.

Prosigue.

PUPAS.

Pues ya se vé que prosigo.
Sí, señor, el cura tiene
Un gran tesoro escondido,
Y usted y yo...

ADAM.

No me hables
Mas de eso; ya te lo he dicho:
Me inspira horror esa vida
Y aborrezco por instinto
El robo; de hoy mas seremos
Buenos, honrados y dignos.
Yo siento en mí muchas veces
Una voz secreta; un vivo
Afan, que esplicar no puedo
Por mas que bien lo concibo.
Mira, cuando al cielo alzo
La frente y los cielos miro;
Cuando el sol que nos alumbra,
Sus rayos de oro magníficos
Esparce; cuando contemplo
Los verdes campos, y admiro
Tantos árboles y flores,
Tantas espigas de trigo,
Tantos frutos, tantas aguas
Que van su curso tranquilo
Siguiendo.... siento ensancharse
Mi corazon; y mi espíritu
Vuela gozoso buscando....
¿Qué es lo que busca? no atino
A esplicarlo; pero inquieto
Sondar quiere el infinito
Espacio, y la causa indaga
De tanto y tanto prodigio.
¿Quién hace que las estrellas
Y la luna con sus tibios
Reflejos, el mundo alumbren
Cuando el mundo está dormido?
¿Quién empuja con su aliento
Las nubes, y hace al rocío
Desprenderse en invisibles
Gotas? ¿quién dá al cefirillo
Ligeras alas, y al viento
Sordos ecos, y estampidos
A los truenos, y al relámpago
Siniestro fulgor y brillo?
¿Es el hombre?... no, que el hombre
Teme al rayo y al pedrisco
Que sus hogares destruye.
Ni él pudo, falto de juicio,
Dar vida á la horrible muerte
Que le ataja en el camino
De sus empresas; el hombre,
Cobarde, imperfecto, tímido,
Ni dió garras á las fieras
Ni plumas al pajarillo;
Que si él fabricase alas
Hiciéralas para él mismo.

PUPAS.

Es verdad; si yo pudiera
Volar.... (me iría mas listo
Que Cardona, con la música
A otra parte; que de oirlo
Me dá grima).

ADAM.

Mira, Pupas:
Pocas veces he tenido
Semejantes pensamientos;
Pocas, muy pocas; yo, mísero,
Sin razon, loco, ignorante,
De mi existencia el camino
Crucé á ciegas; hasta ignoro
Si fuí como todos niño.
Ni un recuerdo afortunado
Conservo; mi cuna ha sido
Una cárcel; sus tinieblas
La luz primera que he visto
En el mundo... mi maestro
Fué un presidiario, un bandido.

PUPAS.

Ya le conozco: el tio Lucas,
Padre de Salada.

ADAM.

El mismo.
Y esa mujer sin ventura
Me ató entre opresores grillos
Brindándome á toda hora
Con su amor y sus delirios,
Que, si al pronto me halagaban,
Llenáronme al fin de hastío.

PUPAS.

¿Y qué mas?

ADAM.

¿Qué mas?... Ahora
Puede que sepa decírtelo:
¡He sido muy desgraciado!
Al nacer solo he debido
Lágrimas al mundo y penas,
Y dolores inauditos.
Pero al través de los hierros
De la cárcel, al son mismo
De las coplas que entonaban
Los ladrones y asesinos;
Y mas tarde en la taberna,
En la calle, en el garito....
Al par de mil juramentos,
Solo un nombre, un nombre mismo
Sentí pronunciar; ¿y sabes
Cuál es el nombre que digo?

(*Pupas se encoje de hombros*).

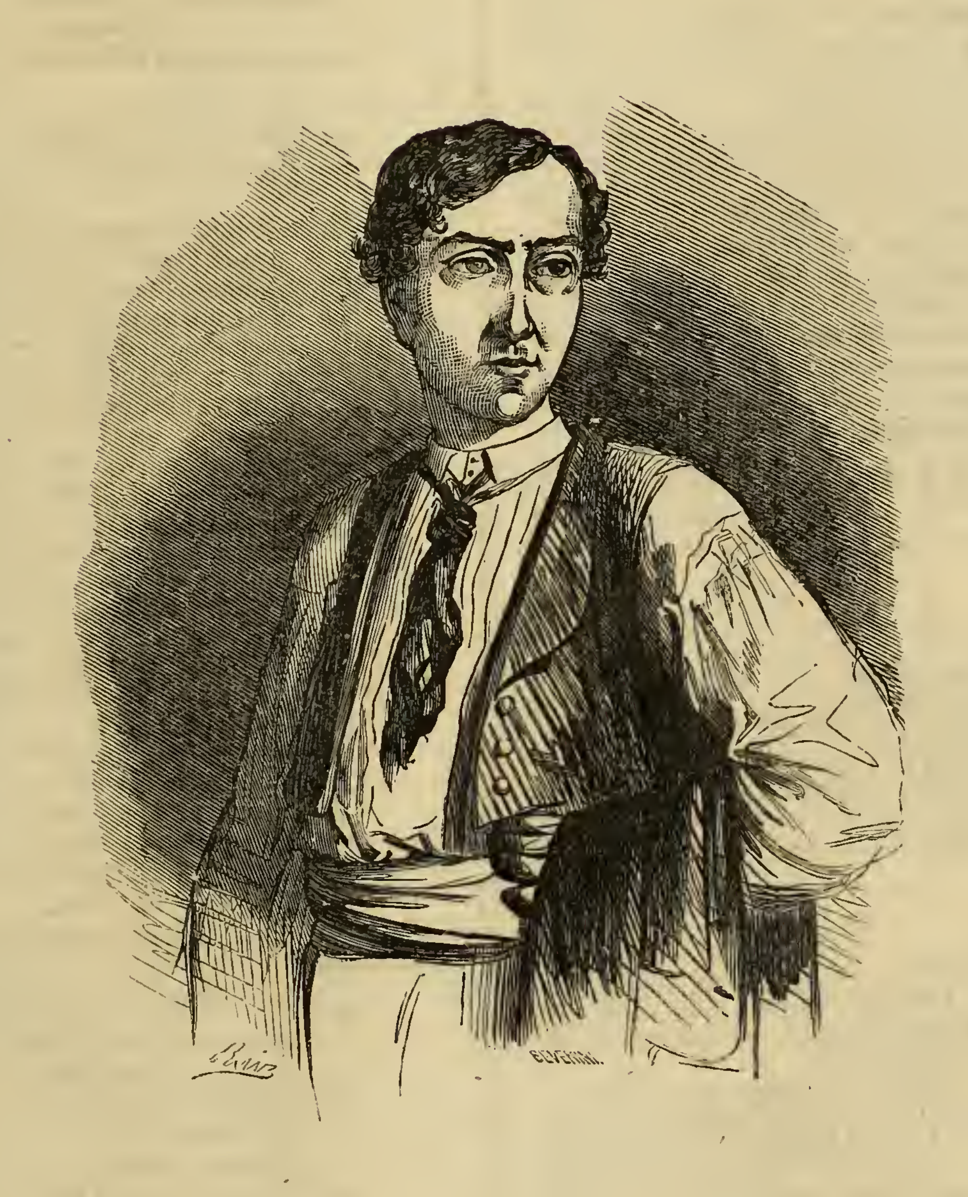
ADAM.

¡Dios! es Dios; aquella mano
Que busco cuando me fijo
En los cielos, en el mundo,
Y toda su pompa admiro.
Sin saber por qué, do quiera
Su poder grande adivino.

(*Pupas dá una cabezada*).

¿Te duermes, muchacho? ¡Pupas!
¿Te duermes? (*Viendo que está roncando*).
¡Oh, se ha dormido!
Mas no importa; ¡Dios y el mundo!
En ambos á dos confío:
Que si Dios todo lo mueve
Y al mundo y al hombre hizo,
Todos seremos hermanos;

Todos iguales nacimos.
(*Contemplando al muchacho*).
¡Pobre Pupas! yo queria
Sacarte del precipicio
En que estamos, y hoy desdeñas
Los consejos de un amigo.
Tú de la cárcel me hablabas,
Tú me hablaste del presidio,
¡Y eso es horrible! Aun recuerdo
Mi prision; allí metido
Faltábanme luz y espacio,
Como al pobre pajarillo
Que en vano sus alas tiende,
Con furor clava su pico
En los dorados alambres
De su jaula, y con sus trinos
Dulces y tristes, parece
Que á su libertad un himno
Luego eleva; ¡es tan hermosa
La libertad!... ¡el cautivo
Sufre tanto!... ¡No, no. Pupas!
(*Procurando despertarle*).
¡Pupas! despierta; conmigo
Vendrás; y los dos iremos,
Como buenos peregrinos,
Cruzando alegres la senda
Del bien; y los dos reunidos
Trabajaremos, y al cabo
Ya verás como consigo
Alcanzar la dicha espléndida
Que en mis sueños imagino.
Yo romperé del pasado
Los rudos pesados grillos,
Que aquí, dentro de mi pecho,



Late un corazon altivo
Y á nadie en pujanza cedo,
Ni á nadie el valor envidio.
Somos jóvenes; un mundo
De amor, de placer, de ricos
Afectos, de dicha suprema
Nos aguarda; ven conmigo.
¡Pupas! ¡Despierta!
(*Haciendo nuevos esfuerzos por despertarle*).

PUPAS. (*Soñando al parecer*).
¡Un tesoro!
¡Vaya un tesoro divino
Que tiene el cura! ¡Salero!
Esto sí que es de lo lindo.

ADAM.

¡Sueña!... ¡no me escucha!... quiere
Seguir su fatal camino,
Y son mis esfuerzos vanos.
Tanto peor para el mísero
Que al fin se queda.—Yo corro
Lejos de aquí; de este abismo
De miserias, que me causa
Dolor y espanto. El destino

Me abre sus brazos, el mundo
Sus puertas, Dios su infinito
Poder; que si dá el sustento
A las aves, y á los rios
Sus claras ondas, y al campo
Sus frutos, y al hombre hizo
Mi hermano, en Dios y en el mundo
Y en mis hermanos confio.

(*Se pone la chaqueta y luego el sombrero y se marcha*).

ESCENA III.

PUPAS.

(*Levantando repentinamente la cabeza*).

Fíate en Dios y no corras.
¡Cuando digo que está loco!
¿Si pensará que reparten
Por esas calles el oro?...
¡Qué bárbaro! me ha dejado,
No con tres palmos, con ocho
De narices; ¡habrá necio!
Las cotorras y los loros
Charlan menos; se figura
Que con trabajar.... ¡demonio!
Mejor hubiera querido
Despachar aquel negocio
Entre los dos: un porrazo
Dado por él, ó por otro,
En la cabeza del cura,
Y era nuestro el gran tesoro.

(*Se sienten pasos en la escalera*).

Alguien sube, la luz mato
Y en esta cama me escondo.

(*Apaga la luz y se acurruca dentro de uno de los dos lechos*).

ESCENA IV.

EL CURA y PUPAS.

El cura con una luz en la mano penetra en el cuarto y echa el cerrojo; deja la luz encima de la mesa, y comienza á desnudarse dirigiendo antes algunas miradas al lecho donde Pupas se acostó y en el cual supone que duerme Adam. Al quitarse la chaqueta saca de los bolsillos un par de pistolas que coloca debajo de la almohada. Pupas lo observa todo.

EL CURA.

Pues señor, ya mi nave
Vá viento en popa;
La madre de Lucía
Volvióse loca.
Preso está Lucas,
Y pienso que muy pronto
Lo estará Pupas.

De este modo, testigos
Quito de enmedio,
Y al conde voy sacando
Muchos dineros.
Hincho mi gato,
Y despues.... con Salada
Largo los trapos.

Los Estados-Unidos
Me darán sombra
Si consigo largarme
Con la manola;
¡Fatal muchacha!
Muriendo está de amores;
¡quién lo pensara!

Tú, Adam, tienes de todo
Toda la culpa;
Pero juro cobrarme
Con negra usura.
Ya irás pagando
Estos celos horribles
En que me abraso.

Yo haré que en el camino
Que el conde lleva,
Le asaltes, cual si fueses
Una pantera.
Y mi artimaña
Me hará matar dos pájaros
De una pedrada.

Entre tanto fraguando
Iré con prisa
El consabido asunto
De la de Alcira.
Lo del incendio
Es sublime, ingenioso...
Pero no es nuevo.

En fin, mi barco vuela
Con viento en popa;
Que me quiera Salada
Y adios, Europa.
Lejos, muy lejos,
Con un par de millones
Gozar aun puedo.

(*Pausa: luego dice bostezando*).

Parece que el mocito
Duerme contento;
Y á mí tambien los ojos
Me cierra el sueño.
Justo es que mate
La luz; muy buenas noches.—
Creo en Dios padre.

(*Vuelve á bostezar y poco despues empieza á dar ronquidos*).

PUPAS. (*Tirándose del lecho*).

Ya está el bribon roncando:
¡Vaya un buen cura!
Él si que ha de pagarme
Sus travesuras:
Mas me retiro;
Muy buenas noches, padre....
Creo en Dios hijo.

(*Descorre el cerrojo sigilosamente y sale. La habitacion queda sumergida en la oscuridad y el silencio*).

CANTO VII.

Tal vez razon el miserable Pupas,
(Y acaso sin tal vez, razon tenia),
En burlarse de Adam; mas es lo cierto
Que Adam al otro dia,
Mas feliz que otras veces, por las calles
De la villa del oso discurria.
Y aquí, lector severo,
Lograr tu vénia y tu paciencia quiero,
Si te doy con sus mínimos detalles,
Cuenta de todo lo que Adam hacia,
Cuando así por las calles
De la córte de España discurria.

Dice la historia que el gentil mancebo,
Ya en Madrid no tan nuevo,
Ni tan nuevo en el mundo, —pues de nieve
Y aun de estuco dijéramos que era,
Si viviendo en el siglo diez y nueve
Un poco no aprendiera,
Continuando sumido en su ceguera,
Sin sentir y sin ver la lumbre pura
De ese sol esplendente
Que ilustracion se llama;
Que ilumina los mundos felizmente
Y por do quier fulgura,
Mientras la fuente del saber derrama
Tanto varon de merecida fama
Como en el templo de la ciencia mora,
Maneja la política en Castilla,
Charla, escribe, á los pueblos maravilla,
(Y yo no sé por donde voy ahora);
Cuenta, digo, la crónica que, ufano,
Adam las calles de la heróica villa
Iba corriendo desde muy temprano,
Haciendo en su interior comparaciones,
Llena el alma de dulces ilusiones,
Y la mente sumida en un profundo
Éxtasis, contemplando
La pompa y gala y esplendor del mundo
Que él vá feliz con efusion cruzando.

Y era por cierto un dia
En que Madrid su ebullicion constante
Redoblaba en confusa algarabía,
Y en vértigo incesante.
La animacion, la bulla, la alegría,
Parece que aumentaban
Mientras las horas rápidas volaban.
Y músicas marciales y sonoras,
De agradable armonía
El espacio llenaban;
Y cien coches magníficos y bellos,
Por caballos soberbios arrastrados,
Ostentando penachos y libreas
De vistosos colores, combinados
Con el oro y la plata reluciente,
Recreaban los ojos de la gente,
Que aquí y allí mezclábase á porfía,
Como apiñada mies que agita el viento,
Y sin cesar bullía
De la mar imitando el movimiento.

Adam tanto portento,
Tanto lujo y primor, grandezas tales,
Como en la córte ostentan los mortales,
Contemplaba con ánsia embebecido
Su triste posicion dando al olvido;
Si bien de vez en cuando
Miraba su ropaje,
Y envidiaba tener un rico traje,
Como aquellos señores que veia
Pulular por do quier; pero volvia
De nuevo á distraerse, y olvidaba,
Cual queda dicho, su penoso estado,
Sin ver que ya llevaba
Bastante tiempo sin probar bocado;
Y en su estómago el hambre con violencia,
Comenzaba á tener cierta exigencia;
Lo cual, sin duda, aunque parezca feo
A cualquiera lectora casquivana,
Es comezon y natural deseo
De nuestra frágil condicion humana,
Que á veces subordina
Cabeza y corazon, á lo que ordena
Despótico el estómago; y contento
El mas ilustre hambriento,
Por una rica y suculenta cena
Trocara el mas brillante pensamiento
Y hasta el puesto mas noble y encumbrado,
Como consta en leyendas y consejas,
Y en la Santa escritura,
Donde á Edom ó Esaú vemos, cansado
Su primogenitura
A su hermano vender por un puñado
De menudas lentejas,
Que sacian su apetito,
A trueque de incurrir en un delito.
Lo cual prueba de un modo harto evidente
Que es el hambre cruel é intransigente,
Y que al sentirla Adam, cual la sentia,
No por eso incurria
En ningun desacato al buen decoro,
Urbanidad galante y cortesía,
Ni tampoco á las reglas de poesía,
De aquel siglo de oro
En que al fin toda Filis comería.
Pues si hay algun humano
Que diga «estáte quedo»
Al susodicho estómago tirano,
Cuando él dice «no cedo,»
Bien puede al punto levantar el dedo.

Asaz el pobre mozo
Heróico se mostraba y duro y fuerte,
Cuándo al público gozo
Se asociaba feliz de aquella suerte.
Que no hay mas dura muerte
Que la que causa en sus congojas viles
Esa insolente comezon tirana,
Para la cual no hay venturoso Aquiles,
Ni invulnerable fuerza sobrehumana.
Antes bien, para mí sostengo y creo,
Aunque el lector en lo contrario crea,
Que, con quitarle Páris la comida,
Sin mas flecha ni herida,
(Dicho ya con perdon de Homero sea)
Pronto finára el hijo de Peleo
Sin causar tanto estrago en la pelea.

Iba, pues, nuestro Adam calles corriendo,

En pos de mucha gente, que por ellas
Ansiosa circulaba
Al son del grato militar estruendo;
Y á veces se paraba,
Por ver ninfas hermosas como estrellas,
Que en cien carrozas bellas
Iban cruzando el anchuroso espacio.
Y al fin ante un palacio,
Maravilla de piedra portentosa,
Se encontró de repente;
Donde tropas y gente,
En una plaza grande y espaciosa,
Como en la piña se acomoda el grano,
Codo con codo y mano sobre mano,
En apretada confusion yacia,
Y con violencia y con trabajo abria,
A dos filas de coches ordenadas,
Que amagaban vivientes oleadas,
De carne y ropas limitada via.

Sus ojos y su ardiente fantasía
Fijaba el jóven placentero en tanto
En aquel *mare-magnum* sorprendente,
Esplicacion prudente
Pidiendo á su razon de todo aquello
Que en sí llevaba tan augusto sello
De novedad y seductor encanto.
Y descender miraba
Cien varones, cubiertos de bordados,
Y fajas y entorchados
De reluciente oro,
Que, graves en el rostro y reposados,
En el alcázar penetrando iban.
Y luego cien mujeres,
Con las sienes ornadas
De diademas cuajadas de diamantes,
Que, al mostrarse radiantes
De placer y hermosura, descendian
A su vez, y el alcázar invadian
Codiciosas miradas provocando.

De pronto un eco blando,
Triste y lloroso, resonó en su oido,
Semejante al quejido
Que el moribundo, al despedirse, deja
Escapar con el alma que se aleja;
Y humilde voz que dijo:
—Una limosna, hijo,
Para esta pobre vieja,
Que en el mundo no tiene
Mas amparo que Dios.» Y así diciendo,
Con una mano helada,
Huesosa y arrugada,
Otra de Adam tomó; y Adam, fijando
En ella su mirada,
Movido de piedad, sintió agolparse
A sus ojos el llanto,
Pues daba el verla compasion y espanto.

—¡Pobre anciana! esclamó; ¿por qué abatida,
En tu pesar profundo,
Puedes bajar la frente encanecida
Hoy que así goza y se engalana el mundo?
¿Fuiste madre y perdiste al hijo amado?
—Le perdí.—¿Se murió?—Le tengo ausente.
—¿Ausente y lloras?—Me cayó soldado,
Y pobre vivo y además doliente.
—¿Soldado dices?—Del materno techo
Le arrancaron un dia,
Sin ver la herida que en mi amante pecho
Tan fiera ausencia sin piedad abria.
—¿Y no volviste á verle?—No, los mares
Cruzar le hicieron y su suerte ignoro.
—¿Quién alivia tus penas?—Mis pesares
A nadie importan, y á mis anchas lloro
Mientras limosna por el mundo imploro.

Quedó Adam abismado
Por algunos momentos
En un mundo de estraños pensamientos;
Pero la voz de un hombre que á su lado
Estaba, le sacó de su sombría
Meditacion, diciendo de este modo
A la cuitada vieja:—Horrible tia,
Bruja maldita, ¿cómo aquí te vienes
Con tus andrajos y tu mugre y lodo
A estorbar á la gente? ¿Acaso tienes
Para pedir limosna carta blanca,
Diciendo á cada cual un desatino?
Sígueme, ven; allí en San Bernardino
La puerta tienes á tu paso franca.
—¡Piedad! ¡piedad! esclama la mendiga.
—¿Piedad? Dios te maldiga;
Volvió el hombre á decir con duro acento;
Y asiéndola violento
De un brazo, á su pesar llevarla quiso;
Mas Adam, de improviso,
Con ánimo arrogante,
Poniéndose delante:
—Déjala, dijo, deja á la inocente
Que ningun mal te ha hecho.
¿No se ablanda tu pecho
Al mirar su abandono y sus dolores?
¿El alma no te dice
Lo injusto de tus bárbaros rigores?
Mira, mira cual tiembla la cuitada.
¿No te dá compasion?—¿Y qué te importa
Que llore ó no esa bruja condenada,
Si ha de ser, á la larga ó á la corta,
Al hospicio llevada?
¿Por ventura prefieres,
Que en un dia de córte y besamanos,
A molestarnos venga
Tan flaca, ruin persona,
Y aun que acaso del robo se mantenga?
—¡Yo robar! ¡yo ladrona!
Gritó la vieja en lágrimas bañada,
Impaciente, indignada,
A su dolor las riendas aflojando.
¿Yo ladrona? ¡Dios mio!
¿Hasta cuándo, hasta cuándo,
Permitirás que la pobreza sea
Escarnecida por el hombre impio?
¿No basta ya que la virtud se vea,
En el flujo y reflujo
De este mar proceloso de la vida
Tan náufraga y perdida,
Mientras la insulta con su pompa y lujo
El rico indiferente?
¿Será preciso que á la mústia frente
Del pobre virtuoso
Se arroje la calumnia, y la ventura
Le roben para hacerle mas odioso?
¡Oh, qué horrible impostura!
Pobres hay, lo confieso;
Hay pobres criminales,
Dignos sin duda de ejemplar castigo;
Mas otros saben conllevar sus males,
Sufriendo sus terribles privaciones
Sin siquiera exhalar tímida queja.
¿Qué mas quereis, qué mas? ¿Por qué razones
Ultrajarme quereis? Débil y vieja,
No puedo, trabajando,
Sustentarme y vivir; no, ¡ya no puedo!
Mas aunque voy doliente mendigando,
En nada á nadie en honradez le cedo.

—No importa, date prisa,
Contesta el hombre con brutal sonrisa,
Ven conmigo y silencio; que presumo

Que á la pobreza la soberbia juntas.
—No iré, no.—Vagamunda, ven conmigo.
—¿Cuál es mi crímen? —Basta de preguntas.
—No basta, dijo Adam; desde hoy su amigo
Yo la protejo. —¡Bravo! y tú... ¿quién eres?
—Soy... quien soy; respondió con voz tonante
Ya de impaciencia lleno.
Soy un hombre cual tú; pero mas bueno,
Mas fuerte, mas pujante,
Segun voy á probártelo en seguida
Si de aquí no te marchas al instante.»

La vieja, dolorida,
Volvió á pedir piedad; y el hombre, viendo
Que Adam rayos lanzaba
De sus ardientes ojos,
Y que dispuesto acaso á todo estaba;
Temiendo sus enojos,
Poco á poco de allí se fué escurriendo
Por entre aquella muchedumbre inmensa.
Y Adam, con aire ufano,
Tomó á la vieja de la flaca mano,
Diciendo candoroso: —Yo colijo,
Por lo que pasa en mí, vuestro quebranto:
Que ausente estais del amoroso hijo,
Y yo, sin madre, me sumerjo en llanto.
Mas ya que duelo tanto
Nos cupo en suerte, un lazo formaremos
Entre los dos, y juntos viviremos
En santa compañía;
Yo seré vuestro báculo, señora,
Y vos sereis de mi existencia guía;
Que nadie como un viejo
Puede dar á los jóvenes consejo.
Vos de Dios no hace mucho que me hablásteis
Y á mí me agrada el escuchar su nombre;
Mas ¡ah! que no llegásteis
A comprender, por mucho que os asombre,
Mi bárbara rudeza: yo criado
Entre gente feroz; loco, ignorante,
He vivido hasta ahora; y solo un dia,
Una mujer amante,
Con la cual no hace mucho que vivía,
Me dijo que de un hombre
La humanidad entera descendía;
Y que todos nacemos
Iguales, porque al fin somos hermanos,
Mas ¿cómo ser podemos
Hermanos, vos y yo, de esos señores,
Que en la abundancia viven,
Que no sienten del hambre los rigores
Y solo dichas y placer reciben?
Yo, señora, me empeño
En sacudir de mi ignorancia el sueño,
Porque siento en el alma
Un afan de gozar que me enajena,
Que me roba la calma,
Y de delirios y ambicion me llena.
Romped vos este velo que me ofusca;
Que turba mis sentidos;
Dadme consejos, ilustrad mi mente,
Y los desconocidos
Caminos de la vida iré invadiendo;
Y veréisme arrogante, omnipotente,
Ir subiendo, subiendo
Hasta alcanzar lo que soñé impaciente.»

La vieja, sorprendida,
Clavó triste mirada
En el rostro de Adam, y suspirando:
—¡Pobre mozo! esclamó: ¿de dónde sales
Que estás tan ciego cuando tanto vales?
¿Qué consejos pretendes que yo pueda
Darte, ¡triste de mí! si ya cargada
De achaques y de años,
De penas y de negros desengaños,
Turbia tengo la mente y anublada
La confusa razon? Si yo tuviera
Mas talento, mas brio,
¿No ves que ya estuviera,
Salvando mares, junto al hijo mio?
¡Oh! no, ya el hado impío
Mis sentidos embota,
Paraliza mis miembros, y mi sangre
Perezosa circula gota á gota,
En hielo convertida,
Aquí en las venas de mi cuerpo inerte,
En tanto que es mi vida
Luz que ya pronto apagará la muerte.

Calló un instante la infeliz anciana
Y luego prosiguió: —Ya ves si puedo,
Arbol inútil, seco, carcomido,
A nadie prestar sombra. Tú, entretanto,
Eres planta lozana,
Sencilla y olorosa,
Que crece altiva en la feliz mañana
De una constante primavera hermosa.
¿Cómo juntar mi nieve con tu fuego,
Tu dicha con mi pena,
Tu vida con mi muerte,
Tu buena estrella con mi mala suerte
Y mi inquietud con tu feliz sosiego?
¡Oh! no, tu estabas ciego
Cuando así pretendiste unir al mio
Tu destino, sin ver que mis dolores
Llenarte al fin podrian
De fiero y rudo y congojoso hastío.»

Volvió á callar la anciana;
Y de nuevo arrojando
Un suspiro profundo:
—En verdad, esclamó que aquí charlando
Ambos queremos gobernar el mundo.
El hombre que hace poco
Al hospicio llevarme pretendia,
Sus razones tenia
Para juzgarte loco
Y á mi soberbia. Yo me entretenia
En acusar al rico; lamentaba
La suerte de mi Andrés, del hijo amado
Que hoy á su Reina y á su patria sirve
En el honroso puesto de soldado.
Y loca me olvidaba
De cien almas piadosas,
Sublimes generosas,
Que dieron á esta vieja desvalida
Sosten y amparo y alimento y vida.
En muchas ocasiones
He maldecido al rico indiferente,
Olvidando los buenos corazones
Que al oir mi doliente
Voz, apiadados de miseria tanta,
Diéronme afables su limosna santa.
No, no, yo estaba loca,
Y tú ignorante te ostentabas; sigue,
Sigue la senda que al honor conduce
Y ya verás como del bien que anhelas
El sol brillante en tu horizonte luce.»

Atento y complacido
Estas palabras el mancebo oia,
Y su estraño sentido
Apenas comprendia,
Si bien su pecho á la esperanza abria.

Entonces en su oido
Mágicas voces resonaron:—Esa,
Esa es, decian hombres y mujeres,
De los que en torno estaban agrupados,

La condesa de Alcira.—¡La condesa!
Gritó Adam á su vez, y palpitante
Sintió latir su corazon; sus ojos
Clavàronse al instante,
Ardientes y azorados
En un coche magnífico; y al punto
Una mujer, hermosa como un cielo,
Saliendo del alcázar, vaporosa,
Ostentando un magnífico ropaje
De seda y terciopelo,
Cruzó ligera por el breve espacio
Y subió al carruaje
Que se alejó ligero del palacio.
—¡Oh! ¡qué bella! ¡qué bella!
Dijo Adam; y tratando en su porfía
Enamorado de seguir su huella;
Con la gente que habia
En torno, luchar quiso
Atropellando á todos de improviso.
Y calle al fin abriendo,
De la carroza que á su bien guardaba
Lanzóse en pos con paso apresurado,
Sin saber lo que hacia;
Y luego dió en correr; y con enfado
Notó, al mirar que su vigor se apoca,
Que era su empresa temeraria y loca;
Pues cuanto mas corria
Mas la carroza de su vista huia.

Tal vez falto de aliento,
Desmayado y hambriento,
Exánime cayera,
Cuando acertó á entrever que la ligera
Carroza, se paraba
Junto á una casa; y en verdad que era
Tiempo ya de que aquello sucediera,
Pues la gente curiosa que miraba
Correr al pobre mozo,
Entre burlas, chácota y alborozo
Por loco nuevamente le tomaba;
Y aun no faltó tampoco quien juzgase
Que era un ladron, un mónstruo, un asesino.
Y en serio se trató que no escapase
Deteniéndole al cabo en su camino,
A fin de que aprendiera
Que en sociedad el hombre saber debe
Ir por las calles circunspecto y grave
Y que el menguado que á correr se atreve
En la córte, en el siglo diez y nueve,
Las cultas leyes del honor no sabe.

Quedóse al fin parado
Y algun tanto corrido;
Mas la gente, al notar su gallardía,
Su aspecto varonil y el encendido
Mirar centelleante
De sus ojos; al verle preparado
A castigar al que quisiera necio
Inferirle la injuria y el desprecio,
Poco á poco de allí se fué alejando
Llevándose la música á otra parte.

Y aquí, lector, quisiera yo esplicarte,
Condensando la accion y breve siendo,
Lo que luego pasó; pues es el caso
Que allí ocurrió un fracaso,
De Adam en la presencia,
Observado en la córte con frecuencia,
Si bien es siempre aterrador y horrendo.
Vió, pues, salir á la de Alcira bella
De la casa indicada, y mientras ella
Con su lacayo hablaba
Y en su coche montaba,
Entretanto que Adam embebecido,
Su abrasada pupila
Clavaba en ella con creciente anhelo
Cual si se abriese ante su vista un cielo,
Vióse otro coche por la parte opuesta
De la calle avanzar; y los caballos
De uno y otro soberbio carruaje
Se cruzaron á poco con presteza,
En tanto que la hermosa, con su mano
Hizo un saludo á un jóven cortesano
Que asomó por acaso la cabeza.
Y mientras esto sucedió, la anciana,
Madre de aquel á quien lloró soldado,
Por Adam no hace mucho defendida,
Y ya de los lectores conocida,
La ancha calle cruzó con paso lento,
Y fué por los caballos derribada,
Chocando contra el duro pavimento
Y mostrando su frente ensangrentada.

Lanzó Adam un rugido
Gritando con horror: ¡Yo la he perdido!
Y al bárbaro cochero apostrofando
Lanzóse de repente
Sobre coche y caballos diligente
Dominar su pujanza procurando.
Mas el jóven aquel que dentro iba
Gritó con voz tonante:
—¡Adelante! ¡adelante!
Y el auriga, su látigo crugiendo,
Cruzó de Adam la cara.
Y el círculo de gentes que acudieran
Rompióse de repente,
Mientras Adam, de cólera demente,
En un rostro repara
Do una sonrisa descubrió insolente,
Y una mirada de rencor avara,
Que, al posarse en sus ojos,
Cuando ya el coche rápido corria
En un mar de dolores y de enojos
Y de impotente rabia le envolvia.

CANTO VIII.

I.

Una de las principales calles de Madrid.

ADAM.—*Grupos de curiosos que rodean á la anciana.—Transeuntes que pasan ó se detienen.*

ADAM.

Fiero mi rostro cruzó,
Y huye con veloz carrera;
Teme mi venganza fiera
Quien cobarde me ultrajó.
Clavó su mirada en mí
Provocadora y triunfante,
Y una sonrisa insultante
En sus lábios entreví.
¿Por qué se gozó en mi mal?
¿Qué misterio aquí se esconde?
Yo le conocí, es el conde
De la Banda, es mi rival.
Que aunque jamás le vi yo,
Ni le conozco ni trato,
Es su rostro el del retrato
Que el cura me presentó.
Y el rencor que demostrára
Ese cochero insolente...
Oh! cual se abrasa mi frente!
¡Cómo me escuece la cara! (*Pausa.*)
Y ella en tanto sonrió
Cuando pasó junto á él,
Sin ver el ánsia cruel
Con que mi pecho latió.
Terrible y horrendo afan
Que aumenta mi desvarío!
Yo me quedo aquí, ¡Dios mio!
Y ellos... ellos... ¿dónde están?
¿Por qué mi fuerza se apoca
Y el cansancio aquí me clava,
Y de mi cuerpo es esclava
El alma impaciente y loca?
El alma volar quisiera
De ellos en pos, y entretanto
Débil me entrego al quebranto.
¡Si yo alcanzarlos pudiera!...
(*Fijando sus ojos en los estremos de la calle.*)

UN TRANSEUNTE.

Mocito, ¡perdone usté!
¿Me quiere usted esplicar
Lo que pudo motivar
Esa catástrofe?

ADAM. (*Volviendo de su profunda abstraccion.*)
¿El qué?

TRANSEUNTE.

La gente que allí agrupada
Esta, segun he advertido...

ADAM.

Es verdad, puse en olvido
A la vieja desdichada.
Tal vez si al hospicio fuera,
Cosa que no permití,
Tal vez.... tal vez ¡ay de mí!
En trance tal no se viera.

TRANSEUNTE.

¿Fué algun coche?

ADAM.

Un coche fué.

TRANSEUNTE.

Ya en Madrid no hay policía.

ADAM.

Yo protegerla quería,
Y yo fuí quien la maté.
¡Infeliz!

TRANSEUNTE.

¿Qué está usté hablando?

ADAM.

Muere sin ver á su hijo.

TRANSEUNTE.

¿Quién es?

ADAM.

¿Lo sé yo?

TRANSEUNTE.

(Colijo
Que el mozo está delirando
Ó acaso á mofarse aspira).

ADAM.

Venga usted conmigo á verla.
¡Pobre! quiero socorrerla.
¡Si viviese aun!

TRANSEUNTE.

¿Le inspira
Tanto interés?

ADAM.

Mucho, sí.
¿Estraña usted que taladre
Mi pecho, el ver á esa madre
Que exánime yace allí?
Yo á socorrerla volara;
¡Y aun lo intenté; mas fué en vano!
Aquel látigo villano
Vino á cruzarme la cara.

TRANSEUNTE.

¡Qué charla tan singular!
(*Le vuelve la espalda y sigue su camino.*)

ADAM.

(*Avanzando hácia el grupo de gentes que rodean á la anciana.*)

Dejadme que yo la vea.

LA VIEJA.

¡Maldito! maldito sea
Quien no me dejó llevar
Al hospicio!

(*Dá un grito ahogado y cae desmayada.*)

UN HOMBRE.

¿Ha muerto?

OTRO.

No.

OTRO.

Creo que sí.

UN CABALLERO.

¡Desventurada!
Su frente está destrozada.

ADAM.

¡Ha muerto y la mato yo!

(*Barullo, confusion, apretones.—Adam se abre calle y se aleja poco á poco profundamente afectado. Unos hombres que se acercan con una camilla colocan en ella á la anciana, que apenas dá señales de vida, y se preparan á conducirla al hospital. Los curiosos se van dispersando.—Un gacetillero se dirige apresuradamente hácia la redaccion del periódico en que escribe.—Los coches siguen cruzando la calle á todo correr.*)

II.

Y Adam siguió tambien á la ventura
Recorriendo la córte castellana,
Dando al cabo al olvido su amargura
Y el trance fiero de la pobre anciana.
Que si el placer del hombre poco dura,
Tambien, en cambio, en la feliz mañana,
Encantadora y bella de la vida,
Fácilmente el dolor el hombre olvida.

Y marcha el jóven lleno de ilusiones,
Siempre por llana y anchurosa via,
En busca de fantásticas regiones
Que alumbra un sol de espléndida alegría.
Y ahuyentando sus negras impresiones
Con sueños de su ardiente fantasía,
Suele siempre forjarse en lontananza
Mil mundos de placer y de esperanza.

¡Oh! ¡bella juventud! ¡oh edad hermosa
Casi exenta de lágrimas y duelos!
Tú engalanas con mano cariñosa
El valle y monte y cristalinos cielos.
Por tí el alma del hombre, en ardorosa
Sed de amor, siente el dardo de los celos,
Para hacer que el temor, que luego pasa,
Torne en hoguera la encendida brasa.

Y ese amor, que se estiende y se acrecienta,
Móvil es de magníficas acciones;
Y esa edad impetuosa, turbulenta,
Dá vida y movimiento á las naciones.
Generosa, feliz, ruda, violenta,
Arrastrada tal vez por sus pasiones,
Aunque marche imprudente hácia el abismo
Entusiasta comprende el heroismo.

Por eso Adam, que es jóven, la divina
Luz que inundó su corazon ardiente,
Que entre sueños le halaga y le fascina,
Y despierto le ofusca, con vehemente
Afan buscando vá; ciego camina
Con pié ligero y ademan valiente.
Olvida la verdad que le rodea
Y en forjar mil mentiras se recrea.

Bien mirado, Madrid tiene mil cosas
Placenteras, que halagan los sentidos;
Y en estas poblaciones populosas
Vivimos casi siempre divertidos.
¿Quién se aburre al mirar tantas hermosas
Que parecen querubes descendidos
Desde el cielo á la tierra, y que sus alas
Esconden entre sedas y entre galas?

Era la hora en que la luz se hundia
Tras las montañas (cual ZORRILLA dijo),
Y el comercio sus luces encendia
Del curioso aumentando el regocijo.
Curioso que en mirar se entretenia
Tanto objeto falaz, tanto enredijo
Como en traidor escaparate brilla
Insultando á los pobres de la villa.

Y al mismo tiempo *que la niebla densa*
Por otras calles, que aun en sombra estaban,
Iba tendiendo su cortina inmensa,
Ligeros el taller abandonaban
Modistas y artesanos, que, en su intensa
Pasion, al punto con afan buscaban
Al dulce objeto de su amor querido,
Futura esposa ó próximo marido.

Y el confuso rumor iba en aumento;
Y el nocturno bullicio entretenia
Al pobre Adam que, lleno de ardimiento,
Contra el hambre cruel se defendía.
Y en un café se dice que un momento
Entró, por ver lo que la gente hacia,
Y vió allí muchos hombres confundidos
En beber ó en comer entretenidos.

Y se dice tambien que de pasada
Cruzó en su mente el natural deseo
De pedir un café y una tostada;
Pero yo, mis lectores, no lo creo.
Si lo pensó, por fin no pidió nada;
Que está prohibido todo regodeo
Para aquel que no paga al verse harto,
Y Adam no lleva en el bolsillo un cuarto.

Salió de allí pensando en la condesa,
En Salada, en el conde y en el cura;
En todo cuanto halaga ó interesa
A su naciente amor y á su ventura.
Y en el aire castillos con gran priesa
Inocente formaba en su locura,
Sin mirar que luchaba en su impaciencia
Con su mísero estado y su impotencia.

Suelen decir que no hay hombre sin hombre,
Y solo se halla Adam; y no comprendo
Cómo huérfano, mísero, sin nombre,
Sin porvenir, con un pasado horrendo,
Puede aspirar... mas nada hay ya que asombre
En este mundo en donde estamos viendo
Tanto nécio mezquino con fortuna
Encumbrado á los cuernos de la luna.

Así, pues, sin temor sigo mi cuento,
Sin que nadie me aparte de mi tema,
Para ver lo que el mundo turbulento

Sabe ofrecer al héroe del poema,
Nuevo Adam inmortal, raro portento
De la embrollada humanidad emblema,
Que vino á padecer, porque él lo quiso,
A este inmenso y caduco paraiso.

Paraiso en verdad tan ilustrado
Y tan lleno de antorchas y de luces,
Que aparece do quiera iluminado
Aunque pese á los gansos y avestruces.
Donde ya todo quidam vá cargado
De fajas y de placas y de cruces,
Hasta verse tranquilo y satisfecho
Con ponerse un calvario sobre el pecho.

Paraiso feliz, donde un petate,
Patriota elocuente, aunque postizo,
Famélico, estupendo botarate,
Imbécil, solapado, advenedizo,
Viene halagando al pueblo..... pero ¡táte!
Que aquí ya sin quererlo me deslizo,
Y no es justo igualar con esta gente
Ni aun la astucia infernal de una serpiente.

Y bien mirado, es cosa un poco crítica
Que me meta en camisa de once varas,
Sabiendo, como sé, que la política
Tiene cosas tan hondas como raras.
Nuestro Adam, por el pronto, la raquítica
Cuestion no aborda, como ya á las claras
Lo hacen muchos que á patria y ley sorprenden,
Y solo al medro personal atienden.

Digo,—y sigue la historia interrumpida
Cien veces ya,—que el arrogante mozo
El áspero camino de la vida
Cruzando vá con cándido alborozo.
Muy pronto el pobre su horfandad olvida;
Forma castillos con creciente gozo,
Y esquivando las penas del momento
Al porvenir entrega el pensamiento.

Galas, coches, palacios, misteriosas
Escenas que le agraden y recreen;
Mil pláticas de amor; ninfas hermosas
Que sus hombros impúdicas rodeen;
Zambras, joyas, conciertos, bulliciosas
Brisas livianas que su frente oreen;
Todo y mas (pues el todo juzga poco),
Quiere alcanzar en su delirio loco.

Mas de pronto, en un sitio algo apartado,
Un edificio encuéntrase á deshora
Que aparece por dentro iluminado
Con torrentes de luz deslumbradora;
Y vé un pueblo á las puertas agrupado
Que impaciente se muestra; y la agresora
Turba que espera, se incomoda y grita,
Dentro al fin con ardor se precipita.

Y Adam entra con ellos; impaciente
Quiere ver lo que todos ver procuran;
Mas un hombre le ataja de repente
Mientras que algunos en redor murmuran.
—¡La entrada! dice el hombre displicente:
¿En dónde está la entrada? (Y aquí juran
Los guardianes que allí se hallan alerta,
Viendo al mancebo señalar la puerta).

Que él á la puerta siempre le ha llamado
La entrada, y mas no sabe; y no comprende
Que el carton que los otros han pagado
Y que por fuera del local se vende,
Dá derecho á gozar; y que es vedado
El sitio aquel para quien nécio tiende
Sus alas por un mundo en que ligero
Nadie penetra sin tener dinero.

¡Dinero! ¡grata frase! ¡nombre augusto
Que mágico poder y dicha alcanza!
¡Modelo del saber, regla del gusto;
Mansion de gloria, luz de la esperanza!
¡Dinero! pues cimiento eres robusto
Del amor y mundana bienandanza,
Deja, deja que yo mas te abrillante
Y postrado ante tí, tus glorias cante.

¡Yo te estimo, dinero, yo te adoro!
¿Quién te deja de amar? Un pueblo entero
Para incensarte alzó un becerro de oro,
Que era imágen y emblema del dinero.
Tú á los hombres desvives; su tesoro
Eres tú; su ilusion, su verdadero
Ídolo; mira, advierte el noble ejemplo
Que todos dan al erigirte un templo.

Tú vences al pudor, por tí las artes
Se abrillantan; las fuerzas centuplicas;
Por tí se exhibe el hombre en todas partes,
Y no hay persona mala en siendo rica.
Tú abrevias las distancias, tú repartes
Honores; mueves guerras, pacíficas
Los reinos; tú eres génio que no yerra...
Eres, en fin, un dios sobre la tierra.

Perdona, pues, perdona que insensato
El pobre Adam contigo no contara.
Gozar quiso sin tí, dinero, un rato
Y su delito le salió á la cara.
—Es un nécio, un perdido, un mentecato,
Debió decir la gente; y con avara
Intencion de reir, toda gozosa
Se le acerca y le oprime bulliciosa.

Pero, Adam, que esta vez bromas no aguanta,
Ni sonrisas, ni insultos, ni sonrojos,
Su bella faz con altivez levanta
Y en todos fija sus brillantes ojos.
Mueve despues con decision su planta;
Empuja á varios que le dan enojos,
Y á seguir adelante se decide
Aunque el portero la tarjeta pide.

Y un hombre que es rumboso, aunque no es rico,
—Dejadle entrar, esclama incomodado;
¿No veis que quiere ver el pobre chico
Lo que nunca, tal vez, ha contemplado?
¿No os podeis esplicar, cual yo me esplico,
El busilis de todo? Yo al contado
Pago por él; dejad franca la puerta
Y que vea el teatro y se divierta.»

Sin darle gracias, sin oirle acaso
Nuestro ignorante mozo, que acelera
Por los pasillos el ligero paso,
Llega al salon donde la gente espera.
Y en el sitio mas cómodo, aunque el caso
Ser peligroso á su quietud pudiera,
Sentóse al punto, contemplando ansioso
Aquel mundo tan nuevo como hermoso.

En vasto semicírculo, inundado
De luz y de calor y de armonía,
Vió un numeroso público agrupado
Que en hablar y esperar se entretenía.
Y al mirarlo quedó maravillado,
Pues nunca tanta muchedumbre habia
Visto lucir, con tanta gentileza,
Tal lujo, tanta espléndida riqueza.

Y halló hermosas mujeres que exhibian
Sus bellos rostros, y con diestro ensayo,
De su casi desnudo pecho hacian
Ostentacion en lánguido desmayo.
Mujeres que las almas encendian
Trocando en Etna el frígido Moncayo;
Que no hay alma que escape á sus antojos,
Ni hay nieve para el fuego de sus ojos.

Dígalo Adam, que atónito fijaba
Los suyos en la pléyade hechicera,
Y ansioso con placer las devoraba
De sí mismo olvidado, de su fiera
Situacion, y aun del hambre que minaba
Su estómago; —y aquí, lector, quisiera
Yo prescindir de cosas tan mezquinas
Al tratarse de escenas tan divinas.

Mas visto está que en todo la miseria
De nuestra débil condicion miramos,
Y en la ocasion mas crítica y mas séria
Con óbices sin cuento tropezamos.
Y el espíritu cede á la materia;
Y á lo mejor del cuento nos hallamos
Con que el bravo mas bravo, que no puede
Ceder jamás al miedo, al hambre cede.

Y basta ya de escusas: hasta ahora
Adam se muestra fuerte y satisfecho;
Y con su vista sin cesar devora
El rostro hermoso y el ebúrneo pecho
De una y otra gentil beldad; y adora
En aquel santuario, cuyo techo
Guarda tanto placer y dicha tanta
Como su vista y corazon encanta.

Solo una cosa estraña el inocente.
¿Cómo el galan ó esposo, sin desvelos
Tolera que contemple allí la gente
Con avidez aquellos claros cielos
De amor y juventud? Él impaciente,
De seguro sintiera rudos celos,
Al notar que á su amada compañera
Otro mortal tan descuidada viera.

¡Cosas de un ente antisocial! empachos
De que algun hombre ilustre se reiria;
Escrúpulos de monja, ó de muchachos
Que no han visto el gran mundo todavía.
Allí hay varon que aguza sus mostachos
Y hácia la izquierda los gemelos guia,
En tanto que su esposa, satisfecha
Se sonrie mirando á la derecha.

Y acaso alguna sobre Adam clavara
Sus ojos, afanosa contemplando
Aquel cuerpo gentil, y aquella cara
Tan bella que á querer está incitando.
Mas el telon, que á la sazon se alzara,
Fué hácia la escena la atencion llamando,
Mientras Adam atónito se admira
Y dilatarse el horizonte mira.

¡Peñas, árboles, fuentes, cielos, flores!...
¿Qué es aquello? ¿qué mágico portento
Contempla de repente? Allí de amores
Misteriosos se trata; y sigue atento
Una historia de infamia y de dolores,
Hasta que al cabo, á la mitad del cuento,
Viendo que el vicio á la virtud oprime,
Se irrita al ver que el oprimido gime.

Y aun mas se irrita el ignorante mozo
Al ver la horrible indiferencia impía
Con que el público muestra su alborozo
Aplaudiendo la escena mas sombría.
Y le estraña que en negro calabozo
Se convierta el salon ó selva humbría,
Y que el traidor se goce impunemente
Mientras llora y sucumbe el inocente.

Por lo cual iracundo se levanta,
En actitud salvaje, de su asiento,
Sofocar procurando en su garganta
De indignacion un grito; pero atento
Mira, y su propia necedad le espanta:
Aquel mundo encantado, aquel portento,
Es solo un aparato, una quimera
Remedo de la vida verdadera.

Telones, bambalinas, bastidores;
Manchas, pinturas, árboles fingidos;
Mentidas peñas, inodoras flores;
Muros de lienzo, trajes mal prendidos.
Y el telon que desciende... ¡oh! son mejores
Sus sueños; mas hermosos los queridos
Fantasmas de ilusion que se formaba
Cuando despierto á su placer soñaba.

Por eso vuelve con afan la vista
Hácia el mundo feliz que le rodea,
Y sigue á la verdad la ansiosa pista
Cuando ficciones en su mente crea.
Que la humana comedia poco dista
De la farsa falaz que le marea,
Y hay sábios, mas de tres y mas de cuatro,
Que dicen que este mundo es un teatro.

Pero Adam no lo sabe, y por felices
Tiene á aquellas señoras y señores;
É ignora sus flaquezas, sus deslices,
Sus ocultos afectos, sus dolores.
Y no vé que las bellas son actrices;
Y no vé que los hombres son actores
Que, diciendo tal vez lo que no sienten,
Amor afectan ó sonrisas mienten.

Y á todos los contempla, los admira;
Envidiales el traje, la apostura,
Las ricas joyas do la luz se mira;
La culta frase que entender procura.
Y luego... luego con asombro gira
Sus ojos, y á la espléndida hermosura
De una beldad, que ya conoce, eleva
El alma, y una mano al pecho lleva.

Y siente palpitar enardecido
Su vigoroso corazon ardiente;
Y trémulo, gozoso, embebecido,
De mágica atraccion presa se siente.
Que la mujer que el corazon le ha herido,
La condesa de Alcira, allí presente
Está, y cual sol que hasta el cenit se encumbra,
Todo lo eclipsa, todo lo deslumbra.

En un palco se hallaba la condesa,
Y yo, lector, no puedo retratarla;
Fáltame ingenio para tal empresa,
Y tengo por mas cuerdo el no intentarla.
Solo diré que Adam, dándose priesa,
Vá en su busca por verla y adorarla,
Y que deja su sitio en el momento
Que allí se acerca el dueño de su asiento.

De este modo algun lance se ha evitado
Con el cual grande escándalo se diera;
Que él no hubiera su sitio abandonado
Fácilmente á la vista de un cualquiera.
Pero ya, con veloz, precipitado
Paso, sube anhelante la escalera,

Y entre alegre, azorado y satisfecho,
Cruza despues el pasadizo estrecho.

Y de un palco, por fin, halla la puerta
Por do viene á escaparse fugitiva
De opaca luz exhalacion incierta
Que su febril curiosidad aviva.
Y con ojo avizor y el alma alerta,
Fomentando de amor la llama activa,
Trémulo, alegre, y á la vez inquieto,
De cerca observa al adorado objeto.

Y admirando la espléndida hermosura
De aquella dama, encanto de la córte,
La mente loca contener procura
Porque el placer la vida no le acorte.
Y brotar siente luego, en su locura,
Con sin igual y mágico trasporte,
Recuerdos y esperanzas confundidos
Que inquietan ó seducen sus sentidos.

Hubo un tiempo feliz en que él, osado,
Vasallaje servil nunca rendia;
Y de viejos y mozos fué envidiado
Cuando en cárcel estrecha residía.
Y hoy que libre se vé, desventurado
Echa menos su arrojo y valentia;
Que una pasion indómita le inflama
Y vacila delante de una dama.

¿Qué invisible poder, que misteriosa
Fuerza contiene su potente brio?
¿Por qué al mirar á la condesa hermosa,
Mas que á la muerte teme algun desvio?
¿Por qué la vista tiende recelosa
En torno suyo, y viendo su atavío,
Su tosco traje, avergonzada y mustia
Muestra su faz en su feroz angustia?

Un mes hace que loca, enamorada,
Esclava de su amor y sus antojos,
Rey de los hombres le llamó Salada,
Y hoy siente el triste al contemplarse enojos.
¿Fué un delito fijar en la adorada
Condesa hermosa los inquietos ojos,
Defenderla, salvarla y darla culto?
¿Es amarla inferirla un nuevo insulto?

¡Ay! él lo ignora; oscura fué su vida;
Incierto su pasado; su presente
Mas negro; el porvenir tiene escondida
La estrella que buscaba diligente.
Tal vez viene de raza envilecida
Condenado á sufrir eternamente,
Como Salada dijo; tal vez lleva
Herida el alma que hasta el cielo eleva.

Tal vez... mas nó, su corazon sediento
De ventura y de gloria, le responde
Que su altivo y ardiente pensamiento
El gran secreto de la dicha esconde.
Raudales hay de amor y de contento;
Fáltale solo adivinar en dónde
Podrá encontrar alguno que le diga
Do está la fuente que la sed mitiga.

Y ¿quién mejor que la condesa hermosa,
De su vida alumbrar puede el camino?
Él de muerte traidora y horrorosa
La salvó con arrojo peregrino.
Él por una sonrisa cariñosa
Tesoros la dará de amor divino.
Bien pueden ¡oh! bien pueden, con profundo
Eterno amor, idealizar un mundo.

Juntos alzar con rapidez su vuelo,
Y en regiones fantásticas y bellas
Hacer brotar, en su creciente anhelo,
Flores do lleguen á estampar sus huellas.
Y la tierra trocar en claro cielo
Salpicado de limpidas estrellas,
Donde las auras perfumadas lleguen
Y con los rizos de su amada jueguen.

Pensando así, del palco la entreabierta
Puerta tocó, y abrirla ya procura;
Mas de repente, ante la misma puerta,
Que vá á exhalar el alma se figura.
No es sueño, no; la aparicion es cierta;
Divina llama en derredor fulgura,
Y la hermosa mujer que le enloquece
En el dintel del palco se aparece.

Y él clava en ella la voraz pupila;
Bebe el perfume de su tibio aliento;
Da un paso, y luego tímido vacila
Luchando triste con su afan violento.
Siente un fuego que el alma le aniquila
Y un hielo que le oprime el pensamiento;
Sensaciones opuestas que batallan,
Cejan, se estinguen ó con furia estallan.

Mas ¿cómo, al cabo, puede á sus pasiones
Indómitas y ardientes, valla ó dique
Oponer, ni á sus bellas ilusiones
Hacer que frio la razon aplique?
¿Cómo en su edad y en tales condiciones
Podrá lograr que el corazon abdique
Su indomable poder, y que cobarde
Apague el fuego que en sus venas arde?

¿Qué entiende amor, cuando potente inflama
Los pechos inocentes y leales
De eso que el mundo mentiroso llama
Conveniencias politicas sociales?
Cerca se encuentra de la ilustre dama;
El traje y posicion son desiguales;
Mas, ¿qué importa? ¿no es él jóven, hermoso,
Intrépido, arrogante y animoso?

Un beso, un beso de su lábio ardiente
Quiere escapar con impaciencia loca;
Un beso que se estampe en una frente;
Un beso que se estrelle en otra boca.
Y el rostro de la bella allí presente
Mira; su traje conmovido toca,
Y al fin, demente, con afan liviano
Pone en la hermosa la atrevida mano.

Y ella le vé... conócele, retira
El cuerpo atrás; un grito acongojada
Lanza de pronto; tímida suspira
Y pálida á la vez muéstrase airada.
Temerosa despues en torno mira;
Tiembla, sufre, á caer va desmayada...
Y en tanto Adam, con alma satisfecha,
La blanca mano de la dama estrecha.

Mas de pronto á su vista se aparece,
Airado, altivo, y á la vez hermoso,
Un apuesto mancebo, que parece
De castigar su atrevimiento ansioso.
Mírale audaz; con su ademan le ofrece
Pruebas de conocerle y serle odioso;
Hiel de su lábio y corazon destila
Y lanza fuego su voraz pupila.

Quiere acercarse con la faz airada;
Pero Adam, que ligero se apercibe,
Dejando atrás á la mujer amada,

Con ademan resuelto le recibe.
Y ambos á dos con furia su mirada
Cruzan; ninguno para el mundo vive;
Que del todo trasládanse á otro mundo
De amor y celos y rencor profundo.

Quien vió al leon y al tigre replegarse
Preparando cruel acometida,
Prontos á entrar en lucha y devorarse,
Defendiendo su hijuelo y su guarida,
Ese puede tan solo figurarse
La escena que dejamos referida;
Escena muda y corta; pero escena
Llena de vida y sentimiento llena.

Que una oleada rápida de gente,
(Pues la funcion entonces concluia),
Inundó los pasillos de repente,
Cuando Adam su navaja requeria.
Y envuelto en aquel fárrago viviente
Solo escuchó una voz que le decia:
—«¡Piedad! déjeme V.; ya nos veremos.»
Y otra voz que añadió:—«Nos mataremos.»

Y en vano fué buscar á la de Alcira,
Y al conde que con ella se marchaba;
Movientes muros á su lado mira
De gente que hácia fuera le empujaba.
Sale al fin á la calle; el aire aspira
De la noche, que oscura y triste estaba;
Y solo... pero ya será prudente
Relatarlo en el canto subsiguiente.

CANTO IX.

Dedícalo el autor, en testimonio de gratitud,

á su respetable y querido amigo

el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo (1).

Revolviendo en su cabeza
Un sin fin de pensamientos,
Adam de nuevo las calles
De Madrid vá recorriendo.
En el reloj de una torre
Doce campanadas dieron,
Mientras el sereno canta
«Las doce en punto y sereno.»
Y se amenguaban las luces,
Y se acrecia el silencio,
Reinando ya en varios puntos
La soledad y el misterio.
Que estaba poco templada
La noche, aunque claro el cielo,
Y no era cosa de andarse
Papando á deshora el fresco.
Solo allá de vez en cuando
Marcando un paso ligero,
Se escuchaba en las aceras
Resonante taconeo.
Y luego un coche cruzaba
Por el arroyo, ligero
Perdiéndose en otras calles
Que invadia con estrépito.
Y alguna que otra familia
Tornaba al hogar doméstico;
Quedando otra vez la via
Solitaria y en silencio.
¿Mas qué importan estas cosas
Al preocupado mancebo,
Que revuelve en su cabeza
Un sin fin de pensamientos?
Pensamientos que refluyen
Todos en un mismo objeto;
En su amor á la condesa
En quien cifra todo un cielo.
Y recuerda que ha escuchado
Aquella noche su acento,
Y que una dulce promesa
La hermosa dama le ha hecho.
Y aun parécele que estrecha
En su loco arrobamiento
Aquella mano de nieve
Cuyo contacto es de fuego.
Y á la esperanza y la dicha
Abre del todo su pecho,
Y en alas de los amores
Remonta el ligero vuelo.
Mas ¡ay! que de vez en cuando
Viene á turbar su contento
De un rival aborrecido,
Aborrecido recuerdo.
Parécele que la sombra
Del conde, con rumbo incierto,
Ya amenazante se acerca,
Ya esquiva se aparta luego.
Y se aleja con la dama
Sin que Adam el paradero

(1) Véase la tercera de las notas que van al final.

De ambos sepa; sin que pueda
Seguir sus pasos ligeros.
Y nuestro jóven arranca
De lo profundo del pecho
Un suspiro; y se apoderan
De su corazon los celos.
Y ardiendo en coraje cruza
De nuevas calles el dédalo,
Revolviendo en su cabeza
Un sin fin de pensamientos.
Y los relojes prosiguen
Marcando el paso del tiempo;
Y con negros nubarrones
Se vá encapotando el cielo.
Y diz que al par que adelanta
En su nocturno paseo,
Contempla nuevas escenas,
Nuestro ignorante mancebo.

. . .

Una calle solitaria.

(*Se oyen los acordes de un piano y luego una voz de mujer que canta.*)

LA VOZ.

Como boca de lobo
Dicen que dicen,
Que están las negras noches;
Las noches tristes.
Y yo... ¡mal haya!
Como boca de lobo
Tengo mi alma.

ADAM.

¡Qué voz tan dulce!

(*Se queda parado en una esquina.*)

EL SERENO, *que pasa.*

¡Las dos...!

UNA MUJERZUELA, *que se acerca.*

Díme, hermoso, ¿á dónde vas?

ADAM.

¡Quita! (*Con enfado.*)

LA MUJERZUELA.

Ven.

ADAM.

(*Rechazándola.*) ¿Me dejarás?

UN MENDIGO.

¡Una limosna por Dios!

(*Pasan todos menos Adam: la calle queda desierta y sombría.*)

LA VOZ, *que canta.*

Trepando con trabajo
Voy por la senda
Cada vez mas penosa
De la existencia.
Trepando sigo
Sin poder á mis ánsias
Hallar alivio.

(*Adam que se ha ido acercando como atraido por la dulzura y el sentimiento de aquella voz, se apoya en una reja, fija los ojos en un balcon entreabierto de la acera de enfrente, por el que se escapan algunos rayos de luz, y dice:*)

ADAM.

¿Qué estraña fascinacion
Esa voz ejerce en mí,
Que con tal placer aquí
Escuché su vibracion?
¿Por qué el alma se imagina
Ver lo que no pudo ver,
Y reviste á esa mujer
De hermosura peregrina?
¿Es que en loco devaneo
Voy por el mundo soñando,
Ó es que despierto voy dando
Sueños mil á mi deseo?

LA VOZ.

Yo perdí la ventura
Con la esperanza;
¿Dónde están los amores
Que me halagaban?
¿Dónde mis glorias,
Mi adorada inocencia,
Mi dicha toda?

ADAM.

Tambien yo con ojos llenos
De lágrimas, he buscado
La dicha que aun no he encontrado,
Y que tanto echo de menos.

LA VOZ.

¡Qué feliz es el niño
Que no concibe
Los horrendos dolores
Que al hombre afligen!
Niño, no llores:
Tus dolores son átomos
De mis dolores.

ADAM.

Dice verdad; tal vez yo
Que mi suerte lamenté
Mas venturoso seré
Que esa mujer que cantó.
Tal vez en grata bonanza
Vendrá un dia en que amanezca
El bello sol que me ofrezca
Ver cumplida mi esperanza.

LA VOZ.

Yo sembré mis afectos
En movediza
Arena, que arrastraron
Olas bravías.
Ved cual se vuelven
Mis afectos espuma
Que se disuelve.

(*Pausa.*)

(*La voz y el piano, que han ido amortiguándose lentamente, vuelven á ir en crescendo.*)

LA VOZ.

¡Oh! ¡Maldita la ausencia!
¡Maldito el dolo!
¡Maldito aquel que olvida
Cuando ama el otro!
¡Triste del alma
Que al sentirse ofendida
Sucumbe esclava!

(*Cesa la música por completo.*)

EL SERENO, *á lo lejos.*

¡Las dos y cuarto...!

ADAM, *retirándose despacio.*

Cancion
Es esa, que al alma llega,
Y en un mar de amor anega
Mi agitado corazon.

(*Dobla la esquina.*)

.˙.

La esquina doblando, tal vez un suspiro
Del hondo del alma doliente arrojó;
Y luego en su mente, con rápido giro,
Un mundo de afectos estraños rodó.
¿Qué siente el mancebo? ¿por qué así se agita
Pensando en la dama que triste cantó?
¿Por qué le interesa la mísera cuita,
La fiera congoja, la pena infinita
De aquella que al viento
Con dulce concento
Sentidas querellas de amores lanzó?

¿Es, por ventura,
Que arrepentido
Adam de nuevo pide al olvido
Que le devuelva con su estimada
Tierna Salada
Su bien perdido?
¿Es que evocando
Su pensamiento
La imágen bella
De la que un dia
De sus amores fué clara estrella.
De su esperanza fué norte y guia,
Siente un momento
Vago y penoso remordimiento,
Porque presiente que triste y sola
Gime en silencio su fiel manola?

¿Ó es que se fija en su mente
Otro amor puro y ardiente
Que le engrandece y le engríe,
Que, cual sol esplendoroso,
El horizonte ilumina
De un porvenir venturoso,
Y le alegra, le sonrie,
Le entusiasma, le fascina
Y poderoso le halaga,
Le enloquece y le embriaga?...

¡Ay! él lo ignora; tan solo sabe
Que tiene un alma y un corazon;
Que este de amores está sediento;
Que aquella vuela tras la ilusion.
Que el mundo cruza solo y errante
Como los bosques el caminante,
Sin esplicarse por dónde vá;
Pero que busca la dicha espléndida,
Que supo en sueños acariciar.

Que donde quiera que haya mujeres
Siente su pecho de amor latir;
Que anhela glorias, triunfos, placeres;
Ricos alcázares en que vivir,
Mansiones bellas donde gozar;
Cielo sin límites
Donde la vida
Inadvertida
Rápidamente vea deslizar.

Y ora recuerde
La breve historia
De sus amores con la olvidada
Tierna Salada; ó en su memoria
Evoque luego la imágen bella
De la de Alcira,
Sol que ha eclipsado la blanca estrella
De la manola,
Que triste y sola
Tal vez suspira,
Nuestro mancebo, sereno, impávido,
Calles corriendo sin rumbo vá
Siempre de nuevas escenas ávido
Sin que le arredre su soledad.

.˙.

Y segun la historia cuenta
Nuevas escenas halló;
Que en Madrid en todos tiempos
Nunca falta distraccion.
Apenas de aquella calle,
Donde se escuchó la voz
De aquella dama, el mancebo
La esquina á doblar llegó,
Cuando varios embozados
Que con cierta precaucion,
De oscuro portal salieron
Unidos de dos en dos,
Vió deslizarse entre sombras
Con paso mas que veloz,
Sustentando en voz muy baja
Algunos conversacion.
Y advertir pudo que hablaban
De un pueblo esclavo y señor,
De libertad y opresiones
Y de muerte y salvacion.
De cadalsos, de verdugos,
De esterminios y de horror,
Y de sangrientas venganzas
Y de luto y de baldon.
Y al mirar que traspusieron,
Unidos de dos en dos,
Ardiendo tódos en ira,
Atónito Adam quedó.
Que él no sabe todavía
Por qué con saña feroz,
Pronuncian aquellos lábios
La frase revolucion.
Y no comprende que haya
Tanto y tanto desamor
Entre esos hombres que dicen
Que todos hermanos son.

.˙.

Siguió errante su camino
A sus solas comentando,
Lo que de oir acababa
Lleno de pena y de pasmo.
Mas como aquí en este mundo
El bien y el mal van mezclados,
De manera que se endulcen
Algunos tragos amargos,
Quiso el cielo que por dicha,
En cierta calleja entrando,
Nuestro Adam se consolase
A la vista de otro cuadro.
Y era el tal cuadro una reja
Donde un mancebo bizarro
De músicos y cantantes
Se mostraba acompañado.
Y al son de los instrumentos,
Con eco sencillo y grato,
Estas cántigas de amores
De la noche el silencio desterraron.

Cantilena.

Primera estrofa.

Niña hechicera, que Dios envía
Desde los cármenes de Andalucía;
Linda paloma de blancas alas,
Flor que despide dulces aromas,
Tú que eres cielo que al cielo igualas,
Tú que á los astros sus rayos tomas;
Tú que resbalas
Como las náyades y las ondinas
Sobre las aguas, que cristalinas
Van susurrando
Por entre juncias y lirios bellos;
Fija un instante
Con pecho blando
Sobre tu amante
De esos tus ojos ya los destellos;
Y aunque yo en ellos,
En mi trasporte,
Deje la vida
Cual mariposa en la luz prendida,
Nada te importe.
Mira que en alas del amor mio,
Que raudo vuela como las aves,
Vengo á traerte, niña, las llaves
De mi albedrío.

ADAM.

¡Oh! bien haya quien así,
Con su palabra elocuente,
Sabe pintar cual lo siente
Su amoroso frenesí!
Yo mil veces concebí
Cosas que no me esplicaba;
Pues aunque libre miraba
Y triunfante al sentimiento,
Se ofuscaba el pensamiento
Y la lengua se me ataba.
¡Bien haya el feliz cantor
Que al pié del balcon suspira,
Mientras su dama le mira
Ó le escucha con amor!
¿Dónde una cosa mejor
Que la de hacerse entender
De la adorada mujer
Que radiante de hermosura
Inspira tanta ternura
Con misterioso poder?
¡Ojalá que yo, en mi afan,
Pueda espresar algun dia
Lo que siente el alma mia,
Cual lo espresa ese galan!
Pero ya de nuevo van
Con dulce armonía grata,
Que me place y me arrebata,
Y destierra mis pesares,
Renaciendo esos cantares.
Oigamos la serenata.

Cantilena.

Segunda estrofa.

Niña preciosa, si estás despierta,
Mira que canto junto á tu puerta.
Si estás dormida, despierta luego:
La voz escucha tierna y vehemente
De este tu esclavo, que por tí ciego,
En tí sus luces busca impaciente.
Tu vista es fuego
Que turba y roba la dulce calma,
Que se apodera de toda el alma.
Tú eres mas bella
Que el trasparente zafir del cielo;
Mas que la hermosa
Fúlgida estrella
Que luminosa
Traza los rumbos, marca el camino
Del peregrino
Que vuelve en busca del patrio suelo.
Despierta al punto
Y mi querella
Oye propicia
Sin que me muestres duro desvío.
Yo vengo á verte, bien tú lo sabes
Para ofrecerte, niña, las llaves
De mi albedrío.

(*Pausa.*)

ADAM.

No desoyó la cancion
La hermosura peregrina;
Que al través de una cortina
Ya se alumbra aquel balcon.
Y si mis ojos no son
Muy torpes para entender,
Se me figura entrever
Que la cortina se mueve,
Y á proyectarse se atreve
La sombra de una mujer.

Cantilena.

Última estrofa.

Yo te adoraba sin conocerte;
Yo te idolatro despues de verte.
Vivir no puedo sin tu presencia;
Tú eres la maga que me fascina;
Eres el alma de mi existencia;
Eres la fuerza que me domina.
Sol que ilumina
Con trasparente rayo dorado
Los horizontes de mi pasado;
Que mi presente
Hace que sea menos oscuro;
Que en lontananza
Vas dulcemente
Con mi esperanza
Sembrando dichas en lo futuro.
¡Ay! yo te juro,
Niña querida,
Que si me quieres
Verás dichosa correr tu vida
Entre placeres.
Yo te idolatro, dulce ángel mio;
Oye mis cantos tiernos, suaves,
Y admite luego, niña, las llaves
de mi albedrío.

(*Cesa la música.*)

(*Al cabo de un momento se oye una carcajada brutal, y despues gemidos débiles como de un niño recien nacido. Todos, incluso Adam, que permanece oculto en la sombra, se vuelven hácia donde se escuchan aquellos nuevos rumores, y ven á un hombre mal vestido que se acerca dando traspies, y con muestras de hallarse beodo.*)

EL BORRACHO.

¡Ja! ¡ja! ¡ja...! Pues, sí, señor...
A mí... ¡está claro! me encanta
El ver que la gente canta
Porque tiene buen humor.
¡Viva el mundo y la alegría!
De seguir la broma es hora...

(*Se oyen otra vez los gemidos del niño.*)

EL BORRACHO.

Aquí hay un niño que llora
Y os hace la sinfonía.

(*Mostrándolo.*)

¿Lo veis? tiritando está.—
Está visto que el relente
Le hace daño... el inocente
Tambien hambriento vendrá.
Me lo encontré en mi camino
Mas pálido que la cera;
¡Pobre...! Si darle pudiera
Dos ó tres sorbos de vino...
Pero se acabó el dinero,
Y con torpe alevosía
Me ha dicho ya que no fía
El bribon del tabernero.

ADAM.

(Ébrio está; se me figura,
Y esto me angustia y me arredra,
Que vá á dar sobre una piedra
Con la inocente criatura.)

UN MÚSICO.

Vaya, déjenos en paz.

EL BORRACHO.

Yo vengo aquí con buen modo,
Y aunque estoy algo beodo
Busco un rato de solaz.
Sigan ustedes cantando;
Que para mayor estruendo,
Aquí me estaré riendo
Con el chiquito llorando.

(*Pausa: vuelve á llorar el niño.*)

EL BORRACHO.

¡Perfectamente, bribon!
¡Ja! ¡ja! ¿le ois como llora?
Parece que el pobre implora
Un poco de compasion.
Tendidito en un portal
Estaba, y yo que llegué
Allí... pues, con él cargué
Como si fuera un costal.
Mas no es un costal de paja,
Que aunque dos adarmes pesa,
Tiene un rostro que interesa.—
Os digo que es una alhaja.
Aquí caigo, allí levanto,
Con él hasta aquí llegué...

(*Mostrándole.*)

¿Lloras...? juro por mi fé
Que ya me carga su llanto.
Si lo quieren, aquí está;
Que si me enfado; en un poyo
Lo dejo, ó en el arroyo
Le planto al momento.

ADAM.

(¡Ah!
¡Qué horror!)

EL BORRACHO.

Trabajos prolijos
Me costó estando beodo...

ADAM.

(¿Y hay madres que de ese modo
Abandonen á sus hijos?)

UN MÚSICO.

(*En voz baja á sus compañeros.*)

Lástima dá el inocente.

OTRO.

Su horfandad infunde espanto.

OTRO.

Es cierto, y su débil llanto
Afecta profundamente.
Juro á Dios que si tuviera
Mas posibles, le tomaba
Y á mi casa le llevaba...

OTRO.

Si tan celosa no fuera
Mi mujer; pero es muy serio
El lance; se me pondría
Hecha una furia y diría
Que era mio el gatuperio.

(*Siguen hablando bajo.*)

EL BORRACHO. (*Canta.*)

Duerme niño chiquito
Que viene el coco,
Y se lleva á los chicos
Que duermen poco.

ADAM. (*Sin ser visto.*)

¿Qué hablarán?

EL GALAN, *que cantaba.* (*A los músicos.*)

Se me figura
Comprender de qué se trata.

UN MÚSICO.

Hablo de la estrella ingrata
Con que nace esa criatura.

EL GALAN, *que cantaba.*

¿Y no veis que es un ardid,
Y un torpe lazo grosero,
Que arman por sacar dinero
Estos gatos de Madrid?

(*Señalando al borracho y á Adam.*)

UN MÚSICO.

¡Calle...! es verdad... apartados
Están; mas pudiera ser
Que ambos á dos...

EL GALAN.

A mi ver
Vinieron confabulados.
Los vagamundos pululan
Por do quier; los tunos brotan
En todas partes; lo esplotan
Todo, y con todo especulan.
Se finge la enfermedad,
Se abulta el falso cariño...

EL BORRACHO.

¿No hay quien se encargue del niño?

(EL GALAN, *que cantaba.*)

No. (*Rechazándolo.*)

ADAM.

(¡No tienen caridad!)

EL BORRACHO.

Si la gente le reusa
¿Qué he de hacer con tal gazapo?
Yo le abandono y me escapo...

UN MÚSICO.

Llévele usted á la inclusa.

EL BORRACHO.

(*Con indignacion y en un momento de pasajera lucidez.*)

Calle usted, que me abochorno
De escucharle; yo tambien
Echado fui con desden
Dentro de un pícaro torno.
Tambien yo á la caridad
Del mundo, debí una vida
Que luego se vió perdida
En su propia oscuridad.
La sociedad me adoptó;
Tuve una madre postiza...
Miento, tuve una nodriza
Que á medias me amamantó.
Y luego, cuando fuí hombre,
Lleno de dolor profundo,
Me hallé solo en este mundo,
Pobre, enfermizo y sin nombre.
Pero... no; decir no quiero
Que algun nombre no me han dado:
Todo el mundo me ha llamado
Blas Anton, el inclusero.
Solo faltó un apellido;
Solo un hogar me faltó
Con la madre que me echó
Por el torno maldecido.
Nada tengo y nada espero,
Sin amigos que me amen,
Harto estoy de que me llamen
Siempre inclusero, inclusero.
Esa es la cancion eterna
Que he escuchado sin escusa,
Cuando muchacho en la inclusa,
Cuando grande en la taberna.
Que así que á grande llegué,
Renegando de mi sino,
En una cuba de vino
Mis sentimientos ahogué.

(*Pausa.*)

¡Cállate, niño lloron!
Que antes de llevarte al torno,
Yo te meteré en un horno
Para hacerte un chicharron.

UN MÚSICO.

Bárbaro!

EL BORRACHO.

En esto á parar
Los amorosos jaleos,
Músicas y trapicheos
Vienen por lo *rigular.*

(*Se retira la sombra de mujer que se proyectaba en el balcon.*)

EL GALAN, *que cantaba.*

¡Maldito tu atroz veneno!
Maldita tu voz ingrata,
Que la ilusion me arrebata.

UN MÚSICO. (*Amenazando al borracho.*)

Yo pondré á tu lengua un freno.

ADAM. (*Adelantándose.*)

¿Y por qué? ¿por qué razon
Maltratarle ahora quereis,
Cuando ya mirado habeis
Su aflictiva situacion?
¿Por desgracia no os inspira
Compasion la triste historia
Que brota de su memoria
Y entre sus labios espira?
¿No os conmueve el padecer
De ese niño infortunado,
Por su madre abandonado
Al instante de nacer?

EL BORRACHO.

Quien le quiera que le tenga;
Que yo ya cansado estoy
Y á la taberna me voy.
¿Se lo entrego á usted?

ADAM.

Sí, venga.

(*Toma al niño entre sus brazos y le contempla con muestras de compasion y de afecto. El borracho desaparece y los músicos hablan entre sí en voz baja.*)

EL GALAN, *que cantaba.*

¿No os dije que era un ardid...?

UN MÚSICO.

Tal vez.

OTRO.

Quizás...

ADAM.

¡Pobre niño!
A nadie inspira cariño.

(*Dirigiéndose á todos.*)

Señores... (*Dulcificando la voz.*)

UN MÚSICO.

(*Con ironía.*) Oid.

ADAM.

(*Con calma.*) Oid:
Yo voy por el mundo errante
Sin saber por dónde voy;
Camino á oscuras y soy
Tan pobre como ignorante.
Cual fué mi rumbo primero
Lo ignoro, pues loco estuve;
Ni aun siquiera un nombre tuve
Como Anton el inclusero.
Tan negra fué mi fortuna,
Y tan grande mi afliccion,
Que al nacer á la razon
Tuve una cárcel por cuna.
Yo no puedo comprender
Cuál fué mi crímen maldito;
Tal vez mi mayor delito
Fué el delito de nacer.
Por eso, triste, al oir
El llanto de este inocente,

Aquí en mi pecho impaciente
Sentí el corazon latir.
Que, aunque pobre, con razon
Á nadie cedo la palma
De la ternura del alma,
De la fé del corazon.
Por eso os pido piedad
Para este niño que llora,
Y en nombre de Dios implora
Un consuelo á su horfandad.

EL GALAN, *que cantaba.*

¡Esto ya de raya pasa!

UN MÚSICO.

No está mala la insistencia.

OTRO.

Cuide usted de su existencia.

OTRO.

Llévele usted á su casa.

ADAM. (*Con tristeza.*)

¡No la tengo! Por Madrid
Vago, errante y desvalido;
Pobre soy; mas condolido...

EL GALAN.

¡Basta ya!

ADAM. (*Con altanería.*)

¡No basta...! (*Dominándose.*) Oid:
Quien siente en su corazon
Brotar los dulces amores,
De los ajenos dolores
Debe tener compasion.
No hace mucho que yo aquí
Embebecido escuchaba
Al trovador que pintaba
Su amoroso frenesí.
Y me dije con razon:
—«Ese lenguaje vehemente,
Es propio de un alma ardiente,
De un sensible corazon.»
«Quien así de amor se inflama,
Aunque ella no lo demande,
Debe mostrarse muy grande
Á los ojos de su dama.»
Yo no sé si fué grosero
Este error que concebí;
Solo sé que vino aquí
Blas Anton, el inclusero.
Que él os pidió compasion,
Cual yo por este inocente,
Y que la dama de enfrente
Se hallaba en aquel balcon.
(*Con vehemencia.*)
¿Para qué tanta ternura
Antes pintarla quisisteis,
Si despues tan duro fuisteis
Con esta débil criatura?
¿Para qué, con tanto empeño,
Quereis que aquella se ablande,
(*Señalando al balcon.*)
Si en vez de bueno y de grande
Os mostrais malo y pequeño?

EL GALAN.

¡Vaya á los demonios!

UN MÚSICO.

¡Fuera!

OTRO.

Cese ya tanta osadía.

OTRO.

Lárguese usted. (*Amenazándole.*)

ADAM.

Á fé mia
Que castigarte pudiera... (*Conteniéndose.*)

EL MÚSICO.

¿Tú á mí? (*Alzándole la mano.*)

ADAM.

¡Yo á ti! ¡ya lo ves!

(*Le coge por el cuello; luego le da un empellon rápido y vigoroso y le hace caer de cabeza sobre las piedras. Los demás músicos se abalanzan á él con aire amenazador, armados de palos y estoques. Adam, sujetando al niño con el brazo izquierdo, y preparando su navaja con la mano derecha retrocede un poco y se recoge un instante sobre sí mismo, dispuesto á herir al primero que se le acerque.*)

UN MÚSICO.

¡Cercadle!

OTRO.

Démosle caza.

ADAM.

Sí, ¡venid...!

(*Hiere á uno en la mano y rasga el traje de otro.*)

UN MÚSICO.

Segun la traza,
No es un hombre, un diablo es.

(*Todos retroceden y tratan de abandonar el puesto del mejor modo posible. Adam deja su actitud defensiva y se prepara á acometerles sin desamparar al niño que sostiene cuidadosamente.*)

(*De pronto se oyen al final de la calle las vibraciones de una campanilla. Un anciano venerable de interesantes facciones y de blancos cabellos, revestido de ropa talar, se vá aproximando con lentitud, acompañado de un jóven y de dos serenos, que llevan faroles encendidos.—Los músicos se descubren y se postran de hinojos.—Momentos solemnes de profundo silencio.—Adam se quita el sombrero, y á imitacion de los demás, se inclina y dobla la rodilla. En medio de esta escena muda, solo se oye la voz balbuciente y dulce del viejo sacerdote, que recita sus oraciones con gran recogimiento.*)

EL SACERDOTE.

(*Se detiene repentinamente observando que hay sangre fresca todavía sobre las piedras de la calle, y que uno de los presentes acaba de vendarse su herida.—Vuelven á oirse los débiles gemidos del niño, y el sacerdote pronuncia las siguientes palabras, como si hablase para sí:*)

¡Sangre, indicios de un delito!
Desde lejos entreví
Que estaban luchando aquí

Con negro rencor maldito.
Y ahora mismo... ¡Santo Dios!

(*Viendo á uno de los heridos que fija sus coléricas miradas en la persona de Adam.*)

Haced que en aquellos ojos
No brillen fieros enojos
Estando presente Vos.
La fiereza dominad
De todo mortal ingrato,
Que mire con desacato
Vuestra eterna majestad.

(*Pausa: despues dice con solemne acento:*)



¡Bajad la frente, cristianos!
¡Al Dios que os mira temed!
¡Temblad! ¡orad! ¡deponed
Vuestros rencores insanos!

(*Otro instante de silencio que el niño interrumpe con sus vagidos.*)

EL SACERDOTE (*fijándose en el niño.*)

Derramando los raudales
De su llanto escandecente,
Pisa este niño inocente
De la vida los humbrales.
Y entre tanto, con impío

Enojo, no habreis pensado
Que tal vez el desdichado
Se está muriendo de frio.
¿Por qué le teneis así
Lejos del materno seno?

ADAM (*con firmeza.*)

Porque á nadie del ajeno
Dolor condolerse vi.
Porque yo solo, señor,
Que pobre y errante voy,
Por querer salvarle soy
Blanco de odioso furor.
Mas no importa; me lo impone
La fé que en mi pecho anida,
Y he de cuidar de su vida
Aunque el cielo me abandone.

EL SACERDOTE.

Jamás una buena accion
Dejan de premiar los cielos.
Si erès infeliz, consuelos
Te dará la religion.
Ella el alma vigoriza;
Ella siempre á Dios nos muestra
Que tiende al bueno su diestra
Y altos prodigios realiza.
Seguidme...

(*Todos se apresuran á obedecerle; pero al propio tiempo se abren las puertas de la casa inmediata, cuyo portal aparece inundado de luz. En primer término se halla el criado que acaba de abrir. Un caballero de alguna edad y de grave continente, aparece en segundo término, seguido de una jóven bellísima que se arrodilla y reza con fervor. En el fondo hay algunos otros criados, todos con luces en las manos. El caballero se adelanta, sale á la calle, y despues de hacer una profunda inclinacion, coge al niño en sus brazos y dice al sacerdote:*)

EL CABALLERO.

No sin razon,
Señor, habeis anunciado
Prodigios que se han obrado
Dentro de mi corazon.
Testigo de cuanto aquí
Viene, señor, sucediendo,
Estuve desde allí viendo
Lo que en el alma sentí.
Y estuve oculto, señor,
Porque velo por mi hija,
Y no quiero que la aflija
Remordimiento traidor.
La vi sufrir al mirar
La situacion de ese niño;
Ella invocó mi cariño,
Con candoroso pesar.
Soy rico y tengo ternura;
Luego, señor, escuché
Vuestra voz, y ser juré
Amparo de esta criatura.

(*Dá el niño á un criado, el cual lo presenta á su vez á la jóven, que continúa rezando en el portal, y que cubre de caricias al inocente espósito apretándole contra su seno. Todos, y particularmente Adam, se fijan con interés y asombro en la peregrina hermosura de la jóven.*)

EL CABALLERO.

Ved el ingénuo cariño
Y la inocente alegria
Con que cubre la hija mia
De besos al pobre niño.

(*Despues de decir esto se dirige al galan que cantaba y le dice en voz baja:*)

Esta es mas alta proeza
Que el dar, aunque amor denote,
Serenatas á su dote;
Cantares á su riqueza.

EL GALAN, *que cantaba.*

(¡Qué afrenta!)

EL SACERDOTE (*al caballero*).

Dios inmortal
Os premie la accion de hoy.
Yo en tanto, en su nombre os doy
Mi bendicion paternal.

(*El caballero besa las vestiduras del sacerdote. Este le bendice, y dirigiéndose á los demás, les habla de este modo:*)

EL SACERDOTE.

Y vosotros, hijos mios,
Ved que el alma y pecho oprimen
Las tentaciones del crimen
Con sus ímpetus sombríos.
Nunca en la senda del mal
Brotaron lozanas flores
De bellísimos colores
Y de aroma celestial.

ADAM.

(Dice bien; por eso yo
Que á mi manera imagino
El bien, huyo del camino
Que el mundo me presentó.)

EL SACERDOTE.

Tan solo á la escelsitud
Del Sumo Hacedor, parecen
Bien la dicha y paz que ofrecen
El amor y la virtud.

ADAM.

(¡Virtud! ¡amor! Eso fué
Lo que anheló el alma mia;
Lo que aquí en mi fantasía
Con delirio acaricié.)

EL SACERDOTE.

«Amaos,» nos dijo el Señor;
«La paz con vosotros sea.»
Dios en la paz se recrea,
Dios es todo paz y amor.

ADAM.

(Así mi vista le alcanza
Cuando, con creciente anhelo,
Alzo los ojos al cielo
Y en él pongo mi esperanza.)

EL SACERDOTE.

Y pues reunidos estamos
Bajo esa bóveda inmensa,
Juradme olvidar la ofensa
Que os hicieron.

VARIAS VOCES.

Lo juramos.

EL SACERDOTE.

Y que no haya un enemigo
En este solemne instante
En que yo, con pecho amante,
Os perdono y os bendigo.
Que es bendito el que no yerra
Y su fé nunca perturba;
Bendito aquel que no turba
Jamás la paz de la tierra.
¡Bendito el que el bien pregona;
Bendito el que no derrama
Sangre; bendito el que ama,
Y bendito el que perdona!

(*Pausa: suena la campanilla y todos se levantan, escepto los que están en el portal.*)

EL SACERDOTE.

Ahora es fuerza recoger
El alma; el silencio empieza:
Que ante Dios y su grandeza
Debe todo enmudecer.

(*Momentos de profundo silencio, que vuelve á romper el sacerdote pronunciando sus fervorosas oraciones. Algunos de los músicos siguen a éste que se aleja; otros marchan en direccion opuesta. Cuando el sacerdote y su comitiva han desaparecido, vuelven á cerrarse las puertas de la casa, y la calle queda sumergida otra vez en las tinieblas de la noche. Adam permanece un rato inmóvil y sin saber á dónde dirigirse. Despues se vá alejando con lentitud.*)

CANTO X.

Diálogo al aire libre. — Un soldado. — El primer remordimiento. — Esperanza. — El trabajo. — Hambre y sed. — Delirios. — Desaliento. — La Caridad. — Una duda.

I.

Otras calles.

(*Se van percibiendo algunos de los rumores que anuncian la proximidad del dia.*)

ADAM Y UN DESCONOCIDO.

DESCONOCIDO.

Dios le guarde, camarada:
¿Me puede usted indicar
Si por aquí podré hallar
Alguna buena posada?

ADAM.

¿Una posada...?

DESCONOCIDO.

Sí.

ADAM.

¡Oh!
Si yo supiera...

DESCONOCIDO.

Ya infiero:
Usted será forastero
En la córte como yo.
Siendo así, en su compañía,
Si no lo juzga enojoso,
Iré con usted gustoso
Hasta que amanezca el dia.

ADAM.

Acepto.

DESCONOCIDO.

Y á uso de tropa
De mil cosas hablaremos,
Y juntos apuraremos
Un cigarro y una copa. (*Le dá un puro.*)

ADAM.

Gracias.

DESCONOCIDO.

Ahí vá yesca y lumbre;
Encienda usted con donaire
Y echemos penas al aire,
Que es una buena costumbre.

ADAM.

Tome usted.

(*Dándole el cigarro que acaba de encender.*)

DESCONOCIDO.

Por belcebú
Que apestan los cumplimientos;

Dejemos los tratamientos
Y hablémonos ya de tú.
Y no estrañe mi franqueza
Ni este repente le asombre;
Yo fuí siempre todo un hombre
A pesar de mi rudeza.
Soy un viejo castellano
Desde el dia en que nací
Y donde quiera que fui,
Fuí con todos campechano.
Si esta llaneza le enfada,
Con darnos luego un adios,
Nos separamos los dos...
Y haz cuenta que no hubo nada.

ADAM.

No, no, acércate; contento
Iré contigo...

DESCONOCIDO.

Corriente.

ADAM.

De conversar con la gente
Estoy desde ayer sediento.
¿Vienes de lejana tierra?

DESCONOCIDO.

Vengo de una, camarada,
Que está con sangre regada
Y asolada por la guerra.

ADAM.

¿Eres soldado?

DESCONOCIDO.

Lo fuí.
Ahora soy un licenciado...

ADAM.

¿Y te gusta del soldado
La vida?

SOLDADO.

Mucho que sí.
¿Cómo no me ha de gustar
Cuando, dichoso y conforme,
Seis años el uniforme
Ostenté del militar?
Aun recuerdo con placer
Las aventuras donosas
En que á mas de cuatro hermosas
Supe intrépido vencer.
Y aquí en mi mente alimento
Los juramentos que oí;
Las palabras que imprimí
Muchas veces en el viento;
Los recuerdos que dejé,
Con las memorias perdidas,
Y las idas y venidas...
Y otras cosas que me sé.

ADAM.

Muy bello, muy singular
Fué sin duda tu pasado.

SOLDADO.

La vida de Juan Soldado
Tiene tanto que contar!

ADAM.

¿Y fuiste á la guerra?

SOLDADO.

Sí.
Y allí luché de tal modo,
Que espuesto á perderlo todo
La mano izquierda perdí.
(*Enseñando la suya mutilada.*)

ADAM.

¡Mal golpe fué!

SOLDADO.

Pues yo digo
Que harto peor le sufrieron
Los que en la lid sucumbieron
Al frente del enemigo.

ADAM.

¿Quién la mano te arrancó?

SOLDADO.

Ligera bala traidora
Que invisible, abrasadora,
Silbando se la llevó.

ADAM. (*Pensativo.*)

Y ¿por qué causa ó razon
Luchaste de esa manera?

SOLDADO.

¿Yo...? por qué... por que esa era
Mi primera obligacion.

ADAM.

Y ¿quién tu enemigo fué?

SOLDADO.

Preguntarlo es disparate:
Cuando se está en el combate,
Ni se inquiere ni se vé.
Allí, con ardor insano,
El soldado se foguea,
Y si es preciso, pelea
Contra el padre y el hermano.
Cada cual piensa en la gloria,
Y solo anhela impaciente
Ceñir en su altiva frente
El laurel de la victoria.
Puestos á cierta distancia
Los dos bandos enemigos,
Ni hay parientes, ni hay amigos,
Ni compañeros de infancia.
El hombre la vida ofrece
Al par que el peligro arrecia,
Y esa vida se desprecia
Cuando la lid se embravece.
De la música al compás
Véncese el cobarde al cabo,
Y aquel que ha nacido bravo
Se esfuerza por serlo mas.
De la pólvora el olor,
Que al principio nos marea,
Luego el olfato recrea
Y nos llena de furor.
Y rompen los fuertes lazos
Que nos ligaban al mundo,
Los ayes del moribundo
Que el cañon hizo pedazos.
Y con siniestro fragor
Se oyen las balas cruzar,
Los caballos relinchar,
Redoblar el atambor,
Y hasta la tierra gemir
Porque el sol sus luces vela,
En tanto que el hombre anhela
Verter sangre hasta morir.

ADAM.

¡Oh! tu pintura me aterra
Y al propio tiempo me agrada,
Que es grande; pero anonada
Esa imágen de la guerra.
Yo no sé por qué razon
Al escucharte, sentia
Que vigoroso latia
Mi esforzado corazon.
Óyeme: yo soy un hombre
Que, envuelto en error profundo,
Voy vagando por el mundo
Sin posicion y sin nombre.
Ignoro dónde nací
Y cuál mi familia fué,
Y hasta en dónde me crié,
Y á quién la vida debí.
Y es tan grande mi ignorancia,
Que, por ignorarlo todo,
Ni aun de reunir hallo modo
Los recuerdos de la infancia.

SOLDADO.

Permíteme que me asombre
De tan rara ofuscacion.

ADAM.

Cuando nací á la razon
Era lo que soy: un hombre.
Entonces, lleno de arrojo,
Entre cien guapos me hallaba
Y siempre dispuesto estaba
A luchar con fiero enojo.
Tras la riña la victoria
Mi brazo fuerte obtenia,
Y en sueños me sonreia
La esperanza de la gloria.
No sé por qué, sumergido
Me vi en lóbregos rincones,
Donde escuché las lecciones
De un viejo, que era un bandido.
Aquel hombre apetecia
Ir solo del vicio en pos,
Porque ni al mundo ni á Dios
El desdichado temia.
Y oyéndole yo esplicar
Del mundo el crímen y el dolo,
Hubiera matado... solo
Por el placer de matar.

SOLDADO. (*Con desconfianza.*)

¡Hombre!... ¡Diablo!... De esa suerte...

ADAM. (*Con sentimiento.*)

Yo nociones no tenia
De nada! yo no sabia
Ni aun lo que era la muerte!
Pero hace un mes lo aprendí
Viendo á una madre llorar,
Y ahora me asusta matar.

SOLDADO.

¡Claro! lo propio que á mí.

ADAM.

Y me causa confusion
Que así el hombre contribuya,
Sin que conciencia le arguya,
A su propia destruccion.
Tú me has dicho...

SOLDADO.

¿Qué?

ADAM.

Que diste
La muerte...

SOLDADO.

Mucho que sí.
En el combate no fuí
Manco como ahora me viste.

(*Aludiendo á su mano mutilada.*)

Vertí sangre...

ADAM.

¿Cuánta?

SOLDADO.

¡Oh!
Te juro que entre mi gente
Nombre logré de valiente
Cual ninguno le alcanzó.

ADAM.

¿Y no te abruma esa fama?

SOLDADO. (*Con sencillez.*)

¿Por qué razon? ¿qué delito
Cometí...?

ADAM.

Porque es maldito
Todo el que sangre derrama.

SOLDADO.

¿Quién lo ha dicho?

ADAM.

Quien no miente.
No hace mucho que lo oí...

SOLDADO.

Si se mata á traicion... sí;
Mas yo maté frente á frente.

ADAM.

Pero siempre á sangre fria;
Sin ofensas que vengar...

SOLDADO.

Eso lo puede esplicar
Quien allí me conducía.
El que obedece no yerra;
La suerte me hizo soldado:
Si por matar he pecado
Culpa será de la guerra.
Fiel y sumiso á la ley,
Mi pobre sangre he vertido;
He peleado, he cumplido
Con la patria y con el rey.

ADAM.

Verdad es, tienes razon.

SOLDADO.

Así diciéndolo están
Las manos del capellan
Que me echó la absolucion.

(*Se oyen á lo lejos campanas que tocan á misa del alba, y las calles van animándose poco á poco. Pasa un vendedor de aguardiente y el soldado y Adam toman una copa, que paga el primero. Luego dice éste:*)

SOLDADO.

Vaya, con Dios; que la aurora
Asoma por el Oriente
Y ya transita la gente.
Yo voy á buscar ahora
A mi pobre madre anciana;
Por ella en Madrid estoy,
Y he de hallarla, por quien soy,
A lo mas tardar mañana.

ADAM. (*Con interés.*)

¿Es vieja tu madre?

SOLDADO.

Mucho.
Como que la pobre cuenta
Cerca ya de los setenta.

ADAM. (*Asaltado de una idea súbita.*)

(¿Qué estoy oyendo? ¡qué escucho!)
¿Y es muy pobre? (*Con mayor interés.*)

SOLDADO.

Ya se vé:
Madre de un soldado raso
¿Qué ha de hacer la triste?... Acaso
Pidiendo limosna esté.

(*Movimiento de Adam.*)

Yo vengo á buscarla lleno
De afecto y gozo prolijo;
Que el hombre que no es buen hijo
No puede ser nada bueno.
Y pues mi empeño acabó
Y la libertad me dan,
Yo sabré buscar el pan
Que ella de niño me dió.
¡Pobre madre! cuando pienso
Que há tiempo no la escribí,
Y que no sabe de mí,
Siento un pesar grande, inmenso.
No lo haré mas otra vez;
Le juro, á fé de soldado,
Que seré siempre á su lado
Escudo de su vejez.
Aun que manco, trabajar
Sabré con ardor profundo;
Que sin trabajo, en el mundo

(*Con intencion.*)

No hay honra ni bienestar.

ADAM.

(*Para sí y sumamente agitado.*)

(¡Cuánto afan! ¡cuánta tortura!
Un pensamiento inclemente,
Tenaz y fijo, mi mente
En vano alejar procura.
Parece que oigo una queja
Que me atormenta y espanta,
Y que ante mí se levanta
Gritando la pobre vieja
De ayer tarde!)

SOLDADO.

Pues apunta
El sol, demos ya los dos
Punto; quédese con Dios...

ADAM.

¡Ven! (*Deteniéndole con ansiedad.*)

SOLDADO.

¿Qué quiere?

ADAM.

¡Una pregunta!

SOLDADO.

(*Sorprendido y con tono algo desdeñoso.*)

Yo contestaré cortés;
Siga preguntando el hombre.

ADAM.

¡Tú nombre! ¡díme tu nombre!
Dímelo.

SOLDADO.

Me llamo... Andrés.
¡Ea! con Dios. (*Alejándose.*)

ADAM.

¡Qué alegre vá!
¡Desventurado! ¡y me deja...!
Vá á buscar la pobre vieja
Que muerta sin duda está.
Y no presume que ayer,
Al hallarla en mi camino,
Me convertí en su asesino
Por quererla proteger.
Se me ofusca la razon;
De mí mismo siento enojos,
Y sube el llanto á los ojos
Desde el débil corazon.
¿En qué podrá consistir
Que yo, que en valor no cedo
A ninguno, tengo miedo
Al ver á un triste gemir;
Al ver temblar á un anciano,
Y á una bella jóven yerta
Y á una pobre madre muerta,
Y á un hijo que busca en vano
A esa madre? ¿qué razon
Hace que palpite el seno
Mas por el dolor ajeno
Que por la propia afliccion?

(*Pausa: luego dice con tristeza:*)

En vano quise hacer bien;
En mis manos fué infecundo

Y me hallo solo en un mundo
Que me mira con desden.

(*Cambiando de tono.*)

Mas ¿qué importa? Todavía
Con fé y con vigor me siento
Para buscar el contento
Y la dicha y la alegría.
Sendas galanas de flores
La vida dicen que tiene
Y Adam á buscarlas viene
Soñando placer y amores.
Nada importa mi horfandad;
La esperanza me alimenta
Por mas que ruja violenta
Sobre mí la tempestad.
Yo quiero con altivez
De los crímenes huir,
Y la dicha conseguir
Ganada con honra y prez.
Si el ladron y el asesino
Negras lecciones me dieron,
Les haré ver que eligieron
Mal de la vida el camino.
La vieja ayer lo decia:
—«Sé honrado y bueno, y verás
Cómo el sol vislumbrarás
De una espléndida alegría.»
Pues bien, yo quiero sentir
De ese sol el blando rayo,
Sin que en cobarde desmayo
Sienta el alma sucumbir.
Quiero ver en lontananza
La luz, que bella fulgura,
De esa suprema ventura
Que dá vida á la esperanza.
¡Quiero caminar contento!...

(*De pronto se detiene, mira en derredor de sí, y dice con voz desfallecida:*)

¿Y á dónde irás? ¡Desdichado!
¿A dónde irás empujado
Por tu loco pensamiento?
Sujeta tu corazon
Y no importuno te engrías.
¿Qué es lo que encontrar querías
En tu presente abyeccion?
Deja de alzar atrevido
Torres que al cielo tocando,
Se van luego desplomando
Con pavoroso ruido.
En vano tu mente crea
Delirios con ánsia loca.
¡Nécio! detente y evoca
La verdad que te rodea.
Vuelve en tí, no mas soñar:
Ya el soldado te lo dijo:
«Sin el trabajo prolijo
No hay honra ni bienestar.»

(*Despues de un momento de indecision se acerca á la puerta de un taller y dice:*)

Maestro, yo vivo
En triste horfandad;
Honrado ser quiero;
¿Me puede V. dar
Trabajo...? (Dios quiera
Que tenga piedad.)

EL MAESTRO.

Si es buen ebanista
Y sabe tallar...

ADAM.

No sé...

MAESTRO.

Pues amigo,
Lo siento en verdad,
Que mas aprendices
No puedo tomar. (*Sigue trabajando.*)

ADAM. (*Alejándose.*)

¡No puede! Veamos;
Allí... mas allá,
Tal vez...

(*Entrando en un comercio y dirigiéndose á la dueña del mismo.*)

Yo, señora,
No tengo caudal;
No tengo en el mundo
Familia ni hogar;
Mas quiero ganarme
Con honra mi pan.
¿Podré aquí en su casa
Trabajo encontrar?

LA DUEÑA DEL COMERCIO.

Lo siento; ayer mismo,
Por casualidad,
Faltábame gente;
Mas hoy sobra ya.

ADAM. (*Retirándose.*)

Sigamos mirando:
¿Quién sabe?... quizás...
Servir me repugna,
Mas quiero probar...
¡Portero! ¡portero!

(*Al de una casa de buena apariencia.*)

EL PORTERO.

¿Qué busca el rapaz?

ADAM.

¿Rapaz...? por fortuna
Soy hombre, y verá
Que ser útil puedo
Aquí en sociedad.
Buscadme los medios,
Pues medios habrá,
De hacer que con honra
Yo gane mi pan.
Si encuentro trabajo
Sabré trabajar.
Tal vez los señores
De casa tendrán.

EL PORTERO.

No viene á deshora
Ni está por demás...
Há poco buscaban
Los del principal
Un jóven criado;
Y usted lo será
Si tiene las prendas
Que le han de adornar.
Es, pues, necesario
Mucha agilidad...

ADAM

La tengo.

EL PORTERO.

Que sea
Fiel y bueno...

ADAM.

Mas
Que otro alguno.

EL PORTERO.

¡Bravo!
¡Famoso! El galan
No se corta.—Y diga:
¿Quién le ha de abonar?

ADAM.

No comprendo...

EL PORTERO.

Hombre,
Usted ser podrá
Muy bueno, muy dócil,
Muy retecabal.
Pero necesita
Hacernos constar
La buena conducta
Que viene de atrás
Observando. Es claro;
Usted no se habrá
Tratado en la vida
Con ningun rufian;
Ni con malas hembras;
Ni se juntarán
Con usted amigos
De lo ajeno...

ADAM.

¡Ah!

EL PORTERO.

Ni habrá visto cárcel
Por dentro jamás.

ADAM.

La cárcel; yo estuve
Sin ser criminal
En ella...

EL PORTERO.

¿Qué dice?

ADAM.

Pero no iré mas;
No iré, que sus muros
Espanto me dan.
Si usted comprendiera
Lo que sufre allá
El hombre que quiere
Ser libre!

EL PORTERO.

Es verdad;
Pero, para serlo,
Fuerza es no pecar.

ADAM

Yo estaba inocente

EL PORTERO

Todos que lo están
Se figuran. Vaya...

(*En ademan de volverle la espalda.*)

ADAM.

¡Oh!... (*Procurando detenerle.*)

EL PORTERO.

Déjeme en paz.
Bien me presumia
Que era un perillan.

(*Cierra la verja y desaparece regañando entre dientes.*)

II.

Una plaza pública.

(*Han trascurrido las horas del dia y el crepúsculo de la tarde vá estendiendo sus sombras. Adam, cansado y triste, se para un instante, se apoya en el ángulo saliente de una casa, y dice mirando en derredor de sí:*)

ADAM.

¿Quién soy yo? ¿Qué es de mí? ¿Dónde impaciente
Dirijo ¡ay triste! la insegura planta,
Si acierto solo á contemplar doliente
Un mundo que me espanta?

¿Dónde voy? ¿qué es de mí? ¿por qué de abrojos
Sembrado está el camino de mi vida?
¿Por qué brotó de mis ardientes ojos
La lágrima escondida?

¡Triste de mí, que entusiasmado y loco,
Dulce y feliz juzgaba la existencia,
Y el mundo miro y su aspereza toco,
Su cruel indiferencia!

(*Mirando á todos los que pasan por delante.*)

Ni en rostro amigo la sonrisa veo,
Ni estrecha nadie con placer mi mano;
No me ofrece un consuelo que deseo
El hombre que es mi hermano!

Solo ¡ay de mí! entre tanta y tanta gente
Nadie mi nombre á pronunciar acierta;
Ni yo conozco á nadie, ni doliente
Llamar puedo á una puerta!

(*Sigue andando á la ventura.*)

¡Qué angustia! ¡qué inquietud! ¿dónde volaron
Mis sueños y mis locas ilusiones?
Humo fué todo, y humo que arrastraron
Los récios aquilones!

Yo pensaba en mi bárbara rudeza
Que era fácil cruzar por la florida
Senda feliz de la humanal grandeza
Hoy para mí escondida.

Huyendo altivo el miserable trato
De Salada y del Cura, imaginaba
Conquistar la grandeza y el boato
A que nécio aspiraba.

Y á la de Alcira, que encontré dichoso
En áurea estancia, rica y opulenta,
El alma toda le cedí gustoso
En mi pasion violenta.

¿Pudo aceptar del hombre oscurecido,
Pobre, infeliz, desnudo, loco, errante,
La silenciosa súplica, el látido
Del corazon amante?

Yo no lo sé; tan solo sé que al cielo
De la condesa la piedad imploro;
Que pienso en ella con ferviente anhelo;
Que la he visto... y la adoro.

(*Pausa: luego dice con ironía y amargura.*)

Mas ¿quién soy? ¿qué es de mí? rudo, ignorante,
No sé brillar como los otros brillan;
Nada tengo ni puedo; á cada instante
Me ultrajan y me humillan.

(*Entusiasmándose por grados y como delirando.*)

Yo quiero hallar, cual lo soñé, un tesoro;
Trajes, riquezas, y del alma el luto
Arrancar para siempre; quiero oro
Y un indómito bruto.

¡Un caballo! un caballo, en que contento,
Sendas divinas de ilusion cruzando,
Vaya siempre, cual vuela el pensamiento,
A mi vez yo volando.

Y en torno brame el huracan bravío;
Y el mundo entero, á mi codicia poco,
Veloz yo cruce con potente brío
Y con ímpetu loco.

Y encuéntreme al final de mi carrera,
En la tierra del bien, apetecida,
Donde luzca una eterna primavera,
Y eterna sea la vida.

Donde jamás la pena se vislumbre
Ni la paz con la guerra se confunda;
Do nunca el sol su esplendorosa lumbre
En el ocaso hunda.

Donde jóvenes mil con dulce encanto,
Muestren el rostro, en que la dicha brilla,
Sin que nunca por él discurra el llanto
Que escalda la mejilla.

Donde dando incentivo á mis amores,
Las formas de mujeres ideales
Reproduzcan arroyos bullidores
En límpidos cristales.

¡Mundo feliz, risueño, venturoso,
Inundado del hálito divino;
Bello país, tan grande, tan hermoso,
Cual yo me lo imagino!...

¡Deja, deja que al fin de mi carrera
Encuentre en ti otra luz y otros espacios!..
Surja á mi vista la gentil pradera
Cuajada de palacios!

Entre risueños bosques de esmeraldas
Giren gentes en danzas bulliciosas,
Tejiendo con placer frescas guirnaldas
De flores olorosas.

Guirnaldas bellas para ornar mi frente;
Flores que vengan á formar mi lecho;
Blandos aromas que el afan ardiente
Calmarán de mi pecho.

Y luces y colores y armonía;
Triunfos, riquezas, calma venturosa;
Cuanto impaciente conseguir ansía
El alma codiciosa.

¡Y un caballo! un caballo, en que contento,
Sendas divinas de ilusion cruzando,
Vaya siempre, cual vuela el pensamiento,
A mi vez yo volando.

Y en torno brame el huracan sombrío;
Y el orbe entero, á mi codicia poco,
Cruzando vaya con potente brío
Y con ímpetu loco.

Y envidien todos la feliz memoria
De la dicha de Adam por donde quiera,
Y halle riquezas y cariño y gloria
En mi triunfal carrera!

. . . .

(*Párase y dice con profundo abatimiento.*)

¡Gloria, triunfos, placer, dicha, cariño!...
¿Por qué venís á trastornar mi calma?
¿Sereis creacion de la ilusion de un niño
Que enferma tiene el alma?

Si existís ¿dónde estais? ¿qué misteriosa
Ruta debo seguir de mi destino?
¿Venís de Dios? ¿Su mano poderosa
Trazó vuestro camino?

¿Estais vedados al que pobre nace
Ó sois de la virtud el premio hermoso?
¿Es que el crímen acaso os satisface?
¿Me hará el crímen dichoso?

Yo no lo sé; del mundo las lecciones
Recibí sin doblez, y hoy me confunden,
Pues matando mis tiernas ilusiones
Al par me las infunden.

(*Despues de una breve pausa baja la cabeza y pronuncia lentamente las palabras que siguen, y que vá evocando en su memoria:*)

«Mira; de nadie te fies;
»Hijo, Adam, vive en acecho;
»Lo que guardes en tu pecho
»Ni aun á ti mismo confies.
»La gente... no hay un amigo:
»Al que cae, la caridad...
»De una mala voluntad
»Tienes un falso testigo.

»Si mojas á alguno, cuida
»De endiñarle al corazon...
»No se olvida una intencion
»Y un beneficio se olvida.
»Eres mozo; al mundo sales;
»De los montes se hacen llanos;
»Buena suerte y muchas manos
»Y callar y vengan males.
»Á malos trances mas bríos;
»Como la mar es en suma
»El mundo; pero en su espuma
»Se sustentan los navíos.

. . . .

»El hombre aquí ha de enredar,
»Sin que le enrede el enredo;
»Tú no te chupes el dedo
»Que no hay que pestañear.

. . . .

»Esto es negro para tí;
»Pero ya lo entenderás,
»Y acaso te acordarás
»Cuando lo entiendas de mí (1).»

(*Adam ahoga un gemido y se lleva la mano á la frente, diciendo despues de algunos instantes de silencio:*)

Tuvo razon el desalmado viejo:
Sus frases hoy resuenan en mi oido;
Mas no sé si seguir debo el consejo
De Lucas el bandido.

Yo entonces en la cárcel me veia
Entre opresores muros que me ahogaban,
Y esas negras lecciones recibia
Que mi alma envenenaban.

Mas luego ví del sol la lumbre pura;
Ví un cielo hermoso cobijar mi frente,
Y al placer, la bondad y la ternura
Abrí el pecho inocente.

Y recuerdo tambien que anoche, atento
Las sublimes palabras recogía
Del sacerdote, que con dulce acento
De este modo decía:

«Nunca en la senda del mal
Brotaron lozanas flores
De purísimos olores
Y de aroma celestial.»
«Tan solo á la escelsitud
Del Sumo Hacedor, parecen
Bien la dicha y paz que ofrecen
El amor y la virtud.»
«Que es bendito el que no yerra
Y su fé nunca perturba;
Bendito aquel que no turba
Jamás la paz de la tierra.»
«¡Bendito el que el bien pregona;
Bendito el que no derrama
Sangre; bendito el que ama,
Y bendito el que perdona!»

. . . .

(*Se interrumpe y dice luego con candoroso entusiasmo.*)

Tiene razon el venerable anciano:
Yo tengo fé en mis sueños peregrinos;
Yo quiero hallar al hombre, que es mi hermano,
En fáciles caminos.

Y nunca ver sobre mi rostro impresa
La marca del baldon que el mundo esquiva;
Y mostrarle mi frente á la condesa,
Serena, noble, altiva!

(*Con febril escitacion.*)

¡Virtud! ¡amor! prestad á quien os nombra
Y os invoca á la vez, dicha y bonanza!
¡Árbol frondoso sed de fresca sombra,
Que cubra mi esperanza!

(*Despues de un ligero intervalo trata de apresurar el paso y no puede. Se lleva una mano al pecho y dice:*)

No sé que siento aquí; desfallecido
Apenas sostenerme puedo en pié.
La sed y el hambre rugen á mi oido...

(*Con desesperacion y mirando en derredor de sí, mientras lleva maquinalmente la mano á su puñal.*)

¿Qué senda escogeré?

. . . .

***

(*Adam cierra los ojos. Luego los abre de nuevo viendo pasar á un hombre que corre desalado seguido de varias personas que gritan desaforadamente. Vá anocheciendo.*)

UNA VOZ.

¡Al ladron! ¡al ladron! la retirada
Cortémosle; que vaya al Saladero.

OTRA VOZ.

¡Un guardia!

OTRA.

¡Un polizonte!

OTRA.

Camarada:
Prended á ese ratero.

(*Pasan todos.*)

ADAM.

¡La cárcel! un ladron... ¡Gracias, Dios mio!
¡Qué angustia! Sostenerme intento en vano.

(*Se apoya en una esquina.*)

¡Oh! ¡qué afan!... todo gira en torno mio...

(*Viendo á un caballero que pasa junto á él y como adoptando penosamente una resolucion estrema, esclama tendiéndole una mano y con desfallecida voz:*)

¡Tengo sed y hambre, hermano!

(*El caballero sigue su marcha sin oirle.*)

(1) Espronceda. *El Diablo Mundo*: Canto IV.

ADAM.

¡Me siento desfallecer! (*Pausa.*)
¡Socórrame usted por Dios!

(*Tendiendo de nuevo la mano á una señora que le mira con interés; pero que no se detiene.*)

¡Ah! ninguno de los dos
Me ha podido comprender.
Mi vida quiere escapar
Y se turba mi razon.

(*A un señor de edad que casi tropieza en él.*)

¡Una limosna...!

EL CABALLERO.

(*Amenazándole.*) ¡Bribon!
¡Á un taller á trabajar!

(*El caballero pasa de largo regañando entre dientes. Adam se cubre el rostro con ambas manos y oculta sus lágrimas. Luego, en un momento de iracunda desesperacion, mide la distancia que le separa del caballero, en ademan de querer arrojarse sobre él; pero al mismo tiempo le abandonan las fuerzas y cae medio desvanecido en brazos de un jóven de aspecto decente, cuyo atavío revela sin embargo la pobreza. Es ya enteramente de noche.*)

EL JÓVEN. (*Con dulzura.*)

¡Ánimo y serenidad!
Venga usted; sufra su pena;
Alce la frente serena;
Perdone á la iniquidad.
Déjele V. que se aleje...

(*Aludiendo al caballero que vá trasponiendo la calle.*)

ADAM.

¡Oh! ¡cuánta afrenta!

EL JÓVEN.

Conmigo
Venga V.; seré su amigo;
No tema que yo le deje.
Aunque injusta fué la ofensa
Del rencor el fuego apague.
Venga V... (*Con mayor cariño.*) Ven...

ADAM.

(*Con efusion.*) ¡Dios le pague
Todo el bien que me dispensa!

EL JÓVEN. (*Aparte.*)

(¡Cuánto afan negro y profundo
Encierra la vida triste...!)

(*Á Adam, cambiando de tono.*)

Sígueme, ven... aun existe
La caridad en el mundo.

(*Le hace que se apoye en su brazo y ambos se alejan.*)

III.

¡Sublime caridad! ¡perla engastada
En el trono de Dios, y por su mano
Á los cielos y al mundo regalada!
Sonrisa de los ángeles preciosa;
Corona del cristiano;
¡Santa y noble virtud...! ¿por qué ultrajada
Te miro alguna vez por alma impía,
Siendo tú mas hermosa,
Mas bella, mas preciada
Que el manto de oro en que se envuelve el dia?

¡Augusta hija del cielo!
Tú propicia, con mano bienhechora,
Prodigas el consuelo
Al miserable que padece y llora.
Tú das fuerzas al débil y al anciano;
Tú cubres al desnudo, tú al hambriento
Le ofreces el sustento;
Tú te despojas de tus galas bellas
Por dar abrigo y bienestar con ellas;
Tú eres madre del huérfano afligido;
Tú tiendes una mano
Al obrero infeliz medio sepulto
En lóbrego edificio derruido;
Tú curas al leproso y al tullido;
Tú buscas el dolor, que yace oculto,
Para ofrecerle venturosa calma
Y estímulo y esfuerzo sobrehumano;
Tú ablandas peñas ablandando el alma
De aquel que nunca humano
Para el dolor y la horfandad ha sido
Ni vió el llanto que vierte el desvalido.

Eres faro feliz del que navega
Por el mar proceloso de la vida;
Eres puerto de plácida bonanza;
Santuario precioso á donde llega
La rica luz querida
Del astro de la fúlgida esperanza.
Eres dulce consuelo de aflicciones;
Lazo fuerte, bendito y sacrosanto
Que ata las almas y une corazones.
Que enjuga el triste y congojoso llanto.
Por tí la noble, poderosa y bella
Matrona ó niña, virgen ó casada,
Del dolor vá siguiendo la honda huella;
Y sube á la ignorada
Boardilla, ó en la choza
Miserable penetra
Y socorriendo al pobre se alboroza.
Por tí el noble se inflama, el rico aspira
En un santo hospital á merecerte,
Y triste al lado del que triste espira
Presta consuelos á la misma muerte,
Sin temor á la horrible
Implacable deidad, siempre temible,
Y mas temible y fiera
Para el que sale de dorada esfera.

Eres, pues, grata, hermosa
Y augusta y bella y rica y refulgente;
De Dios fuiste venida;
Pero hay quien te rechaza torpemente
Insultando al dolor, dándole vida;
Mas vida porque sea
Doblemente infeliz quien te desea.

Mirad al desdichado
Avariento ruin que su tesoro
Con bárbara delicia
Oculta y acaricia;
Su corazon está metalizado
Y es mas duro que el oro
En que todo su amor tiene cifrado.
Las dulces emociones,
Las gratas sensaciones
Que la preciosa caridad imprime
En el que llora cuando alguno gime,
Son para él acaso una quimera



Y humo no mas; ¿le veis? nunca mitiga
El dolor del hermano;
Mas ¡ah! que cuando muera
Ni sonará en su oido voz amiga
Ni estrechará su mano amiga mano.

¡Pobre mortal nadando en la riqueza!
¿De qué te sirve tu fatal tesoro,
Tu lujo, tu grandeza,
Si no te apiadas del ajeno lloro?
¿Inquieres por ventura
Quién es mas infeliz? ¿has inventado
Acaso la impostura
De que el pobre nació desheredado
Del cariño de Dios? (1) ¿Se te figura

(1) Ya se sabe que no ha faltado quien haya pretendido probar en el terreno de la ciencia, que las clases desacomodadas no tienen derecho á sentarse en el banquete de la naturaleza. Entre esta feroz adulacion para con los ricos, y la no menos salvaje de que la propiedad es un robo, con que se ha querido halagar y escitar á los pobres, se deja ver el océano de aberraciones en que pueden sumergirse, no solo las inteligencias vulgares, sinó las que pasan por grandes inteligencias.

Que aquel que no ha encontrado
El trabajo, es acaso delincuente?
Y si lo es y su virtud rebajas,
Tú que triunfas, y acaso no trabajas,
¿Por qué el baldon arrojas á su frente?

¡Oh! no mires, con bárbaro desvío,
Á los que sufren; todos suspiramos
En este valle de dolor sombrío
Que mil veces con lágrimas regamos.
Haz bien á toda hora;
La noble y santa caridad acrece;
Padece con el pobre que padece;
Llora tambien con el que triste llora.
Nunca olvides con bárbaro egoismo
Y con pecho cruel y despiadado,
Que el Señor te ha mandado
Á tu prójimo amar como á tí mismo.
Nota las hondas y sangrientas llagas
Que causa el mundo en su eternal pelea;
Haz bien sin ver á quien favores hagas
Y tu memoria bendecida sea.
Mira que á todos la piedad abona;
Mira que tuvo junto á Dios su asiento
Y perla fué de su inmortal corona
Y es eco santo de su augusto acento.

IV.

. . . .
Cancion: si en este instante
Hay un lector que despreciarte pueda,
Ó un crítico arrogante
Que diga que me aparto de Espronceda,
Porque dejo escapar hondos suspiros
Y no imito su estilo ni sus giros,
Ni sus burlas y máximas discretas,
Sin imitar tampoco á otros poetas,
Vuelve al punto hasta mí, dímelo todo;
Que yo veré si hay modo
De tornar á ese mundo, y de lanzarme
Otra vez al bullicio y la alegría,
Do pueda solazarme,
Si es que encuentra un solaz el alma mia.
Y si hay quien mas se enoje,
Si hay alguno, por fin, que el libro arroje
Porque la dulce caridad me inspira
Y el corazon levanto á tal objeto,
No me lo ocultes, vuelve... y te prometo
Que en mil pedazos romperé mi lira.

CANTO XI.

Interior de un bodegon en uno de los barrios mas apartados de la córte.—Doble hilera de bancos y mesas prolongadas cubiertas de toscos manteles.—Velones encendidos pendientes del techo.—Es de noche.—Adam, sério y meditabundo, aparece en un rincon, detrás de la puerta que dá á la calle, teniendo á la vista los restos de una miserable cena.—Junto á él se encuentra D. Juan de Alarcon, jóven de aspecto triste y de rostro enjuto y demacrado. Ambos sostienen una conversacion que se vá animando por grados.—El resto del espacioso zaguan que forma el despacho del bodegon se halla casi lleno de hombres y mujeres del pueblo que cantan, rien y bailan. En un pasillo que conduce al patio y á la cocina, se ven algunos mozuelos que tocan guitarras y un ciego con una bandurria. El tio *Chanfaina* y la tia Teresa, dueños del bodegon y viejos cuya obesidad es tan chocante como la estremada alegría que manifiestan, discurren de uno en otro sitio, exhalando estrepitosas carcajadas y animando á todos para que se diviertan. Entre los que cantan descuella un jaque andaluz que pasa por hombre de chispa.

UNA VOZ. (*Canta.*)

El figon mas famoso
Por su limpieza
Es sin duda el que tiene
La tia Teresa.
Siga la danza
Y viva la costilla
Del tio Chanfaina.

VARIOS.

¡Bien! ¡muy bien!

EL TIO CHANFAINA.

Aquí, esta noche
Todos tienen que cantar
Sin que nos pague *denguno*
Por cena ó por vino un *rial*.

UNOS.

¡Viva el tio Chanfaina!

OTROS.

¡Viva!

EL TIO CHANFAINA.

Menos vivas y á bailar.
(*Siguen cantando y bailando.*)

ADAM.

¡Qué gente! ¡siempre lo mismo!
Su barahunda infernal
Me hace daño.

ALARCON.

¿Estás enfermo?

ADAM.

Triste, triste enfermedad
Es el hambre; pero el hambre
Por fortuna cesó ya.
(*Sonriendo con amargura.*)

ALARCON. (*Aparte.*)

(Todas las penas acaban.
¿Cuándo la mia?)

ADAM.

Jamás
Hubiera yo imaginado
La negra y feroz crueldad
Con que me trató...

ALARCON.

¡Inocente!
¿Puede el mundo aquilatar
Las circunstancias que pesan
Sobre tí, ni tu orfandad
Comprender?—Eres robusto
Y jóven, te gritarán;
Trabaja, pues...

ADAM.

Yo quisiera...
¿Mas dónde el trabajo está?
No tengo á nadie en el mundo;
Vivo en él en soledad
Perpétua; y si busco abrigo
En brazos de la amistad,
Solo consejos infames
Malos amigos me dan.
No hace mucho que un muchacho
Me aconsejaba robar
Y verter sangre... ¡Dios mio!
¡Cuánta y cuánta iniquidad!
Y no es que me falten fuerzas,
Ni valor; es que me dá
Grima, el pensar que mis manos
Den impulsos á un puñal
Asesino; es que mi alma
Por otros caminos vá
En busca de la ventura
Con que sueño sin cesar.

ALARCON. (*Aparte.*)

(¡Ventura! ¡pobre inocente!
¡Ignora que no la hay!)

ADAM.

Del honor, de las virtudes,
Jamás me hablaron, jamás
En tono sério; he vivido
En tan ruin sociedad
Que hasta hoy nadie me dijo
Que era honroso trabajar.
Yo, sin embargo, he luchado
Con el bien y con el mal,
Porque una voz, en el fondo
De mi pecho, sin cesar
Me gritaba: «si eres bueno
Tu premio al fin hallarás.»
Y abandoné aquellas gentes;
De mi pasado fatal
Rompí los lazos que fieros
Me oprimian; quise en paz
Vivir con honra, y al mundo
Me lancé con vivo afan
Invocando á Dios, y al hombre
Que era mi hermano... mas ¡ah!
Me ví solo, á mis hermanos
Pedí un pedazo de pan
Y unos ¡ay! se me rieron
Crueles; y otros pasar
A mi lado indiferentes
Ví...

ALARCON.

No todos, Adam,
Pueden socorrer al pobre;
No todos...

ADAM.

Y uno, en brutal
Cólera ardiendo, insultóme
Aumentando mi pesar.
Nunca, nunca de mi mente
Sus frases se borrarán:
—«¡Bribon! me gritó colérico:
Vé á un taller á trabajar.»

ALARCON.

Es cierto; y aquel menguado
Miserable, aquel... (*Sin poder contenerse.*)

ADAM.

Será
Rico tal vez...

ALARCON. (*Con ódio reconcentrado.*)

Sí, el banquero,
El noble, el grande, el sin par
Baron de la Estrella... (¡Oh!
Su nombre me quemará
Los labios; pero no importa...)
Era el Sr. D. Julian
De Rojas y Bustamante
Alcázar y Sandoval.
El padre de la condesa
De Alcira...

ADAM.

¡Cómo! ¿Será
Posible que esa familia
Me ultraje tan sin piedad
Cuando yo, loco...? Ayer mismo
Mi rostro llegó á cruzar
El látigo del cochero
Del conde, de ese rival
Aborrecido; esta tarde
Con ruda ferocidad
Su padre... mas no es posible.
Ella que tiene una faz
Tan bella, que tiene un timbre
De voz tan angelical,
Ser hija de un mónstruo...—Eso
Es imposible, D. Juan.

(*Adam bebe un vaso de vino y queda profundamente pensativo. D. Juan, que no lo está menos, mira con avidez el movimiento de las agujas de un reloj que se halla pendiente de la pared, y luego contempla con ojos espantados cuanto pasa en derredor. La algazara y el ruido de los que beben, cantan y bailan, van en progresivo aumento.*)

EL ANDALUZ. (*Canta.*)

Pues la noche es de *groma*
Siga el jaleo,
Y afuera los achares
Que dan tormento.
No *haiga* mas penas
Y que dé cuatro saltos
Doña Teresa.

(*Con retintin que hace reir á todos.*)

UN HOMBRE.

¡Bien pensado!

OTRO.

Sí, que baile
Tres seguidillas.

TERESA.

¡Pues ya!
Como me pesan las piernas
Poco...

VARIOS.

¡Á bailar!

OTROS.

¡Á bailar!

UNA MUJER.

¡Y con ella el tio Chanfaina
Ya que tan contento está!

VARIOS.

¡Qué baile Chanfaina!

EL TIO CHANFAINA.

¡Diablo!
Muchachos ¿quereis callar?

VARIOS.

No hay remedio, no hay escusa;
Salga el matrimonio ya.

UN MOZUELO.

El público soberano
Lo pide; no hay que chistar.

EL TIO CHANFAINA.

Vamos, Feresa.

(*Plantándose en medio de la estancia.*)

EL ANDALUZ.

¡Famoso!
¡Viva ese cuerpo! ¡salá!

(*Los gritos, las palmadas y los silbidos que dan todos, impiden que se oiga lo que dicen. La tia Teresa, obligada por los dichos picantes que le dirigen, por los empujones que la dan y por la solicitud de su marido, se coloca delante de éste, disponiéndose á bailar. Grandes y estrepitosos aplausos.*)

UN HOMBRE.

Silencio.

OTRO.

Venga una copla.

EL ANDALUZ.

La funcion vá á *escomenzar*;
¡Viva el salero! ¡mozuela!
Cudiado con resbalar.

(*Bailan.*)

EL ANDALUZ. (*Canta.*)

Cuando miro á esa moza
Que alegre brinca,
Al instante los ojos
Se me encandilan.
Y es tal mi gusto,
Que ni sé si me alegro,
Ni si me asusto.

UN HOMBRE.

¡Olé!

OTRO.

Oblígala, Chanfaina.

OTRO.

Qué se van á rebentar.

OTRO.

¡Vaya una pareja *crua*!

OTRO.

¡Si van derramando sal!

EL ANDALUZ. (*Canta.*)

En tu cara hechicera
De pergamino,
La fé llevas escrita
De tu bautismo.
¡Alza Teresa!
Con *sincuenta* años menos...
Tuvieras *trenta*.

UN HOMBRE.

Otro salto.

UNA MUJER.

Y otro luego.

TERESA.

Pues señor, no puedo mas.

(*Cae sobre un banco y se enjuga el sudor. Sigue el baile.*)

ADAM.

Aturde su barahunda.
¿Qué locura singular
Les asalta?

ALARCON.

La alegría
De esas gentes, es, Adam,
Como un rio desbordado
Que se convierte en un mar
Cuando el vino á sus pesares
Olvido y treguas les dá.

ADAM.

¡Están beodos!

ALARCON.

No tanto;
Mas lo comienzan á estar.

ADAM.

Si yo pudiera con vino
Desvanecer tanto afan
Cómo siento!... pero nunca,
Nunca, ¡ay de mí! supe ahogar
Entre cálidos vapores
Los recuerdos de mi mal.
Si yo pudiera embriagarme
Una vez, una no más!... (*Bebe.*)

ALARCON.

¡Embriagarte! y ¿no comprendes
Que es mejor la enfermedad
Que el remedio? — Por el pronto
La embriaguez puede quitar
Algunas penas de encima.
Del espinoso erial
De la vida, el que padece
Tal vez se suele apartar
Un instante; la materia
Torpe, inerte, al alma dá
Ensanches, y el alma loca
Suele á su placer vagar
Por mundos que, acaso, lejos
Estén de la realidad.
Tal vez del fondo del vaso,
Donde hierve otro cristal,
Nubes de grana y de ópalo
Surgiendo vistosas van.

Y entre esas nubes flotantes
Se consigue divisar
Castillos de oro y de nácar;
Mujeres de celestial
Hermosura; grupos mágicos,
Anchos caminos quizás
Donde se pierde la mente,
Donde el juicio errante vá.

ADAM.

¡Sueño dichoso!

ALARCON.

Quimeras
Que finge nuestra ansiedad
Para que parezca luego
Mas terrible el despertar.

UNA VOZ. (*Canta.*)

Cuando el vino me sube
Á las narices,
No hay ya guapo en el mundo
Que me replique.
Venga si quiere
Y verá que en su cara
Pinto un jabeque.

ADAM.

Ese que canta, de guapo
Blasona; ¡qué necedad!...
Mas allí vi que en silencio
Un hombre guarda un puñal,
Cuyo mango con su mano
Acarició.

ALARCON.

El vino irá
Su efecto haciendo; esos vasos
Tambien suelen encerrar
Negros fantasmas, arcanos
Muy lúgubres. Toca ya
Su término la alegría,
Y en el rugiente volcan
De las pasiones que estallan,
El temor ya no será
Un óbice; la vergüenza
Y la razon flaquearán,
Mientras el alma se hunda
En un negro lodazal.

ADAM.

De modo, que nunca el hombre
Es venturoso...

ALARCON. (*Sin oirle.*)

Quizás
Al través de aquellos vasos
Se levante un hospital,
Ó la sonrisa diabólica
De un verdugo brillará.
Verdugo que á un asesino
Espera.

ADAM. (*Hablando consigo mismo.*)

Sí, sí, es verdad.
Una noche como esta
Salada mató al rufian
Que nos molestó; y fué el vino
Causa del trance fatal.

ALARCON.

¿Qué dices?

ADAM.

Estoy pensando
En lo inmediatos que están
De las virtudes los vicios
Y de la dicha el pesar.

ALARCON.

Tanto, que el alma se asombra
Y se abisma...

(*De pronto se fija en un reloj que hay colocado en la pared, y dice para sí:*)

(Como vá
Trascurriendo el tiempo! y nadie
Llega; en vano es esperar.
Solo mis hijos, mis hijos
Del alma, se acordarán
De mí; ¡cielos! ¡qué agonía!
Dadme fuerza y voluntad.)

(*Ambos se quedan silenciosos y meditabundos.*)

UNA VOZ. (*Canta.*)

Cuando vá un señorito
Con la levita
Abrochada hasta el cuello...
Vá sin camisa.

(*Risa general. Muchos ojos se fijan en D. Juan, que lleva el levita abotonado en la forma que indicó la copla. Alarcon y Adam, completamente abstraidos, permanecen silenciosos.*)

LA VOZ DE ANTES. (*Canta.*)

Mas no hagas caso,
Que á mí los señoritos
Me causan asco.

UN HOMBRE.

Bien por Dios; ¡alza, salero!

UNA MOZUELA.

Paco, venga otro cantar
Por el estilo; me cargan
La levosa y el futrac,
Y quiero hacerles la guerra
Hasta que me muera.

UN HOMBRE.

¡Ya!
Desde que aquel lechuguino...

LA MOZUELA.

Ladron, ¿te quieres callar?
A mí nunca me gustaron
Los faldones.

OTRA MUJER.

Re...cabal;
Recabalito; ¡puñales!
Donde una chaqueta está...

UN HOMBRE.

Una copla á las chaquetas.

ADAM.

Me parece... (*Levantándose.*)

ALARCON.

(*Deteniéndole.*) ¿Á dónde vas?
¿Qué intentas hacer?

ADAM.

He visto
Que allí burlándose están,
Y por Dios que voy al punto
Sus burlas á castigar.

(*Adam dirige á todos una mirada iracunda y provocativa. Los que se mofan de D. Juan se contienen algun tanto y cuchichean con disimulo.*)

ALARCON.

No, ven; siéntate, modera
Los ímpetus de tu edad.
Si se burlan, ten por cierto
Que es de mí; de nadie mas.
Ellos ignoran el daño
Que me pudieran causar
En otra ocasion; ahora...
Ni me causan bien ni mal.
(*Sonriendo melancólicamente.*)

UNA MUJERZUELA.

¿Te has puesto malo, Pacorro;
O es que no quieres cantar
La consabida coplilla?...
(*Mirando hácia el sitio que ocupan Alarcon y Adam.*)

EL TIO CHANFAINA.

Tengamos la fiesta en paz,
Caballeros; esta noche
No han de decir que hubo acá
Ni peloteras, ni enredos;
Con que... á beber y á *jamar*,
Que ya se ha acabado el baile.

(*Sacan algunas viandas y botellas que van sirviendo á los concurrentes.—Poco á poco, viendo que se hace tarde y que ha comenzado á llover, van desfilando las mujeres, y algunos hombres que las acompañan. El local vá desahogándose, y el ciego y los músicos se despiden despues de recibir algunas monedas de propina que les dá el tio Chanfaina. El andaluz, que ha dejado la guitarra, hace señas á Teresa, y le dice:*)



EL ANDALUZ.

Teresa.

TERESA.

¿Qué se le ofrece?

EL ANDALUZ. (*Bajando la voz.*)

Díme, aquel pelafustran
De las trabillas, y el otro
Terne que á su lado está
¿Quiénes son?

TERESA.

El uno, es hijo
De casa muy *prencipal*;
Mas vino á menos; su madre
Fué una santa y *en jamás*
Los favores que me hizo
Podrá Teresa olvidar.

EL ANDALUZ.

Pues si lo estás *mantiniendo*
Flaco tienes al galan.

TERESA.

¡Vaya una gracia! esta noche
Llegó por casualidad
Con el mocito que al lado
Tiene, y les dí de cenar
Lo mejor que pude; gloria
Que hubiera en casa... ¡pues ya!
Yo soy pobre; pero *naide*
Del mundo, me ha de ganar
En saber agradecer
Un favor. (*Siguen hablando.*)

UN MOZUELO.

(*Encarándose con un hombre de rostro patibulario y en voz baja.*)

Diga usted, Blas.

BLAS.

Habla, muchacho.

EL MOZUELO.

Se sabe
La razon particular
Que tienen el tio Chanfaina
Y su horrorosa mitad
Para estar tan satisfechos
Y espléndidos como están?

BLAS.

¡Hombre...! á mí se me figura...
Segun pude averiguar,
Hoy *mesmo* han cobrado un premio
Muy gordo, casi un caudal,
De la lotería.

EL MOZUELO.

¡Diablo!

BLAS.

Yo no sé la cantidad
A punto fijo; mas sé
Que medio locos están
De contento.

EL MOZUELO.

No sería
Difícil, acogolar
A Chanfaina y á Teresa...
¿En dónde el gato tendrán?

BLAS.

Cállate, demonio, cállate;
Deja á los viejos en paz.
No hay que meterse en camisa
De once varas.

EL MOZUELO.

Es verdad.
(¡Pillo! miente y disimula;
Pero á mí no me la dá.)

(*Se separan.*)

(*Un hombre que viene de la calle se dirige á Blas y le habla al oido algunos instantes.*)

BLAS.

¿Qué dices, Pedro?

PEDRO.

El solana
Y Pupas me encargan...

BLAS.

Ya.
¿Con qué aquel mocito...? (*Por Adam.*)

PEDRO.

El mismo:
Aquel mocito es Adam.
Se quiere que no le pierdas
De vista.

BLAS.

Se le espiará.

PEDRO.

Es preciso á todo trance
Que no se llegue á encontrar
Con el tio Lucas.

BLAS.

(*Rascándose la oreja.*) ¡Demonio!
Y en dónde Lucas está?

PEDRO.

Se ha escapado de la cárcel.

BLAS.

Pues hemos hecho un buen pan.

PEDRO.

¿Le tienes miedo?

BLAS.

No poco.
Nuestro viejo capataz,
Tú lo sabes, ha estudiado
Con el mismo Satanás.
Él protege á la de Alcira
Y se la quiso robar;
Él al baron aborrece;
Odia al cura; en libertad
Se encuentra...

PEDRO.

Pero ya sabes
Que el pobrete debe andar
Á salto de mata...

BLAS.

Fiate
Y no corras. Él sabrá
Buscarnos, y ¡ay! de nosotros
Si consigue averiguar
Que se le ha vendido.

PEDRO.

Esa
Es una razon de más
Para que no nos durmamos
En las pajas.—El que está
Junto á Adam y con él habla,
Corre por mi cuenta, Blas.

(*Aludiendo á Alarcon.*)

BLAS.

No comprendo...

PEDRO.

Ese mocito
Á quien le llaman D. Juan,
No ha de volver esta noche
Á su casa.

BLAS.

Pues ¿qué harás
Para impedirlo?

PEDRO.

¡Friolera!

BLAS.

¿Acaso á matarle vais?

PEDRO.

Si se empeñase...

BLAS.

Imagino
Que repleta no tendrá
La bolsa.

PEDRO.

En este momento
Nadie piensa en el metal.
Ese hombre puede perder
Al baron y á muchos mas,
Inclusos yo y tú.

BLAS.

Y el cura?

PEDRO.

Ahí fuera en acecho está
Con otros varios.

BLAS.

Pues dile
Que quedo en averiguar
Los pasos que dé ese mozo; (*Por Adam.*)
Y que á Lavapiés no irá
Aunque le llamen Salada
Y el tio Lucas.

PEDRO.

Vigilar
Es tu *consina.*

BLAS.

Tendré
Cien ojos.

PEDRO.

Falta te harán
Si el enojo del tio Lucas
Hemos de contrarestar.
Buenas noches, caballeros.
(*Alzando la voz.*)

BLAS.

Adios, Perico.

PEDRO.

Adios, Blas. (*Se marcha.*)

(*El reloj que hay en la pared y los de torre mas inmediatos dan las once. La gente que ha ido perdiendo su buen humor, se vá retirando.—Sigue lloviendo en cantidad copiosa, y á la luz que despiden algunos relámpagos pueden descubrirse varios bultos que atraviesan la calle misteriosamente, ó que permanecen inmóviles en el quicio de alguna puerta.—El bodegon vá quedando poco á poco desierto hasta que solo se encuenzran en él la tia Teresa, el tio Chanfaina, Blas, Adam y Alarcon.*)

ALARCON.

¡Las once! ¡la hora fatal!
Hora en que acaso mis hijos
En mí soñando estarán.
¿Por qué mi valor sucumbe?
¿Por qué tiemblo? ¿Por qué vais,
Recuerdos del alma mia,
Estinguiéndoos...? ¡Oh! no tal;
No os estinguís; es que ahora
Siento mi fé desmayar
Y mi corazon cobarde
Palpita lleno de afan.
¡Y es preciso! de otro modo... (*Reponiéndose.*)
Tengamos serenidad.
Todos me miran... ¡Teresa!
(*Con fingida calma.*)

TERESA.

¡Señorito!

ALARCON.

Ven acá.

TERESA.

Señorito, usted perdone:
Yo conozco que le habrán
Calentado la cabeza
Con esta gresca infernal.

ALARCON.

Te engañas; me he distraido
¡Y eso es todo! Ahora me vas
A hacer un favor: quisiera
Tintero y papel...

(*Teresa hace un signo afirmativo y se dirige en busca de dichos objetos. D. Juan continúa de este modo:*)

Adam:
Tambien á tí, buen amigo,
Te tengo que demandar
Una gracia...

ADAM.

Con el alma;
Con toda mi voluntad
Le serviré; que no en vano
A su generosidad
Debí... ¿quién puede? ¿quién puede
Lo que le debo espresar?
Cuando aquel hombre insolente
Casi me escupió en la faz...

ALARCON.

Ya lo sé; yo vi en tus ojos
Tu pensamiento fatal.
Entonces... mas no imagines
Que solo la caridad
Fué en aquel instante el móvil
De mi manera de obrar.
Misterios tiene la vida
Que no se esplican jamás,
Y en mi conducta de ahora
Profundos misterios hay.

ADAM.

(Su dulce voz me conmueve,
Y me hiela su mirar.
Parece que sufre penas;
¡Qué triste, qué triste está!)

ALARCON.

(*En voz alta y como si hablase para sí.*)
Es tan triste la existencia,
Y es á la vez tan falaz,
Que aun odiándola, queremos
Nuestra vida prolongar.
Por eso en aquel instante,
Sin embargo de este afan
Que siento, mi cuita fiera
Quise al olvido arrojar.
(*Momento de silencio.*)
¡Nadie viene! me ha engañado
Esa gente desleal...
(*De pronto dice ahogando un sollozo:*)
¡Es preciso! ¡Pronto! ¡pronto!
¡Acabemos!

(*Coge un cuadernillo de papel que le ha dejado Teresa, y escribe precipitadamente dos cartas, que cierra luego.*)

ALARCON.

Oye, Adam.

(*Le habla un rato en voz baja y conmovida y le entrega las cartas. Adam hace algunas señas afirmativas y abandona el bodegon, no sin estrechar antes con cariño una mano que le tiende D. Juan. Éste se queda silencioso, con la mirada fija en*

la puerta de la calle y con el rostro densamente pálido. Blas ha salido precipitadamente en seguimiento de Adam. Teresa y su marido se dirigen algunas palabras llamándose mútuamente la atencion sobre el estado de agitacion visible que se nota en D. Juan. De pronto se levanta éste en ademan de querer despedirse de los dueños de la casa; pero al mismo tiempo penetran en ella cinco ó seis hombres que parecen agentes subalternos de policía secreta, y á los cuales precede otro, con trazas de funcionario público, que viste de paisano y que ostenta insignias de autoridad.)

Escena última.

D. Juan de Alarcon.—La tia Teresa.—El tio Chanfaina.—El funcionario indicado anteriormente y los subalternos que le acompañan.

EL FUNCIONARIO.

Es de todos bien sabido,
Y el dicho por cierto alabo,
Que el que busca encuentra al cabo.
Ya hemos dado con el nido.
(*Á Alarcon.*)
Caballero, no se asombre
Si necesito saber
Su nombre...

ALARCON.

¿Mi nombre?

FUNCIONARIO.

(*Á los suyos.*) ¡Á ver...!
Vamos, prendedme á ese hombre.

ALARCON.

¡Prenderme! ¿y por qué razon?

FUNCIONARIO.

(De misas te lo dirán.)
¿No se llama usted D. Juan
De Alarcon?

ALARCON.

Soy Alarcon.
Pero jamás un esceso
Cometí... (¡Fortuna impía!)

FUNCIONARIO.

Eso ya no es cuenta mia.
Dése usted preso.

ALARCON.

¡Yo preso!

FUNCIONARIO.

Atadle. (*Lo hacen.*)

ALARCON.

(*Resistiéndose inútilmente.*)
¡Como á un bandido!
¡Maldita mi suerte sea!
¡Oh! ¡vive Dios... !

FUNCIONARIO.

¡Vamos, ea!
(*Se oye el ruido de un carruaje que pára á la puerta.*)
Ya está el coche prevenido.
Meledle en él.
(*Los que parecen agentes obligan á Alarcon á que entre en el coche. Dentro de este y á la luz de un relámpago, se vé al cura, que empuña en sus manos un par de pistolas, y á otros dos hombres de siniestra catadura. D. Juan de Alarcon ocupa el asiento que hay vacío, ínterin los que están en la calle cierran de golpe la portezuela.*

TERESA. (*Con indignacion.*)
Nunca ví
Tratar así á un caballero.

FUNCIONARIO.

¿Quieres defenderle?

TERESA.

Quiero.

FUNCIONARIO.

Pues ahora te toca á tí.
(*La fingida autoridad arroja el baston y dando un silbido penetran en la casa otros tres ó cuatro hombres, y entre ellos Pupas. Todos se arrojan, puñal en mano, sobre Teresa y su marido, tapándoles la boca y arrojándolos al suelo. Otro cierra la puerta del bodegon. Se oye por la parte de afuera el ruido de la lluvia que vá arreciando gradualmente.*)

CANTO XII.

I.

Y en tanto ¿qué es de Adam? Adam en tanto
Por las revueltas calles solitarias
De un apartado barrio de la córte,
En noche oscura silencioso vaga.
Corriendo vá con presuroso paso,
Mientras el rostro con furor el agua
De la lluvia, que arrecia por momentos,
Tenazmente le azota y le maltrata.
De vez en cuando, con siniestro brillo
Parece que las nubes se desgarran,
Y que el trueno que zumba en el espacio
Á los cielos y mundos amenaza.
¿Es acaso la voz de la tormenta
Que arriba lucha y poderosa estalla,
Ó es el eco potente con que enfrena
Dios á los vientos que iracundos braman?
Todo es horror y soledad en torno
Del pobre Adam que solitario vaga,
Y sin embargo, un mundo de ilusiones
En su mente cobija y en su alma.
Ya no mira que es negro su presente,
Como es negra la noche; que sin casa,
Sin hogar, sin amparo, sin recursos,
Tal vez sucumba de dolor mañana.
¿Qué nuevo afecto, pues, le presta vida?
¿Por qué alientos recobra y esperanzas?
¿Cómo es que dando su terrible duelo
Al olvido, quiméricos fantasmas
Evoca con placer, y vá forjando
Ilusiones sin fin, dichas estrañas

Producto de una loca fantasía
Que despierta en soñar se empeña ufana?
¡Recónditos arcanos! misteriosos
Problemas ¡ay! de la existencia ingrata!
No espereis que os resuelva quien ya mira
Brotar arrugas en su frente y canas
En su cabeza; no, no sois vosotros
Hijos jamás de la vejez cansada.
Tan solo el vírgen corazon de un niño
Puede curarse las sangrientas llagas
Que la injusticia ó la maldad del hombre
En ese vírgen corazon causara.

La juventud, la juventud hermosa,
Reina del mundo, de sus pasos árbitra,
Es la sola que puede á los ensueños
Mágicos, dulces, entregarse ufana.
Por eso Adam en ilusion gratísima
Siente mecerse á su placer el alma,
En medio de ese mar de tempestades
Que en torno suyo su furor desata.
Y es que siente en su pecho un puro afecto
Nacer tranquilo, como hermosa planta
Que, apenas brota en el vergel ameno,
Flores y aromas deliciosos guarda.



El tio Lucas.

Jamás el triste á la amistad que nace
Entre dos corazones, que se hallan
Y al punto de encontrarse laten juntos
Y juntos luego con ardor se aman,
Culto rindió; desconocida, ignota,
La amistad, ante él nunca su clara
Bella antorcha encendió para alumbrarle
En su senda de espinas y de lágrimas.
. . . .
. . . .

¡Es tan bello el amar y ser amado!
¡Es tan hermoso confundir dos almas
En una sola, y que la débil yedra
Se enlace al olmo! Dad á la desgracia
Amparo y proteccion; abrid los ojos
Del que á oscuras camina; su esperanza
Fortaleced, y le vereis potente
A la cumbre subir de esa montaña
Que hoy llena de malezas, le intimida,
Fatiga su razon, hiere su planta.

Ya es otro Adam: la mano cariñosa
De un amigo estrechó; y el que estrechara
Dulcemente su mano, de sus penas
No se mofó con insultante lástima,
Ni aumentó su dolor con el desvío
Que el hombre á veces para el hombre guarda.
¿Quién es D. Juan? Su vida, sus costumbres
¿Cuáles son? ¿de dó viene? ¿á dónde marcha?
¿Es acaso un malvado? ¿es virtuoso?
¿Es feliz ó le agobia la desgracia?—
Un cortesano, ducho en los secretos
Del mundo, precavido comenzará
Por inquirir la vida del amigo
Tal vez ganoso de ponerle faltas.
Pero Adam es un niño; no especula
Con su afecto; la duda emponzoñada
En su pecho jamás germina fiera;
La negra ingratitud no le avasalla.
¿Quién es D. Juan? un hombre que mitiga
Su hambre y su sed, que sin rigor le trata
Y le ofrece cariño; ¿qué le importa
Lo demás? Para Adam con eso basta.
Tendrá un hermano á quien abrir su pecho;
Un mentor que le guie por la árdua
Senda espinosa de la vida; un hombre
Que comprenda el estado de su alma.

Y ámbos á dos de la de Alcira bella
Hablarán muchas veces... ¡Oh! que gratas
Van á ser sus frecuentes conferencias.
Él pintará de la mujer amada
La gentil hermosura, que entre sueños
Diviniza su mente acalorada.
Le pedirá consejos y en su ayuda
Vendrá D. Juan, y si D. Juan batalla
Con el fiero rigor de infausta estrella,
Él hallará para vencerla trazas.
. . . .
. . . .

De este modo camina entusiasmado;
Recuerdos tristes al olvido lanza
Y hasta el rudo fragor de la tormenta
Parece que le anima y que le halaga.
Mas al fin, poco á poco, el aire hiende
Las nubes densas, que en flotantes bandas
Se entreabren, despréndense á girones,
Se apiñan, y despues se desparraman
Mostrando el claro azul del firmamento
Salpicado de estrellas; y cual lámpara
Suspendida en el cénit, silenciosa
Su luz la luna por do quier derrama.
¡Cambio hermoso! espectáculo sublime
Que los ojos de Adam á ver alcanzan,
Y hace brotar en su ignorante pecho
La silenciosa y tímida plegaria
Del que á Dios no comprende y lo presiente
Viendo do quier su poderosa magia.
. . . .
. . . .

Súbito Adam, atónito, confuso,
Del alto cielo su atencion separa,
Y olvidado de sí, del orbe entero,
Siente latir el corazon con ánsia.
Detiene el paso presuroso; mira
En torno suyo; de su labio escapa
Una sonrisa, y de sus grandes ojos
Las pupilas en lágrimas se bañan.
¡Qué hermoso está! ¡qué bello! pero nadie
En su hermosura y su candor repara;
Su dicha ó su dolor deben callados
Encerrarse en el fondo de su alma.
. . . .
. . . .

Que no lo ignora el infeliz mancebo:
El mundo dióle, con lecciones várias,
La nocion del deber; si algun gemido
Subir quiere del pecho á la garganta,
Sus labios le ahogarán, si la alegría
Del corazon, que enardecido estalla,
Romper quiere sus diques, al momento
La razon poderosa pondrá vallas
Á las locas pasiones. ¡Es tan cómodo
Que cubra el rostro impenetrable máscara
¡Es tan bello mentir para que nadie
Sepa jamás lo que en nosotros pasa!
. . . .
. . . .

Por eso Adam, que la esperiencia adquiere,
Ya no espresa con júbilo su grata
Sorpresa; ya no grita; circunspecto
Mira en redor; observa, goza y calla.
¿Qué es lo que vé? ¿qué observa? ¿qué espectáculo
Tan de repente la atencion le llama?
Tiempo es ya de esplicarlo á los lectores
Dejando á un lado digresiones vanas.

II.

Era un bello palacio suntuoso,
Inundado de aromas y armonía,
Dó un ángel tan querido como hermoso
Su residencia espléndida tenia.
Por rejas y balcones, poderoso
Rayo de luz, que remedaba al dia,
Escapábase en vívido torrente
De cien lámparas de oro reluciente.

Y otros tantos soberbios carruajes
Poco á poco á la puerta van llegando;
É imitando del mar los oleajes
En el ancho zaguan van penetrando
Mujeres bellas con soberbios trajes
Que los ojos tras sí se van llevando
De jóvenes y apuestos caballeros,
Gentes del pueblo, chicos y cocheros.

Todo Adam con sorpresa lo observaba,
Naciendo su alegría y su sorpresa
De un recuerdo feliz que acariciaba,
Y que en su mente de surgir no cesa.
La mansion que su vista contemplaba
Es la rica mansion de su condesa,
De la noble mujer por quien suspira
Y á todas horas sin cesar delira.

—¡Oh! dijo al fin, con cándida impaciencia,
¿Por qué no he de entrar yo donde ella mora?
¿Quién me impide llegar á su presencia,
Si nadie, nadie como yo la adora?
¿No salvé valeroso su existencia?
¿No estoy dispuesto á perecer ahora
Mil veces antes que grosera mano
La ultraje nunca con rencor villano?»

«Es verdad que no ostento en mi persona
Esas bandas y cruces, con que veo
Que el mundo al grande sin cesar abona,
Y que con ánsias conseguir deseo.
Mi terrible pobreza se eslabona
Con mi ruda ignorancia y devaneo;
Mas ¿quién sabe? ¿quién sabe si algun dia
Veré cumplirse la esperanza mia?»

«Entretanto, es preciso que su huella
Siga una vez, que con afan violento
Mis ojos beban su mirada bella,
Mi labio aspire su aromoso aliento.
Quiero lanzarme á la region aquella
Donde vuele feliz su pensamiento;
Quiero á sus pies, con venturosa calma,
Morir de amor para entregarle el alma.»

Diciendo así, lanzábase impaciente
Hácia el ancho portal, donde bullia
En confuso tropel curiosa gente
Que en charlar ó reir se entretenia.
Pero una mano, puesta de repente
Sobre un hombro del jóven, la alegría
Y el entusiasmo le robó traidora
La realidad mostrándole en mal hora.

Y oyó á la vez el áspero sonido
De una voz gutural, ronca, cascada,
Que algunas frases murmuró á su oido,
Haciéndole volver la faz turbada.
Y luego vió, en estremo conmovido,
Á un antiguo mentor y camarada
Que, matando los sueños de su gloria,
Tristes recuerdos trajo á su memoria.

Era un viejo membrudo, rojicano,
De torbo ceño y de mirar adusto,
Pati-estevado, chato, color sano,
Pecho saliente y ademán robusto.
Mostraba en el hablar, ser, aunque anciano,
Hombre de ingenio y picaresco gusto,
Reuniendo en toda su persona vária
Cierta forma ruin, patibularia.

Tembló Adam al hallarse frente á frente
Del viejo, que observándole seguia,
Con ojo inquisidor é inteligente,
Sin saberse si hablaba ó si gruñia.
Pero al cabo, con labio sonriente,
Mostrándole cariño y alegria,
Tiéndele al jóven los fornidos brazos
Ganoso de envolverle en nuevos lazos.

Y sacándole luego con presteza
Á la calle, le dijo, procurando
Moderar de su acento la rudeza
Y un cigarro de á tercia repizcando:
—«Por fin, *chulamo* (1), pierdes la cabeza;
Por fin esta *arachí* te estoy *dicando* (2)
Y al verte *gacharado* (3) ¡pobre chico!
Me pienso qué te *dico* y no te *dico* (4).»

«¿No te dije, *jilí* (5), que las mujeres,
Malos *chusqueles* las *tajelen* (6), eran
Especie de enconados alfileres
Que pinchan en la carne y desesperan?
Al hombre, con *buleros* (7) pareceres,
Los *jonjaban* (8) haciendo que las quieran;
Y despues de mil mimos y monadas
Virbirechas (9) se vuelven las taimadas.»

(1) En la gerigonza ó lenguaje germanesco, llamado *caló*, que usan los gitanos y gentes de mal vivir, la palabra *chulamo* es sinónimo de mancebo ó mozo de pocos años.
(2) Te estoy viendo esta noche.
(3) Enamorado.
(4) Que te veo y no te veo.
(5) Inocente, simple.
(6) Malos perros las coman.
(7) Embusteros.
(8) Los engañan.
(9) Víboras.

«Suelen decir, y yo no lo desmiento,
Que se puede encontrar en ocasiones,
Una buena quizás, entre otras ciento;
Mas ¿quién *cála*, *chibato* (1), estos melones?
Yo por mí, sé afirmar, y no te miento,
Que son estas mis ráncias opiniones:
La mejor, la mas buena, la mas rara,
Cuéstale á un hombre un ojo de la cara.»

«Una tal vez... tan solo una en el mundo,
Te hubiera con ardor siempre querido;
Tú la desprecias con desden profundo,
La abandonas, la arrojas al olvido.
Y quieres camelar y... me confundo!
¿No ves que al alto y poderoso nido
Donde esta vive con su pompa y galas
Llegar no puedes con tus cortas alas?»

Calló el viejo un instante; y aplicando
El cigarro á la yesca que encendió,
Con calma estuvo y con placer, chupando
El humo denso que despues lanzó.
Y moviendo su cuerpo, y meneando
La cabeza, tosió, luego escupió,
Y agarrándose á un brazo del mancebo
Así nos cuentan que le habló de nuevo:

—«Oye, chaval: el mundo es un fandango
Y es tonto quien no dá su cabriola;
El mas *lancho-manú* (2), si empieza el tango,
Se arremanga y rodar deja la bola.
El que no se divierte es un zanguango;
Pero, dime: ¿qué daño tu manola
Te hizo en quererte? Si su *otalpe* (3) fuiste
¿Por qué matarla sin piedad quisiste?»

Dió Adam atrás un paso, y sorprendido
Y espantado á la vez, triste midiendo
Las consecuencias de su ingrato olvido,
Y el negro afan de su Salada viendo,
Quiso hablar; mas su acento conmovido
Un ¡ay! fué solo de dolor tremendo;
Dolor cruel que el alma nos quebranta
Y se anuda feroz en la garganta.

Luego un mundo de opuestos pensamientos
En tropel fué pasando por su mente;
Y una nube preñada de tormentos
Lóbrega y triste oscureció su frente.
Y sintió con pavor remordimientos
Brotar en su conciencia, y sordamente
Esclamó sin saber lo que decia:
—«¡Pobre Salada! ¡pobre amada mia!»

Mas el viejo, impertérrito, siguiendo
Su plática, le dijo: —«Mucho alabo
Tu sorpresa, hijo mio; te estoy viendo
Lleno de *achares* (4) y de luto al cabo.
Siempre somos así; siempre poniendo
Al asno muerto la cebada al rabo;
Mas no llores; aun vive la hija mia.»
—¿Vive Salada? ¡oh cielos! ¡qué alegría!

Diciendo así, con ademan gozoso
Cogió Adam del tio Lucas una mano;
(Aquí dirá nuestro lector curioso
Que ya ese nombre adivinó, y es llano);

(1) Jóven, nuevo.
(2) El mas hombre de bien.
(3) Cielo.
(4) Penas.

Digo, pues, que contento y afanoso,
Estrechando los cinco del anciano,
Mostró anhelo de ver á la Salada...
Y el palacio abarcó de una mirada.

Mirada indescriptible que no atina
El pobre corazon á comprenderla;
Resto perdido de una luz divina
Que se estingue al instante de entreverla;
Último adios de un alma que camina
Tras la loca ilusion, por no perderla,
Y ella le esquiva, mientras se hunde al paso
Moribunda la dicha en el ocaso.

Sea como fuere, nuestro pobre mozo
Recordó que Salada de un infecto,
Húmedo y triste y negro calabozo
Desnudo le sacó, rudo y abyecto.
Ella le dió con delirante gozo
Todo su amor y apasionado afecto,
Ella le quiso cual ninguna quiere,
Y ausente ahora de dolor se muere.

Por eso Adam, en lágrimas bañado,
Y de dulce piedad el pecho henchido,
Presuroso volar quiere á su lado,
Dejando en dos su corazon partido.
Que aquel palacio espléndido y dorado
Es la hermosa mansion del bien querido
Por quien la vida jubiloso diera
Y cien vidas y mil si las tuviera.

Quiso alejarse; pero el viejo, asiendo
De la chaqueta al jóven, con enfado,
Un gesto innoble de desden haciendo
Y evocando recuerdos del pasado:
—«*Esbáte* (1), dijo, escucha, vé advirtiendo
Que pareces un pájaro atontado.
Salada enferma está: si te arrebatas
Y vas á verla, de placer la matas.»

«Mejor será... sí, sí, mejor prefiero...»
(Y el viejo pareció quedarse mudo
Un instante; mas luego irguióse fiero
Y así esclamó con ademan sañudo:)
—«Los infames querrán... mas yo no quiero;
Tú y yo seremos de su vida escudo;
Esta noche... domina tu sorpresa:
Esta noche verás á tu condesa.»

«Verás á esa mujer cuya fortuna
Y riquezas y lujo envidias tanto,
Sin saber—¿tú qué sabes?—que su cuna
Combatida se vió de un mar de llanto.
Y la pobre Salada, la importuna
Manola, cuyo amor te causa espanto...
Vamos, es fuerza confesar á prisa
Que las cosas del mundo causan risa.»

(1) Estáte quieto.

«Tú verás, como he dicho, á la condesa;
Verás que tu *buji* (1) vá viento en popa.
¡Ojalá que mi suerte fuera esa!
¡Verla! ¡oirla! ¡gustar tan dulce copa!
¡Mas no puedo! su vida me interesa;
Nadie quiero que al pelo de su ropa
Toque atrevido; pero aquí entretanto
Lejos tengo que estar; ¡la quiero tanto!»

«¡Pobre mia! sin duda, si me viera,
Su *lacha* y *berrochí despandaría* (2);
Soy un *ledro puró* (3) y ella, altanera,
En la *fila* (4) tal vez me escupirla.
Detente, *muy* (5), tus ímpetus modera;
Soniche (6), no hay que hacer la tontería
De esplicar lo que pasa en este pecho
Que Dios de duro pedernal ha hecho.»—

Dijo Lucas, y ahogó triste suspiro,
Dejó escapar al aire luego un taco
Y añadió sonriendo:—«Yo deliro
Y hasta me dejo de quemar tabaco.
Fumemos, que el fumar nos dá un respiro.
¿Quién me ha metido á mí, viejo bellaco,
Ardují y *atalaya* (7), cual son pocos,
A tener como tú delirios locos?»

«Tú la verás y le dirás... mas esto
Es cosa para hablarla mas despacio;
Ahora es mejor abandonar el puesto
Y alejarnos un poco del palacio.
Ten cachaza y á todo está dispuesto;
Sé cauto en el obrar, sin ser reacio;
Que yo en tanto te quiero hacer notoria
Hoy mi curiosa y peregrina historia.»

«Historia que sin duda te interesa,
Pues en ella verás, chavó, mezclada
La historia singular de tu condesa
Y la historia tambien de tu Salada.
Vamos andando, vamos con mas priesa.»—
Y apresurando el viejo su jornada,
Al comenzar su historia peregrina
Volvieron ambos la inmediata esquina.

Y aquí, lector, mi fatigoso cuento
Me atrevo á suspender y el canto acabo;
Que el salvar una esquina es un momento
Y yo tan buena decision alabo.
Ya abandonan la calle y yo contento
Alejarse los miro; que, si al cabo
Ver dar un breve salto no te enoja,
Con tu permiso pasaré á otra hoja.

(1) Tu barquillo.
(2) Su vergüenza y horror manifestaria.
(3) Un despreciable viejo.
(4) En la cara.
(5) Lengua.
(6) Silencio.
(7) Asesino y ladron.

CANTO XIII.

EL TIO LUCAS.

«Hubo un tiempo en Madrid una donosa,
Jóven, linda y discreta gitanilla,
Que á manera de alegre mariposa
Suelta vagaba por la heróica villa.
Si algun galan, al verla tan hermosa,
Jonjabarla (1) intentó con requerilla,
Presto, muy presto coronó su amaño
Un desden que produjo un desengaño.»

«Llevábase tras sí todos los ojos
La retrechera y sin igual gitana;
Que eran los suyos para dar enojos
Y aun envidia á la luz de la mañana.
Eran sus labios cual claveles rojos,
Tez y mejillas como leche y grana,
La garganta pulida hecha de nieve
Y el pié ligero cual la mano breve.»

«Si tú, Adam, una vez la hubieras visto
Y el metal de su voz dulce escuchado
Cuando echaba un cantar, ¡por Jesucristo!
Que bisojo te deja y atontado.
Yo era entonces un mozo un poco listo,
De pelo en pecho, crudo y avispado,
Y á decir la verdad, te lo confieso,
Perdí por ella el corazon y el seso.»

«Dí en rondarla, chavó; me desvivia
Por ver sus ojos que arrojaban lumbre;
Y por calles y plazas la seguia
Sin hablarla, tan solo por costumbre.
Unas veces, al verme, sonreia;
Otras, séria, me daba pesadumbre;
Despierto con delirio la buscaba,
Y dormido... ¡qué cosas que soñaba!»

«De este modo, pasábanse las horas,
Los dias, las semanas y los meses;
Yo soñando aventuras seductoras
Y ella dándome risas ó reveses.
Mas, al cabo, llamándome á deshoras,
Me dijo mi amo: —«Es fuerza que confieses
Que quien sirve cual tú con fé taimada,
Maldito si me sirve para nada.»

«Como tengo tan floja la mollera
Que parece rellena de balduque,
Me olvidaba decirte que yo era
Lacayo nada menos que de un duque.
De lacayo subí por la escalera
Del favor, cierta vez, haciendo un truque
Que me puso de pronto en candelero,
Convirtiéndome en todo un camarero.»

(1) Engañarla.

«Digo, pues, que mi duque en mas de un año
No me vió ni aun el pelo de la ropa,
Porque yo, con mi amor, iba en mi daño
Hácia el peligro caminando en popa.
El duque me avispó con un regaño
De esos que huelen á llamada y tropa;
Pero al fin mi pasion venció á mi miedo
Y yo volví á mis rondas y á mi enredo.»

«Dejé ya de cumplir obligaciones
Que mi cargo importante me imponia,
Y en grescas y en contínuas diversiones
Me pasaba las noches y aun el dia.
Jugaba por ganar sendos doblones
Con que en majo y galan me convertia,
Gastando trajes y aun alguna alhaja
Que ostentaba á la vista de mi maja.»

«Verdad es que la linda gitanilla
Mostróme siempre corazon de roca,
Como á todos los ternes de la villa
Que iban tras ella con querencia loca.
Nunca pude charlar de silla á silla
Con ella; que su madre, con muy poca
Caridad, castigando mis deslices,
Me daba con la puerta en las narices.»

«Sola una vez, llegándome hasta ella
Y temblando de ver tanta hermosura,
Le rogué que atendiese á mi querella
Sin ser conmigo tan severa y dura.
Me hizo un mohin; roguéle que mi estrella
Me esplicára y mi sino y mi ventura;
Alarguéla un buen peso mejicano
Y ella leyó en las rayas de mi mano.»

«Al pronto se quedó descolorida;
Me miró con el rostro descompuesto
Y fijando en el mio de seguida
Su mirada, me dijo haciendo un gesto:
—Mal *divé* (1) por aquí, con tu venida
Me vino á visitar; márchate presto;
Que no quiero leer hoy en tu sino
Ni encontrarte quisiera en mi camino.»—

«Confieso que escuché lleno de espanto
Las cosas que la chica me decia;
Y mucho mas cuando advertí que el llanto
En sus largas pestañas se mecia.
Hice luego un esfuerzo; le hablé tanto,
Suplicando dijese qué veia
De mi mano en las rayas, que piadosa
Así me dijo la gitana hermosa:»

(1) Divinidad, hado, destino.

—« Si quieres que tú y yo no nos miremos
En una situacion horrible y fiera,
No me busques jamás; no nos juntemos
En parte alguna donde esté cualquiera
De ambos; advierte que los dos seremos
Lo que ninguno de los dos quisiera.
El dia que yo tenga que quererte
Firmaré la sentencia de mi muerte.»

«Esto me dijo con acento blando
Y clavó luego en mí sus tristes ojos;
Bajó lenta una lágrima rodando
Por sus mejillas, para darme enojos;
Y en seguida, mi mano contemplando,
Añadió, moderando los sonrojos
Que el rostro le pusieron encendido,
Estas palabras que jamás olvido:»

—«Hoy por hoy, de los dos ninguno ha hecho
Por dejar de ser bueno y *disiloso* (1);
Mas pronto al *luchipen* (2), segun sospecho,
Iremos por camino tortuoso.
Yo el pato pagaré por un despecho;
Y tú, *estilbon* (3) y *espillador* (4) famoso,
Baraustando (5) á un pobrete en tu *carcoma* (6)
Serás un *banjulé* (7) como una loma.»—

«Esto me dijo, y alejóse luego
Casi llorando la gitana bella,
Mientras que yo, calenturiento y ciego,
Traté un instante de seguir su huella.
Sintió el alma un atroz desasosiego,
Pensé en lo infausto de mi triste estrella
Y quedéme parado por el pronto
Sin reir ni llorar; ¡estaba tonto!»

«Desde entonces, Adam, dia tras dia,
Pasé un año de negros padeceres;
Que no la ví ya mas; y ya no habia
Para mí ni jolgorios ni placeres.
Busquéla con afan, con agonía,
Renegando de todas las mujeres;
Mas fué buscarla en vano; mi gitana
Ya no estaba en la córte castellana.»

«Entonces... lo confieso, mas mohino
Que can rabioso, y que feroz tarasca,
Á los *buyes* (8) me dí y adoré el vino
En que el dolor con la embriaguez se atasca.
Me acordé que era aquello mi destino,
Y entrando en el *boliche* (9) y en la *tasca* (10),
Si bien algo cobarde á lo primero,
Dando en el *carro* (11), me hice *carretero* (12).»

ADAM.

¿Qué dices? yo no alcanzo...

LUCAS.

Ya lo miro.

ADAM.

Háblame claro, por piedad, tio Lucas.

(1) Virtuoso.
(2) Despeñadero, precipicio.
(3) Borracho.
(4) Jugador.
(5) Matando á puñaladas.
(6) En tu camino.
(7) Bandido, salteador de caminos.
(8) Naipes.
(9) Casa de juego.
(10) Taberna.
(11) Juego.
(12) Tramposo, fullero.

LUCAS.

Tienes razon: á veces yo deliro.
¿Qué entiendes tú de *carro* y *maselucas*? (1)
Deja, deja que tome algun respiro;
Y pues nunca trataste con las cucas
Ó tahures, y apenas el gitano
Comprendes, voy á hablarte en castellano:

«Digo, pues, que metido en el sendero
Á donde loco me llevó la suerte,
Me convertí en borracho y en fullero,
(Y aquí no digo mas por no molerte.)
Solo diré que me hice pendenciero;
Que hablaba gordo con acento fuerte,
Y que, al ver mis entradas y salidas,
Me dieron en llamar *Perdonavidas.*»

ADAM.

¿Y tu amo?

LUCAS.

«Mi amo, el pobre, quiso,
Por amor que me tuvo de pequeño,
Darme primero paternal aviso
Que yo escuché con cólera y con ceño.
Mas vió que despedirme era preciso;
Quedéme, pues, de mis acciones dueño,
Y á la noche siguiente ya montaba
En cólera, y á un hombre asesinaba.»

ADAM.

¡Desdichado! ¿eso hiciste?

LUCAS.

«¡Cabalito!
Aquella fué mi entrada en la carrera.
Era un mozo valiente; ¡pobrecito!
De ello tuvo la culpa una ramera.
Sin duda estaba su destino escrito;
Dios dispuso tal vez que así muriera...»—

ADAM.

¡Calla! ¡calla! me das horror y miedo;
Dios no escribe esas cosas con su dedo.»

Dijo Adam; y despues, un breve instante
Despacio continuaron su camino,
Sondando tristes con afan constante
Esa idea espantosa del destino.
Idea que conduce al ignorante
Acaso á convertirse en asesino;
Funesta y triste y miserable idea
Que en calumniar al cielo se recrea.

Mas siguiendo á los dos que van cruzando
En silencio las calles lentamente,
Sérios, graves y adustos, procurando
Resolver el problema inútilmente,
Diremos con franqueza, que dejando
Á la vez su tristeza impertinente,
Mientras ambos los hombros encogieron,
De este modo su plática siguieron:

LUCAS.

«Si no estoy trascordado, te decia
Que mi hermosa no estaba ya en la córte,
Y que yo en una tasca cierto dia
Dí á un mocito su eterno pasaporte.

(1) Los gitanos dan tambien á los naipes el nombre de *maselucas.*

No diré que su sino escribiría
Dios en el cielo, ni que algun resorte
En mi mano pusiese mala suerte;
Hubo una riña y... resultó una muerte.»

«Esta es la fija; en los demás bordados
No pretendo meterme con ahinco;
Yo he visto que los *mengues* (1) ó los bados,
Existen, como dos y tres son cinco.
Acaso sus *lleniras* (2) los malvados
Deban al diablo. El caso es que, de un brinco
Me escapé; que la hora fué propicia
Y me pude librar de la justicia.»

«Salí, pues, de Madrid, mi patria y cuna,
Procurando apandar algun dinero,
Que es la llave que tiene la fortuna
Para abrir en un bronce un agujero.
Nunca vayas sin él á parte alguna;
Yo te lo digo, Adam, porque te quiero;
Tus acciones serán buenas ó malas
Si el dinero te quita ó te dá alas.»

«De un salto me planté en Andalucía;
Fuí á Málaga, y allí con otro nombre...
¡Válgame Dios, y cuánta *fantesía*!
Te lo digo formal: era otro hombre.
Gastaba, derrochaba, me lucia;
Mas al cabo... ¡qué diantres! no te asombre:
Fué el caso natural; se acabó el oro
Y el cristiano volvióse un perro moro.»

«Entonces las comadres y los guapos,
Que estaban en mi amor y compañía,
Se cansaron de mí, y hasta sopapos
Hubo ya; yo los dí con valentía.
Me sacaron á plaza cuantos trapos
En el arcon de mi conciencia habia;
Los hombres me volvieron las espaldas
Y *ellas* hicieron velas de sus faldas.»

«Largóse todo el mundo viento en popa
Viendo con risa mi fatal desastre,
Que aquella infame y descarada tropa
Ya no encontraba en mi bolsillo lastre.
Algunos me llamaron *Poca-Ropa*,
Y esto sea dicho con perdon del sastre;
Mas ¿qué sastre me daba una chaqueta
Si en pan gasté mi última peseta?»

«Fué preciso volver á las andadas,
Y una noche, por cierto bien sombría,
Con dos de mis antiguos camaradas,
A un comerciante, de los mil que habia
En aquella ciudad, con moderadas
Intenciones y atenta cortesía,
Traté de visitar, dando la tuerta
Direccion, al tejado y no á la puerta.»

«*Lacha* (3) y rabia me dá cuando lo cuento;
Mas es lo fijo que me vi en un brete;
La chimenea me prestó un asiento
Pues hice de su boca un caballete.
Miré adentro despues y vi contento
Que nada vi ni se sintió. ¡Pobrete!
Juzgué á todos dormidos, y en indina
Ocasion descolguéme á la cocina.»

«Allí fué Troya, chavocito mio;
No bien un compañero y yo bajamos,
Un falderillo con furioso brio
Dió en ladrar avisándole á los amos.

(1) Demonios.
(2) Desgracias.
(3) Vergüenza.

Vimos luego una luz y sentí frío;
La luz se acercó mas, y nos hallamos
Al frente de una vieja maldecida
Que, tirando el candil, huyó en seguida.»

«Huyó dando mas voces y alaridos
Que una legion de brujas condenadas;
Y el perro continuó con sus ladridos,
Y chillaron adentro las criadas.
Dos mancebos subieron aturdidos
De la tienda; sus voces atipladas
Los chiquillos llorones levantaron
Y un concierto infernal todos armaron.»

«En medio de tal bulla y batahola,
El amo, abandonando á los chiquillos,
Y dejando en la cama, triste y sola
Á su pobre mujer, en calzoncillos
Se levantó; se armó de una pistola,
Del balcon quitó aprisa los pestillos,
Y abriéndole, llamó con voz de trueno
Á la guardia inmediata y al sereno.»

«Nosotros, entretanto, con tan duro
Contratiempo, abrigábamos la idea
De librarnos de tanto y tanto apuro
Subiendo por la oscura chimenea.
Dimos aviso al otro, que estramuro
Estaba en el tejado; pero sea
Por traicion ó por miedo, huyó el maldito
Y quedamos sin soga en el garlito.»

«Era fuerza escapar por donde quiera;
Pregunté á mi atrevido compañero
Y él al punto me dijo con voz fiera:
—Saquemos los puñales, y al primero
Que nos quiera impedir de la escalera
El paso, sacudámosle certero
Golpe, que ponga término á su vida;
Lo primero es hallar franca salida.»

«Por dicha nuestra, el cielo anubarrado
Hasta entonces, rasgó con oportuna
Hermosa claridad, el plateado
Resplandor de los rayos de la luna.
Y á un largo corredor encristalado
Salimos, y encontramos por fortuna
El arranque de un tramo de escalera
Que bajamos al punto á la carrera.»

«No sale al redondel el toro bravo
Con tanta furia y diligencia tanta,
Ni al pobre diestro de la muerte esclavo
Con tal orgullo en su cerviz levanta,
Como nosotros, al salir al cabo
Á un ancho patio, la ligera planta
Hácia el zaguan movimos en seguida,
Procurando vender cara la vida.»

«Puñal en mano y con el ojo alerta;
Contrariados, confusos, no aturdidos;
Viendo el peligro la razon despierta
Y supliendo á los ojos los oidos,
Llegamos ambos á la ansiada puerta
Que intentamos abrir; mas detenidos
Nos vimos por un jóven desdichado
Que ante nosotros presentóse osado.»

«Parece que grabada todavia
Llevo en mi mente su memoria eterna.
En la diestra un estoque sostenía
Y en la izquierda llevaba una linterna.
Vino á mí con pujanza y valentía,
Y aunque inesperto y en la edad mas tierna,
Tan bizarro mostróse el mozalvete
Que nos puso á los dos casi en un brete.»

«La lucha sin embargo fué muy corta;
Pagó allí su lealtad ó su despecho:
Que en tales casos el salvarse importa
Y yo mi daga sepulté en su pecho.
Vengarse quiere y su furor reporta
La dura muerte, que con lazo estrecho,
Le sujeta, derríbale con saña
Y luego en sangre con furor le baña.»

«Lanzó un gemido, y luego, con presteza
Á la calle nosotros nos salimos,
Dando à un sereno un golpe en la cabeza
Que estoy seguro que en canal le abrimos.
Y viendo que ya en Málaga torpeza
Fuera ocultarnos, con afan huimos,
Dando en el campo al fin con nuestros huesos
Molidos, sí; pero tambien ilesos.»



«Tales son de mi vida borrascosa
Las primeras hazañas, hijo mio,
Razon llevaba mi gitana hermosa
Viendo mi triste porvenir sombrío.
Tal vez, y sin tal vez, siendo piadosa,
Con quererme evitára tanto lio;
Tal vez yo fuera virtuoso y bueno
Y hoy no me viera de delitos lleno.»

«Quiso el diablo otra cosa, y fuí bajando
Poco á poco, sin ton, ni son, ni juicio,
Unas veces riendo, otras llorando,
Á la sentina del inmundo vicio.
Una mano infernal me fué empujando;
Rodé ciego hasta el hondo precipicio,
Y asesino, ladron, lleno de mengua,
Maldije al cielo con infame lengua.»

«Bien mirado, chiquillo, en esa vida
Tiene el hombre tambien compensaciones;
La cabeza se vé comprometida
Y el presidio nos muestra sus rincones.
Pero al par, entre gente divertida,
Se echa al aire una cana en ocasiones;
Y pronto ú tarde, con furioso encono,
El mas valiente se levanta un trono.»

«Dígalo yo, que por borrar mi pista,
Despues de otras empresas que me callo,
De bandido pasé á contrabandista
Y fuí á mi gusto levantando el gallo.
Conseguí de gran fama la conquista;
Compré luego un magnífico caballo,
Y en él, ó á pié con mi trabuco al hombro,
Fuí de mil ternes el terror y asombro.»

«Era el mandon y el rey de la cuadrilla;
Los del fisco miráronme con miedo;
Los mios me doblaban la rodilla
Siempre que airado levantaba el dedo.
Hice alijos causando maravilla
Á cuantos vieron el sutil enredo
Que yo siempre curioso iba formando
Para entrar donde quiera el contrabando.»

«¡Qué vida aquella! el juicio se me escapa
Recordando lo libre que yo era
Cuando, envuelto en los pliegues de mi capa,
Devoraba el espacio á la carrera.
No tiene acaso el mundo en todo el mapa
Tantos parajes como yo corriera,
Siempre lleno de vida y de ardimiento
Como águila veloz que cruza el viento.»



«Mas ¿qué quieres? la cosa era muy buena
Y lo bueno se dice dura poco;
Siempre sigue al placer la horrible pena
Tornando el juicio á quien se vuelve loco.
Yo lo estaba del gozo que enajena
Cuando el sol de un gran bien nos muestra el foco;
Pero la luz trocóse en sombra oscura
Y anublóse aquel sol de mi ventura.»

«Una noche tristísima y sombría,
Mas aún que lo son los desengaños,
En la orilla del mar yo me veia
Con mis valientes combinando amaños.
Por la costa una barca descendia,
Diversos giros imprimiendo estraños
Á su ruta callada y silenciosa,
Cual si estuviese de llegar medrosa.»

«Llegó al cabo á la vista de mis gentes
Que conmigo esperaban; y atracando
En la playa, cien hombres diligentes
Se fueron á la barca aproximando.
Y todos con severos continentes,
Sin fumar, sin chistar, tan solo obrando,
Á sacar comenzaron á porfía
Los bultos que la barca contenia.»

«Era un golpe maestro, una fortuna
Si la traicion allí no se albergara;
Que yo al fisco aquel dia, una por una,
Cien onzas apronté; ¡desdicha rara!
Pero el fisco... ¡maldito el que se aduna
Con gente ruin de condicion avara!
Fué traidor, me faltó á lo convenido
Y un lazo nos tendió que nunca olvido.»

«De pronto, cuando andábamos ligeros
Descargando la rica mercancía,
En tropel mas de mil carabineros
Nos cercaron con grande vocería.
Nosotros, descuidados, aunque fieros,
No pudimos vengar su villanía,
Que al oir el silbido de las balas
Pedimos todos á los vientos alas.»

«Saltando yo sobre mi potro ardiente,
Y buscando á mi huir ancha vereda,
Conociendo el peligro de mi gente
La dí el grito de «¡sálvese el que pueda!»
Mas antes de apelar cobardemente
Á la fuga, mi mano estarse queda
No supo; disparé mi arma de fuego
Y un cuerpo en tierra derrumbóse luego.»

«Aquella fué mi perdicion segura;
Todos tras mí frenéticos volaron,
Y una descarga entre la sombra oscura
Ansiosos de vengarse dispararon.
Penetré de un gran bosque en la espesura
Y ellos tambien en la espesura entraron
Sin cesar de gritar y de acosarme
Pretendiendo que fuera yo á entregarme.»

«¿Yo entregarme...? ¡ja! ¡ja! sobre mi bruto
Jamás sentí en el corazon desmayo;
Tragábase una legua en un minuto
Pues era un potro parecido á un rayo.
Mas fué la noche de terror y luto;
Vino un plomo maldito de soslayo
Y mi carne rasgó, llegando avieso
De un pobre muslo á fracturarme el hueso.»

«Herido y todo, la acerada espuela
Hinqué de mi caballo en los hijares,
Y él voló apresurado, como vuela
Pájaro ansioso de salvar los mares.
Poco á poco la horrible cantinela
De aquellos perros hombres desleales
Que corrieron tras mí, se fué estinguiendo
Y yo seguí, seguí siempre corriendo.»

Corriendo siempre; mas mi oido atento
Á zumbar comenzó; y en mi agonía
Conocí que con tardo movimiento
La sangre por mis venas discurría.
Perdí luego la vista y el aliento;
Mi razon poco á poco se estinguía,
Y arrojando al caer un ¡ay! profundo...
Sentí en silencio sumergirse el mundo.»

ADAM.

¡Pobre Lucas! tambien tú has padecido
Penas, en medio de la vida airada.

LUCAS.

No lo sabes muy bien; yo he recorrido
Una senda cruel y endemoniada.
Casi siempre prefiero divertido
Y alegre estar, mas hay en la jornada
De mi vida, recuerdos que impaciente
Arrancarme quisiera de la mente.

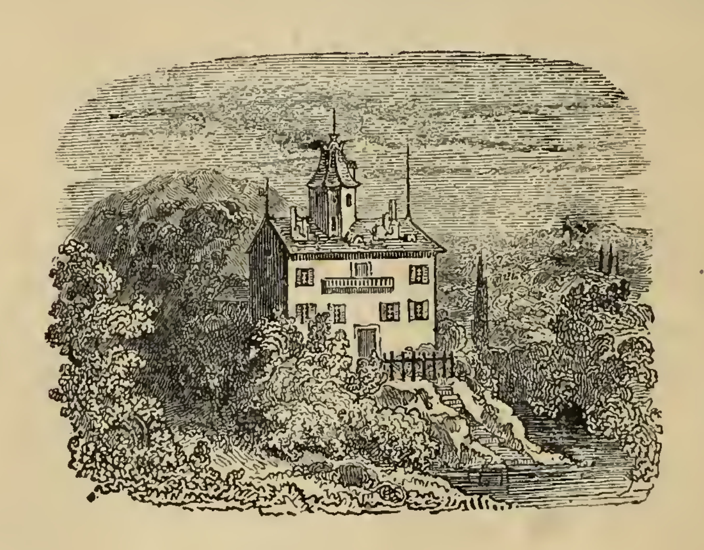
ADAM.

Sigue, sigue; tu historia me interesa
Por mas que á veces de pavor me llene.
Esa carrera de peligros, esa
Vida salvaje, sus encantos tiene.
Unas veces te escucho con sorpresa;
Otras tu acento contra tí previene;
No sé por qué razon conmigo lidio
Pues causándome horror, loco te envidio.
Prosigue.

LUCAS.

«Bien mirado, eres un zote,
Y no sé por qué, nécio, me entretengo
En fiar á un imberbe monigote
El gran secreto que guardado tengo.
Solo por ella bailo de cogote
Y á descubrirte mis arcanos vengo;
Que al fin y al cabo, aunque el dolor me aflija,
Solo contigo salvaré á mi hija.»

Esto dijo el tio Lucas suspirando,
Si bien á un tiempo mismo sonriendo;
Y luego sus recuerdos evocando,
Así siguió su narracion haciendo...
Mas noto ¡vive Dios! que voy cansando
Á mis lectores; nótolo y comprendo
Que fatigar no debo su memoria.—
En otro canto seguirá la historia.



CANTO XIV.

«Cuando el sentido recobré de nuevo,
(Dijo el tio Lucas, apretando el paso
Y haciendo un gesto á nuestro buen mancebo
Que iba curioso de saber el caso),
Me hallé... me hallé... al contarlo me conmuevo,
Me hallé... ¿Creerás que me encontraba al raso?
Pues no señor; halléme sobre un lecho,
Bajo un seguro hospitalario techo.»

«Advertí que, á mi lado, la figura
De una guapa muchacha se movia;
Y vi á un viejo de fea catadura
Que me miraba y luego sonreia.
—Se ha salvado por fin: ¡pobre criatura!
Dijo al cabo aquel viejo; vé, hija mia,
Y dispon que le traigan al momento
Algo que *jame* (1); un poco de alimento.»—

«Comprendí que aquel hombre era un gitano
Pues en *caló* con la muchacha hablaba;
Pero era rico, bueno, campechano,
Y su trato los pechos cautivaba.
No era bello de rostro; pero es llano
Que proporcion su rostro no guardaba
Con su sensible corazon hermoso,
Caritativo, noble y generoso.»

«Respecto á su pasado, nada digo
Porque nunca contóme su pasado;
Solo sé que mostrándose conmigo
Como un buen padre, continuó á mi lado
Consolándome, siendo fiel testigo
De mis dolores y mi mal estado,
Hasta que vió que se cerró la herida
Que mucho tiempo amenazó mi vida.»

«Curado ya, me levanté del lecho
Y me quise alejar de aquella casa,
Sin saber dónde ir, en mi despecho,
Á residir con mi fortuna escasa.
Mas el viejo y la chica — y yo sospecho
Que amor trocóla en encendida brasa —
Se opusieron, rogándome en seguida
Que suspendiese un poco mi partida.»

«Aquí, si tu razon pensar te deja,
Y la verdad te digo sin rodeo,
Comprenderás que yo, entre ceja y ceja,
Ocultaba el mismísimo deseo.
La muchacha, chaval, no era maleja;
Yo era un mozo pujante y no muy feo;
Los dos nos vimos sin mostrar enojos,
Y saltaron las chispas de los ojos.»

(1) Algo que coma.

«La yesca se prendió; creció la llama
Y el pecho achicharró de aquella hembra;
No tanto el mio; que quien firme ama
Nunca en el aire sus recuerdos siembra.
Primer amor que el corazon inflama
Tarde el olvido con su hoz desmiembra.
Yo á mi gitana en mi interior queria
Y en mi pecho su imágen retenia.»

«Entretanto, Nemesia (este era el nombre
De la chica del huésped), su ceguera
Me mostraba, cual suele siempre al hombre
Mostrar la que ama por la vez primera.
No hay mujer en el mundo que no alfombre
Del tal amante la triunfal carrera.
Es el cuarto de hora que ellas tienen
Con el cual muchos males se previenen.»

«Entramos, pues, los dos en relaciones
Y pasaron las noches y los dias;
Yo contento y feliz en ocasiones
Y ella envuelta en un mundo de alegrías.
Me acordé de las onzas y doblones,
Olivares y buenas granjerías
De su padre, y... ¿qué quieres? el demonio
La idea me inspiró del matrimonio.»

«No era fácil tentar de pronto el vado;
Era la cosa grave y peliaguda,
Y fuerza fué marchar con atinado
Paso, pidiendo á la prudencia ayuda.
Su padre al pronto se quedó admirado;
Mas viendo que la chica era talluda,
Se convino en casarme con Nemesia
Como manda la Santa Madre Iglesia.»

«Ocho meses despues... no hay que asustarse;
Cosas del mundo, chavocito mio,
En un mes puede un hombre trabucarse
Y Nemesia era buena; yo la fio.
Tan buena, que inocente á equivocarse,
En su cuenta llegó, y armóse un lio
Que acortándole al cabo la basquiña,
Nos dió una hermosa y arrogante niña.»

« Niña que es hoy. . . . .
. . . .»

De pronto, su relato
El viejo suspendió; púsose alerta;
Miró hácia arriba con fijeza un rato
Y de una casa se acercó á la puerta.
Y luego dijo á Adam: — « Quien es ingrato

El alma tiene lóbrega y desierta;
Tú has olvidado á tu mejor amigo
Y á que te portes con lealtad te obligo.»

Quedóse Adam atónito y confuso,
Sin acertar á definir siquiera
Si pudo en algo, distraido, iluso,
Inferirle una ofensa pasajera;
Mas no dando su mente en el abuso
De falta de amistad que cometiera:
—Díme, dime, esclamó sobresaltado,
¿En qué pude ofenderte, en qué he faltado?

—«No es á mí, no es á mí, repuso el viejo,
Á quien faltas ingrato en este instante;
La memoria, hijo mio, es el espejo
Del corazon; el corazon constante
En el alma estampar suele el reflejo
Del fiel cariño y del recuerdo amante;
Mas si inconstante el corazon se ostenta
Nada ya en el espejo se presenta.»

Confundido tal vez, lleno de asombro,
Se vió Lucas despues que aquesto dijo,
Y encogiéndose de uno y otro hombro:
—«Bien mirado, esclamó, no sé de fijo
Lo que hablé; me parece que te nombro
El alma, el corazon... y al cabo, hijo,
Ni sé yo lo que alma significa
Ni entiendo bien lo que mi labio esplica.»

«Te diré solamente que no há mucho,
Muerto de hambre, y sin probar bocado,
Por esas calles ibas...—¡Ah! ¿qué escucho?
Tienes razon.—¿Te habias olvidado...?
—Sí, sí; ¡qué ingratitud!—Aún no estás ducho
En las cosas del mundo; ten cuidado...
—Mas ¿cómo sabes tú...?—Yo soy ya viejo
Y algo aprendí; por eso te aconsejo.»

«No hace mucho que, lleno de tristeza,
Desmayado marchabas y mohino,
Sin que nadie ofreciese á tu pobreza
Un pedazo de pan mojado en vino.
Pero al fin, como premio á tu simpleza,
La rara suerte te salió al camino,
Y un D. Juan de Alarcon pródigamente
Te confortó el estómago impaciente.»

«¿Conoces tú á D. Juan? Nunca le viste;
Mas por el pronto, al encontrarle al paso,
Y al deberle un favor, tal vez le diste
Pruebas de afecto y aun de amor no escaso.
Luego... ¡qué diantres! olvidando al triste
No ves que sufre por tu culpa acaso...
—¿Qué dices? ¿Por mi culpa?—Es muy sencillo.
¿No guardas una carta en tu bolsillo?

—Dos cartas.—Es igual: con una de ellas
Que á estas horas hubieras entregado,
Evitaras tal vez muchas querellas
Pues D. Juan es un padre desdichado.
Acaso es tarde ya; nadie sus huellas
Puede seguir por mejorar su estado;
Nadie puede formar un juicio cierto
De lo que es de D. Juan; tal vez ha muerto.»

—¡Muerto! ¿qué dices? ¡habla! ni un instante
Te goces destrozando el alma mia;
Yo estaba de esas cosas ignorante
Y el valor de estas cartas no sabia.
Mas yo estimo á D. Juan; su interesante
Figura, sus palabras, la hidalguía
Que se revela en él; todo me mueve
Á quererle y el alma me conmueve.»

«No há mucho, en el figon le vi inmutarse
Mas de una vez... es cierto, y no comprendo...
—Sin duda entonces resolvió matarse.
—¡Matarse! ¡calla! ¡calla! eso es horrendo.
¿Quién puede contra el cielo revelarse
Á Dios la vida con furor volviendo,
Antes que Dios, que le prestó esa vida,
Irritado á la fuerza se la pida?

—Pues ahí verás, chavó.—¡Maldito sea
Vuestro tenaz y consecuente empeño
De hacer que al hombre ante mis ojos vea
Siempre imperfecto y misero y pequeño!
Si soñando mi mente se recrea
En creerle grande, respetad mi sueño;
Yo en el mundo he sembrado mis amores:
Dejad que nazcan y que coja flores.»

«No esas flores galanas en espinas
Me troqueis con crueldad á toda hora;
Dejadme que por sendas peregrinas
Busque el bien de que el alma se enamora.
Sobre nubes de amor, nubes divinas
Que el sol feliz de la esperanza dora,
Siento vagar mi espíritu sediento
De placeres, de dicha y de contento.»

«Dejadme, pues, que estático contemple
Las bóvedas del cielo esplendorosas;
Que con la brisa regalada temple
El fuego de mis sienes ardorosas.
No mi ilusion fantástica destemple
El hielo de las dudas horrorosas
Con que, al pintarme vuestro labio al hombre,
Haceis que mudo el corazon se asombre.»

«Yo quiero amar, amar y ser amado
Con inefable y cándida pureza;
Ver el mundo feliz y entusiasmado
Siempre envuelto en su espléndida grandeza.
Quiero ver la virtud siempre á mi lado
Levantando arrogante su cabeza;
Quiero siempre soñar, si al despertarme
Negros mundos de horror quereis mostrarme.»

«Y tú, Lucas, que fuiste entre prisiones
En triste dia mi primer maestro;
Tú que miras mis santas ilusiones
Pues toda el alma sin doblez te muestro;
¿Por qué intentas, con bárbaras razones,
Hacerme ver que en el destino nuestro
Tanto fondo se encierra de amargura
Y tanto afan y tanta desventura?

«¡Triste de mí! esta noche he recibido,
Como un don estimable de la suerte,
El consuelo que un hombre enternecido
Sobre mi pecho generoso vierte.
Yo su mano estrechaba conmovido
Y esa mano ¡ay de mí! busca la muerte;
La muerte silenciosa, fiera, horrible...
Tú lo has dicho; mas eso es imposible.»

«Dí mas bien que, enojado, en tu manía,
Calumniaste á D. Juan.»—«Bien observado,
El viejo replicó con calma fria,
Cuanto has dicho no está muy mal parlado.
Conserva cuanto quieras tu alegría,
Sigue viéndolo todo iluminado
Por el sol de la dicha y la esperanza:
Boga, boga, navega con bonanza.»

«Sigue tu rumbo, sigue tu camino;
Elévate gozoso hasta la altura;
Fórjate dichas, juzga al mundo indino
Todo lleno de dicha y de ventura.

Oponerse á tu gusto es desatino;
Bien mirado, me agrada la pintura:
¡Ja! ¡ja...! bien pronto, con rencor profundo,
El mundo te hará ver lo que es el mundo.»

«Te hará ver... ¡pobre chico! vive alerta;
Y si quieres seguir mi fiel consejo,
Dá tres golpes al punto en esa puerta
Mientras tu vuelta esperará este viejo.
De esas cartas escrito en la cubierta
Hay un nombre: pregunta con despejo
Á quien abra la puerta, en tono claro,
Por D. Enrique Macanaz y Haro.»

«Es pobre y tiene don; es caballero
Y gasta como tal frac ó levita;
Vive en alto; es decir, cuarto tercero;
Cien escalones hay á donde habita.
Si entras á verle, quítate el sombrero,
Saluda, dá la carta, y á prisita
Baja luego á buscarme, que hace frio
Y aun tenemos que hablar, hijito mio.»

«Ya lo sabes: mi historia comenzada
Te habrá de entretener, mientras volvamos
Á vislumbrar de tu condesa amada
El palacio, del cual nos apartamos.
Te he dicho que esta noche en su morada
Entrarás, y hablareis, y... vamos, vamos;
Dá en la puerta tres golpes... Ya está hecho!
Ya responden; ya bajan; lo sospecho.»—

Dijo Lucas, y lejos de la acera
De un salto se plantó, viendo en seguida
Que la puerta se abrió luego ligera
Y entró Adam en la casa consabida.
Subió el jóven al punto la escalera,
La puerta se cerró, quedó sumida
La calle en sombra, y Lucas con inercia
Un cigarro encendió casi de á tercia.

Dejémosle un instante allí lanzando
El humo que desgarra sus pulmones,
Pensativo, intranquilo, acaso dando
Suspiros por sus muertas ilusiones,
Y veremos, en tanto que salvando
Adam vá ciento y pico de escalones,
Lo que en el cuarto á donde Adam subia
Dos ó tres horas antes sucedia.

CANTO XV.

Una habitacion modestamente amueblada en casa de Enrique.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE.—LUISA.—D. GENARO (*anciano de aspecto vigoroso y mirada inteligente y enérgica.*)—ALFREDO (*niño de cinco años.*)—AURORA (*de diez.*)—Aurora y Alfredo juegan á las muñecas.—D. Genaro les contempla con el mas tierno interés.—Enrique lee un periódico.—Luisa, sentadada junto á un velador, está concluyendo de coser un magnífico traje.—La niña deja de pronto el juego y dice á Luisa:

AURORA.

Mamá, ¿quieres que te ayude?

LUISA.

Pronto acabo mi tarea.
Mejor será que te acuestes.

AURORA.

Si tú, mamá, me lo ordenas...

DON GENARO.

Aun es temprano; dejadles
Que jueguen con sus muñecas.

ENRIQUE. (*Dejando de leer.*)

¡Padre! ¿no vé usted...?

DON GENARO. (*Sonriendo.*)

¡Qué quieres...!

LUISA. (*En tono de cariñosa reconvencion.*)

Usté á perder me los echa.

DON GENARO.

Mejor.

ALFREDO Y AURORA.

¡Viva el abuelito!
(*Saltando sobre sus rodillas.*)

DON GENARO.

¡Zalameros! (*Besándolos.*)

AURORA.

¿Juego?

DON GENARO.

Juega.

(*Los niños vuelven á jugar y se colocan junto al balcon.*)

DON GENARO.

La niñez es arbolito
Que mústio y sin vida queda
Si el sol de las ilusiones
Ocultan tupidas nieblas.
Jugad, hijos, que mañana
Dios sabe lo que os espera.
—¡Di, Enrique...!

ENRIQUE.

¡Señor!

DON GENARO.

¿Qué trae
Tu periódico?

ENRIQUE.

Miserias.
Muchas miserias políticas.
Diatrivas, odios, reyertas...

DON GENARO.

¿Y en punto á noticias? ¿hablan
Por ventura de las guerras
Que al mundo agitan?

ENRIQUE.

No poco.

DON GENARO.

Yo que vivo en mi grosera
Ignorancia y que en vosotros
Cifro mi dicha completa,
Casi he perdido de vista
Cuanto acontece en la tierra.
Pero presumo que siguen
Con furor las jigantescas
Luchas de pueblos y hombres;
Y en esta edad tan perfecta,
Tan liberal, tan...

ENRIQUE.

Es cierto:
Las sociedades modernas
Se agitan...

DON GENARO.

Pues yo me pienso
Que en estas dichosas épocas
De luz, de vapor, de grandes
Adelantos, las ideas
Debieran salir triunfantes
Sin apelar á la fuerza
De las armas; la justicia
Y la razon, ser debieran
Arbitros del mundo entero.

ENRIQUE.

Vendrá un dia en que acontezca
Lo que V. con tanto ahinco
Á todas horas desea.

DON GENARO.

Dios te conserve, hijo mio,
Tan generosas creencias,
Y el corazon de los hombres
Varíe, para que puedan
Ser tus palabras de ahora
Perfectamente proféticas.—
¿Viste ya la gacetilla?

ENRIQUE.

Aun no comencé á leerla.

LUISA.

Hazlo en voz alta.

ENRIQUE. (*Leyendo.*)

Soireé.

DON GENARO.

Noble castellana tierra
Donde ya solo se habla
En una lengua estranjera!
Prosigue.

ENRIQUE.

¡Calla! Se casa
La de Alcira y...

DON GENARO.

La condesa
Se... ¿qué has dicho? ¡Desgraciada!
¿Y con quién?

ENRIQUE.

Dejad que lea.

(*Lo hace.*)

«Segun ayer insinuamos,
Entre las cien damas bellas,
Flor y gala de la córte
Y ornato de la grandeza,
Que el último besamanos
Realzaron con su presencia,
Figuraba en primer término,
Luciendo su gentileza,
Juventud, gracia y boato,
La simpática condesa
Viuda de Alcira...»

LUISA.

No miente
Quien asegure que es bella
Como pocas.

ENRIQUE.

Y tan rica
Como piadosa y espléndida
Segun dicen.

DON GENARO. (*Aparte.*)

¡Pobre jóven!
¿Por qué su nombre resuena
De tal modo en mis oidos
Que tiemblo si se habla de ella?

LUISA.

Vamos, sigue.

DON GENARO. (*Con avidez.*)

Sí, prosigue.

ENRIQUE.

Mucho, padre, os interesa
Esa dama...

DON GENARO.

(*Con afectada indiferencia.*)

La conozco
Hace tiempo.

ENRIQUE. (*Leyendo.*)

«Ahora otra nueva
Daremos á los lectores
Mucho mas grata y mas buena.
La condesa, que contrae
Segundas nupcias, ingresa

De nuevo en el mundo y abre
De su morada soberbia
Los salones; esta noche
Dá el primer baile...»

(*Enrique deja de leer y dice*:)

De modo
Que ese traje, para ella...

LUISA.

Para ella no; mas presumo
Que allí esta noche lo estrenan.
Por eso tal vez me dieron
Tanta prisa. Ya me queda
Poco que hacer.

DON GENARO.

¿Concluiste
La lectura?

ENRIQUE.

Solo restan
Las palabras de ordenanza
Respecto á la concurrencia
Brillante que á ese sarao
Acudirá. «De la fiesta,
Dice, será como siempre
Una incomparable reina
La ilustre viuda; ilustre
Por su cuna y por sus prendas.»

DON GENARO.

¡Aduladores! ¿qué saben
Ellos? ¡qué saben...!

ENRIQUE.

Cualquiera
Dirá, padre, que ese acento
Odio y misterios revela.

DON GENARO.

¿Misterios y odio...? no, hijo;
No presumas tal; que sea
Dichosa, solo le pido
Al cielo con todas veras.

LUISA.

Y lo será. (*Levantándose.*) Por fortuna
Ya terminé mi faena.
(*Doblando el traje cuidadosamente.*)
Que vengan ahora, si quieren,
Por el traje.

ENRIQUE.

(*Dejando el periódico, que coge D. Genaro.*)

¡Cuánto briegas,
Luisa! ¿Por qué así pasas
Tan largos ratos en vela?
¿Por qué tu salud preciosa
Quebrantas? ¿Por qué no dejas
Estos trabajos prolijos...?

LUISA.

¿Ahora me sales con esas?
Yo trabajo honradamente
Sin que ninguno lo sepa...

ENRIQUE.

Pero yo sufro...

LUISA.

Y yo, en cambio,
Soy feliz.

ENRIQUE.

Porque eres buena,
Luisa.—Dentro de un rato
Se llevarán esas prendas
Magníficas, que en el baile
Una mujer, menos bella
Que tú, lucirá orgullosa
Desvanecida y soberbia...

LUISA. (*Sonriendo.*)

Mientras que yo, derrochando
El fruto de mis tareas,
Haré á mis hijos un traje
Para los dias de fiesta.

ENRIQUE.

Dame un abrazo, Luisa;
¡Bendita! bendita seas! (*La abraza.*)

ESCENA II.

Dichos y ANSELMO vestido con exagerada elegancia, el cual dice desde la puerta:

ANSELMO.

¡Bello! ¡sublime! ¡magnífico!
¡Piramidal! ¡estupendo...!
Os abrazais como tórtolos
Enamorados y tiernos.
—Buenas noches, Don Genaro.

DON GENARO. (*De mal humor.*)

Buenas noches, D. Anselmo.

(*Don Genaro se levanta, cruza la habitacion y se sienta al lado de la mesa; toma el periódico y lee para sí.—Luisa, sobre cuya frente ha pasado una nube de tristeza, coge a los niños de la mano, hace un ligero saludo y se entra en la alcoba donde estos suelen dormir.—Anselmo, poniéndose los anteojos, se fija un poco en Luisa y luego se dirige á Enrique, que le alarga su mano.—Los dos hablan aparte, bajando la voz.*)

ENRIQUE.

¿Qué hay de nuevo?

ANSELMO.

¿Sabes, chico,
Lo que en este instante pienso?

ENRIQUE.

¿Qué piensas?

ANSELMO.

Que las personas
Que se crian en los pueblos
Son montaraces.

ENRIQUE.

Esplícate,
Porque yo no te comprendo.

ANSELMO.

¿No adviertes que tu costilla
Se vá al punto que yo vengo
Como si fuera á comérmela
Saludándola? ¡Qué genios!

ENRIQUE.

Paréceme que á mi esposa
Quieres tratar con desprecio,
Y eso, Anselmo, no lo sufro;
Sírvate bien de gobierno.

ANSELMO.

¿Te amostazas con tu antiguo
Camarada de colegio
Por una broma que...?

ENRIQUE.

Luisa
No nació en la córte, es cierto.
Sus padres eran muy pobres;
Pero entre humildes labriegos,
La santa virtud se anida
Mejor que en los grandes centros,
Donde entre capas de oro
Hay tanto asqueroso cieno.

(*Variando de tono.*)

Mi esposa se habrá marchado
Para dejarnos que hablemos
Á solas, y hacer que recen
Los niños, al propio tiempo
Que se acuestan.

ANSELMO.

(Santurrones,
Hipócritas, embusteros!)

ENRIQUE.

¿Qué hablabas?

ANSELMO.

Pienso que sois
Tan beatos como buenos
Creyentes.

ENRIQUE.

Y ¿por qué causa
Lo dices con ese acento
Irónico?—Cuando entraste
Fuimos de tu burla objeto
Porque mi esposa en mis brazos
Estaba; se marcha luego
Á hacer que sus hijos alcen
Sus puros y humildes ruegos
Á Dios, y esto te parece
Estraño, raro, grotesco.
¿Es que nunca comprendiste
El noble y sencillo afecto
Que á dos almas para siempre
Unió en el hogar doméstico
Con lazos indisolubles
Tan honrados como bellos?
Y si concibes que un dia,
Cansado de ser soltero,
Careciendo de familia,
Tal vez fatigado, enfermo
Del corazon, hallar puedes
Paz, felicidad, consuelos,
Reclinando tu cabeza
Sobre el amoroso seno
De una mujer que te ame
Y se una á ti con estrechos
Vínculos; si por ventura
Te concede hijos el cielo
Y en los ojos de esos hijos,
Que son cual pedazos tiernos
Del alma, á mirarte llegas,
Cifrando tu dicha en ellos,
¿Podrás renunciar entonces
Al placer de hacerlos buenos,
Humildes y temerosos
De Dios? Porque el mundo nécio
Se burle de ti ó te llame
Santurron, beato y crédulo,
¿Permitirás que esos hijos
Creciendo se hagan escépticos,
Renunciando á las dulzuras
De aquel que guarda en su pecho
La fé, la esperanza, el santo
Amor que todos debemos
Á quien puede en un instante
Con un soplo deshacernos?
¡Ah! si es así, si la duda
Cruel, si el abismo inmenso
Que abre en el alma la impía
Incredulidad, y el ciego
Feroz orgullo, son prendas
Que acariciaste soberbio,
Deja que mis hijos recen;
Deja que recen, Anselmo.

ANSELMO.

Tu oracion no ha sido breve;
Ha sido un sermon completo;
Pero por fortuna, Enrique,
Pienso morirme soltero;
Es decir, no estoy tentado
Á suicidarme, teniendo
Mujer y chicos llorones
Que son sin duda el infierno
De la vida.

ENRIQUE.

Ó el oasis
Donde el sediento viajero
Halle al fin la clara fuente
Que no encontró en el desierto
De esa vida.

DON GENARO. (*En voz alta á su hijo.*)

Escucha, Enrique,
Ya que te gustan los versos,
Estos que trae el periódico
Y que juzgo verdaderos.

(*Lee.*)

«La amistad es un lazo
Que Dios engasta
Con perlas y diamantes
Sobre oro y plata.
Lazo que tejen
Los ángeles, y al hombre
Luego le ofrecen.»

«No hay tesoro mas grande
Que un buen amigo;
Sus consejos nos llevan
Al buen camino.
Nuestras desdichas
El amigo amoroso
Tierno mitiga.»

«Mas tened, hombres todos,
Sumo cuidado
En que nunca os dominen
Amigos falsos.
Que el bueno, el cielo
Le dá; y el malo, aborta
De los infiernos.»

(*Mientras D. Genaro ha estado leyendo, Anselmo no ha dejado de hablar á Enrique, el cual, por cortesía, se ha visto obligado á prestarle atencion mostrando despues cierto asombro. D. Genaro levanta la cabeza y viendo que no le escuchan, arroja el periódico sobre la mesa, se levanta, y sin dar las buenas noches se retira murmurando algunas palabras ininteligibles.—Al mismo tiempo sale Luisa de la alcoba donde duermen los niños y se vá con D. Genaro por la puerta del fondo.*)

ESCENA III.

Enrique.—Anselmo.

ENRIQUE.

¿Qué me dices? (*Con admiracion.*)

ANSELMO.

Lo que oyes:
Conspiro contra el gobierno
Porque ciego corre y loco
Al abismo; brama el pueblo
Indignado, y todo el mundo
Deplora los desaciertos
De esa torpe camarilla,
Compuesta de hombres ineptos
Y ambiciosos miserables,
Que hace demasiado tiempo
Vienen el sudor chupando
De los pobres.

ENRIQUE.

(*Con intencion.*)

Pues me pienso
Que no habrás contribuido
Con el tuyo á enriquecerlos.

ANSELMO.

Tu epigrama, buen Enrique,
No ha producido su efecto.
Nací pobre y pobre vivo;
Pero patriotismo tengo
Y voluntad... y pulmones,
Que no es poco...

ENRIQUE.

Ya lo creo.
Para el caso, de seguro
Vales...

ANSELMO.

Valgo lo que peso.
Ya lo verás.

ENRIQUE.

Pero espones...

ANSELMO.

Ya sé que espongo el pellejo;
Mas ¿qué quieres? lo he pensado
Grandemente y... lo confieso:
Para vivir como vivo
Jugarme el todo prefiero.

ENRIQUE.

Pues ¿cómo vives?

ANSELMO.

Luchando
Con acreedores molestos
Que me abruman; lleno siempre
De compromisos inmensos,
Y anhelando inútilmente
Subir á los altos puestos
Que otros logran mas felices
Tal vez con menores méritos.

ENRIQUE.

Dime: ¿y no fuera mas propio
Que en vez de dar á los sueños
De tu ambicion esas alas,
Fueras replegando el vuelo
Hácia la vida pacífica
Del ciudadano modesto?
Yo era pobre, comparado
Contigo, y libre me veo
De deudas y compromisos
Y disgustos de ese género.

ANSELMO.

Dichoso tú...

ENRIQUE.

No te pienses
Que alguna vez no apetezco
Vivir con mayor holgura.
¿Quién carece por completo
De esa ambicion, de ese estímulo
Legítimo, noble y bueno,
Que á mejorar nos impele
Nuestra posicion? Yo anhelo
Una fortuna, ganada
Con mi sudor y mi esfuerzo,
Para legar á mis hijos
Un porvenir lisongero.
Mas, como en el mundo, todos
No nacimos para Cresos,
Mis ilusiones reduzco,
Aspiraciones contengo,
Y en mi oscura medianía
Vivo alegre y satisfecho.
¿No puedes tú hacer lo mismo
Sin abrigar los proyectos
Que guardas en este instante
Poniéndote en tanto riesgo?
Si supieran que conspiras...
Solo de pensarlo tiemblo.

ANSELMO.

¡Ja! ¡ja...! Pareces... perdona
Que lo diga...

ENRIQUE.

No me ofendo.
Dí cuanto quieras.

ANSELMO.

Pareces
Una doncellita; un tierno
Rapaz que del aula sale...
¡Ja! ¡ja...! ¿Te asustas por eso?
¡Hombre! ¿en qué siglo naciste?
Tú con los tiempos modernos
No marchas.—Si soy ministro...

(*Con aire de petulante proteccion.*)

ENRIQUE.

Mil gracias, te lo agradezco.

ANSELMO.

La empresa es grande y segura.
Hombres competentes; diestros
Políticos; gente brava
Que nos secunde al momento...
Todo, todo cuanto puede
Apetecerse, tenemos.

ENRIQUE.

En esos árduos caminos
Dios os guie y os dé acierto,
Haciendo que por vosotros
Dichas nos depare el cielo.
Y ¿quieres decirme cuando
Va á suceder todo eso?

ANSELMO.

La hoguera está preparada;
Los combustibles son buenos,
Y solo falta un chispazo
Que determine el incendio
General...

(*Se interrumpe y dice:*)

Una pregunta.

ENRIQUE.

Habla.

ANSELMO.

¿Serás de los nuestros?

ENRIQUE. (*Con dignidad y firmeza.*)

¡Jamás!

ANSELMO.

¡Cobarde!

ENRIQUE.

Permito
Que imagines tengo miedo,
Antes que ahogar ambicioso
Mis honrados sentimientos.
Si peligrara mi patria,
Si insolentes estranjeros
Vinieran en son de guerra,
Orgullosos y soberbios
Á hollar los limpios laureles
Que brotan en este suelo
Donde he nacido, verias
Como yo de los primeros
Que volaran al combate
Seria.

ANSELMO.

Basta, te ruego
Que no prosigas.

ENRIQUE.

No basta.
Escúchame un poco, Anselmo.
Hace años que en el mundo
Vacilantes los gobiernos
Oyen alzarse en mil partes
Las voces del descontento.
Si es la savia poderosa
Que brota con el progreso
De la humanidad, y hace
Hervir la sangre en el pecho
Del que piensa en los horrores
De algunos bárbaros tiempos
De opresion, que ya pasaron,
Será muy noble, por cierto,
Ese afan; mas es posible...
Oye y no frunzas el ceño.
Es posible que la causa
De mil trastornos violentos
Sean la ambicion y el orgullo
Con que ahora todos nacemos.
Somos iguales, y... ¡es claro!
Como el que mas y el que menos,
Tenemos aspiraciones
Altas, muy altas; soberbio
El corazon nos inspira
Levantados pensamientos
Y como tú, con audacia
La vista en todo ponemos.

ANSELMO.

Sin lucha no hay gloria.

ENRIQUE.

Es claro.

ANSELMO.

Sin valor no hay vencimiento.
Quien puede mas, ese lleva
La palma.

ENRIQUE.

Mas si el esfuerzo
No es noble, afrentado queda
El vencedor.

ANSELMO.

Solo el éxito
Decide ya de las cosas.

ENRIQUE.

Tienes razon, bien lo veo.
Pero es odioso, es infame
Y digno de vituperio,
Que sin fé, sin patriotismo,
Sin pudor y sin talento,
Solo con el ánsia loca
De adquirir fáciles medros,
Y de elevarse jigante
Quien ha nacido pigmeo,
Se atente tal vez en contra
De la dicha de los pueblos,
Haciendo de la política
Un abominable juego
Que repugna á quien de veras
Se identifica con ellos.
Tal es mi opinion.

(*Dá algunos paseos por el cuarto.*)

ANSELMO. (*Aparte.*)

(¡Menguado!
Es un pária; un pobre nécio.
Me ha insultado, me desprecia
Y yo en pago le aborrezco.
Sigamos la comenzada
Empresa, disimulemos
Y vayamos preparando
De esa mujer el asedio,
Hasta que venza su imbécil
Repugnancia. En estos tiempos
No hay virtud que no se rinda...)

ENRIQUE.

Mi esposa se acerca: hablemos
De otras cosas.

ESCENA IV.

Dichos.—Luisa.

ENRIQUE.

¿Y los niños?

LUISA.

Rezando se me durmieron.

ENRIQUE.

¿Y mi padre?

LUISA.

Parecia
Que estaba un poco indispuesto...

ENRIQUE.

¿Qué dices...? Y yo, ignorante...
Perdonad; al punto vuelvo.

(*Váse.*)

ESCENA V.

ANSELMO y LUISA.—(Ambos guardan silencio unos breves instantes.)

ANSELMO.

Y bien, Luisa...!

LUISA.

D. Anselmo!

ANSELMO.

¿Qué es lo que me dice usted?
¿Querrá V. desesperarme...?

LUISA.

¡Silencio! que acaso esté
Mi Enrique aun cerca; ¡silencio!
No me haga el juicio perder.

ANSELMO. (*Con cólera.*)

¡Enrique! ¿por qué ese nombre
Con tenacidad cruel,
Mis ilusiones de amante
Suele así desvanecer?
¡Oh! ¿por qué, por qué en Enrique
Deposita tanta fé,
Tanto amor, tanta constancia,
Si él es indigno de ser
Tan querido? Siempre débil
É irresoluto, ni el bien
Puede ofrecerle, ni nunca
Podrá buscar el placer,
La dicha que V. merece
Y que yo la ofreceré.
Yo emprendedor, atrevido,
Entre el mundano vaiven
Posiciones elevadas
Con el tiempo escalaré,
Mientras él oscuro y pobre,
Aunque con ruda altivez,
Irá siempre progresando
Como el cangrejo, al revés.
Y nunca, con su modestia,
Sabrá escalar el poder,
Como yo, que acaso pronto
Altos títulos tendré,
Y posicion y riquezas
Que luego pondré á esos pies.
¡Luisa!

LUISA.

No siga; mi esposo
Será lo que quiera usted;
Pero es honrado y me ama
Como yo le adoro á él.
Si pobre y oscuro vive,
Y por modesto se vé
De tal modo, yo contenta
Oscura vivo tambien.
No me seducen las galas,
Ni el fementido oropel,
Ni las lisonjas serviles,
Ni el sempiterno vaiven
Del mundo, porque me basta
Con lo que tengo; sí á fé.
De lujo y de pompas vanas
Soy pobre; pero tambien
Me hallo rica de ilusiones
En medio de mi estrechez.

ANSELMO.

De modo que... seamos francos...

LUISA.

Siempre lo fui y lo seré.

ANSELMO.

¿Usted me desdeña y sigue
Despreciándome...?

LUISA.

Así es.

ANSELMO.

¡Luisa!

LUISA.

¡Basta! mi decoro
Me manda insinuar á usted...

(*Señalándole la puerta.*)

ANSELMO.

¡Señora...!

LUISA.

Basta, repito,
De acciones de mala ley.
Si usted, amistad brindando
Á mi pobre esposo fiel,
Una vez, y dos, y ciento,
De amor me habló, y le escuché
Con la sonrisa en los labios
Y en el corazon la hiel,
Tenga usted bien entendido,
Y téngalo en cuenta bien,
Que he caltado... porque temo
Que Enrique le mate á usted.

ANSELMO.

¡Luisa! tan solo una frase
De amor sus labios me den;
Una remota esperanza
Y esclavo suyo seré!

LUISA.

¡Silencio! cuando una esposa,
Es madre y mujer de bien,
Y un amigo de su esposo
Torpe se arrastra á sus pies,
Esa esposa con desprecio
Á ese Judas debe ver.
Silencio, repito, y salga
De mi casa.

ANSELMO.

Yo saldré;
Mas antes juro vengarme
De ese su altivo desden.

LUISA.

La venganza de un malvado
Nunca me podrá imponer.

ANSELMO.

Yo le juro que en su honra
Con saña me cebaré;
Que haré que pierda su esposo
Los recursos que posee...

LUISA

¡Cuánta infamia!

ANSELMO

¡Luisa! ¡Luisa!

LUISA.

¡Oh!

ANSELMO.

Por la última vez:
Ó su amor, ó mi venganza;
Mírelo y piénselo bien.

LUISA.

¡Atrás, villano! mi honra
Limpia está; no la manché;
Clava tus dientes en ella
Si te atreves á morder.
Lo demás tampoco importa;
Si lo poco que posee
Mi esposo, á quitarle llegan,
Y mi trabajo no es
Suficiente, yo á mis hijos
De la mano cogeré,
Y una limosna bendita,
Pues la pobreza no es
Un crímen, de puerta en puerta
Humilde demandaré.

ANSELMO.

Enrique se acerca... ¡Luisa!
¡Silencio! cálmese usted.

LUISA.

(Tiene miedo. ¡Me he salvado!)

ANSELMO. (*Maquinalmente.*)

Si él supiera...

LUISA.

(Me salvé.)

ESCENA VI.

Dichos.—Enrique.

ENRIQUE.

Mi padre me despidió...
Mas ¿qué tienes, Luisa mia?
Cualquiera al verte diria
Que algo te sobrecogió.
De tu mejilla encendida
Los bellos matices rojos
Se apagaron, y en tus ojos
Una lágrima escondida
Brota; ¿qué tienes?

LUISA.

¿Yo...? nada.
(Mucho inmutarme debí.)

ENRIQUE.

Pero esa emocion...

(*Dirigiendo á Anselmo una mirada investigadora.*)

LUISA.

Sí, sí.
Confieso que estoy turbada.
Mas no pienses que un momento
Se eclipsó la dicha mia;
Antes bien es de alegría
La turbacion que ahora siento.

ENRIQUE.

¿Es verdad, Anselmo?

LUISA.

Él
La culpa tuvo de todo.

ANSELMO.

Yo... la verdad...

(*Con inquietud.*)

LUISA.

(*Sin poder disimular su ironía.*)

De tal modo
Me pintó el cariño fiel
Que le inspiras; tu retrato
Hizo con tantos primores,
Y con tan bellos colores
Que me encantó su relato.
En quererte soy prolija;
Y una esposa, al ver su esposo
Retratado y tan hermoso...
Claro está; se regocija.
Tu amigo te dió la palma
Viéndote ausente de mí,
Y habló con júbilo aquí
De las prendas de tu alma.
Tanto afecto te mostró,
De tal entusiasmo lleno,
Que mi pecho estar sereno
No supo y. . se conmovió.

ENRIQUE.

¿Tienes algo que observar
Anselmo? (El alma predice
No sé qué.)

ANSELMO.

(*Tomando su sombrero.*)

Luisa lo dice
Y no lo debes dudar.

ENRIQUE.

¿Te marchas?

ANSELMO.

Sí, tengo prisa.
(¡Furioso estoy, voto á brios!)
Me esperan... Queda con Dios.

(*Dá la mano á Enrique, que le tiende la suya con marcada frialdad. Luego lanza una mirada iracunda que hace temblar á Luisa, y dice retirándose precipitadamente:*)

Á los pies de usted, Luisa.

ESCENA VII.

Luisa.—Enrique.

(Momentos de silencio.—Enrique se sienta junto á la mesa y parece inquieto y preocupado.—Luisa le sigue y despues de un ligero intervalo, le dice:)

LUISA.

Enrique...

ENRIQUE.

¡Luisa!

LUISA.

¿Qué tienes?

ENRIQUE.

No sé.

LUISA.

¿Estás triste?

ENRIQUE.

Acaso.

LUISA.

¿Sospechas?

ENRIQUE.

Tal vez.

LUISA.

¿De quién?

ENRIQUE.

No lo acierto;
Mas óyeme bien.
Quien tiene una joya
Que juzga de prez;
Quien guarda un tesoro
Mirándose en él;
Quien una ventura
Llegó á poseer;
Y vé que un bandido
Con ánsia cruel,
Su joya codicia,
Le envidia su bien,
Le arranca el tesoro
Que guarda con fé;
Preciso es que sufra,
Que llegue á temer
Le quiten á un tiempo
La vida tambien.
¿Comprendes?

LUISA.

Apenas
Te puedo entender,
Pues noto en tus frases
Temor y altivez.
Yo sé que en el mundo,
Sin honra y sin ley
Bandidos infames
No deja de haber.
Mas dueño que guarda
Con dulce interés
Su prenda querida,
No debe temer.
Seguro es que nadie
Le quite el joyel
Que sabe dichoso
Y amante esconder.
Vendrán los bandidos
Avaros tal vez;
Vendran... mas te juro
Que iránse sin él.

ENRIQUE.

¿De veras?

LUISA.

(*Sonriéndose.*) De veras.

ENRIQUE.

¿Te puedo creer?

LUISA.

Ni cabe en mi pecho
La negra doblez,
Ni nunca mis labios
Mintiendo manché.

ENRIQUE.

¡Dios mio! si un dia
Me fueras infiel;
Si yo sospechara
Que falsa y sin fé...

LUISA.

¡Enrique! ¿qué dices?
¿No sabes, cruel,
¿Quién soy? ¿por desdicha
Mis grillos no ves?
Cadenas de oro,
Con grato placer,
Arrastro; ¡bendita
Su santa estrechez!

ENRIQUE.

¿Qué grillos son esos?

LUISA.

¡Tus hijos! ¿Los ves?

(*Se adelanta y abriendo las puertas de cristales de la alcoba en donde duermen los niños, se los muestra con dulce y cariñoso ademan. Luego dice con enternecido acento:*)

Allí están durmiendo;
Soñando tal vez;
Y bajo sus alas
El ángel Gabriel
Los cubre amoroso.

(*Con exaltacion.*)

¡Contémplalos bien!

ENRIQUE.

¡Luisa!

LUISA.

¿Qué haces?

ENRIQUE.

Postrarme á tus pies.

LUISA.

Levanta.

ENRIQUE.

En tus brazos
Mi trono hallaré.
¡Feliz el que tiene
Tan noble mujer!

LUISA.

¿No dudas?

ENRIQUE.

No dudo.
Descuida, mi bien.

(*Aparte.*)

(Si insiste el bandido
Matarle sabré.)

(*Se oyen á cierta distancia tres aldabazos dados en la puerta de la calle.*)

ESCENA VIII.

Enrique.—Luisa, y luego Juana.

ENRIQUE.

Será Alarcon. ¿Has oido?

LUISA.

Sin duda cerraron ya
La puerta, debe ser tarde.
Tal vez por esto vendrán.
(*Colocando el traje en un sofá.*)
¡Juana! ¡Juana!

JUANA. (*Entrando.*)

¡Señorita!

LUISA.

Baja y abre.

JUANA.

¿Y quién será
Á estas horas?

ENRIQUE.

No te estrañes.
Será mi amigo D. Juan.

JUANA.

¿Y si fuese otra persona?

LUISA.

Que suba: venir podrán
Por ese traje...

JUANA.

Pues voy
Corriendo...
(*Váse Juana.*)

ENRIQUE.

Dices verdad:
No me acordé de esas prendas
Que esta noche han de estrenar...
(*Se pasea con inquietud y se acerca á la puerta.*)

LUISA.

¿Qué tienes?

ENRIQUE.

Mujer, lo ignoro:
Pero siento algun afan
Al ver que no ha parecido
Esta noche por acá
Alarcon.

LUISA.

Mucho le quieres.

ENRIQUE.

¿Como no le he de estimar?
Sufre tanto y es tan bueno,
Tan consecuente y leal...!
Por otra parte, mi padre...
Ya lo sabes...

LUISA.

¡Oh! no hay
Duda: le quiere en estremo,
Y suele de él siempre hablar
Con calor, con entusiasmo...
Ayer, sin ir mas allá,
Hablando de él me decia:
«¡Por qué no tengo caudal
Para hacerle tan dichoso
Como merece!»

ENRIQUE.

Jamás
Creí que el modesto empleo
Que tenia...

LUISA.

Es bien fatal
La suerte del que depende
De otro; el pobre estará
Con su adorada familia
En la miseria quizás.

ENRIQUE.

Silencio...
(*Sintiendo las pisadas de los que se acercan.*)

ESCENA IX.

Enrique.—Luisa.—Juana, y luego Adam.

ENRIQUE.

¿Quién es?

JUANA.

Un jóven...
Véle ahi.
(*Adam aparece con el sombrero en la mano.*

ENRIQUE.

(No era D. Juan!)

JUANA.

(*Marchándose despues de echar una ojeada sobre Adam.*)
(¡Guapo mozo!)

ENRIQUE.

¿Qué se ofrece?

ADAM. (*Desde la puerta.*)

¿D. Enrique Macanaz...?

ENRIQUE.

Yo soy ¿qué ocurre?

ADAM.

Esta carta
Me mandaron entregar...

ENRIQUE.

¿Á quién?

ADAM.

Á usted. (*Alargándosela.*)

ENRIQUE.

(*Tomándola.*) Venga.
(*La abre y dice:*) ¡Cielos!
¡Oh! ¡qué miro! (*Lee.*)

ADAM.

(Inquieto está
Mi corazon como nunca,
Lleno de emocion y afan,
Al recordar lo que há poco
Me dijo Lucas; ¿será
Posible que llegue tarde
Y que haya muerto D. Juan?)

ENRIQUE. (*Dando un grito.*)

¡Luisa...! ¡D. Juan ha muerto!

LUISA. (*Con espanto.*)

¿Qué dices?
(*Ambos recorren con avidez el escrito.*)

ADAM.

¡Fatalidad!
¡Fatalidad! ¡ya no llego
Á tiempo! ¡no llego ya!
Viniera un momento antes
Y le salvara quizás.

ENRIQUE.

(*Sin saber lo que hace y dejando caer la carta.*)

¡Pronto! ¡mi sombrero! ¡Pronto!
¡Mi capa...! No hay que tardar
Un solo instante...

LUISA.

Y ¿á dónde
Tus pasos dirigirás?

ENRIQUE. (*Como fuera de sí.*)

¡Á su casa! tiene hijos...
¿No lo sabes? y aunque está
Decidido... sí, no hay duda...
¿Quién se aparta de su hogar
Para siempre, sin que antes
Vacile un momento...? ¡Ay!
¿Qué padre, aunque pierda el juicio,
La vida perder querrá
Sin dar un adios á aquellos
Que sumerge en la orfandad?

LUISA.

Tienes razon; corre, vuela...
¡Juana! ¡Juana!

ENRIQUE. (*En estremo impaciente.*)

¡No vendrá!

ESCENA X.

Dichos.—Juana.

(La criada entra con una luz.—Luisa, que ha salido de la sala, vuelve al instante con la capa y el sombrero, que entrega á su esposo. Este se pone ambas prendas, casi sin saber lo que hace, y echa á correr seguido de Juana.)

ESCENA XI.

Luisa y Adam.

LUISA.

¿Qué es esto, ¡cielos! qué es esto?
¿Será posible...?

(*Sin reparar siquiera en que Adam permanece fijo, inmóvil y mirándola maquinalmente, se acerca á la mesa junto á la cual estuvo Enrique, y recogiendo la carta que éste ha dejado olvidada, la lee vertiendo una lágrima.*)

ADAM.

¡Se van!
Me dejan aquí...

LUISA.

Veamos.
¡Oh! ¡qué terrible ansiedad!
Tan jóven y tan honrado
Á sus dias atentar...
¡Virgen Santa! no permitas
Que tenga un fin tan fatal!

(*Luisa lee, unas veces en voz alta y otras para sí, con creciente dolor y ansiedad.—Adam, que permanece de pié, inmóvil, silencioso y atónito, la escucha y contempla sin atreverse á interrumpirla.—Luisa, despues de haber terminado la lectura, se vuelve, y al reparar en Adam, deja escapar una esclamacion de sorpresa y de miedo, y retrocediendo algunos pasos esclama:*)

LUISA.

¿Usted aquí todavía...?
¿Qué quiere? ¿quién es? ¿qué espera?
(Ya caigo; puede que quiera...)
Tome V... yo no sabia...

(*Le alarga una moneda que Adam rehusa instintivamente.*)

Tómela V. sin rubor;
No tengo mas por ahora... (*Insistiendo.*)

ADAM.

¡Señora...! ¡por Dios...! ¡Señora!
Respete V. mi dolor.

LUISA.

No es fácil que al suyo atienda
Cuando el nuestro es infinito.
Mas... seguro, en ese escrito
Alarcon le recomienda.
Sí, sí.

(*Vuelve á coger la carta y lee en alto.*)

«En mi último instante
Recomendaros me atrevo
Al dador; es un mancebo
Infeliz, rudo, ignorante;
Mas su noble condicion
Vale sin duda un tesoro;
No lo dudeis, es de oro
Su sencillo corazon.»

(*Luisa se enjuga una lágrima, y dice sollozando:*)

¿Y qué quiere usted, qué quiere?
Ya vé usted lo que nos pasa;
El duelo ha entrado en mi casa
Y la desdicha nos hiere.
Espliquese y diga pues,
En qué servirle podremos;
Poco somos y valemos;
Mas ¿qué pretende? ¿quién es?

ADAM.

Quién soy no sé; dónde voy
No lo puedo descifrar;
Camino ciego al azar
Y estoy cuerdo y loco estoy.
Por hallar el bien batallo
Y el mal me sale al encuentro;
Busco en la honradez mi centro
Y siempre fuera me hallo.
Quiero luz y mi destino
Me envuelve en la sombra oscura;
Pretendo hallar la ventura
Y siempre yerro el camino.
Deseoso de salvar
Á un hombre, aquí, como bueno,
Vine de esperanza lleno
Y hago llanto derramar.
Y me pesa haber venido;
Y á la vez, nécio y cobarde,
De haber llegado tan tarde
Ya me encuentro arrepentido.
¡Oh! señora, por piedad
Tenga de mí compasion;
Ilumine mi razon
Con la voz de la verdad.
Mi torpe ignorancia venza.
¿Qué estrella en mi vida influye?
¿Dó el infortunio concluye?
¿Dónde la dicha comienza?
Muerto D. Juan... pero no;
D. Juan no puede haber muerto,
Tengo, señora, por cierto
Que aun he de salvarle yo.
El mundo es grande, sí á fé,
Mas yo, con ardor profundo,

Recorreré todo el mundo
Y á D. Juan encontraré.

LUISA.

Sí, sí; ¿quién sabe...?

ADAM.

Mi intento
Dios protegerá.

LUISA.

Sí, sí;
Yo quedo rogando aquí;
No tarde V. un momento.
¡Juana! ¡Juana!
(*Tirando del cordon de la campanilla.*)

ESCENA XII.

Dichos.—Juana.—D. Genaro.

(D. Genaro aparece vestido de negro con frac y corbata blanca, ostentando en su pecho dos ó tres cruces de honor.—Luisa le mira con verdadero asombro.—D. Genaro, triste, meditabundo, pero resuelto, pone su mano en el hombro de Adam, y le dice:)

DON GENARO.

Vé, leal
Corazon! si Dios te inspira,
Vuela al punto á donde acaso
El cielo tu planta guia.
Corre, y si salvarle puedes,
Tu accion el mundo bendiga,
Que vas en busca de un padre.
Que es de un fiero mónstruo víctima.
¡Pobre D. Juan...! Estas lágrimas
(*Enjugándose el llanto.*)
Que soy débil atestiguan;
Pero no me importa: pronto
Recobraré mi energía.
(*Á Luisa.*)
Lo sé todo... no te admires...
Eres muy honrada, hija;
Dios te premie el santo afecto
Que fiel á Enrique prodigas.
Todo cuanto aquí ha pasado
Cuidadosamente oía,
Porque velo por vosotros
Que sois vida de mi vida.
Ahora es fuerza que volvamos
Hácia otra parte la vista.
(*Á Adam.*)
Usted es jóven, es ágil,
Yo seguirle no podria...
Vaya V. y que en su empresa
Un ángel bueno le asista.
Mas si alguna vez, doliente
De la amistad necesita,
No olvide nunca á este viejo
Que con la suya le brinda.
(*Estrechando cariñosamente la mano de Adam.*)

LUISA.

Acompáñale y alúmbrale,
Juana.

JUANA.

Ya voy, señorita.
(*Adam saluda y sale apresuradamente.*)

ESCENA XIII.

Luisa.—D. Genaro.

LUISA.

Y ahora V. con ese traje...
¡Padre mio...!

DON GENARO.

No te aflijas.
Voy á vengarle si ha muerto,
Y á proteger su familia.
Si aun vive, voy á salvarle
Del crímen y la ignominia.

LUISA.

Pero así... solo... á sus años...
Por Dios, padre, que no insista.
Y si insiste... al menos...

DON GENARO.

Habla.

LUISA.

Iré yo en su compañía.

DON GENARO.

¿Tú conmigo á esos salones
Dó la soberbia se abriga?
¡Calla, inocente! tú ignoras
Que acaso se mofarian
Cien damas encopetadas
Del rubor, que á tus mejillas
Sacase el carmin precioso
Que ellas en las suyas pintan.
Deja, deja que en aquellos
Recintos, en donde brilla
Tanto fuego fátuo, el alma
Vacile, se postre y rinda,
Entre fugaces placeres
Que la secan y aniquilan.
Si allí la modestia muere,
Si allí la virtud peligra,
No dejes estos rincones;
No los dejes en tu vida.

LUISA.

No insistiré; pero ¿puedo
Saber al menos...?

DON GENARO.

Sí, hija,

LUISA.

¿Dónde vá usted?

DON GENARO.

Al palacio
De la condesa de Alcira.—
Sácame la capa.

LUISA. (*Vacilando todavía.*)

¡Padre!

DON GENARO.

Sácame la capa, Luisa;
Que un viejo cuidarse debe
Y está la noche algo fria.
(*Luisa sale de la habitacion.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DON GENARO.

¡Dios mio! que yo le salve
Ó que vengarle consiga!
Descargad sobre el inicuo
Que ha emponzoñado mil vidas,
Todo el peso irresistible
De vuestra eterna justicia!

CANTO XVI.

I.

Que es condicion de todos los mortales
Vivir soñando bienes
Mientras se agrupan en redor los males,
Harto sabido, mi lector, lo tienes.
Mas es cosa tambien harto segura
Que aunque alejar queramos,
A fuerza de galanas ilusiones,
La negra desventura,
Siempre á parar vengamos
En que habrá que creer en ocasiones
Lo que despiertos con dolor miramos.

Yo confieso que es triste
Pintar ¡ay! de la vida los abrojos;
Y confieso tambien que mas poesía
Mi trabajo tendria
Presentando otro mundo ante tus ojos.
Mas no puedo engañarme ni engañarte;
Ni este valle de lágrimas sin cuento
Me es dado presentarte
Mas alegre y feliz; tenga ese intento
Quien, con labio falaz al hombre adule,
O ensalzando las míseras pasiones
Siempre abulte su efímero contento
Y sus hondos pesares disimule;
Que yo tengo por ciertas y evidentes
Las máximas siguientes:
«*Breve, dudosa vida con tormento,
Cierto temor, deseos no acabados
Son de nuestra miseria el fundamento* (1).»
Y es la verdad, que ciega la fortuna
Nos tiene preparados
Con bárbaros rigores
Mil contrarios sucesos, mil dolores
«*Desde el primer sollozo de la cuna* (2).»

¡Feliz, feliz quien pueda
En plácida bonanza
Ver deslizarse sus tranquilos dias,
Realizando sus dulces esperanzas,
Sin que nubes sombrías
Empañen sus continuas alegrías!
Para mí la existencia
Jamás fué tan dichosa; nunca el alma
Pudo gozar de tan completa calma
Ni aun en la pura edad de la inocencia.
Una y cien y mil veces,
Sediento el labio, el alma dolorida,
Del cáliz de la vida
Llegué á gustar emponzoñadas heces.
Vi á mis padres morir y á mis hermanos;
Al amigo querido en tierra fria
Convertido encontré; yo entonces era
Casi un niño, cruzó el dolor mis manos
Y al cielo con fervor, puesto de hinojos,
La voz alcé doliente y lastimera;
Oré, cerré los ojos,
Y al través de mis párpados veia
Las sombras veneradas
Y siempre idolatradas
De aquellos séres que mi amor perdia!

¡Bella ilusion! delirio idolatrado
Que del mar borrascoso de las penas
Un instante suspendes la bravura;
¿Por qué si el alma llenas
De amor y de ventura,
Los oleajes del recuerdo impío
Por siempre no refrenas?
Si un instante de plácida bonanza
Ofreces al pesar mudo y sombrío,
¿Por qué, con grato y bondadoso empeño,
No prolongas al menos la esperanza?
¡Es tan horrible al despertar de un sueño
Ver el vacío que la mente alcanza!

Mas valiera morir; sí, mas valiera...
—Pero aquí, mis lectores,
Reparo que he dejado en la escalera,
Entre un cuarto tercero
Y la calle, á un amigo verdadero;
Y reparo que olvido sus dolores
Por ocuparme solo de los mios.
Siempre el hombre así fué, siempre mayores
Nuestros males juzgamos, mas sombríos.

Digo, pues, que bajaba
Adam los ciento y pico de escalones;
Y á medida que al término llegaba
Se amenguaban sus locas ilusiones.
Si D. Juan decidido de tal suerte
Á morir se mostró ¿de qué manera
En su impotencia, mísero, pudiera
Arrancarle á los brazos de la muerte?

Sin duda Adam abria
Sus ojos ya; la realidad odiosa
Por su desgracia con pavor veia.
Volvió la temerosa
Tempestad á bramar sobre su frente,
Y al amigo reciente,
Á quien ya amaba como tierno hermano,
Por perdido lloró; ¡locura estraña!
Llorando y todo, acarició en secreto
Una nueva esperanza; era el lejano
Eco falaz que al corazon engaña;
Era el recuerdo del amado objeto;
La última y loca y generosa idea
Que, en el supremo instante, con terrible
Ansiedad, quiere hacer de un imposible
Brotar el bien que el corazon desea.

Pensó en Lucas; aquel viejo menguado
Que, en su concepto, todo lo sabia,
Tal vez con su cinismo y desenfado
El problema fatal resolveria.

(1) Herrera.
(2) Rioja.

¿Quién sabe? Aquel bandido,
Llenándole de asombro y de sorpresa,
Habíale ofrecido
Llevarle á la mansion de la condesa
De Alcira, no escalando
Sus rejas y balcones; sino haciendo
Que ella con pecho conmovido y blando
Las tiernas frases de su labio oyera:
¿Qué prestigio mayor tener pudiera
El misterioso viejo, á quien un dia
Sepultado en un negro calabozo
Dejó, y hoy le ofrecia,
Presentándose libre en su camino,
Un porvenir de delirante gozo,
De amor inmenso y de placer divino?

. . . .

¿Veis á un niño llorar á un tiempo dado
Y reir à la vez, y estremecerse,
Y mostrarse asombrado,
Sin saber lo qué hacerse,
En medio del dolor y la alegría
Que súbitos le asaltan á porfía?
Pues Adam, de esa suerte,
Sintiendo ahora el corazon deshecho,
Sensaciones de amor, de vida y muerte
Loco albergaba en su sensible pecho,
Revolviendo en su mente calorosa
La duda horrible y la esperanza hermosa.

. . . .

Salió al fin á la calle, y diligente
En la acera de enfrente
Buscando á Lucas se plantó de un salto;
Mas fué grande su asombro y su amargura,
Mayor su sobresalto,
Cuando en vano buscó en la calle oscura
Del miserable viejo
La ruda y antipática figura.

Pidiendo Adam á su razon consejo
Tendió otra vez en derredor la vista,
Y azorado y perplejo,
En su propio sufrir fijó egoista
Su mente trastornada.
¿Dónde ir y qué hacer? ¡Ah! ¿por qué loco
Abandonó el hogar de su Salada,
Teniendo, imbécil, su cariño en poco?
¿Quién le mandó á la senda estraviada
De un mundo lleno de cruel falsía
Arrojarse, si el mundo empedernido
Para él desconocido,
Solo sombras y abrojos le ofrecia?

. . . .

Sin saber dónde ir, con paso lento
Ya la calle dejaba,
Cuando de pronto, y próximo el momento
De doblar una esquina, vió contento
Un bulto que el camino le atajaba.
Era Lucas, que haciéndole una seña
Con ademan imperativo, al punto
En llevarle tras sí tenaz se empeña,
Diciéndole á la vez:—«Ven, y allí, junto
La reja aquella, mira lo que pasa
En esa triste y miserable casa.»

Diciendo así, los dos á un edificio
De fachada ruin se aproximaron;
Y al través de una misera ventana,
Cuyas anchas rendijas permitian
Ver y escuchar, sus ojos aplicaron;
Y al par que allí lo que se hablaba oian
El subsiguiente cuadro contemplaron.

Era un tugurio estrecho,
Húmedo, súcio, de apariencia ingrata,
De aspecto ruinoso
Desde el suelo hasta el techo,
Donde un viejo belon de hoja de lata
Su escasa luz lanzaba vergonzoso,
Sobre un menguado lecho,
Y una pobre mesilla,
Y alguna que otra silla
De apariencia ó color indefinible,
Pues la mejor hallábase inservible.

Y allá en el lecho estaba
Recostada una vieja que, impaciente,
De vez en vez lanzaba,
Con labio maldiciente,
Alguna imprecacion, ó sonreia
Cuando no se movia
Provocando el dolor del accidente
Que sin duda postrada la tenia.
Y luego, desechando los enojos,
La saltona pupila de sus ojos
Con fijeza clavaba
En la mesa, que un grupo rodeaba
De hombres rudos de traje estrafalario
Y de patibulario
Rostro feroz; los cuales, con sosiego
Aparente, jugaban y bebian,
Fija el alma y los ojos en el juego
Y en la plata ó el oro que perdian.

—«Dos onzas á ese siete
Y ocho duros al rey;» dijo con calma,
Con su voz de falsete,
Un chusco mozalbete,
Que al parecer allí la voz llevaba
Y á quien Lucas miró con estrañeza.
—«Dos onzas—continuó—y aun la cabeza
Pondria yo á esa carta,
Por mas que haga chacota
Mi abuela, que así ensarta
Juramentos.»—«Sí, sí, bien se denota,
La anciana contestó, tu buen acierto;
El rey en puerta ha muerto
Y en vez del siete pintará la sota.
¿Lo ves? ¿no te lo he dicho?
Ya la sota salió; por tu capricho
Sin un real quedaremos; ¡Pupas! ¡Pupas!
Nieto mio, no juegues;
No mas al cielo escupas...
Yo estoy pobre y enferma; no te ciegues.»

—«Pues, señor, está visto;
(Gritó Pupas); erré con aquel siete.
Como ladron soy listo;
Mas, en punto á jugar, soy un zoquete.
Ahora verás, abuela:
Para salir de apuros,
Y á ver si este buen golpe te consuela,
Pongo el resto á ese as: van treinta duros.»

Perdiólos el muchacho impertinente,
Y la vieja, gritando enfurecida,
Presa se vió de un bárbaro accidente
Y víctima de horribles convulsiones.
Mas, volviendo á la vida,
Así gritó con todos sus pulmones:
—«¡Pillo! ¡pillo! tú fuiste
De mi hijo infeliz el asesino;

A tu madre al nacer diste la muerte;
Véte, véte de aquí; no quiero verte.
Sigue solo el camino
Que al presidio y la horca ha de llevarte;
Si no te vas, yo voy á denunciarte.
Llamaré á la justicia;
Diré que el bodegon habeis robado;
Que á ese pobre Alarcon le reteneis,
Dios sabe en dónde; haré que á ese malvado
Cura... sí, sí; diré que ahora teneis
Otro crímen fraguado.
¿Entiendes? lo sé todo: ahora quereis
El palacio incendiar de la condesa
De Alcira; pero no lo lograreis.»

. . . .
. . . .

Si la vieja siguió, casi demente,
Revelando los planes de su gente,
No lo dice la crónica secreta.
Se sabe solamente
Que Adam sintió la mano
Posarse del tio Lucas en su hombro;
Y que, lleno de asombro,
Dejóse conducir por el anciano,
El cual despues le dijo:
—«¿Qué te parece, hijo?
¿No es verdad que es preciso á la de Alcira
Defender y amparar?»—«Sí, sí, marchemos,
Dijo Adam con ardor, vamos al punto;
Que ya mi pecho, rebosando de ira,
Su indomable valor, su fuego ardiente,
Quiere probar al que ofenderla intente.
Mas antes dime, por piedad, si es cierto
Que mi amigo D. Juan...—D. Juan no ha muerto.
—¿Le podremos salvar?—Te lo aseguro.
—Pues vamos donde quieras.—Por ahora
No hay cosa que nos ponga en grande apuro.
La carta de D. Juan su amigo Enrique
Tiene ya en su poder, cumpliste en eso.
Deja que el uno á la justicia esplique
La situacion del otro: el tal proceso
Su curso seguirá...—No entiendo nada...
—Yo me entiendo, chavó; vamos andando
Y verás si tu viejo camarada
La senda de tu bien te vá enseñando.
Los dos desbaratando
Iremos con gran maña
De ese mal cura la infernal maraña;
Y luego... vamos, luego
Tronará lo que truene, Adam amigo;
Tú el jolgorio verás, verás la gloria.—
Entretanto, prosigo
Mi comenzada interrumpida historia.
Verás si te interesa
El saber quién soy yo, quién la condesa.»

II.

Sigue la historia de Lucas.

«Contábate no há mucho, si no es flaca
Mi memoria, que al cabo la chaveta
Perdí; la moza, que anheló casaca,
Se apoderó sutil de mi chaqueta.
Nos unimos; en ello no hubo maca;
Junto á un altar sentí la voltereta
Que me dió el corazon; pero es notorio
Que consumado allí quedó el casorio.»

«Yo no sé, chavalillo, si tú sabes
Lo que lleva consigo el santo nudo.
Son cosas por demás sérias y graves
Que acaso no comprende el mas sesudo.
Por el pronto, venenos con jarabes
Mezcla el diablo en un tarro, y testarudo,
Cada dia, (te dé una pataleta
Ó no te dé), una toma te receta.»

«No vayas á creer solo un momento
Que fuí desventurado, ni colija
Tu mente, que yo estuve descontento,
Pues fué en quererme mi mujer prolija.
Unos meses despues del casamiento,
Ya lo sabes: tuvimos una hija
Bella y galana cual gentil capullo,
Que al verla daba admiracion y orgullo.»

«No es tan blanca la nieve que los hielos
Cristalizan, tan roja la alborada,
Ni el azul trasparente de los cielos
Tan bello cuando el sol vá de bajada,
Como alegres y azules sus ojuelos,
Como blanca su frente nacarada,
Como rojos sus labios de amapola
Corales bellos que arrojó una ola.»

«Perdóname; no sé lo que me digo;
Ella nació del mar en la ribera
Y fué perla que hallar no pudo abrigo
En la concha mezquina en que naciera.
De ser esto verdad, es buen testigo
El mundo que la acata y la pondera,
Mientras yo, que guardar silencio debo,
Ni aun á pensar en su primor me atrevo.»

«Creció tan lejos ¡ay! de mi mirada...!
Pero advierto, chavó, que estás suspenso,
Notando como formo una ensalada
Con mi dolor y mi placer inmenso.
Hora es ya que la historia comenzada
Prosiga, levantando el velo denso
Del misterio fatal que nos envuelve
Y loco ¡ay triste! por mi mal me vuelve.»

«Digo, pues, que su madre y yo, en aquella
Prenda del alma y lazo venturoso
De amor, que amor en nuestro pecho sella,
Nos mirábamos; yo con cariñoso
Afecto, quise á mi mujer por ella;
Por ella mi mujer amó á su esposo
Con delirio tambien; y con anhelo
Entre sus brazos la meció su abuelo.»

«Pero dicen que el bien muy poco dura
Y en verdad que es el mal mas consistente;
Nube fué de verano mi ventura
Que arrastró el huracan furiosamente.
De allí á poco á la negra sepultura
Fué mi suegro á parar, y ví doliente
Romperse luego de mi amor los lazos,
Pues mi Nemesia falleció en mis brazos.»

«¡Pobre mujer! con ansiedad prolija,
Clavando en mí los anhelantes ojos,
Cuya pupila vidriosa y fija
No revelaba ni rencor ni enojos,
Me dijo al espirar:—«Lucas, mi hija
Queda sola entre zarzas y entre abrojos;
¿Ves? ya en la cuna mi ataud contempla;
Vela por ella, sus dolores templa.»

«¡Pobre mujer! sin duda comprendia
Lo que vale la sombra de una madre;
Tres meses nuestra hija no tenia

Y sola vióse al lado de un mal padre.
¡Un mal padre...! sí, sí, ¡pobre hija mia!
Yo debo confesarlo aunque taladre
Mi pecho aguda pena, aunque me abrume
El inmenso dolor que me consume.»

«Bien es verdad, que fuí tan desgraciado
Que disculpa me ofrece mi destino:
Pobre, triste, viudo, contrariado,
Solo hallé penas mil en mi camino.
Los bienes de mi suegro, á mi cuidado
Quedaban; mas la herencia luego vino
Á ser la piedra que ofreció á mi vida
Y á mi paz y á mi bien ruda caida.»

«De Nemesia enfadados los parientes
Un pleito me movieron al instante;
Y luego, rebuscando antecedentes,
Supieron mi pasado repugnante.
La justicia, tomándome entre dientes,
Pretendió con calor echarme el guante;
Mas yo, á mi vez, aunque parezca ingrato,
No quise entrar con la justicia en trato.»

«Tuve que huir dejando á mi preciosa
Hija infeliz nacida en mala estrella,
En brazos ¡ay! de una mujer piadosa
Que al partir me ofreció velar por ella.
Solo y á pié, por ser segura cosa
Que á caballo darian con mi huella,
Del cortijo salí donde vivia,
En una noche tenebrosa y fria.»

«Es verdad que llevaba algun dinero;
Pero era poco y se acabó al instante,
Que todo el mundo roba al pasajero
Y mucho mas al que camina errante.
Á varios pueblos me acerqué primero;
Mas llevando pintado en el semblante
Mi delito y el miedo que sentia,
De todos ellos presuroso huia.»

«Bien mirado... ¿qué quieres? no era el mismo:
Mi valor se trocaba ya en flaqueza;
Que antes jamás me acobardó el abismo
Y ahora temí jugarme la cabeza.
¿Era efecto tal vez de ese egoismo
Que con los años á sentirse empieza
Pugnando por vivir aunque es ya tarde,
Ó es que al ser padre me volví cobarde?»

«Yo no lo sé; lo cierto es que temblaba
Como un niño; y ni fuí contrabandista
Ni ya en poblado tentacion me daba
De robar; en el campo una conquista
Tampoco supe hacer; me figuraba
Que iban tras mí siguiéndome la pista,
Los esbirros, la ronda y los soldados
Como sabuesos del olor guiados.»

«Llegó, no obstante, un dia que no olvido,
En que, muerto de hambre y sin un cuarto,
Enfermo, quebrantado, mal vestido,
Traté furioso de encontrarme harto.
Me acerco no sé á quién, limosna pido,
Las espaldas me vuelve, de él me aparto,
Y luego penetrando en una tienda
Pido un pan y un chorizo con *fachenda*.»

«Me exigen un haber que no tenia
Y echo á correr al punto desalado;
El tendero con grande vocería
Sale á la calle y muéstrase indignado.
Las gentes me persiguen á porfía
Sabiendo que es un pan lo que he robado...!
Cosas del mundo, hijito, los ladrones
No deben pan robar, sino millones.»

«Yo he visto á muchos... pero aquí no es cosa
De decir lo que he visto en este mundo;
Mi historia se vá haciendo empalagosa
Y yo no soy filósofo profundo.
Que mi accion torpe fué y aun vergonzosa,
Yo lo digo y con ello me confundo;
Que al fin la ley que al criminal castiga
Es de torpes ladrones enemiga.»

«Era justo pagar aquel delito;
Mas ¡qué diablos! me carga la chirona
Y temiendo caer en el garlito
Me largaba mas listo que Cardona.
Solo un gran corredor, hombre maldito
Con mas piernas que un gamo, mi persona
Dió en seguir, y me pilla de seguro
Si un ángel no me libra del apuro.»

«Fué una mujer, Adam; no la veia
En el oscuro sitio en donde estaba;
No la ví, te lo juro; que ya el dia
Con la noche sus luces amenguaba.
Penetré sin saber lo que me hacia,
En un zaguan, por ver si me salvaba,
Y una voz femenil, hiriendo el viento,
Me hizo temblar de espanto y de contento.»

«¿Sabes quién era? ¿brota por ventura
En tu mente un recuerdo, no estinguido
Ni olvidado jamás? ¡Oh! ¡Qué locura!
¡Tú no sabes querer, tú no has querido!
La mujer que allí estaba, en sombra oscura
Envuelta, y cuya voz hirió mi oido,
Era... ¡maldita tu ignorancia insana!
Era... ¿no lo comprendes...? ¡mi gitana!

«Era el amor primero de mi vida,
La luz del alba de misterios llena,
Que en mi adorada juventud perdida
Miré anublarse con horrible pena.
La muchacha gentil, fresca, pulida
Como casta, bellísima azucena;
El sol de mi ilusion, la rica lumbre
Que hermosa brilla en la celeste cumbre.»

«Era, sí, mi Salada; la hechicera,
Hermosa, y dulce y sin igual Salada;
No la Salada que en tus manos fuera
Joya en verdad poquísimo estimada.
Tú conoces á estotra; aquella era
Mas linda, mas garbosa y adamada.
Vamos, muchacho, el loco pensamiento
No se atreve á esplicarte aquel portento.»

«¡Ay! ¡ya murió! Yo soy un lobo cano
Que juró aborrecer á las mujeres;
No hagas caso de mí; vamos al grano
Y escucha lo que queda, si es que quieres.
Digo, pues, que con ella, mano á mano,
Disfruté del placer de los placeres;
Que ella, despues que me salvó en su casa,
Sintió este fuego que aun mi pecho abrasa.»

«Tuvo al fin compasion, lástima tuvo
Y un puesto me cedió dentro del pecho;
La infeliz algun tiempo se mantuvo
Dudosa y triste—así yo lo sospecho.—
Su amor ardiente con dolor contuvo;
Mas vencida y esclava, en su despecho
Me confesó que en el primer instante
Loca me quiso con afan constante.»

«¡Pobre Nemesia! su memoria tierna
Como el humo extinguióse de repente.
Fué mi mente una especie de linterna
Y el diablo la apagó súbitamente.
Solo Salada triunfa y me gobierna
Como un rey, cuando el rey manda en su gente;
Que hay monarcas con fuerzas poderosas
Por la gracia de Dios... y de otras cosas.»

«Pasados unos meses sin hastío,
Pues fueron para mí solo un momento,
Mi gitana una tarde, con gran brío,
Penetró de repente en mi aposento.
—«La justicia te busca, Lucas mio,»
Díjome triste con turbado acento.
«Un auto de prision contra tí han dado
Y es fuerza que te ocultes de contado.»

—«Ocultarme! y en dónde? en qué guarida?
(Dije yo), ¿dónde iré sin tí, que eres
Faro que alumbra el golfo de mi vida?
¿Cómo alejarme de tu lado quieres?
Deja, deja que venga prevenida
La justicia y me prenda.»—«¡Qué! ¿prefieres
Á escaparte conmigo, preso verte?»
—¿Qué dices? ¡Oh..!—Que seguiré tu suerte »

«Viendo su noble decision, postrado
Quedé á sus pies, en lágrimas deshecho;
Que vergüenza me dió de verme amado
De una mujer de tan heróico pecho.
Con pena me acordé de mi pasado;
Asesino y ladron hecho y derecho,
Solo un horrible porvenir podia
Ofrecer á quien tanto me queria.»

«Ella y su madre y yo, á la madrugada
Siguiente, de aquel pueblo, con sigilo
Nos marchamos, llevando mi Salada
Pendiente siempre el corazon de un hilo.
Quisimos á la villa coronada
Volver, y hallar en su grandeza asilo;
Es decir, ocultar en ella el bulto
Y ver el modo de alcanzar indulto.»

«Cuantos planes formamos! indultado
Que yo fuese, otra senda seguiria;
De mi antiguo señor volviendo al lado,
Fiel, sumiso y leal le serviria;
Y pidiéndole luego de prestado
Un poco de dinero, prestaria
Yo á mi vez con muchísimo talento,
Ganando diez por diez, ciento por ciento.»

«Hay quien truena feroz contra la usura,
Pues dicen que el sudor del pobre bebe
Y aun la sangre de aquel que sin ventura
Á tomar ciertos préstamos se atreve.
Mas yo digo que aquel que con cordura
Roba á la luz del siglo diez y nueve,
Sin esponerse á que la ley le apliquen,
Es digno de que al fin le santifiquen.»

«Duplicar un caudal; hacer de un cero
Un millon; de un millon veinte millones;
Tener coche y palacio y ser banquero...
¿Qué mas gloria ni mas satisfacciones?
Si fué un dia judío y usurero
Eso ¿qué importa... ¡Ba! preocupaciones
Tienen los tontos; pero aquel que atiende
Á su bien nada mas, es quien lo entiende.»

«Pensando en tales cosas, caminamos
Tres noches; mas al cabo, á la postrera,
Cuando mas en el aire levantamos
Castillos de apariencia lisonjera,
Sorprendidos los tres nos encontramos
Por una triste circunstancia fiera,
Conociendo que el hombre un bien propone
Y luego el cielo á su placer dispone.»

«Me ví enfermo, chavó, mas de tal suerte
Y con tanto rigor amenazado,
Que le ví las orejas á la muerte
Entre agudos dolores de costado.
Entonces, moribundo, casi inerte,
Ví á Salada llorar, y yo bañado
En lágrimas tambien, con fé prolija:
—«Sé madre, dije, de mi pobre hija.»

«No pude hablarle mas; pero me acuerdo
Del ademan de mi gitana bella;
Que, aunque muy malo, me encontraba cuerdo
Y ella escuchó piadosa mi querella.
—«Si te prenden, si mueres, si te pierdo,
No dudes, no, que velaré por ella;
Iré á buscarla en su rincon oscuro
Y su madre seré, yo te lo juro.»

«Esto me dijo y lo cumplió en su dia;
Yo sané; mas tan débil me encontraba
Que montar á caballo no podia
Ni andar á pié, por mas que lo intentaba.
Entretanto, la curia que seguia
Mi proceso y mi vida averiguaba,
Conmigo al cabo dió: dijo ahí vá eso
Y vino un juez y me llevaron preso.»

«Preso fuí y á la cárcel conducido
En medio de erizadas bayonetas,
Silbado por la gente y aburrido
Al oir sus pesadas chanzonetas.
Que el hombre, cuando al hombre vé caido,
Ya no oculta sus viles morisquetas
Y su mal corazon demuestra á veces
Con risas descompuestas y soeces.»

«¡Adios amores, dichas, alborozo!
¡Pobre de mí, apartado de Salada!
¡Sumergido en un negro calabozo
Sin luz, sin dulce libertad amada!
¡Mal haya quien no sabe desde mozo
Seguir la senda de la vida honrada!
¡Mal haya el mundo que jamás detiene
Al hombre loco que al abismo viene!»

«¡Mal haya...! pero ¿á qué me meto ahora
En estos pensamientos tan estraños?
El mundo al hombre que en el mal adora
Le promete castigo y desengaños.
Dicen que á veces los delitos dora
El *parné*; yo no tuve, y por diez años
Á un presidio marché, porque aprendiera
Á ser bueno, y en él me corrigiera.»

«Verdad es que allí ví lances divinos
Y aprendí cosas mil que no sabia,
Pues con otros ladrones y asesinos
De mis propios dolores me reia.
Á los vicios abriendo anchos caminos
El feroz corazon se endurecia;
Mas no tanto que un punto á mi hija amada
Olvidase, ni menos á Salada.»

«Cuánto horror! qué inquietud! oh qué tormentos!
No pudiendo robar á Dios su amparo,
Robar quise sus alas á los vientos
Siempre de dulce libertad avaro.
En felices y rápidos momentos
Hallé un resquicio que encontré algo claro

Y al moro me fugué con mucha maña
Dando la vuelta con sigilo á España.»

Llegué á Madrid, pues en Madrid vivia,
Con mi hija querida, mi gitana;
Y una mañana, cuando el sol salia,
Dí un silbido tocando en su ventana.
Alcé la voz, un grito de alegría
Adentro resonó, y el alma ufana,
Estremecida de placer, dió un vuelo
Remontándose audaz al alto cielo.»

«Se abrió la puerta y... vamos, me parece
Que aun siento miedo al recordarlo ahora.
Mi abatida razon se desvanece;
Mi corazon despedazado llora.
¿Por qué el hombre que mísero aborrece
La vida horrible, sucumbir implora,
Sin que la muerte despiadada y fiera
De sus pasos ataje la carrera?»

«Yo no lo sé; tan solo á mi turbada
Mente, aparece el cuadro pavoroso
Que entonces vi... ¡Dios mio! mi Salada
Era casi un cadáver horroroso.
Pálida, mústia, triste, mutilada...
¡Mutilada, sí, si...! su rostro hermoso,
Antes divino, plácido y sereno,
Entonces vi de cicatrices lleno.»

¿Qué torpe mónstruo levantó su mano
Y en el cielo la puso de mi bella?
¿Qué agudo hierro, bárbaro, inhumano,
Allí imprimió su inalterable huella?
¡Ay! yo sondaba mi razon en vano
Mientras doliente y temblorosa ella
Entre sus brazos me estrechó gimiendo
Un mar de llanto á la sazon vertiendo.»

«Tanto fué mi dolor, y mi agonía
Tanta, que apenas, en mi afan tirano,
Reparé en una niña que imprimia
Sus labios inocentes en mi mano.
¿Era tal vez aquella la hija mia?
¡Oh! sí, que padre me llamó, y no en vano;
Su voz sonó de pronto aquí en mi pecho
Y á él la apreté gozoso y satisfecho.»

«Luego... luego... apartándola... mis ojos
Fijé en los suyos, contempló su frente,
Y en el alma sentí fieros enojos,
Pues una duda me asaltó inclemente.
Misterios hay que punzan como abrojos
Cuando el hombre aclararlos impaciente
Intenta, y vé que su razon se ofusca,
Pues la verdad entre delirios busca.»

«La niña que en mis brazos apretaba,
Era de tez suave, algo morena;
Y la hija del alma á quien buscaba
Blanca nació, cual pálida azucena.
Un lunar que en su cuello esta llevaba
No vi nunca en la otra... ¡Oh! con que pena
En todo me fijé; con qué desvelos
Devoré la tortura de mis celos!

«¿Pudo ¡ay de mí! mientras mi larga ausencia
Olvidarme Salada? ¿pudo acaso,
Precisada una vez por la indigencia,
Cometer un desliz, dar un mal paso?
Aquella niña llena de inocencia,
¿Era su hija? y siéndolo, en tal caso
¿Dónde estaba la mia? ¿dónde estaba
La dulce prenda que mi amor buscaba?

«Confieso que mi vida fué un tormento
Desde aquel triste infortunado dia;
Mas tuve que ocultar mi sentimiento
Porque vi que Salada sucumbia.
Bajo el peso cruel de un pensamiento
Que abrumaba su triste fantasía,
La vi doblarse como flor tronchada,
Pálida, mústia, seca, destrozada.»

«¡Pobre infeliz! su moribunda frente
Inclinó... mas ¿por qué me estoy matando
Con un recuerdo bárbaro, inclemente,
Que el pecho sin piedad me está prensando?
¡Ella era buena! siempre fué inocente
Y yo infame la estuve calumniando!
Su desgracia causé, y aun todavía
Dudando de su amor la escarnecia.»

«¡Déjame! deja, que vertiendo un rio
De ardiente llanto, el corazon desfogue;
Tras tantos años de dolor sombrío
No es posible callar sin que me ahogue.
Si soy débil, si muestra el llanto mio
Mi flaqueza, que el alma desahogue
El peso atroz que soportó altanera,
Y despues diga el mundo lo que quiera.»

«Y en tanto que una lúgubre campana
Nos anuncia con fúnebre tañido
Que en mis brazos ha muerto mi gitana;
Que la luz de mi vida se ha estinguido;
Oye tú, si aun de oirme tienes gana,
Y yo puedo contarlo de corrido,
Lo que al morir me dijo, y en mi mente
Permanece grabado eternamente.»

III.

Lo que la gitana dijo.

«Levantando la cabeza
Y vertiendo muchas lágrimas,
Con débil y opaco acento
Esto dijo la gitana:»

«Voy á morir, Lucas mio;
Los cielos así lo mandan.
Permitan ellos que alcance
La salvacion de mi alma.»

«Por tu amor á morir vengo;
Harto bien lo presagiaba
Cuando mis ojos leian
De tus manos en las rayas.»

«¿Te acuerdas? entonces loco
Tu cariño ponderabas;
Mas hoy, mudo, con horribles
Dudas mi pecho traspasas.»

«Es cierto que no es tu hija
Esa niña infortunada;
Mas no por eso te he sido
Indiferente ni ingrata.»

«El dia que de tu lado
Me separó la desgracia,
Traté de ver si un indulto
Para tus culpas hallaba.»

«Mas antes de todo, quise
Recoger á tu hija amada,
Y con ella entre mis brazos
Volví á la córte de España.»

«Volví á Madrid, y al instante
Con mi pobre madre anciana,
Del duque tu antiguo amo
Pisé el opulento alcázar.»

«Gimiendo y llorando triste
Yo me arrodillé á sus plantas;
Le rogué que al rey pidiese
Un perdon para tus faltas.»

«El duque, compadecido,
Llegó á empeñar su palabra
De hacer que te concedieran
El indulto que anhelabas.»

«Tomó de mi pobre albergue
Las señas, volví á mi casa
Y allí con tu hermosa niña,
El resultado esperaba.»

«Mas una noche ¡Dios mio!
Siento que á mi puerta llaman
Y entre sombras miro al duque
Precipitarse en mi estancia.»

«Salí á su encuentro gozosa,
Llena de impacientes ánsias,
Porque tu perdon creia
Que ya escrito me llevaba.»

«Mas él, dejándome llena
De estupor, me dijo:—¡Calla!
Calla y escucha en silencio;
Que mi situacion es árdua.»

«Unos hombres me persiguen
Y allí en la esquina me aguardan;
Si me ven con este bulto
Muerto soy á puñaladas.»

«Díjome azorado; y luego
Desembozando su capa,
Dejóme ver una niña
Que dormidita llevaba.»

—«Es mi hija, dijo el duque,
Mas su madre desgraciada
Tiene que apartarse de ella;
Tú cuidarás de su infancia.»

«Toma un puñado de oro
Y esta cadena de plata;
Quien otra igual te mostrare
Será el dueño de esta alhaja.»

«Calló, á la niña en la frente
Dió un beso; vertió una lágrima,
Y yo atónita y confusa
Le ví salir de mi casa.»

«Cuidé de la niña aquella
Cual de la tuya cuidaba,
Y ambas á dos en mis brazos
Las inocentes jugaban.»

«Mirándome estaba en ellas:
Parecian dos hermanas,
Si bien la tuya á la otra
Un año y medio llevaba.»

«¡Cuántas veces, cuántas veces,
Con amorosas palabras,
En hacerlas me entretuve
Que tu nombre pronunciaran!»

«Mas ¡ay! que mi madre enferma
Postrada cayó en la cama;
Y tu indulto no venia...
¡Ay! ¡tristes mis esperanzas!»

«Otra noche ví á mi madre
Casi dar las boqueadas,
Y salí en busca de un médico
Llevando transida el alma.»

«Tu hija preciosa, dormida
En su lecho se quedaba,
Y yo, llevando á la otra,
Crucé calles, crucé plazas.»

«Luego volví con el médico...
¡Pobre de mi madre anciana!
¡Desdichada de tu hija!
¡Ay de mí desventurada!»

«¡Mi madre ya no existia!
¡Tu niña... no estaba en casa!
¿Quién la robó? Escucha, escucha,
Que es poco lo que me falta.»

«Vestida de negro luto;
Por el dolor traspasada,
Busqué al duque, y ya en la córte
El duque no se encontraba.»

«Sola en el mundo, abatida,
Por el dolor devorada,
Queriendo hallar á tu hija
Nunca descanso me daba.»

«Tres años ¡ay! trascurrieron,
Y al escribirte mis cartas,
No supe, no, revelarte
Aquella inmensa desgracia.»

«Siempre en mi pecho tenia
Ocultas mis esperanzas,
Alentándome la idea
Consoladora de hallarla.»

«Y la hallé: yo la ví un dia
En carretela dorada
Cruzar á mi vista el Prado
Con una orgullosa dama.»

«Pregunté á toda la gente
Que á mi lado se encontraba,
Quién era el altivo dueño
De aquel tren y aquellas galas.»

—«Es el baron de la Estrella,
Me dijeron; y yo ufana
La casa del potentado
Todos los dias rondaba.»

«Y uno llegó en que á tu niña,
Que era tan bella y bizarra
Como un ángel, en un fresco
Jardin ví al romper el alba.»

«Sus dulces y azules ojos
Fijos en el cielo estaban,
Y un manto de hermosos bucles
Le cubria las espaldas.»

«En verde y frondoso trono
De flores y erguidas ramas,
Gozosa los dulces trinos
De las aves escuchaba.»



«Entré en el jardin corriendo,
Cogila en brazos, y á casa
La llevé; pero sin duda
Hubo quien me vió robarla.»

«Y penetrando mas tarde
Tres hombres con negras máscaras
En mi cuarto, me quitaron
La hija de tus entrañas.»

«Quise gritar; pero aleve
Un puñal hirió mi cara,
Y sentí que con mi sangre
La vida se me escapaba.»

«Desde entonces, Lucas mio,
Mis penitas fueron tantas
Que mis turbios ojos eran
Fuentes de abundosas lágrimas.»

«No hubo para mí consuelo,
Ni hubo para mí esperanza,
Que me hallé sola en el mundo
Doliente y desamparada.»

«Viniste y ví tus sospechas;
Ví las dudas de tu alma;
Callaste y tuviste celos;
Pero yo te idolatraba.

«Muero por tí, tú lo sabes;
No llores, no sufras, calla;
Que si advierto que me quieres
Me vá á ser la vida grata.»

«Deja que tranquila muera:
Mi sentencia escrita estaba,
Y yo la supe leyendo
De tus manos en las rayas.»

«La niña que al lado nuestro
En este instante se halla,
Es la que el duque tu amo
Aquí en mi poder dejara.»

«Adios y pide á los cielos
Que me perdonen mis faltas;
¡Lucas...! adios para siempre!
No olvides á tu gitana.»

IV.

«De ese modo su relato
Terminó el viejo bandido
Enjugándose una lágrima
Y ahogando un hondo suspiro,
Cual si de nuevo quisiese
Á su pecho endurecido
Volver la espantosa calma,
Y el altanero cinismo
De quien sus penas ahoga
En el mar negro y bravío
Do rugen las tempestades
Que alzan el crimen y el vicio.
Mas segun cuenta la crónica,
Él y Adam, ambos solícitos,
Siguieron cruzando calles
Silenciosos y sombríos.»

. . . .

—¿Qué piensas? pregunta Lucas
Al cabo, ¿qué sientes, hijo?
—Lo que pienso, le responde
Adam, no puedo decírtelo.
Tú me has contado una historia
Que me hace perder el juicio,
Pues no comprendo que pueda
Ser verdad lo que me has dicho.
¿Por qué razon os robaron
Á tu hija?—¡Pobre chico!
Si tú adivinar pudieses...
—Nada sé, nada adivino;
Mas sabiendo tú quién era
El ladron, ¿por qué motivo
No fuiste y se la quitaste
Como tu Salada hizo?
Oye: una vez yo miraba
Estático, un pobre nido
Que dos lindas avecillas
Rondaban con grande ahinco,
Enviando á sus polluelos
Tristes y amorosos trinos.
¿Sabes por qué? No distante,
La mano andaba de un niño
Que el nido arrancó traviesa
De su humilde oscuro sitio.
Y ¿sabes tú lo que hicieron
Entonces los pajaritos?
Si los vieras, de seguro
Te hubieras compadecido.
El padre y la madre, juntos
Batieron sus alas tímidos
Primero; mas luego, airados,
Por el aire dando giros

Del rapazuelo en la mano
Clavan sus agudos picos,
Á riesgo de que en la lucha
Quedaran los dos cautivos.
¿Por qué, por qué, por tu hija
No hiciste, Lucas, lo mismo?
—Porque al morir mi gitana
Volví otra vez á presidio,
Y desde entonces mi vida
Perdurable infierno ha sido,
Aunque mi labio riendo
Siempre lo contrario ha dicho.
—Pero tu hija...—Mi hija
Era feliz en su altivo
Palacio, y tal vez hubiera
Á su padre maldecido.
—¡Imposible!—Óyeme un poco,
Y no me interrumpas, hijo.
Si estimas á la condesa;
Si le tienes el cariño
Que no hace mucho mostraste
Cuando hablabas con tu amigo
D. Juan, en tanto que oculto
Yo me hallaba en cierto sitio,
No seas imprudente, oye
Y obedéceme; yo he sido



Muy malo, y acaso no haya
Purgado bien mis delitos.
La jóven condesa tiene
Oro, mas tiene enemigos,
Y he de velar por su vida
Á la que atentan inicuos...
De hoy mas, Adam, en mi ayuda
Vendrás, en tu amor confio.
Yo he buscado un cuarto enfrente
De su casa; vela, hijo;
Vela por ella...—¿Y Salada?
—¡Pobrecilla! no la olvido;
Que por mi causa la pobre
Tuvo un funesto destino.
—Y sin embargo...—Es la hija
Del duque; su padre quiso
Hallarla; pero fué en vano
Por mas que buscó solícito.
—¿Por qué no se la volviste
Al instante?—Yo le he dicho
Que murió la niña.—¡Calla!
Eso es horrible, es indigno.
¿Qué mal te causó ese padre?
¿Qué daño el duque te hizo?
—Es noble.—Y bien...—Yo aborrezco
Á los nobles por instinto
Y por... dime, ¿no recuerdas
Que fué un noble maldecido
El que me robó á mi hija,
El que en el rostro bellísimo
De mi gitana, inclemente
Clavó de un puñal el filo?
¿Lo olvidaste por ventura?
Pues yo me dije á mi mismo:

Que otro noble pague el pato
Y negocio concluido.
—Pero, porque sea un noble
Malo, ¿es justo, será lícito
Que todos sean juzgados
Así, y así aborrecidos?
—¿Qué sé yo?—Calla, no eres
Justo, Lucas; yo que mísero
Nada sé, tal vez ahora
Muchas cosas adivino.
¡He sufrido y visto tanto
Á vuestro lado!—Y ¿qué has visto?
—Muchas y grandes miserias;
Muchos y grandes delitos;
La cólera, la venganza,
Los mas ruines instintos
Pregonados con orgullo
Al punto de ser sentidos.
—Parece que bien no quieres
Á los pobres, chavalillo.
¿Por ventura debes algo
Á los nobles y á los ricos?
—Nada, nada; pero escucha:
En esos altos recintos
Donde hay damas tan hermosas
Y galanes tan cumplidos;
En esos bellos palacios
Donde amor fijó su nido,
La vida debe tranquila
Correr como manso rio,
Dilatándose gozosa
Por entre valles floridos.
Y los séres que se agitan,
Con apacible deliquio,
En la embalsamada atmósfera
De esos preciosos asilos,
Deben ser buenos, tan buenos
Como yo los imagino.
—¿Sí? pues sígueme...—¿Y á dónde
Me llevas?—Sígueme... y chito.
En la taberna de al lado
Tenemos que hacer...—¡Dios mió!
Otra vez á esos tugurios...
—¿Reniegas de ellos, chiquillo?
—Si en ellos vivir debiera
Siempre, sabria tranquilo
Quitarme la vida antes
Que habitar en tales sitios.
—Te has vuelto un mandria; de todo
Te asustas; allí un escrito
Voy á poner, instrucciones
Podré darte; cierra el pico
Y dentro de diez minutos
Realizarás tus caprichos.
Vas á pisar un palacio;
Vas á ver un paraiso;
Quiera Dios que alegre puedas
Relatarme lo que has visto.»

V.

Esto con fiera ironía
Replicó el viejo bandido,
Y segun cuenta la crónica,
Él y Adam, ámbos solícitos,
Cruzaron algunos puntos
Misteriosos y sombríos,
Mientras las dos en la torre
Dieron de un templo vecino.

CANTO XVII.

I.

Gran salon de descanso profusamente iluminado en el palacio de la condesa de Alcira.—Magníficos rompimientos, en cuyos intercolumnios se destacan preciosas estátuas con candelabros dorados, en los que arden perfumadas bujías.—Al pié de cada estátua se hallan colocados primorosos jarrones de china con ramos de flores que embalsaman la atmósfera.—De las bóvedas y artesonados penden lámparas riquísimas.—Muebles ostentosos y elegantes.—Vistas por un lado á una galería de mármol, con balaustrada, que conduce al jardin.—Este aparece iluminado con vasos de colores y bombas de cristal, á cuyos brillantes reflejos pueden descubrirse entre el follage multitud de kioscos, fuentes, estátuas y tazas de alabastro con caprichosos surtidores.—Por otro lado del salon se prolonga la ancha crugía de habitaciones espaciosas, que se hallan cuajadas de personajes que bailan ó discurren por todas partes.—Músicas, coros y ruido de carruajes que llegan ó se alejan de las puertas del edificio.—Los relojes del palacio señalan las dos y media de la madrugada.

ESCENA PRIMERA.

Adam.—Un criado. (*Con una carta en la mano.*)

ADAM.

¡Oh! ¡Cuánta magnificencia!

CRIADO.

Aunque me eche cien pelucas...
Pero ¿quién es ese Lucas
Que vela por su excelencia?

ADAM.

Eso no te importa á tí.

CRIADO.

¿Como que no? ¡Pues á ver...!
Yo que la he visto nacer...

ADAM.

¡Mientes!

CRIADO.

¡Qué genio! ¡ay de mí!
Antes por poco me pega,
Y ahora en sus fieros enojos
Parece que con los ojos
Quiere comerme... (*Haciendo que se vá.*

ADAM.

Me ciega
Tanta luz ¡oh! ¡qué armonía!

¡Qué lujo! ¡cuántos primores!
En esta mansion de amores
La noche se trueca en dia.

CRIADO.

Y dígame usted, mocito,
¿Si se enfada la señora
Porque le presento ahora
Este demonio de escrito...?

(*Dando vueltas á la carta.*)

¡Vaya una letra! mi mente,
No concibe ni penetra
Que quien escriba tal letra
Sea racional ni decente.

ADAM.

Y sin embargo...

CRIADO.

Yo hallo
Que en esto algun diablo anda;
Mas la señora es quien manda
Y yo la obedezco y callo.
«Si á buscarme alguna vez,
»Me dijo, viniera un hombre
»Que Lucas tiene por nombre,
»No le muestres altivez.
»Míralo con indulgencia,
»Que aunque jamás le he tratado,
»Por dos veces me ha salvado
»El honor y la existencia.»

ADAM.

¿Eso dijo?

CRIADO.

Y segun ley
Á esas órdenes me atengo.
Voy, doy la carta y me vengo...

(*Encogiéndose de hombros.*)

Ni quito ni pongo rey.
Le diré que está usté aquí
Esperando... (y á fé mia
Que es bizarro); que le envia
Ese tio Lucas...

ADAM.

Sí, sí...

CRIADO.

Pues... agur; usted se llama...

ADAM.

Adam.

CRIADO.

(Me choca su nombre.
Señor, quién será este hombre
Que osa acercarse á tal dama?)

ESCENA II.

ADAM.

¡Qué placer! en este centro
Que tantas riquezas guarda,
El corazon se engrandece,
La imaginacion se ensancha.
Este es el mundo encantado
Que yo tanto codiciaba:
Luces, aromas, divinas
Melodías; lujo, galas,
Esplendor... ¡ah! ¡quién pudiera
Ser dueño de esta morada!
¡Cuántos vasos, cuántas flores,
Cuántas hermosas estátuas,
Cuánto tazon, cuánto juego
De frescas y puras aguas...!
Allí peces de colores...
¡Oh! ¡qué bellos! ¡cómo saltan!
Recuerdo aquel que tenia
Aprisionado Salada.
¡Salada...! ¡la hija de un duque
Que de la pobreza ingrata
Víctima fué... ¡Qué misterios
Encierra la vida humana!
¡Oh! veamos: me fascina
Ese jardin... por él vagan
Algunas mujeres bellas
Que juegan en la enramada.

(*Acercándose á la galería.*)

Qué atmósfera se respira
Tan agradable; con ánsia
La fresca brisa percibo
Que aquí llega perfumada.
Quiero bajar un momento.
Un solo instante me basta
Para refrescar mis sienes,
Para revivir el alma.

(*Baja por la escalinata observándolo todo con admiracion y júbilo.*)

ESCENA III.

El baron de la Estrella.—Caballeros 1.° y 2.°

CABALLERO 1.°

Se lo aseguro, baron:
Desde que tengo razon
Jamás he visto una fiesta
Tan brillante como esta.

BARON.

Gracias.

CABALLERO 1.°

No es adulacion.
Su hija de V. ha logrado,
Con sus manos delicadas,
Alzar un mundo encantado
Y hoy su palacio ha trocado
En una mansion de hadas.

BARON.

Confieso que no está mal
Lo que la hija que adoro
Realizó; tiene caudal
Suficiente; y con el oro
Se hacen prodigios.

CABALLERO 1.°

No tal:
Sin gusto no hay perfeccion,
Y fueran vanos derroches
Querer competir, baron,
Con quien en esta ocasion
Vence á las mil y una noches.

CABALLERO 2.°

Cierto; y es fuerza persuada
El conjunto de portentos
Que al alma deja asombrada.

De hoy mas, no es ya Scheherazada (1)
La sultana de los cuentos.
Ciego será quien no viere
Que la lucha se entabló.
Y la victoria prefiere
No á quien prodigios refiere
Sino á quien los realizó.
Todo aquí á la mente agrada;
Cuanto se escucha y se vé.
La vida está idealizada.
Fijad si no la mirada
Allí, cual yo la fijé.
(*Señalando al jardin.*)
Ved como allá se divisa
El cupidillo gracioso,
Que con infantil sonrisa
Sus blancas alas ansioso
En vano tiende á la brisa.
Mas allá una Venus bella
En actitud ideal,
Apenas fija su huella
Sobre el líquido cristal
Que ufano á sus pies se estrella.
Y las fuentes van formando
Mil caprichosos primores
Tras sí los ojos llevando;
Y entre el follaje brotando
Se ven las luces y flores.
Todo con tanto primor
Está, que el espectador
No adivina, ó no presume,
Si la luz tiene perfume
Ó rayos de luz la flor.

BARON.

Y en punto á la concurrencia
¿Qué os parece...?

CABALLERO 1.°

Yo la encuentro
Brillante...

CABALLERO 2.°

No hay eminencia
Que ahora no anime allí dentro
El baile con su presencia.
Mientras las bellas sus gracias
No son en mostrar reacias,
Y de amor el dardo afilan,
Todas las aristocracias
Se confunden y asimilan.
Allí se ostenta el talento,
Resplandece la riqueza,
El valor fija su asiento,
Y logran acatamiento
El honor y la nobleza.
(*Se oyen carcajadas.*)

BARON.

¿Quién viene...?

ESCENA IV.

Dichos.—El general...—Caballeros 3.° y 4.°

CABALLERO 3.°

¡Ja! ¡ja! Diria...

GENERAL.

Qué estraña jovialidad!

(1) La que inventa y refiere los cuentos fantásticos de *Las Mil y una noches.*

CABALLERO 4.°

Pues juro que he de vencer;
Que la apuesta he de ganar.

BARON.

Señores...

GENERAL.

¡Ola! baron.

BARON.

Bien venidos por acá.
¿De qué se estaba tratando

GENERAL.

De una apuesta singular.

CABALLERO 4.°

Singular ó no, parece
Que no es el momento actual
Á propósito...

CABALLERO 1.°

Sepamos.
Ya tengo curiosidad...

BARON.

Yo tambien, si no parece
Indiscreto preguntar...

CABALLERO 3.°

¡Ja! ¡ja! el encuentro es gracioso.
Y oportuno por demás.

CABALLERO 2.°

¿Venís del baile?

CABALLERO 3.°

Sí, hombre;
Y el señor llegó á apostar...
¿Lo digo?

BARON.

Ya le escuchamos.

CABALLERO 3.°

Si V. palabra nos dá
De no ofenderse...

CABALLERO 4.°

¿Y por qué
El baron se ha de enfadar?
En estas cosas opina
Como quiere cada cual,
Y yo ofender no he querido
Á la condesa jamás.

BARON.

¡Qué! ¿Se trata por ventura
De mi noble hija?

CABALLERO 3.°

Cabal;
Y es el lance mas donoso
Que se puede imaginar.

BARON.

Con tanto y tanto misterio
Picándome un tanto vais...

(*Viendo á los caballeros 1.°, 2.° y 3.° que hablan bajo y se sonrien.*)

GENERAL.

Pues la cosa es bien sencilla.
(*Con seriedad.*)

CABALLERO 4.°

Cuéntelo usted, general.

GENERAL.

Seré breve en cuanto pueda;
Mas para poder contar
La historia, tengo que haceros
Una pregunta esencial.
¿Conoceis todos al conde
Jacobo Riestri?

BARON. (*Aparte.*)

¡Ah!

TODOS.

Sí, sí.

BARON. (*Afectando indiferencia.*)

¿Con que se trataba
De ese estranjero...?

GENERAL.

Sí tal:
Tratábase de ese ilustre
Personaje, que al llegar
Á Madrid, ya precedido
De una fama sin igual,
Por valiente, por discreto,
Por rumboso, por audaz,
Y mas que todo, por rico,
Venia.—Llegó á pisar
La córte y todos sabreis,
Ó no lo sabreis quizás,
Que el cumplido caballero,
El simpático galan,
El poderoso magnate,
La figura colosal,
Ya á todos no parecia
Cual se la quiso pintar.

BARON.

¿Por qué razon?

GENERAL.

Porque siempre,
El hombre, injusto quizás,
Suele, al tocar á la estátua,
Rebajarle el pedestal.
Es cierto que en Francia, el conde
No há mucho llegó á cruzar
Su espada con el mas bravo
Y mas diestro mariscal;
Y que ha desarmado á muchos
Y dado la muerte á mas,
En lances de honor que en esto
Aumentan su autoridad.
Es cierto que cien anécdotas
Novelescas por demás
Refieren del conde; es cierto
Que muestra en su frente audaz
Y en sus ardientes pupilas
Y en su arrogante ademan,
La fuerza, el valor, el genio,
La indomable voluntad,
La arrogancia y otras prendas
Que innatas en él serán.
Verdad es que es tan espléndido
Como un príncipe; que hay
En su rostro gran belleza
Varonil; que en su mirar
Revela, como lo hace
Con su conducta quizás,
Un sentimiento profundo,
Un misterioso pesar
Que interesante y simpático
Suele hacerle por demás.
Pero al fin... ¡qué diantres! sea
Lo que fuere, es un mortal
Y tiene, segun es público
En toda la córte ya,
Y lo repiten las damas,
Un defecto capital.

BARON.

¿Se puede saber cuál sea
Ese defecto?

GENERAL.

Esperad
Señores; que aquí me acerco
Á la cuestion principal
Que motiva mi relato
Y que os voy á revelar.
Dícese, señores, dícese,
Y presumo que es verdad,
Que ese poderoso conde
No se conmovió jamás
Ante una mujer; que tiene
El pecho de pedernal
Y que no entiende de amores...

CABALLERO 3.°

Eso digo yo; ¡ja! ¡ja! (*Riendo.*)

CABALLERO 4.°

Pues yo afirmo lo contrario;
Yo digo que si jamás
Hasta hoy sintió los efectos
De una pasion... hoy está
Enamorado, perdido;
Presa de un fuego voraz
Que el corazon le consume...

CABALLERO 3.°

¡Qué empeño! ¡Tenacidad
Semejante...!

BARON.

¿Y de qué dama
Llegó V. á sospechar
Que se encuentre apasionado?

CABALLERO 4.°

De su hija de V...
(*Con firmeza y aire de conviccion.*)

BARON.

(*Espantado y sin poder contener su impresion.*)
¡Jamás!
Eso no es cierto.

CABALLERO 4.°

Le he visto
Fascinado, contemplar
Á la condesa, olvidándose
De sí, del mundo quizás.
Le oí tambien varias veces
Con voz segura esclamar:
—«¡Oh! ¡qué hermosa! ¡qué perfecta!
¡Qué deslumbradora está!»

BARON.

(*Dice despues de una pausa, afectando indiferencia.*)
Sea como fuere, señores,
Mi hija se debe enlazar

Con el conde de la Banda
Su primo, con quien está
Comprometida; convengo
En que ha podido inspirar
Afecto al conde Riestri;
Pero de esto, hasta apostar
Como parece se hizo...

CABALLERO 4.°

Pues yo no me vuelvo atrás.
Sostengo que el estranjero
Es hombre que sabe amar.

CABALLERO 3.°

Y yo apuesto lo contrario.
Que le he conocido allá
En París, en Lóndres, Viena,
San Petersburgo y Milan,
Y nunca he visto en sus ojos
La chispa de amor brillar.
Apostemos, pues...

CABALLERO 1.°

Yo opino
Como V...

CABALLERO 4.°

¡Qué necedad!

VARIOS.

Nada; apostemos...

ESCENA V.

Dichos. — Jacobo Riestri *que ha estado un rato oyendo desde la puerta.*

RIESTRI. (*Adelantándose.*)

Señores,
Es un favor especial
El que en mi ausencia he debido
Á tan noble sociedad.
Tratábase de mi humilde
Persona; pero con tal
Insistencia, que presumo
Justo, y lícito además,
Desvanecer vuestras dudas
Confesando la verdad.

BARON.

(¡Qué audacia! Me infunde miedo
Su voz; tiemblo de pensar...)

CABALLERO 3.°

¿Estaba usted escuchando...?

GENERAL.

No creimos...

RIESTRI.

Dispensad:
Cuando entre risas y bromas,
Un hombre objeto es quizás
De ofensas ó de atenciones
En plática general,
Creo que no le esté vedado
En ella parte tomar.

GENERAL.

De ningun modo; es muy justo...

RIESTRI.

Pues si es muy justo, escuchad.
Yo entiendo que aquí se trata,
Señores, de averiguar
Si la condesa de Alcira,
Cuya belleza ideal
Es tanta, pudo, ó no pudo,
Mi corazon cautivar.
¿Quién lo duda? el que lo dude,
O no se fijó jamás
En ella, ó es ciego, ó torpe
Me ha querido calumniar.
La amo, señores, la amo;
En esto ofensa no hay;
Si alguno pretende hallarla,
Conmigo puede apostar
Cuando guste, lo que guste.
(*Sonriendo con finura y saludando.*)
Ahora... reid si gustáis
Que yo, con vuestro permiso,
Discutir os dejo en paz.

ESCENA VI.

Dichos menos Riestri.

GENERAL.

Señores, me importa mucho
La intencion averiguar
De ese soberbio estranjero
Que con cierta habilidad,
Envuel'o en formas corteses
Tal vez nos quiso arrojar
Un guante al rostro, un ultraje
Que...

CABLERO 1.°

Si digo la verdad,
Yo no lo juzgo un insulto...

CABALLERO 4.°

Pues yo opino que...

CABALLERO 3.°

Lo mas
Que me parece ese paso,
Es una escentricidad.

CABALLERO 2.°

Y bien mirado, señores,
Como él dijo, ofensa no hay...
¿Quién resiste á los encantos
De la hechicera beldad,
Que reina de la hermosura
Debiéramos aclamar?

BARON.

Mil gracias por la lisonja...
(¡Oh! ¡qué rabia y qué ansiedad!
Me consume la impaciencia
Y es fuerza disimular.)
Señores el ambigú
Nos espera... General,
¿Viene V.?

GENERAL.

Sí... pero el duque
Se acerca.

BARON.

Tiempo era ya.

ESCENA VII.

Dichos, el duque de Casa-egregia.

DUQUE.

Señores...

GENERAL.

Muy bien venido,
Duque.

DUQUE.

(*Despues de saludar á todos afectuosamente, dice en voz baja al baron.*)

Tenemos que hablar

BARON.

(*Tambien rápidamente y en voz baja.*)

¿Cuándo y dónde?

DUQUE. (*Id.*)

Si ser puede,
En el jardin.

BARON. (*Id.*)

Bien está.

DUQUE. (*Id.*)

De aquí á una hora...

BARON. (*Id.*)

Conformes.
Iré... (*Siguen hablando.*)

CABALLERO 1.° (*Á los otros.*)

Preocupado está
El duque... ¿No veis, señores,
Su aspecto grave...? Notad
El misterio con que habla
Al baron.—De éste la faz
Se inmuta; mirad qué pálido
Se ha puesto; mirad, mirad.

BARON. (*Al duque siempre en voz baja.*)

¿Y renunciaste ese puesto...?

DUQUE. (*Al baron.*)

Renuncié sin vacilar.

BARON. (*Al duque.*)

Lo siento.

DUQUE. (*Al baron.*)

Me lo presumo.
Tú no lo hicieras jamás.

BARON. (*Al duque.*)

Tener el poder á mano,
Y dejárselo escapar!
(¡Imbécil! Yo dado hubiera
De mi vida la mitad
Por obtenerlo.)

DUQUE. (*Á los demas.*)

Señores.
¿Me pudiérais indicar,
Si es que habeis visto á mi hijo,
En dónde el conde estará?

GENERAL.

Allí le ví no hace mucho.
(*Señalando á los salones.*)

DUQUE.

Muchas gracias, general.
Hasta luego. (*Saluda y se retira.*)

BARON. (*Al general y caballeros.*)

¿Vamos?

TODOS.

Vamos.

BARON.

(¡Oh rabia!)

CABALLERO 3.° (*Al caballero 4.°*)

¿Qué ocurrirá?
El duque viene sin duda
De ver á S. M.
Si hay marejada política,
Si hay crisis ministerial...
En fin, ya veremos...

CABALLERO 4.°

Justo.
Lo que fuere sonará.

(*Vánse todos conversando amigablemente.*)

ESCENA VIII.

La condesa de Alcira.

Gracias á Dios que en alas del deseo
Calma buscando la consigo al fin;
Que aquí en dichosa libertad me veo
Lejos ya del bullicio del festin.
Allí con nécia, pertinaz porfía,
Enhorabuenas, plácemes me dan,
Y quieren asociarse á mi alegría
Mientras redoblan mi incesante afan.
¿Por qué, por qué no miran en mis ojos
Arder la llama ¡ay Dios! de mi pasion?
¿Por qué no ven que llevo con enojos
Transida el alma, herido el corazon?
¡Pobre de mí! no há mucho que el hastío
Era mi solo, mi único elemento;
Mas á lo menos era mi albedrío
Audaz, feliz y libre como el viento.
Y hoy nadie sabe que al dejar las tocas
Que indican mi orfandad y mi viudez,
Mi alma se mece entre ilusiones locas
Indignas de mi rango y mi altivez.

(*Pausa: mira en derredor de sí, como si temiese ser vista, y se va acercando á la galería, interin saca de un precioso ridículo que lleva pendiente del brazo, una carta cuyo sobre lee presurosamente.*)

Quiero abrir esta carta y quiero en vano
El miedo desechar y la emocion;
Vacila y tiembla mi cobarde mano
Y mil dudas me asaltan en turbion.
¿Qué peligros de nuevo se avecinan?
¿Qué desdicha cruel me amagará?
¿Son temores no mas que me alucinan
O es que Lucas velando seguirá?
¡Lucas! ¡Dios mio! ¿quién es ese hombre
Que así me quiere, y nunca conocí?
¿Quién se cobija en tan oscuro nombre?
¿Por qué sigue ocultándose de mí?
(*Abre la carta y lee.*)

«Valor, condesa, valor;
Por nada tiemble ó vacile,
Que no falta quien vigile
Por su vida y por su honor.»

«Los bandidos que mi ausencia
Cobardes aprovecharan
Y una noche penetraran
En la casa de vuecencia,»
«Hoy quieren, si no les sale
Mal, repetir su atentado;
Mas yo tengo un aliado
Que por todos ellos vale.»
«Es de esta carta el dador;
Es un mozo á quien V. E.
Mirará con indulgencia
Y con un poco de amor.»
«Él le dirá lo demás
Que yo decirla no puedo;
No tenga; señora, miedo;
No dude de mí jamás.»

(*Deja de leer y dice*:)



¿Y en dónde, dónde está quien ha traido
Esta carta? ¿por qué no me esperó?
¿Quién es ese mortal desconocido,
Que indulgencia y afecto mereció?
¿Es por ventura el hombre que riñendo
Con denuedo y fiereza varonil,
Me estuvo contra todos defendiendo
Lleno de arrojo y gracia juvenil?
¿Es acaso el hermoso, el arrogante
Genio del bien que Dios me deparó
Cuando muerta de miedo, agonizante
Alcé mis manos implorando á Dios?
¿Es el que luego ante mi palco... ¡Cielos!
¡Vergüenza para mí que no le odié!
Él de mi primo despertó los celos
Mientras que yo de todo me olvidé!
¡Padre mio! perdon; que no te aflija
Ver nunca ¡ay triste! lo que pasa en mí;
Que tus blasones tu insensata hija
No empañe, no, con loco frenesí!

ESCENA IX.

La condesa de Alcira. — El conde de la Banda.

CONDE.

¡Julia!

CONDESA. (*Ocultando la carta.*)

(¡El conde! ¡qué rubor!
Si esta carta hubiera visto...!)

CONDE.

¿Qué tienes, Julia? (Está trémula
Y me ha ocultado el escrito
Que entre sus manos tenia.
¿Qué será?) Si bien lo miro,
Estás afectada, pálida...
¿Te hallas enferma?

CONDESA.

No, primo;
Estoy bien; sentíme un poco
Fatigada, y á este sitio
Vine á respirar el aire
Que está tan enrarecido
En los salones ..

(*Mirando en todas direcciones, como si buscase á alguna persona.*)

CONDE.

Si quieres
Tomar mi brazo, aquí mismo
Pasearemos, ó bajando
Á esos bellos laberintos
De flores...

CONDESA. (*Con inquietud.*)

¡Oh! no, me siento
Mucho mejor; fué un vahido
Que ya pasó (Si se hallara
En los jardines... ¡Dios mio!
Verle quisiera, y lo temo...)

CONDE.

(¿Qué pensará? no desisto
De mis sospechas; ¡oh! Julia
Hace por mí un sacrificio.
No me ama.) Escúchame, prima.

CONDESA.

¿Qué quieres, Jorge?

CONDE.

Si inícuo
Un mundo falaz, quisiera,
Con tiránico capricho,
Encadenar para siempre
Dos almas... ¿no fuera lícito,
Que esas almas, entendiéndose,
Rompieran sus duros grillos
Arrojándolos al rostro
De ese mundo fementido?

CONDESA.

(¡Qué gozo!) Yo...

CONDE.

Escucha, Julia.
Seamos veraces y dignos.
Tú... no me amas.

CONDESA.

¡Qué dices!

CONDE.

Tú, prima, no me has querido
Jamás: tus ojos, tu rostro
Lo están diciendo ahora mismo.
No es decir que me aborrezcas...

CONDESA.

Es cierto; como á un amigo,
Como á un hermano, te quise
Siempre...

CONDE.

No como marido.
¿Es verdad?

CONDESA.

Sí, lo confieso.

(*Enjugándose una lágrima.*)

CONDE.

Y sin embargo, conmigo
Ibas para siempre á unirte...
Hay algo en esto de inícuo.

CONDESA. (*Con dignidad.*)

¡Conde! ¿qué dices...?

ESCENA X.

Dichos.—El baron de la Estrella, *que oyendo las últimas palabras de Julia y Jorge, permanece oculto escuchando lo que estos hablan.*

CONDE.

No pienses
Que torpe mi lengua quiso
Agraviarte; antes que eso
La arrancara de su sitio.
No, Julia, tú eres un ángel
De los cielos desprendido,
Cuya posesion dichosa
De merecer no soy digno.
Aludo á tu padre, Julia;
No te ofendas; él nos quiso
Desposar á todo trance...
Yo de la causa prescindo;
Solo sé que ha violentado
Tu corazon...

CONDESA.

Basta, primo;
Que ofensas que á él se dirigen
Yo las rechazo con brio.
¡Es mi padre! (*Con profundo dolor.*)

CONDE.

Y debe amarte;
Mas... si te tiene cariño,
¿Por qué leer no procura
En tu corazon y el mio?
Tú eres viuda, tú eres
Libre y poderosa; el brillo
De tu nobleza; tu fausto;
Tu bondad, que tanto admiro
Como tu belleza; todo
Cuanto te concierne, estimo
En lo que vale y... no obstante,
Feliz no fuera contigo
Si imprudente tu desgracia
Labrara con mi egoismo.
Tú amas á otro. (*Con firmeza y conviccion.*)

CONDESA.

¡Oh! ¿Qué dices?

CONDE.

No temas; no conspiro
Contra tu eterno reposo,
Contra tu libre albedrío.
Tú sufres, Julia, tú llevas
En tu pecho dolorido
Un misterioso secreto
Que respeto como mio.
Yo tambien... ¿mas qué te importan
Mis imprudentes delirios,
Que vienen ó van ligeros
En alas de mis caprichos?
Yo soy hombre; tengo el alma
Fuerte; si quedo cautivo,
Bien puedo con rudo esfuerzo
Romper del amor los grillos,
Aunque el corazon se quede
Despedazado y transido
De dolor; tú eres mas débil,
Tiemblas al ver el peligro,
Y tu hermosa frente inclinas
Llena de dolor sombrío.
¡Julia!

CONDESA.

¡Jorge!

CONDE.

Yo te amo;
Mas con un amor purísimo.
Te quiero como si fueras
Angel al mundo venido
Para prestarme el aliento
Y la fé que necesito.
Si tú amases á otro hombre...
No lo ocultes, Julia, dímelo;
Que de hoy mas seré tu hermano;
Seré tu mejor amigo.
Y ambos á dos de consuno
Mitigaremos solícitos,
Yo tus penas, si las tienes;
Tú mis locos estravíos.

CONDESA. (*Con interés.*)

¿Tú tambien sientes...?

CONDE.

No toques
Esa cuerda de mi herido
Corazon...

CONDESA.

¿No eres el hombre
Leal que yo necesito?
Habla, dí...

CONDE.

Si nos oyeran...
Vergüenza me dá decírtelo.
Amo á una pobre manola...
(*Se acerca y le dice en voz muy baja.*)
Que es la hija de un bandido!

CONDESA.

¡Desgraciado!

CONDE.

Sí, mil veces
Desgraciado; yo con cínico
Embrutecimiento, azote
De cien mujeres he sido,
Y vengo á pagar ahora
Mis faltas con el martirio.
Amo á esa mujer, la amo,
Y en vano á su amor aspiro.

CONDESA.

Olvídala, Jorge, olvídala.

CONDE.

Imposible; yo maldigo
Mi nécia pasion, y en tanto
Lloro de amor, como un niño
Imbécil... pero no hablemos
De esto, prima; tú habrás sido
Mas feliz; tus bellos ojos
En un objeto mas digno
Habrás puesto.

CONDESA.

(¡Cuánta mengua!
¡Cuánta vergüenza! ¡Dios mio!)

CONDE.

¿Será ese conde estranjero...?
Sé franca, prima, conmigo.
Desde que en Madrid se encuentra
Riestri...

CONDESA.

Sigue.

CONDE.

Le he visto
Rondar tu palacio.

CONDESA.

¡Calla!
No es él; no es él...

CONDE.

Pues no atino...

CONDESA.

¡Jorge! ¡piedad! ¡no lo inquieras!
¡No lo preguntes!

CONDE.

No insisto;
Pero si en algo aliviarte
Puedo, cuenta con tu primo.
Adios.

CONDESA.

¿Te retiras?

CONDE.

Tengo
Dada una cita; es preciso
Que á ella no falte; mañana
Vendré á buscarte solícito
Y ambos á dos trataremos,
En tierno pacto recíproco,
Ó de ahogar nuestros amores,
Ó de vencer al destino.
Adios, prima.

CONDESA.

Hasta mañana...
(*Alargándole una mano que el conde le estrecha afectuosamente.*)

CONDE.

No dudes de mi cariño.

ESCENA XI.

La condesa.—El baron oculto.

CONDESA.

Piensa que á Riestri amo,
Sin mirar que amar no puedo
Á ese hombre, cuya mirada
Siempre en mí fija contemplo.
¿Por qué me fascinan tanto
Los ojos de ese estranjero?
¿Por qué su voz me estremece
Y estando á su lado tiemblo?
¿Qué pensamiento sombrío,
Qué triste presentimiento,
Se apodera de mi alma
Siempre que en Riestri pienso?
¡Riestri...! mi esposo era
Italiano, y yo recuerdo
Haber oido una historia,
Llena de grandes misterios,
En que un Riestri... ¡Dios mio!
En mil sospechas me pierdo
Y en vano sacar en claro
Aquella historia pretendo.
Se abrasa mi frente...! estoy
Enferma; sí, sí... busquemos
Aire que mi frente oree;
Brisas que aplaquen el fuego
Que me abrasa...

(*Se acerca á la galería.*)

Si estuviera
Abajo el fiel mensajero
De que ese Lucas me habla
En su carta...! Dudo y tiemblo
Pensando que ser pudiera
El generoso mancebo
Que la vida me salvara
Con tan heróico denuedo.
¡Ah! si es él... si es él, es fuerza
Mostrarle lo que le debo;
Verle una vez, una sola,
Y despues con rudo esfuerzo
Borrar ¡ay! la grata imágen
Que impresa en el alma llevo,
Por mas que estalle al borrarla
El corazon en el pecho.

(*Desciende lentamente por la escalinata que conduce al jardin.*)

ESCENA XII.

El baron de la Estrella, *luego* **el duque de Casa-egregia**, *y despues un* **criado.**

BARON.

¡Todo se ha perdido, todo!
Mi esperanza, mis proyectos...
¡Ah! preciso es que esta boda
Se haga. No descansemos
Hasta entonces.

DUQUE. (*Entrando.*)

Baron...

BARON.

Duque,
Mucha materia tenemos
Para hablar en este instante.—
¿Qué quieres? (*Al criado que se acerca.*)

CRIADO.

Un caballero
Que allí fuera está, pretende
Hablar con V. E. (*Dándole una targeta.*)

BARON. (*Sin mirarla.*)

Bueno.

CRIADO.

Es... señor baron... que dice...

BARON.

¿Qué es lo que dice? Habla, ¡nécio!

CRIADO.

Que es urgente la visita;
Que quiere hablar en secreto
Y al instante con V. E.

BARON.

¿Quién será ese majadero?

(*Leyendo la targeta.*)

«Genaro de Macanaz.»
(¡Oh! despues de tanto tiempo...
¿Qué querrá?) Dile que salgo.

(*Se retira el criado.*)

Duque, despues hablaremos,
Voy á ver qué es lo que quiere.
Compañeros de colegio
Fuimos y... tal vez el pobre,
Vendrá á pedirme dinero.
(*Ap.*) (No es dinero, no, ese hombre
Siempre fué altivo y soberbio.
¿Qué querrá? esta noche, todo
Me asusta, por todo tiemblo.) (*Vánse.*)

II.

EN EL JARDIN.

ESCENA I.

Adam y la condesa de Alcira.

ADAM recostado en una especie de confidente de piedra, aparece profundamente dormido. Se halla en una glorieta inundada de luz y al lado de una fuente que se desprende con agradable murmullo. La CONDESA DE ALCIRA le contempla con arrobamiento y dice:

CONDESA.

Él era; lo adiviné.
Tal vez, caminando errante
Por las frescas alamedas,
Cansado llegó á sentarse;
Y el rumor de la corriente,
Las brisas que aroma esparcen,
Le halagaron y le hicieron
Que dormido se quedase.
¡Qué bello está! sus cabellos,
Que parecen de azabache,
Sobre su frente serena
Y tersa, rizados caen.
¡Pobre jóven! tan hermoso
Y tan infeliz...! su traje
Revela que su pobreza
Sin duda debe ser grande.

Y sin embargo, en sus labios
Se dibuja en este instante
Una sonrisa dichosa
Cual la sonrisa de un ángel.
¡Pobre jóven! su existencia
Algun misterio insondable
Debe ocultar; si yo al menos
Mi gratitud demostrarle
Pudiera, olvidando el loco
Afan que llegó á inspirarme!
Si, si, olvidarlo es preciso;
Pero tambien lo es sacarle
De su abyeccion; si una dádiva
De mis manos aceptase!
¡Oh! ¡qué idea!

(*Viendo pasar á un criado, al cual hace una seña para que se acerque.*)

ESCENA II.

La condesa.—El criado.—Adam dormido.

CONDESA.

Escucha, Diego.

CRIADO.

¡Señora!

CONDESA.

Si preguntase
Por mí este jóven... (*Vacilando.*)

CRIADO.

¿Le digo...?

CONDESA.

Le dices lo que te cuadre
Mejor, con tal que no insista
En verme. Dile que el baile
Me reclama, que no puedo
Recibirle... y si alejarle
Consigues con buenos modos,
Detrás de él al punto salte
Y averigua en dónde vive.
Mira todo lo que hace
Y avísame luego ¿entiendes?

CRIADO.

V. E. será al instante
Obedecida, y si quiere
Que le despierte...

CONDESA.

No, márchate
Y no te alejes... (*Se retira el criado.*)

ESCENA III.

La Condesa.—Adam.

¡Dios mio!
Voluntad y fuerzas dadme
Para seguir mi propósito
De no verle mas ni hablarle.
¡Pobre jóven! Cuando menos
Yo lograré que se aparte
Del mal; seré su invisible
Providencia, sin que falte
Ni al afecto que me inspira
Ni á mis deberes sociales.
Adios, nos separa el cielo
Que nos hizo desiguales,
Por mas que acaso te diera
Un corazon noble y grande.
Adios; para siempre debo
De tu lado separarme;
Pero antes conserva en prenda
Como un recuerdo constante
Del amparo que me diste,
Y del bien que me quitaste,
Esta pulsera de oro
Y este collar de diamantes.

(*Se quita ambas alhajas que introduce cuidadosamente en uno de los bolsillos de la chaqueta de Adam.—Éste abre sus ojos y esclama:*)

ADAM.

¡Qué miro! ¿con que era cierto
Lo que en sueños de inefable
Dulzura feliz estaba
Mirando?

CONDESA.

(Cara me sale
Mi imprudencia ..) Desdichado,
Vete, no puedo escucharte.

ADAM.

¿Y por qué...? Condesa, el cielo
Á tu morada me trae.
Óyeme.

CONDESA.

¡Silencio! ¡Basta!

ADAM.

Yo soñaba en este instante
Que raudo hácia mí venia,
Sus alas batiendo, un ángel
Que mi oido regalaba
Con dulces y tiernas frases.
Y yo á sus pies prosternado,
Lleno de gozo inefable,
Mirando su bello rostro,
Midiendo su esbelto talle,
En la aparicion celeste
Hallé tu divina imágen.
No hay duda, eras tú... me amabas
Y fui feliz...

CONDESA.

Basta, apártate.
No confundas con tus sueños
Las penosas realidades
De la vida. (Si le viesen...
¡Dios mio! si le escuchasen...
¡Qué vergüenza!)

ADAM.

¿Con que era
Un sueño no mas mi amante
Alucinacion?

CONDESA.

Escucha
Y no me interrumpas, cállate.
Hace poco que la vida
No sé por qué me salvaste
Luchando con los bandidos
Con quién viniste á... robarme.
Yo premiar tu accion queria,
Yo he deseado arrancarte
Al crimen. ¿Qué quieres? habla:
Tengo riquezas bastantes
Para premiar el esfuerzo
Que á mi vista desplegaste.

¿Quieres posicion, riquezas...?
Las tendrás en adelante;
Mas júrame...

ADAM.

¿Qué?

CONDESA.

No verme
Jamás; huir, separarte
De mí, borrar de tus labios
Mi nombre.

ADAM.

Y ¿cómo borrarle
Cuando impreso está en mi mente
Y en mi corazon? ¿Tan grande
Fué mi delito, señora,
Que no puedo repararle?

CONDESA.

El mundo lo exige.

ADAM.

El cielo
Me ordena que siga amándote.
(Lo ignora todo, su orígen,
Sus desdichas... Nada sabe.)

CONDESA.

Basta, repito. (*Quiere irse.*)

ADAM. (*Deteniéndola.*)

¡Condesa!

CONDESA.

¡Oh! me han visto ¡miserable!
¡Míralos! la galería
Se llena de gente... apiadate
De mí!

ADAM.

(Llora... y me enternece.
¡Qué bello está su semblante!)
Condesa... señora...

CONDESA.

¡Basta!
¡Desgraciado! Tú no sabes,
En tu fatal ignorancia,
Todo el daño que me haces.
Huye; al fin de esa alameda
Hay una puerta; esta llave
Que traigo aquí... ¡toma! ¡toma!
¡Ay! no me deshonres; ¡sálvame!
Ten piedad.

ADAM.

¿Con que es deshonra...?
¡Oh! ¿con que infiero un ultraje
A la mujer que idolatro
Solo con verla y hablarle?

CONDESA.

Si, si.

ADAM.

Pues adios, condesa,
El cielo tu vida guarde
Y á mí me dé la fortuna
Que hasta ahora quiso negarme.
(¡Oh! ¡Que mi llanto no vea!
¡Que no me juzgue cobarde!)

(*Se retira precipitadamente.*)

CONDESA.

¡Se vá! No vé lo que sufro
No lo vé. (*Divisando al baron.*)
¡Cielos! ¡mi padre!

(*Se oculta en un cenador.*)

ESCENA IV (*).

El baron de la Estrella.—D. Genaro.—Varios caballeros *que se internan por las calles de árboles y los bosquecillos.*—**La condesa** *que permanece oculta.*

BARON.

Mucho me estraña, Genaro,
Tu llegada intempestiva
Por mas que grata me sea
Tan misteriosa venida.
(¿Qué querrá? Todo esta noche
Parece que aquí conspira
Contra mí.)

DON GENARO.

Sin duda alguna,
Buen Julian, yo presumia
Que te causara estrañeza
Mi inesperada visita.
Yo que vivo oscuro y pobre
Al lado de mi familia...

BARON.

Por cierto que ya olvidaste
Que yo en el mundo existia.

DON GENARO.

No tal; sé que en la opulencia
Estás; advierto la prisa
Que tienes en encumbrarte,
Y no te pierdo de vista
Por mas que allá en mi modesto
Albergue, en la medianía,
Ni envidiado, ni envidioso,
Siento trascurrir la vida.

BARON.

¿Y qué quieres? ¿te hace falta
Algo? ¿acaso necesitas...?

DON GENARO.

Gracias, baron; hasta hoy
Genaro á nadie mendiga
Un favor ni una moneda
Para conllevar sus cuitas.
Si vengo á verte, si en medio
Del festin y la alegría,
Quiero robarte un instante
Al placer, ó á las delicias
Que te proporciona el trato
Del gran mundo, en el que cifras
Todo tu amor, ten por cierto
Que un grande deber me obliga
A ello.

BARON.

De una manera
Tan solemne me lo esplicas,

(*) Estas escenas no se escriben para un teatro, en el cual no cabrian por sus dimensiones. Son diálogos, mas ó menos largos, que llevan los nombres de los que hablan para evitar repeticiones.

Que ya la atencion me llamas
Y mis deseos avivas
De saber...

DON GENARO.

Julian, escucha
Lo que á decirte venia.
Sabes que fuimos de niños
Amigos.

BARON.

Sí por mi vida.

DON GENARO.

Entonces eras muy pobre;
Pero honrado parecias.

BARON.

¡Genaro!

DON GENARO.

¡Julian! atiende
Y deja á un lado tus iras.

BARON.

Escucho.

DON GENARO.

Durante algunos
Años, tu suerte y la mia
Fueron, sino esplendorosas,
Iguales en lo tranquilas;
Que la modestia es á veces
Barómetro de la dicha.
Despues, por diversas causas,
Nos separamos; yo iba
Como militar honrado
A colocarme en mis filas,
Mientras que tú en el comercio
Gentil carrera emprendias.
Pasaron años, pasaron
Ilusiones; y á medida
Que los dos nos engolfábamos
En las sendas de la vida,
Yo en los ascensos soñaba;
Tú... no sé qué soñarías;
Solo sé que cual la espuma
Subiendo, subiendo ibas.
¿No es verdad?

BARON.

¿Y con qué objeto
Tales hechos resucitas?

DON GENARO.

Déjame contar la historia
Y verás á dónde iba.
Digo que al fin alcanzaste
Lo que tanto apetecias,
Y que posicion, riquezas
Lograste obtener; un dia
No te bastó todo eso;
Quisiste mas, tu codicia
Te hizo apetecer un título
De nobleza y de hidalguía...

BARON.

Que ya tengo.

DON GENARO.

Ya lo he visto.
Lo sé; no te tuve envidia.—
Para lograr lo que tienes
Pusiste, Julian, las miras
En una inocente jóven,
Que era bella, noble, rica
Y tan pura como es puro
El cielo que nos cobija.

BARON.

Continúa.

DON GENARO.

Continúo.
Aquella jóven, propicia
Se mostró á tu amor, el cielo
No le mostró tu perfidia.

BARON.

¡Genaro! si aquí á insultarme
Viniste, con tu maldita
Calma, juro que...

DON GENARO.

Silencio;
Modérate, que te miran,
Y bien podrán escucharte
Si advierten que tanto gritas.
Fuiste, como digo, esposo
De aquella inocente víctima.
¿Entiendes? le doy tal nombre
Porque tú solo querias
Los millones de su padre,
A quien seguiste la pista.
Os casásteis, y tuvísteis
Al año una tierna niña...

BARON

¿Y qué vés de irreprochable
En eso?

DON GENARO.

Dios no permita
Que yo por esto condene
Las acciones de tu vida;
Pero sabes que otro hijo
Tu imbécil suegro tenia,
Y que tú le indispusiste
Con él.

BARON.

¡Mientes!

DON GENARO.

La mentira
Jamás ha manchado el labio
Del que tus torpezas pinta
Con los oscuros colores
Que tu historia suministra.
Tú indispusiste, repito,
A los dos; calumnia impía
Sembraste y cogiste el fruto
Que apeteció tu avaricia.
Desheredó el padre al hijo
Que pobre y triste partia
Lejos de Europa, buscando
Honor, posicion, familia,
Y el amor que le negaban
Por tu maldad y tu intriga.

BARON.

Te desprecio; nada puedes
Contra mí.

DON GENARO.

Mucho confías
En tu poder; pero escucha
Que la historia es divertida.

Tu suegro murió bien pronto
Dejando cuanto tenia
Á tu mujer; ¿me comprendes?
Todo lo dejó á su hija
Siempre que al morir tuviese
Ésta, sucesion legítima.
Entonces, dueño absoluto
De riquezas muy crecidas,
Al estranjero te fuiste.
Eras feliz, libre ibas
Á gozar por esos mundos
El fruto de tus rapiñas.

BARON.

¡Basta! ¡miserable! ¡basta!

(*Amenazando á D. Genaro.*)

DON GENARO.

Depon, buen Julian, tus iras,
Porque tengo dos pistolas

(*Mostrándoselas.*)

Y juro que prevenidas
Están, si á tocarme llegas,
Á hacer de tu cráneo trizas.
Sufre hasta el fin, seré breve.

BARON.

¡Oh! si oyesen... ¡qué agonía!

DON GENARO.

No temas, están muy lejos
Y nadie me oirá; descuida.
Iba diciendo que fuiste
Á viajar; mas sin tu hija
Y sin tu mujer ¡qué diantres!
Tú ¿para qué las querias
Cuando inmundas meretrices
Iban á ser la delicia
De tu existencia? Y no obstante,
Tu pobre mujer te habia
Entregado toda su alma;
Sin tí se encontró marchita
Su juventud; su belleza
El dulce encanto perdia,
Y su salud poco á poco
Vió para siempre estinguida.

BARON.

¡Desgraciada!

DON GENARO.

¡Ola! parece
Que ese recuerdo te agita
El alma, si aun tienes alma.
Oye, pues, lo que sufria
Y verás si razon tengo
Para culpar tu inaudita
Conducta: tu pobre esposa,
Que era honrada, pero altiva,
Tal vez, de tí ausente, hubiese
Muerto de melancolía
Bendiciéndote; mas era
Madre tierna, y por su hija
Hizo el sacrificio inmenso
De ir á buscarte solícita.
Y te encontró; ¿sabes cómo?
¡Oh! tu mente no lo olvida:
Te halló una noche gozando
Allá en asquerosa orgía.

BARON.

¡Oh! ¿cómo sabes...?

DON GENARO.

Los crímenes
La tierra y cielos publican.
¡Pobre mujer! al hallarte
De aquel modo, en su honda cuita,
Lanzó un gemido del alma;
Y su razon, como herida
Por un rayo, de repente
Se estinguió.

BARON.

Me martiriza
Tu relato; ¿qué pretendes?
¿Qué pides? ¡Habla!

DON GENARO.

Decia
Que tu mujer quedó loca
Rematada; tu dormida
Conciencia, tal vez un grito
Dió al contemplar la agonía
De aquella mártir. Mas tarde...
¡Oh! tus acciones inícuas
Iban á hallar el castigo
Inmenso que merecian.
Tu hija enfermó de repente.
¿Te acuerdas?

BARON.

¡Oh! no lo digas
Tan alto; ¡silencio! ¡Calla...!

DON GENARO.

Hiciste cuanto podias
Por salvarla; mas ¿qué diablos?
La enfermedad de tu hija
Era incurable...

BARON.

No grites,
Ó mátame si te obstinas
En continuar!

DON GENARO.

Te repito
Que no hay nadie aquí.—Decia
Que estaba herida de muerte
Aquella inocente niña.
¿Qué hacer? ¿dónde ir? los médicos
Opinaron que debias
Traerla á Madrid, son siempre
Los aires de la nativa
Tierra, gratos y benéficos.
Acaso le volverian
La salud. Por otra parte
Brotó una duda sombría
En tu corazon: si el mundo
No miraba las caricias
Que á la hija y á la madre
Prodigar te proponias,
¿Con qué derecho legítimo,
Con qué razon de justicia,
Retener en tí pudieras
Los bienes que poseias?

BARON.

¿Concluiste?

DON GENARO.

No por cierto;
Que la historia es peregrina,
Y por mas que larga sea
Nadie va á meternos prisa.
Estaba, sino recuerdo

Mal, en la lucha sombría
Que en tu pecho se libraba,
Viendo espirante á tu hija
Que al fin murió...

(*Óyese un ligero gemido en el cenador.*)

BARON. (*Levantándose.*)

¡Calla! ¡calla!
¿No oiste?

DON GENARO.

Será la brisa
Que inocente juguetea
Entre esas verdes cortinas
De hojas temblorosas; siéntate,
Que ya el final se aproxima.
La niña exhaló su aliento
Justamente el mismo dia
En que llegaste á la córte.
Una idea repentina
Surgió en tu mente... Aquí, nadie
Tras de una ausencia larguísima,
Conservar en su memoria
De tu heredera podia
Las facciones. ¿No era fácil
Con otra sustituirla,
Sin que su madre pudiese
Conocer tu villanía
Loca como estaba? Era
Sin duda una empresa digna
De tu talento diabólico;
De tu infernal inventiva.
Nadie adivinó el suceso
Desgraciado; de una mísera
Estancia, fué arrebatada,
En noche lóbrega y fria,—
Mientras que daban sin pompa
Enterramiento á tu hija.—
Otra inocente criatura
Que creció bella y altiva,
A la cual hoy todos llaman
Viuda condesa de Alcira.

BARON.

Es cierto; ¿mas qué te importa...?

DON GENARO.

¿Qué me importa? Por mi vida
Que ya tu cinismo espanta
Y tu audacia maravilla.
Óyeme: yo fuí en América
Tierno amigo de una víctima
Tuya; ¡qué! ya no recuerdas
Al desheredado? Habia
En su corazon un mundo
De virtud y de bendita
Resignacion; al hablarme
De ti, solo se entrevia
El deseo que abrigaba
De que labrases la dicha
De su hermana; muchas veces
«Yo le perdono, decia,
Todo el mal que me ha causado
Robándome las caricias
De mi padre; de mi padre,
Que me maldice ó me olvida.»

BARON.

¡Sigue!

DON GENARO.

Al cabo de dos años
Perdí á mi amigo de vista.
Torné á Europa y á mi patria;
Y aunque olvidado no habia
Al hermano de tu esposa,
Y me llenaba de ira
Que tú poderoso fueras,
Mientras él tal vez gemia
Desamparado, no quise
Llamar nunca á tu dormida
Conciencia, porque me daba
Horror el verte. Seguia
Trascurriendo el tiempo; tuve
Hijos; fuí con mi familia
Feliz, alejado siempre
Del mundo; y así vivia
Cuando una vez por mis puertas
Ví con sorpresa inaudita
Entrar á mi pobre amigo;
Á tu cuñado, á tu víctima,
Que en lo demacrado y pálido
Un cadáver parecia.
El infeliz, á su vuelta
De América, vió fallida
Su esperanza; ni su padre,
Ni su hermana ya existian,
Y tú te hallabas ausente
De Madrid, con la que hija
Llamabas. ¡Ah! tú no sabes,
Tú no sabes la agonía
Con que miró desprenderse
Sus ilusiones marchitas.
Te escribió; en sus cartas todas
Su estado te referia:
Era un buen esposo, era
Un buen padre; en su aflictiva
Situacion, el desgraciado
Lo que era suyo pedia.
¡Inútil demanda! Sordo
Y ausente permanecías.
¡Oh! lo recuerdo con pena
Y relatarlo me indigna.
En la miseria murieron
Ambos...

BARON.

Lo sé, no prosigas.

DON GENARO.

Pero al morir... al momento
En que á entregar á Dios iban
Sus almas, tu horrible historia
Revelaron con prolija
Verdad, al hijo querido
Que allí á su lado tenian.
Era un mancebo de aspecto
Simpático y de alma altiva,
Que juró vengar la muerte
De sus padres. Con fé digna
De su empresa, despojándose
De su apellido...

BARON. (*Como si hablase consigo mismo.*)

Queria
Perderme; sí, sí... por eso
Astuto en mi casa misma
Logró entrar...

DON GENARO.

Y te ha arrancado
Secretos que tu ruina
Pueden causar.

BARON. (*Levantándose y con firmeza.*)

¡Mientes! ¡Mientes!

DON GENARO.

¡Oh! tu fiera allanería,
Tu aire de triunfo, me aclaran
El colmo de tu malicia.
Mas ya los cielos no quieren
Que siempre triunfando sigas.
Al venir á este palacio,
Por una calle sombría
Crucé, y oí los lamentos
Que de una casa salian.
Llamé y fué en vano, la puerta
Cerrada permanecia.
Oigo de nuevo gemidos;
Llamo, viene la justicia,
Y al fin, penetrando todos
Y yo con ellos, tendidas
Dos formas humanas vemos
Entre las toscas mesillas
De un bodegon; encendiéronse
Luces y ví... ¿no adivinas
Lo que ví? pues ví á dos viejos
Que han sido de un robo víctimas.
Mas ellos me estiman tanto
Como á ese jóven estiman,
Y me lo han contado todo;
¡Todo!

BARON.

¡Maldita...! ¡maldita
Mi fortuna!

DON GENARO.

Á mano armada
Y con vil supercherla,
D. Juan de Alarcon ha sido
Por una infame cuadrilla
Detenido. Tú lo sabes.
¡Baron! ¿dónde está?

BARON.

(*Viendo que la galería y los jardines se van llenando de caballeros y señoras.*)

Nos miran;
Nos ven... ¡Silencio!

DON GENARO.

Te ruego
Que el paradero me digas
De mi amigo! ¡pronto! ¡pronto!

BARON.

¡Déjame! ¡vete!

DON GENARO.

Su vida,
Su honor, sus riquezas dame...

BARON.

¡Oh! ¡maldito! ¿por qué gritas?

(*Queriendo taparle la boca.*)

DON GENARO. (*Amartillando una pistola.*)

Porque agotas mi paciencia.
Óyeme...

BARON.

¿Qué quieres?

DON GENARO.

(*Presentándole un escrito y un tintero de bolsillo.*)

Firma
Este papel...

BARON.

¡Nunca! ¡Nunca!

DON GENARO.

Pues bien, yo haré que reunida
En torno tuyo esa gente,
Sepa que en tí se cobija
Un infame; que la ilustre
Viuda condesa de Alcira
Desciende...

BARON.

¡Silencio! ¡Calla!
¿No escuchas? ¡Pobre hija mia!

(*Oyendo un grito desgarrador que sale de entre los árboles, los cuales se conmueven á impulsos de un cuerpo que cae.*)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos. — El duque de Casa-egregía. — Jacobo Riestri. — El general. — Señoras, caballeros y criados que acuden. — *El baron se precipita hácia el interior del cenador, precedido de Riestri. Éste aparece trayendo desmayada entre sus brazos á la condesa de Alcira.*

TODOS.

¡La condesa!

BARON.

(*Cayendo desplomado sobre un banco.*)

(¡Me he perdido!)

RIESTRI.

(*Colocando á la condesa en otro asiento.*)

Aun late su corazon
Mirad: ¡vuelve en sí...!

GENERAL.

(*En voz baja á varios caballeros.*)

Señores
¿Qué opinais? (*Hablan en secreto.*)

DUQUE.

¡Julia!

CONDESA.

¡Gran Dios!
¿Qué miro?

(*Observando á los que la rodean.*)

BARON. (*Levantándose.*)

Julia ¿qué tienes?

CONDESA. (*Sonriendo con amargura.*)

Nada; todo concluyó.
Una angustia pasajera...

(*Se interrumpe, se levanta, y dirigiéndose á Don Genaro, que permanece triste y silencioso, le dice con dulzura:*)

Caballero, por favor,
Ofrézcame V. apoyo
En su brazo...

BARON. (*Oponiéndose.*)

¡Oh! no, no...

CONDESA.

¡Padre...!

(*Con desgarrador acento. Luego se interrumpe y dice con humildad:*)

Es preciso que hable
Un rato con el señor...
Entretanto... amigos, siga
El baile y la diversion.
Me siento bien... (¡Ah! me siento
Desfallecer de dolor...)
Aun es temprano, señores.
Seguidme... (*Se dirige á la escalinata.*)

TODOS.

Sí, vamos.

CONDESA.

¡Oh!
¡Dios mio! que no me falten
Las fuerzas. Dadme valor!
(*Levantando al cielo sus ojos arrasados en lágrimas.*)

CANTO XVIII.

I.

Por una puerta secreta
Que á una estrecha calle daba,
Salió Adam precipitado
Dejando el altivo alcázar.
Su amor propio herido lleva,
Lleva traspasada el alma
Mirando que la de Alcira
De su lado le rechaza.
¿Por qué? ¿por qué se avergüenza
Aquella orgullosa dama
De que la sorprenda el mundo
Junto á aquel que la idolatra?
Tal vez tentado un instante
Él estuvo á declararla
Que entre los dos, aunque el mundo
Los juzgue como le plazca,
No hay diferencia tan grande,
Ni media tanta distancia.
Mas ¡ah! que eso hubiera sido
Accion cobarde y villana,
Y él antes morir prefiere
Que ofender á la que ama.
Por eso á la calle sale;
Del jardin la llave guarda,
Y al hacerlo, en su bolsillo
Objetos estraños halla.
¿Qué es aquello? con presteza
Las joyas turbado saca,
Y á la luz de un farolillo
Que ya agonizando estaba,
El brillo de los diamantes
Mira, y se turba y se pasma.
En vano á su mente pide
Esplicacion de la estraña
Aventura; en vano quiere
Comprender lo que le pasa.
¿Es por ventura un recuerdo
De amor...? Mas si amor lo daba
¿Cómo y por qué la condesa
Para siempre de él se aparta?
¿Es que el favor que la hizo
Con mano pródiga paga?
Mas si pagarle pretende
¿Por qué tal misterio guarda?
De todos modos, el jóven
Con pena vé las alhajas
Que otro tiempo codiciado
Hubiera con vivas ánsias.
Joyas son que acaso valen
Un caudal, y que contrastan
Con la miseria en que vive
Sumergido en su desgracia.
Pensando así, avergonzado,
Trémulo, la frente baja,
Y á un mundo desconocido
De afectos entrega el alma.
La ambicion brota en su pecho,
El orgullo le avasalla,
Y gigantescas pasiones
En torno de él se levantan.
Si hasta el presente ignorante
De lo que en el mundo pasa,
Vagó, lleno de ilusiones
Forjando quimeras vanas,
Impulsando ó conteniendo
Los ímpetus de su audacia,
Preciso es ya detenerse,
Buscar la luz que le falta,
Y entrar, si el mundo lo quiere,
Con el mundo en lucha franca.
«Yo adquiriré, repetia,
Lo que conseguir ansiaba,
Para ponerme á la altura
De la que así me rechaza.
Yo guardaré sus diamantes...
Diamantes que brotan llamas,
Que la vista me lastiman
Y que el corazon me abrasan.»

Dió Adam la vuelta al palacio
Sin que la música grata
Que dentro se percibia
Y el bullicio, le dejaran
Oir el ¡ay! doloroso
Que entonces quizás lanzaba
La condesa; y encontrando

Al bandido que le aguarda,
Los dos se apartaron luego
De la soberbia morada,
Haciendo el uno preguntas
Á que el otro contestaba
Con voz breve, murmurando
Escasísimas palabras.

Despues que los dos hicieron
Una ligera jornada,
Paróse el viejo bandido
Á la puerta de una casa.
Era un edificio triste,
Alto, sombrío, de facha
Siniestra, que daba frente
Á una viejísima tapia.
Sin detenerse un momento
Abrió Lucas con cachaza
La puerta, hizo luz, y luego
Volvió por dentro á cerrarla.
Subieron una escalera
Estrecha, pendiente, alta,
Retorcida, súcia y toda
Llena de telas de araña.
Contaron cien escalones...
Es decir, no los contaban;
Mas en verdad que del número
Que hemos indicado pasan.
Y en la puerta que en la última
Meseta cansados hallan,
Dió un golpe el viejo y por dentro:
—¿Quién es? preguntan; ¿quién llama?
—¡Gente de paz! dice el viejo;
Ábrenos al punto, Juana.—
Se abrió la puerta, y en ella
Vióse una mujer escuálida,
Seca, negra, bigotuda,
Varonil, huesuda y alta,
Con un candil en la mano,
Cuya luz con la otra tapa.
—Gracias á todos los diablos
Que estamos en nuestra casa,
Dijo Lucas penetrando
En una mísera estancia.
Y como Adam no acertase
Á entrar, le dijo con calma:
—«Ven, hijito, y no te asustes,
Que la habitacion no es mala,
Y en ella vas á encontrarte
Mejor que el pez en el agua.»

Una cocina, un pasillo,
Un dormitorio, una sala
Pequeña, constituian
El conjunto de la casa,
Que casi puede decirse
Estaba desmantelada.
Y como Adam lo observase,
Con visible repugnancia
Todo, el viejo sonriendo
De esta manera le habla:
—«Comprendo bien que te halles
Desconcertado y en babia,
Despues de ver el palacio
Que hace poco te admiraba.
Ven, sin embargo, conmigo;
Ten un poco de cachaza
Y ya verás la sorpresa
Que te tengo preparada.»
Dijo: y tocando un resorte
Que en la pared se ocultaba,
Se abrió otra puerta secreta
Que Adam y Lucas traspasan,
Llevando el viejo en su mano
Un quinqué de hoja de lata,
Y en su rostro el pobre jóven
La admiracion retratada.

—«Hé aquí tu aposento, hijo,
Dijo el bandido con calma,
Entrando en un saloncillo
De vista menos ingrata.
Era una pieza mas grande
Que dista de la elegancia;
Pero que está con limpieza,
Modestamente amueblada.
Constituye su menaje,
Estera de pleita blanca,
Una mesa en un testero,
En redor sillas de paja,
Un grande armario con libros,
Un escaño y una cama.

Tomó asiento el viejo Lucas;
Obligó á su camarada
Á hacer otro tanto, y luego
Le dirigió estas palabras:
—«Oye, Adam; yo no te pido
Que vengas á abrirme el alma:
Si algun secreto me ocultas
Guárdalo cuanto te plazca;
Mas no olvides que te he visto
Mientras que con ella hablabas,
Y que de allí te alejaste
Tal vez sin decirle nada
De lo que importa; cualquiera
Te tomara por un mandria.»

Miró al jóven fijamente,
Cual si de sondar tratara
Los diversos pensamientos
Que por su mente cruzaban,
Y así prosiguió diciéndole
Acentuando sus palabras:
—«Me he convencido; no sirves
En el mundo para nada;
Mas ¿qué demonios? al cabo
Te quiero, y con esto basta.
Ayer te ví con un hombre
Tomar, al romper el alba,
Una copa de aguardiente
Y permitir que él pagara.
Comprendí que no debias
Tener siquiera una blanca,
Y aunque tengo alma de hiena
Me enternecí, tuve lástima.
Puse en olvido tu ingrato
Proceder, pedí á Salada
Perdon, aquí en mis adentros;
Y tapándome la cara
Con el sombrero, tus pasos
Seguí por calles y plazas.
Te he visto pedir trabajo,
Te he visto... Cállate, calla,
Que harto dicen tus mejillas
Poniéndose coloradas.
Te he visto tender la mano...
Te he visto temblar... ¡Caramba!
¿Me dices que eres valiente?

Lo sé; mas eso no basta.
Se necesita un esfuerzo
Que me confunde y me pasma.
Tú, siendo inocente, fuiste
Conducido en hora infausta
Á una cárcel, donde el hombre
Á ser malo te enseñara.
Despues el cura tentando
Tu ambicion, tras sí te arrastra,
Y á esa inocente criatura
Del robo y la muerte salvas.
Te arrojas luego impaciente
En pos de ilusiones gratas:
Pides trabajo y consuelos,
Y solo desdenes hallas.
Debes renegar del hombre,
Y sin embargo le amas:
Mucha fé, mucha paciencia,
Mucho esfuerzo te acompañan;
Eres mas noble, mas héroe
Que muchos que el mundo aclama.
Mas yo temo que ese mundo
Se mofe de tus bazañas,
Y las desprecie por chicas,
Ó las olvide por sándias.
Tú, tan fuerte, tan robusto,
Tan jóven, con tantas alas
Como en la cárcel te dimos;
Tú que con una puñada
Pudiste aplastar al hombre
Que tu pobreza insultaba...
Vamos, muchacho, te juro
Que me has tocado en el alma.»

Calló Lucas un momento;
Su frente inclina; levántala
Luego, y de sus ojos caen
Dos gruesas y ardientes lágrimas.
—«¡Pobre de mí! dijo al cabo,
¿Por qué razon? ¿por qué causa
Esta noche me parece
Que mi corazon se ablanda?
Él ha sido muchos años
Como roca solitaria
Que dentro del mar resiste
Á laz olas irritadas.
Nunca los ojos he vuelto
Al pasado que hoy me espanta;
Nunca dirigí la vista
Al porvenir que me aguarda.
Tienes razon; las lecciones
Que yo en la cárcel te daba,
Eran demasiado negras,
Eran demasiado malas.
Sigue el camino que emprendes;
Sigue el rumbo que te trazas,
Y ¿quién sabe? acaso veas
Cumplidas tus esperanzas...
Y hasta puede que me apartes
Del crímen y de la infamia.»

Diciendo así, avergonzado
De que llorar le miraran,
Levantóse de repente
Y dió una vuelta á la estancia.
Luego sacó del bolsillo
Un puñado de oro y plata
Que puso sobre la mesa,
Y así continuó su plática:
—«De hoy mas, muchacho, ya tienes
El hogar que te faltaba,
Y el alimento preciso
Que el estómago reclama.
Cómprate un vestido nuevo;
Que aunque hay gentes que proclaman
Que el hábito no hace al monge,
Yo te digo que eso es cháchara.
Ponte levita, la triste
Chaqueta es prenda que causa
Cierto desden compasivo,
Si no inspira repugnancia.
Yo de muchacho lecciones
De leer y escribir tomaba;
Te las daré, si tu quieres,
Á mi vez desde mañana.
Ahí tienes mas de cien libros
Que un sábio que aquí habitaba,
Y que murió viejo y pobre
Dejó al fallecer á Juana.
Lánzate al mundo; aunque mozo,
El crisol de la desgracia
Sin duda te habrá prestado
Prudente desconfianza.
Estudia los corazones
Sin que te estrañes de nada
Y en el tuyo dominando
Vé supersticiones vanas.
La maldad no vive sola
Entre la infame canalla;
Malvados hay que se cubren
Entre magníficas galas,
Y que un suplicio merecen
Mejor que el que ahora te habla.
Yo vendré á verte de noche
Y siempre en sus horas altas,
Cuando me deje dormida
Á tu constante Salada.
Te encargo que no la busques
Si es que no quieres matarla,
Y por último te encargo...
Acércate á esta ventana.»

Abrió Lucas las maderas
De la que estaba cerrada,
Y al asomarse el mancebo
Un grito ahogó en su garganta.
Era la hora bendita
En que sus tintas rosadas
Esparce por el Oriente
La luz serena del alba.
Madrid dormido velase
Arrullado por las auras
Mostrando las siluetas
De sus torres elevadas,
Mientras que abajo perdíase
En laberintos de casas
Y calles. Y allí, mas cerca,
Casi al pié de la ventana,
Vió Adam un jardin hermoso
Lleno de fuentes y estátuas,
Y kioscos y arroyuelos,
Y artificiales cascadas,
Y bombas y farolillos,
Cuyas luces ya se apagan.
Y aunque desierto aparece
Y silencioso y en calma,
Y no hay ya en la galería
Ni en los salones un alma,
Todo lo contempla el jóven
Con avidez estremada,
Como si viera los cielos
Abrirse á su vista estática.

Y segun dice la crónica,
Segun publica la fama,
Cuando el viejo con su mano
Le señaló la morada
De la condesa, y le dijo:
«Vela por ella,» con ánsia
Estrechó contra su pecho
Al bandido, que se aparta
De su lado, murmurando:
—Adios, hijo, hasta mañana.

II.

¿Quién dejó de construir
En los etéreos espacios;
Pensando en su porvenir,
Castillos de oro y palacios
Con bóvedas de zafir?

¿Quién en su primera edad
Culto no rindió un momento
Á la pueril vanidad,
Que lleva la humanidad
Adherida al pensamiento?

¿Quién indiferente vió
Su apostura y gentileza,
Si á un espejo se miró
Y en él retratadas vió
La juventud, la belleza?

Y quién, en fin, dominando
Inocentes desvarios,
No vá galas codiciando,
Á medida que alcanzando
Vá brillantes atavíos?

Préndase el mundo al mirar
La riqueza y el primor
En todas partes brillar;
Y el hombre suele anhelar
Lo que al mundo inspira amor.

Por eso nuestro mancebo,
Á quien ya pintar me atrevo
Mas alegre y mas dichoso,
Sale á la calle brioso
Ostentando un traje nuevo.

Bota estrecha y charolada,
Pantalon largo y ceñido;
La levita abotonada,
Y la corbata anudada
Con cuidadoso descuido.

Blanca pechera; un boton
Donde una perla resalta;
Cadena de relumbron,
Sombrero de copa alta
Y un junquillo por baston.

Traje nuevo y elegante
Que Adam ostenta con brio,
Sin dejar el blanco guante
De cabritilla ó de ante
Que completa su atavío.

Y en verdad que es otro Adam
Vestido con tal primor;
Que todos le envidiarán
Sus vislumbres de galan,
Sus aires de gran señor.

Y es tan gentil su figura,
Tan varonil su apostura,
Que no habrá mujer acaso
Que á contemplar su hermosura
No detenga un poco el paso.

Y él, que destierra el dolor,
Y ya en el mal no se abisma,
Hallará un mundo mejor
Mirado por otro prisma
De un cristal encantador.

Ved sinó como se lanza
Buscando con ansiedad
Lo que entrevió en lontananza:
El amor, la bienandanza
De la culta sociedad.

Mundo de delicias lleno
Al que ya no busca en vano,
Pues ha de abrirle su seno
Mientras tenga el oro á mano,
Aunque lo coja del cieno.

Y no faltarán amigos
De buena ó de mala casta;
Y no habrá quien diga: *basta*,
Si de su bien son testigos
Y con todos triunfa y gasta.

Y no escasearán placeres,
Ni diversiones, ni amor
De tentadoras mujeres,
Que le repitan: «tú eres
De los hombres el mejor.»

Mujeres que encubrirán
Entre flores mil su yugo;
Que acaso le esprimirán
Del alma y del cuerpo el jugo,
Y luego le olvidarán.

Y en verdad que no son tales
Mujeres tan criminales,
Pues tal vez, y sin tal vez,
Fué el hombre con su doblez
Quien las hizo desleales.

Y si el mismo Adam suspira
Con ellas en lazo estrecho,
Será su pasion mentira,
Que él no puede á la de Aleira
Jamás arrancar del pecho.

Por eso allá en el festin
Pondrá á sus placeres fin,
Volviendo con alma ufana
Á contemplar el jardin
Que hay al pié de su ventana.

Y en sus horas de apatía
Con dulce melancolía
Lanzará al viento un reproche,
Al ver perderse otro dia
En las sombras de la noche.

Que á la condesa no vió
Por mas que lo deseó,
Y en la oscuridad que crece
El jardin desaparece,
Donde en vano la buscó.

Y al ver que es inútil ya
Tal ventura pretender,

Y que ausente acaso está
La idolatrada mujer,
Suspiros al viento dá.

Y pasan dias y dias,
Y á lanzarse torna al mundo,
Buscando sus alegrías,
Que luego vuelve sombrías
Un sentimiento profundo.

Y es el afan de aprender,
El anhelo de juzgar,
El delirio del saber,
La pretension de sondar
Lo que no pudo entender.

Y á su razon pide en vano
Que le esplique de la vida
Todo el misterioso arcano,
Pues vá su mente perdida
Por un inmenso océano.

Y vé cosas que le halagan,
Secretos que le fascinan,
Placeres que le embriagan,
Dulzuras que le empalagan
Y dudas que le asesinan.

Y así, gozando y sufriendo,
Camina del mundo en pos,
Ya amando, ya aborreciendo,
Á Dios su amor ofreciendo
Ú olvidándose de Dios.

Que en la culta sociedad
Á donde ciego se lanza,
Se agita la humanidad
Entre la fé, la esperanza,
El olvido y la impiedad.

Y loco busca el festin,
Mas luego, con alma ufana,
Á sus goces pone fin,
Por ir á ver el jardin
Que hay al pié de su ventana.

Y en él con grata sorpresa
Una bella sombra mira
Deslizarse por la espesa
Enramada... ¡Es la condesa!
¡Es la condesa de Alcira!

De júbilo Adam lanzó
Un grito; el sol de bajada
En Occidente se hundió,
Y en sombras despareció
La sombra de su adorada.

Y al volverse entristecido,
Porque el sol que trasponia
Ver otro sol le impedia,
Se halló al lado del bandido
Que á darle leccion venia.

Y era la leccion postrera;
Pues él, aplicado y diestro,
En las lecciones que diera,
Supo ya mas que el maestro,
Que un gran maestro no era.

Y éste dijo: —«¡Pesie á mí!
Que ya me dejaste atrás.
Mas no has de quedarte así.
Otros maestros tendrás
Si es que eso te agrada á tí.»

«Yo conozco á un pobreton
Que, por sábio, en la indigencia
Está; te dará leccion
Y... ya verás cuánta ciencia,
Vas á ser un Salomon.»

«Entretanto te aconsejo
Que no te ausentes de aquí
Aunque notes que me alejo.
Por unos dias te dejo;
Acuérdate, Adam, de mí.»

«No olvides, que me interesa,
La infeliz á quien denigro.
Soy padre de la condesa...!
Y le amaga una sorpresa,
Le amenaza un gran peligro.»

«Acuérdate de la anciana
Que reveló el plan ruin
De aquella gente villana;
Si oyes tañer la campana
Corre al punto á ese jardin.»

«Vela de noche y de dia;
Vela, por Dios, buen Adam,
Por esa pobre hija mia.
¡Oh! ¿quién sabe si algun dia
Verás premiado tu afan?»

«De menos nos hizo Dios;
Tú eres un mozo que vale
Por mas de uno y mas de dos;
La suerte al camino sale
De quien menos la fué en pos.»

«Dicen que en la soledad
La tristeza se conjura,
Si se entabla sociedad
Con los libros, y en verdad
Que no te falta lectura.»

«Estudia; yo volveré
Pronto, y te sustituiré.
No seas en mirar reacio
Lo que pasa en el palacio
Que hay de esta ventana al pié.»

«Juana de tí cuidará
Durante mi corta ausencia,
Y nada te faltará...
Si el mundo envidia te dá
Resígnate y ten paciencia.»

«Cuanto mas tardes en ir
Á confundirte con él,
Mas tardarás en sufrir;
Que el mundo es traidor y herir
Suele con mano cruel.»

«Adios, hijo, que es ya tarde;
Por unos dias emigro;
Y al ausentarme, cobarde
Me siento; el cielo nos guarde
Y la libre del peligro.»

Dijo: al jardin señaló;
Miró al cielo tristemente;
Al jóven luego abrazó,
Y en silencio lentamente
De la estancia se alejó.

III.

Y Adam de nuevo en soledad quedando,
Recorriendo la estancia distraido,
Á sus anchas estuvo comentando
Las temerósas frases del bandido.
Y aquella noche continuó velando,
Hasta que el sol, hallándole rendido,
Hízose al cabo de sus fuerzas dueño,
Y dió á sus ojos bonancible sueño.

Era muy cerca ya del mediodia,
Cuando en su oido resonó potente
La voz de la mujer que le asistia,
Quien por tres veces le llamó impaciente.
Y al notar que el almuerzo le traia
Tiróse de su lecho prontamente,
Y se puso á comer de buena gana,
No sin mirar primero á su ventana.

Fué, sin embargo, inútil diligencia;
Inútilmente con empeño mira
Si puede conseguir en su impaciencia
Entrever la mujer por quien suspira.
Nadie anima el jardin con su presencia;
Muda está la mansion de la de Alcira;
Todo yace en silencio sumergido,
Medio envuelto en las sombras del olvido.

Fué preciso esperar; pero las horas
Lentas pasaban; y vinieron dias
Seguidos á su vez de abrumadoras
Noches tristes, eternas y sombrías.
Y ardiendo Adam en ánsias tentadoras
Ganas tuvo, entre mil dudas impías,
De penetrar en el jardin, pues sabe
Que tiene en su poder de él una llave.

Y hubiera al punto su arriesgada empresa
Llevado á cabo con valiente intento,
Si el temor de ofender á la condesa
No le hubiese asaltado el pensamiento.
Que si verla y hablarla le interesa,
Tambien teme causarla un sentimiento,
Por lo cual con dolor un *no* pronuncia
Y á penetrar en el jardin renuncia.

Entretanto, el bullicio y el ruido,
Y el estrépito y grande vocería
De la córte, ligero hasta su oido
En sus alas el viento le traia.
Bulle un pueblo á sus pies, un mundo henchido
De júbilo sin fin y de alegría,
Rico, esplendente, seductor y vário,
Llama y seduce al jóven solitario.

Vosotros ¡ay! que acaso habeis sufrido
Hondo pesar y fieros desengaños,
Que el pobre corazon teneis herido
Por la orfandad desde los tiernos años;
Que del mundo tal vez habeis huido
Por no ver su falsía y sus amaños,
Decid: ¿no habeis perdido vuestra calma
Viendo á ese mundo que os seduce el alma?

Horas vienen de tédio y de apatía
En que la triste soledad buscamos,
Y en ella con cruel melancolía
Nuestro propio dolor acariciamos;
Mas luego el mundo de su luz envia
Un rayo que afanosos vislumbramos,
Y olvidándonos luego del profundo
Pesar, buscamos con afan al mundo.

Y si el hombre que poco á poco ha ido
Cruzando los caminos de la vida,
Los golpes que en el alma ha recibido
De tal manera placentero olvida,
¿Qué hará nuestro mancebo, que ha venido
Al mundo ayer, si el mundo le convida?
¿Cómo alejarse del amable roce
De ese mónstruo falaz que desconoce?

Resuelto ya á lanzarse nuevamente
Á la calle, su libro con enfado
Cerró Adam, y vistióse diligente
Dejando dudas y temor á un lado.
Y por salir mostrábase impaciente
Al mirarse del todo ataviado,
Cuando dió un paso atrás con infinito
Dolor, ahogando en su garganta un grito.

Pálido, inquieto, trémulo de ira,
Sintiendo que en su pecho acelerado
Palpita el corazon, absorto mira
La escena que su enojo ha despertado.
En el jardin se encuentra la de Alcira;
Es ella, sí; mas ¡ah! que allí á su lado,
Un mortal mas feliz la galantea
Y ella asida á su brazo se pasea.

No hay duda, no; en la insólita locura
Que le inspiran sus celos bramadores,
Presiente que aquel hombre la ventura
Le roba con el bien de sus amores.
Es el rival de quien le hablara el cura,
Es aquel que encendiendo sus rencores
De un cochero brutal armó la mano
Dando impulsos á un látigo villano.

Tiempo es ya de volver al orgulloso
Conde su insulto, y con cruel contento
Hacerle ver que tiene mas brioso
Brazo, mas fuerzas y mayor aliento.
Realizar aquel sueño misterioso,
Cumplir al cura el tardo juramento,
Y de su lado á la mujer querida
Arrancarle, arrancándole la vida.

Pensando así, la llave que le diera
La condesa, tomó y apresurado
Dando saltos abrevia la escalera,
De dos pistolas y de estoque armado.
Resuelto está á buscar con saña fiera
Y á provocar á su rival odiado;
Al conde audaz que con desden le mira
Y le roba el amor de la de Alcira.

Lleno, pues, de impaciencia y de coraje,
Á la calle por fin ciego se lanza,
Mientras medita en el mayor ultraje
Que pueda sugerirle su venganza.
Mas ¡ah! que á la sazon, un carruaje
Que se aleja veloz, á ver alcanza;
Y en él vá la de Alcira con el conde
Rápidamente sin saberse á dónde.

Adam, montando en cólera sombría,
Lanzó un rugido, y con furioso anhelo,
Mientras la tierra con su planta heria,
Cerró sus puños, elevando al cielo
Una mirada rencorosa, impía.
Que así mil veces, sin pedir consuelo
El hombre á Dios, contra su Dios desfoga
La impotente soberbia que le ahoga.

Y aquí de disculpar al ciego amante
Casi me asaltan locas tentaciones;
Pues sabemos que Adam es ignorante
Y que apenas del bien tiene nociones.

Si fué mala su accion y repugnante,
Culpa tienen acaso las lecciones
De un mundo que, olvidando el anatema
De los cielos, sacrílego blasfema.

De todos modos, si en aquel momento,
Imprudente las iras provocado
De Adam hubiese alguno, el escarmiento
Prontamente le hubiera el jóven dado.
Que esta vez el dolor y el sufrimiento
De los celos parece han agotado,
Prestando al alma impulsos borrascosos,
Los innatos instintos generosos.

Pasó, no obstante, el ímpetu sombrío,
Cual suele acontecer á la tormenta
Que en alas vá del huracan bravío
Tanto mas pronta, cuanto mas violenta.
Y del terrible encono y desvarío
Negro el pesar, la duda macilenta,
En pos vinieron, dando á la tristura
El imperio que tuvo la locura.

¿Quién es él...? una noche malhadada
Penetró en el palacio de la hermosa,
Que iba á ser sin piedad sacrificada
Por una chusma criminal y odiosa.
Y él la salvó; mas ¡ah! que en la morada
De la mujer altiva y orgullosa
Entró furtivamente, atraido
Por el vil interés, como un bandido.

Quisiera Adam con ánimo esforzado
Arrancar de su mente, en su impaciencia,
El terrible recuerdo del pasado
Que entonces abrumaba su conciencia.
Mas ¡ah! que en vano triste su pecado
Quiere escusar pensando en su inocencia.
La dama por quien él de amores muere
Le ha juzgado un infame y no le quiere.

—«Y sin embargo el padre de esa hermosa,
Dijo Adam suspirando, fué aquel mismo
Que en la cárcel me dió con afanosa
Solicitud, ejemplos de cinismo.
El que un dia la vida borrascosa
Del crímen, me pintó como heroismo,
Mientras ahora rápido se aleja
De esa ruta, y ser bueno me aconseja.»

Trataba de sondar inútilmente
Una vez mas el misterioso arcano
Que se suele encerrar constantemente,
Segun ya vé en el corazon humano,
Cuando vino á sacarle de repente
De su grande abstraccion, ledo y ufano
Un hombre que le dió amoroso abrigo
En sus brazos, llamándole su amigo.

¡Amigo...! ¿por qué el mundo así prodiga
Esa palabra mágica y hermosa,
Que tanto á un pecho generoso obliga
Cuando ese pecho de candor rebosa?
¿Qué estrella de los hombres enemiga
Para que fuese la amistad dudosa,
Del que es falaz no ha escrito eternamente
La palabra *traicion* sobre la frente?

Aquel hombre que así dábase prisa
Por dar á Adam junto á su pecho abrigo,
Es aquel que pretende de Luisa
Que falte á Enrique, su mejor amigo.
Es Anselmo; en su labio la sonrisa
Parece ser de su bondad testigo,
Y es la máscara inicua en que sepulta
La vil doblez que en su interior oculta.

Y hé aquí, lector, á Adam que nuevamente
Se lanza al mundo, y en la córte luce
Con el oro que resta al inocente,
El lujo que le agrada y le seduce.
Y Anselmo que le sigue la corriente
Á gastar mas y mas siempre le induce,
Hasta que al verle casi sin un cuarto
Se aleja de él de sus bondades harto.

Esta vez, sin embargo, erró su cuenta
El falso amigo, pues de Adam estaba
Decidida la suerte turbulenta
Á darle lo que tanto ambicionaba.
Dice, lector, el códice que cuenta
Los hechos de su vida, que pasaba,
Y aquí yo lo repito sin trasporte
Por el jóven mas bello de la córte.

Y como quiera que en las córtes haya,
Segun sucede acaso en otras partes,
Mujeres que no ponen nunca á raya
Su limpio honor con nobles baluartes,
No faltó quien poniendo de atalaya
Un insensato amor, con torpes artes
El bajel codiciado, aunque con sustos,
Hizo arribar al puerto de sus gustos.

Quien fué la esposa infiel, no lo preguntes;
Fué liviana y pagó su desacuerdo;
Su nombre estaba escrito en mis apuntes;
Mas juro que tal nombre no recuerdo.
Y á fin, lector, de que tampoco juntes
Sus señas, voy (aunque me llames lerdo),
Á indicarte tan solo que esta hembra
Por todas partes la riqueza siembra.

Era muy rica, mucho; estaba el hombre
Á quien juró felicidad, ausente;
Y ella manchó tal vez un puro nombre
Por amor ó capricho delincuente.
En tanto, Adam, y espero que no asombre
Este estravío de su edad ardiente,
Olvidando un momento á la condesa
Dióse á triunfar y á divertirse priesa.

Y montó sobre rápidos corceles,
Y fué en la esgrima como pocos diestro,
Y el arte bello del divino Apeles
Le dió nociones; y hasta tuvo estro
Para brillar un poco entre noveles
Vates; y luego se mostró maestro
En chapurrar francés, segun lo ordena
La ilustre sociedad que le encadena.

Para tomar, lectores, ese baño,
Puedo jurar que Adam fué muy ligero;
Que no tardó siquiera medio año
En ser galan y apuesto caballero.
¿Fué por eso feliz? El cambio estraño
¿Logró hacer su presente lisonjero?
¿Calmóse su ambicion ó su quebranto...?
Vamos á verlo en el siguiente canto.

CANTO XIX.

I.

«Es ya cosa probada,
Corriente, averiguada,
Segura, inevitable,
Que el hombre nace para ser sociable.
Hay un instinto en él que á toda hora
Le muestra su flaqueza:
Desnudo sale al mundo;
En la naturaleza
Nada hay tan débil como el pobre niño,
Que en su dolor profundo
Con tierno llanto compasion implora,
Demandando solícito cariño.
No hay mal que no taladre
Su débil complexion, y en su agonía
Bien pronto moriria
Separado del seno de su madre.
Y cuando madre digo
Comprenderás muy bien, lector amigo,
Que tambien me refiero
A otra madre que tiene el mundo entero.

No os hablo aquí de nuestra madre tierra
Que en su seno despues nos aprisiona
Con inflexible comezon tirana;
Os hablo sola y esclusivamente
De la que llaman sociedad humana.
Esta es lazo comun que une á la gente,
Que produce en el alma el sentimiento
De atarnos dulcemente
Y poner en contacto el pensamiento
De todos cuantos nacen,
Y al punto el pacto hacen
De amarse y protegerse mútuamente.

Así identificado,
Está el hombre del todo asegurado
De vivir en recíproca armonía
Siempre en calma, contento
Aspirando á la dicha y la alegría.
El valiente sabrá infundir aliento
Al que cobarde sufre; el ignorante
Tendrá en el sábio compasivo guía;
El rico al pobre ofrecerá el sustento
Con alma generosa y pecho amante;
Y si por senda infame se estravía
Un delincuente hermano,
Pronto el bueno, tendiéndole su mano
De la virtud le mostrará la vía.

No hay duda, no; la sociedad nos llama
Con frases lisonjeras;
Dios ha prestado la razon al hombre
Para vencer á las sañudas fieras.
Es fuerza unirse, protegerse, amarse,
Ser todos unos, y con noble y tierno
Afecto, al fin ligarse
En santo lazo venturoso, eterno.»

Esto Adam leyó un dia
No sé en qué libro de filosofía,
Y yo juro á mi vez á mis lectores
Que prendado quedó de esos primores;
Pero debo decir al tiempo mismo
Que, á la par que en el mundo se engolfaba
Y estudiarle afanoso pretendia,
El pobre en un abismo
De dudas se encontraba:
Dudas que en vano descifrar queria,

Verdad es que la gente
Maldito si le dió leccion alguna
De lo que él impaciente
Adivinar anhela.
Por el pronto en la escuela
Cortesana los hombres le enseñaron
Aquello que prudentes acordaron.
Supo hacer cortesías,
Mover los pies y brazos,
Decir ó hacer discretas tonterías
Y recibir ó devolver abrazos,
Disimular sus penas y alegrías
Aunque se hiciese el corazon pedazos,
Y ver si á la etiqueta se acomoda
Para hacerse por fin hombre á la moda.

En tanto que esto hicieran,
Si bien no siempre diestro
En esas cosas se mostró maestro,
Aquellos que le dieran
El título de jóven elegante,
Adulándole siempre por delante,
De su triste ignorancia se reian
En su ausencia, y se hacian
En cien círculos vários
Discretos comentarios,
Preguntando de dónde procedian
El oro y las grandezas que ostentaba;
Y el nombre de una adúltera rodaba,
Con vil oprobio, y para eterna mengua
De un marido infeliz de lengua en lengua.

Aquel sordo ruido,
Vago, incesante, resonó en su oido;
Y entonces, comprendiendo
Que no era noble acaso lo que hacia,
Puesto que de ello el mundo se reia,
Miró en redor la intensidad midiendo
De sus acciones; y encontrando en torno
Muchos hombres que cándido le llaman
Porque nécio vacila, y que proclaman
Aventuras iguales con denuedo,
Adam sacude su inocente miedo.

De todos modos, en el alma lleva
Una herida mortal, el negro hastío
Abre en su pecho abrumador vacío.
La delincuente esposa que con lazos
Criminales le abruma y le sofoca,
Dulces frases le pide, que no siente
Su corazon; Adam ya no la ama;
Y esas frases que salen de su boca
Se escapan lentamente
Escitando los celos de la dama
Que ya en silencio llora
Y del ingrato dueño amor implora.

¿Quién dió lo que no tuvo? Adam pretende,
En el revuelto piélago del mundo,
Donde oye hablar de cosas que no entiende,
Ver si llena el profundo
Vacío que vé abierto
Siempre á su vista; el porvenir incierto
Guarda la dicha ufana
Porque siempre suspira.
De nuevo en la de Alcira
Piensa, y piensa de nuevo en su ventana.

¿Por qué nunca ha dejado
El hombre de acordarse del pasado?
¿Por qué presta brillante colorido
A todo lo que *ha sido*,
Por mas que lo que fué tal vez le ha hecho
Heridas en el pecho?
¿Por qué el sol que se pone nos ofrece
Gratos vislumbres, y la noche solo
Del presente, mas negra nos parece,
En tanto que los cielos arrebola,
Anima y esclarece
Del porvenir la espléndida aureola?

Lo cierto es que, lanzado
Adam del modo que espresado queda
A la vida agitada
De la córte, no encuentra la alegría
Ni la dicha que tanto apetecia.
La mujer que hastiado
Le tiene con su amor y con sus celos
Y sus tiernos desvelos,
Oro le dá sin cuento ni medida,
Que él derrocha en seguida
Huyendo de ella con creciente enfado.
Y busca diversiones;
Apetece mas grandes emociones;
La vida borrascosa,
Parécele pueril, trivial, penosa;
Tal vez envidia la época pasada
En que oscuro vivió con su Salada.
¡Salada! ¿dónde está? ¿dónde el bandido
A quien puso en olvido?
¿Qué fué de la condesa?
¿Qué del cura y de Pupas?
¿Qué de Alarcon? la suerte le interesa
De todos, y no obstante
Sigue siempre adelante
Sin saber dónde vá; rudo el destino
Le empuja en su camino,
Y ya Madrid es poco
Para él que vá perdido como un loco.

De vez en cuando el vuelo
De su intranquilo espíritu paraba,
Y lleno de terrible desconsuelo
Las miserias del hombre contemplaba,
Y la miseria propia,
Pues él no es mas que de los otros copia.
¿Quién es él? ¿dónde vá? fáltale un nombre
Y apenas sabe, apenas por qué existe:
Ayer que pobre era
Y que vagaba por las calles triste,
Ni un amigo tenia;
Y hoy le cercan y adulan á porfía
Brindándole cariño por do quiera.
¿Qué le enseñaron? nada;
Es verdad que orgulloso,
Ante alguna mujer enamorada,
En un caballo con la crin tendida,
La cola suelta, vagarosa al viento,
Y la abierta nariz de fuego henchida
En alas iba ya de su contento.»
Es cierto que sabia,
Manejar un florete; que ya un dia
Tuvo un duelo, por culpa de una dama,
Con el que obtuvo de valiente fama.
Es cierto que se atreve
Tambien el pobre á ponderar la gloria
Y cultura del siglo diez y nueve.
Que alguna vez de historia
Y mil de la política le hablan;
Que nada de esto entiende
Aunque entenderlo con afan pretende;
Y que al fin se acomoda
A ser, como hemos dicho, hombre de moda.

Mas ¡ah! que en tanto el alma
Sigue sintiendo el congojoso hastío
Que la dicha le roba con la calma.
De la mujer que le ama, con desvío
Mas se vá retirando.
Solo vá á verla allá de vez en cuando
Por obtener el oro y las riquezas
Con que ella torpe abona sus finezas.

Y al cabo llega un dia
En que vuelve indignado
El esposo ultrajado
Que viene á castigar la felonía
De la adúltera esposa.
Juez inflexible de su honor, le pide
La cuenta minuciosa;
Lavar su mancha con teson decide
Y el limpio acero mide
Con el acero del rival odiado,
A cuyos piés herido
El infeliz marido,
Cayó en sangre bañado,
Mientras que Adam huyó precipitado.

. . . .

Y la noche sombría
Tendió su manto; y dos buenos amigos
Que del duelo testigos
Fueron, porque el honor se lo imponia,
Al herido afanosos levantaron
Y en un coche le entraron,
Que allí con cuerda prevision habia.
Y se habló al otro dia
De aquel triste suceso;
Y solo se estrañó que aquel amante
Bizarro y arrogante,
A quien apenas se formó proceso,
De nuevo no volviera
A continuar triunfante su carrera.
. . . .

II.

Adam ha vuelto al cuarto que en mal hora
Insensato dejó; todo en silencio
Yace en torno del jóven; Madrid duerme
Lanzando los rumores postrimeros
De un dia borrascoso; los relojes
Marcan las dos en los lejanos templos.

Y Adam inquieto vela; los gemidos
Quejumbrosos se escuchan de los vientos
Que hacen crugir las carcomidas hojas
De su ventana, donde en otro tiempo
Asomado, anhelaba ver la imágen
De la de Alcira con creciente anhelo.

Un velon de metal que hay en su mesa
Deja escapar los débiles reflejos
De la oscilante luz; y todo es calma,
Tristeza, soledad... ¡ay! ¿dónde fueron
Las horas de ilusion y de ventura
Que quiso hallar en el revuelto piélago
Del mundo? Parece que han pasado
Para nunca volver, dejando lleno
El pecho de afliccion; fugaz el rayo
Rasgó las nubes, y con rumbo incierto
Fué á perderse en las sombras insondables
Del porvenir; y herido, triste, inquieto
Quedó aquel que clavar quiso sus ojos
En la cárdena ráfaga de fuego.

Breve fué y borrascosa la existencia
Del pobre Adam; en tan escaso tiempo
Quiso apurar la copa del deleite,
Y en su fondo encontró mortal veneno.

¿Por qué ocultarlo? el jóven en el alma
Oye una voz que con terrible acento:
«Tú has matado á tu prójimo,» le grita,
«Tú has manchado su tálamo, y cubierto
Al desdichado de ignominia y luto;
¡Asesino! ¡asesino!» Y un espectro
Se levanta iracundo ante sus ojos
Asombrados; latir siente en el pecho
Con ánsia el corazon, donde se alza
La sombra del cruel remordimiento.

Bien mirado, lectores, si en el mundo
Hubiese Adam vivido mucho tiempo,
En la ocasion presente, hubiera el pobre
Sin duda alguna padecido menos.
Entonces del honor las leyes sábias
Le hubieran convencido de que el duelo
Llevado á cabo con valor, destreza
Y buena suerte, deja satisfecho
Al ofendido, al ofensor, al triste
Que cae vencido, y al que vence diestro
Lo mismo que á los hombres que atestiguan
Del noble *lance* el valeroso término.

De todos modos, aunque Adam apenas
El decálogo sabe ó los preceptos
De Dios, ni lo que luego á sus antojos
Los hombres á su vez establecieron,
Es la verdad que aquella voz escucha
Sin saber cómo; que le inspira cierto
Temor indefinible el ver sus manos
Tintas en sangre, y que entregarse al sueño
Teme el cuitado; por lo cual en vela
Pasa la noche solo en su aposento,
Pensando en la justicia de los hombres
Y tambien en la cólera del cielo.

«¡El cielo! ¡la justicia! ¡vaya un héroe!»
Dirá acaso un lector de pelo en pecho,
Y aun temo que murmure por lo bajo:
«Este poeta me parece memo.»
Tiene razon el que de mí murmure
De tal modo: este Adam es un mancebo
Meticuloso, imbécil... mejor fuera
Remontar el osado pensamiento
A los tiempos heróicos; describiros
Combates y espectáculos sangrientos;
Ensalzar las acciones de los hombres
Que con feroz, con indomable esfuerzo,
El carro de sus triunfos conducian
Tirados por esclavos prisioneros,
Y asolaban la tierra conquistando
Dilatados, magníficos imperios.
¿Qué importa que su paso señalaran
La ruina, el luto, el hambre y el incendio?
Si los campos sembrados de cadáveres
Y palpitantes destrozados miembros
Quedaban, esos cuadros pavorosos
Eran sublimes, admirables, bellos,
Para el poeta que inspirado alzaba
Con voz potente sus cantares bélicos.

Es muy cierto, lector, y aun si me apuras,
No era preciso (lo declaro ingénuo);
No era preciso hasta la edad remota
Trasladarse; no á fé. — Nuestros modernos
Tiempos, ofrecen en recientes páginas
Grandes, terribles, dolorosos hechos.
Mas quede para aquel que torpe emprenda
Por el ánsia de alzarse un monumento,
La vil tarea de ensalzar la guerra
Y la matanza y el estrago horrendo,
Y las luchas tenaces y espantosas
Entre opresores y oprimidos pueblos
Presentando á quien fiero las promueve,
Como el tipo mas grande y mas perfecto
Que Dios creó para que ser pudiera
De la doliente humanidad ejemplo.

Vuelvo, pues, á mi Adam; el pobre jóven
No es un cobarde; varonil esfuerzo
Le acompaña; mas piensa por instinto
Que ser no debe valioso hecho
Matar á un semejante, y todavía
Parécele mas grande, mas inmenso
Su delito, pensando que aquel hombre
Fué por él agraviado sin saberlo.
Por eso teme á la justicia humana
Y tambien á la cólera del cielo.
Que aunque de Dios apenas en el mundo
Oyó hablar nuestro jóven; hay un eco
En el alma que anuncia su existencia
Allá en la eternidad y acá en el tiempo.

III.

Temprano al otro dia, muy temprano,
Cuando apenas los débiles reflejos
Del alba en su ventana penetraban
Por grietas y redondos agujeros,
Adam, soltando un libro que tenia
En sus manos, dejó á la vez su asiento
Y las vetustas puertas carcomidas
De aquella al punto abrió de inquietud lleno.
Entonces á sus ojos admirados
Un cuadro se ofreció grandioso y bello
Cual nunca el pobre jóven contemplara,
Y que absorto miró: cubierto el cielo
De cenicientas y compactas nubes
Tranquilamente desde el manto denso,
Innumerables y brillantes copos
De blanca nieve regalaba al suelo.
Al viento bramador ha sucedido
Húmedo ambiente; el horizonte estrecho
Y limitado está; mas por debajo
De la ventana, en deslumbrante lecho
Los árboles cargados aparecen
De festones de plata, que siguiendo
El laberinto de encorbadas ramas
Dan al jardin deslumbrador aspecto.

Quedóse Adam estático y confuso;
Los bellos copos minorando fueron
En fuerza y cantidad, y el horizonte

Fuese ensanchando; pálidos reflejos
Matizaron las nubes que à moverse
Comenzaron sus senos entreabriendo.
Y aquí y allí en pedazos se mostraba
El bello azul del claro firmamento
Hasta que al cabo el sol alumbra súbito
Un panorama encantador, risueño
Y grandioso á la vez; las altas cumbres
De los lejanos montes, los estensos
Campos, las calles, los tejados, todo
De blancas capas hállase cubierto.
¿Quién realiza el prodigio? Adam lo ignora;
Pero eleva hasta Dios el pensamiento.

Tres dias con tres noches en su cuarto
Permaneció; el jardin está desierto
Como siempre; el palacio sigue triste
En soledad sumido y en silencio.
Y entretanto que Adam hondo vuelve
Por la condesa, que á encontrar no ha vuelto,
Lanza, sus ojos al pasado vuelve
Evocando sus últimos recuerdos.
Entonces, cuando el sol al cuarto dia
Moribundo se hundió en otro hemisferio,
Adam salió á la calle presuroso,
Embozado en su capa; con misterio
Indaga del rival que cayó herido
A sus plantas, cuál fué la suerte; y lleno
De gozo, escucha con placer la nueva
De que aun vive aquel hombre; ya los ecos
No traerán de continuo á sus oidos
Aquellas frases lúgubres; su pecho
De la opresion que le abrumaba, libre
Se vé por fin; el espantoso espectro
Que pronunciaba el nombre de asesino,
Para siempre enmudece y huye lejos,
Muy lejos... ¡Oh! ¡qué dicha! cuánto agrada
Desechar el feroz remordimiento!

A su asilo tornaba presuroso,
Cuando en un triste callejon estrecho
Vió un grupo de hombres que en la sombra hablaban
En voz muy baja; sin parar en ellos
La atencion, nuestro jóven su camino
Seguido hubiera por el lado opuesto;
Mas entonces oyó que pronunciaban
El nombre dulce del amado objeto.
—«No hay que dudar, señores, dijo uno,
Que hoy á la córte la de Alcira ha vuelto;
Estemos prevenidos, y que el golpe
No se dé en vago cuando el golpe demos.
Ya lo sabeis, el cura nos promete
Doble botin...»—«Sí, sí, ya le daremos
Lo que merece,» replicó otro hombre
En voz mas alta y con feroz acento.
—Eso, gritó una voz afeminada
Que Adam reconoció, juro y prometo
Que corre de mi cuenta.—Siempre Pupas,
Otro observó, demuestra grande afecto
Hácia el sotana; dí, ¿por qué le quieres
Tan mal?—Os digo que razones tengo...
Pero vamos de aquí, que allí parece
Que hay un curioso...—Con hundir mi acero
En su garganta, os juro que las ganas
De oir le quitaré.—No, no, marchemos,
Dijo un viejo con cierto aire de mando,
Y todos desfilaron en silencio.

Adam que amartillando una pistola
Con todos á luchar está dispuesto,
Permaneció impasible en la otra acera
Dudando si arrojarse sobre ellos
O nó; pero al mirar que desparecen,—
Así murmura:—«La de Alcira ha vuelto
Y otra vez el peligro le amenaza;
No olvidemos á Lucas: no olvidemos
La ventana; mas antes... ¡oh! ¡Dios mio!
¿Qué mágico poder me atrae de nuevo
A pesar de que siento levantarse
Dentro de mí los iracundos celos?
¡Oh! es preciso, no mas vacilaciones;
No mas dudas; es fuerza; yo lo quiero.

Calló Adam y al instante, apresurando
El paso, se internó por el estrecho
Callejon, do la tapia se levanta
Del jardin del palacio; con resuelto
Ademan, una llave del bolsillo
De su levita saca; mide atento
Su empresa, se decide; ante la puerta
Falsa se pára; el rechinante hierro
De los goznes, anuncia que la puerta
Se entreabre; entra Adam, cierra ligero
Y allí en las calles del jardin se pierde
Como un fantasma en la tiniebla envuelto.

IV.

Al fin de una alameda, cuyos árboles
Sus ya desnudas ramas en silencio
Agitaba, formando estraños ruidos,
El temeroso contenido viento,
Logró Adam percibir un balconcillo
Por el cual se escapaban los reflejos
De una luz melancólica. Sus pasos
Dirige entonces, al través del velo
De sombras que le cercan, y hácia el sitio
Que le marca aquel faro acude inquieto.
No ignora el jóven al llevar á cabo
La empresa que acomete, á cuanto riesgo
Se espone, si escalando la morada
De la de Alcira, le hallan en secreto
En medio de la noche tenebrosa
Cual si intentase cometer un hecho
Criminal; pero el caso es que ha jurado
Ver si consigue mitigar sus celos
O acabar de una vez con sus amores
Poniendo al fin á su esperanza término.

Tal vez en medio de la ardiente lucha
Que se traba en el fondo de su pecho
Surgen ideas que su mente halagan
Y en ella ejercen seductor imperio.
Ideas pasajeras que no atina
Sin duda á formular con inmodesto
Amor propio y orgullo desmedido;
Pero que vagas bullen en secreto,
Sin saber cómo, atropellando el alma
Con un enjambre de delirios bellos.
Él que ha visto en él mundo mil mujeres
Entregadas á torpes devaneos;
Que la virtud y la honra de cien damas
Hundir vió por los hombres en el cieno
Públicamente; que do quier ha visto
La befa ó el escarnio que el incrédulo
De todas hizo ¿cómo á la condesa
Concederá virtud y noble esfuerzo?
Si los hombres que tienen una madre
Marcan á todas con infame sello,
Él, que madre no tuvo, ¿cómo puede
Su honra volver al ultrajado sexo?
Si hubo un tiempo en que el hombre peleaba
En las lides sangrientas y torneos,
Por su Dios, por su pátria, y por la triste
Indefensa doncella; el mundo ha vuelto
La oracion por pasiva; Adam lo sabe,
O no lo sabe, y marcha con los tiempos.

Acariciando, pues; la grata idea
De postrarse á los pies del dulce dueño,

Y enternecer su corazon acaso,
Y rendir su virtud; Adam, contento
Se vá acercando al sitio por do advierte
Que de la luz escapan los reflejos.
Modera el ruido de sus pasos, llega,
Mira, y al punto quédase suspenso,
Ante la triste misteriosa escena
Que allí sus ojos admirados vieron.

V.

Con sus manos blanquísimas cruzadas;
Pálido el rostro; pero siempre bello,
Una dama enlutada está de hinojos
Orando triste sobre el duro suelo.
Una pequeña lámpara que pende
De la dorada bóveda del techo
Baña con tibia luz la frente hermosa
Que ella inclina con hondo abatimiento,
En tanto que se escapan fugitivos
Suspiros tristes de su ebúrneo pecho.
Dos niños inocentes á su lado
Y una jóven, la miran con respeto
Y repiten al punto conmovidos,
Con dulces voces y apagado acento,
Las frases que los labios de la dama
Van murmurando con piadoso anhelo.

—¡Es ella! dijo Adam; es la condesa;
¡Qué hermosa está! mas ¡ah! ¿por qué en silencio
Su rostro surcan abundantes lágrimas?
¿Por qué palpita su agitado seno?

No bien Adam de formular acaba
Sus dudas, un suspiro lastimero
Arroja la condesa y de sus ojos
Caen los raudales de su llanto acerbo.
Los niños corren á sus brazos, rápida
Su compañera acude y con respeto
Y profundo interés.—«¡Señora! esclama,
Basta ya por piedad; basta de duelo;
¿No veis que nos matais con ese llanto
Que vá agostando vuestro rostro bello?

Oyendo estas palabras la condesa
—Tienes razon, responde; yo os condeno
A la amargura, perdonadme amigos.
Yo estaba loca y á mi juicio vuelvo.
Desde ahora mismo... sí, desde ahora mismo...
Mas díme ¿volvió el conde?—El conde ha vuelto.
—¿Pues por qué á darme aviso no viniste?
—Porque estaba V. E...—Ya me acuerdo;
Estaba descansando; mas no olvides
Que son breves las horas de mi sueño.
Oye, Dianora; cuando venga el conde
No le hagas esperar, que entre al momento.

«¡Oh! ¡le ama! ¡le adora! no me queda
Duda; le quiere con delirio inmenso;
Dijo Adam alejándose sombrío
De la ventana y del palacio luego.
Y volviendo á su cuarto ardiendo en ira,
Medio vestido se arrojó en su lecho,
Mientras que ideas de venganza y ódio
Solo le inspiran sus rabiosos celos.
¡Pobre loco! tal vez si en los jardines,
Al pié del balconcillo donde oyendo
Estuvo á la condesa, moderando
Su enojo, hubiera estado otro momento,
Tal vez entonces escuchado hubiera
Lo que aquella mujer le ama en secreto.
Solo Dianora, tierna confidente
De la de Alcira, recibió en silencio,
Ambas llorando, ante los tristes niños,
La confesion de aquel amor inmenso
Que abrasa un corazon do ya no caben
La esperanza, la dicha y el contento.

VI.

A la siguiente mañana,
Cuando Adam se levantó,
En vez de abrir, entornó
La consabida ventana.

Lleno de rabia sin fin
Y maldiciendo su estrella,
No quiso volver á ella
Por no mirar al jardin.

Harto la noche anterior
Sufrió en sus rudos desvelos
La tortura de sus celos,
La intensidad de su amor.

Amor que ya con violenta
Fuerza, en su pecho se anida;
Amor que crece á medida
Que el obstáculo se aumenta.

Por eso en lucha incesante
No sabe ya lo que hacer:
Ha jurado aborrecer
Y es cada vez mas amante.

—«Al menos, dijo impaciente,
Aunque imposible me sea
Odiarla, que yo la vea
Con mirada indiferente.»

Siguiendo su pensamiento
Fué á la ventana, la abrió,
Miró al jardin, suspiró
Y malogróse su intento.

Que quien con tal impaciencia
Por un bien así suspira,
Miente al decir que le inspira
Ese bien indiferencia.

Dijera con mas razon
Que su flaqueza ocultaba
Cuando mas le avasallaba
El amante corazon.

VII.

En medio de aquella lucha
De encontrados pareceres
En que la razon sucumbe
Ante el amor casi siempre,
Hallóse Adam sorprendido
Por Juana que entró impaciente
Con una carta en la mano
Y le dijo de esta suerte:
—Un caballero pregunta
Por usted; ¿le digo que entre?
—¿Quién es?—Tan solo me ha dicho
Que hablarle al momento quiere.
—¿Sus señas?—Es un anciano
Bien parecido y decente.
—¿Pero esa carta...?—Hace poco
Que la trajeron.—Parece
De Lucas; sí, sí, es su letra...
—¿Qué digo al anciano?—Puedes...
Mas no, yo saldré á su encuentro.
—Aquí está, ¿me voy?—Sí, vete,

Salió la mujer, y el jóven
Encontróse frente á frente
Del anciano, que en su capa
Medio embozado aparece
Con la cabeza cubierta
Que inclinó ligeramente.
Y como Adam ofendido
Tal vez á indicarle fuese
Que el modo de presentarse
Parecia un poco agreste,
El anciano se descubre,
Se sienta resueltamente,
Y al ver que le reconoce
Adam, su mano le tiende.

—«No estrañe V., dice luego,
Que asi en su casa penetre
Quien sabe que han presenciado
Crímenes estas paredes.
Este edificio sombrio
Es ya tan viejo, que puede
Asegurarse no hay otro
En todo Madrid que cuente
Tantos años de existencia
Ni que tanta fama lleve.
Aquí, segun las leyendas,
Diz que habitó antiguamente
Una chusma de rufianes
Y de impúdicas mujeres,
Que á los tribunales dieron
No poco que hacer; y hay gentes
De mis años, que á sus graves
Abuelos, cien y cien veces
Oyeron decir que el diablo
Mismo, tuvo aquí su albergue.
Por lo demás, hijo mio,
Yo espero de V. que piense
Que no vengo á relatarle
Consejas impertinentes.
Si el diablo fué de esta casa
Señor, ó tan solo huésped,
Yo soy cristiano y no temo
Que él tenga ganas de verme.
Dejemos las tradiciones
De antaño, y aun las presentes,
Y vamos á lo que importa
Y aquí me conduce á verte.»

Guardó silencio un instante,
Miró al jóven fijamente
Y continuó de este modo
Entre grave y entre alegre:
—«Cierta noche, bien me acuerdo,
Habrán pasado seis meses,
Dió usted tres golpes sonoros
Con empuje y mano fuerte
En la puerta de la casa
Donde vivo felizmente
Con mis hijos y mis nietos,
Que con su amor fortalecen
Mi vejez; usted llevaba...
(Perdone que lo recuerde),
Llevaba chaqueta; iba
Mal vestido; pero fuese
Como fuera, usted entonces
Ostentaba en esa frente
Un candor y una inocencia
Que hoy quizás de menos eche.
Dirá usted que los ancianos
Nos mostramos casi siempre
Inclinados, por desgracia,
A sacar á luz vejeces
Y á componer en historias
Cuanto á su vista sucede;
Mas no importa, yo la ensarto
Si V. á su vez me atiende.»

Hizo Adam un movimiento
De impaciencia; pero fuese
Porque el anciano no pudo
Advertirlo, ó porque viene
Despacio, anudó con calma
Su relacion nuevamente,
Y dijo:—«Usted, buen amigo,
Será posible recuerde
Que de Alarcon una carta
Llevaba...—Si, sí...—Corriente.
Tampoco habrá usté olvidado
Que el viejo que á hablarle viene
Le tendió su mano entonces
Lleno de entusiasmo ardiente...
—Es verdad...—Y con el alma
Le ofreció su pobre albergue
Con su amistad... y eso que era
Aquel momento solemne
En que de un jóven honrado
Lamentábamos la muerte.
¡Pobre Alarcon...! Usted iba
Entonces con impaciente
Ansiedad, en busca suya.
Pero es jóven y la suerte
No sé cómo, le ha llevado
Tras la dicha y los placeres,
Y yo no le culpo; el mundo
Seduce, arrastra, pervierte
Los sentimientos del alma,
Y hace del hombre un juguete,
Mucho mas si el hombre es jóven
Y no conoce al aleve.
Digo, pues, que usted ingrato
Pudo al fin desentenderse
De Alarcon; mas yo le quiero
Y en pos de usted impaciente,
Mientras mi hijo corria
Hácia su casa, lancéme
Tambien á buscarle; el alma
Y ciertos antecedentes,
Me arrastraban hácia el sitio
Donde usted precisamente
A la sazon olvidaba
Al infeliz...—Razon tiene;
Pero yo...—No me lo diga;
Lo sé todo; usted pretende
De la vida los arcanos
Profundizar, y se pierde
En la sociedad que nunca
Conoció; triste se vuelve
A esta mansion y suspira
Por la condesa; y la cree
Tal vez culpable...—¡Dios mio!
¿Quién pudo decirle...?—Ese
Es el misterio que trato
De aclararte, si me atiende.
—¡Oh! sí, sí, con toda el alma.
Hable V.; estoy pendiente
De sus labios.—La de Alcira
Es un ángel que merece
Mayor ventura; no puedo
Nombrarla, sin conmoverme.
¡Pobre jóven! en mal hora
Clavé en su pecho inocente
Un dardo que en él ha abierto
Mortal herida; su suerte
Hice desdichada y hoy
Mi proceder imprudente
Me asusta; mas ya no hay medio
De retroceder; no siempre
La ancianidad es tan cauta
Cual serlo sin duda debe.

—Prosiga V...—Sí, hijo mio;
Usted se encuentra impaciente,
Y es muy justo que suprima
Reflexiones que no vienen
Al caso; sigo mi historia
Que ya interrumpí dos veces.
Los hijos de nuestro amigo
Alarcon, que no parece
Aunque se le busca, al menos
Hoy en la condesa tienen
Una solícita madre
Que á su bien piadosa atiende.
Ella vela por la esposa
De nuestro amigo, ella quiere
Desposeerse de todo,
Legarles todos sus bienes;
Mas su inmenso sacrificio
Rechazar los cielos deben.
¿Sabe V. cuál es su intento?
Encerrarse para siempre
En un claustro...—¡Oh¡ no; ¡ mentira!
Es imposible...— Pluguiese
Á Dios que imposible fuera.
Yo he de hacer, aunque me cueste
La vida, cuanto en mis manos
Hoy esté, para oponerme
Á sus designios; mas temo
Que mis intentos se estrellen
En su voluntad.—Su primo...
—¡Ay! ¡ calle usted, imprudente!

Don Genaro estas palabras
Dijo con acento breve,
Y de Adam clavó en el rostro
Su mirada fijamente.
Luego se fué serenando
Su espíritu; y cual si hubiese
Hablado consigo mismo,
Así murmuró entre dientes:
—«¡ Pobre corazon humano
Que estúpido te revuelves
Contra tí mismo ¡ insensato
El hombre que no comprende
Su propio bien! que en los otros
Corazones nunca lee,
Y que así ciego camina
Padeciendo eternamente.»

Quedóse Adam sorprendido;
Pero el anciano, cogiéndole
Una mano, de este modo
Continúa:—« Usted no tiene
Razon para estar del conde
Celoso; el conde se muere
De amor por otra; su prima
Es solo su confidente
Como él lo es de ella; se buscan
Ambos; mas buscarse suelen
Para hablar de los objetos
De su cariño vehemente.
Se han criado en la opulencia;
Altos títulos poseen
De nobleza, y las diatribas
Del mundo, con razon temen,
Si el mundo á saber llegara
Que los ojos imprudentes
Pusieron en mala hora,
En quien su amor no merece.
—Yo no comprendo...—Sigamos,
Para ver si me comprende.
Usted ha estado celoso;
Y sin embargo ahora viene
De donde tanto ha gozado
En brazos de otras mujeres.
¿Ha olvidado el desafío
En que por poco la muerte
Dió á un honrado esposo?—¡Es cierto!
—Pues ¿con qué derecho puede
Tener celos? ¿ con qué títulos
Ser correspondido quiere?
Dirá V. que arrepentido
Está: ¡ disculpa solemne!
¡ Aberracion insensata
En que á caer torpe viene
Quien ingrato y nécio supo
El corazon inocente
De la mujer que le adora
Destrozar con mano aleve!
—¿ Qué dice usted...? la condesa...
—Es un ángel, y quererle
Pudo, idealizando al hombre
Que de la asquerosa plebe
De bandidos, una noche
La salvó.—Pero... ¿ me puede
Amar aun...? ¡ oh! no apure
Mi paciencia; siento fiebre,
Y mi razon se estravía
Mientras estallan mis sienes.
—¡ Tenga usted calma!—¡ Funesta
Vejez, que con calma suele
Mirarlo todo! Yo tengo
Un alma férvida, ardiente,
Que en este instante la dicha
Beber á raudales quiere.
Si la condesa me ama;
Si es jóven y el fuego siente
Que siento yo; no mas dudas,
No mas calma me aconsejen.
Deje el mundo que á sus plantas
En hora dichosa vuele,
Y que le espliquen mis labios
Los delirios de mi mente.»

Viendo D. Genaro al jóven
Tan resuelto, contenerle
Quiso a todo trance, y dando
Un salto, súbitamente
Dejó su asiento; á la mesa
Se acercó, y cual si estuviese
En su casa, puso luego
Su mano tranquilamente
Sobre la carta de Lúcas
Que aun cerrada permanece.

—¿Qué hace usted? Adam esclama.
—¿ Qué hago? voy á devolverle,
Respóndele D. Genaro,
El poco juicio que tiene
Y que perdió despreciando
Las canas que me enaltecen.
—¿Usted sabe...?—Nada ignoro.
—¿ Y ella...?—Si triste supiese
Que era su padre ese hombre
Moriría de repente.
—Es cierto; Lucas...—Si Lucas
En este cuarto estuviese
Con razon decir podría:
«¡ Es mi hija! la amé siempre
Con infinito cariño;
Mas he sido delincuente
Y porque no se sonroje
La infeliz, ni se avergüence
De su padre, sufro y muero
Y callaré eternamente.»
Despues... despues le diria:
«Buen Adam, si á mi hija quieres,
Vela por ella; no vayas
Á despertar imprudente
Su orgullo que has lastimado
Hace poco; no despiertes

Sus celos.» Esto diria,
Y acaso á decirlo viene
En su carta; por mi parte
Seré en mis consejos breve.
Adam, la condesa sufre;
Dejemos que la consuele
El tiempo; todos por ella
Velaremos; que no llegue
A sospechar... tenga calma
Y en el porvenir espere.
No se fie usted del mundo
Que desconoce; no esfuerce
Sus pasiones y levante
A Dios al cabo su mente.
La condesa y yo sabemos
Que hace quince ó veinte meses
Fué usté á la cárcel llevado...
—Mas me encontraba inocente.
Se lo juro...—Nos aturde
El misterio que le envuelve.
¿Qué era usted antes?—Lo ignoro.
—¿Cuál es su pátria?—Mil veces
Quise en vano averiguarlo.
—¿Estuvo loco?—Bien puede.
—Pues si lo estuvo y ahora
Su estrella el juicio le vuelve,
Medite usted lo que hace;
Aprenda, estudie, aconséjese...
—¿Con quién, si todos me miran
Con ojos indiferentes?
—Conmigo, que pienso darle
Lecciones que le aprovechen.
Por ahora me limito
A aconsejarle que piense
Con detencion y cuidado
En su situacion presente.
¿Cómo vive, y de qué vive?
Quien no heredó, quien no tiene
Bienes de fortuna, es fuerza
Que los busque honradamente.
¿Puede usted asegurarme
Que el dinero que posee
Y que Lucas le habrá dado,
De algun crímen no procede?
Y si es producto de un crímen
El oro que le mantiene...
—¿Qué dice usted? yo no habia
Pensado en eso.—Pues piense
En todo, para que al cabo
Sepa lo que le conviene.
Si ha de seguir por la senda
Del honor resueltamente,
Sorteando los escollos
Que la vida nos ofrece;
Si ha de presentarse un dia
Delante de la que quiere,
Digno, á la vez que sumiso,
Honrado al par que valiente,
Es preciso que sus ánsias
Y sus ímpetus modere.
No en el jardin del palacio
Furtivamente penetre
Como anoche.—¿Luego sabe
Usted tambien...?—Felizmente
La condesa que se hallaba
Entregada como siempre
A ese dolor grande, inmenso,
En que usted y yo, imprudentes
La hemos sumido, no pudo
Sentirle, no pudo verle.
Mas su doncella Dianora
Vió escapar rápidamente
Una sombra que en las calles
De árboles llegó á perderse;
Y luego sintió la puerta
Que crugía; la inocente
Jóven dominó su espanto,
Porque á la condesa quiere
Con delirio; pero luego
Me reveló el incidente
Y yo supuse al instante
Que era usted; por eso verle
Resolví; solo por eso
Aquí á su vista me tiene.
—Y yo, señor, le agradezco
Su venida; mas me duele
En el alma esta impotencia
Que me abruma y me enloquece.
¿Por qué ha de estarme vedado
Verla, hablarla...?—Si lo hiciese...
—Espliquese V.; me mata
Con el misterio en que suele
Envolver sus frases.—¡Jóven!
Voy á hablar; mas seré breve:
La condesa es opulenta;
Usted pobre...—¿Y qué pretende
Decir con eso?—Que el mundo
Y ella misma, aunque no fuese
Cierto, presumir podrian
Que usted tan solo la quiere
Por sus riquezas...—¡Oh! ¡basta!
¡Que de mí jamás se piense
Tal cosa! Nunca fué móvil
De mi pasion grande, ardiente,
El vil interés; la amo
Porque á ella el hado me impele;
Mas si imaginar el mundo
Semejante cosa puede
De mí, no tema, no tema
Que á la condesa me acerque.
Aunque la pena me ahogue
No dirá de mí la gente
Que pobre la solicito
Porque ella rica parece.
—Usted es jóven; confie;
Tenga fé; acaso la suerte
Le abrirá caminos fáciles
Y felices.—Si me fuese
Propicia, entonces...—¿Quién sabe?
Entretanto nos conviene
Estar de acuerdo; yo busco
Al pobre Alarcon que tienen
Detenido no sé en dónde.
La ventura que merece
La de Alcira, á todo trance
Quiero labrar nuevamente.
Usted cariño me inspira;
Cálmese usted; vendré á verle
Y tal vez Dios que nos mira
Compadecido se muestre.

Esto dijo D. Genaro
Saludando cortesmente
Y retiróse al instante
De aquel viejísimo albergue,
En tanto que Adam acude
Trémulo, triste, impaciente
A ver la carta de Lucas
Que aun cerrada permanece.

CANTO XX.

I.

La epístola del bandido
De esta manera decia:
«Estoy preso, Adam querido;
Acabo como he vivido;
Sucedió lo que temia.»
«Los que me dieron el ser
Me enseñaron á escribir
Malamente, y á leer;
Mas no me quise instruir
Y nada llegué á valer.»
«Y hoy miro que la arrogancia,
Que hasta el crímen me empujó,
Casi al salir de la infancia,
Hija fué de la ignorancia
Que por mi mal me cegó.»
«Triste ignorancia fatal
Que lleva á la holganza, al vicio
Y á la vida criminal;
Que por la senda del mal
Nos conduce al precipicio!»
«¿Por qué, por qué en mi niñez
No escuché el noble deseo
De sondar mi pequeñez?
Hiciéralo, y hoy tal vez
No me viera cual me veo.»
«Mas ya que ignorante fuí,
Y en el vicio y corrupcion
Mi criminal frente hundí,
Que no se diga de mí
Que quise tu perdicion.»
«Ayer ¡ay! fuiste educado
En una cárcel por mí;
Y hoy, que recuerdo el pasado,
Me asusto de haberte dado
Las lecciones que te dí.»
«Y aunque tengas por muy cierto
Que mi valor se agotó
Y que yo ya no soy yo,
Es muy cierto que no acierto
Ni aun á esplicarme en *caló*.»
«Bueno, estudioso y prudente
Siempre el hombre debe ser
Si le ha de estimar la gente;
Que nada tiene que ver
Lo cortés con lo valiente.»
«Hoy con profundo dolor
De esta manera te hablo,
Porque de mí siento horror.
Ya ves... ¡se ha metido el diablo
A diablo predicador!»
«Mas ¿qué quieres? débil, viejo,
Miro el sepulcro á mis pies,
Y á medida que me alejo
De la vida, me aconsejo
A mí mismo, segun ves.»
«Si mi mente no delira,
Cierto dinero hallarás
Entre tus libros; estira
La cuerda; que el que no mira
Adelante, queda atrás.»
«En mí no hallarás doblez
Si digo que me interesa
Que seas mozo de honra y prez.
No olvides á la condesa,
Y adios, hijo, hasta otra vez.»

∴

Quedóse Adam pensativo
Despues que leyó la carta,
Queriendo sondar en vano
Por qué misteriosa causa
El corazon de aquel viejo,
Que á la virtud ultrajaba
No hace mucho, así volvia
A su pasado la espalda,
Renegando de su historia
De crímenes y de infamias.
Y en estas contemplaciones
Nuestro jóven se engolfaba,
Dando vueltas y revueltas
A la susodicha carta,
Cuando con otra en la mano
Entró presurosa Juana,
Diciendo que un forastero
Acababa de entregársela.

Tomó Adam el pliego al punto;
Con presteza el sobre rasga
Y vé la firma de Lucas
Que otra vez así le habla:

«Vuelvo á escribirte con pena
Porque estoy preso y sin alas,
Y he recibido noticias
Que me abruman y me espantan.
¡Desdichado! ¿por qué huiste
De esa tranquila morada?
¿Por qué te arrojaste al mundo
Seducido por sus galas?
La condesa te queria
Y tú sin piedad la matas,
Como mataste á tu pobre
Y consecuente Salada.
La primera gime y llora,
Y la segunda se halla
Postrada en un triste lecho
Sin dicha y sin esperanza.
¡Oh! ¡malhaya tu impaciencia
Y tus ensueños malhayan!
Has estado en relaciones
Con adúltera liviana

Que te dió amor y dinero
Porque á su esposo ultrajáras.
Y habeis provocado escándalos
Que hoy quisiera con mis lágrimas
Evitar. Soy un bandido,
Soy un infame, un canalla,
Y sin embargo, me asusto
Y tiemblo al ver lo que pasa.
Ya no se trata del oro
Que el noble palacio guarda
De la de Alcira, otros crímenes
Y otros peligros la amagan.
Un hombre audaz, atrevido,
Puso en ella sus miradas
De buitre, mientras que aleve
Quiere clavarle sus garras,
Para llevársela lejos
De Madrid, tal vez de España.
Pero mi hija no puede
Amarle, si ella llegára
A saber.... ¡Oh! ni aun me atrevo
A estampar en esta carta
De ese estranjero las señas.
Y mientras tanto, Salada,
Que es hija de un opulento
Señor de la aristocracia,
Sola, transida de pena,
Las sugestiones rechaza
De un hombre que la persigue.
Y el infierno se lo manda
Para ofrecerla riquezas
Que pierdan su pobre alma.
Y estas noticias recibo
Cuando estoy preso y sin álas,
Cuando me encuentro impotente...
¡Oh! no, es preciso salvarlas
Y he de lograr escaparme
O me ajustician mañana.
Aun tengo un poco de oro.
Tres ó cuatro camaradas,
Cerca de aquí, por mi velan
Y es gente de alma templada.
Yo los iba convirtiendo
Al bien; mas del bien me aparta
El mundo, y ellos conmigo
Vendrán á la vida airada
Si no hay mas remedio; sea
Lo que á mi sino le plazca!
Tal vez la presente llegue
A tus manos, cuando haya
Roto yo los fieros grillos
Que me oprimen y me matan.
He ganado al carcelero;
Y es mozo de confianza
El que mi escrito te lleva;
Pero hay centinelas, guardia
En la cárcel donde estoy,
Y es preciso atropellarla
Para salir, escalando
Oscuras y gruesas tapias.
Tal vez en mi fuga quede
Herido por una bala;
Tal vez... ¡oh! me vuelvo loco
Al escribirte esta carta.
Corre, Adam, corre, no pierdas
Un solo momento ¡sálvalas!
Libra al punto á tu manola
De ese conde de la Banda
Y de ese funesto clérigo
Que á Dios ofende y ultraja.
Vela tambien por mi hija;
Pero no á decirle vayas
Que soy su padre, lo ignora
Y es preciso no sacarla
De su error. Ahora, hijo mio,
Solo repetir me falta
Que si me fugo esta noche
Pronto estaré en tu compaña.
Si ves que se pasa el tiempo...
Ruégale á Dios por mi alma.»

.·.

Sin duda mis lectores
Comprenderán que Adam, trémulo, ansioso,
Atónito, impaciente y conmovido,
Con avidez leia
Esta segunda carta del bandido
Que tan graves noticias contenia.
Su lectura traia
De nuevo á su memoria
Los recuerdos felices de la historia
De su pasado amor; y del presente
Afecto que guardaba
Hácia la hermosa dama que adoraba,
Brotó tambien la llama nuevamente.
Y rodar por su mente
Sintió un mundo de estraños pensamientos,
De opuestos sentimientos,
Y bellas ilusiones.
Y el jóven corazon enardecido
Pujante y atrevido,
Y sediento de grandes emociones,
Sintió latir, mientras la vista ansiosa
Dirigiendo al pasado y al presente
Y al porvenir, buscaba inútilmente
La solucion de tanto y tanto arcano
Y de tanto misterio como hallaba
Entre aquellas dos cartas que aun tenia
En sus manos, y atento repasaba.

Hermosa y grata empresa
Era sin duda proteger la vida
Y el reposo feliz de la condesa;
Ser su amparo, su egida;
Saber al punto el nombre
De ese nuevo rival, de ese estranjero
Odioso, de ese hombre
Que en ella puso al parecer sus ojos.
Bella empresa sin duda
Era tambien volar á donde sola,
Envuelta en su dolor, yace viuda
Su constante manola.
Mas ¿adonde ligero
Volar debe primero?
¿Dónde el deber, la gratitud, el puro
Amor, le llaman? ¡Ay! de esos dos séres
Queridos, ¿cuál primero necesita
Sosten y ayuda? Si Salada gime
En un lecho de muerte, desvalida,
Sola, olvidada; si el dolor oprime
Su pobre corazon, si dá su vida
Por el ingrato amante á quien adora,
Dejad, dejad que Adam compadecido
Evoque agradecido
El fiel recuerdo de su pobre amante;
Y que busque al instante
A la que triste sus desdenes llora.

Pensando de este modo
Vistióse apresurado
Y á la calle salió, pensando en todo
Cuanto le tiene atónito, asombrado.
¿Por qué causa ó motivo
El conde de la Banda enamorado
Estaba de Salada?
¿Cómo y cuando la vió? ¿cómo y por dónde
Dos veces viene á ser rival del conde?

¿Cómo pudo saber cuanto acontece
En Madrid, ese viejo que culpable
Lejos ya de la córte permanece
Preso, abyecto, abatido y miserable?
. . . .

***

Dejemos un momento
Que Adam procure á solas el arcano
De su vida sondar, y que sediento
Está de leer el corazon humano,
Y vamos (si no en vano
Pido nueva atencion á mis lectores)
A la mísera estancia en que Salada
Miró eclipsarse en hora malhadada
La estrella de sus plácidos amores.

Si mal no lo recuerdo, la dejamos
En la triste mañana de aquel dia.
En que Pupas y el cura, conociendo
Que la infeliz volvia
De la fiera congoja
Que postrada y sin fuerzas la tenia,
Su casa abandonaron, refiriendo
El muchacho la muerte de Lucía.

Salada en su quebranto
Sola se halló de nuevo;
Echó de menos con terrible espanto
Otra vez y otras mil á su querido
Aunque ya infiel mancebo;
Y anegada en su pena y en su llanto
Dejó desierto su amoroso nido;
Cruzó cien calles, y la noche en ellas
La halló, sin que su avara
Estrella, le mostrara
Del dulce bien las fugitivas huellas.

Y al volver á deshora,
Nuevamente á su cuarto solitario,
Tumba ya de sus muertas ilusiones,
Y de sus dichas espantable osario,
De lágrimas un rio
Vertió; un sin fin de dolorosas quejas
De sus labios brotó con son doliente;
Y mil suspiros arrojó del pecho
Cayendo al cabo sobre el duro lecho
Bajo el rigor de calentura ardiente.

¡Pobre Salada! en tanto que sufria
Horas lentas de afan y de delirio,
Solo en sueños la imágen entrevia
Del hombre que causaba su martirio.
—¡Adam! ¡Adam! decia
Buscándole á su lado á toda hora,
¿Por qué no vienes á calmar mi espanto?
Ven á ver como llora
«Esta pobre mújer que te amá tanto!»

Pero Adam no volvía;
Adam preso se hallaba
En las redes que astuto le tendía
El cura que en su casa le albergaba.
Y mientras, el indigno sacerdote,
Sin respetar aquel dolor profundo,
Habló á Salada de su amor inmundo,
Apenas la encontró restablecida;
Mas viendo que ofendida
Con salvaje desprecio le responde,
Tomó otra ruta y con brutal cinismo
Volvió á insistir en ayudar al conde
Codicioso olvidándose á sí mismo;
Y viendo finalmente
Que ella le muestra corazon de roca,
Se ausentó de repente
Ardiendo en ira y en venganza loca;
Jurando esterminar al maldecido
Rival aborrecido
Que su desdicha y su dolor provoca;
Mas antes de ausentarse
Quiso, y logró, captarse
La ayuda de la infame quintañona
Que en un cuarto cercano
Al de Salada, sola residia,
Y pasaba con ésta mano á mano
Una, dos ó tres horas cada dia.

***

Aquella vieja harpía,
Astuta y redomada,
Que su cuarto tenia
Contiguo al ocupado por Salada,
No quiso por el pronto
Hablarla del indigno sacerdote,
Ni tampoco del conde de la Banda;
Mas luego con destreza,
De la jóven notando la pobreza,
A insinuarse empezó, sin que un instante
Cejara en su demanda.
Y aquí, lector amigo,
Si tu atencion pintártela me deja
Y escuchas lo que digo,
Quiero hacerte el retrato de la vieja.

Desde niña entregada á mil escesos,
Solo sacó de crápulas y orgías
Un viviente costal de mondos huesos
Saturados de infames picardías.
Despobladas de dientes sus encías
Se replegaron tanto
Que su boca de cueva daba espanto,
Entre la barba puntiaguda y fea
Y la horrible nariz que la bloquea.
Su arrugada mejilla,
Su deprimida frente
Y sus ojos saltones, donde brilla
La hipócrita malicia repugnante
Del mas astuto y solapado ente,
Tapaba con cuidado,
Lo mismo que su cráneo reluciente,
Con mugrienta mantilla
Coetánea de su astucia y su pecado.

Una parda basquiña remendada
Su escuálida figura oprime y ciñe;
Grueso rosario abarca entre sus dedos
Que de color amarillento tiñe
La cansada vejez; bajo su falda
Descubre el pié que ostenta ancho zapato,
Y con esto y decir que hay en su espalda
Una joroba regular, lectores,
Tengo ya terminado su retrato.

Es difícil, noobstante,
Describir su carácter fementido.
Si su físico es feo y repugnante,
Mas negro colorido
Puede prestar el fondo de su alma,
Que á tantas inocentes
Supo robar la dicha con la calma.
Sus terribles instintos delincuentes
Oculta con traidora hipocresía;
Finge virtud mientras traidora mata,

Y siendo descreida, siendo impía,
Se muestra timorata
Como sabe mostrarse una beata.

Esta horrible mujer, esta embustera
Rezadora (que el de Úrsula por nombre
Tenia), con el conde y con el cura
El papel de tercera
Cómodamente hacía.
Para ella la hermosura
Era solo una rica mercancía.
Si la pobre Salada
Se vió regenerada
Por su amor, ¿que le importa? ella se obstina,
En medio de sus rezos eternales,
En darla mil consejos inmorales,
Ansiosa de esplotar aquella mina.

—Tu estás pobre, le dijo, ya no puedes
El sustento ganar; tu padre preso,
Nada darte podrá. ¿Por qué no cedes
A razones de tanto bulto y peso?
¿Qué pena habrá que cuadre,
Ó se acerque siquiera,
A la pena de verte oscurecida
En esta ratonera
Por la horrible indigencia combatida?
Buen porvenir, bonito,
Le espera á la que lleva el sambenito
De haber vivido como tú! No seas
Tan terca en tus ideas;
Y ya que á troche y moche
Con el diablo te fuiste á pié gustosa,
Vé con él una vez siquiera en coche;
Que eso ya es otra cosa.



—Pues bien, dijo Salada;
Si al nacer, condenada
A eterna infamia fuí; si las mujeres,
Que, en mísero abandono,
Faltaron del honor á los deberes
Una vez, ya no pueden con su llanto
Lavar jamás las manchas maldecidas
Que en ellas nota con injusto encono
Quien acaso entre tanto
Goza en verlas vivir envilecidas;
Yo seguiré esa senda,
Por mas que me repugne y me atormente
Fingir amor al hombre á quien me venda...
Mientras llore por otro eternamente

—¡Oh! ¡benditos tus labios!
Gritó la vieja llena de alegría:
Eso sí que es pensar como se debe;
Con gran sabiduría!
Y es al conde ó al cura..? —¡Calla! ¡calla!
No á prueba mi paciencia
Quieres poner. ¿Yo amar á ese canalla
Que condenado vive...?
—Mira que es rico el cura...
—Es rico, y qué me importa?
El que de Dios recibe
Sagrada investidura;
El que reniega de tan noble estado
Y sacrílego y torpe, en su locura
Se hunde tanto en el cieno
Que la Iglesia le arroja de su seno....
—¡Cómo! ¿sabes que se halla exhonerado..?
—Solo sé que padezco
Al verle y al oir su voz impura;

Que me inspira desden, que le aborrezco,
Y que él de Adam me roba la ternura.

—¿Luego querrás al conde?—El de la Banda
No sé por qué, me infunde espanto y grima.
Siendo espléndido, noble, generoso...
—¡Y tan jóven y hermoso!
Anda, tontuela, anda;
No pienses en Adam, que eso es ser prima.
Serás feliz y mucho.
De un gran bien este amante te responde.
¿Querrás al conde?—Sí... mentiré al conde
Y luego moriré.—¡Cielos! ¡qué escucho!
¡No digas tal dislate!
Bueno fuera que nécia
Murieras por aquel que te desprecia;
Por un tonto, un perdido, un botarate.

Salió la vieja, y luego la manola
De lágrimas ardientes
Prestó á sus ojos desatadas fuentes.
Y así en silencio sollozaba sola,
Cuando un nombre bendito
Parecióle entrever en su agonía,
Cual si estuviese en el espacio escrito.
Y cayendo de hinojos:
—Santa Vírgen María,
Esclamó con fervor; ¡Vírgen piadosa!
Tú que miras mi pena desde el cielo,
Con tus serenos y benditos ojos;
Tú que has visto mi vida borrascosa
Y ahora miras mi duelo,
Calma de Dios, Señora, los enojos,
Haz que vizlumbre un rayo de consuelo.

No bien la infortunada
Manola, sollozando
Estas palabras pronunciado habia,
Cuando sintió una voz gruesa y cascada
Que le dijo:—Levántate, hija mia.
—¡Oh! ¡mi padre!—Y cayendo
La infeliz en los brazos del bandido
Con afan esclamó:—¡Me estoy muriendo!
¡Estoy sola! ¡mi suerte lo ha querido!

—Todo lo sé, repuso el desdichado
Tio Lúcas, con acento entrecortado
Por la emocion que dominar quería.
Estás sola, tu amante te ha dejado
Matando para siempre tu alegría.
¡Pobre muchacha! sufre, llora, gime,
Desahoga la pena que te oprime;
Sufre y muere, si es fuerza, en tu demanda;
Pero sírvate siempre de gobierno
Que esa vieja vecina te la manda,
El mismísimo infierno,
Para hacerte escuchar al de la Banda.

Calló el viejo bandido, y observando
Que el rostro de Salada se cubria
De densa palidez, y que temblando
La infeliz á la fiebre sucumbía,
Llamó á un hombre que fuera le esperaba.
—Qué quieres? dijo el hombre.—Busca al punto
Un médico, y si puedes,
Que venga tu mujer.—Pierde cuidado,
Lúcas; vendrán el médico y Mercedes.
—Corre, no tardes.—Vuelvo de contado.

. . . .

A la noche siguiente
Lucas y Adam las calles recorrian
De Madrid; á Salada
La vida poco á poco devolvian
Los cuidados de Lucas; la taimada
Vieja beata y bruja embaucadora
No volvió por entonces; y la bella
Manola, su hermosura
Y viveza y vigor fué recobrando;
Si bien quiso su estrella
Que con creciente y sin igual ternura
Siempre siguiese á nuestro Adam amando.

Y ahora, lector, que sabes que el bandido
De Madrid se ausentó; que Adam el mundo
Ansioso ha recorrido,
Hallando en él tan solo
Despues de medio año,
Un hastío profundo
Y un triste desengaño,
Ven conmigo y sabrás lo que en la casa
De la pobre manola, en el instante
En que se acerca el fugitivo amante,
Entre una chusma de malvados pasa.

II.

Habitacion de la vieja Úrsula.

Cuarto bajo, húmedo y sombrío, con puerta á un patio y una pequeña ventana que da á la calle. Las paredes se hallan sobrecargadas de cuadros y groseras estampas con imágenes de santos. Un viejo escaño en uno de los testeros, sillas antiguas y desvencijadas y una cómoda. Encima de ésta un grupo que representa algunas ánimas benditas rodeadas de llamas. Delante una lamparilla encendida, sin embargo de ser de dia.

ESCENA PRIMERA.

La vieja *Úrsula*, sentada junto á un brasero de hierro, repasa maquinalmente las cuentas de su largo rosario.—*Pupas*, en un rincon, se entretiene en hacer muecas á la vieja ó en mortificar á un enorme gato, que al fin logra escaparse y se tiende sobre la tarima del brasero.—*Matías* penetra en la habitacion y cambia algunas palabras con el *Manco*, el *Chirlo* y el *Renegado*, hombres de mal aspecto que fuman sendos cigarros.—Un momento despues se abre otra vez la puerta que Matías dejó entornada, y aparece el *cura*, seguido de un embozado. El cura dice lo que sigue, desembozándose, pero sin quitarse el sombrero que trae encasquetado hasta las orejas.

EL CURA.

Deo gracias. ¡Viva la gente
Puntual! así me gusta.
Buenas tardes, caballeros;
Buenas tardes, doña Úrsula.

TODOS.

Bien venido.

EL CURA.

(*A la vieja.*) ¡Qué! ¿se reza
Mucho?

LA VIEJA.

Como ya la suma
De mis pecados, es tanta...

EL CURA.

Pues ahora se me figura
Prudente, que usted me atienda
Con mucha atencion, con mucha.

Entre usted, Pedro.
(*Al embozado que le sigue.*)
La gente
Que aquí se encuentra, es la espuma
De la canela..

PEDRO.

(*Desembozándose.*) Saludo
A tan honrada tertulia.

EL CURA.

El señor es de los nuestros:
Brazo fuerte y alma dura;
Ojo certero; una roca
Para resistir la lluvia
Y el sol; ha estado en presidio
Y la muerte no le ofusca
Ni le espanta.

MATÍAS.

¡Compañero..!
(*Todos estrechan la mano de Pedro.*)

PEDRO (*Con cierta efusion.*)

Muchas gracias, señor cura.

EL CURA.

De Valladolid venimos
Los dos; una hora justa
Hará que nos apeamos
De nuestras cabalgaduras.—
Hemos echado un refuerzo
Al estómago...

PEDRO.

En ayunas
Estábamos.

EL CURA.

Lindamente
Nos dió de almorzar Maruja.
¿Estamos todos?

MATÍAS.

Aun faltan
Blas y don Roberto.

EL CURA.

Nunca
Se descuidan; si no vienen
Es porque estarán sin duda
Ocupados. Tome asiento
La asamblea. (*Se sientan.*) ¡Ola, Pupas!
¿Estás ahí?

PUPAS.

Pues es claro;
Lo que se vé no se escusa.
Un mozo de pelo en pecho
Como yo...

EL CURA.

Calla, granuja.
Vamos por partes: conteste
Cada cual á mis preguntas,
Diga usted, Matías.

MATÍAS.

Creo
Que su merced, señor cura,
Querrá saber si he cuidado
De la hacienda y de...

EL CURA.

Muy justa
Es la presuncion.

PUPAS.

(*Aparte.*) (Qué infame!
No piensa mas que en la usura).

MATÍAS.

Pues todo está como estaba.
Ni la hilacha mas menuda
Falta, ni se ha estraviado
Un maravedí.

EL CURA.

Me gusta
Tal proceder.

MATÍAS.

Aunque sea
Mi oficio dar sepultura
O pasaportes á un prójimo
Cuando con oro me alumbran,
Sé desempeñar un cargo
De confianza, y no hay una
Persona en toda la tierra
Que tenga mejor conducta
Entonces que yo.

EL CURA.

Estimando.
¿Y el cautivo?

MATÍAS.

Continúa
En la mazmorra.

PUPAS.

(*Aparte.*) (Misterios
Son estos, que si me ayuda
La suerte, tarde ó temprano
He de saber. La fortuna
Es calva y he de andar listo...)

EL CURA. (*A Matías.*)

Y diga: ¿sigue la furia
Del prisionero? ¿No entrega
Los documentos?

MATÍAS.

¡Quiá! jura
Y perjura, que aunque muera
Allí, no ha de darlos... nunca.

EL CURA.

Pues si el Baron pierde al cabo
La paciencia...

MATÍAS.

Se le ajustan
Las cuentas y de una sola
Mojada...

EL CURA.

(*Llevando un dedo á los labios.*)
¡Silencio! (*Al muchacho.*) Pupas.

PUPAS.

Presente!

EL CURA.

Di, ¿averiguaste
Si ese viejo continúa...?

PUPAS.

¿Quién? ¿don Genaro? Ese viejo.
No abandona á la viuda
Un instante; y me parece
Que tiene muy malas pulgas.

EL CURA.

¿Y el estranjero?

PUPAS.

La sigue
Por todas partes; la busca
Hasta en la iglesia; la come
Con sus miradas...

EL CURA.

Y juzgas
Posible que la de Alcira
Le quiera?

PUPAS.

Se me figura
Que ni aun siquiera repara
En tal hombre; y eso que usa
Tanto tren, tanto boato
Con que á otras damas deslumbra.

EL CURA.

Y tú ¿qué me cuentas, Chirlo?

EL CHIRLO.

Poca cosa, señor cura.
Mi mujer, de la Salada
Cuida; la mima y adula
Y la vigila...

EL CURA.

Corriente.
Valeis muchas onzas, muchas.
Ya tendreis la recompensa
Debida.

EL CHIRLO. (*Rascándose la oreja.*)

Si la pregunta
No es del todo impertinente...

EL CURA.

¿Qué quieres saber?

EL CHIRLO.

Si Lucas
Podrá volver; le he vendido
Y... la verdad, me repugna
La idea de... si él viniera...

EL CURA.

Está preso.

EL CHIRLO.

No se asusta
Él de tan poco; seis veces
Se escapó de la clausura.

EL CURA.

Sí, que el juego anda entre bobos.
Otras seis semanas justas
Hace que dejé la villa
Del oso; ¿te se figura
Que Pedro y yo habremos ido
Á pescar, sin coger truchas?
El viejo está vigilado
Y no es fácil que se escurra.

EL CHIRLO.

Me alegro.

EL CURA.

Di, ¿y la manola?

Al llegar, noté que á oscuras
Su cuarto estaba y cerrada
La puerta.

CHIRLO.

Sin duda alguna.

EL CURA.

¿Salió?

CHIRLO.

Salió.

EL CURA.

¿Con Mercedes?

CHIRLO.

Mi mujer es sombra suya.
No la abandona un momento.

EL CURA (*riendo*).

Fué la voluntad de Lucas.
¿No es verdad?

CHIRLO.

Sí, pero...

EL CURA.

Vamos,
No hay que cejar, buena pua.
Y puesto que de Salada
Se trata, responda Úrsula.
Vamos, hermana.

LA VIEJA (*rezando*).

El pan nuestro
De cada dia...

EL CURA (*gritando*).

¡Doña Úrsula!

LA VIEJA.

¡Ay, Jesus! ¡Jesus mil veces!
No grite así; que me asusta.
Estaba rezando un *pater
Noster*...

EL CURA.

No haga que me aburra.
Suspenda el rezo al instante
Y conteste á mis preguntas.

LA VIEJA.

¡Ay, señor! Dígame, padre.

EL CURA.

Dígame, madre. (Esta bruja
Me vá á tentar la paciencia.)

LA VIEJA.

¿Qué he de decir?

EL CURA.

Lo que ocurra;
Lo que ha ocurrido en el tiempo
De mi ausencia.

LA VIEJA.

Muchas, muchas
Cosas.

EL CURA.

Ya sé que Salada
No se encuentra moribunda
Como su padre la creo,
Como algun otro la juzga.

LA VIEJA.

¿Sabe usted...?

EL CURA.

Sí.

LA VIEJA.

Cuando vino
El mensajero de Lucas...
Mentí; ¡el cielo me perdone
Tal pecado!

EL CURA.

Amen. (¡Qué estulta!)
Siga la historia.

LA VIEJA.

Salada
Suele ser tan testaruda
A veces, que con su padre
Se hubiera marchado. Oculta
En el zaguan, me encontraba
Espiando. Allí, no hay duda,
Dios me ayudó; ví al amigo
Del bandolero, y confusa
Y triste mostrarme supe,
Diciendo que moribunda
La manola se encontraba....

EL CURA.

Primer anzuelo que Lucas
Se traga. ¿Y qué mas?

LA VIEJA.

Si ahora
Mi memoria no se turba...

EL CURA.

¿Cómo cumplió V. mi encargo
Y llevó aquella aventura
Adelante?

LA VIEJA.

Conduciendo
A la manola, con mucha
Sutileza, al sitio mismo
Do la pecadora adúltera
Sus conferencias tenia
Con Adam.

EL CURA.

Donosa y cuca
Estuvo usted. El marido
Cerca de la sepultura
Anduvo, ¿no es eso?

LA VIEJA.

Hoy vive
Y la culpable es difunta.
Castigo de Dios.

EL CURA.

Y ¿cómo
Se valió usted...?

LA VIEJA.

¿Quién se apura
Por tan poco? Aquella dama...
(No me lo perdono nunca.
La hice traicion, fué un pecado
Mayúsculo.)

EL CURA.

¡Doña Úrsula!

LA VIEJA.

Me valí de su doncella.
La ofrecí una gran fortuna...

EL CURA.

¿Y ella accedió...?

LA VIEJA.

Era muy justo.
Es una gentil criatura,
Y le hice odiar de su ama
La ciega y torpe conducta.

EL CURA.

¡Hipócrita! ¿Y conseguiste...?

LA VIEJA.

En una cámara oscura
Saladilla y yo, instaladas,
Detrás de un tapiz ocultas,
Nos vimos al fin; la hermosa...
(Pues aunque un poco talluda
Y ya casada, era guapa,
Tentadora, ardiente y lúbrica),
Estaba esperando inquieta
É impaciente. En su locura
No pensó que su doncella
La vendia. ¡Gran fortuna
Fué que yo allí me encontrase
Para evitar la trifulca!
Llegó Adam, que parecia
Un Adónis... ¡Qué apostura
Tan gentil! ¡qué garbo! Daba
Gozo el verle...

EL CURA.

Doña Úrsula!
No se entusiasme usted tanto
Y diga la escena última.
Qué ocurrió?

LA VIEJA.

Ciega la dama
Al verle, corrió en su busca,
Estrechándole en sus brazos
Con impaciente ternura.

EL CURA.

Y Salada?

LA VIEJA.

Con los ojos
Fijos, la mirada turbia,
Tembloroso el labio, pálido
El rostro, rígida, muda,
Hizo un esfuerzo supremo
Para dominar su angustia.
Luego, en su furor, alzando
Su mano crispada, en una
Actitud que daba miedo
Y lástima, en su locura
Quiso hablarme; mas no pudo
Y espiró su voz convulsa
En su garganta; un momento
Despues... Vamos, me espeluzna
El recuerdo; parecia
Tigre audaz que en noche oscura
Olfateando á su presa,
Sangrientos triunfos barrunta.

EL CURA.

Y qué hiciste tú?

LA VIEJA.

Atajarle
El paso, y vencer su furia
Luchando en silencio. Un santo
Debió ayudarme en la lucha.
Verdad es que un brazo asíendome...
¡Casi me lo descoyunta!

EL CURA.

¿Y despues?

LA VIEJA.

Falta de fuerzas
Cayó á mis pies moribunda.

EL CURA.

¿Mas cómo no os descubrieron...?

LA VIEJA.

Ya estaban lejos sin duda
Los dos amantes...

EL CURA.

De modo
Que ella sabe que la insulta
Su Adam, que la olvida, que ama
A otras mujeres? Bien, Úrsula,
Te has portado.—Ahora tan solo
Falta consultar la brújula
Para averiguar el rumbo,
Que con gentil travesura
Siguió el Renegado. Espero
Que me esplique su conducta.

RENEGADO.

El tio Chanfaina y Teresa
Su mujer, se me figura
Que callarán como muertos
Por el temor que esta *aguja*

(*Mostrando un puñal*)

Les inspira; el escribano
Detiene el vuelo á su pluma
Y la causa está durmiendo,
Aunque hay gentes que nos buscan
El bulto; mas no hay testigos
Y la coartada es segura.
La mujer y los muchachos
De Alarcon, en vano buscan
Indicios; pero prevengo
Que son listos, que á la husma
Van, y que están apoyados
Por la condesa viuda
De Alcira...

EL CURA.

Bien; alguien llega.

EL CHIRLO.

Mi costilla.

EL CURA.

Ábrele, Pupas.

ESCENA II.

DICHOS.—MERCEDES.

(*Mercedes entra muy deprisa y sumamente agitada.*)

MERCEDES.

¡Pronto! ¡pronto!

EL CURA.

¿Qué sucede?

MERCEDES.

Que la gente se levanta;
Que corriendo todo el mundo
Por esas calles y plazas
Gritan ¡abajo el gobierno!
¡A las armas! ¡á las armas!

EL RENEGADO.

Mejor: á rio revuelto...

MERCEDES.

¿No escuchais? (*Suenan disparos.*)

MATÍAS.

¡Un tiro!

PUPAS.

¡Anda!
¡Salero! ¡otro tiro!... ¡otro!...
Ya tenemos zaragata.
¡Viva el mundo! (*Sale corriendo.*)

PEDRO.

Compañeros,
Llegó la nuestra.

RENEGADO.

¡Caramba!
Dice bien. (*Se preparan á salir.*)

LA VIEJA.

¡Virgen de Atocha!
¡Santa Isabel! ¡Santa Ana!
Cerrar la puerta...

(*A algunas vecinas que bajan al patio.*)

EL CURA.

¡Silencio!

(*Con inquietud.*)

¡Mercedes! ¿volvió Salada?

ESCENA III.

DICHOS.—ROBERTO.

ROBERTO.

Señor cura, á la condesa
Un grupo en la calle asalta;
Detiene su coche...

EL CURA.

Bueno;
¿Qué nos importa...?

ROBERTO.

Importára
Poco, si no sucedieran
Cosas mas graves.

EL CURA.

¡Oh! habla.

ROBERTO.

Varias gentes han querido
Al detenerla, insultarla;

Pero ese Adam, que es un diablo
Que el mismo infierno nos manda...

EL CURA.

Vamos, esplícate, pronto!
Habla y no me mates, habla.

ROBERTO.

Con un estoque en la mano:
¡Respetadla! ¡respetadla!
Gritó con terrible acento
Lleno de cólera y saña.
Al principio aquellas gentes
Quedan mudas y se espantan
Al ver á Adam; pero luego
Se reponen y se lanzan
Sobre él, que á todos asesta
Cien furiosas estocadas.
Se aumenta el grupo, los unos
Le oprimen llenos de rabia;
Otros, puestos de su parte,
Le defienden y le amparan;
Y mientras, se aleja el coche
De la poderosa dama,
Que iba dentro, segun dicen,
Macilenta y desmayada.

EL CURA.

¿Y Adam?

ROBERTO.

Adam, ya tenia
A tres ó cuatro á sus plantas
Mal heridos, cuando un grito
Se oyó á pequeña distancia
Y se vió correr ansiosa
Otra mujer, que pugnaba
Por acercarse....

EL CURA.

¡Oh! los celos
Me están torturando. Acaba!

ROBERTO.

Aquella mujer....

EL CURA.

No sigas;
Lo adivino; era Salada.
Se han visto, se han encontrado
De nuevo! Se desbaratan
Mis planes; somos perdidos!
Salgamos á darles caza.

(*Lleno de impaciencia.*)

Y ese Blas... ese cuitado
Es un vil cobarde, un mándria!
No ha debido un solo instante
Perderle de vista! ¡Oh rabia!
Yo le dí mis instrucciones
Que eran precisas y claras...
—«Si se ven, le dije, al punto
Tu acero en su pecho clava.»—
Seguidme... el desórden cunde;
Todos corren. Si la pátria
Llama á sus hijos, yo solo
Tengo un móvil: la venganza.—
¿Qué es esto? (*Retrocede espantado.*)

ESCENA IV.

DICHOS. — BLAS.

Los cristales de la ventana saltan hechos mil pedazos. Blas dando un salto desde la calle se planta dentro de la habitacion y cierra las dos hojas de madera de la ventana echando los pestillos. En sus ademanes, en la descomposicion de su traje, de sus facciones y de sus miradas, se echa de ver la agitacion creciente de su espíritu. Todos le rodean y se miran unos á otros al notar que trae las manos tintas en sangre.

EL CURA.

¡Blas!

BLAS.

La ocasion
Llegó.

EL CURA.

¿Qué dices?

BLAS.

No sé...
Se han visto!

EL CURA.

¿Y qué?

BLAS.

Sepulté
Mi acero en su corazon.

EL CURA.

Le habrás herido á traicion;
Mas no importa ¡pesie á mí!
Satisfecho estoy de tí;
Toma... La suerte es propicia.

(*Le dá dinero.*)

Hoy no vendrá la justicia
A sorprendernos aquí.

LA VIEJA (*al cura*).

Señor, por si alguien viniera,
Le daré, y el cielo sabe
Que con gusto...

EL CURA.

¿Qué?

LA VIEJA.

La llave
De una bohardilla trastera.

MATÍAS.

Si tomas bien la carrera
De seguro te has salvado.

MERCEDES.

Sube, Blas, con desenfado
En la bohardilla te metes...

LA VIEJA.

Y si ves llegar corchetes
Te escapas por el tejado. (*Le dá la llave.*)

BLAS.

Dice bien. (*En ademan de salir.*)

EL CURA.

Con la asonada,
El bullicio y el tumulto,
No te buscarán el bulto,
Pues hoy no están para nada.
Espera y dí si Salada
Morir á su amante vió.

BLAS.

Lo que puedo decir yo
Es, que Adam cayó á mis pies
Y la manola despues
Horrible grito lanzó.

ESCENA V.

DICHOS.—PUPAS.

PUPAS.

Sálvate, Blas! Á Salada
Muchos conducen aquí.

EL CURA.

¡Huye! ¡vete! (*A Blas.*)

LA VIEJA.

(*Abriendo una puertecilla que hay en un rincon.*
Por ahí:
Por la escalera escusada. (*Sale Blas.*)

PUPAS.

La manola desmayada
Cayó al ver morir á Adam.

EL CURA.

(¡Ha muerto! Cesó mi afan;
Mi venganza está cumplida!
Y esa venganza, es ¡mi vida!...)
¡Mercedes! ¡pronto! ¡al zaguan!
¡Úrsula! ¡corre! al momento...

LA VIEJA.

Ya estamos, señor, ya estamos.
Vamos, Mercedicas, vamos
Á meterla en su aposento.

EL CURA.

(Gozo me dá su tormento.)
¡Mirad! Se acercan aquí.

(*Viendo á los que traen á Salada que apenas dá señales de vida.*)

LA VIEJA (*al cura.*)

Ocúltese usted... Así.

(*El cura embozándose se pone detrás de los que se hallan en el cuarto de Úrsula. Esta y Mercedes se adelantan hácia el grupo que conduce á la manola desmayada.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—SALADA, *hombres del pueblo, mujeres, muchachos, etc.*

SALADA.

(*Volviendo en sí.*)

¿Dónde estoy? (*Dando un grito terrible.*)
¡Destino impío!

(*Llorando.*)

¡Mi amante ha muerto! ¡Dios mio!
¡Ya no hay vida para mí!

(*Cae sollozando en brazos de la vieja Úrsula y de Mercedes. Todos la rodean dando muestras de compasivo interés, y la conducen á su habitacion.—El cura la contempla en actitud meditabunda y sombría.*)

FIN DEL CUADRO Y DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

CANTO PRIMERO.

«¡Un tejido de males y dolores!
¡Oh! no es esa la vida,» me direis:
El sol que ostenta en la celeste bóveda
Su ardiente foco, y que á la tierra envia
En torrentes de luz mil rayos de oro,
Risueños prados y encantados valles
Ilumina tambien; cuadros magníficos,
De seductor aspecto, en la serena
Noche, la luna misteriosa envuelve;
Y el corazon del hombre, á las virtudes,
Al heroismo, á la amistad, al puro
Y santo amor, se inclina generoso
Con noble instinto y ánimo piadoso.»

«No todo es sombras en el mundo físico,
Ni espanto y soledad; no todo es llanto,
Ni miserias, ni crímenes, ni aun frívolos
Vulgares accidentes en la vida.
Eleva el alma á las regiones altas
Y al cielo pide inspiracion sublime;
Númen sagrado que á pintar te ayude
Otras escenas dignas de un gran libro;
De ese libro viviente cuyas páginas
La humanidad entera vá escribiendo.
Busca en la historia las gloriosas huellas
De mil y mil varones afamados;
De ínclitos héroes y matronas grandes;
Sacude el polvo á sus marmóreos lechos
Y evocando sus nombres y sus glorias
Haz que arrojen el mísero sudario
En que ahora envuelven sus cenizas frias.
Canta sus hechos valerosos; cuenta
Cómo en la lid embravecida dieron
Su vida por su pátria; y si tan solo
Fijarte quieres en la edad presente,
Pinta el primor, la gala y gentileza,
No de manolas, sino de altas damas
Que se ostenten en mágicos palacios
Radiantes de placer y de hermosura.
Trueca á tu Adam en elegante jóven,
Rico y discreto y seductor y amable.
No de asesinos y rufianes vengas
A mostrarnos los pérfidos intentos.
Abre, en fin, ancho campo á la bravura
Y al ingenio del hombre que camina
A par de un siglo que ilustrarse quiere
Y que á todos los siglos aventaja
Realizando do quier altos prodigios,
Dando á las artes, á la ciencia impulsos,
Y al hombre la nocion de sus derechos.
No mas pueriles aventuras cuentes;
Deja ya de pintarnos á un cuitado
Que abyecto y triste en la pobreza vive,
O acaso á impulsos de traidora daga,
Poniendo un dique á su traidora suerte,
Su vida entrega á la inflexible muerte.»

. . . .
. . . .

Razon teneis, lectores;
Teneis razon que os sobra; con mi escaso
Ingenio, no he sabido dar un paso
Hácia esa senda de placer, de amores,
Y de dicha cumplida
Que forman las delicias de la vida.

Llamadme sándio y loco
Porque en habla plebeya
Con vuestras sábias advertencias choco,
Y en vez de una epopeya
En mis vulgares páginas coloco
La miserable historia
De un héroe que no alcanza honor ni gloria.

Mas ¿qué quereis? la tierra
Tiene de todo; el mundo en que vivimos
Encierra negro luto y régia pompa;
Unos aman la guerra
Y les gusta empuñar bélica trompa;
Otro á la idea de la paz se aferra;
Este rinde homenaje á las virtudes;
Aquel tan solo los peligros ama,

Y hay tambien quien con negras inquietudes,
Cruel, avaricioso,
Vende por oro su conciencia y fama
Y consigue ser *grande* y poderoso.

Cada cual sus manías
Tiene; dejad que yo tenga las mias.
Para mí no hay figura
Mas noble, ni mas grande, ni mas buena,
Ni de mas estimable alta bravura,
Que la de aquel que nace desgraciado
Y con frente serena
Pobre se ostenta, pero siempre honrado,
Aunque haya quien se asombre
Y le llame infeliz y *pobre hombre.*

Por lo demás, yo siento que mi númen
Os parezca rastrero,
Y perezoso y tardo,
Y aun mezquino y grosero.
Yo, cual dice Balbuena en su *Bernardo*:
«A alcanzar con mi pluma á donde quiero,
Fuera Homero el segundo y yo el primero.»

Mas ya que así mi nulidad resalta
Déme el censor para acabar mi obra
Un poco del ingenio que me falta
Y un mucho del talento que á él le sobra.
Y si juzga molesta
Mi peticion, y adusto me contesta
Que el talento de Dios solo depende,
Y que nadie lo presta
Lo regala ó lo vende,
Déjeme ir á donde voy marchando,
Ora cayendo y ora tropezando,
Mientras él, en buen hora,
Alza su voz gigante, atronadora,
Ensalzando con fé y ardor profundo
Las grandezas, las dichas, los primores,
Y bellezas de un mundo
Do nacen tantas flores.
Pinte á los grandes héroes de la historia
Que acaso á su crueldad deben su gloria,
Y déjeme, entretanto que él acude
Á llenar lo que yo llenar no intento,
Que á mi modo reanude
Mi interrumpido trabajoso cuento.

.·.

Un mes justo ha trascurrido,
Lector, desde aquella tarde
En que por mano cobarde
Fué nuestro jóven herido.
De su pecho hondo gemido
Acongojado exhaló;
Luego sus ojos cerró,
Y á tierra cayendo inerte
Sintió el frio de la muerte
Que en sus venas circuló.

Por su bien ó por su mal,
(De averiguarlo no trato);
No tuvo el asesinato
Su consecuencia fatal.
Era la herida mortal;
Mas la ciencia, con razon,
Vió llena de admiracion
Que aquel ser sobrevivia,
Á pesar de que tenia
Traspasado el corazon.

Doctores de gran prestigio
Que tan nuevo caso vieron,
Con gran calor sostuvieron
Un científico litigio.
Y afirmaron que un prodigio
Era, un milagro formal,
Que á su existencia cabal
Tal hombre volver pudiera,
Á no ser que ese hombre fuera
De condicion inmortal.

Sea como fuere, lector,
Durante el mes trascurrido
Nuestro jóven ha sufrido
Horas de acerbo dolor.
Y una hermosa, que de amor
Por fin herida se vé,
Del lecho de Adam al pié,
Su frente al cielo levanta;
Vé á la ciencia que se espanta
Y á Dios le implora con fé.

—«Señor, dice con afan:
Mirad la pena que siento;
Si es un prodigio, un portento
Que pueda salvarse Adam,
Ved que ya mis dichas van
De su noble vida en pos;
Por mí le han muerto; gran Dios!
Si el prodigio realizais,
Si me ois, si le salvais,
Juro consagrarme á vos.»

Al hacer tal juramento,
La dama, (pues dama era
Quien tal juramento hiciera),
Diz, que escuchando su acento,
De su propio pensamiento
Arrepentirse intentó;
Trémula el rostro inclinó;
Quiso recobrar su calma...
Y desde el fondo del alma
Su plegaria repitió.

Y así lentas y sombrías,
Llenás de dudas traidoras,
Se deslizaban las horas
De las noches y los dias.
Y entre vagas armonías
Creyó Adam reconocer
Un acento de mujer
Que en su oido resonaba,
Y su existencia inundaba
De alegría y de placer.

Y aunque su débil razon
Turbia se muestra y opaca,
Aunque su memoria flaca
Se abisma en su confusion
Y en la inmensa postracion
Que allí le clava en su lecho,
Parece que satisfecho,
Lleno de fé, de ternura,
Bebe un aliento que cura
Las heridas de su pecho.

Y luego, en su afan vehemente,
Henchido de gozo, ufano,
Parécele que una mano
Se posa en él blandamente;
Que los rizos de su frente
Aparta con lentitud
Llena de solicitud,
Cual madre que en su prolijo
Afan, vela por su hijo
Con amorosa inquietud.

Y al cabo llegó un momento
En que el herido sintió
Un ósculo que abrasó
Su vida y su pensamiento.
Por un esfuerzo violento,
Abre sus ojos y mira
En redor.—¡Ah!.. la de Alcira!
La condesa...! ¡Julia! esclama;
¡Piedad!...—mas ¡ay! que la dama
De su lado se retira.

¡Sueños de la mente loca!
Delirios que dichas dais,
¿Por qué así os evaporais
Siempre que el hombre os invoca?
Si el sediento labio toca
En la copa del placer,
¿Por qué ¡ay Dios! se ha de romper
Con rudo choque fatal
El trasparente cristal
Do el alma quiere beber?

Nuestro mancebo sanó;
Mas despues quisiera, herido,
Sentir el labio querido
Que en su frente se estampó.
¿Por qué no se prolongó
Aquella vida dudosa,
En que á su lado la hermosa
Mujer á quien tanto amaba,
Sus cabellos ordenaba
Con su mano temblorosa?

¿Por qué no aspira su aliento
Tibio, dulce y perfumado?
¿Por qué vá desesperado
A encerrarse en su aposento?
Mas aquí, lector, mi cuento
Haciéndose, acaso, vá
Oscuro; justo será
Que el pasado justifique
Para que luego te esplique
Lo que por venir está.

* * *

Ya sabes que una noche, la de Alcira
Oculta en su jardin, oyó el relato
De una pasada misteriosa historia
Contada por el viejo D. Genaro.
Sabes tambien que triste, consternada,
No bien pudo volver de su desmayo,
Quiso tornar de nuevo á los salones
Y prolongar las horas del saráo.
Mas ¡ay! que en medio de la alegre danza
En que todos se agitan á su lado,
Tiene que hacer un poderoso esfuerzo
Para ocultar su pena y su quebranto.
Ella, la altiva, la opulenta dama,
Que en medio vive de la pompa y fausto,
De una familia usurpa las riquezas,
El apellido y el ilustre rango.
¿De qué cuna procede? ¿cuáles fueron
Sus padres? ¿Por qué fieros la arrancaron
De algun modesto albergue, donde hubiera
Vivido alegre y venturosa acaso?
No es la riqueza, no, la que la dicha
Otorga al corazon; no el lujo vano
Dá paz á la conciencia, y fé y sosiego
Al espíritu. Allá en los tiernos años
De su existencia, es cierto que ha tenido
Por morada un magnífico palacio.
Mas ¿qué importa? en su rostro ardientes lágrimas
Sintió, que de los ojos resbalaron
De una mujer hermosa, pero enferma,
Triste, loca de amor; en su regazo
Esa mujer la tuvo muchas veces
En silencio su rostro contemplando,
Llamándola su hija; pero luego
La rechazaba en su delirio insano,
Cual si otro objeto de su amor querido
Cojer quisiera en sus amantes brazos.

Entonces la condesa era muy niña;
Mas hoy evoca el pavoroso cuadro
Que entonces al través de densas nieblas
Sus inocentes ojos contemplaron.
No era su madre, no, la pobre loca
Que la inundaba con su ardiente llanto
Y que al cabo murió mártir del hombre
A quien Julia de padre el nombre ha dado.
Y el baron de la Estrella, codicioso
De riquezas, de honores y de mando,
El oro de su víctima á torrentes
Derrochó á su placer; y algunos años
Mas tarde, la de Alcira, jóven, bella,
De la pobreza presintió el amago.
Era fuerza evitar una ruina
Inminente y ruidosa; infame trato
Con un noble estranjero hizo su padre,
Y al altar fué arrastrada con amaños
Inícuos, sin que el alma se inclinara
Al hombre aquel á quien tendió su mano
Sin saber lo que hacia. Luego el tiempo
Trascurrió, fué su esposo asesinado,
No se sabe por quién, y ella, viuda,
El oro de su esposo disfrutando,
De amor ansiosa, sin amar á nadie,
Llena de hastío entre bullicio tanto,
Cercada por do quier de aduladores,
De amantes nécios, ó de amigos fátuos,
En vano, en su ansiedad, voluptuosos
Sueños felices, ó delirios gratos,
En las horas calladas de la noche
Evocó en su retiro solitario.

Despues, lector, dos veces amagada
Su vida vió por misteriosa mano,
Y otros tantos avisos á las suyas,
Para salvarla, por su bien llegaron.
Ambos anuncios á su pié llevaban
Un nombre escrito con groseros rasgos,
Un nombre solo, oscuro, temeroso
De mostrar su apellido, y ser acaso
Conocido por él. ¡*Lucas*! ¿quién era
Ese Lucas que vela con cuidado
Por ella? Si la quiere, á qué se oculta?
Si la salva, ¿por qué misterio tanto?

Tal vez con estas dudas batallaba
La noche que en su casa penetraron
Con Adam los bandidos; tal vez llena
De inquietud, ó rendida de cansancio,
Al reposo se daba, cuando oyendo
Entre sueños rumores no lejanos
De música sonora, de su lecho
Saltó llena de asombro y sobresalto.
Y al punto entre cobardes asesinos
Se halló; y un jóven de ánimo bizarro,
Bello, arrogante, varonil, ligero,
Noble cual pocos, cual ninguno osado,
Contra todos luchó por defenderla
Y con todos huyó de aplomo falto.

Desde la noche aquella, la de Alcira
Fué proporciones gigantescas dando
Al hombre generoso, cuya imágen
Acoge inquieto el corazon avaro.
Inútilmente sustraerse intenta

Al oculto poder de sus fantásticos
Recuerdos; aquel hombre se aparece,
Aun á través de sus cerrados párpados,
Siempre bello, arrogante, omnipotente,
Con su ardiente mirada subyugando
Á cuantos tiene en derredor; y ella
Tambien se siente fascinada; en vano
Pretende verle criminal; no puede
Serlo quien noble la prestó su amparo.

Y la otra vez en que le vió la hermosa
Al dintel de la puerta de su palco
Acercarse atrevido, y luego, loco,
Entre las suyas estrechar su mano,
Ella tal vez sintió su orgullo herido;
Y despues al hallarle en su palacio,
Mal vestido, ignorante, rudo y pobre,
Pero hermoso á la vez, con soberano
Esfuerzo, ahogar su amor pudo altanera
Su alcurnia y su grandeza recordando.
Mas ¡ay! que pronto el cielo su castigo
Decretó; de los labios de un anciano
Brotó una historia lúgubre: su lujo,
Sus primeras riquezas, su boato,
Pertenecen á otros, ¿quién es ella
Que cuanto tiene, todo lo ha usurpado?

Desde entonces, lector, la pobre Julia,
Sin dar jamás al corazon descanso,
Quiso expiar con generoso intento
El crimen que los otros consumaron.
Alejada del mundo y su bullicio
Pensó en la triste soledad de un cláustro;
Mas antes creyó justo deshacerse
De todo cuanto tiene, para darlo
A la honrada familia que por ella
Vive sumida en el dolor y el llanto.

.
. .

Un dia, en una estancia miserable,
Precedida del viejo D. Genaro,
Penetró y vió con hondo sentimiento
Un lastimero y aflictivo cuadro.
La esposa de Alarcon, junto á sus hijos
En la indigencia vive, los vé faltos
De pan, y á Dios con fervorosa súplica
Pide piedad y proteccion y amparo.
Entonces, la condesa, que aparece
Y atónitos los deja y asombrados,
En providencia suya se convierte
Dándoles oro y bienestar; su amargo
Llanto enjuga, y amante los consuela
Con nobles y solícitos cuidados.
María (que esa madre así se llama)
Prosternada á sus pies, alza sus brazos
Y quiere bendecirla; pero Julia
La estrecha entre los suyos esclamando:
—¡Oh! no, mil veces no; cuanto yo tengo
Pertenece á tu esposo; yo he robado
Tu dulce bienestar; yo soy quien debe
Perdon pedirte! Y en estrecho lazo
De amistad cariñosa, para siempre
Sus corazones quedan asociados.
Ambas son buenas, jóvenes y hermosas,
Si bien María del dolor amargo
Tiene impresas las huellas en su rostro
Que, aunque triste, se muestra resignado.

Desde entonces las dos pasan los dias
En union fraternal; Julia, calmando
Su inquietud, de su amiga no se aparta;
Los hijos de ésta lleva á su palacio
Y tiernas y solícitas pretenden,
En union de su amigo D. Genaro,
Hallar las huellas de Alarcon; es cierto
Que de amor la condesa ha suspirado
Al hallar, sin ser vista, en su camino
Al bello Adam, no ya con traje charro.
Vestido, sino apuesto y elegante
Sobre un corcel brioso cabalgando.
Es cierto que, al mirarle, fascinada
Se sintió nuevamente, y que brotaron
En su pecho los celos, cuando supo
Que aquel hombre su amor pagaba ingrato
Arrojándose en brazos de una odiosa
Despreciable rival; pero á su lado
Tiene á María y á los hijos de ésta,
Y al generoso y noble D. Genaro,
Y á Dianora (doncella que la adora);
Y esos séres, su duelo adivinando,
Si alegrarla no logran, por lo menos
Le prodigan su afecto dulce y grato.

Cuán bello es hacer bien! Julia, que un dia
Vivió hastiada, ó en mortal quebranto,
Siente por fin su corazon henchido
De fé y ventura, al prodigar con mano
Generosa, consuelo al indigente
Que enfermo yace, moribundo acaso.
Ella y María, en caridad ardiendo,
Van á buscar por retirados barrios
De Madrid, la miseria que se oculta
Entre tristes paredes y entre harapos;
Y al cesante famélico, á las míseras
Familias de modestos artesanos,
Una santa limosna, no humillante
Cuando la ofrecen pechos delicados,
Dá con placer, mientrasque presta á otros
El estímulo honroso del trabajo.

Una tarde (y aquí quiero, lectores,
Ver si logro tornar á donde estábamos),
La condesa, en su coche, con María,
De ejercer un piadoso y noble acto
Volvia, cuando el pueblo puesto en armas,
(Mejor diré una turba de malvados,
Pues el pueblo español jamás insulta
A débiles mujeres), con descaro
Detenerla intentó; Julia asustada,
Pidiendo compasion, cruzó sus manos;
Mas fué inútil su súplica; unas cuantas
Personas, ébrias de furor trataron (1)
De hacerla descender del carruaje
A viva fuerza; pero Adam, llegando
Entonces, viendo con feroz enojo
Que á la de Alcira insultan los villanos,
Como leon que eriza la melena
Y rugiendo ensordece los espacios,
Acudió á su defensa, mientras lanza
De sus pupilas fulminantes rayos.

Luego herido cayó; Salada, loca,
Viendo correr al asesino, dando
Un grito que partió los corazones
De cuantos vieron el tremendo caso,
Cerró sus ojos y quedó abismada
En negros mundos de estupor; y en tanto
Un coche se alejaba de aquel sitio;
Mas despues la condesa, imaginando
Que el peligro del jóven arreciaba,
Con acento doliente y angustiado,

(1) En 1847, cuando el autor vino á Madrid por primera vez, tuvo que asistir á un bautizo que se celebró en la parroquia de San Lorenzo, y recuerda que en una de las calles de aquel barrio fué apedreado por los vecinos el coche en que iba. Desde entonces acá Madrid se ha civilizado de una manera verdaderamente admirable.

Viendo llegar un grupo en donde iba,
Tal vez en busca de ella, D. Genaro:
—¡Oh! mi amigo, esclamó, ¡corred! ¡salvadle!
Ved que por mí la muerte arrostra impávido
¡Salvadle! no os cuideis de mí; yo quedo
De la Divina Providencia en manos!
. . . .

Aquella misma noche, cuando apenas
El tumulto cesó, fué trasportado
Adam á casa de María; un médico,
Y otro despues, y ciento, declararon
Que la ciencia quedaba confundida,
Llena de asombro, de creciente pasmo,
Al ver que el corazon de Adam seguia,
Sin saber de qué modo, funcionando.
Mas ello fué que el jóven, sin sentido
Continuó muchos dias; que en su pálido
Rostro, Júlia clavó mil y mil veces
Los atónitos ojos, procurando
Sondear si la ciencia se engañaba,
O si Dios le tenia reservado
El dolor de mirar morir al hombre
Por quien ya siente amor, amor volcánico
Que de toda su alma se apodera,
Que es ya de toda su existencia árbitro.

¡Oh! con cuánto dolor, con cuánta pena
Hizo un terrible voto, procurando
Apiadar á los cielos! con qué dicha
Oyó por fin, pendiente de los labios
Del médico, la nueva grata, hermosa,
De que Adam viviria! —Se ha salvado!
Esclamó; lo demas... ¡Oh! ¿qué me importa
Lo demás, si mi dicha satisfago
Viendo vivir al hombre cuya imágen
Tantas veces feliz he acariciado
Entre sueños de amor?

Y así diciendo,
Las campanadas del reloj contando
Que media noche anuncian, sumergida
En soledad, (pues todos al cansancio
Y al sueño dan tributo), la condesa
Con vacilante pié, penetra al cabo
En la alcoba; profundo es el silencio
Que reina en torno del mortal amado,
¡Duerme! respira sin afan; los círculos
Lívidos que sus ojos rodearon
Desaparecen; cobran sus mejillas
Tinte suave de carmin; sus labios
Se coloran; la vida ya se anuncia
En todo su esplendor; no hay que dudarlo,
Adam venció en su lucha con la muerte;
Pronto en sí volverá de su desmayo.
Es preciso alejarse; que las lágrimas
De gozo que ella vierte, no den pábulo
Ni incentivo á un amor que, no hace mucho
Resignada ofreciera en holocausto
A Dios que vió su duelo; pero antes,
La pobre Julia quiere contemplarlo
Por la última vez; ¡Oh! cuán hermoso
Le encuentra! se halla sola... está á su lado
Y fascinada, trémula, embebida
En su pasion, aparta con su mano
De la frente del jóven los cabellos
Y en ella imprime con ardor sus labios.

Y al propio tiempo, Adam de su garganta
Deja escapar un grito prolongado
De supremo placer; de delirante
Gozo; mas ¡ay! al entreabrir sus párpados
La vé desparecer cual sombra vaga
Que obedece al conjuro de algun mágico,
En tanto que penetran en su alcoba
La esposa de Alarcon y D. Genaro.
¿Fué un sueño de su ardiente fantasía
Lo que sus ojos antes contemplaron?
¿Dónde está la condesa? ¿porqué huye
Cuando él la adora, la idolatra tanto?
. . . .

Sea cómo fuere, Adam vuelve á la vida;
Deja su lecho; siente que una mano
Invisible, le empuja; y á las sendas
Del mundo, quiere dirigir sus pasos
Con nuevo ardor; en su incesante anhelo,
Saberlo todo intenta, averiguarlo
Todo; estudiar el corazon del hombre;
Analizar la historia, los arcanos
De la revuelta humanidad. El niño,
Que se halló de su madre en el regazo,
Poco á poco sus tiernas ilusiones
Vió nacer é irse luego marchitando,
A medida que halló flores ó abrojos
En fértil valle ó en desiertos áridos.
El hombre, que al mecerse en breve cuna
Pudo sentir el diente envenenado
Del áspid fiero que desgarra el alma
Y la llena de pena y desengaños,
Al cabo á todo acostumbrarse logra,
A fuerza de sentir y de ver tanto.

Pero Adam no fué niño, Adam el mundo
De súbito miró, como el que estando
Ciego toda su vida, ver lográra
De un sol estivo los ardientes rayos.
Por eso, pues, el velo que le ofusca
Quiere romper con impaciente mano.
Basta ya de temores inocentes;
No mas fijarse en frívolos cuidados;
Si la mujer á quien adora ciego
Le esquiva, porque pobre, abandonado,
E ignorante le encuentra, que algun dia
Le halle potente, poderoso y sabio.

Y aquí, lector, dejémosle un instante;
Solo un instante, pues á verle vamos
En la temible, pavorosa escena
Que he de narrarte en el siguiente canto.



CANTO II.

Era una noche sombría:
Bramaba iracundo el viento
Y encerrado en su aposento
Adam un libro leia.

Con tal fé, con tal ardor
Estudia, y se abisma tanto,
Que nada observa de cuanto
Acontece en derredor.

Solo alguna que otra vez,
Alzando el rostro sereno,
El fragor del ronco trueno
Escucha con avidez.

Mas vuelve luego á fijar
En el libro su atencion,
Buscando la solucion
Que quisiera en él hallar.

Mas viendo solo un vacío
Y una duda en cada hoja,
Al suelo su libro arroja
Lleno de mortal hastío.

Y otro libro, y otros cien,
Con diligencia no escasa,
Busca, entreabre, repasa,
O abandona con desden.

Que en tan ímproba tarea,
Queriendo saberlo todo,
No halla de lograrlo el modo
Y se aturde y se marea.

Y en vertiginoso afan
Sigue anhelante estudiando,
Mientras las horas pasando
Lentas, monótonas van.

. . .

¡Oh! esclamó con triste acento:
¿Por qué aquí no miro escrito
La historia de lo infinito
En que vaga el pensamiento?

¿Quién es Dios y dónde está?
¿Quién soy yo y á dónde voy?
Si aquí aliento y aquí estoy
¿Quién espíritu me dá?

Grandiosa es la creacion;
Mas si de ella el hombre es rey
Yo aspiro á saber la ley
De la humana condicion.

La vida intento sondar;
Nuestro sino conocer:
¿Venimos á padecer
O venimos á gozar?

Y si es grato sonreir
Siempre llenos de alegría,
¿Qué génio con mano impía
Nos hace luego sufrir?

La humanidad, que no puede
Renunciar á la esperanza,
¿Por qué, cuando casi alcanza
El bien, torpe retrocede?

Si el hombre la aspiracion
De ser perfecto atesora,
¿Cuándo llegará la hora
De lograr la perfeccion?

. . .

Diciendo así, se levantó impaciente;
A la ventana luego se asomó,
Y en el mojado, tempestuoso ambiente
Sus abrasadas sienes refrescó.

Y despues, dirigiendo una mirada
Sobre Madrid, que silencioso está,
Con triste acento y con la faz turbada
Diz que estas frases pronunciando vá:

«Todos duermen; yo tan solo
Por todos estoy velando;
Yo tan solo alzar la vista
Puedo á esos negros espacios.

Ver enmarañadas nubes
En donde brilla el relámpago,
Y beber, oyendo el trueno,
Emanaciones del ábrego.

El turbion me refrigera;
¡Oh! que sublime espectáculo!
Bendita mil y mil veces
La tempestad que idolatro!

Entre tanto, duermen todos
Tranquilamente ahí abajo.
Todos... ¿quién sabe? ¿quién sabe
Si alguien lo pretende en vano?

De todos modos, yo velo,
Y ese pueblo contemplando
Traigo á la mente los tristes
Recuerdos de mi pasado.

Para el alma indiferente
De frívolos cortesanos,
Son miserables mis penas,
Mi merecimiento escaso.

Inocente fui á la cárcel
Por mi desdicha arrojado.
Bien la justicia del hombre.
A aborrecer me enseñaron!

Luego, aunque ignorante, quise
Trabajar y ser honrado,
Y de mi prision la infamia
A la frente me arrojaron.

Entre la virtud y el vicio,
Me ví de alimento falto;
Mas si al mundo se lo cuento
Tal vez me llamen menguado.

¿Soy yo solo el que ha sufrido
En el mundo tanto y tanto,
O he sido viviente emblema
Del hombre desheredado?

Soy la imágen de ese pueblo
Que se agita sin descanso
Y que acaso de los ricos
Envidia la pompa y fausto?

No lo sé; tan solo puedo
Recordar, que logré al cabo
De rufianes y bandidos
Dejar el infame trato.

Y esto á un bandido lo debo;
¡Pobre Lucas! desdichado
Viejo! la justicia humana
Sin duda dictó su fallo.

En un horrible patíbulo
Tus culpas habrás pagado,
Cuando ser bueno querias
Tus crímenes detestando.

. . . .
. . . .

¿Qué poder irresistible,
Sañudo, inclemente y bárbaro,
Al precipicio nos lleva
Sin saber cómo ni cuándo?

¿Existe un destino adverso
Que dirige nuestros pasos,
O es que el hombre de sí mismo
Es el mayor adversario?

Si la voluntad es libre,
Si de albedrio gozamos,
Si horror el delito infunde
¿Por qué se cometen tantos?

Yo renegué de ese vulgo
Al que llaman populacho
Y hoy que me encuentro mas lejos
A ese humilde pueblo amo.

Que en él existen mil prendas
Dignas de encomio y aplauso:
Abnegacion, sufrimiento,
Virtud, amor al trabajo.

Si en él hubo un hombre infame
Que me hirió á traicion, acaso
Ese infeliz nació bueno
Y luego trocóse en malo.

¿Quién le pervirtió? lo ignoro;
¿Fué la ignorancia? ¿fué acaso
El ejemplo? ¿fué la horrible
Miseria? No sé esplicármelo.

Pero si no fué la causa
El instinto sanguinario;
Si el hombre puede á la senda
De la virtud ser guiado;

¿Por qué religion y leyes
Y costumbres, no lograron
Perfeccionarle y hacerle
Libre, dichoso y honrado?

. . . .
. . . .

¿Es que solo el bien, la dicha
Y el contento, en los palacios
Y entre la grandeza existen?
¿Hay razas de afortunados?

Yo no lo sé; yo apetezco
Conocerlo, averiguarlo;
Mas ¡ay! que tal vez por siempre
Ese bien me está vedado.

¿No me esquiva la condesa
De Alcira? yo la idolatro,
Y ella... no hay duda, me ama;
Su beso me está abrasando.

Y sin embargo la busco
Por todas partes en vano
Y aquí en la impotencia, solo,
Conmigo mismo batallo.

. . . .
. . . .

¡Oh! ¿por qué se abisma el alma
En un inmenso Océano
De dudas, de aspiraciones,
Y delirios insensatos?

Paréceme que los vientos
Traen gemidos y llantos,
Canciones, risas, lejanas
Músicas, lúbricos cánticos.

Y es solo el rumor del trueno,
De los vientos desatados
Que van las revueltas nubes
Coléricos arrastrando.

¡Oh! volvamos á mis libros...—
Y en el primero que á mano
Halló, se fijó de nuevo
Asiento otra vez tomando.

∴

Despues de otras dos horas
De estudio y frenesí,
El sueño y el cansancio
Le empiezan á invadir.
Sus párpados se cierran;
Con la materia vil
En vano el alma quiere
Luchar, luchar sin fin.
Inténtalo el mancebo
Y solo conseguir
En el insomnio puede
Forjar delirios mil.

—¡Oh! no, no es esto, esclama,
Lo que encontrar creí;
Yo quiero que me muestren
Del hombre el porvenir;
Que la verdad que busco,
Sin antifaz ruin,
Espléndida y hermosa
Consiga descubrir.

Las ciencias y la historia
De dudas llenas vi;
Parece la política
Un juego baladí
De míseras pasiones,
De eterno discutir.
¡Dios mio! ¿dónde estoy?
¿Dó voy? ¿por qué nací?
¿Por qué esperanzas tantas?
¿Por qué tanto sufrir?

La humanidad camina...
¿Y á dónde y á qué fin?
¿A ser perfecta y buena,
Magnánima y feliz?
Entonces, que no ceje;
Compacta marche allí
Dó hallar pueda un sereno
Hermoso porvenir.
Yo iré con mis hermanos
A la brillante lid
Que la verdad entable
Con la mentira vil.
¿Qué miserable génio,
Qué aspiracion ruin,
Por mas que trabas ponga
Nos lo podrá impedir?

~~~~~~~~

Apenas estas frases
De pronunciar acaba,
Vé el jóven estenderse
La luz que le alumbraba;
Pero con tintes lívidos,
Con pálidos reflejos
Que en mar de sombras densas
Se van luego á perder.
Y pavorosa nube
Del pavimento sube;
Adhiérese á los muros;
A la techumbre lanza,
En tumbos desiguales,
Sus círculos oscuros,
Sus rotas espirales.
Y cunde, crece, avanza;
Se torna cenicienta
O tenebrosa aumenta
Su inmensa lobreguez.

Y un trueno prolongado, estremeciendo
La vetusta mansion, rodó imponente
Por el espacio con horrible estruendo;
Y Adam que en tanto en su interior batalla
Por ver si duerme, ó si despierto se halla,
Vió surgir de repente
Entre las sombras que su cuarto invaden
Una vision, fantástica, indecisa
Primero; luego clara y evidente,
En cuyo rostro vaga una sonrisa
Sarcástica, cruel; que ódio revela
Y que parece que la sangre hiela.
Y sin embargo, la fantasma vaga
Ostenta una hermosura
Que fascina, que halaga
Y repela á la vez; de su estatura,
Y menos de sus pálidas facciones,
No se pueden fijar las proporciones.
Pigmeo parece y á la vez gigante;
Gozo revela y á la vez enojos;
Lleva el dolor pintado en el semblante
Y arrojan fuego sus rasgados ojos.

Clavados en Adam los tuvo un rato;
Mas luego, con voz ronca y triste, rompe
El silencio, y le dice de esta suerte
Mientras los ecos á su voz responden:

«Tú que quisiste conocer al mundo;
Tú que pretendes estudiar al hombre;
Tú que la vida sondear intentas
Sin mirar sus miserias y dolores;
Tú que invocas las ciencias; tú que quieres
Leer en los ocultos corazones;
Tú que maldices las escenas frívolas
Que acaso escena de pavor esconden;
Tú que triviales juzgas tus tormentos
Y triviales tambien tus ilusiones;
Tú que quieres leer en el pasado
De los siglos la historia; tú que corres
Huyendo del presente á toda hora
Buscando siempre el porvenir, que ahonde
El vacío que llevas en tu pecho
Para hallar palpitantes emociones:
Tú que anhelas lo mismo que te hastía;
Tú que pretendes conquistar honores;
Tú que forjas delirios insensatos
Cifrando tu ventura en los amores;
Tú que débil pigmeo te levantas
~~~~~~~~

Sobre lejanos gigantescos montes,
Y que sin fuerzas y sin álas, quieres
Volar ligero y recorrer el orbe;
Tú que deseas estudiar los astros
Cuando, nécio, á tí te desconoces;
Tú que inquieto batallas con tu espíritu
Subordinado á la materia torpe;
Tú, que nunca contento y satisfecho,
Con tu destino te hallarás conforme;
Tú, que quisiste prolongar la vida,
Y ver anhelas trascurrir veloces
Los años, convertidos en instantes,
Rápidos, breves, y en fugaz desórden;
Tú, en fin, que llevas dolorida el alma
Y el corazon herido, ¿por qué oyes
Mi acento con sorpresa? ¿por qué tiemblas
Contemplando mis lívidas facciones?
No temas, no; reanima tus sentidos:
Sabe ya quien soy yo y oye mi nombre.»

«Yo soy la eterna rémora
Del bien que el hombre ansía;
Yo envuelvo su alegría
En fúnebre capúz.
Me gozo en las batallas;
Mi vida es el tormento;
El caos mi elemento,
La oscuridad mi luz.»

«Yo soy el dueño y árbitro
De cien generaciones:
Fantásticas legiones
Se arrastran á mis pies.
Blandiendo roja lanza
Estiendo el raudo vuelo,
Y miro airado al cielo
Que algun tiempo habité.»

«Yo doy sombras al dia;
Los mares alboroto;
Engendro el terremoto
Y agito el huracan.
Yo he dado á la serpiente
Su destructor veneno;
Yo abrí del monte el seno
Y aliento dí al volcan.»

«Para adoptar mil formas
Jamás, torpe, me arredro;
Soy alto como el cedro
Que el Líbano crió.
Y si es preciso, arrastro
Mi vanidad proterva
Só la menuda yerba
Que el valle entapizó.»

«Yo robo á las virtudes
Su seductor hechizo;
El bien esterilizo;
Combato á la razon.
Yo he dado á los perversos
La estúpida arrogancia;
La ciega intolerancia;
La vil supersticion.»

«Por mí el hombre se arroja,
Con el puñal en mano,
A dar muerte al hermano
Que lucha enfrente de él.
De la discordia enciendo
La abrasadora tea
Y gozo en la pelea
Con ánimo cruel.»

«Por mí, fieros tiranos,
Doblando infames yugos,
Se hicieron los verdugos
En esa sociedad.
Por mí, esclavos los hombres
El polvo y grillos muerden;
Por mí los pueblos pierden
Su hermosa libertad.»

«Soy rey de los crueles
Espíritus sombríos;
Constancia tuve, y bríos
Para luchar con Dios:
Mi ley son los estremos
Que en sí el error entrañan;
Los vicios me acompañan;
Los duelos llevo en pos.»

«Soy, pues, aquel que engendra
Y anima los dolores;
Que vida á los rencores
Y á las venganzas dá.
El génio audaz, indómito,
Que lleva eternamente
Impresas en su frente
Las iras de Jehová.

«Si ya no adivinaste
Quien soy, aun que te asombre,
Pronunciaré mi nombre
Segun te prometí.
Yo soy Satán, que vengo
Del báratro profundo;
Yo soy EL DIABLO MUNDO;
Inclínate ante mí.»

*
* *

Guardó silencio la vision horrible;
Luego un suspiro de su pecho arranca
Y, acercándose mas, sobre la mesa
Su mano apoya, y dice estas palabras:

«Yo no busco á los réprobos; su número
Es ya tan infinito, que traspasa
Al de los granos de menuda arena
Que arroja el mar á sus estensas playas.»

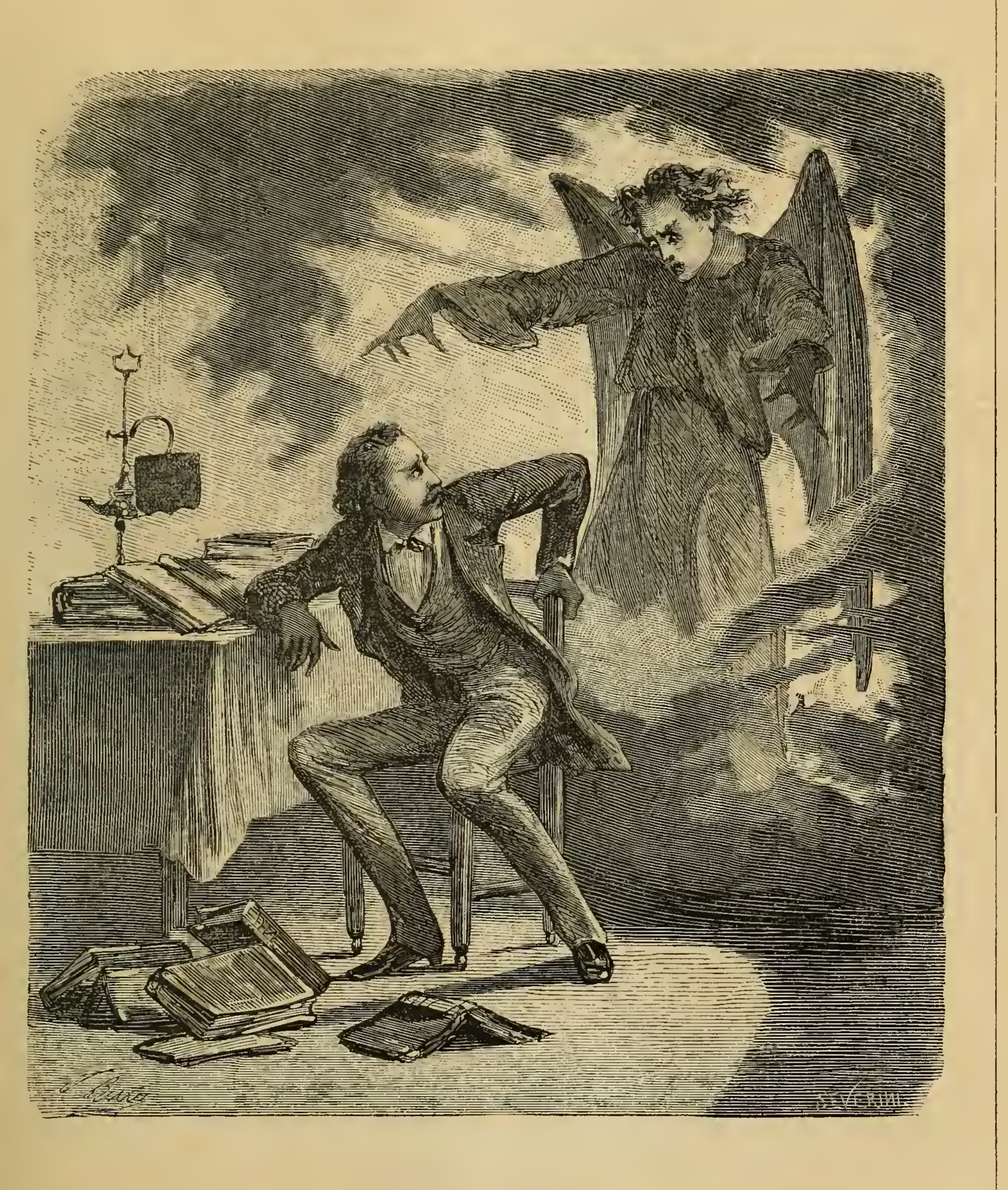
«No pienses, pues, que vengo á proponerte
Un pacto ruin, ni á que me dés el alma,
Yo no soy tan imbécil; harto infierno
Mi rencor y mi furia te preparan.»

«La inmortalidad sus altos dones
Te ofrece; tu existencia será larga;
Durará lo que el mundo, que yá á darte
Cuanto encierra en sus ásperas entrañas.»

«¡Desdichado! quisiste ser eterno,
Mientras todo, á tu lado, muere y pasa;
Tú al través de los siglos pretendiste
Cruzar veloz del pensamiento en álas.»

«Como Dios, como yo, como los tiempos
Quieres vivir, y mantener esclava
El alma, de la vil materia; y todo
Por conocer á Dios de quien dudabas.»

«Y, sin embargo, al sentimiento entregas
El débil corazon, con él batallas,
Y sufres cuando ves sufrir; y tienes
De los dolores de los otros lástima.»



Yo soy Satan, que vengo
Del báratro profundo;
Yo soy El Diablo Mundo;
Inclínate ante mí.

(El Diablo Mundo, Segunda parte.)

« Amas al hombre, y su cariño buscas;
Pero no adulas sus pasiones malas;
¡Desdichado! tú irás por ese mundo
En todo tiempo derramando lágrimas.»

«Para medrar, para vivir dichoso,
Para elevarse á las regiones altas,
Es preciso que el hombre nunca tenga,
Ni sentimiento ni candor ni entrañas.»

«La sonrisa en el labio mentiroso;
La intencion siempre oculta y depravada;
El egoismo haciendo á toda hora
De impenetrable escudo y de coraza.»

«La indiferencia, el cálculo, la propia
Conveniencia; la torpe mescolanza
De adulacion servil para el que sube,
De insolente desden para el que baja.»

«La esplotacion del hombre por el hombre,
Aunque labre del hombre la desgracia;
La reunion de la astucia y de la fuerza
Que á la razon y á la justicia ultrajan.»

«Los estremos viciosos batallando
Para hacer monstruosas amalgamas
Despues de las violentas sacudidas
Sociales, que del bien al hombre apartan.»

«Eterna confusion, eternas luchas,
Miseria, corrupcion, iras, venganzas...
Tales son las pasiones de los hombres
Y tales las escenas que te aguardan.»

«Queriendo ser eterno, has despertado
Mi emulacion, mi enojo y mi venganza;
Serás eterno, sí; pero has de serlo
Como el dolor que el pecho me desgarra.»

«Yo sabré amontonar ante tus ojos
En breve espacio cuanto el mundo abarca,
Sin que por eso logres un instante
El instinto del bien borrar del alma.»

«Por el pronto, los lances de una vida
Triste, y pobre, y agreste y solitaria,
A tus labios llevaron los primeros
Sorbos de hiel y de ponzoña amarga.»

«La inquietud en tu pecho echó raices;
Salir pretendes de la esfera infausta
De las trivialidades dolorosas
Que constituyen la miseria humana.»

«Pues bien, yo voy á presentar ahora
A tu vista, en inmenso panorama,
Los actos, las escenas mas sublimes,
Segun las juzgan los que así las llaman.»

«El mundo vá á ofrecerte cuanto tuvo,
Cuanto tiene y tendrá: riquezas, galas,
Poder, honores... y á la vez delitos,
Aberraciones, luto, guerras, lágrimas.»

«Serás espectador y actor á un tiempo;
Cruzarás por las olas encrespadas
De los mares, y oirás, de un polo á otro,
Todas las lenguas que los hombres hablan.»

«Mas ¡ay! de tí, si al fin, exasperado,
Maldices tu existencia infortunada!
¡Ay! de tí, si en la muerte hallar pretendes
El descanso y alivio de tu alma.»

«Yo no vengo á pedírtela; no vengo
A proponerte que conmigo hagas
Un pacto vil; mas puede que algun dia
Odiando al mundo envidies mi morada.»

Calló el ángel del mal: Adam, atónito,
Vió desplomarse de su pobre estancia
Los muros, y ensancharse el horizonte
Que en luz viva se tiñe y abrillanta.

Un ambiente sereno, perfumado,
Y embriagador aspira; se dilatan
Sus pupilas, y vé lo que en su vida
Soñó pintor, ó poeta imaginára.

Mas aquí, mis lectores, os contemplo
Rendidos; suspendamos la jornada,
Y en el canto siguiente á la terrible
Vision, oireis que con el jóven habla.

CANTO III.

«Mira ese mundo primitivo; admira
Su espléndida hermosura y su grandeza;
Los siglos no han cubierto todavía
De densas capas la redonda tierra.»

«Los árboles lozanos, hasta el cielo
Su exuberante copa gigantesca,
Siempre verde y hermosa, con orgullo
Alzan de frutos olorosos llena.»

«Allí el clima es constante y apacible;
Eternal es allí la primavera;
Es la estacion que sin rival alguna
En ese mundo primitivo reina (1).»

«Ricas fuentes de puras, cristalinas
Y frescas aguas, con pujante fuerza
Brotan do quier; y entre la verde alfombra
Trasparentes arroyos serpentean.»

«En invisibles vaporosos átomos
Baja el rocío á refrescar la selva,
Y á los rayos del sol que le ilumina
Lluvia parece de menudas perlas.»

«Todo es allí tranquilidad, sosiego,
Gozo, venturas y delicia eterna;
El hombre no ha turbado todavía
Con sus vicios la paz de su conciencia.»

«Si una primera falta ha cometido,
Y al trabajo y la muerte le condenan
Los decretos de Dios; en cambio tiene
Un alma grande, inteligente y buena.»

«La aspiracion del bien; el noble instinto;
El amor, la piedad y la inocencia;
El sentimiento del progreso; el libre
Uso de sus sentidos y potencias.»

«En santa asociacion, todos iguales
Y libres vivirán; dará la tierra
Sus bienes para todos, sin que haya
Quien arrastre de esclavo las cadenas.»

(1) «El gran cataclismo del diluvio debilitó la naturaleza; limitó el curso de la vida del hombre; destruyó varias razas de animales; *el eje de la tierra se inclinó y los climas se alteraron.*» Constanzo. (*Historia universal*, tomo II.)

«No importa que se ensanche y multiplique
La sociedad; no importa que se estienda
Ocupando los ámbitos del mundo,
Si la justicia y la razon imperan.»

«Todos, unidos en estrechos lazos
De fraternal cariño, harán que sean
Justas las leyes y los jueces puros;
Las costumbres sencillas y modestas.»

«Será el hijo sumiso; será casta
La mujer; la amistad será perfecta,
Y el aplicado, el estudioso, el bueno,
Logrará que le imiten y enaltezcan.»

«La virtud aclamada y bendecida
Será por todos, sin que nadie sea
Capáz de calumniarla ó de tenderle
Infames lazos que á matarla vengan.»

«Solo tendrán los hombres una pátria,
Una ley soberana, y una idea:
La de amarse y ser buenos y felices
Haciendo menos breve su existencia.»

. . . .

«Tal fué de Dios, sin duda el pensamiento;
Mas yo le contrarie; yo mi soberbia
Presté al humano corazon; yo hice
Que Cain su delito cometiera.»

«Yo desde entonces, con feroz contento,
Abriendo de mi imperio las cavernas,
Hice salir al mundo las pasiones
Que el bien, la vida del mortal abrevian.»

«La ambicion, el orgullo, la avaricia
Y el lujo, engendrarán á la pobreza;
Y se abrirán las fuentes de los crímenes
Que con sangre los campos enrojezcan.»

«El fanatismo y la impiedad, frenéticos
Alzarán arrogantes la cabeza;
El primero hará á Dios injusto y malo;
Negará la segunda su existencia.»

«Y en lucha fratricida los imperios,
Las ciudades, los bosques, y las selvas,
Al resplandor rojizo de las llamas
Se volverán escombros y pavesas.»

«Y los pueblos, movidos al impulso
De los tiranos, en su lucha eterna,
Me hincarán la rodilla, dando culto
Al pavoroso númen de la guerra (1).»

«En el feroz estrago y la matanza
Se inspirarán magníficos poetas,
Al compás de sus liras entonando
Sus himnos y terribles epopeyas.»

«Y la razon al sucumbir esclava
Del infame derecho de la fuerza,
Si tiene alguna voz que la proclame
Apenas eco encontrará en la tierra.



«La guerra, el fanatismo, el crímen, las maldades;
La ira y la soberbia mis auxiliares son:
Contempla cual se alzan del polvo las ciudades
De Babilonia y Ninive, de Troya y de Sidon.»

«El Tigris y el Eufrates, el Haly y el Meandro
Sus márgenes ofrecen á la violenta lid.
Los Héctores y Aquiles, y luego un Alejandro
Sus numerosas huestes conducen por allí.»

«Y aquellos grandes pueblos que admiracion infunden,
Que tantas maravillas llegaron á ostentar,
A impulso de las armas, perecen, se confunden,
Y solo dejan tumbas, ruina y soledad.»

(1) Muchos aseguran que las guerras, por medio de la conquistas y la fusion de los pueblos, han facilitado los adelantos de la humanidad. Con perdon sea dicho, yo creo que esta, obedeciendo á las leyes del progreso, nó ha recibido sus adelantos *por* las guerras, sino *á pesur* de ellas.

«En tanto los hebreos de Dios reciben leyes
Que idólatras olvidan con ciega ingratitud;
Las tribus israelitas al cielo piden reyes
En vez de demandarle tesoros de virtud.»

«La Grecia se levanta feliz y poderosa;
Independiente y libre Atenas se ilustró;
Mas luego, corrompida, de bienes codiciosa
En luchas incesantes sus fuerzas agotó.»

Y nace Roma; brilla, se estiende, se dilata;
Del Africa, de Europa, del Asia dueña es;
Al carro de sus triunfos al mundo entero ata
Que tiembla, que se arrastra esclavo ante sus pies.»

«Mas ¡ah! mira ese mundo que vá ante tí pasando:
Contempla los arroyos de sangre que costó
La efímera grandeza que fueron conquistando
Imperios y repúblicas que el tiempo derrumbó.»

«Contempla los errores, la ciega idolatría
Que rompen y destruyen la dicha y la unidad;
Que matan para siempre la paz y la armonía
En que vivir debiera la ciega humanidad.»

«Robando á Dios sus grandes inmensos atributos
El hombre humanas víctimas furioso inmolará,
Y ante mezquinos ídolos y miserables brutos
Postrándose de hinojos su frente inclinará.»

«Debajo de las ruedas de la triunfal carroza,
Que falsos dioses lleva en larga procesion,
Sus miembros una turba fanática destroza
Con insensata, nécia, inútil devocion.»

«El templo de Milita será menguado abismo
Dó la inocente vírgen su cándido pudor
Pondrá sobre las aras de un loco sensualismo
Que hará la afrenta pública, preciso el deshonor.»

«Arúspice sangriento, la entraña palpitante
De la inocente víctima atento estudiará,
Y haciéndose del cielo intérprete constante
Tal vez á un pueblo entero de espanto llenará.»

«Y allí, cabe la tumba del rico y del guerrero,
En los parajes públicos, infame gladiador
Hará que su desdicha contemple un pueblo entero
Que goza en ver su sangre, su bárbaro furor.»

«Así en raza de esclavos y en raza de señores
Y en grandes y en plebeyos los hombres dividí,
Abyecta, miserable, sumida en los dolores,
A la mujer en pobre juguete convertí.»

«Mas ¡ah! sonó la hora que yo maldigo triste,
La hora en que comienza la humana redencion,
Y el hombre Dios, bajando del cielo donde existe,
Pronuncia las palabras de amor, de paz y union.

«Es fuerza contrariarle; la paz y los amores,
Del hombre la ventura suprema labrarán,
Y yo me gozo siempre mirando sus dolores,
Sus guerras, sus delitos, su sempiterno afan.»

«Por eso, concitando las iras, los enojos
De los que al pueblo quieren hollar y deprimir,
Al hombre Dios les hice mirar con malos ojos
Para que alegres luego le vieran sucumbir.»

«Por eso los felices, los déspotas, los fieros
Malvados, que los pueblos pretenden esplotar;
Los falsos sacerdotes, los torpes embusteros,
Al bueno y al humilde persiguen sin cesar.»

«Y al cabo le condenan con bárbara alegría;
Y yo me gozo viendo su horrible confusion;
Y aumento su tumulto, su furia y gritería
Mientras la tierra tiembla y se oscurece el sol.»

*
* *

«Los tiempos van pasando; los dioses fabulosos
Al suelo van cayendo; mi imperio vá á cesar;
Los hombres se humanizan; hermanos cariñosos
Sus vínculos sagrados pretenden estrechar.»

«Es fuerza esterminarlos; hacer que las edades
Se inspiren á sí mismas escándalo y horror;
Es fuerza que el infierno invente iniquidades;
Que el código no impere de caridad y amor.»

«Por eso, si hubo en Roma Octavios y Adrianos,
Filósofos, poetas y ciencias y esplendor,
De vándalos, de godos, de fieros marcomanos
Caerá sobre esa Roma torrente asolador.»

«De los soberbios Césares el deslumbrante sólio
Feroces pisotean, acrécese la lid,
Y tiembla y se derrumba el alto capitólio
Y atónita la Europa inclina la cerviz.»

«Y se alzan por do quiera gigantes torreones;
El despotismo cambia de traje y de antifáz;
Y reyes y vasallos, caudillos y legiones
Al rudo feudalismo poder y vida dán.»

«La tierra palmo á palmo disputan impacientes
Los que á la fuerza fian derechos y razon.
Picotas y cadalsos varones insolentes
Levantan; y los pueblos les prestan sumision.»

«Menguados tiranuelos se erigen en señores;
Comparten con los reyes su inmensa autoridad
Y esclavos los plebeyos, sus grillos opresores,
Sus bárbaras cadenas arrastran sin cesar.

«En guerras, en torneos, la tierra ensangrentada
Hice que el pueblo viera con avidez feroz;
Yo dí á los ricos homes derechos de pernada
Y á juicios del infierno, llamé juicios de Dios.»

«Y luego, de cien reyes el trono asegurando,
Vertí en sus corazones mi hálito infernal
Para que, ciegos, torpes, las leyes conculcando,
Manchasen con sus vicios la púrpura real.»

*
* *

«¿Quieres ver nuevos desastres?
¿Mas cómo si fueron tantos
Que ya la paciencia falta
Para verlos y contarlos?

Mientras que en España luchan
Sarracenos y cristianos,
Estos allá en Palestina
A su vez mueren matando.

Los güelfos y gibelinos,
Durante trescientos años,
Convierten la hermosa Italia
En negro y sangriento charco.

Mientras que Colon camina
Un nuevo mundo buscando,
Se abre un tribunal horrible
Que toma el nombre de santo.

El oro que dá la América
Es para comprar soldados,
Que en Flandes y en toda Europa
Siembren el terror y estrago.

Las guerras y los destierros
Desiertos dejan los campos;
Las ciudades solitarias;
Los talleres olvidados.

Mas luego vendrán filósofos
Que, á las masas predicando,
Harán que en Francia se alcen
Innumerables cadalsos,

Para demostrar al mundo
Que es al hombre necesario
Dejar de ser noble y bueno
Para dejar de ser malo.

Y la libertad envuelta
En el terror, vá cambiando
El despotismo de arriba
En despotismo de abajo.

Mira esas escenas lúgubres;
Mira esos sangrientos cuadros...
Estremécete y no evoques
Las sombras de lo pasado.

Mas si impaciente apeteces
Ir las modernas mirando,
Oye esas voces que pasan
Ensordeciendo el espacio.

Son ecos de los espíritus
Angélicos ó satánicos
Que en torno giran del mundo
De los buenos y los malos.

Es la voz de los partidos
Que eternamente luchando
Ya se acercan ó se apartan
Del bien que apetecen tanto.

Son los acentos del pueblo,
Que su malestar notando,
Busca imaginarias dichas
En un cielo imaginario.

Son las palabras que vierten
Ingénuos ó torpes labios;
Las locas aspiraciones;
Las dudas que van brotando.

Fija tu atencion en todo
Si puedes; cierra tus párpados
Y en los confusos rumores
Ve el alma depositando.

UNA VOZ.

Yo soy la fuente de eternal consuelo:
La augusta religion hija del cielo.

OTRA.

Yo oculto la perfidia y la falsía:
Soy la negra, la infame hipocresía.

OTRA.

Paso, paso á la verdad
Que ilumina las conciencias!
¡Abajo la iniquidad!
Paso al saber, á las ciencias,
La virtud y la piedad.

OTRA.

Yo del placer voy en pos;
Yo solo gozar deseo;
No hay virtudes, yo no creo
En la existencia de Dios.

OTRA.

Cierra ya tu boca impía;
Blasfemo, calla y advierte
Que puede llamar la muerte
A las puertas de tu orgía.

OTRA.

¿Qué importa? contentos
Dejadnos reir;
Dejad que la vida
Gocemos aquí.
El tiempo se pasa
En curso veloz,
Notad lo que dice;
Oigamos su voz.

OTRA.

Con una mano voy erigiendo
Nuevos imperios, nuevas naciones;
Mientras con otra voy destruyendo
Generaciones.
Yo soy el tiempo, nadie me evite;
A mis designios nadie se oponga,
Nadie levante lo que yo quite.
Nadie destruya lo que yo ponga.

OTRA.

Yo soy la revolucion
Que en su ardiente imprevision
Quiere al tiempo hacer correr.

OTRA.

Yo soy la ciega reaccion
Que le quiere detener.

OTRA.

Yo soy la veraz historia.

OTRA.

Y yo la parcialidad.

OTRA.

Yo el éxito que dá gloria
Ó desden y oscuridad.

OTRA.

Si en rápidos y críticos
Momentos, nos hallamos,
Filósofos! políticos!
Venid y discutamos.
El gran problema eterno
Es fuerza resolver.
¿Qué forma de gobierno
Debemos escoger?
Hablad! hablad!
Que los pueblos oyéndoos están.

OTRA.

Para hacer que las masas
Vivan felices
Es preciso ilustrarlas
Y hacerlas libres.

OTRA.

Miente ese sábio;
Las masas necesitan
Grillos y látigos.

OTRA.

Pueblo vil que entre cadenas
De tal modo desfalleces;
Calla y sufre; tú mereces
Tu servidumbre y tus penas.

OTRA.

Pueblo que ciego te lanzas
Al estrago y esterminio;
Cesa ya en tu predominio;
No ejercites tus venganzas.

MUCHAS VOCES.

Nosotros sufrimos;
Nosotros lloramos;
Nosotros las glorias
Del rico envidiamos.
En bellas carrozas
Los vemos pasar;
Sus grandes palacios
Envidia nos dan.
Mirad cual preparan
Soberbio festin,
Feliz el que es rico
¡Mil veces feliz!

OTRA VOZ.

Y mientras tanto, sombrío,
Algun rico que os irrita
Tiene el corazon vacío,
Y en vano, con fiero hastío,
Al festin se precipita.

En vano triste se lanza
Al torbellino viviente,
Do nunca el placer alcanza,
Por encontrar la esperanza
Que ya no irradia en su frente.

En vano tanta hermosura,
Tanto poético encanto,
Tanta gala y donosura,
Tanto lujo, primor tanto,
Allí á su vista fulgura.

Porque á su vista cansada
Nada nuevo se presenta;
Porque el bullicio le enfada,
Y la luz le descontenta
Y hasta el reir le anonada.

Y esas que parece son
Delicias que amor provoca,
Voluptuosa ilusion,
Y frases del corazon
Que se escapan de una boca;

Esas ¡ay! son para él,
Que las oye con desvío,
Delicias llenas de biel,
Y preliminar sombrío
De un desengaño cruel.

Luego, tal vez, con sin iguàl despecho,
Irá lejos, muy lejos del festin,
Para arrojarse en el mullido lecho
Do hallar quisiera á su existencia el fin.

Luego, tal vez, con ánsias y agonía
Querrá en vano dormir y descansar,
Hasta que un rayo de la luz del dia
Su frente mústia llegue á iluminar.

O si cerrando los cansados ojos
Duerme un instante, con horror, soñando
Fantasma envuelta en mil harapos rojos,
Gigantesca ante él se irá elevando.

Y en formas vagas al principio, y luego
Positiva, palpable y evidente,
Sin atender á su incesante ruego,
Ni á la congoja que dormido siente,

Ni al copioso sudor en que se baña
Su rostro, ni á los débiles gemidos,
Que en su doliente pesadilla estraña,
Mal espresados, aunque bien sentidos,

Lanza el cuitado; la vision cruenta
Cada vez se le acerca mas y mas,
Cual si viniese á demandarle cuenta
Del llanto acerbo que hizo derramar.

Y allí, cabe su lecho malhadado,
Congrega la cruel aparicion,
De espectros un enjambre, que á su lado
Vaga inquieto en horrenda confusion.

La virgen pura que engañó inclemente;
El esposo de adúltera mujer;
El hijo tierno, que pagó inocente
Un átomo de dicha y de placer,

Con horas ¡ay! de afan y de agonía,
De abandono, de luto y de orfandad;
El amigo que tanto le amó un dia
Y á quien desdeña porque pobre está;

El rival, que tal vez fué el ofendido,
Y en injusta agresion, ó torpe duelo,
Cayó a sus plantas con el pecho herido,
Vertiendo sangre que clamaba al cielo;

El infeliz, que de sus garras presa,
Fué aquel dia en que un lazo le tendió;
Y víctima de un ágio, de una empresa,
Para siempre arruinado se encontró;

El fámulo que tiembla ante su vista;
Un pueblo entero y desdichado, en fin,
Que, en su afan de mandar, mandó egoista
Á perecer en bárbaro motin;

Todos ya en derredor, círculo estrecho
Forman, murmuran con furor creciente,
Y en torno vagan de su triste lecho
Y de helado vapor cubren su frente.

Y dardos mil al corazon le lanzan;
Y danzan en redor ó tristes gimen,
Y mientras gimen, ó siniestros danzan,
Le atormentan, le agobian y le oprimen.

Y si acaso despierta en su impaciencia
Y se halla solo, y con afan suspira,
Entonces la verdad vé en su conciencia
Mas negra que entre sueños la mentira.

OTRA VOZ.

No calumnieis á los ricos,
Mirad que tambien los hay
Buenos, justos y benéficos
Que ejercen la caridad.

OTRA.

¿Y qué importa? ¡proletarios!
El comunismo os dará,
Con el reparto de bienes,
De comer sin trabajar.
La propiedad es un robo.
Matemos la propiedad.

OTRA.

¡Adelante! nada temas;
Vulgo, no vaciles mas.

OTRA.

Atrás, miserable vulgo;
No manches tu libertad.

MUCHAS VOCES.

¡Libertad! Es bella, hermosa;
Mas dadnos con ella pan.

OTRA VOZ.

Calle el vulgo, que no sabe
Lo que se dice jamás.
¿Con qué derecho quereis
Los bienes de otro usurpar?
¿Con el que tengan los otros
Que á su vez os robarán?

OTRA.

¡Vulgo infeliz! en vano á tus congojas
Quieres hallar el término prudente.
Con el sudor de tu atezada frente
El pan, que luego con tu llanto mojas,
Siempre habrás de ganar; sufre y trabaja
Y sella el labio y tu dolor comprime.
Si la esposa infeliz doliente gime,
Acállala; si grandes y prolijos
Son el llanto y los duelos de tus hijos,
Acállalos tambien; si tú padeces,
Sufre y calla; ¡silencio!... que tus áyes
No aumenten la mundana algarabía;
Oye de Dios la maldicion que un dia
Sobre todos lanzó; trabaja, advierte
Que al romper del temor demente el yugo,
A la loca ambicion dando cabida,
Tu destino tal vez podrá ofrecerte
Un verdugo en la tarde de tu vida
Y un infierno en la noche de tu muerte.

OTRA VOZ.

¿Qué hablais de infierno y de verdugo cruento?
¿Por qué fortuna ciega,
Concede al rico lo que á mí me niega?
¿No tengo un alma? ¿Por ventura siento
En vano este latido
Del corazon, que estalla comprimido?
¡Dejad! dejad que exhale
Mis quejas libremente;
Y ya que con sus dones la fortuna
No me brindó, dejad que impetuoso,
Y libre, y poderoso,
Me estienda á mi placer. Cual ancho rio
De lava derretida,
Que nada á contener bastante sea,
Me estenderé con ímpetu sombrío.
Quiero lanzarme á la feroz pelea;
Quiero audaz esclamar el *mundo es mio*,
Despues que el mundo desquiciado vea.
Yo haré trizas la púrpura y el trono;
Yo de los ricos la dorada copa
De sangre colmaré; yo con encono,
Palacios demoliendo;
Repartiré el botin; pondré mis reales
Sobre un monton de escombros calcinados,
Y mi voz estendiendo,
Por valles y collados,
Gritaré á los mortales:
Cesó la esclavitud, somos iguales (1).»

OTRA VOZ.

¡Delirio! ¡insensatez! ¡atroz quimera!
Embriaguez horrorosa
Que á veces de los pueblos se apodera!
Pasad, huid; dejaos
De elevar por los crímenes pendones;
No empujeis hácia el caos,
Con locas convulsiones
Al que acaricia plácidos ensueños
Que acaso espera realizar un dia;
No le digais que su ilusion es vana,
No hagais que sangre humana
La raza de Cain derrame impía.

OTRA VOZ.

¡Pueblos! ¡monarcas! ¡víctimas! ¡verdugos!
Buscad el triunfo en la sublime idea,
Emanada de Dios, y la ventura
De Dios al punto con vosotros sea.

Tened, tened presente
Que si la senda del terror se sigue,
Jamás la pobre humanidad doliente
Su perfeccion, su libertad consigue.

CORO DE DEMONIOS.

Ahoguemos ese acento;
Que no sepa jamás
El hombre donde oculta
Su salvacion está.
Moved estraños ruidos
De voces y gemidos;
Silbidos y palmadas
Y horribles carcajadas.
Que vayan con violento
Impulso, por el viento
Rodando sin cesar.
Que calumniado sea
El que arrancar desea
A la discordia infame
Su influjo pertinaz.
Que sea envilecido
Do quiera y perseguido
El hombre que proclame
Amor, órden y paz.

Haced que el hueco
Bronce, resuene;
Que monte y valle
La guerra atruene.
Luchemos, luchemos
Con ánsia sin fin,
Do acabe una guerra
Que estalle un motin.

ADAM.

¡Oh! ¡basta! ¡por compasion!
¡Basta! espíritus del mal;
Vuestro estrépito infernal
Me lastima el corazon.
Viendo ese cuadro espantoso
No hagais que sufra y me asombre.
Yo amo al hombre, yo amo al hombre.
Y quiero verle dichoso!

(1) Véase la cuarta de las notas que van al final.

Del alma se apodera
Un vértigo cruel,
Venid, prestadme aliento,
Espíritus del bien.

EL DIABLO.

El alba se aproxima;
Comienza á esclarecer.
Descansa!

(*Adam se queda dormido*)

Desdichado!
Tu vida emponzoñé.
Tan solo ya me resta
Mostrarte mi poder,
Haciendo que vislumbres
La dicha que pondré
Delante de tus ojos,
Allí donde tú estés,
Para amenguarla luego
Con bárbaro placer.
Irás por ese mundo
Y yo contigo iré.
Tendrás riqueza, honores
Que habrás de aborrecer.
Descansa! desdichado!
Mañana te daré
Violentas emociones
Que hallar quisiste ayer.
Descansa, yo entretanto
Mis planes fraguaré.

¡Legiones de demonios
A mi mansion volved!
. . . .
. . . .

CANTO IV.

Habitacion húmeda y sombría en la planta baja de un edificio viejo y destartalado (1).—Las gruesas paredes se hallan revestidas de anaqueles de pino atestados de lios de ropa, de prendas usadas y de objetos diversos, de escaso valor.—Una ventana que da á un patinillo oscuro y en el fondo la puerta que se comunica con el resto de la habitacion.—Una mesa junto á la pared y cerca de ella, en un rincon, una enorme caja de hierro con triples cerraduras.—No lejos de ella un escotillon con trampa de madera, súcia como el entarimado que constituye el resto del pavimento.—Dicha trampa se halla levantada y sujeta por una pequeña argolla á una cuerda que se ata á un clavo.—La entrada de la escalera que da al profundo sótano situado debajo de la habitacion y del patio, está resguardada por una gruesa reja de enmohecidos barrotes.—El ruido de algun coche que pasa por la calle, ó de los muchachos que gritan y juegan en ella, llega sumamente amortiguado.—A juzgar por el silencio y la soledad del patio, la casa se encuentra deshabitada.

ESCENA PRIMERA.

EL CURA SOLO.

Aparece sentado en un viejo sillon de vaqueta; luego se quita sus antiparras verdes, arroja una peluca gris que tenia puesta, y dice examinando varios papeles manuscritos y llenos de números que hay sobre la mesa.

EL CURA.

Llegó el momento supremo
Y á medida que se acerca
Parece que mi cobarde
Corazon, torpe flaquea.
¡Qué oprobio! Tengo esos números
A la vista; ellos me muestran
Que soy rico, y ahora, nécio,
Doy oido á la conciencia,
Cuando un porvenir de dicha
Vislumbro en lejanas tierras.
Un puerto!... un buque!... los mares
Y un tesoro que en América
Derrocharé; todo eso
En aquel suelo me espera,
Si esta noche se realizan
Nuestros planes; ¡oh! ¡qué lentas
Caminan las horas! nunca
Sentí la atroz impaciencia
Que ahora me consume; tiende
¡Oh! noche! sobre la tierra
El negro manto; tu fuiste
Inspiradora soberbia
De los crímenes mas grandes,
De las mas altas empresas,
Y es preciso que las mias
Entre tus sombras envuelvas.

(*Pausa*)

¡Es raro! ¡como se cambian
El carácter, las ideas
Del hombre! yo que de todo
Me reia... ¡que simpleza!
Es fuerza reir ¿quién puede
Impedírmelo....? yo era
Pobre; quise tener oro
Y hoy el alma se recrea
Al contemplar estos números.
Si no miente la aritmética,
Un millon en perspectiva
Tengo, y otro allí se encuentra,

(*Señalando á la caja*)

(1) No pierda de vista el lector que desde que la accion pasaba han trascurrido veintiocho años.

Soy rico; tan solo siento
Que ese bien tan tarde venga.
¿Por qué el corazon es jóven
Cuando la vejez se acerca?

(*Pausa*)

¡Oh! me siento mal; parece
Que se me vá la cabeza
Y que la sangre circula
No sé cómo por mis venas.
¿Iré á naufragar estando
Á dos pasos de la tierra?

(*Se levanta*)

Tengámos valor; veamos
Mis tesoros; me deleita
Contemplarlos; dos millones
De reales... ¡cuánta riqueza!
Veamos... (*acercándose al arca*)
Aquí las llaves
Están; si alguno viniera...
Pero, no; me encuentro solo
Y no es fácil que me vean.

(*Abre el arca.*)

Todo se halla lo mismo
Que ayer; ninguno sospecha
Que en el fondo de esta caja
Tanto dinero se encuentra
Escondido; solamente
Matías caer pudiera
En la tentacion; él sabe
Que hay aquí muchas monedas;
Pero ignora el mecanismo
Del arca; fué grande idea
La mia, y estoy seguro
De que el que abrirla pretenda,
Como herido por el rayo
Caerá desplomado en tierra
Con una bala en el cuerpo
Y otras dos en la cabeza
¡Oh! cuanto vale el dinero!
Cuanto vale... y cuanto cuesta!

(*Se pasea sumamente agitado y dice:*)

Por el oro que allí guardo
He sumido en la miseria
A mil familias honradas
Qué al inmenso abismo ruedan
De mi usura; por el oro,
Perdí el honor, la vergüenza,
Y en el lodazal del crímen
Encenagué mi cabeza
Tonsurada; por el oro.....
¡Maldito mil veces sea
El que sus malas pasiones,
Nunca prudente modera!
Mi mision era en el mundo
Hacer amar la pobreza;
Aconsejar á los hombres
Que humildes y buenos fueran
Y darles honrado ejemplo
De virtud y fortaleza.
Esa es la mision sagrada,
Noble, sacrosanta y bella
Que al sacerdote confian
Las doctrinas evangélicas.

(*Se oyen aldabazos*)

¿Quién será? tal vez Matías,
O algun infeliz que llega
En busca de algun recurso
Con que aliviar su miseria.
Disfracémonos.

(*Se pone las antiparras y la peluca. Sale y vuelve al cabo de un momento seguido de Matías.*)

ESCENA II.

El cura y Matías.

EL CURA.

¿Qué ocurre?

MATÍAS.

En popa la nave vuela.
El golpe se dá esta noche
En casa de la condesa.
Salada vendrá con Ursula
Al sitio que usted desea.
Y el conde, que sigue enfermo,
Podrá pasarse sin ella
Como hasta aquí. Nuestra gente
Coger el botin anhela,
Y cada cual en su puesto
Tan solo el instante espera
De obrar...

EL CURA.

Sí, sí.

MATÍAS.

Mas ¿qué es eso?
Usté está malo por fuerza;
La palidez de su rostro
Y su mirada, revelan
Malestar; ¿tiene usté frio,
Señor cura? por qué tiembla?

EL CURA.

Yo temblar? Calla, y no digas
Absurdos; siento impaciencia
Y eso es todo. (Tengo fiebre;
Pero dominarme es fuerza.)
Y Adam?

MATÍAS.

Vendrá.

EL CURA.

¿Dónde estaba?
¿Qué hacia?

MATÍAS.

Como si fuera
Un hombre de pró, elegantes
Trajes luce; lujo ostenta
Y reside en un precioso
Cuarto. Se vé la tristeza
En su rostro retratada
Muchas veces; mas la trueca
Otras, en loca alegría;
Y decidor, calavera,
Con otros jóvenes bulle
Y corre de Ceca en Meca.
Otras veces, en su cuarto
Con su maestro se encierra,
Y estudia con tanto ahinco
Que dicen que se hace un Séneca.

EL CURA.

¿Quién te dió tan minuciosos
Detalles?

MATÍAS.

Una parienta
Del criado mas querido
De Adam.

EL CURA.

Sigue, me interesa
Tu relato. Segun eso
Vive casi en la opulencia.

MATÍAS.

Atónito me ha dejado
El primor de su vivienda.

EL CURA.

¿Le diste mi carta?

MATÍAS.

Y díjome,
Al acabar de leerla:
«Dí al cura, que aunque su nombre
Malos recuerdos despierta
En mi alma, iré á buscarle
Tan pronto como anochezca.»

EL CURA.

¡Pobre imbécil! no presume
Que al anochecer, su estrella
Vá á eclipsarse para siempre
Entre profundas tinieblas.

MATÍAS.

Yo no comprendo...

EL CURA.

Ya sabes
Que en el fondo de esa cueva...

MATÍAS.

El asunto es algo feo.
Si la justicia supiera...

EL CURA.

Tienes razon; es preciso
Que tarde ó nunca lo sepa.
Oyeme bien: ese hombre
Que há tanto tiempo se encuentra
En mi poder, no me hizo
Daño alguno; ni aun siquiera
Le he tratado; pero un dia
Con el baron de la Estrella
Quiso luchar, y al quererlo,
Llegó á firmar su sentencia
De muerte.

MATÍAS.

¿Por qué no hace
De esos papeles la entrega?

EL CURA.

Porque en ellos la fortuna
Vá de sus hijos envuelta.
Porque el baron ha usurpado
A su familia la hacienda,
Y el porvenir...

MATÍAS.

Pero estando
Preso, y debajo de tierra...
Esto es claro y evidente:
Ni se salva, ni se venga.

EL CURA.

Tales fueron las razones
Que en ocasiones diversas
Le espuse, mas no hizo caso.

MATÍAS.

Pues entonces, que perezca
En su mazmorra.

EL CURA.

Y no obstante
Me dá lástima y vergüenza
Este cobarde atentado,
Esta inaudita violencia.
Ese infeliz ha sufrido
Tanto y tanto, que, sin fuerzas,
Estenuado, abatido,
Mas que un hombre, se asemeja
A un espectro.

MÁTIAS.

Y es el caso
Que si libertad le dieran...

EL CURA.

Nos denunciaría.

MATÍAS.

Justo.

EL CURA.

Se vengaría.

MATÍAS.

Por fuerza.

EL CURA.

Pues salvémonos nosotros.

MATÍAS.

¿Qué hará V.?

EL CURA.

Cuando Adam venga...
Ya le tengo preparado
Un narcótico; que duerma,
Y despues, le arrojaremos
En el fondo de la cueva,
Donde podrá, con su amigo,
Gozar de quietud eterna,
Mientras que tú y yo sacamos
Cuanto la casa contenga.

(*Se oyen algunos gritos que parten desde el fondo del sótano.*)

EL CURA.

¿Oiste?

MATÍAS.

El preso: parece
Que maldice y que se queja.

EL CURA.

Tendrá sed; bájale un cántaro
De agua; justo es que beba
La última vez.

(*Matías saca el cántaro y se dirige hácia la reja del sótano en ademan de abrirla. Se oyen al mismo tiempo algunos golpes dados en la puerta de la calle.*)

MATÍAS.

Esta es otra:
Llamando están á la puerta.
¿Abro?

EL CURA.

No, baja. Yo mismo
Veré quien es el que llega.

(*Matías enciende una luz y baja al sótano con el cántaro. El cura echa la trampa de madera, diciendo con voz sorda lo que sigue*):

¡Oh! si es Adam, que el infierno
Mi último plan favorezca. (*Sale y vuelve.*)

ESCENA III.

El cura.—Una jóven.—Pupas.

(*Pupas disfrazado atraviesa el pasillo rápidamente sin ser visto.*)

EL CURA.

He dicho á usted, que no es hora;
Pero... en fin, saque esa prenda,
(Por quitármela de encima
Procuraré complacerla.)
¿Qué es lo que trae?

LA JÓVEN.

Un retrato...

EL CURA.

¿Ahora salimos con esa?

LA JÓVEN.

Es un medallon de oro
Y tiene un cerco de perlas.

EL CURA.

¿Cuánto quiere?

LA JÓVEN.

Me hace falta...
Media onza.

EL CURA.

¡Qué demencia!
¿Ocho duros..?—Veinte reales
Daré á V.

LA JÓVEN (*Llorando.*)

Señor... ¡ah! tenga
Compasion! Nada en el mundo
Ya, por desdicha, nos resta
Mas que este dulce recuerdo
De una madre noble y tierna
Que desde el cielo me mira,
Que venir aquí me ordena.
Tengo á mi padre cesante
Y enfermo; de la vivienda
Que ocupamos, nos arroja
Sin caridad ni conciencia
Un casero depravado
Que ha pretendido le venda
Mi corazon...!

EL CURA.

¿Y á qué viene
A mí con la historia esa?

LA JÓVEN (*Vacilando.*)

Porque... perdone, si acaso
Soy demasiado indiscreta.
Corre, señor, por el barrio
De boca en boca, una nueva
Que me infunde algun aliento
Al confesarle mis penas.
Dícese que usted...

EL CURA,

Acaba
De una vez, y no me tengas
Impaciente.

LA JÓVEN.

Se asegura
Que usted, señor, aunque presta
Sobre alhajas...

EL CURA.

Un oficio
Es como otro cualquiera.

LA JÓVEN.

Pero es mas grande y sublime,
Mas bendita, mas perfecta,
La mision del sacerdote
Que V., señor, desempeña.

(*Movimiento del cura.*)

LA JÓVEN. (*Continúa con exaltacion.*)

Tenga piedad de nosotros;
Esa suma tan modesta
Servirá para librarme
Del dolor y la vergüenza.
Poco las mujeres ganan
En sus humildes tareas.
Tan poco, que el mas asiduo
Trabajo, consigue apenas
Sacarnos de los horrores
De una espantosa miseria.
Mas por salvar á mi padre
Pasaré la noche en vela,
Y ¿quién sabe? acaso el cielo
De mi afan se compadezca.

EL CURA.

¡Está bien... toma! (*Dándole dinero.*)

LA JÓVEN.

El retrato...
(*Ofreciéndoselo.*)

EL CURA.

No, llévalo; si es la prenda
De tu madre... (*Con aspereza.*) ¡Basta... vete...!
(*Con abatimiento.*) ¡Madre..!

(*Cae abismado y sollozando sobre una silla mientras la jóven llena de júbilo le besa una mano y dice al retirarse*):

LA JÓVEN.

¡Que los cielos paguen
Todo el bien que me dispensa!
Bendito mil y mil veces
Quien á la virtud alienta!

ESCENA IV.

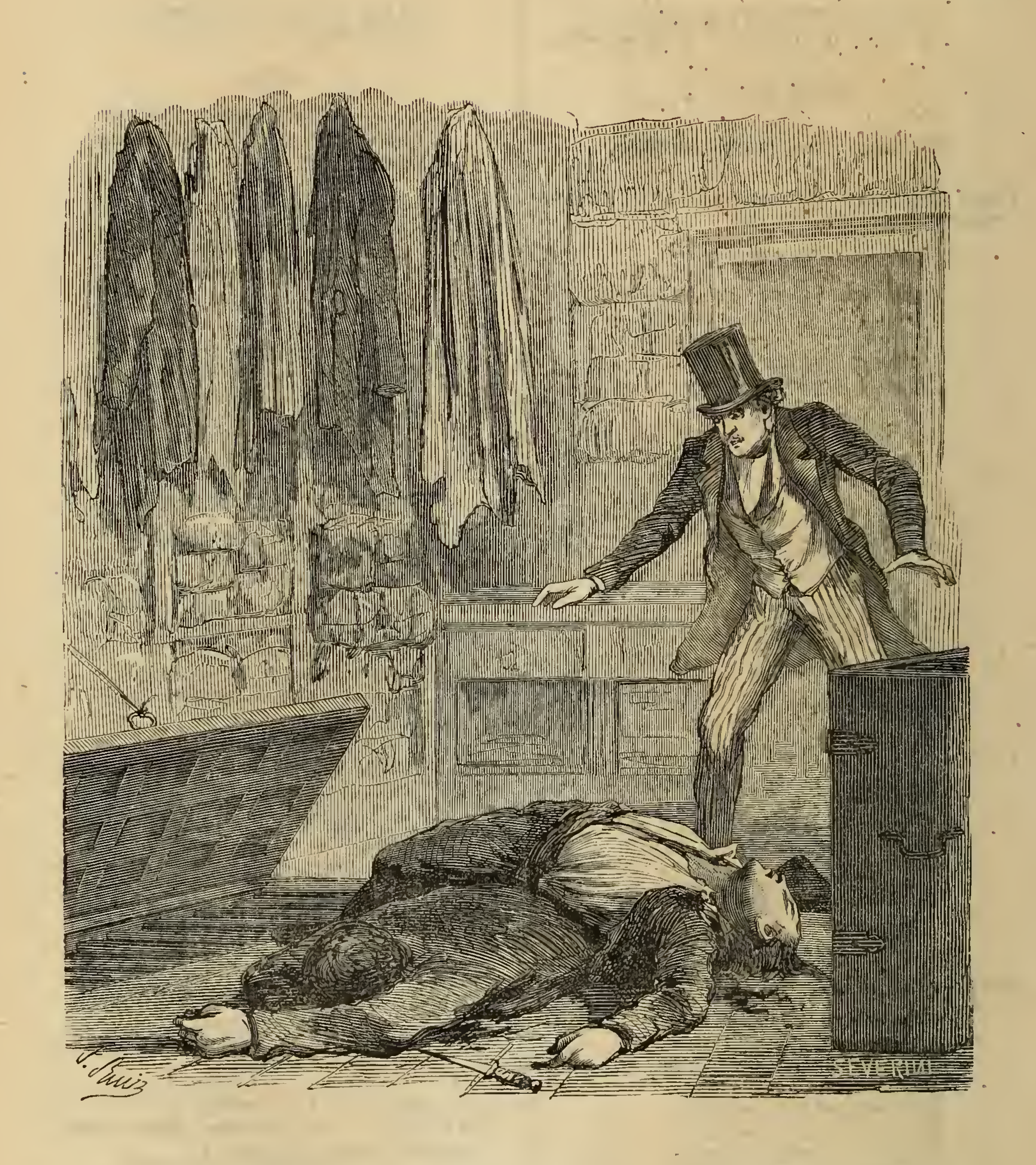
EL CURA.

¡Desdichado! nunca diste
Oidos á tu conciencia,
Y hoy un mundo se desploma
Sobre tu infame cabeza.
La voz de esa pobre jóven
Me conmovió; con tal pena
Pronunció el nombre de madre,
Que, acaso por vez primera,
El de la mia, mis labios
Balbucieron. ¡Qué vergüenza!

(*Se oye ruido y fuertes golpes debajo de la trampa.*)

Concluyamos; ya Matías
Parece que se impacienta.

(*El cura levanta la trampa. Matías sube despavorido con un puñal en la mano.*)



ESCENA V.

El cura.—Matías.

EL CURA.

¿Qué es eso?

MATÍAS.

(*Echando la llave de la reja.*)
Que ese maldito
Rompió la primera puerta
Del sótano; que he luchado
Con él, y que herido queda
Ó muerto; no sé...

EL CURA.

¡Otro crímen!
Ya voy perdiendo la cuenta.
Escucha.

MATÍAS.

Escucho.

EL CURA.

La noche
Vino ya con sus tinieblas.
Vé á decir á nuestra gente
Que cumpla al pie de la letra
Mis instrucciones; tú, en tanto...
Ya sabes, á la condesa
Conducirás en un coche
Al sitio donde se encuentra
El estranjero; Salada
Vendrá de grado ó por fuerza
Con Úrsula; dado el doble
Golpe, vuelve aquí; que sea
Nuestra fuga, si es posible,
Antes de que el alba venga.
Quiero dejar esta casa
Pronto, y á Madrid con ella.

MATÍAS.

¿Enciendo luz?

EL CURA.

Sí. (*Matías lo hace.*)

MATÍAS.

Hasta luego.
Dios nos la depare buena. (*Váse.*)

ESCENA VI.

EL CURA.

¡Estoy solo! ¡enteramente
Solo...! ¡Miento! Abajo queda
Un infeliz, cuya triste
Familia ha quedado huérfana.
¡Cuánto baldon! ¡cuánta infamia!
Aunque en el mar me metiera
No tiene el mar suficiente
Agua que lave mi afrenta.
¡Oh! la soledad me abruma.
Ni una voz!—En torno reina
El silencio de la muerte. —(*Sentándose.*)
La muerte...! Nunca su fiera
Imágen temí; tan solo
Ahora se me presenta
Sañuda, implacable, horrible
Queriendo en mí hacer su presa.
¡Oh! tengo frio y me ahogo
A la vez! Los muebles ruedan
En redor; ignoto vértigo
De mi mente se apodera.
¡Basta! ¡dejadme! alejaos
Tristes visiones quiméricas
(*Se levanta y dice como fuera de sí*):
¡Tengo oro! ¡mucho oro!
El libertino, el tronera,
El sacerdote menguado
A quien arroja la Iglesia
De su seno, tiene oro!
¿No lo veis? ¡Ah! me deleita
Contemplarlo! Dos millones
De reales! ¡Cuánta riqueza!
No en vano me dí á la usura;
No en vano en aquella cueva
Donde Alarcon sepultado
Está, de falsa moneda
Puse un taller; tengo oro
Que es lo que priva en la tierra.
Ja! ja! (*Se interrumpe asustado.*)
Pareció que el eco
Con estúpida insolencia
La risa me devolvia.
Ja! ja! ja! No, no resuena
El eco, fueron pueriles
Temores... La casa esta,
Se halla sola, abandonada...
No hay nadie aquí que me vea.
(*Se acerca de nuevo al arca.*)
Voy á contar mi dinero;
A repasar mis monedas,
Mis papeles; es tan grata
Tan curiosa la tarea!
(*Abre el arca con mucha precaucion.*)
Dos millones...! ¡oh! bien caros
Los dos millones me cuestan:
Los he reunido vendiendo
El honor y la conciencia.
Pero con ellos se puede
Huir á lejanas tierras;
Robar á Salada y luego...
Tal ventura me enajena.
Es tan linda, tan graciosa,
Tan lúbrica y tan resuelta
Que solo al pensarlo gozo:
Ja! ja! (*Se interrumpe mas asustado.*)
O el eco resuena
En la sala, ó yo lo tengo
Hoy metido en la cabeza.—
Tengamos calma; cerremos
El arca.
(*Lo hace y se dirige luego hácia la entrada del sótano.*)

ESCENA VII.

El cura y Pupas.

PUPAS *entra de puntillas, se acerca al cura, dá un salto y le asesta una puñalada diciendo*:

PUPAS.

¡Toma!

EL CURA.

Socorro! Dios mio!
¡Ah! me has muerto! confesion!
(*Cae.*)

PUPAS.

Te he dado á satisfaccion.
Ahora tu tesoro es mio.
(*Corre hácia el arca que procura abrir.*)

EL CURA.

Detente...! tu muerte labras.
Ven... ampárame...!

PUPAS.

Soy diestro.
Doy lecciones al maestro.
Ya ves.

EL CURA. (*Incorporándose.*)

No abras... no abras!
Desdichado...! Mi dolor

Contempla y mi desventura;
Restaña mi sangre; cura
Esta herida...

PUPAS.

Al fin...

(*Al levantar la tapa de hierro del arca se oyen tres detonaciones simultáneas. Pupas cae muerto instantáneamente.*).

EL CURA.

Qué horror!
Solo otra vez...! Moribundo
Sin que nadie me socorra...!
(*Cae de rodillas.*)
Señor...! mis delitos borra
Hoy que me apartas del mundo.
Perdon...! mil veces perdon...!
(*Con voz desfallecida.*)
Socorro...! si alguien me oyera...!
¡Oh! qué idea...! Si aun viviera
Ese infeliz...

(*Se arrastra trabajosamente hácia la entrada del sótano y grita haciendo un poderoso esfuerzo*):

Alarcon!
Alarcon...!

VOZ DENTRO.

Quién me llama?
¿Quién es?

EL CURA.

(*Con alegría.*) Vive! Aun existe!
Espera! (*Pugnando por abrir la reja*).
No puedo... ay triste!
Una tumba me reclama.
Piedad...! socorro...! (*Cae desmayado.*)

ESCENA VIII.

Dichos.—Adam y luego D. Juan de Alarcon.

ADAM.

Qué miro?
Llego tarde! Desgraciados!
Solos y desamparados
Dieron el postrer suspiro.
(*Acercándose.*)
Muertos...! de horrible furor
Les llenó su vil codicia,
Y ambos se han hecho justicia
Con despiadado rigor.
Mudos, rígidos y yertos,
Su encono fatal no ocultan;
Oh! parece que se insultan
Los dos, hallándose muertos.
Huyamos ya...

(*Se oyen golpes y algunos ahogados gritos que parten del sótano.*)

¿Qué escuché?

EL CURA.

¡Adam!
(*Con voz desfallecida.*)

ADAM.

No es ilusion;
Ese acento... (*Al cura que se incorpora.*)

EL CURA.

(*Señalando al sótano.*) Es de... Alarcon.

ADAM.

(*Corriendo al encuentro de D. Juan y abriendo la reja.*)

¡Gracias! al fin le encontré!

ALARCON.

¡Adam!

(*Reconociéndole y arrojándose en sus brazos.*)

ADAM.

Tu familia espera.
¡Cuánto tu esposa ha sufrido!
¿Mas qué es esto? ¿estás herido?

ALARCON.

Es una herida ligera.
¡Oh! ¿qué veo?

(*Fijándose en el cura y en el cadáver de Pupas.*)

EL CURA.

No os vayais;
Tened compasion de mí...!
Poco vais á estar aquí,
Por mucho que estar querais.
Lleno de congoja y duelo
Siento que el alma se ausenta...
¡Piedad! ¡perdon...! me amedrenta
La luz que baja del cielo.

(*Fijándose en un rayo de luna que ilumina las paredes del patio.*)

¿No la veis? triste y dudosa
Un último adios me dá;
Mañana reflejará
De mi sepulcro en la losa.
En ella estará grabado
Con negras letras un nombre:
Es el mio...! es el de un hombre
Sacrílego y desalmado.
¡Oh! perdon...! perdon! en pos
De mi vá el remordimiento;
Siento morir porque siento
Verme en presencia de Dios.
Tengo un alma y... yo no sé
Lo que me digo, ¡ay de mí!
Solo sé en mi frenesí
Que acabo como empecé.
¿Ois?

(*Se oyen á lo lejos campanadas que anuncian un incendio.—El cura hace un esfuerzo último queriendo continuar*):

ALARCON.

Apenas respira...

EL CURA.

¡Perdon! perdon... yo os lo ruego;
Corre... Adam... salva del fuego
A la... condesa... de Al...cira.

(*Cae muerto. Adam vá á salir, Alarcon fija sus ojos en el oro que hay en el arca, vacila un instante pensando en sus hijos, y luego como avergonzado cierra el arca con brusco movimiento. Ambos salen precipitadamente.*)

CANTO V.

Julia, entretanto, en su mansion reposa.
Vedla: enferma de amor, tras largos dias
De insomnio y de dolor, tal vez, gozosa,
Forja en sueños un mundo de alegrías.
Dormida está; su alma presurosa
Vaga en celestes, anchurosas vías,
Do vá á buscar, sin que su vuelo atajen,
Del bien querido la perfecta imágen.

Como en país del Norte, en apacible
Calma, se vé do quiera reluciendo
La blanca nieve, sábana inmovible,
Suavemente la tierra comprimiendo,
Y en las álas del céfiro invisible,
Los genios de la noche van corriendo,
A la pálida luz del frío astro,
Montes de plata, en campos de alabastro,

Así sobre su seno adormecido,
Cual de apretada nieve trasparente,
Donde el Amor, de amor enardecido,
Inclina osado su abrasada frente,
Un tesoro riquísimo escondido
Hay en dos globos de cristal luciente,
Velados por finísima batista
Que casi logra traspasar la vista.

Y en su blanda postura incitadora,
Sobre negros magníficos cabellos,
Descansan su garganta seductora,
Sus hombros de marfil, sus brazos bellos.
Y en su faz hechicera, que colora
Sonrosado arrebol, á los destellos
De la pálida luna que la alumbra
Un mundo de hermosura se vislumbra.

(Destellos dije, y en verdad que en esto
El fiero consonante me atropella,
El crítico dirá, torciendo el gesto,
Que la luna refleja y no destella.
Dice el crítico bien y está muy puesto
En razon; mas respondo á su querella
Que estoy hablando en verso, y que esta es cosa
Un poco mas difícil que la prosa.)

Digo, pues, que dormida la de Alcira
Soñando está en el bien de sus amores;
Que la imágen de Adam, por quien delira,
Vé entre nubes de mágicos colores.
Mas ¡ah! que al cabo con horror le mira
Moribundo en un lecho de dolores,
Y trocado el placer en sufrimiento,
Despierta, y dice con turbado acento:

—«¡Pobre de mí! soñaba; todo ha sido
Efecto de una loca pesadilla.
Adam vive, no hay duda; no está herido;
Joya es de la córte de Castilla.
Yo en tanto, aquí su providencia he sido;
Por fin mi oro entre sus manos brilla,
Y él no lo sabe, y él tambien ignora
Que el alma ardiente con afan le adora.»

«No sabe que aunque huyo su presencia,
Su rostro impreso en mi memoria guardo;
Que si pienso apelar á eterna ausencia
Voy á morir al arrancarme el dardo
Que hundí en mi corazon; fatal sentencia
Me impuse por mi mal; cuanto mas tardo
En cumplirla, mas grande es mi tormento;
Mas terrible este mal que esperimento.»

Dijo y calló; despues en su memoria
Fué evocando recuerdos del pasado;
Pensó en su rara y peregrina historia;
Pensó en su viejo esposo asesinado.
Vió su cuna cercada de ilusoria
Dicha, pues nunca con la dicha ha dado;
Pensó en su madre, sin saber quién era
Esa madre infeliz que Dios le diera.

Y otra vez fatigada, dolorida,
Volvió á entornar sus párpados la hermosa;
Y poco á poco se quedó dormida
En su desierta estancia silenciosa.
Bañan su seno, dó el amor anida,
Los rayos de la luna misteriosa;
Augusta y triste soledad la envuelve
Y de este modo á sus delirios vuelve.

∴

Por unas verdes praderas
Lleva su caudal de plata
Un rio que se dilata
Entre frondosas riberas.
Pintadas aves parleras
Sus trinos al aire dan;
Olorosas flores van
Ya sus corolas plegando,
Mientras que Julia buscando
Está las huellas de Adam.

Muestra el sol en lontananza
Sus moribundos reflejos,
Y el crepúsculo á lo lejos
Se estiende, se acerca, avanza.

Y Julia á entrever alcanza,
Llena de amoroso afan,
Sobre fogoso alazan
Que entre la selva se mete
Un elegante ginete...
Y ese ginete es su Adam.

Con cuánto placer le espera!
Con cuánta dicha le vé,
Luego echar á tierra el pié
Al llegar á la pradera!
Con su sonrisa hechicera
Sus labios premio darán
Al impaciente galan;
Mas él anhela otros lazos
Y es recibida en los brazos
De su enamorado Adam.

—«Huyamos, la dice al fin,
Huyamos de aquí, bien mio;
Quiero llevarte, lo ansio;
De un confin á otro confin.
Deja ese mundo ruin
En que tus penas están;
Ellas al fin cesarán,
Con el mal que te preocupa,
Si Adam te lleva á la grupa.
De su soberbio alazan.»

Y al cabo de un breve instante
Vuela el caballo ligero
Con la dama y caballero,
Ella detrás y él delante.
Y corre, y corre incesante
El caballo; y así van
Con vertiginoso afan,
Abrazados, confundidos,
Por mundos desconocidos,
Errantes Julia y Adam.

*
* *

Y la noche vá cerrando;
Y entre la sombra se anegan
Los dos en su amor pensando;
Y van los campos cruzando
Y nunca al término llegan.

No hay una luz en el cielo
Que cubre cárdeno velo;
Los vientos luchan, porfian,
Y poco á poco varían
Los accidentes del suelo.

Por entre espesos jarales
Vuela el corcel mas y mas;
Zanjas, hoyos, peñascales,
Agrias cuestas y arenales
Van siempre dejando atrás.

Y ante su vista se ofrece
Un mar inmenso que crece
Con ímpetu asolador;
Y á un lado un bosque aparece
Que infunde al alma pavor.

Ellos van al bosque huyendo
Las iras del mar temiendo;
Mas las olas van llegando
Siempre bramando, bramando
Con aterrador estruendo.

Y el caballo al fin suspende,
Rendido, el paso violento;
Y un rayo veloz desciende
Desde el alto firmamento
Que fuego en el monte prende.

Y se oyen voces, gemidos;
Campanas que clamorean,
Sordos ecos y estampidos;
Y los troncos encendidos
Saltan y chisporrotean.

Y al son del mar que se agita,
Al compás del rudo viento,
Oye una voz que le grita:
«Tú has violado un juramento;
Tu pasion será maldita.»

Luego el trueno retumbó;
Julia cayendo de hinojos
Azorada despertó...
Y al abrir sus tristes ojos
Muda de espanto quedó.

Pues pidiendo á Dios piedad,
En su amarga soledad,
Vé con indecible pena
Que su sueño se encadena
Con la horrible realidad.

*
* *

Ni mares mugidores, ni vientos desatados
Ni bosques incendiados, contempla en su dolor;
Y sin embargo, es cierta la horrible pesadilla:
Un mar de fuego brilla siniestro en derredor.

Los muebles ostentosos, las bellas colgaduras;
Los techos, las molduras, el lecho ardiendo están;
Parece que se escapan del rico pavimento
Con ímpetu violento las llamas de un volcan.

En las lejanas torres á fuego están tocando;
Y ¡fuego! van gritando las gentes por do quier;
Ya el garfio de una escala á un muro se sujeta,
Ya se oye la piqueta que empieza á demoler.

De la aspirante bomba se escucha el movimiento;
El hórrido elemento su furia vá á calmar;
Mas luego, hallando al paso un nuevo combustible,
Mas fiero, mas terrible, se vuelve á levantar.

*
* *

Adios dichas, esperanzas!
Adios, juventud florida!
Nadie á salvarla se acerca
De tan inmensa desdicha.

El suntuoso palacio
Lleno está de compasivas
Almas, que al fuego combaten
Y el peligro desafian.

Todos con ardor trabajan,
Todos afuera se agitan;
Y sin embargo, hasta ella
Nadie, nadie se aproxima.

¡Oh! qué horror! esclama al cabo
Con voz triste y dolorida;
Voy á morir, que los cielos
Me amparen en mi agonía.»

Y uniendo sus manos bellas
Cae al suelo de rodillas
Con el pecho palpitante,
Falta de aliento y de vida.

Y viendo que ya no hay
Salvacion, tiembla, vacila,
Y el nombre de Adam pronuncia,
Porque el alma se lo dicta.

El fuego envolverla quiere;
La muerte pide una víctima...
¡Piedad! ¡socorro! ¡socorro!
Al fin con espanto grita.

Y al mismo tiempo en su cámara,
Entre las llamas rojizas
Un arrogante mancebo
Con ardor se precipita.



¡Adam! ¡Adam! ¡Julia! ¡Julia!
Esclaman los dos; inclina
Ella la frente y sus labios
El jóven en ella fija.

Y brioso la levanta,
Y luego tiende la vista
Procurando á todo trance
Encontrar franca salida.

Un instante mas, y el fuego
Los envolverá en cenizas.
Por aquel lado el palacio
Convertido está en ruinas.

Adam arranca del lecho
La colgadura magnífica
Y envuelve á la dulce prenda
Que entre sus brazos palpita.

—No temas, mi bien, no temas,
Ten valor; tú eres mi vida;—
Le dice; para salvarte
Los cielos aquí me envian.»

Y rápido como el viento
Que arrastra ligera arista,
Con la condesa en los brazos
Que no siente ni respira,

Osado, audaz, imponente
Deja la estancia riquísima
Que mas tarde se desploma
Cayendo sobre sí misma.

Y la inmensa hoguera salva
Como sombra fugitiva
Que entre nocturnas tinieblas
Se vá perdiendo de vista.

CANTO VI.

Nunca tanto como ahora,
Conocí, lector del alma,
La pobreza de mi estilo;
Lo rudo de mis palabras.

Nunca, como ahora, nunca
Lamenté, con pena tanta,
El no beber con provecho
En las fuentes de Castalia.

Tuviera un laud de oro
Que del Pindo me enviaran,
Para que oyérais con gusto
Dulces rimas castellanas.

Tuviera, cual otros vates,
Que honra dieron á mi pátria,
Pensamientos atrevidos
Y espresiones que arrebatan.

Raudales de esa poesía
Que seduce y embriaga
Y que se espresa en canciones
Que en la memoria se graban.

Mas ya que me falta ingenio,
Aunque asunto no me falta,
Suplid vosotros, amantes,
Lo que mi númen no alcanza.

Venturas hay que sentidas
Son mayores que esplicadas,
Y es el lenguaje impotente
Cuando el espíritu habla.

Solo aquel que un imposible
Amó, y halló la esperanza;
Una esperanza divina
Que apenas imaginára,

Puede comprender ahora
Lo que Adam siente en su alma
Al ver que se encuentra solo
Con su Julia idolatrada.

.·.

No hay nadie que los separe,
Nadie que á estorbarles vaya;
Y sin embargo, el mancebo
Mas tarde suspira y calla.

De su pecho los latidos
Modera; su frente baja,
Y de sus ojos acaso
Brota despues una lágrima.

Que la condesa está enferma
Y en sus delirios le llama,
O dando muestras de enojo,
De su lado le rechaza.

Y él tiembla porque ella sufre;
Goza solo con mirarla
Y anhela llegue la hora,
Del bien supremo que aguarda.

.·.

Todo al cabo en el mundo
Dicen que pasa;
Y al fin convaleciente
Julia se halla.
Y él que la mira
En salvo, de este modo
Su amor la esplica:

—«Condesa, yo te adoro
Como al rocío
Las flores; como al campo
Los pajarillos.
Tú eres mi cielo;
El sol de mi esperanza;
Mi amor primero.»—

Cruzó por la memoria
De la de Alcira,
Un recuerdo que acaso
La mortifica.
Pero su amante
De este modo prosigue
Con voz mas grave:

—Si piensas que te adula
Torpe mi labio,
Yo te juro, condesa,
Que no te engaño.
Oye mi acento
Y verás cómo fuiste
Mi amor primero.

Ese amor en mi alma
Brotó al instante
Que tuve la fortuna
De contemplarte.
Perdona al loco
Criminal, que en tu cielo
Puso los ojos.

Desde entonces con ánsia
Busqué la senda
Que á los fines mas nobles
Me condujera.
Y es, vida mia,
Que el amor que te tengo
Me redimía.

Al ver que te amagaban
Fieros peligros,
Pensando en tí, en mi cuarto
Viví cautivo.
Y era dichoso
Bendiciendo tu nombre,
Tu nombre hermoso.

Por tí, al hendir mi pecho
Puñal aleve,
Me pareció que era
Grata la muerte.
Por tí mi herida
Se cerró, y parecióme
Grata la vida.

Es mi amor tan inmenso,
Que en todas partes,
Aunque cierre mis ojos,
Miro tu imágen.
Tu imágen bella
Mas hermosa que el cielo
Lleno de estrellas.

Condesa, yo te adoro,
Yo te idolatro;
Ante tí se presenta
Tímido esclavo.
No me rechaces,
Y el amor que te pido
Propicia dame.

Si carezco de honores
Y de riquezas,
Y de timbres y títulos
Que me enaltezcan,
En cambio pongo
A tus pies, de ternura
Ricos tesoros.

Si tu amor no me niegas,
Tal vez un dia
Porvenir venturoso
Tu Adam consiga.
Nunca me olvides,
Y verás como venzo
Los imposibles.

.˙.

Calló el jóven; la condesa
Una mano le tendió
Y él, impaciente, anhelante,
Lleno de creciente ardor,
Diz que un ósculo de fuego
Sobre esa mano estampó,
Mientras que la dama, tímida,
Sofoca del corazon
Los presurosos latidos
Pregoneros de su amor.

¡Pobre condesa! tres veces
De la muerte la salvó
El hombre que allí á sus plantas
Le muestra tanta pasion.
El la adora, ella le ama
Como nunca á nadie amó;
Ambos son jóvenes, bellos;
Ambos desgraciados son,
Pues de miserables cunas
Tal vez proceden los dos.
De la sociedad los lazos
Ella impaciente rompió
Porque no miren su frente
Llena de angustia y rubor
Cuando sepan que su nombre
A otros perteneció.

Este cúmulo de ideas
Pasa en confuso turbion
Por su mente al propio tiempo
Que Adam su mano besó.
Luego, cerrando sus ojos,
Y temblando de emocion,
En los brazos del mancebo
Aprisionada se vió;
Mas despues arroja un grito
Que revela su afliccion;
Cruza doliente sus manos,
Y con desmayada voz
Al idolatrado dueño
Le demanda compasion.

—¡Oh! si me amas, le dice,
No me llenes de dolor.
Yo te quiero, te idolatro;
Pero mi labio juró
No ser tuya ni de nadie,
Pues voy á serlo de Dios.

Mas tarde, Adam de los labios
De la condesa escuchó

Una larga y peregrina
Y curiosa relacion.
Contóle llena de duelo
Lo que en su niñez pasó;
Su casamiento, sus penas,
Su viudez, la vil traicion
De que su esposo fué víctima,
De que Lucas la salvó
Tambien á ella; la historia
Que Don Genaro al baron
De la Estrella, cierta noche
En el jardin refirió.
La lucha que ella sostuvo
Consigo misma; su amor;
Lo que al verle moribundo
Durante un mes padeció,
Y el juramento que hizo
Por lograr su salvacion.

—¿Y eso es todo? dijo Adam;
¡Oh! ¡Julia! no sigas, no;
Ese juramento impío
No pudo aceptarlo Dios.
Llevar así á los altares
Nuestra desesperacion;
Ir á buscar en el claustro
Un abismo de dolor
Eterno, mudo y sombrío,
Es un insulto feroz
Que el hombre, invocando al cielo,
Nécio á los cielos lanzó.
No, Julia, bien de mi vida;
No sigas en ese error;
Ten piedad de mí, que busco
En tu amor mi salvacion.

Un instante de silencio
Nuestro mancebo guardó;
Mas viendo que Julia sigue
Sumergida en su dolor
Haciendo un penoso esfuerzo
De este modo continuó:

—Soy pobre, Julia, soy pobre;
Al oir tu narracion.
Comprendo que á tí he debido
Todo cuanto tengo hoy.
No hace mucho que un anciano
Desconocido, llegó
Hasta mí; mostróme afecto;
Quiso ser mi protector
Y luego con mano pródiga,
Mucho oro me entregó.
¿Con qué objeto? tú querias
Al darme tu proteccion,
Permaneciendo invisible
Del hombre que te adoró,
Pagarme...—No, nunca! nunca!
¿Quién paga tanto favor?
Por mí la vida espusiste,
Y herido fuiste á traicion.
Es cierto, Adam, que he querido
Hacerte feliz...—Y hoy...
Hoy, Julia, tengo vergüenza
De mi mísera abyeccion.
Hoy el parásito siente
Ante su dama rubor.
—Basta, Adam!—Y sin embargo,
Nunca en mi imaginacion
Cupo el infame egoismo
De encumbrarme con tu amor.
Es cierto que el lujo y pompa
En que te ví, deslumbró
Mis ojos, la vez primera
Que penetré en tu mansion.
Mas luego que fuí avanzando
Por la senda del honor,
Al ver que tu imágen bella
Reinaba en mi corazon,
Mil veces, lleno de pena,
Esclamaba en mi dolor:
¡Naciera mas pobre Julia,
Naciera mas rico yo,
Y entonces tal vez la dicha
Consiguiéramos los dos!»
—Gracias, Adam...—Y por eso
Cuando Lúcas me contó.....
—Lúcas ¡Oh! ¿por qué ese nombre
Resuena en mi corazon?
Tú le conoces, no hay duda;
De su carta portador
Fuiste aquella noche... Díme,
Díme, sin vacilacion
Quién es Lúcas, por qué oculto
Por mi existencia veló
Tantas veces...—Porque era
Aquel hombre sabedor
De tu historia; y al contármela
Mi corazon se ensanchó...
—Habla, dí.—Lucas...—No temas
Que se aumente mi afliccion.
Yo sospecho que ese Lucas
Es mi padre. ¿Callas...? ¡oh!
¡Adam..! ¡Adam..! tu silencio
Me revela lo que soy.
Cuando ese padre no quiso
Mostrarme su condicion,
Algo habrá en ella que sea
De su pecho el torcedor.
¡Oh! dime, dime si vive;
Dímelo por compasion.

.·.

—Lúcas para el mundo ¡ha muerto!
Dijo con solemne voz
Don Genaro, que en la estancia
De súbito penetró.
Y viendo á Adam que pintado
Tiene en su rostro el terror;
Y viendo á Julia, que cae
De hinojos, orando á Dios
Por aquel desventurado
A quien nunca conoció:
—Llorad, llorad, pobres jóvenes,
(Dice con grande emocion),
Llorad, que siempre las lágrimas
Mitigan nuestro dolor.
Yo tambien lágrimas vierto
Porque desgraciado soy.
Demos al alma un respiro
En la solemne ocasion
En que todos tres tenemos
Necesidad de valor,
De prudencia, de cristiana
Y santa resignacion.
Luego, cuando hayais vertido
Vuestro llanto bienhechor,
Oid, oid de mis lábios
Una exacta relacion
De diferentes sucesos
Todos de negro color
Que completan una historia
Escrita en mi corazon.

Calló el viejo Don Genaro;
Y aquí, descansando yo,
Remito al canto siguiente
A mi piadoso lector.

CANTO VII.

—¡Lúcas para el mundo ha muerto!
(Volvió á decir D. Genaro.)
No preguntéis de qué modo
Ni inquirais dónde ni cuándo.
Llorad y pedid al cielo
Que le dé eterno descanso.
Si cometió muchas faltas,
Tambien fué muy desgraciado.
Ahora pensad en vosotros;
La tempestad no ha cesado;
Aun amaga vuestras frentes
Oculto en la nube el rayo.
Julia... hija mia... (permite
Tanta franqueza, á un anciano
Que hoy siente con toda el alma
La tuya haber destrozado.)
¡Julia! ¡condesa de Alcira!
No bajes tus ojos, álzalos.
El que es bueno nunca debe
Purgar delitos estraños.»

«Tú eres buena: de virtudes
Fuiste modelo y dechado;
Y no obstante, muchas veces
Tu noble vida amagaron.
¿Quién es el fiero enemigo
Que esterminarte ha jurado?
Yo vigilé y aun no pude
Sondear misterio tanto.
Mas es tan grande mi empeño
Como grande ha sido el daño
Que en tí causé; y por mi vida
Que voy descubriendo algo.»
«Tu marido era estranjero...
Tu marido era italiano...
Era rico, y de su pátria
A España vino emigrado...
Espérate; me parece
Que vamos atando cabos:
La madeja está enredada...
Yo la iré desenredando.»

«Ese baron de la Estrella,
A quien tú de padre has dado
El nombre, cual yo de amigo
Se lo dí en mis tiernos años,
Abandonando á su esposa,
Y á su hija abandonando,
En Italia estuvo, en Nápoles...
Sí, en Nápoles, no me engaño.
Allí conoció á tu esposo
Que á España vino escapado...
Julia, será una locura;
Mas de esta historia me espanto.»

«Escucha: si bien retengo
Todo cuanto me has contado,
Poco antes de casarte
A tu novio titularon.
Al estranjero le dieron
En nuestra pátria un condado;
El oro sin duda anduvo
Abundante; esto no es raro.
Mas es raro, por mi vida,
Que al mes de darte su mano,
Por unos compatriotas
Suyos, fuese envenenado.
El baron á ese convite,
Asistió; por un milagro
Se salvó; tambien tú eras,
Julia, de los convidados.
Pero una carta de Lúcas...
(Preciso me fué nombrarlo),
Te salvó de aquel peligro,
Al quedarte en tu palacio.

JULIA.

Es cierto; y al otro dia ..

DON GENARO.

El conde murió en tus brazos.—
El baron tambien estuvo
A la muerte; se escaparon
Los estranjeros, y nadie
De ellos pudo hallar el rastro.

JULIA.

Así sucedió.

DON GENARO.

Tenemos
Un crímen premeditado
De que el conde fué la víctima;
Pero al levantarse el brazo
Asesino, al prepararse
El tósigo, se buscaron
Tres víctimas; no mediaba
El robo; no hubo atentado
Contra los bienes de nadie;

Se intentó el asesinato
De una familia; esto arguye
Un ódio reconcentrado
Y sin límites; arguye
Venganzas, si no me engaño.

ADAM.

¡Oh! me interesa esa historia
Lúgubre; ¿quién el malvado
Fué, que así en un ángel puro
Quiso descargar su mano
Infame?

DON GENARO.

Esperad; el hilo
De los sucesos sigamos.—
Mas tarde, segun me tiene
La condesa relatado,
Otro aviso misterioso
Logró llegar á sus manos.
Eran la letra y la firma
De antes; Lúcas, velando
Por Julia, la daba el grito
De alerta.—«Tenga cuidado
V. E., porque se trata
De saquear su palacio.»
¿No estaba el segundo aviso
De ese modo redactado?

JULIA.

Sí.

DON GENARO.

¿Y qué hiciste?

JULIA.

Por el pronto
Temblé; luego, confiando
En mi servidumbre, puse
Mi salvacion en sus manos.

DON GENARO.

Y sin embargo, vendida
Fuiste por un vil criado.
Tu casa se vió asaltada,
Y tu pecho amenazando
Los bandidos...

JULIA.

Pero entonces
Los cielos me depararon
A Adam, que supo salvarme...
La paz al alma robando.

ADAM.

¡Julia! ¿Lloras? ¡Ah! me matas
Con tus lágrimas.

DON GENARO.

Calmaos
Y escuchad.

JULIA.

Sí, sí...

DON GENARO.

Mas tarde,
Obedeciendo al mandato
Del baron, Julia á su primo
Trató de darle su mano;
Pero el conde de la Banda
Y Julia, nunca se amaron.
¿No es cierto?

ADAM.

Yo tuve celos
Del conde, y esterminarlo
Juré.

DON GENARO.

Cuando las pasiones
Dictan votos temerarios
Y juramentos inícuos,
Lo mejor es olvidarlos.

ADAM.

¿Oyes, Julia? Esas palabras
Hoy tu voto condenaron.
¿No me respondes?

DON GENARO.

El tiempo
Vuela; seguidme prestando
Grande atencion, hijos mios.
De esta atencion pende acaso
Todo el porvenir. Por eso
Vuestro silencio reclamo.—
Decia que haciendo Julia
Un esfuerzo sobrehumano,
De sus salones las puertas
Abrió al fin; rico sarao
Congregó á las eminencias
De ese mundo cortesano
Tan alegre y bullicioso
Como seductor y vário.
Todos allí ponderaban
De Julia el gusto y el fausto.
Yo tambien, os lo confieso:
Por el pronto quedé estático
Al penetrar por las puertas
Del bellísimo palacio
Donde en dia se trocaba
La noche.

ADAM.

Tambien turbado
Me sentí, tanta grandeza
Por primera vez mirando.

DON GENARO.

Siento renovar la herida
Que en el pecho delicado
De Julia, sin saber cómo,
Abrí entonces. Una mano
Misteriosa, los sucesos
Complicaba, y nuestros pasos
Dirigia.—Yo, tranquilo
En mi albergue, rodeado
De mis hijos y los hijos
De estos, los últimos años
De mi existencia veia
Deslizarse en curso rápido
Como el rio que se encuentra
Cerca ya del Océano.—
Era una noche: mis hijos
Me rodeaban: mi ánimo
Se hallaba un poco impaciente,
Cuando, leyendo un diario,
Supimos que Julia daba
Un gran baile; no era estraño
El suceso; pero el nombre
De Julia, sin que evitarlo
Pudiera, trajo á mi mente
La historia de lo pasado.
Pensé en el baron y luego...
Aun recuerdo con amargo
Dolor, el terrible instante
En que mis hijos, llorando,
Leyeron la carta, escrita
Por Alarcon, que Adam trajo.
Salvar, pues, era preciso
A D. Juan, y sin embargo,
¡Cuánto he sufrido sabiendo
Que hice á Julia tanto daño!

ADAM.

Prosiga V.—Tengo el alma
Suspendida de sus labios.

DON GENARO.

Si os hablo de aquel suceso
Por vosotros no ignorado,
Es porque con él se hallan
Otros cien eslabonados.
Oid: cuando Julia un grito
De asombro y de pena dando,
Cayó desmayada; uno
De los muchos convidados
Que á la sazon á aquel sitio
Cuidadosos se acercaron,
Con varonil entereza
Y ligero como el rayo,
Se precipitó en su busca;
La levantó entre sus brazos
Y vino á depositarla
En uno de aquellos bancos,
Diciendo: ¡vive! ¡respira!
¡Miradla!»—Que en tales casos
Un cumplido caballero
Obre así, yo no lo estraño.
Mas ¿por qué, por qué, no obstante,
Quedó su acento grabado
De tal modo en mi memoria
Que nunca pude borrarlo?

JULIA.

¡Oh! prosiga V.

DON GENARO.

Mas tarde,
Cuando salí del palacio,
Es decir, cuando ya todos
Se alejaban del sarao,
Volví á escuchar ese acento
Y presté atencion.—«Si he dado
Al general, vuestro amigo,
Que presumo que es bizarro,
Algun motivo de queja,
Decidle que no retracto
Mis palabras; que lo dejo
Todo á su eleccion.»—Y dando
Su mano á los que le hablaban,
Añadió en tono mas alto:
—«El conde Jacobo Riestri
Nunca el peligro ha evitado.»

JULIA.

—(Riestri...! ¿por qué ese nombre
Me asusta y conmueve tanto?
¿Por qué en mis oidos suenan
De tal modo?)

DON GENARO.

Resumamos
Nuestra historia: ese Riestri
Es un ser casi fantástico,
Cuya procedencia ignora
Todo el mundo; audaz, osado
Y espléndido como un príncipe,
Fué por el pronto el encanto
De la córte; su figura
Es bella; de sus rasgados
Ojos, brota una mirada
De fuego; dicen que es algo
Taciturno y grave; habla
Poco, y sabe sin embargo
Una porcion de idiomas.
Siguió de Julia los pasos
Mucho tiempo; yo cien veces
Le ví cerca del palacio
Envuelto en su capa; dicen
Que há poco la muerte ha dado
En singular desafío
Al general de que os hablo.
¿Quién es ese misterioso
Estranjero? ¿Es italiano?
Mil veces esa pregunta
Me dirigí y hallé al cabo
La respuesta: el hombre ese
Vuestro esterminio ha jurado.

ADAM.

¿Dónde está? ¿dónde?

DON GENARO.

¿Quién sabe?
Ha huido, se lo ha tragado
El infierno. Está vacío
El rico y soberbio cuarto
Que ocupaba; no parecen
Sus trenes ni sus criados...

JULIA.

Pero... ¡ay de mí! ¿qué le hice
Cuando apenas se fijaron
Mis ojos en él? ¿Qué móvil
Pudo tener...?

ADAM.

Yo no alcanzo...

DON GENARO.

Oid hasta el fin la historia
Si no os cansa mi relato.
Una vez ví al estranjero
Hablar con un malhadado
Sacerdote, que no há mucho
Tuvo un fin siniestro y trágico...

ADAM.

¡Oh! sí... ya voy comprendiendo...

DON GENARO.

Segun Adam me ha contado,
Hace tiempo que fraguaban
El incendio del palacio.

ADAM.

Por eso permanecia
Encerrado yo en mi cuarto
Dispuesto á salvar á Julia
De tan inicuo atentado.

DON GENARO.

Pues bien: esa misma noche
En que el palacio incendiaron,
Un bandido, un tal Matías,
Las señas equivocando,
Creyó que á Julia robaba;
Y entre sus hercúleos brazos
A una mujer, que era víctima
Del mas profundo desmayo,
Sacó á la calle; á su encuentro
Un misterioso embozado
Salió; miró á la cuitada,
Y un fiero grito arrojando:
«No es ella!» esclamó, «no es ella!»
«Miserable! la has trocado
Por otra!» — Y así diciendo
Al centro del océano
De llamas, con fiero arrojo
Se le vió arrojarse impávido.
Sabeis quién era ese hombre?
Era el estranjero osado
Que se perdió en el incendio
Y á quien hoy se busca en vano.

JULIA.

Y aquella mujer...? ¡Dios mio!
Su nombre impaciente aguardo.
¿Quién era?

DON GENARO.

La fiel Dianora
Que ahí fuera está.

JULIA.

Y yo que tanto
Suspiré por encontrarla...!

ADAM.

Yo impaciente la he buscado
Por todo Madrid.

JULIA.

Dejadme
Que al fin la estreche en mis brazos.

DON GENARO.

Espera, Julia, es preciso
Que aun me oigas; falta algo.
Seré breve: ese Matías
Fué preso; se ha averiguado
Que los bandidos de antes
Han sido los incendiarios.
Que, aprovechando su tiempo,
Todo el dinero robaron
Y cuantas joyas habia
De valor; que ese eclesiástico
Indigno, fué siempre el jefe
De los viles incendiarios;
Y finalmente, que estaba
Ya convenido tu rapto
Para entregarte á ese hombre,
A ese ser medio fantástico
Que ofreció por poseerte
Un millon.—Si tanto y tanto
Peligro, tanta zozobra
Y penas y sobresaltos,
No merecen que un esfuerzo,
Potente, inmenso, titánico,
Hagas hoy sobre tí misma
Para dominar tus vanos
Escrúpulos, yo, condesa,
Que con el alma te amo,
Te diré: ¡Julia! el peligro
Por desgracia no ha cesado
Todavía: Adam te adora;
Huid de la córte ambos.
No vaciles.

ADAM.

¡Julia! ¡Julia!
Mira cuánto te idolatro.

DON GENARO.

Y si aun temes que ofendidos
Los cielos, miren airados
Ese amor, porque juraste
Ir á encerrarte en un cláustro,
Oye, Julia, mis consejos
Y luego dicta tu fallo;
Mas antes deja que haga
Mis últimos comentarios
Sobre esta historia. Tú dices
Que al mes de haber enviudado,
De Nápoles recibiste
Noticias, y hasta un despacho
En que de parte del rey
El pésame te enviaron
Por la muerte de tu esposo.
Que con benévolo agrado
Su proteccion te ofrecia
El monarca. Si pensamos
En esto, será muy lógico
Presumir que los malvados
Que te persiguen, no cuentan
Con el favor soberano
De aquel rey. Pues bien, condesa,
Partid á Nápoles ambos.
Allí vuestros enemigos
Ya no podrán alcanzaros.
Tomad un nombre supuesto.
Que os juzguen todos hermanos,
Como ante Dios lo sereis
En efecto, hasta que alzados
Tus votos en Roma sean,
Puesto que vacilas tanto
En romperlos de otro modo.
A las plantas arrojaos
Del rey de las Dos Sicilias
Que no os negará su amparo.
Dejad los dos este suelo
Para vosotros ingrato;
Evitad fieros peligros
Que os están amenazando...
¿Y quién sabe? acaso sea
Vuestro el porvenir.

ADAM.

Partamos.
Yo respetarte prometo;
¿Cómo no, si soy tu esclavo
Y á mi bien prefiero siempre
El tuyo? ¡te adoro tanto!
¡Oh! respóndeme; no hagas
Que muera por tí.

JULIA.

¡Te amo!
¡Adam! te amo; que el cielo
Por el mundo nuestros pasos
Dirija!

DON GENARO.

¡Dios os proteja!
Ahora sola te dejamos
Adam y yo; nuestra ausencia
Será corta. Está esperando
La fiel Dianora.

JULIA.

Que entre:
Quiero estrecharla en mis brazos.

*
* *

Mientras que Dianora entraba
Y ambas, derramando llanto
De placer, se confundian
En un cariñoso abrazo,
Con Adam algunas frases
Cambió el viejo D. Genaro
Y en seguida de la estancia
Presurosos se alejaron.

CANTO VIII.

I.

En la calle.

Cuando el anciano y Adam
En la calle se encontraron,
De este modo conversaron
Los dos con creciente afan:
—He tenido que mentir;
Dijo aquel con voz muy triste;
Lúcas el bandido existe;
Mas pronto debe morir.
—¡Terrible noticia!—Cruel
Es esta revelacion:
La hora de la expiacion
Ha sonado para él.
—¡Oh! ¡que mi Julia lo ignore!
—Eso el triste Lúcas quiere:
Sin verla, morir prefiere
Porque su afrenta no llore.
¡Desdichado!—Mucho, sí,
—¡Cuánto debe haber sufrido!
—El infeliz ha querido
Cuando menos verte á tí.
Nadie pena tan prolija
Sintió; dolor tan profundo.
Vá á separarse del mundo
Sin abrazar á su hija.
—Pero esa doble expiacion...
Si yo lo hubiera sabido,
A voces hubiera ido
Demandando su perdon.
Que si Lúcas criminal
Fué, se vé en este momento
Su grande arrepentimiento,
Su abnegacion paternal.
Imponiendo al corazon
Tan penoso sacrificio
Será doble su suplicio,
Horrorosa su afliccion.
Yo en otro tiempo, tal vez,
Ignorante, arrebatado,
De mis instintos guiado
Y mi insensata altivez,
Salvarle á la fuerza hubiera
Intentado con afan;
Hoy no imagino ese plan
Porque nada consiguiera
Con ejecutarle. Veo
Que es mi valor impotente,
Y sin embargo, impaciente
Abrigo un noble deseo.
Usted conmigo vendrá;
De su juez la compasion
Lograremos, y el perdon
De ese viejo otorgará.
—Tal empresa no es sencilla
Ni aun teniendo valimiento:
Lúcas en este momento
Puesto habrá sido en capilla.
—La capilla, ¡triste nombre
Que al de muerte se eslabona!
¿No dicen que Dios perdona...?
¿Por qué no perdona el hombre?
Pronto un pueblo turbulento
Curioso, alegre, impasible,
Irá á ver ese terrible
Espectáculo sangriento.
El cadalso rodeará
La compacta multitud
Y el reo, en la plenitud
De la vida, morirá.
Y hasta entonces, con dolor
Irá los pasos contando
De la muerte, que avanzando
Vá inflexible. ¡Cuánto horror!
Que negra es la crueldad!
Cuanto la clemencia brilla...!
—¿Oyes...? ¡Oh!—La campanilla
De la Paz y Caridad!
—Ven... modera tu afliccion:
Al malvado la ley trata
Como merece. Le mata,
Porque él mató sin razon.
Lúcas te espera: cruel
Es el trance... apresuremos
El paso; limosna demos
Y á Dios pidamos por él.
. . . .

II.

Habitacion de Adam.

LA CONDESA Y DIANORA.

Sí, Dianora: de la muerte
Ese jóven me libró
Y aquí me trajo; yo enferma
Estuve; mas él su amor
Contuvo en estrechos límites.
Es tan noble su pasion,
Tan verdadera y tan grande
Cual la que á mí me inspiró.
Si vieras con qué cuidado,
Con qué noble abnegacion
Me ha tratado! Al otro dia
De aquella noche de horror
En que pudo del incendio
Librarme, me preparó,
Doncellas, trajes y médicos...

Luego á mi lado veló
Cuidadoso...

DIANORA.

Usted le ama...

LA CONDESA.

Con todo mi corazon.
¿Cómo no amarle? Seria
Preciso que fuera yo
De hielo. Tú, fiel amiga,
Sabes que hace tiempo estoy
Luchando; mas ya no puedo;
No puedo tener valor
Para arrancarle del alma.

DIANORA.

Pienso, señora, que Dios
Hizo al uno para el otro.
¿Por qué ofender al Señor
Rechazando de tal suerte
Esa mútua inclinacion?

LA CONDESA.

Pero mi voto... el terrible
Juramento que salió
Del alma...

DIANORA.

Puede romperse.

LA CONDESA.

¡Oh! sí, sí; tienes razon.
Partiremos; la esperanza
Me alienta. Quién sabe? ¡Oh!
Aun pueden lucir serenos
Dias. Vendrás con los dos
A Italia; tu padre vino
De allí con mi esposo. Hoy
No sé por qué me parece
Que debajo de otro sol,
De otro cielo, la ventura
Encontraré.

DIANORA.

¿Por qué no?

LA CONDESA.

Tambien Pablo con nosotros
Vendrá; es un fiel servidor.
Oye mi plan: En las Palmas,
En Ciudadela y Mahon
Tengo algunas posesiones
Que mi esposo me dejó.
Quieren comprármelas todas;
Pues bien, á venderlas voy:
Iremos, pues, á las islas
Baleares; luego... ¡oh!
Luego á Italia!

DIANORA (*con alegría.*)

Sí, señora
A mi bendita nacion.

LA CONDESA.

Adam ante todo el mundo,
Como vá á serlo ante Dios,
Será mi hermano... él acepta
Gustoso mi decision.

(*Pausa.*)

Pero hablando de estas cosas
Aun no me has dicho en rigor
Dónde estuviste estos dias.

DIANORA.

Con la esposa de Alarcon
Y tambien con él...

LA CONDESA.

¿Qué dices?

DIANORA.

Que al fin D. Juan pareció.
Estaba ligeramente
Herido; mas la emocion
De ver á su amante esposa
Y á los hijos de su amor,
No tristes y miserables
Como encontrarlos pensó,
Sino bien vestidos, prósperos
Y en holgada habitacion,
(Gracias á V. que por ellos
Hizo tanto y tanto), dió
Lugar á que el pobre padre
En su feliz estupor,
Soportar sus emociones
No pudiese. Al fin cayó
En el lecho; mas del lecho
Feliz se levanta hoy
Bendiciendo á V., señora,
Con todo su corazon.

LA CONDESA.

Yo cuidaré de que nunca
Les falte mi bienhechor
Amparo.

DIANORA.

Mientras que enfermo
Se halló D. Juan de Alarcon,
El anciano D. Genaro
Ni un solo dia dejó
De ir á vernos. Impacientes
Nosotras, y en la afliccion
Que sentiamos, mil veces,
Llenas de afan y de ardor,
Las huellas de V. quisimos
Buscar; mas él moderó
Nuestros impulsos diciéndonos:
—Dejad, dejadme por Dios
Que yo la busque, no demos
Escándalos; siempre estoy
A la mira.»—Obedecimos
Y esperamos. ¿Cómo nó,
Señora, cuando ese anciano
La ama tanto? Pero hoy
Cuando apenas en el cielo
La luz apuntó del sol,
Le vimos entrar inquieto,
Trémulo y lloroso.—«¡Oh!
(Nos dijo). Es preciso, es fuerza
Que dentro de una hora ó dos
Parezcan; sí, sí. Y saliendo,
Atónitos nos dejó.
Despues volvió; estaba triste;
Mas no tanto.—Al cabo doy
Con ellos, gritó; Dianora,
Sígueme.»—Un coche alquiló
Y aquí, señora, me trajo...

LA CONDESA.

En efecto, su emocion
Era inmensa. ¿Qué te dijo
Al venir? ¿de qué te habló?

DIANORA.

Guardaba silencio; solo

Pronunciaba á media voz
Un nombre...

LA CONDESA.

¿Cuál?

DIANORA.

Varias veces
¡Lúcas! ¡Lúcas! repitió.

LA CONDESA.

¡Ah! ¡Dios mio! ¿por qué tiemblo
Llena de negro pavor?

(*Se oyen las vibraciones de una campanilla que van tocando con lentitud por la calle. La condesa y Dianora se precipitan al balcon, lo mismo que los demás vecinos de la calle, y ven á dos hermanos de la Paz y Caridad, que piden limosna por el reo que está en capilla. Todos los vecinos ofrecen sus piadosas ofrendas. Uno de ellos pregunta quién es el reo, y se oye pronunciar el nombre de Lúcas. La condesa pálida y desencajada, deja escapar un grito y cae medio desmayada en brazos de Dianora, mientras acuden á las voces de ésta, una mujer de alguna edad que hace las veces de ama de llaves de Adam, y un criado jóven llamado Pablo. Entre todos retiran á la condesa hácia el interior de la habitacion*).

III.

Una lujosa estancia en casa del conde de la Banda.

ESCENA PRIMERA.

El conde de la Banda.—El duque de Casa-Egregía.

EL DUQUE.

Jorge, hijo mio, el corazon que ama
No puede equivocarse; tú padeces
Tiempo há de tal modo, que me aterra
La idea de perderte.
Tú no eres ya el atolondrado jóven,
El calavera audaz que tantas veces
Mereció mis reproches; en tu alma
Algo triste sucede.
Tu enfermedad, la consuncion constante,
Que la ciencia combate inútilmente,
En el fondo intranquilo de tu espíritu
Escondieron el gérmen.
Habla, Jorge, tu padre te lo implora.
¿Por qué esplicarme tus secretos temes?
Tú amas; pero, ¿á quién? Jorge, no temas;
Seré tu confidente.
Eres rico, eres noble, eres bizarro.
¿Qué altiva dama rechazarte puede
Cuando llegue á saber que por tus venas
Corre sangre de reyes?
Un dia con la suerte de tu prima,
La condesa de Alcira, unir tu suerte
No quisiste, y tu padre desde luego
Desistió... ¿qué mas quieres?

EL CONDE.

¡Pobre Julia! tan buena, tan hermosa...

EL DUQUE.

No hablemos de ella, Jorge, no parece
Y su fin prèmaturo me lastima
Porque la quise siempre.

EL CONDE.

¿Ha muerto?

EL DUQUE.

No se sabe.

EL CONDE.

Pobre Julia!
Si mi funesta enfermedad aleve
No me hubiera tenido en ese lecho
Postrado de tal suerte...

EL DUQUE.

Tienes razon: tu enfermedad sañuda
Para todos fué un mal ¡Oh! tú no puedes
Comprender el dolor que yo he sentido.
Al mirarte doliente.
Por eso, Jorge, con afan te ruego
Que el nombre de tu dama me reveles.

JORGE.

¡Nunca! ¡nunca!

EL DUQUE.

Hijo mio, si ella es pobre...
Qué importa? Escucha, atiende.—
Yo jóven fui cual tú; tambien un dia
Un virgen corazon, férvido, ardiente,
Poseí; tambien yo sentí en el alma
Ese amor que enloquece.
Me lo inspiró una niña cuyo rostro
Grabado todavía está en mi mente:
Era un ángel, un ángel! su belleza
Comparacion no tiene.
Parece que aun la veo, su memoria
Mi yerto corazon rejuvenece.
Pobre flor entreabierta, cuyo tallo
Tronché villanamente!

EL CONDE.

Que dice usted?

EL DUQUE.

Perdóname, hijo mio!
El comprimido sentimiento suele
Desbordarse y salir de nuestros labios
Trocado en un torrente.
Hoy el recuerdo de la hermosa jóven
A desbordarse impetuoso viene
Desde el fondo del pecho donde estuvo
Oculto y mudo siempre.—
Yo seduje á la jóven que mas tarde,
Al ser madre de un ángel inocente,
Espiró bendiciendo y adorando
La causa de su muerte.

EL CONDE..

Y el fruto de ese amor..?

EL DUQUE.

Era una hermosa
Niña infeliz, que confié imprudente
A manos mercenarias.

EL CONDE.

¿Vive acaso?

EL DUQUE.

¡Ojalá! que existiese!
Si ella viviera, yo te la traería
Y ambos, vertiendo lágrimas ardientes,
Te diríamos: Jorge! aunque en tus venas
Corra sangre de reyes;
No engañes á una jóven, si la amas
Y es digna de tu amor, no la desdeñes
Por pobre ó por humilde; el crimen grande
De tu padre fué ese.

(*Da un reloj y el duque se levanta*).

EL DUQUE.

Las dos: voy á palacio; no me olvido
De tu encargo, hijo mio. Ten presente
Mi historia. Cuando vuelva, tu secreto
Espero me reveles.

ESCENA II.

EL CONDE, SOLO.

Se vá llorando... cuánto habrá sufrido!
De su primer amor la llama prende
Todavía en su alma; de esa hija
Se acuerda con dolor. ¡Oh! me estremece
Su amarga situacion. Si yo muriera...
Morir, qué insensatez! Si ahora me oyesen
Mis amigos, razon para burlarse
Tendrian.—Yo, que cien y cien mujeres
He seducido y luego abandonado...—
Tan solo de una ocasioné la muerte.
¡Lucía! ¡pobre niña! tambien era
Hermosa y pura y la engañé inclemente.
¡Oh! por qué luego en mi camino puso
El infierno á Salada? Ella enloquece
Mi cerebro; recuerdo á toda hora
Su nombre... ¡Basta! basta! seamos fuertes
Una vez mas; en mi poder se halla
Y por fuerza ó por bien feliz vá á hacerme.
Será mia, lo quiero; mi existencia
Se ha convertido en espantosa fiebre;
Fiebre de amor inacabable, eterna
Que cual las olas de los mares crece.
Iré á buscarla, me echaré á sus plantas,
Le diré que he salvado de una muerte
Afrentosa y horrible, al miserable
Criminal... ¡Oh! por qué, por qué se envuelve
La historia de esa bella infortunada
En un abismo de miserias? Tiene
Un bandido por padre; su conducta...
¡Oh! me destroza el pensamiento ese.
No hay razas; la pobreza no deshonra;
Razon mi padre por desdicha tiene.
Si ella fuera... ¡Dios mio..! ¿por qué amo
A una mujer impura de esta suerte?»

. . . .
. . . .

Diciendo de esta manera
El conde, sobre un sillon,
Presa de terrible angustia
Pálido y triste cayó.
Tal vez en aquel momento
En su noble corazon
Quiso abrigar el propósito
De olvidar su loco amor.

No pudo lograrlo; solo
Por un milagro de Dios
Jorge conseguir pudiera
Tamaña trasformacion.

El milagro, sin embargo,
Es seguro que se obró,
No porque Jorge olvidara
Al objeto de ese amor;
Sino porque Dios lo quiso.
Y gracias al cielo doy
Porque con ese milagro
Se abrevia mi narracion.

Un poco mas sosegado,
El conde se levantó
Diciendo:—«No, no es posible.
Me subyuga mi pasion.»
«Mientras de palacio vuelve
Mi noble padre, yo voy
A preparar mi partida...
Tengamos mas corazon.»

Si se obstina esa manola;
Si oir no quiere mi voz,
Desdichada de ella entónces!...
Desdichados de los dos!»

Iba ya á tocar un timbre;
Mas entrando á la sazon
Un criado, varias cartas
Con respeto le entregó.
—Son muy urgentes, le dijo—
Y salió sin dilacion
Mientras que el conde, una á una,
A leerlas comenzó.

Con esas cartas, lectores,
Se obró el milagro de Dios.
Ved, sino, el rostro del conde;
Ved su creciente emocion.
Allí el horizonte se abre;
Cesa el pasado dolor;
El porvenir le sonrie;
La presente pena huyó.
Y todo vá preparándose
Con tan rara gradacion
Que de una carta á otra carta
Sin duda un mundo medió.

Mundo de ilusiones locas;
De congojoso temor;
De esperanzas, de alegrías;
Y de constante emocion.

Las cartas que el noble conde
Una tras otra leyó,
Son las que van mis lectores
A ver á continuacion.
Del mismo modo que fueron
Escritas, á darlas voy.
En prosa estaban, y en prosa
Quiero intercalarlas yo.
Si el conde tuvo motivos
De gozo y admiracion,
Al buen criterio lo dejo
Del benévolo lector.

*
* *

Primera carta.

Excmo. Señor conde, etc.: Mi mas alto y poderoso señor: Acabo de recibir, en esta imperial y venerable ciudad de Toledo, la carta en que V. E. se digna darme parte de su deseada curacion y dichosa convalecencia.

Alabado sea el Señor y mis abogados predilectos, á quienes he mandado decir muchas misas en rogativa por la preciosa salud de V. E.—Y habrá de saber V. E., escelentísimo señor, que Saladilla se ha vuelto mansa cordera, dispuesta en todo y por todo á sujetarse á cuanto V. E. determine; milagro patente que sin duda he conseguido obtener, venciendo su arisca condicion de tigre de Hircania y de pantera de Java. Dios sea loado y alabadas sean las prendas personales de V. E. que al cabo han tocado como agudas saetas en el endurecido corazoncito de la muchacha. Está mas hermosa que nunca y mas garrida de lo que V. E. puede imaginarse. Lástima que vaya enfermando del pecho!

Buena idea fué la de separarla de Madrid. No digo mas por no cansar á V. E.—Apresúrese á venir, ya que Dios lo ha mejorado para bien de pobres y consuelo de afligidos; y no dude que queda rogando humilde á todos los santos y santas por la muy noble, alta y poderosa persona de V. E., su indigna criada

ÚRSULA.

* *
*

Segunda carta.

Señor conde: Me dirijo á V. E. por órden de mi señora la condesa de Alcira que se halla en este momento en estremo afectada.

Como ha circulado por Madrid la triste noticia de que mi señora habia sucumbido la noche del incendio, que arruinó su palacio, me apresuro á darle cuenta de su persona, en la seguridad de que V. E. sentirá verdadera alegría al saber que mi buena protectora se ha salvado.

El objeto principal de mi carta es rogar á V. E. que vea si puede obtener el indulto del reo que está en capilla. Mi señora se tendrá por muy feliz salvando á ese desgraciado, á quien debe favores inmensos. Soy de V. E., atenta y respetuosa servidora, Q. S. M. B.

DIANORA.

Doncella de la señora condesa.

P. D. Jorge! en este instante salgo con direccion á la cárcel de villa; salva á ese Lúcas. ¡Sálvale! Te lo ruega con toda su alma

JULIA.

Tercera carta.

Señor conde: No estrañe V. que estos renglones sean casi ilegibles.

Escribo en la capilla de la cárcel de Madrid, teniendo á mi vista, un jóven esforzado que llora como un niño, un sacerdote que reza las oraciones de difuntos y un viejo infeliz, sentenciado á muerte, que debe expiar mañana muchos estravíos, muchos crímenes, motivados acaso por la fatalidad y por la ignorancia.

Ese viejo, ese reo, ese desgraciado, acaba de abrirme su corazon. Me ha contado una larga sucesion de hechos que tocan á V. muy de cerca; que están relacionados con la vida del señor duque de Casa-Egregia.

Ese reo, llamado Lúcas, fué criado de su noble padre de V. y tuvo relaciones íntimas con una gitana. Una noche puso su padre de V. en poder de esa gitana una hermosa niña á la cual todo el mundo cree muerta. Esa niña existe, trocada ya en mujer: responde por el sobrenombre de *Salada.*

Salada es hermana de V. Tiene en su poder una cadena de plata que el señor duque reconocerá indudablemente.

Lúcas desea ver á ustedes antes de morir para demandarles perdon por el daño que les ha hecho, y para darles detalles acerca de esta historia.

Antes de pasar yo á ver al señor duque he creido prudente dirigir á V. esta carta por si V. quiere ir preparando el ánimo de su padre á quien aguarda tan profunda impresion de inesperado júbilo.

Mi amigo Adam, que en breve partirá lejos de Madrid y que conoce á su hermana de V., firma conmigo al pié de estas líneas, suplicándole que ame mucho á esa pobre jóven que tanto ha sufrido en el mundo. Soy de V., etc.

ADAM. GENARO DE MACANÁZ.

Última carta.

Mi querido Jorge: Tu recomendado ha obtenido el indulto. Yo mismo voy á llevárselo. Felices nosotros que logramos arrancar hoy al verdugo un hombre, que al fin es un semejante nuestro. ¡Feliz la mano que acaba de firmar el perdon! ¡Feliz la sociedad cuando evita que caiga sobre ella la mancha que lleva consigo la ejecucion de una sentencia de muerte!

Estoy muy contento; no sé qué me anuncia el corazon; pero cree que, á pesar de la pena que me infunde tu tristeza, me siento hoy sumamente satisfecho. Paréceme que al contribuir á esta obra de misericordia siento brotar en el alma una esperanza dulce, inefable, desconocida.

Pronto estará á tu lado tu padre

AUGUSTO.

Vuelvo á abrir esta carta en la capilla. Acabo de saberlo todo. ¡Vive mi hija! Vive tu hermana. ¡Jorge! ¡Jorge! La alegría no me ha muerto. Bendigamos la mano de la Providencia!

CANTO IX.

Un buque en alta mar.

Adam y la Condesa.

ADAM.

Duerme, Julia, mi bien, duerme, amor mio,
Como las olas de la mar serena
Que mansas nos arrullan; como el viento
Que suave empuja las hinchadas velas.
Ven, mi bien, y reclina en el regazo
De este tu amante la gentil cabeza.
Con tu frente de nieve cubre el fuego
Del inmenso volcan en que se quema
Mi ardiente corazon; que tu sonrisa
Y aliento puro enardecido beba
Tu Adam feliz, refrigerando el alma,
Ya que en tus ojos abrasada queda.

LA CONDESA.

Tienes razon; el sueño es el descanso;
Quiero dormir mientras las auras juegan.

ADAM.

El cielo limpio está, líquido espejo
Parece el vasto mar, por donde vuela
Gallarda y presurosa nuestra nave
En el silencio y soledad envuelta.
¿No es grato para tí ver como al cabo
En esta inmensidad hunde la tierra
Las cumbres de sus montes gigantescos,
Los altos chapiteles de opulentas
Ciudades, por los hombres levantadas
En señal de su orgullo y su soberbia?
Quedóse atrás el mundo; en el desierto
De las ondas movibles, que platea
Rizada espuma que feston parece

De esos picos de vidrio, que se elevan,
Bajan, vienen y van,—yendo espirantes
A desmayarse en la menuda arena
De lejanas orillas,—ni un gemido,
Ni un grito de dolor, temblando llega
Y palpitante, á desgarrar el alma
Con los recuerdos de pasadas penas.
Cuán hermoso es el mar! en su infinita
Superficie, la ardiente cabellera
Sumerge el sol, para templar el fuego
Esplendoroso de su luz eterna,
Mientras crece á la vista el horizonte
Que nunca tiene fin; que mas se aleja
Cuanto mas avanzamos; que parece
Otro mar que en su término se anega
Con el mar que cruzamos, sin que nunca
Confundidas sus aguas aparezcan.

LA CONDESA.

Tienes razon: el mar en calma es bello
Como un sueño de amor; pero si llegan
Ese cielo á entoldar preñadas nubes;
Si esas olas hinchadas se presentan
Irascibles bramando, y zumba el trueno
Que acompaña á la horrísona tormenta,
¿Dónde irá por su mal el frágil leño
Que atrevido se aparta de la tierra?

ADAM.

¿Dónde irá? no lo sé; Dios desde el alto
Firmamento, sin duda te contempla,
Y satisfecho al verte tan hermosa,
Por tí, mi Julia, cuidadoso vela.
¿No eres tú de aquel sol resplandeciente
La exacta copia y la imágen bella?
¿No eres de toda la creacion sublime
Hermosa, rica y codiciada perla?
Ten valor; que la mar al poseerte
Sus ondas calma y su rigor enfrena,
Mientras las nubes vagarosas huyen
Al ver la luz que tu mirar destella.
Ten valor, que los cielos y los mares
Protegerán tu angelical belleza.
Duerme, mi bien.

LA CONDESA.

Durmamos un instante
Por si entre sueños mis fatigas cesan.
(*Reclina su frente sobre el pecho de Adam.*)

ADAM.

No hagas caso, mi bien, de los latidos
Del corazon, si el corazon golpea;
Late solo por tí; mas ya procura
No incomodarte y su latir modera.

UNA VOZ CANTA.

Sobre las ondas salobres
Niña del alma nací,
Y una barca fué la cuna
Dó la luz primera ví.
Amo el peligro y no temo
De la mar el frenesí,
Solo me arredran tus ojos
Cuando los fijas en mí.

LA CONDESA.

¡Esa voz..! ¿quién cantó?
(*En estremo conmovida.*)

ADAM.

(*Con enojos.*) Si te incomoda
Ya mas no cantará.

LA CONDESA. (*Estremeciéndose.*)

No, no, que sea
Libre aquí todo el mundo, como el ave
Que en busca vá de hospitalaria tierra.
Será tal vez un pobre marinero
Que á sus recuerdos con placer se entrega
Y en su pátria, en su hogar, en sus amores
En este instante cariñoso piensa.
(No sé por qué, esa voz me causa tédio
Y ese canto de amor mi sangre hiela.
Tres veces lo escuché, y el alma toda
De negro luto se miró cubierta.)
Durmamos.

ADAM.

Si, mi bien, feliz reposa
Junto á mí; mas ¿qué miro? ¿por qué tiemblas
Y una lágrima brota de tus ojos
Que por las rosas de tu rostro rueda?
¿Tienes miedo á la mar? Acaso triste,
De menos ¡ay! por mi desdicha, llegas
A echar las horas de tu bien perdido
Alejada por mí de la opulencia?
¡Y yo insensato que en huir del mundo
Cifraba mis delicias! yo, que en esta
Inmensa soledad era dichoso
Contemplando arrobado tu belleza!

LA VOZ DE ANTES (*canta.*)

Si vinieras, mi hermosa,
Conmigo á tierra,
Yo de flores te haria
Guirnaldas bellas,
Porque con flores
A tu gusto ligáras
Los corazones.

ADAM.

Dice muy bien el marinero, Julia.

LA CONDESA.

(No es marinero quien así se espresa.)

ADAM.

Dice muy bien: en los risueños valles;
Junto á la fuente que, de peña en peña,
Baja rompiendo en trasparentes chorros
Sus cristales; al pié de la arboleda
De la llanura pintoresca, hermosa,
Donde ancho rio dilató su vega,
Flores nacen de espléndidos colores
Y aromas puros; para ornar con ellas
Tu frente de alabastro, yo guirnaldas
Tambien dichoso con placer tegiera.
No es solo bello el mar; tambien encantos
Te guarda, Julia, con amor la tierra.
Crucemos, pues, el piélago profundo
Dejando atrás la brilladora estela
Donde bullen los peces escamosos
Que de plata parecen; que tu idea
No se fije jamás en lo pasado;
Que el porvenir lejano no te ofrezca
Nunca temor; gozar de lo presente
Nuestra divisa venturosa sea.
Hoy ante tí, cual cariñoso hermano,
Mi afan domino y mi pasion inmensa.
¡Ay! ya lo sabes: te amo con locura;
Tu dulce posesion el alma anhela,
Y sin embargo tu virtud respeto
Y aguardo el dia en que ofrecerme quieras
Tu mano codiciada; ¿qué mas quieres
Si cumplo todo cuanto tú me ordenas?

LA CONDESA.

Gracias, Adam, tu enamorado acento
Me fortalece el corazon, me presta
Dulce esperanza y gratas ilusiones.
Yazca en olvido mi fatal grandeza.
Huyamos ambos,—al amor pidiendo
Sus álas,—lejos de la pátria aquella
Donde, embriagada de insensato orgullo,
Nécia no supe adivinar mi afrenta.

¡Oh! Dios mio! por qué, por qué Dianora
No está aquí con nosotros? ¿por qué enferma
En España quedó?

ADAM.

Pronto á tu lado
La tendrás; no lo dudes; ten paciencia.
No llores, Julia, mi pasion ardiente
Consolarte sabrá; la Italia bella
Será nuestro refugio; allí tu amante
Alfombrará de flores tu carrera.
Allí henchida de júbilo mi alma
El ancho trono de su amor te ofrezca.
Tú la reina serás y yo el esclavo,
Sean de flores ó hierros mis cadenas.

LA CONDESA.

Gracias, Adam; me vuelves la esperanza.
Allí todos ignoran mi bajeza.
¡La Italia! ¡Dulce nombre!

ADAM.

Sí, bien mio.
Ya nuestro buque se dirige á ella.

. . . .

LA VOZ DE ANTES (*canta*).

Aunque susurra la brisa,
Marino, á luchar disponte,
Que una nube se divisa
En mitad del horizonte.
Ten cuidado, marinero,
Que esa nube, poco á poco,
Irá ocultando primero
Del ardiente sol el foco.
Y estendiéndose á medida
Que la mar ruja violenta,
Sobre el ángel que es mi vida,
Mugir hará la tormenta.
Marinero, marinero,
A luchar pronto disponte;
Que el nublado avanza fiero
Por mitad del horizonte.

LA CONDESA.

¿Oyes, Adam, lo que el marino canta?
Su triste augurio el universo oyó,
Y el viento que bramando se levanta
El seno de los mares conmovió.

(*Se oyen algunas voces de mando.*)

ADAM.

Descansa, Julia.

LA CONDESA.

Y cómo? No es posible!
Dios con nosotros irritado está,
Y con los ecos de su voz terrible
Hace los orbes á sus pies temblar.
¿No ves, ¡ay triste! la nevada espuma
De las aguas que hierven por do quier?
¿No ves alzarse la pesada bruma
Y la nube crecer, siempre crecer?
Bien lo temí; mi corazon decía
Que en la dicha no debo ya pensar;
Sueños son de mi loca fantasía
Las ilusiones que llegué á forjar.

ADAM.

Cálmate, Julia.

LA CONDESA.

Con mis males lidio
Y lidio en vano; ¡bárbaro sufrir!
Mi verdadero padre en un presidio
Está y yo debo de dolor morir.

ADAM.

Y ¿qué culpa, mi bien, pudo caberte
En que fuese tu padre lo que es?
Nadie la buena ni la mala suerte
Pudo fijar al punto de nacer.
Sea cual fuere tu alcurnia, vida mia,
Yo te adoro con todo el corazon.
Calma ya tu feroz melancolía
Y vive, sé feliz.

LA CONDESA.

¡Vana ilusion!
Al borde del peligro que me aterra
Quiero en vano mis ojos entornar,
Y si el miedo un instante me los cierra
Mas me espanta la cólera del mar.

ADAM.

Maldito ese cantor impertinente
Que dos veces tu sueño interrumpió!
Cuando inclinabas con amor tu frente
Sobre mi pecho, tu atencion llamó.
Duerme, yo velo; si el marino entona
Otra vez su monótono cantar,
Si augurios tristes por su mal pregona,
Tu sueño haré que sepa respetar.
Tal vez dormida olvidarás tu duelo,
Sufro yo tanto si te veo sufrir,
Que á todas horas sin cesar anhelo
Verte, mi Julia, en sueños sonreir.

EL CAPITAN DEL BUQUE.

¡Alerta, marineros!
Despejen las toldillas,
Cerrad las escotillas
Y abajo pasajeros.

LA CONDESA.

¡Oh! no, mil veces no; que no me alejen
Del peligro; afrontarle quiero aquí.
Ruégale al capitan que ver me dejen
De ese rabioso mar el frenesí.
Quiero oir el horrísono concierto
Que al alma llena de mortal pavor,
Quiero mirar de lobreguez cubierto
El espacio que gime en derredor.
Mira cual tiende su enlutado manto
La sombra densa que ennegrece al dia.
¡Adam! ¡Adam! si me idolatras tanto
Calma mi horror, mi bárbara agonía.
¿No ves cárdeno el cielo y pavorosa
La marejada, que se agita fiera,
Anunciando tal vez con voz medrosa
El fin siniestro que á mi vida espera?

ADAM.

Cálmate, Julia; el buque se levanta;
Mas tranquilo camina al parecer.
¿Por qué, mi bien, el porvenir te espanta?
¡Oh! ten valor y me darás placer.
Domina tu inquietud; la niebla densa
Que el espacio y la calma nos robó,
Es una especie de cortina inmensa
Que envidioso un mal génio desplegó.
Detrás de esa cortina, dueño mio,
Se oculta un bello, encantador país,
Do lágrimas de amor vierte el rocío
Bajo un cielo de nácar y zafir.
Allí hay lagos con ondas trasparentes
Y jardines y bosques de azahar;
Altas colinas, rápidos torrentes,
Luz, colores, aroma celestial.
Cuanto la mente á concebir alcanza
O se finje una mágica ilusion,
Llegarás á entrever en lontananza
Cuando esas nubes desvanezca el sol.

LA CONDESA.

El sol..! ya envuelto en fúnebre sudario,
Yerto cadáver nos negó su luz;
Y forman su cortejo funerario
Nubes de negro aterrador capúz.
Las crespas olas azoradas crecen
Sin dejar un instante de bramar;
Sobre abismos sin fondo se estremecen
Y ruedan con estrépito infernal.
Y mientras abren sus hinchados senos
Las nubes, y palpita la creacion,
Al compás de los rayos y los truenos
Se oye la voz colérica de Dios.

EL CAPITAN DEL BUQUE.

La negra tormenta
Su furia acrecienta,
La aguada, los botes
El mar arrebata;
Las bordas maltrata
El fiero turbion.
¡Arría las gabias!
¡Trincad el timon!

UNA VOZ.

El buque parece
Que vá á zozobrar.
La Vírgen Santísima
Nos quiera ayudar!

LA CONDESA.

¿Oyes, Adam? La Vírgen solamente
Por nosotros pudiera interceder.
Doblemos la rodilla humildemente
Y muramos, pues fuerza es perecer.
La ola que salta, y poderosa zumba,
Unidos á los dos nos hallará;
Triste y eterna y anchurosa tumba
Ese abismo sin fondo nos dará.
No permitas que nadie de tu lado
Me separe un instante; á ti me unió
Funesta estrella, ó venturoso hado,
Y hay aquí quien envidia nuestro amor.

ADAM.

¿Qué dices? habla, Julia.

LA CONDESA.

Por si muero
Mi secreto te voy á revelar:
Un hombre misterioso, un estranjero,
Me persigue do quiera sin cesar.
Es un hombre de audaz torva mirada,
Cuya negra pupila centellea,
Y cuya frente, al parecer, nublada
Está por una consecuente idea.
Noches hace, mi Adam, que con empeño,
Recordando me hallaba, junto á tí,
Al velar con afan tu dulce sueño,
La inocencia del alma que perdí.
Turbia la mente, turbios los sentidos,
Dejé al sueño mis párpados cerrar,
Y contando afanosa los latidos
De tu pecho, feliz quise soñar.
Entonces... una sombra inesperada
Se apareció de súbito ante mí,
Y en mis ojos fijarse una mirada,
Tenaz y ardiente, con espanto ví.
Quise gritar, llamarte; mas fué en vano;
Era mi miedo insoportable, atroz;
Una mano sentí sobre mi mano
Y así me dijo temblorosa voz:
«Yo te conozco; eres la condesa
De Alcira, y ese jóven es Adam;
Que le arranques del alma me interesa
Porque te adoro con inmenso afan.
Olvídale ó que tema mis enojos.»—
Calló la sombra y al momento huyó,
Y aquella noche ni entorné mis ojos,
Ni cesó de temblar mi corazon.

ADAM.

Y ¿quién es el infame que contigo
Osó villano conducirse así?
Dímelo pronto y ejemplar castigo...

LA CONDESA.

¡Adam! ¡Adam! ¿no escuchas? ¡ay de mí!

EL CAPITAN DEL BUQUE.

Al agua los obstáculos; picad la maniobra,
Botad los aparejos, abajo el botalon;
Prepárense las bombas; abrid las escotillas
Y trínquese de nuevo la caña del timon.

UNA VOZ.

El buque desmantelado
Por los vientos empujado
Corre, vuela, sin cesar.
¿A dónde será llevado
Por el ímpetu del mar?

OTRA VOZ.

La muerte se avecina.
La manga! la manga! La bomba marina!

OTRA.

Doblemos nuestras frentes
Y al cielo compasion
Pidamos, dirigiéndole
La última oracion.

(*Se oyen algunas otras voces del capitan*).

LA CONDESA.

Morir tan joven! Oh! Vírgen piadosa;
Doleos de mí; miradme á vuestros pies.

UN MARINERO.

En medio de la niebla pavorosa
La luz de un faro divisar logré.

OTRO MARINERO.

Tierra! tierra!

ADAM.

No escuchas, Julia mia?
Cerca la costa por fortuna está.
Vuelve en tí; ¿no respondes? ¡qué agonía!

LA CONDESA.

Mira el fantasma, míralo; allí está.

(*Señalando á un hombre que se acerca y cayendo sin sentido*). (*Adam se dirige furioso á él y le dice*):

ADAM.

Miserable! tu vista me ha robado
De sus ojos la luz.

EL CAPITAN.

No hay salvacion.
Ya está el casco del buque destrozado.
Las olas nos arrastran.

EL DESCONOCIDO.

Maldicion!

ADAM.

Todos buscan sin duda la ribera,
Y yo ¡triste de mí! no sé nadar;
Ven á mi lado; ven; contigo muera
Y en tumba de los dos truéquese el mar.

(*Estrechando convulsivamente entre sus brazos á la condesa que continúa desmayada*).

CANTO X.

Nos hallamos en Nápoles: la luna
Su faz oculta entre tupidos velos,
Y en la iglesia inmediata (pues estamos
En cierto sitio donde existe un templo),
Lentamente, y con son acompasado,
Las nueve y media de la noche dieron.
Sopla un aire sutil, propio sin duda
De la estacion del aterido invierno,
Y de un invierno crudo, como en Nápoles
Jamás acaso los nacidos vieron.

Las calles accesorias á aquel punto,
Lo mismo que este, yacen en silencio,
Interrumpido apenas por los pasos
De algunos transeuntes, que ligeros
En el ancho portal van penetrando,
De un edificio de sombrío aspecto
Que enfrente de la iglesia se levanta
De aquel paraje en el estremo opuesto.

Luego queda otra vez todo tranquilo
En la tiniebla y soledad envuelto,
Y un hombre que, embozado en una capa,
Una sombra parece ó un espectro,
De un ángulo saliente de la iglesia
Se aparta un tanto; mas, á poco, el puesto
Vuelve á ocupar, y acecha cuidadoso
Si alguno pasa por allí un momento.

—No viene, dice al fin; y con su planta
Hiere impaciente y con vigor el suelo,
Esclamando otra vez:—¿Dónde demonios
Se habrá ocultado mi querido Pietro?
Hace ya media hora que le aguardo,
Y aunque él no sepa para qué le espero,
Sabe ya que le aguardo y lo que pueden
Mi brazo rudo y mi afilado hierro.
Desdichado. Si aleve me vendiera...
Mas no es posible que me venda Pietro.
Podrá ser un malvado, si se quiere;
Pero es tan fiel como lo fuera un perro.»

Así dijo aquel hombre misterioso
Y aquel sitio cruzó con paso lento,
Mientras otro embozado, que llegaba,
Con gran cautela le salió al encuentro.
Y es fama que los dos, allí reunidos,
En baja voz, mas con seguro acento,
Sin alejarse mucho de la iglesia,
De este modo, lectores, departieron.

EMBOZADO 2.°

¿Hablo al capitan Jacobo?

JACOBO.

Yo soy, acércate, Pietro;
Acércate y díme al punto
Lo que has visto y lo que has hecho.

PIETRO.

He visto á los dos amantes.....

JACOBO.

Dónde?

PIETRO.

En su casa; y he puesto
Mis ojos, en unos ojos
Que son un par de luceros.

JACOBO.

Esplícate.

PIETRO.

La española
Tiene un criado, un mancebo
Español, llamado Pablo.
De él...

JACOBO.

Amigo te has hecho.
¿No es verdad?

PIETRO.

Precisamente.
Ese diablo tiene celos
De todos; de mi, no obstante,
Que no sospecha sospecho.

JACOBO.

Sé claro y preciso. Sigue.—

PIETRO.

Voy al punto á complaceros,
Capitan.

JACOBO.

Atento escucho.

PIETRO.

Y yo la historia comienzo.—
Anticipándome á vos,
Hace dias, capitan,
A Nápoles, sin afan
Llegué, y sin temer á Dios.
Que estando nuestras cabezas
En pregon, no es necesario
Afirmar, cuán temerario
Es hacer tales proezas.

JACOBO.

Tienes razon, Pietro amigo;
Prosigue; mira mi afan.

PIETRO.

Justo es, mi capitan;
Os interesa... y prosigo.
Dejando nuestras montañas
A esta córte al fin llegué,
Y mis hábitos cambié
Por otros, con buenas mañas.

Mudando de traje y modos
Dejé á un lado mi rudeza
Natural, y con llaneza
Me puse á engañar á todos.
Y noté con atencion
Lo poco que se divisa
Tras la hipócrita sonrisa
La maldad del corazon.

JACOBO.

Sigue, Pietro; mi paciencia
No agotes, haciendo alarde
De tu valor; á un cobarde
Nunca encargué la prudencia.
El que teme, siempre fué
De sus terrores esclavo.
Eres cauto y eres bravo
Y por eso te envié.

PIETRO.

Quise, capitan, decir
Que supe amigos hallar
Y que pude averiguar
Lo que os voy á referir.
Hace un año, que á este suelo,
Aunque parezca mentira,
Vuestra condesa de Alcira
Dicen descendió del cielo.
Otros repiten, al verla
Tan hermosa, que la mar
Tuvo el capricho de echar
Hácia la Italia esa perla.
En esto, acaso aludian,
Si mi magin no se alasca,
A cierta negra borrasca
Que el buque donde venian
Ella y su hermano...

JACOBO.

Lo sé:
Naufragó, y ella, salvada
Fué por milagro...

PIETRO.

Y hallada,
Mas tarde, ignoro por qué,
Junto á su hermano, en la orilla.
Siendo luego de estrañar
Que sin él saber nadar
La salvára...

JACOBO.

Es muy sencilla
La esplicacion de esa oscura
Historia que nadie sabe.
Yo solo tengo la clave;
Me la dió mi desventura.
Prosigue.

PIETRO.

En salvo los dos,
Diz que el rey, que quiso verlos,
Se propuso protegerlos.

JACOBO.

Y lo hizo!

PIETRO.

Sí, por Dios.
Segun mi crónica abarca,
La de Alcira, de antemano,
Fué esposa de un italiano
Muy querido del monarca.

JACOBO.

Lo sé, lo sé.

PIETRO.

Tanto, en suma,
El rey ya les favorece,
Que su poder, cunde y crece
Como el aceite ó la espuma.

JACOBO.

No anduvo en verdad reacio...

PIETRO.

Dá el monarca, ellos reciben,
Y hermano y hermana, viven
En un soberbio palacio.

JACOBO.

Juntos...! qué rabia! y la gente
No conoce la impostura;
Y él goza de su hermosura
Mientras mi amor lo consiente!
Triste sino me persigue
Con negro rencor profundo.

PIETRO.

Todo se arregla en el mundo.

JACOBO.

Prosigue, Pietro, prosigue.

PIETRO.

Al español se le acusa
Porque ya la confianza
Régia, parece privanza
De que dicen que él abusa.
Tanto le contempla el rey
Que, segun todos me han dicho,
Si él abrigára un capricho,
Su capricho fuera ley.

JACOBO.

¡Basta ya! ¡Viven los cielos!
¿No ves que me estás matando
A medida que atizando
Vas la hoguera de mis celos?
Sin duda la adulacion
Favorece á mi rival...

PIETRO.

Y sin embargo, es cabal
Modelo de abnegacion.
Todos le pintan sincero,
Noble, honrado y generoso;
Solamente le hace odioso
Su cualidad de estranjero.

JACOBO.

Si alguno le tiene amor
Yo haré que en odio se inspire,
Yo haré que el pueblo le mire
Cual le pinte mi rencor.
A los grandes haré ver,
Si el furor no ata mi lengua,
Que el rey sus timbres amengua
Con tan ciego proceder.

PIETRO.

Me ocurre un plan ingenioso:
Hagamos correr la voz,
Que circulará veloz
Por ese mundo, afanoso
De grandes noticias...

JACOBO.

Dí.
No aumentes mas mi impaciencia.

PIETRO.

Siempre la maledicencia
Hizo milagros aquí.
Nadie ha pensado, en verdad,
En esta intriga de ley:
Digamos que loco el rey
Está por esa beldad.

JACOBO.

Insensato! ¿ por ventura
Piensas que á mí se me alcanza
Tomar tan ruin venganza?
Mi venganza es mas segura,
Mas grande. Firme en mi puesto
Yo lucharé ¡voto á tal!
Con ese nécio rival
Y ese rey á quien detesto.
Pronto, Pietro, secundado
Por tí...

PIETRO.

Lo espero impaciente

JACOBO.

Siento pasos; viene gente.
Ven, hagámonos á un lado.

Guardaron silencio, y el ángulo oscuro
Del templo, de nuevo guarida les dió;
Y al punto dos hombres, tambien embozados,
Cruzaron la plaza con paso veloz.
Y añade la historia secreta de Nápoles
Que á Pietro, Jacobo con voz sepulcral,
—¿Quién son los que llegan? le dijo al oido;
Y Pietro responde:—Señor, es Adam.
—¡Adam! Vive el cielo que está entre mis manos;
Por fin el infierno mi súplica oyó.
—¡ Matémosle!—¡ Calla! mi horrible venganza
Será mas certera, mas grande y feroz.
¿ Qué importa la vida? yo quiero quitarle,
Aun mas que la vida, su dicha y su paz.
Herirle en el alma; robarle el sosiego,
Cubrirle de luto, llenarle de afan.
—Pensaislo despacio? Jamás un momento
Cual este, propicio, podreis obtener.
—¡Silencio! ¡silencio! respétame y calla.
¿No ves que se acercan? Ocúltate, ven...»
Callaron, y al punto los dos que venian,
Sin ver á los otros, parados quedaron,
Y cuenta la historia secreta de Nápoles
Que así, con sigilo, allí conversaron:

ADAM.

Ven, Pablo, la noche oscura
Mis intentos favorece.
Que mis ojos atestigüen
Lo que mi razon no acierte
A comprender.

PABLO.

¿Dudais?

ADAM.

Dudo
De tanta infamia. En mi mente
No cabe la vil sospecha
Que ver realizada teme
Mi corazon. No es posible
Que haya pechos tan aleves
E ingratos; hombres que paguen
De tal modo las mercedes,
Que reciben y que imploran
A su rey constantemente,
Mientras que torpe le adulan
Y sus instintos pervierten.
Comprendo muy bien que el pueblo
Romper sus grillos anhele;
Que aspire la Italia entera
A ser poderosa y fuerte
Y grande; pero me aturde
El cinismo de esas gentes
Que besan al rey las plantas
Al par que sus plantas muerden,
Y en secreto al pueblo adulan
Le seducen y enloquecen.

PABLO.

Es cierto, señor, y ellos...

ADAM.

Habla: ¿por qué te detienes?

PABLO.

Dicen...

ADAM.

No sigas: presumo
Cuanto á decir no te atreves.
Sí, lo adivino: hace dias
Que la calumnia se cierne
Sobre mí; la envidia infame
Su mortal veneno vierte
Sobre la fama de honrado
De que gozo justamente.
El cariño que el monarca
Me demuestra; las mercedes
Que, sin que yo las pidiera,
Quiso desde luego hacerme,
Han despertado los celos,
La emulacion de esa gente
Cortesana, que sin duda
Me calumnia y me aborrece.
Es cierto que no he nacido
En esta tierra; que pueden
Llamarme estranjero; es cierto;
Mas este estranjero tiene
Un alma noble, que sufre
Cuando los buenos padecen.
La pátria del hombre honrado
Es el mundo; el delincuente
No tiene pátria; el infame,
Por estranjero tenerse
Debe en todas partes; nunca
Un malvado se conduele
Del llanto que en la desgracia
Sus conciudadanos vierten.

PABLO.

Es verdad.

ADAM.

Óyeme, Pablo:
Muchas veces, muchas veces
Hablé con el rey á solas
Y traté de convencerle
De que el amor de los súbditos
Es el sosten de los reyes.
No hay cadenas mas robustas
Que las que el cariño teje,
Pues son cadenas de flores
Que las voluntades prenden.—
Pluguiera á Dios que le hablasen
Todos de la misma suerte!
Pluguiera á Dios que la santa
Verdad, tuviera su albergue
En los palacios! que luego
A las chozas descendiese
Para que el rey y el vasallo,
Ambos recíprocamente,
En estrecho lazo unidos,
Se amasen y protegiesen.—
Mas ya llegan embozados
Uno tras otro... ¿ no adviertes?
Míralos; no me engañaban.
Por la acera de allí enfrente
Como sombras misteriosas
Se deslizan los que muerden
Mi reputacion y adulan
Al monarca; van á hacerle
Traicion; en la sombra velan;

Por las espaldas le hieren,
Y mañana, sin embargo,
Irán como astutas sierpes
Tal vez á victorearle
Y desde luego á perderle,
Divorciándole del pueblo
Con medidas imprudentes.
Son los conjurados; míralos:
Unos tras otros se pierden
Tras el portal de la casa
Del duque. Pero ¿qué tienes
Que miras hácia ese lado
De tal modo?

PABLO.

Me parece
Haber oido que hablaban
Ahí detrás. (*Señalando al templo*).

ADAM.

Hoy te vence
Sin duda el temor; ahora
Nadie por aquí se atreve
A pasar; el triste aspecto
De la fachada imponente
De esa iglesia...

PABLO.

La señora,
Tan encargado me tiene
Que cuide de la existencia
Del hombre á quien tanto quiere...

ADAM.

¿No es cierto que ella me ama
Con pasion?

PABLO.

Dianora suele
Pintarme de la señora
Condesa el afan vehemente.
No descansa cuando estamos
Lejos...

ADAM.

¡Ay! mi adversa suerte
Ha persistido en negarme
El bien que tanto apetece
Mi alma. Tú no lo ignoras.
Mi deseo mas ardiente
Era poseerla, darle
Mi mano, como ya tiene
Mi corazon. Pero, apenas
Pisamos el suelo éste,
De allá de España, llegaron
Tristes noticias: la muerte
Desastrosa, inesperada
Del baron...

PABLO.

Hace once meses
Y mas, que murió. Del luto
Muy pronto el término vence.

ADAM.

Tienes razon; pronto Julia
Será mia; mi impaciente
Corazon, esa suprema
Ventura vislumbra alegre.

PABLO.

Dichoso yo, si eso mismo
Del mio decir pudiese!

ADAM.

¿Amas á Dianora?

PABLO.

Tanto
Que el pensarlo me estremece.

ADAM.

¿No eres feliz?

PABLO.

Tengo celos
Que en el corazon me muerden.

ADAM.

¿De quién?

PABLO.

De Pietro.

ADAM.

Insensato!
Los celos son una fiebre
Que se apodera del alma
Y nos ciega y enloquece.
Pietro es tu amigo.

PABLO.

Le tuve
Por tal; pero el alma teme
Una traicion.

ADAM.

Ese hombre
Bueno y honrado parece.
Por lo demás, si Dianora
Como presumo, te quiere,
Será tuya.

PABLO.

¡Dios lo haga!

ADAM.

Sí, sí, nécio ¿por qué temes?—
¿Qué hora dió el reló?

PABLO.

Han dado
Las diez.

ADAM.

Pues irnos conviene
De este sitio solitario
Donde la traicion se cierne
Y afila el puñal oculta
En las sombras que la envuelven.
Sígueme, Pablo, y ten calma;
Los conjurados poseen,
Segun dijo el miserable
Que ha delatado á sus gentes,
Una medalla de bronce
Que de contraseña suele
Servirles. Yo no he logrado
De alguna de ellas hacerme,
Porque al delator los otros
Se la han quitado. No puede
Nadie sin ella en la casa
Penetrar. Cuando comience
El baile que allí vá á darse
Yo haré que mucho no esperen.
Sígueme, Pablo; veremos
Si al fin los malvados vencen. (*Se alejan.*

. . . .

JACOBO.

Pronto, Pietro! ya se van.
¡Cómo brilla mi esperanza!
Ellos dan á mi venganza
La coyuntura y el plan.
Si sufrir desde la cuna
Mi funesto sino fué,
Hoy realizarse veré
Los sueños de mi fortuna.
Para vengarme viví;
Por vengarme tuve aliento,
Y en este mismo momento
Esa ventura entreví.

Pronto, ¡Pietro! antes que estalle
Mi corazon de alegría;
Sígueme, y atento espía
Desde aquella boca calle.
Preven tu afilado acero;
Ten prudencia, mucho tino;
A nadie dejes camino;
Y al transeunte primero
Que al doblar la esquina aquella
Penetrar quiera en la casa,
Con diligencia no escasa
Impídele entrar en ella.
Yo entretanto ¡voto á tal!
Despierto estaré y alerta,
Velando junto á la puerta
Por si salen del portal.
Si el transeunte batalla
Por evadirse, tu acero...
Ya me entiendes: solo quiero
Arrancarle la medalla
Que lleve por contraseña.
Sin ella puede vivir,
Pero tiene que morir
Si en negársela se empeña.
Si por vivir te la dá,
Ponle el puñal por delante
Y condúcele al instante
Donde esperándome está
Nuestra gente: hazla saber
Que esta noche aquí conspiro;
Que resueltamente aspiro
A vengarme ó perecer.
Si mi capricho es tu ley
Demos un golpe maestro
Y el porvenir será nuestro:
Nos vengaremos del rey.

CANTO XI

LA CONJURACION.

Un espacioso salon subterráneo, cubierto de tapices negros, en el palacio del duque de * * *.—Doble hilera de escaños á los lados.—En el testero de enfrente, mesa con recado de escribir, un ejemplar de la Biblia, y varios papeles.—Conjurados con antifaces negros.—En la mesa de la presidencia tres hombres tambien enmascarados.—El salon está débilmente alumbrado por una lámpara que pende de las bóvedas.

UN CONJURADO.

Teneis razon, señores: ha sonado
La hora bendita de salvar la pátria
Que hoy dolorida y sin ventura, yace
A los pies de un tirano maniatada.
Teneis razon: ya es tiempo de que el sólio
De ese tirano, para siempre caiga,
Y que el pueblo, que gime entre cadenas,
De su ardiente furor rompa la valla.

OTRO CONJURADO.

Caiga el déspota odioso y maldecido.
Que nadie alivie sus mortales ánsias.
Harto tiempo sufrimos como esclavos
Acatando sus leyes malhadadas.
Esta noche...

TODOS.

¡Sí, sí!

UN CONJURADO.

No mas, rendidos,
Nos halle el sol ante sus pies mañana;
Que perezca esta noche; que á su sombra
Se realice la empresa sacrosanta.

VARIAS VOCES.

¡Muera! ¡Muera!

EL PRESIDENTE.

Señores, perdonadme
Si un instante interrumpo vuestras pláticas.
Es fuerza dominar por un momento
El entusiasmo que enardece el alma.
Ya sabeis que afrontamos un peligro
Que nuestros cuellos sin cesar amaga.
Bajad la voz, que las paredes oyen
Y algunas veces las paredes hablan.
Esta noche el tirano inadvertido,
¿Lo ois, señores? pisará esta casa
Y en su pecho el puñal hundir podremos,
En medio del festin y de la danza.
La empresa es fácil, y hacedera y justa;
Mas ese pueblo, que afrentado calla,
Servil doblando la rodilla, tiembla
Mirando el rostro del feroz monarca.
Mañana, cuando el sol los horizontes
Esclarezca, ese pueblo, esa canalla,
Verá con pasmo lo que habremos hecho;
Mas no por eso verterá una lágrima.
Temblarán de pavor ó de alegría
Parciales ó enemigos; sus miradas
Atónitas cruzándose, patente
Harán luego el estado de sus almas.
Su incertidumbre mostrarán los unos;
Los otros pensarán en su venganza,
É indecisos, perplejos, asombrados,
Todos veran lo que en la córte pasa.
Entónces, ¿me escuchais? todos vosotros...
Nosotros todos, con vigor, con calma,
De pátria y libertad el grito alzando,
Proclamaremos la unidad de Italia.

VARIOS CONJURADOS.

¡Bravo! ¡bravo! eso es.

TODOS.

Eso queremos.

EL PRESIDENTE.

¿Qué importa lo demás? que el grito salga
De nuestros labios, que lo escuche el mundo,
Y el mundo entero nos dará la palma.

Duerme el leon; el pueblo no despierta;
Mas si sacude su sopor, sus garras
Sabrá clavar en los infames pechos
De los que asi, señores, nos ultrajan.
Toda la tropa está de nuestra parte;
La guarnicion de Nápoles ganada
Tenemos; la Sicilia espera ansiosa;
Y al lado de Sicilia está la Italia.
No mas fieros tiranos; no mas viles
Estranjeros; no mas torpes privanzas.
Muera el nécio español que nos insulta
Y de nosotros sin cesar se aparta,
Cual si temiese que en su frente el lodo
Que quiere echarnos, para siempre caiga.

CONJURADOS.

Sí, que muera ese torpe aventurero.

EL PRESIDENTE.

Fatal destino le sacó de España,
Y del rey le condujo á la presencia
Por labrar nuestro oprobio y su desgracia.
Mueran los dos, el uno á nuestras manos
Y el otro á manos de la plebe airada;
Mas, antes, combinar nos es preciso
El logro de esta empresa temeraria.
Es preciso, señores, que esta noche,
En medio del placer y la algazara,
Un agudo puñal y un brazo fuerte
Sobre el tirano con presteza caigan.
Es preciso que alguno de vosotros
Empeñe desde luego la palabra,
Y se encargue de ser de la justicia
De todos, todos los que aquí se hallan,
El fiel ejecutor. ¿Quién, ahora mismo
De esa difícil comision se encarga?

(*Todos se miran y guardan silencio.*)

EL PRESIDENTE.

¿No respondeis, señores? ¿es que, acaso,
Cuando la hora se aproxima, os causa
Remordimientos ó temor la empresa
Que esta noche ha de verse consumada?
Sabeis que yo, mi obligacion cumpliendo
Como dueño esclusivo de esta casa,
Haciendo sus honores, necesito
Permanecer al lado del monarca.
Falta, pues, que otros muchos, festejándole,
Se agrupen en redor, siempre con maña,
Teniéndole apartado de cualquiera
Que vendernos quisiese en hora infausta.
Por eso es fuerza que uno de vosotros
Se encargue al fin, en nombre de la pátria,
De hundir tres veces en el seno impuro
Del rey tirano la punzante daga.
¿Quién de vosotros la alzará? decidme.

(*Nueva indecision y nuevo silencio.*)

UN ENMASCARADO, *que penetra en el salon.*

¿Buscais un hombre? pues aquí se halla.

TODOS.

¡Bravo! ¡bravo!

EL PRESIDENTE.

¡Silencio! vuestros gritos
Serán funestos á la noble causa
Que hacer triunfar queremos, si escuchados
Son por alguno que por fuera pasa.
Buscábamos un hombre, y ese hombre,
Mejor diremos héroe de la pátria,
Con voz segura y arrogante aspecto
Se obliga al fin á consumar la hazaña.
Bien venido el amigo y el hermano
Que, con su arrojo y decision, nos saca
De un piélago de dudas enojosas
En que yerto el espíritu flotaba.
Yo saludo al valiente; pero es fuerza
Que el que prometa levantar armada
Esta noche su diestra vigorosa,
Nos muestre aquí sin antifaz la cara.

EL ENMASCARADO.

¿Para qué?

EL PRESIDENTE.

¿Para qué? voy á esplicarme:
Quien echa sobre sí la enorme carga
De obrar por todos, consumando el acto,
Temer no debe de nosotros nada.
Poco vale una vida, si con otras
Mil vidas esa vida se compara.
Si fuéseis un traidor ¿quién nos responde
De que vais á cumplir vuestra palabra?
Es preciso que todos conozcamos
Al héroe principal de esta jornada
Para ofrecerle merecidos lauros
Ó para herirle el corazon mañana.
Descubrios.

(*El presidente se levanta y todos le imitan.*)

EL ENMASCARADO.

Yo os juro...

EL PRESIDENTE.

Cuando el rostro
Libre mostreis del antifaz que os tapa,
Yo el juramento os tomaré que ahora
Quereis hacerme.

EL ENMASCARADO.

Permitid que os haga
Una protesta....

EL PRESIDENTE.

Descubrios al punto
Si un cobarde no sois.

EL ENMASCARADO.

¡Oh! ¡calla! ¡calla!
¡Cobarde yo! ¿no temes que mi cólera
Menudos trozos de tu lengua haga?
¡Yo cobarde!

EL PRESIDENTE.

Descúbrete.

EL ENMASCARADO.

¿Lo quieres?
Mírame bien: contémplame á tus anchas.

(*Se quita el antifaz.*)

EL PRESIDENTE.

¡Cielos! ¿que miro? la traicion infame
Aquí á Jacobo de Riestri manda.

MUCHOS CONJURADOS.

¡Riestri!! ¿habeis oido? aquí el malvado...

JACOBO.

Silencio todos, ó temed mi saña.

(*Pausa: profundo silencio.*)

¿Quién habla aquí de pérfidas traiciones?
¿Quién aquí, nécio, de malvados habla?
¿Sois vosotros, que estais siempre temblando
Cual vil rebaño de ovejuelas mansas?
Bien moveis vuestras lenguas bajo el techo
De un sótano empotrado en vuestra casa,
Y al moverlas, quereis pasar por héroes;
¿Héroes vosotros? el oirlo pasma.
Pasen por tales los que pan amargo
Comen tal vez muy lejos de su pátria
Por haber sido buenos; los que vierten
En negros calabozos muchas lágrimas
Siendo inocentes; los que nunca medran
Adulando á los fuertes; los que hablan

La verdad á los reyes y á los pueblos
Sin ambicion y sin doblez insana.
Nadie, cual yo, la sangre del tirano
Beber anhela con mayores ánsias;
Nadie en el mundo, como yo, aborrece
Al rey, pues ódio me infundió su raza;
Mas yo no soy traidor; yo no le adulo,
Para medrar, con intencion bastarda.

VARIOS CONJURADOS.

¡Viene á insultarnos! ¿lo sufrimos?

JACOBO.

Vengo
A secundaros en la empresa árdua
Que imaginais; mas con la frente erguida
Quiero deciros las verdades claras.
¿Qué hicisteis, no hace mucho, cuando el nombre
Del pueblo, vuestros labios pronunciaban?
Le llamásteis servil, le apostrofásteis
Con los motes de plebe y de canalla.
¡Hipócritas! ¿pensais que pronunciando
El nombre augusto de la hermosa pátria
Lo mismo al rey que al pueblo en vuestro dolo
Impunemente insultareis con rábia?
¡Insensatos! del pueblo habeis salido
Y mercedes debeis á ese monarca.
Vendeis al uno y calumniais al otro.

PRESIDENTE.

Basta de insultos insolentes.

TODOS.

¡Basta!

JACOBO.

No basta, no, ¿pensásteis que he venido
Indefenso, á ponerme en vuestras garras?
Cerca de aquí, cien hombres apostados
Tengo. Dispuestos á tomar venganza
Están, y os juro que será tan grande
Como cumple á quien ya no teme nada.
Cada uno de ellos vale por cincuenta
De vosotros; son fieras que se lanzan
Con placer al combate, que la muerte
Ven impasibles y el peligro aman.
Si me tocais, si falto... este palacio
Vereis envuelto en destructoras llamas.—
Uno está de vosotros en rehenes.
¿Conoceis por ventura esta medalla?
Con ella penetré; pero su dueño
Sumiso y triste su sentencia aguarda.

EL PRESIDENTE.

Es fuerza resignarse.
(*Cayendo sobre su silla y con desaliento.*)

UN CONJURADO.

Por desdicha
La defensa es inútil, temeraria.

JACOBO.

Es muy cierto, sois mios; pero ahora
Nadie quiere ofenderos; nadie trata
De averiguar los verdaderos móviles
De los proyectos que poneis en planta.
Poco me importa que vengais guiados
Por una idea de ambicion insana,
O porque solo os estimule el noble
Afecto puro de salvar la pátria.
¿Qué me importa? vosotros algun dia
Podreis hacer lo que mejor os plazca
Renunciando á las torpes ambiciones
O asesinándoos por mejor lograrlas.
Yo no tengo ya hogar, no tengo amigos;
Maldecido de Dios, perdida el alma,
Con horror caminando por el mundo
Voy siempre envuelto entre tinieblas vagas.
Solo un amor por mi desdicha tengo;
Amor que el triste corazon traspasa,
Pues el cielo me niega la ventura
De poder abrigar una esperanza.

UN CONJURADO.

Casi loco parece: de sus ojos
Brillantes chispas con furor exhala.

JACOBO.

Razon teneis en suponer que ahora
Demente estoy; mas hablaré con calma.
¿Sabeis vosotros lo que solo al mundo
Puede ligarme, y á la vida amarga?
Escuchadme otro poco y ya vereis
Cómo mi historia sensacion os causa.

* * *

«Yo era un niño inocente; de mi madre
En el regazo, con placer gustaba
Esas dulces, suavísimas caricias
Que el candoroso espíritu amamantan
De los niños; apenas cinco años
Entonces ¡ay! de mi existir contaba.
Era mi padre un grande; mas no de esos
Que tan solo lo son por su prosapia
Mas ó menos ilustre; la nobleza
Le era propia; no fué solo heredada.
Dióle el cielo mil bienes; su fortuna
Era cuantiosa; sus riquezas tantas
Que mas de un cortesano le temia
Y mas de un avariento le envidiaba.
Muchas veces mi madre me ha pintado,
Vertiendo siempre abrasadoras lágrimas,
Sus acciones benéficas, su afable
Trato, sus dotes, su grandeza de alma.
Nunca un pobre infeliz llegó á su puerta,
Sin que con dulce caridad cristiana
Mi padre socorriera con su mano,
La orfandad de aquel pobre ó la desgracia.
El pueblo sus acciones bendecia,
Todo el mundo sus prendas alababa...
¿He dicho todo el mundo? me equivoco;
La vil envidia se cebó en su fama,
Y la negra calumnia maldecida
Clavó en su pecho las sangrientas garras.
Un amigo... un infame, secundado
Por otro mónstruo que abortó la España,
Juró su perdicion, porque mi madre
Rechazó una pasion torpe y villana.
Era ese mónstruo, de que os voy hablando,
Adulador y amigo del monarca
Y al fin clavó su venenoso diente
En nuestros timbres con horrible saña.—
Él acusó á mi padre de un gran crímen
De lesa majestad; su vil palabra
El traidor español apoyar supo,
Falso testigo, pérfido y sin alma.—
Un dia... ¡infausto dia! de inhumanos
Esbirros, mi mansion fué rodeada,
Y mi padre llevado á un calabozo
Sin que inspirase su inocencia lástima.—
Mas no, no he dicho bien; el pueblo acaso
Vertió en secreto dolorosas lágrimas
Mientras que aleves cortesanos torpes
En sus rostros su júbilo mostraban.
La cólera del rey era terrible:
Nuestras pingües haciendas confiscadas
Fueron al punto, y víme con mi madre
Pobre á las puertas de mi rico alcázar.
Mi triste madre me cogió en sus brazos
Y vestida de luto, resignada,
Renunciando á sus pompas, no podia
Renunciar al esposo que adoraba.
Sin verle, sin oirle, con el pecho

Lleno de afan y el alma destrozada,
De la cárcel los ámbitos oscuros
Conmigo quiso traspasar incauta.
¡Vano intento! las puertas no le abren;
Suplica, llora; ¡diligencia vana!
Los feroces guardianes de mi padre
No tienen ¡ay! ni corazon ni entrañas.
Atónita, confusa, dolorida,
Llena de espanto, á la real morada
Corre otra vez, y como siempre intenta
Presentarse á la vista del monarca.
Lógralo al cabo: ante sus pies se postra,
Pide justicia, compasion demanda,
Y al notar que á sus voces continúa
Sordo, con loco frenesí me abraza.
—Mi esposo está inocente, dando un grito
La pobre madre congojosa esclama;
Lo juro por mi hijo; por el tierno
Niño, que pongo ante tus reales plantas.
Míralo bien, el ángel de mi vida
La de su honrado padre te demanda;
No manches esta frente tan serena
Ni empañes esta límpida mirada.
Ten piedad y perdona; ¡es tan hermoso
Impedir que se vierta sangre humana!

UN CONJURADO.

¡Pobre madre!

JACOBO.

¡Si, sí; pobre...! tan pobre
Que mártir fué para mostrarse santa.
—«Señora, dijo el rey; vuestro marido,
Hoy en poder de la justicia se halla;
Si los jueces por malo le condenan
Cumpla su fallo la justicia humana.»

EL PRESIDENTE.

Continuad.

JACOBO.

¿No es muy cierto que esta historia
Conmueve el corazon y aterra el alma?
Mi padre era inocente y sin embargo
La acusacion inicua fué apoyada
Por testigos comprados con el oro
De aquellos que al honrado calumniaran.
Los jueces, engañados ó vendidos,
Deliberaron con horrible calma...
Y un voto... un voto lúgubre, inclemente
Inclinó hasta el abismo la balanza.

UN CONJURADO.

¿Y vuestra madre?

JACOBO.

Pronto fué viuda.
Se alzó un cadalso en medio de una plaza
Y mi padre infeliz, el hombre probo...
Dejad que omita lo demás que falta,
Sin pedir que os esplique los detalles
De aquella horrible maldecida infamia.
Solo quiero deciros que aquel dia
Una pobre mujer, desmelenada,
Pálido el rostro y demacrado el cuerpo,
De Nápoles corriendo se alejaba
Con un niño en sus brazos, como loca
Repitiendo estas lúgubres palabras:
—¡Hijo mio, hijo mio! que el infierno
Venga en tu auxilio si el Señor te falta;
Que algun dia la sangre de tu padre
Sobre sus viles asesinos caiga.»

EL PRESIDENTE.

Triste historia.

JACOBO.

¿No es cierto que es muy triste?
Pues... oid lo demás. Mi infortunada
Madre, mas tarde, arrepentida, quiso
Perdonar, y alejarme de la ingrata
Tierra, dó abrí mis inocentes ojos
Para ver mi desdicha consumada.
Un buque nos dió asilo: para América
Izó las velas la flotante casa
Y en busca de un pariente ál Nuevo Mundo
La infeliz en sus brazos me llevaba.
Desde entonces, confusos mis recuerdos
Brotan ya en mi memoria: yo admiraba
La grandeza del mar y me cernia
Sobre el abismo cual se cierne el águila.
Una noche serena, limpia, hermosa,
El buque esbelto rápido volaba
Y yo, echado en el seno de mi madre,
Bebiendo alegre las marinas auras
Que entre el velámen sin cesar bullian,
Las estrellas estático miraba.
De pronto, un ronco acento, atravesando
El espacio, se alzó sobre las aguas,
Y el capitan del buque, á sus marinos
Les dió instrucciones; pero en lengua estraña.
Nada entendí, y el barco mas ligero
Continuó navegando, y mas cercana
Otra vez se escuchó la voz de antes
Dominando el silencio que reinaba.
¿Sabeis vosotros lo que aquello era?
¿Podreis pensar en la aventura estraña
Que allí nos deparó fiero destino?
Yo mismo tiemblo solo al recordarla.
Diseñando sus formas imponentes
Sobre el vasto horizonte, se acercaba
Ligero hácia nosotros otro buque
De alto bordo y poderosas gávias
Que, á modo de imponente gaviota,
Con increible rapidez volaba.
Luego vióse una luz como un relámpago
Y un sordo trueno se escuchó; una bala
Silbando por encima de nosotros...
Nunca podreis imaginar la infausta
Escena que siguió; yo la recuerdo
Y aun me parece que se turba mi alma.

VARIOS CONJURADOS.

¡Un combate en el mar!

JACOBO.

La tierra es grande;
¿No es cierto? mas ¿qué importa? no es tan ancha
Que el hombre tenga en ella suficiente
Espacio; es fuerza que á los mares vaya
A lidiar y á morir, aunque no pueda
Tener luego una fosa y una lápida
Que resguarden sus restos.—Fué un combate;
Lo habeis adivinado; una batalla
Que en el silencio de la noche augusta
Impasibles los astros contemplaran.
¡Oh! no sabeis, aquello era imponente,
Sublime y horroroso: el mar en calma
Y sobre el mar los dos buques sombríos
Vomitando á torrentes la metralla.
Luego... luego... ¿sabeis qué significa
Un abordaje? unidas las dos bandas,
De los flotantes edificios negros,
Que allí con furia y con teson luchaban,
No hubo ya compasion para ninguno;
Ni aun para el triste que entre fieras ánsias
Exhalando gemidos, iba luego
A caer en los senos de las aguas.
Todo fué confusion, al estampido
De las armas de fuego; á las palabras
De cólera, y horribles maldiciones,
Sucedió el esterminio y la matanza;
La lucha cuerpo á cuerpo, y brazo á brazo,
Armados todos del puñal y el hacha.

UN CONJURADO.

Funesta, horrible noche!

JACOBO.

Sí, funesta;
Muy funesta en verdad. Las rojas tablas
De ambos puentes, estaban de cadáveres
Y mutilados miembros atestadas,
Cuando en el buque en que mi madre iba
El incendio estalló; voraces llamas
Envolvieron su casco y su velámen.
Y al rojo resplandor que iluminaba
Aquel cuadro fantástico y horrible,
A manera de pálidos fantasmas,
En su sangre bañados, cien espectros
Por todas partes sin cesar se alzaban,
Rechinando los dientes, y arrojándose
Con furor sus coléricas miradas.

UN CONJURADO.

Temerosa aventura.

JACOBO.

Desde entonces
¿Sabeis lo que fuí yo? fuí de un pirata
Esclavo, y en su buque, prisionero
Pasé los años de mi triste infancia.
Desde entonces, con bárbara delicia,
Los embates del cuerpo y los del alma



Soporté con teson, y amé el peligro
Y odié á los mónstruos de mis males causa.
Imité de mis dueños las proezas;
Las peñas de los mares fueron blandas,
Si á mi terrible corazon de acero
Las peñas de los mares se comparan.
Mi buque fué terror de los marinos
Cuando el cetro heredé de aquel pirata,
Que á mi madre infeliz con fuerza bruta,
Hizo despues de su apetito esclava.
¡Oh! sí, yo he sido... ¿me escuchais, señores?
He sido un mónstruo en cuya frente osada
Marcó Dios su anatema; he sido el buitre
Que la sangre del hombre olfateaba
Con feroz avidez...

UN CONJURADO.

Su acento rudo
Espanto infunde y estremece el alma.

JACOBO.

Solo un dia... (con pena lo recuerdo
Y á la vez con placer); de la matanza,
Del pillaje y del robo, con hastío
Quise la vista separar cansada.
Sentí el grito que al cabo la conciencia
Despavorida y zozobrante exhala,
Cuando el hombre insensato frente á frente,
De sus recuerdos por su mal se halla.
Yo era rico, muy rico; con el oro
Que llegué á poseer, me figuraba
Que era fácil romper con mi pasado.
¡Nécia ilusion! mi madre infortunada
Murió entonces, contándome la historia
Que acabo de narrar. Ardiendo en saña
Juré sobre su cuerpo inanimado
Tomar terrible y ejemplar venganza
De aquellos que al cadalso condujeron
A mi padre infeliz. La mar salada,
Teatro de mis triunfos horrorosos,
Dejé por fin. Enderecé mi planta
Hácia Europa seguido de unos cuantos
Decididos y bravos camaradas;
Y tomando otro nombre, haciendo uso
De mis tesoros, penetré en Italia.
Llegué á este pueblo en que nací; temblando
De emocion, en sus calles solitarias
Penetré cierta noche: y en el sitio
Donde murió mi padre, con el alma
Transida de dolor, el juramento
Renové de esterminio y de matanza.
El rey ya no existia; pero vive
El heredero á quien mi ódio alcanza
Lo mismo que á su padre; los villanos
Calumniadores, que del mio causáran
La muerte, de esta tierra se ausentaron
Temerosos tal vez de que cansada
La Providencia, su ejemplar castigo
Por ignorados medios preparára.
Preciso fué buscarlos; todo el oro
Lo transfigura, vence, muda y tapa.
Jóven aún, valiente; poseyendo
Grandes tesoros, recorrí á mansalva
Las córtes de la Europa, donde he sido
El ídolo querido de las damas.
Causábame placer, placer inmenso,
Mezclarme con la loca mascarada
De impúdicas mujeres y de frívolos
Cortesanos. Feliz me recreaba
En ver su confusion, cuando mi lujo,
Mi boato y mis trenes envidiaban.
Tal vez; ¡ay! en el piélago revuelto
De aquella sociedad desenfrenada
Que, idólatra del oro, pedestales
Siempre á los ricos con ardor levanta,
Hubiérame olvidado de mis crímenes
Para gozar tan solo; pero estaba
Por medio la memoria de mi padre
Que tengo aquí en el corazon grabada.
París, Lóndres, Madrid...: nunca en mal hora
Pisára el suelo de la bella España,
Que si allí mi venganza he realizado,
Allí el valor, el corazon, el alma
Para siempre perdí!

EL PRESIDENTE.

Ved, que impacientes
Estamos.

JACOBO.

Dices bien: óyeme... y calla.
He dicho que en Madrid vengarme pude.
Los enemigos de mi padre estaban
Emparentados; eran yerno y suegro
Los que fueron inícuos camaradas.
Era preciso esterminarlos; era
Preciso, que la mano del pirata
Cayera sobre ellos, como cae
Segur cortante que los campos tala,
Ó bramador torrente que los árboles
Y hasta las peñas con furor arrastra.
Y sin embargo, acobardado, tímido,
Fuí lento en el obrar; mi mano armada,
Cien veces vaciló, tembló... Cien veces
Apagué irresoluto, la incendiaria
Tea:—Yo estaba enamorado, loco,
Sin que abrigar pudiera una esperanza.
¡Oh! recuerdo la vez que conducido
Fuí por desdicha ante la hermosa dama.—
Allí el mónstruo... sí, sí, yo que no tuve
Nunca, en mi vida, corazon ni entrañas,
Temblando de emocion, tímido, débil,
Dí á una mujer de mi pasion la palma.
Era tan dulce de sus labios rojos
La hechicera sonrisa! su mirada
Tan penetrante y vívida, que ciegos
Mis ojos, en los suyos no acertaban
A fijarse; ¡qué oprobio! yo era un niño
Que en secreto su amor acariciaba,
Huyendo loco del amado objeto
Que el valor y la calma le robara.
Sabeis la causa de mis dudas? Ella
Era hija y esposa infortunada
De los dos asesinos de mi padre.
Yo habia jurado esterminar la raza
De esos dos mónstruos, reducir á escombros
Sus hogares; mas ¡ay! que tuve lástima
De la beldad querida, y á otras gentes
Confié por el pronto mi venganza.

EL PRESIDENTE.

Son las once; á las doce en punto, el baile
Comienza; vendrá el rey, si no nos halla
En nuestros puestos...

JACOBO.

Poco ya me queda
Que deciros; escúchame y ten calma.
Falto yo de valor para cebarme
De esa hermosa beldad en la desgracia,
Dejé á Madrid, quedando confiados
Mis planes á mis bravos camaradas.—
Se dió un festin; en él mis enemigos,
Sin escluir á la orgullosa dama,
Debieron sucumbir; mas del veneno
Ella y su padre, ignoro porque causa,
Se salvaron; tan solo fué su esposo
Víctima entonces de mi fiera saña.
Luego... luego... mi vida fué un suplicio.
Por un lado mi amor cobraba álas,
Y por otro, mi padre, mi buen padre
«¡Véngame pronto!» sin cesar gritaba.
Mas ¡ay! mi corazon enamorado,
Os lo confieso con vergüenza y rábia,
Al inclinarse á la mujer querida
A ser bueno y humano se inclinaba.
Fuí sombra de la hermosa; en los teatros,
En el templo, en las calles... ¡oh! mal haya
Mi loca ofuscacion! yo la seguia
Sin que tímido el labio una palabra
Supiese formular; sin que mi acento
Jamás en sus oidos resonára.
Y ¿cómo hablar? El hombre maldecido,
El hijo del ahorcado, el vil pirata,
Era imposible que esplicar pudiese
De su ardiente pasion la activa llama.
Fué preciso seguir la antigua senda:
Maté, incendié, luché con mi desgracia
Y otra vez, y otras mil, con rudo encono
Juré matar al hijo del monarca

Que, al llevar al suplicio á mi buen padre,
De mi desdicha y perdicion fué causa.
Tal vez una sonrisa de la hermosa
Mujer que idolatré, me separara
De estos nuevos caminos que emprendia
Sediento de esterminio y de matanza.
Mas aquella mujer no pudo verme;
¡No pudo verme porque ciega estaba!
Tan ciega que, dejando el pátrio suelo,
Con un imbécil dirigióse á Italia,
Llamándole su hermano, cuando era
El amante á quien loca idolatraba.

UN CONJURADO.

¿Y el nombre de esa hermosa?

JACOBO.

Ya parece
Que os interesa el nombre de esa dama.
¿No es cierto? pues oidlo...

EL PRESIDENTE.

No la nombres.
Ya con las señas que nos diste basta.
La mujer, que tú adoras en secreto,
Es la condesa; la española odiada
Que aquí vino á intrigar... y que merece
Un suplicio tambien.

JACOBO.

Cállate, calla,
Sella el labio; no manches con tu aliento
El dulce nombre de mi Julia amada.
Nadie, nadie en el mundo, mientras tenga
Fuerzas mi brazo y mi valor audacia,
Tocará ni á un cabello de esa hermosa.
Ella es un ángel de belleza rara
Que nunca os ofendió...

UN CONJURADO.

Razon le sobra.

OTRO.

Tiene razon: aquí ya no se trata
De matar á mujeres indefensas.
Hoy aquí la nobleza coaligada
Vá á vengarse...

JACOBO.

Mi vida he referido,
No con objeto de inspiraros lástima,
Sino solo ganoso de mostraros
Mis designios, mi cólera, las causas
De mi ardiente rencor; no me digais
Que es noble y justa y conveniente y santa
Vuestra empresa. Yo solo necesito
Castigar al autor de mis desgracias,
Y hacer que mi rival sufra los golpes
Que rudamente sobre mí descargan
Los celos que me oprimen. Yo, privado
De mi hogar, de mis timbres y mi casa;
Perseguido, iracundo, con vosotros
Pretendo consumar mi última hazaña,
Juro, pues, esta noche, del tirano
Hendir el seno con mi aguda daga,
Y mañana labrar la desventura
De ese español que la de Alcira llama
Su hermano; yo os lo juro por el nombre
De mi padre.

EL PRESIDENTE.

Y al paso de la Italia
Serás libertador, por mas que ahora
Solo pretendas aplacar tu saña.
Yo en nombre de estas gentes te saludo.
Sube al festin y en medio de la danza
Consuma, con valor heróico, el acto
De librarnos del déspota que arrastra
Tus timbres y los nuestros por el lodo,
Mueran los dos; que Nápoles mañana
Su caudillo te aclame; que tu justa
Empresa, tenga el término que alcanzan
Las que el cielo protege cuando tienden
A dar al hombre libertades santas.

JACOBO.

¿Lo dudais? ved mi brazo, ved mi acero.
(*Blandiendo un puñal.*)

UN CONJURADO.

Es un bravo; tengamos confianza.

OTRO.

Con su presente y porvenir magníficos
De su pasado borrará las faltas.

EL PRESIDENTE.

Subamos al festin; la hora se acerca.

JACOBO.

Subamos luego si el festin aguarda.

UN CONJURADO.

Sí, Sí.

OTRO.

¡Viva el valiente!

VARIOS.

¡Viva! ¡Hurra!

JACOBO.

(*Con feroz ironía.*)
(Hé aquí la ciega humanidad pintada.
Cien nobles impulsados por la envidia,
Al vil corsario y al bandido aclaman.)

(*Se precipitan todos por una puerta secreta que abre el presidente. El local queda desierto y silencioso.*)

ADAM.

(*Levantando un tapiz y penetrando en el salon mira con inquietud los objetos que hay en él y dice con desconsuelo:*)

Llego tarde; perdido entre las sombras
De este vasto edificio, por desgracia
La série de sus tristes galerías,
Desconocidas para mí, ignoradas,
Crucé desorientado; llego tarde;
Todos marcharon cuando yo llegaba.
¿Dónde van? ¿qué pretenden? ¿por qué ocultan
La faz cobarde bajo negra máscara?
Quieren matar al rey; ¿por qué? Sin duda
Porque ese rey me favorece y ama.
Tal vez entre esos hombres habrá alguno
Que todo se lo deba; tal vez haya
Quien con justicia detestarle pueda;
Pero es empresa por demás villana
La de herir á traicion, como la víbora
Que entre las flores del pensil se arrastra.
Por fortuna ese rey que me protege
No vendrá á ese festin donde le aguardan
Los torpes asesinos; le he rogado
Que no venga, y él oye mis palabras.
Descarguen sobre mí todas sus iras
Si es preciso; yo debo á ese monarca
Gratitud; yo le quiero, aun que conozca
Que ha cometido y que comete faltas.
¡Oh! ¿por qué todos, como yo, á los reyes
No guian por la senda que nos trazan
La virtud, el deber, el patriotismo
Y la razon y la justicia santa?

(*Se queda pensativo y luego dice con profunda tristeza:*)

¡Pobre Adam! ¡pobre loco! tú, algun dia,
Oscuro, abyecto y miserable, ansiabas

Penetrar atrevido en los palacios
Donde mundos de amor, de dicha ufana
Forjó en sueños tu ardiente fantasía
Ávida siempre de ilusiones gratas.
¡Pobre Adam! ¡pobre loco! tus ensueños
Realizados se ven; mira, repara
En torno tuyo, y dime lo que encuentras;
¿Qué ves? responde...! La traicion malvada
Se cierne sobre ti; la envidia infame
Hinca sus dientes en tu limpia fama
Y la lisonja fementida encubre
El negro encono que los pechos guardan.
¡Oh! salgamos de aquí; tal vez ahora
Contra mi vida los menguados fraguan
Complot horrible...

(*Quiere salir; pero de pronto dice fijándose en los papeles que hay sobre la mesa.*)

¡Cielos! ¿qué descubro?
Ó mis ojos atónitos me engañan
Ó estos papeles... pero no, no hay duda;
Es una lista que quedó olvidada;
Y en ella consignados aparecen
Sus nombres todos... ¡todos! ¡Ah! me espanta.
La diabólica idea que mi mente
En este instante sin quererlo asalta.
Si el rey al ver la carta en que le ruego
Que no asista á ese baile, sospechára
Lo que sucede aquí; si la justicia
Penetrase de pronto en esta casa,
Y esta lista, estos nombres se leyeran
Y siguiese el castigo, la venganza...
¡Oh! ¡imposible! los reyes nunca deben
Ver documentos que en su fondo guardan
Abismos de rencor, lagos de sangre,
Y acaso arroyos de inocentes lágrimas.
Vivan todos, Adam; que sus familias
Nunca vistan de luto por tu causa;
Que al rey tu protector guarden los cielos
Y á ti, que á torpes enemigos salvas.

(*Rompe los papeles, toca un timbre y viendo á un criado que aparece, y que va á dar un grito, le dice apuntándole con una pistola:*)

Oye y guarda silencio: en este instante
Vas á abrirme las puertas de esta casa;
Luego sube al festin y di á tus dueños
Que esta noche no esperen al monarca. (*Salen.*)

CANTO XII.

Vila, ó casa de recreo, en las cercanías de Nápoles.—Gabinete, elegantemente amueblado, con un balcon que da al jardin.—Desde este balcon se descubre una dilatada campiña y mas á lo lejos el Vesubio que de vez en cuando arroja espesas columnas de humo.—En la alcoba de dicho gabinete hay un precioso lecho con colgaduras de damasco.—Son las primeras horas de la mañana.

ESCENA PRIMERA.

La CONDESA DE ALCIRA *duerme medio vestida en el citado lecho.—Se oye un laud y una voz de hombre que canta las siguientes estrofas:*

EL CANTOR.

Rico manto el sol se viste
De púrpura y de tisú,
Y nadar el alma puede
En océanos de luz.
Despierta, dueño querido,
Que al compás de su laud,
El que rendido te adora
Viene ahora
A ensalzar su esclavitud.

~~~~~~

En las serenas
Noches de estío,
Yo mis cadenas
Beso, amor mio;
Y en las mañanas,
Frescas, lozanas,
Cuando las flores
Dan sus olores
Al valle humbrío,
Vengo á cogerlas;
Y al ver las perlas,
Bella española,
Con que guarnece cada corola
Blando rocío;
Llorando por tu desvío,
Mientras que llora la flor,
Vengo á cantarte, ángel mio,
Tiernas endechas de amor.

~~~~~~

Despierta, despierta;
No duermas, mi bien;
Que un mundo de amores
Te vengo á ofrecer.

LA CONDESA.

(*Se arroja del lecho en estremo sobresaltada y dice:*)

No fué una ilusion, no á fé.
Otra vez la armoniosa,
Triste cancion misteriosa
Entre sueños escuché.
Toca mi nécia esperanza
En la negra realidad
Y sigue la tempestad
En medio de la bonanza.
El alma llena de espanto
Y el corazon latir siento
Al escuchar ese acento,
Al percibir ese canto.

¡Dios mio! y en tanto, aquí
Estoy sola; ¡qué agonía!
¿Por ventura el mar envía
Fantasmas en pos de mí?

LA VOZ DEL QUE CANTA.

Á la vista del peligro
Jamás mi pecho tembló;
Que una barca y una ola
Fueron mi cuna y mi amor.
Mas ¡ay! que al mirarte luego
Tu hermosura me hechizó
Y las ondas me arrojaron
Y enviaron
Á rendirte adoracion.

LA CONDESA.

¡Oh! no hay duda: esos acentos
Negras memorias esconden,
Y parece que responden
Á mis propios pensamientos.
¡Adam! ¿por qué se ausentó?
¿Por qué ese cantar oí?
Muerto á ese hombre creí
Y vive, no hay duda, nó.
Tengo miedo.
(*Tira del cordon de una campanilla.*)

ESCENA II.

La condesa.—Dianora.

LA CONDESA.

Ven, Dianora.
Acércate, ven acá;
Ven y siéntate á mi lado,
Y si puedes mitigar
Mi pena, cúrala pronto,
Qúe es un suplicio fatal.

DIANORA.

En efecto, estais muy pálida;
Señora ¿por qué temblais?
¿Qué teneis? ¿estais enferma?
¿Quereis que llame?...

LA CONDESA.

No tal.
Quiero hablar contigo á solas
Con entera libertad.
¿Salió Pietro?

DIANORA.

Esta mañana
Temprano le vi marchar.

LA CONDESA.

¿No ha vuelto?

DIANORA.

Si no me engaño
Creo que pronto volverá.

LA CONDESA.

Dianora... tú me has querido
Siempre; ¿no es cierto?

DIANORA.

En verdad,
Señora, que no comprendo...
¿Cómo no os tengo de amar
Cuando huérfana en el mundo,
Y pobre, sin vos, quizás,
Me hubiera muerto de pena
En mi horrible soledad?
Yo os amo mas que á la vida
Que os debo; mas, mucho mas.

LA CONDESA.

Y sin embargo... me ocultas
Un sentimiento tenaz
Que de tu alma se apodera;
Que subyugándola está.
Tú amas á Pietro.

DIANORA.

(*Llorando.*) ¡Señora!...
¡Ay! tened de mí piedad.

LA CONDESA.

Conoces á Pietro?—Un dia
Á casa le trajo Adam
Poniéndole á mi servicio
Sin conocerle quizás.
Pero el corazon me dice
Que Pietro nos va á engañar.
No sé por qué, su sonrisa
Me es repulsiva; él será
Tal vez un honrado jóven;
Mas no le puedo mirar
Sin sentir frio en el alma...

DIANORA.

¡Oh! señora; desechad
La idea que habeis formado
De Pietro, que os ama ya
Tanto como yo.
(*Poniéndose de rodillas.*)

LA CONDESA.

Levanta;
No llores, no llores mas,
Y escucha y fija en tu mente
Lo que te voy á contar.
Sabes que hace muchos dias
Que separada de Adam
Estoy; el rey lo ha querido.
En Roma mi amante está
Encargado de un negocio
De Estado; S. M.
Lo quiso asi, y esa honra
Era preciso aceptar.

DIANORA.

Es cierto; pero ya pronto
Vuestro amante volverá.

LA CONDESA.

¡Ay! ojalá que así fuese
Para alivio de mi mal;
Mas pienso que todavía
Ausente de aquí ha de estar
Mucho tiempo...

DIANORA.

Yo pensaba...

LA CONDESA.

Un misterio grande hay
En todo esto, Dianora,
Que te voy á revelar.
Hace meses que una noche
Con Pablo salió mi Adam...—
¡Pobre Pablo! él me ha contado
La aventura singular.—
Era la noche sombría,
Y en un inmenso local
Ciertos nobles, congregados,
Trataban de asesinar
Al rey, que asistir debia
Á un baile.—Quiso mi Adam
Salvar al rey, pero ¿cómo
La catástrofe evitar?
Convertirse en vil espía
Y en delator además,
Era hacer negros oficios

Indignos de un alma leal.
Dejar que el rey fuese al baile
Desprevenido quizás,
Era esponerle á una muerte
Inevitable y fatal.
¿Qué hacer? Mi amante, que estima
A quien con tierna bondad
Nos ha protegido, pudo
Con un ardid, estorbar
Que fuese al baile el monarca;
Mas éste fué perspicaz;
Los conjurados temieron
Saliendo de la ciudad,
Y hubo destierros, prisiones
Que Adam pretendió estorbar
Inútilmente.

DIANORA.

Señora,
Fué justo; ¿por qué lloráis?

LA CONDESA.

Porque mi estrella enemiga
No me abandona jamás,
Porque el rey llamó á mi amante
Á su cámara real,
Al cabo de algunos dias,
Y entre severo y jovial
Le dijo:—«Tú me has salvado
La vida; gracias, Adam.»
—«Señor, murmuró mi amante,
¿Cómo os podeis figurar
Que...»—«Silencio! dijo entonces
De nuevo el rey:—«Tú que estás
Persuadido, de que siempre
Deben saber la verdad
Los reyes, no puedes hoy
Los sucesos disfrazar.
Te soy deudor de la vida;
Mas contra la tuya están
Conspirando y hoy de Nápoles....
Hoy mismo te has de ausentar.
Una mision te encomiendo
Cerca de Su Santidad:
Parte á Roma; de tu hermana
Sabré entretanto cuidar.»

DIANORA.

Mucho vuestro tierno amante
Debió sufrir...

LA CONDESA.

Con afan
Rogó al rey que no le diera
Esa mision especial.
Sus ruegos fueron inútiles.
Usó de su autoridad
El rey, y Adam partió á Roma...
Dios sabe si volverá!

DIANORA.

¿Qué estais diciendo?

LA CONDESA.

Mi amante
Ha demandado piedad
Para los hombres ilusos
Que desterrados están
Ó presos; quiere que el rey
Dé á todos la libertad;
Quiere que las ligaduras
Del pueblo, que opreso está,
Se aflojen un tanto; pide
Lo que no puede lograr
Aunque el rey le tiene en mucho
Y le dispensa amistad.

DIANORA.

Y creeis?

LA CONDESA.

Si el rey perdona
Mi amante aquí volverá;
Si no perdona, nosotras
Nos tendremos que ausentar. (*Pausa.*)
Tal es, Dianora, el secreto
De esta ausencia que me está
Torturando; escucha ahora
Otro secreto fatal.
Pero antes... tengo miedo
De que puedan escuchar
Lo que te diga.

DIANORA.

Señora...
Estamos solas.

LA CONDESA.

Sí tal.
Debemos solas hallarnos,
Si tienen fidelidad
Mis criados, si mis puertas,
Cual tengo mandado, están
Bien cerradas.

DIANORA.

Vuestras órdenes
Nadie osára quebrantar.

LA CONDESA.

Tienes razon; y por eso
Aquí, ausente de mi Adam,
He pasado muchos dias,
Triste, sí; mas sin temblar
Ni tener miedo.

DIANORA.

Y ahora
Le sentís...?

LA CONDESA.

Mucho.

DIANORA.

En verdad
Que me confundís, señora...

LA CONDESA.

¿Por qué, porque no me das
El título cariñoso
De amiga? yo no soy ya
La altiva condesa; soy
La infeliz...

DIANORA.

¡Oh! no sigais.
Para mí, siempre la misma
Mi protectora será.

LA CONDESA.

Pues bien, si tanto me quieres,
Dime por Dios la verdad.
Nada me ocultes, Dianora.
Di si sentiste cantar
Al pié de mis rejas.

DIANORA.

Creo
Que de un laud al compás...
Mas pensé que un caminante,
Al pasar á la ciudad,
Por entretener sus ócios
Iba cantando quizás.

LA CONDESA.

Y no escuchaste otras veces
Esa voz?...

DIANORA.

Yo... no, jamás.

LA CONDESA.

Y ¿no sabes que ese canto
Repetido con igual
Pertinacia, hace tres dias
De espanto me hace temblar?
¿No sabes...?

DIANORA.

Juro, señora,
Que ignoraba cuanto estais
Diciendo.

LA CONDESA.

Pues bien, escucha,
Escúchame y lo sabrás.
Ese que canta...
(*Interrumpiéndose.*) ¿Quién llega?

DIANORA.

Es Pietro.

LA CONDESA.

¿Qué nos traerá?

ESCENA III.

La condesa.—Dianora.—Pietro. Éste se adelanta con un pliego en la mano.

PIETRO.

De la ciudad un correo
Hace un instante llegó,
Y este pliego me entregó
Que es del señor, segun creo.
Con prisa bien manifiesta
Preguntó por vos, señora,
Y se alejó sin demora
Sin aguardar la respuesta.

LA CONDESA.

Está bien, dáme ese escrito.

ESCENA IV.

La condesa.—Dianora.

LA CONDESA.

Es de Adam, ¿qué duda tiene?
Ya la fé á prestarme viene
Y el valor que necesito.
Leamos. (*Abre el pliego y lee.*)

DIANORA.

(*Aparte.*) (¿Por qué razon
Taciturno Pietro está?
¿Será que no late ya
Para mí su corazon?
Su triste voz me revela
Un pesar hondo, sombrío,
Y su mirada ¡Dios mio!
Es un fuego que me hiela.
Huye unas veces de mí,
Y otras, con duros recelos,
Me sigue. Volvedme ¡oh cielos!
La ventura que perdí.)

LA CONDESA. (*Con alegría.*)

Pronto, mi amada Dianora;
Busca mis galas mejores;
Mis cintas, gasas y flores.—
Llegó de mi bien la hora.
Búscame el traje mejor
Y que mas me favorezca;
El que mejor te parezca
Por su riqueza y color.
¡Oh! ¡qué dicha! el alma ufana
Siento, y tranquila y dichosa.
Pronto, muy pronto en esposa
Va á convertirse la hermana.

DIANORA.

¿Qué decís?

LA CONDESA.

Pues para tí
Secretos no hubo jamás,
Oye esta carta y sabrás,
Lo que el cielo hizo por mí.
(*Lee en voz alta:*)

«Por fin, ¡oh mi Julia! del alma querida,
Se acaban las penas y nace el placer.
El rey me ha otorgado la dicha cumplida
Que apenas en sueños yo pude entrever.»
«Hoy vuelvo de Roma, do quedan alzados
Los votos que hiciste con hondo pesar;
Mas no es esto solo; ya son perdonados
Los nobles que al rey quisieron matar.»
«Al pié del monarca, postrado de hinojos,
Perdon para ellos humilde pedí;
El rey los perdona y ha visto en mis ojos
El llanto de gozo que alegre vertí.»
«De hoy mas, las familias de aquellos que estaban
Ausentes ó presos, dichosas serán;
De hoy mas los quejosos, que tanto le odiaban,
Parciales, amigos y adeptos serán.»
«Mas no es esto solo: al rey he contado
Mi vida y tu vida, mi amor y tu amor.
—«Tu estrella fué triste; me dijo admirado;
»Veamos si puedo vencer su rigor.»
«De hoy mas, eres noble y un título alcanzas;
»De hoy mas, en mis reinos grandeza tendrás;
»Por fin se realiza tu dulce esperanza,
»Por fin de tu Julia esposo serás.»
«Escríbele al punto y dí que allí vamos;
»Que yo de tus bodas padrino seré.
»Felices los reyes que al bueno ensalzamos;
»Feliz yo, que premio tu amor y tu fé.»
«Así, Julia mia, el rey, con acento
Benigno me dijo. Feliz tambien yo
Que miro gozoso, llegar el momento
Que el alma sedienta del bien codició.»
«Alégrate, Julia, rendido de amores
Muy pronto iré á verte, pues verte es mi afan.
Prepara tus galas, tus joyas mejores,
Que hoy vá con su régio padrino, tu ADAM.»

(*Deja de leer y dice:*)

Por fin me ilumina ya
Hoy el sol de la alegría.

DIANORA.

¡Cuánta dicha en solo un dia!

LA CONDESA.

Fuerza, por tanto será
Obedecer á mi amante
Y obsequiar, como es de ley,
A su protector el rey,
De quien es acompañante.
Preciso muestre sin tasa
Mi placer, riqueza y gusto,
Al ver al padrino augusto
Que viene á honrar nuestra casa.—
Búscame un traje completo
Y elige bien mis vestidos,
Que estar no deben reñidos
El júbilo y el respeto.
En cuanto á casa... eso, sí;
Da á todos mis instrucciones
Para que estén mis salones
Cual pueden estarlo aquí.
Luego irás al tocador...
¡Dios mio! ya soy dichosa.
Ya el recuerdo no me acosa
Del importuno cantor.

ESCENA V.

Dianora y luego Pietro.

DIANORA.

Su negra inquietud acaba
Cuando comienza la mia.
¡Triste del que sufre penas!
¡Dichoso quien las olvida!
¡Pobre señora! está loca
De placer y de alegría.
Ya no recuerda el pasado
Ni el porvenir le intimida.
Le basta con lo que tiene;
Que en el rincon en que habita
Hoy con sus álas de oro
Los amores la cobijan.

PIETRO.

Dianora.

DIANORA.

¡Pietro!

PIETRO.

Ahora mismo
Tu señora me decia
Que hoy vendrá, probablemente,
El mismo rey á esta vila.

DIANORA.

Es cierto.

PIETRO.

Y segun colijo,
Júbilo inmenso respira
Tu señora.

DIANORA.

¡Mi señora!
¿No es tuya á la vez que mia?

PIETRO.

No sé, mujer; para esclavo
No nació el hombre; me indigna
La esclavitud; yo he nacido
Para cosas muy distintas.
Quiero, como el aire libre
Cruzar valles y colinas,
Escuchando las canciones
De las pobres avecillas.

DIANORA.

¡Pietro! ¡Pietro! tus palabras
Me confunden, me intimidan.
¡Ay! ¡ya no eres el mismo!
No eres tú quien ser solias!

PIETRO.

¿Por qué razon?

DIANORA.

Ya te cansa
Esta existencia pacífica,
Y te abruman mis palabras
Y mis cuidados te hastian.
¿En qué, ¡ay de mí! te ha faltado
Quien solo por tí suspira?

PIETRO.

¿En qué?... ¡Calla! de mis celos
No aumentes la llama activa.

DIANORA.

¡Celos tú! ¿de quién? esplícate.
Dime de quién.

PIETRO. (*Viendo á Pablo que se acerca.*)
¡Mira! ¡mira!
Aquel hombre, que es tu sombra,
De mi furor será víctima
Si le amas.

DIANORA.

¡Pietro! ¡Pietro!

PIETRO.

Déjame en paz.

DIANORA.

(*Deteniéndole.*) Oye.

PIETRO.

(*Rechazándola.*) Quita.

ESCENA VI.

Dianora.—Pablo.

DIANORA.

Está celoso; ¡Dios mio!
Mas ¿qué motivos le he dado
Para abrigar esas dudas?

PABLO.

Dianora.

DIANORA.

Déjame Pablo.
¿Por qué vienes á inquietarme
Si sabes que no te amo?

PABLO.

Ya lo sé; ya sé que adoras
Á Pietro. Ciega, esquivando
Mi inmensa pasion, entregas
Tu corazon á un malvado
Que nos vende á todos...

DIANORA.

¡Calla!
Sella por piedad tus labios.
¿Con qué derecho calumnias
Al hombre que yo idolatro?
¿Qué mal te ha hecho?

PABLO.

Lo ignoras?
Robóme tu amor, tu mano.
Se apoderó de los sueños
De mi juventud; ingrato
Con Dios me hizo, pues ódio
La vida que amaba tanto.
¿Quieres mas? pues todavia
Su crimen no he revelado.

DIANORA.

¿Qué dices?

PABLO.

Hace una hora
Que dirigiéndome al campo,
Por ver si olvidar podia
Mis penas—intento vano!—
Vi muchos hombres ocultos
En un matorral; me paro
Cauteloso, y sus palabras
Escucho, sin ser notado
Por ellos, que siempre hablaban
Con cuidadoso recato.
De pronto, un hombre de altivo
Porte, de ademan bizarro,
Jóven aún, de estatura
Elevada, de poblados
Cabellos, de negros ojos,
Bello, brioso, gallardo,
Llegó al grupo, y vi que todos
Al punto se levantaron,
Dejándome ver que iban
Cuidadosamente armados.
En sus manos un laud
Traia el recien llegado,
Que á otro entregó, mientras todos
Con respeto saludaron
Su llegada.

DIANORA.

Sigue, sigue.

PABLO.

Perdona si te hago daño
Con mi historia.—Lo que queda
Por decir, es triste, infausto.

DIANORA.

Sigue, sigue.

PABLO.

El misterioso
Hombre aquel de quien te hablo,
Prorumpió en estas palabras:
—Preparad vuestros caballos,
Que hoy la condesa de Alcira
Será mia; secundado
Por Pietro, la robaremos;
Y en premio de tal hallazgo
Rico botin os ofrezco.

DIANORA.

¿Eso dijo?

PABLO.

Y en sus labios
Brilló siniestra sonrisa
Llena de orgullo satánico,
Mientras que todos, con júbilo,
Á media voz esclamaron:
¡Viva Jacobo Riestri!
¡Viva el capitan!

DIANORA.

¡Dios santo!
¡Ah! ¿qué dices...? no, imposible.

PABLO.

¿Conoces al desalmado
Que lleva ese nombre?

DIANORA.

¡Calla!
¡Calla! me estás abrumando.

PABLO.

Es el bandido que á Nápoles
Hace tiempo infunde espanto.
El terror de los Abruzos
Y la Calabria; el osado
Capitan de foragidos
Que por do quier el estrago
Lleva consigo; es el hombre
Que hace frente á los soldados
Del rey; que no teme á nadie;
Á nadie...

DIANORA.

¿Y Pietro...?

PABLO.

El villano
Es su cómplice; allí estaba
Con ellos.

DIANORA.

Cállate, Pablo.
Cesa por Dios.

PABLO.

Mas no piense
Mi infame rival odiado,
Jugarnos esta pasada
Impunemente. Yo el campo
Voy á recorrer ahora;
Y la voz de alarma dando
Por donde quiera, solícito,
Haré que los aldeanos,
Los lazaronis, los buenos
Pescadores, como honrados
Y valientes, vengan todos
Á ofrecer su noble amparo
Á la condesa.

DIANORA.

¡Detente..!
¡Triste de mí!

PABLO.

Yo, entre tanto,
Avisaré á la señora .. (*Quiere salir.*)

DIANORA.

¡Oh! no, no turbes sus gratos
Ensueños; al rey espera
Y á su amante... Óyeme, Pablo.
Si ese Pietro es un infame
Que á todos nos ha engañado,
Vé luego y recluta gentes
Que aquí acudan á ampararnos.—
Que la condesa lo ignore
Todo; ¡todo!—Vete... ¡Sálvanos!

PABLO.

Dices bien; yo me retiro.
Adios. (*Saliendo.*)

(*Un momento despues se oye un grito ahogado y un ruido que parece lo produce el choque de un cuerpo que cae desplomado. Pietro se precipita en la habitacion armado de un puñal.*)

DIANORA.

¡Qué horror! (*Cae desmayada.*)

PIETRO.

(*Mirando hácia la puerta.*) ¡Mentecato!

ESCENA VII.

Pietro.—Dianora (*que continúa desmayada*).

PIETRO.

Quiso conmigo luchar
Y la vida le costó.
(*Fija su ojos en Dianora*)
¡Pobre niña! me adoraba
Y la lleno de dolor.
(*Se para en medio del cuarto y dice:*)
De todos modos, he dado
Un paso violento, atroz.
Estamos comprometidos
Y hay que obrar con decision.
Si el capitan no viniera...
La señal aun no sonó
Y el rey, vendrá con su escolta
Y con Adam... ¡Corazon!
No tiembles; nunca cobarde
Teme un hombre como yo.
Entretanto, es menester
Ocultar en un rincon
El cádaver de ese hombre
Y el puñal que le mató.
En esa alcoba... eso es...

(*Entra apresuradamente en la alcoba, corre las cortinas del lecho y tomando la colcha de seda que lo cubre, sale nuevamente de la habitacion y trae en brazos, envuelto en la misma colcha, el cuerpo de Pablo, que deposita sobre el mismo lecho, volviendo á descorrer las colgaduras. Luego se dirige al balcon y abriendo las puertas de cristales mira con inquietud en distintas direcciones y dice:*)

Nadie llega; en derredor
La soledad y el silencio
Comparten ambos á dos
Su imperio. Solo distinguen
Mis ojos, en direccion
De la ciudad, una nube
De polvo, que, cual veloz
Torbellino, vá acercándose
Para infundirme pavor.
Nunca, en mi vida, he sentido
Semejante confusion.
¿Qué es esto? ¿por qué vacila
De tal modo mi valor?

¿Es que temo al rey que llega
Con su lucido escuadron,
Ó es que me ciega la sangre
Que mi rostro salpicó?
¡Pietro! ¡Pietro! tu desdicha
Por mala senda guió
Tus pasos; tú estás maldito,
Estás maldito de Dios.

(*Despues de una ligera pausa vuelve á fijar su vista en Dianora que da señales de volver en sí.*)

¡Qué hermosa es! ¡pobre jóven!
Parece que á la razon
Vuelve; no quiero que vea
La sangre que derramó
El infeliz que allí duerme
Sueño eterno. (*La coge en brazos.*)

DIANORA.

¿Dónde estoy?

PIETRO.

Calla.

DIANORA.

Socorro!

PIETRO.

Silencio,
Desdichada!

DIANORA.

Compasion!

(*Pietro le tapa la boca, y abriendo una puerta secreta se precipita por ella y vuelve á cerrar.*)

ESCENA VIII.

La condesa de Alcira.

(*Trae puesto un riquísimo traje.*)

LA CONDESA.

¿En dónde estará Dianora?
La estuve aguardando en vano
Y ya su ausencia me estraña.
(*Llamando.*)
¡Pietro!—No vienen, me canso
De esperar.
(*Tira del cordon de una campanilla.*)
Nadie responde;
Nadie;—Pietro! Pablo! Pablo!
(*Asomándose á la puerta que dá al corredor.*)
¿Dónde estarán? ¿Se habrá puesto
Enferma Dianora?—Vamos,
Será que alguna sorpresa
Grata me están preparando.
(*Se asoma al balcon.*)
Respiremos el ambiente
Puro. ¡Qué cielo tan claro!
Ensánchate, pecho mio,
Que ya, á lo lejos, mirando
El logro de mi esperanza
Estoy; ginetes, caballos
Y una carroza... ¡qué gozo!
Será el rey; será mi amado
Adam, que en mi busca viene
Para estrecharme en sus brazos.
¡Oh! qué dicha!

ESCENA IX.

La condesa.—Jacobo y Pietro, sin ser vistos de ella.—Ambos hablan en voz baja.

PIETRO.

Capitan,
Allí está; vedla.

JACOBO.

¡Qué hermosa!
Sin duda espera gozosa
La llegada de su Adam.
Logrará verle? (*Con siniestra sonrisa.*)

PIETRO.

Presumo
Que no.

JACOBO.

Tambien yo lo creo.
Escucha. (*Siguen hablando bajo.*)

LA CONDESA. (*Desde el balcon.*)

El cuadro que veo
Me estraña: nubes de humo
Y fuego, con furia rara
El alto Vesubio arroja,
Y una luz brillante y roja
Inundó la Solfatara.
Entre tanto, el cielo está
Sereno, apacible y bello...

JACOBO (*á Pietro.*)

Vete y cuida bien: en ello
El bien de mi vida vá. (*Váse Pietro.*)

ESCENA X.

La condesa.—Jacobo.

(*Al volverse la condesa da un grito de espanto viendo que Jacobo la contempla inmóvil y silencioso.*)

LA CONDESA.

¡Cielos! ¡qué miro!

JACOBO.

Condesa,
No te estrañe mi venida.

LA CONDESA.

¿Qué buscais?

JACOBO.

La calma y vida
Que recobrar me interesa.
Busco la luz apacible
De tus ojos brilladores.
Busco el fin de mis dolores.

LA CONDESA.

¡Huid, dejadme!

JACOBO.

¡Imposible!
¿Cómo quieres que de aquí
Ahora insensato me aleje?
¿Quieres que el alma me deje
Al separarme de tí?
Harto tiempo, con pesar,
Suspirando por tu amor,
El misterioso cantor
Vino tu sueño á turbar.
¡Oh! tu corazon no sabe
Lo mucho que yo sufria
Cuando á Adam y á tí os veia
En el fondo de la nave...
¿Te acuerdas? la tempestad
Nuestras vidas amagó.
Yo quise salvarte...

LA CONDESA.

¡Oh!

JACOBO.

¿Te acuerdas?

LA CONDESA.

¡Piedad! ¡piedad!

JACOBO.

En mi amoroso desvelo
Los peligros desprecié
Y sustraerte intenté
A la cólera del cielo.

La esperanza me halagó,
Luchar quise con tu amante;
Mas ¡ay! que en aquel instante
La tromba nos arrastró.
Tragóme el mar...

LA CONDESA.

Como á mí,
Como á todos!

JACOBO.

Es muy cierto;
Mas me tuvisteis por muerto
Y ahora vivo estoy aquí.
Las olas que me arrastraron,
Teniendo de mí piedad,
Para adorar tu beldad
A la vida me tornaron.—
Y fuí tu sombra do quiera,
Siendo tú mi luz querida;
Luz que alumbra de mi vida
La oscurísima carrera.

LA CONDESA.

Pero ¡Dios mio! ¿quién eres?
¿Por qué tu labio derrama
En el pecho de una dama
Tan negro pavor? ¿quién eres?

JACOBO.

Al nacer, altos blasones
Tenia; mas hoy temido...

LA CONDESA.

¡Oh! calla.

JACOBO.

Soy un bandido;
Un capitan de ladrones.
Nunca inquieras la razon
Que me puso en tal estado.
¡Condesa! Dios te ha vengado
Hiriéndome el corazon.
Sígueme...

LA CONDESA.

¡Apártate!

JACOBO.

Ven.
Lejos de aquí, si es preciso,
Yo formaré un paraiso
Donde se anide mi bien.
Sígueme, ven, yo te adoro;
Amor prodigios realiza;
Todo amor lo diviniza
Y de él te guardo un tesoro.
Ven; que tus ojos divinos
A mis valientes fascinen
Y las faldas iluminen
De los montes Apeninos.
Y si quieres que otra vez
Mi condicion no te ofenda,
De hoy mas seguiré la senda
Que me marque la honradez.

LA CONDESA.

¡Triste de mí!

JACOBO.

Yo que arrostro
Y hasta escarnezco la ley,
No temí atentar á un rey
Y ahora tiemblo al ver tu rostro.
Ten piedad; tu dulce voz
Mi llanto de fuego seque,
Y en manso cordero trueque
A quien es tigre feroz. (*Se acerca.*)

LA CONDESA.

Yo no os conozco; apartad.

JACOBO.

¡Piedad!

LA CONDESA.

Huid.

JACOBO.

Pues no quieres
Tenerla de mí, no esperes
Que á mi vez tenga piedad.
¡Ola! (*Toca un silbato.*)

ESCENA XI.

Dichos.—Pietro y varios hombres armados.

LA CONDESA.

¡Jesus! ¡Vírgen mia!
Doleos de mi tormento. (*Cae de rodillas.*)

PIETRO (*á Jacobo.*)

No hay que perder un momento.

JACOBO.

¿Viene el rey?

PIETRO.

Sí.

LA CONDESA.

(*Dando un grito.*) ¡Qué alegría!
Mi amante llega. (*Levantándose.*)

JACOBO.

Sí tal;
Y me llamará cobarde.
(*Riendo con feroz ironía.*)
Mas te juro que ya es tarde;
Tarde llega mi rival.
(*Cierra el balcon y dice:*)
El infierno en tu camino
Me puso; tu sombra fuí;
Mas no me culpes á mí;
Culpa solo á tu destino.
Tal vez ¡ay! sobre tu frente
Mi negra infamia recae.
(*Mirando al través de los cristales.*)
Está visto: el rey nos trae
Mucha, y muy lucida gente.
Huyamos. (*Apoderándose de la condesa.*)
(*A Pietro.*) Todos en pos
Hácia el jardin avanzad.
Cerrad las puertas.

LA CONDESA.

(*Con voz ahogada.*) ¡Piedad!

JACOBO.

Téngala Dios de los dos.

(*Marchan todos, cerrando tras sí la puerta que se comunica con la galería.—Largo intervalo de silencio.*)

ESCENA ÚLTIMA.

Adam.—El rey.—Caballeros.—Oficiales de la escolta del rey. Todos entran por la puerta secreta.

EL REY.

Veamos este aposento,
Señores.

ADAM.

¡Intento vano!
Está la casa desierta;
Sola está; me la han robado!
¡Julia! ¡Julia!

(*Viendo cerrada la puerta por donde salieron los bandidos la golpea fuertemente.*)

EL REY.

¡Esto es horrible!
Tan horrible como estraño.

Robarla en mitad del dia
Y en medio de sus criados!..
Inconcebible parece.

ADAM.

¡Julia...! ¡Julia...! ¡Pietro! ¡Pablo!
¡Dianora! ¿dónde os hallais
Ocultos? ¿no ois que os llamo?
¡Julia! prenda de mi alma!

EL REY.

Conde, calma tu quebranto.

ADAM.

¡Es imposible! ¡imposible!
¿No lo veis? me han desgarrado
El corazon.—El silencio,
La soledad, el espanto
Que en torno reinan, crueles
Se levantan como vagos
Fantasmas; dolientes ecos
Nuestras voces remedaron
Por los techos y las bóvedas
De nuestrã casa rodando.
¿No advertís? nido de amores
Ella fué; mas la trocaron
En tumba de mi esperanza
Y de mis sueños dorados.
¡Julia! ¡Julia!

(*Dá golpes en la puerta, que cede al fin. Adam se precipita en la galeria.*)

EL REY.

¡Pobre conde!
Señores: no era su hermano;
Era su presunto...

VARIOS.

Es lástima...

EL REY.

Mas ¿qué es esto? Aquí clavado
Hay un puñal.

(*Tomando el de Jacobo, que éste, al irse, dejó clavado en la mesa. Adam retrocede al propio tiempo gritando:*)

ADAM.

¡Sangre! ¡sangre!
Allí un crimen consumaron.
¿No lo veis? el pavimento
Está de sangre manchado.

UN CABALLERO.

¡Funesto trance!

OTRO.

¡Terrible!

EL REY.

Llegad, señores.

TODOS.

Veamos.

EL REY.

Un nombre aquí se descubre.

ADAM.

¡Un nombre! ¿y cuál?

EL REY.

Cincelado
Está, con todas sus letras
Sobre la plata del mango,
El del mortal que, atrevido,
Sin duda consuma el rapto.

ADAM.

Decidlo, señor, decidlo.
Decidme quién fué el malvado,
Y dadme vuestra licencia
Para vengar su villano
Proceder.

EL REY.

(*Leyendo.*) Jacobo Riestri.

TODOS.

¡El bandido!

EL REY.

El hombre infausto
Que mi poder desafía
Con empeño temerario.
Pronto, pronto, caballeros,
Ligeros de aquí salgamos.
Y dando la vuelta á Nápoles,
Probemos al desalmado
Que así mis iras provoca
Todo el rencor que le guardo.
Si hasta el presente su estrella
Del suplicio le ha librado,
Sepa al fin que mi justicia
No sufre mas desacatos.

ADAM (*con profunda desesperacion.*)

¡Muerta tal vez! ¡muerta!... muerta,
Cuando yo en álas volando
De mi pasion, le traia
Cuanta dicha ambicionábamos.
¡Muerta! me parece un sueño.
En tumba trocóse el tálamo.
¡Julia! ¡Julia!

(*Se precipita en la alcoba y separa las cortinas del lecho.*)

VARIOS CABALLEROS.

¡Cuadro horrible!

TODOS.

¡Un cadáver!

ADAM.

El de Pablo;
El de aquel pobre mancebo
Tan fiel, tan noble y honrado.
¡Venganza! (*Dando un grito.*)

TODOS.

Muera el bandido.

EL REY.

Salgamos de aquí, salgamos.

ADAM (*echándose á los pies del rey.*)

Señor: escuchad propicio
Antes mis ruegos. Si en algo
Mis servicios os merecen
Cariño, piedad y amparo,
Concededme lo que os pida
En este instante aciago.

EL REY.

¿Qué quieres de mí? ¿qué pides?

ADAM.

Quiero una lanza, un caballo,
Y libertad para irme
Por esos montes y llanos,
Loco de amor y de rabia
En pos del raptor malvado.
Quiero buscarle, y sediento,
De su sangre, como bravo
Leon, cebarme en mi presa
Y estrujarla entre mis brazos.

EL REY.

Cálmate, Adam.

ADAM.

La justicia
Humana, va caminando
Con lentitud siempre...

EL REY.

Ahora
No marchará tan despacio.
Yo concedo lo que pides:
Tendras lanzas y caballos...

ADAM.

Y ¡ay del bandido inclemente
Que la dicha me ha robado!

TODOS.

¡Oh! ¡sí; venganza!

EL REY.

Es muy justo,
Señores; justo que hagamos
Un ejemplar; pero ahora
Es fuerza, que moderando
Nuestras pasiones de hombre,
Á Dios la vista volvamos.
Ved al través de esos vidrios,

(*Señalando al balcon.*)

El temeroso espectáculo
Que á nuestros ojos presenta
El Vesubio. De su ancho
Cráter, columnas de fuego
Y lava lanza irritado.
Ya los cielos se coloran
Con roja luz, y los campos
Vecinos, y las praderas
Y los chapiteles altos,
Todo á la vez aparece
En viva lumbre bañado.
Mirad el hirviente fuego,
Que pone en el alma espanto,
Y el encendido torrente
Que se despeña bramando,
Mientras se conmueve y tiembla
La tierra con sobresalto.
¡Plaza á Dios, señores, plaza
Al Ser Supremo irritado,
Cuyo soplo hizo cenizas
Á Pompeya y Herculano!
Y pues que Dios y el Vesubio
Parece que están airados,
Oigamos la voz del cielo
Nuestras rodillas doblando.

(*El rey se arrodilla: todos hacen lo mismo escepto Adam que permanece inmoble, como fuera de sí y con los ojos fijos en el volcan, cuya erupcion vá creciendo gradualmente.*)

CANTO XIII.

Entre salvajes y desnudas rocas,
Que cien montañas á su vez rodean,
Impetuoso, hácia profundo abismo,
Un torrente bramando se despeña.

Rugen los ecos pavorosos; tímidos
Del sol los rayos, al través penetran
De los terribles precipicios húmedos
Cubiertos de verdin y de malezas.

Triste es el sitio, solitario, agreste.
Mansion parece solo de las fieras,
Y sin embargo, allí la planta humana
Grabó atrevida su profunda huella.

Tended, sinó, la vista indagadora,
Y en ambos bordes de la sima horrenda,
Vereis echado un puente, que en contacto
Puso dos moles de granito inmensas.

Lo que allí, poderoso cataclismo
Siglos antes acaso desuniera,
El hombre unió, buscando de ese modo
El paso que ese puente le franquea.

¿Quién ha sido el artífice? ¿qué mano
Sobre el abismo le tendió altanera?
¿Fué un pastor ó un bandido? ¿fué un magnate
Ó tal vez un piadoso anacoreta?

No se sabe; tan solo es evidente
Que entre cien picos de gigantes piedras,
No lejos del torrente, se descubren
Los derruidos restos de viviendas
Humanas; ¿qué es aquello? ¿fué algun tiempo
Imponente y sombría fortaleza,
Donde, huyendo estranjeras invasiones,
Dió el hijo del país gritos de guerra,

Ó fué acaso el asilo misterioso
Del cenovita austero? ¿Están desiertas
Esas ruinas, dó rapaces aves
Sus toscos nidos en los muros cuelgan?

. . . .
. . . .

Avanzad con sigilo; cuidadosos
Fijad la planta en las terribles quiebras;
Tended la vista, y aplicad atentos
El oido: ¿qué veis? ¿qué oís? No suena

Sola la voz del bramador torrente;
Gritos agudos en las álas llegan
De los vientos, y luego se perciben
Detonaciones que el espacio atruenan.

¿Quién invade atrevido esos lugares
Que tan terrible majestad ostentan?
¿Por qué el eco espantado repitiendo
Vá mil palabras que furor revelan?

Un hombre, varios hombres, entretanto,
De las ruinas salen y se alejan.
¿Qué es lo que allí sucede? ¿Quién habita
En tan triste y feroz naturaleza?

. . . .

Un año hará, que un hombre, en cuyo rostro
Hermoso y varonil, estaba impresa
La huella de un pesar hondo y sombrío,
Llegó hasta allí cruzando ásperas sendas.

Llevaba puesto el traje de los hijos
De las altas montañas calabresas,
Y en su ademan terrible, aunque sereno,
Su decision y su bravura muestra.

En pos, y al lado suyo, caminaban
Otros hombres armados, de presencia
No menos dura y arrogante; y todos
Pasando el puente, y las desnudas breñas,

Que forman el abismo en donde salta
El torrente veloz, atrás le dejan,
Y van luego á perderse confundidos
En las ruinas que indicadas quedan.

Poco despues, el número de aquellos
Hombres, se ensancha y por encanto aumenta
Como si todos acudiendo fuesen
Á una cita comun que se les diera.

Y juntos con empeño edificaron,
Durante el primer mes, una vivienda
Que, ignorada y oscura, les dá asilo,
Siempre que pisan la intrincada sierra.

. . . .

Cundió entretanto en las comarcas fértiles
Que á la ciudad de Nápoles se acercan
La fama de Jacobo y de los suyos
Que en todas partes el espanto siembran.

Y hubo quien hizo su retrato; y fueron
Pregonadas de todos las cabezas;
Mas nadie dió con los bandidos; nadie
Castigar pudo entonces su insolencia.

. . . .

Hoy, perseguido, acorralado, loco,
Jacobo Riestri, en su desdicha inmensa,
Vé que Adam su retiro ha descubierto
Y que viene á quitarle á la condesa.

Es preciso evitarlo; ya que el cielo
No le dejó escaparse de su tierra
Y llegar hasta el mar, en donde un buque
Cerca de un puerto su llegada espera,

Él sabrá defender aquel tesoro
Que tantas horas de dolor le cuesta;
La mujer que al pirata ha convertido
En un esclavo que suspira y tiembla.

. . .

Mientras tanto, con afan,
Seguido de cien guerreros,
Por los ásperos senderos
Avanza iracundo Adam.

Suena incesante clamor
De guerra que espanto infunde,
Y con la voz se confunde
Del torrente bramador.

Y Adam sigue, sube, avanza,
Lleno de creciente ira;
Vá en busca de la de Alcira
Que es su vida y su esperanza.

Ardiendo en fieros enojos
No hay nada que le intimide;
Fuego su acento despide;
Rayos fulminan sus ojos.

Saltando de breña en breña
No mira dó pone el pié,
Ni al rudo enemigo vé
Que en atajarle se empeña.

Varonil, fiero, arrogante,
En su cólera infinita,
—«¡Adelante!» á todos grita,
Y todos van adelante.

Y recojen las montañas
De mil tiros el estruendo,
Que se van repercutiendo
En sus ásperas entrañas.

Un militar mal herido
Encuentra en la roca dura
Triste lecho y sepultura
Que le prepara un bandido.

Y otro de estos, á su vez,
Lanzando un grito que aterra,
Al dar con su cuerpo en tierra
Dió en ella con su altivez.

Y ciego y furioso Adam
Vá las alturas tomando
Con las gentes que, á su mando,
De vencer ganosas van.

Y con valor y heroismo
Pisa las cumbres vecinas,
Descubriendo las ruinas
Y el puente sobre el abismo.

Y tambien á descubrir
Llegó despues, lector mio,
El triste cuadro sombrío
Que te voy á describir.

. . .

Pálida, y llena de mortal quebranto;
Suelto el cabello, el talle desceñido;
Juntas las manos en accion de súplica,
Y sofocando en su garganta gritos
Que el corazon despedazado arroja,
Julia se vé cercada de bandidos
En el supremo instante en que al encuentro
De Adam, volar en su impaciencia quiso.
Ella vió á sus raptores apartarse
De su lado; los vió marchar unidos,
Armados y furiosos, pronunciando
Palabras de venganza y de esterminio.
Era evidente que su tierno amante,
Por salvarla pisaba aquellos sitios
Agrestes; de otro modo ¿quién pudiera
Arrostrar de tal suerte los peligros?
¿Quién sino Adam, su Adam, su tierno amante,
Disputar palmo á palmo aquellos riscos
Con tal bravura puede á los terribles
Bandoleros? No hay duda, el cielo quiso
Salvarla, y el momento se aproxima;
Oye á lo lejos del mortal querido
La voz; es él; el eco «¡Julia! Julia!»
Repite; Adam la llama, y es preciso
A su encuentro volar á todo trance;—
La mitad abreviarle del camino.



Adam al puente llega, y en pedazos
Rómpense al punto el arco y los estribos,
Mientras, llena de horror, Julia á su amante
Vé rodar hasta el fondo del abismo.

(El Diablo Mundo, Segunda parte, pág. 219.)

Imp. de Roldán.

Pensando de ese modo, la condesa,
Un esfuerzo supremo, esfuerzo digno
De un alma de mujer apasionada
Que solo atiende de su amor al grito,
Venciendo varonil la angustia inmensa
Que el corazon le oprime, del asilo
Misterioso y oculto en que la guardan
Salir intenta en el instante mismo.
Deja al fin las ruinas tenebrosas
De la que ermita fué, tal vez castillo,
Y alzando á Dios, con tembloroso labio
Y triste acento y ademan sumiso,
Una corta plegaria, suplicándole
Guarde la vida de su Adam querido
Mas que la suya propia, se dirige
Hácia el puente que está sobre el abismo.
Y á lo lejos descubre, entre las ásperas
Crestas, al tierno, al cariñoso Idolo
De sus antiguos sueños, que avanzando
En busca suya vá.—¡Gracias, Dios mio!
Dice entonces cruzando sobre el pecho
Sus manos temblorosas; tú has querido
Hacerme comprender cuánto le amo;
Cuánto su audacia y su valor admiro.»

Calla Julia; despues, llena de espanto,
Sin saber dónde ir, lanza un gemido
De supremo dolor, de horrible angustia
Que sus ánsias revela y su martirio.
Cerca de ella, de pié, sereno, inmóvil,
Con los brazos cruzados, bello, altivo
É imponente á la vez, como un fantasma
Que surgiera del suelo de improviso,
Vé á Jacobo Riestri, que la hiela
Con la mirada de sus ojos, fijos
En ella; tiemblan de furor los labios
De aquel hombre por ella aborrecido;
Y luego la infeliz oye aterrada
Estas palabras que el raptor le dijo:

—Tiembla, condesa, tiembla y no provoques
Mi cólera y mis celos infinitos;
Tiembla y no eleves tu plegaria al cielo
Que sordo vá á mostrarse, cual lo has sido
Tú para mí. Tu Adam en este instante
Vá á probar mi rencor, mi ódio sombrío.
¡Míralo! en álas de su amor, acude
En busca tuya; ¡imbécil! no ha podido
Presumir que si Dios hoy no me ayuda
El hondo averno me dará su auxilio.
Yo te adoro, mujer; tú me aborreces
Y sin embargo, con tu cuerpo abrigo
Y escudo me darás; invulnerable
Soy junto á tí, porque tu Adam te ha visto,
Y por mucho que estime su venganza
Te quiere mas á tí. Desfallecidos,
Él y los hombres que le siguen, miran
Que aquí no pueden dirigir sus tiros
Sin amagar tu vida y esponerte
Á perecer entre los brazos mios.
Vencí, vencí! mis bravos camaradas
Se acercan hácia aquí; míralos! míralos!
¿Qué importa que tu amante, con los suyos
Quiera salvar, corriendo, el precipicio?
Tan pronto como Adam al puente llegue,
Hecho astillas el puente en el abismo
Caerá; el fiel Pietro tiene preparada
Mi postrera venganza:—¡Oh! no, ¡Dios mio!
Gritó Julia; ¡imposible! tanta infamia
En un pecho no cabe; ¿qué delito
Cometí para ser tan desgraciada?
¡Oh! ten piedad, perdon, perdon! si he sido
Sorda á tu amor, porque á mi Adam adoro,
Mátame á mí, de hinojos lo suplico;
Mátame á mí que aborrecerte pude;
Á mí que loca la culpable he sido.»

Así dijo, cayendo de rodillas,
La condesa delante del bandido,
En cuyos labios dibujada vióse
Una infernal sonrisa. Al tiempo mismo
Llegó Adam á la cumbre de aquel monte,—
Que parte en dos el hondo precipicio,
Por donde baja, en despeñado curso
Y en rudos saltos, espumoso rio
Que vá luego á tenderse perezoso
En mas amenos y apacibles sitios.
Breve es ya la distancia que separa
Á los pobres amantes que el destino
Vá para siempre á separar; Jacobo
Se dirige á los suyos con altivo
Ademan, y ella tiembla horrorizada
Oyendo las palabras del bandido.
—¡Perdon! ¡piedad! ¡salvadle! ¡Adam, detente!
Quiere decir; mas ¡ay! tan solo un grito
Logra arrancar al destrozado pecho
Que parece mas bien hondo gemido.
Y Adam al puente llega, y en pedazos
Rómpense al punto el arco y los estribos,
Mientras llena de horror, Julia á su amante
Vé rodar hasta el fondo del abismo.

* * *

Adios para siempre; ¡oh bellas
Esperanzas! ¡pobre Adam!
¿De qué vá á servirle ahora
Esa existencia inmortal,
Si eterna será la herida
Que en el alma llevará?
Tal vez las aguas, que bajan
Pulverizando el cristal
Que se convierte en espuma,
Á su paso se abrirán;
O ablandándose las peñas
Que allí en aquel fondo hay,
De su cráneo y de sus miembros
Menudos trozos no harán,
Para que viviendo siga;
Para que pueda juzgar
Todavía mas despacio
Cuanto en el universo hay;
Cuanto el hombre con su vista
Puede en el mundo abarcar.

Así sucedió en efecto;
Hecho ya el milagro está:
Una piedra, desprendida,
Hubiérase roto al dar
En el fondo del torrente...
É ileso se encuentra Adam.

¿Quién, sin embargo, de aquellos
Abismos le sacará?
¿Quién despues de tanto y tanto
Sentimiento y tanto afan,
Podrá prestarle unos átomos
De dicha, sosiego y paz?
¡Ay! que al caer al abismo
Oyó á su Julia exhalar
Un grito de esos que llevan
Consigo el juicio quizás.
Grito agudo y penetrante
Que, al salir del pecho, vá
Desgarrando las entrañas
Como un agudo puñal.

Puros, nobles sentimientos
De dulce fraternidad,
Que siempre asilo encontrásteis
En aquella alma leal;
Dulces ensueños de amores
No realizados jamás;
Ambiciones contenidas
Por la generosidad
De aquel que amando lo bello
Amó lo justo y legal;
Adoradas ilusiones
De la juventud, ¿dó estais
Que por mas que Adam os busca
Hallaros no puede Adam?

Al caer del alto puente
En sus oidos tronar
Sintió una descarga horrible.—
¿Qué de sus gentes será?
Si los bandidos triunfaron
¿Á dónde conducirán
Á su Julia idolatrada
Que él se propuso salvar?
¿Cómo salir del abismo
Donde sepultado está?
¿Quién le ayudará á vengarse
Pues ya vengarse es su afan?
¿Existe aquel génio indómito
Que, en noche de tempestad,
Se apareció ante su vista
Con aparato infernal,
Ó aquellas tristes visiones
Que delante vió cruzar,
Fueron tan solo el producto
De pesadilla tenaz?

Adam olvidado habia
Aquella noche fatal,
Porque delirio juzgára
Lo que fuera realidad.
Y ahora vé que un gran misterio
Su vida envolviendo está.
¿Cómo, sinó, el puente, roto,
Se fué al abismo á estrellar,
Y él, con lentitud pasmosa,
Casi desde la mitad
De aquella espantosa sima,
Descendió de un modo tal
Que parece que la mano
De un invisible titan
Le sostiene y vá en el fondo
Su cuerpo á depositar?
¿Es que allí la tierra pierde
Esa atraccion natural
Que hace que los cuerpos busquen
El centro de gravedad?
¿Se han roto todas las leyes
Físicas? Mirad, mirad:
El torrente se ha secado;
Las aguas no cubren ya
Conmovidas é imponentes
Su lecho de pedernal.

Adam vive, Adam alienta;
Viéndolo asombrado está.
Todavía la esperanza
Puede en su pecho brotar.
Piensa en Julia; en su preciosa
Prenda, en su bien celestial.
¿Qué será de ella? La duda
Le asesina sin piedad.
Quiere salir de aquel antro;
Los montes quiere escalar,
Y sin embargo no puede;
Que el monte tajado está.

En vano en las duras rocas
Vá sus uñas á clavar;
En vano pide á sus miembros
Mas vigor y agilidad.
Libre el alma, desatado
El espíritu, volar
Á las regiones etéreas
Pueden ¡ay! con libertad;
Pero la materia débil,
Sin fuerzas para luchar,
No obedece al pensamiento
Ni á la firme voluntad.

Entónces, Adam, frenético,
Viendo una impotencia tal,
Mira con horror su vida,
Á la que quiere atentar.
Gritos de su pecho arranca;
Y con furioso ademan,
Mientras su estrella maldice,
Vá su cráneo á destrozar
Contra las rocas, que esquivan
Los golpes que en ellas dá,
Retirándose y abriéndose
Y volviéndose á cerrar.

~~~~~

Y luego, en torno, aterradora y fria,
Horrible carcajada resonó;
Y en noche oscura convirtióse el dia,
Y Adam de pronto, á su pesar, tembló.

Sintió en su rostro abrasador aliento;
Sintió una fuerza ruda y colosal;
Desconocido impulso, que violento
Le atrajo con la fuerza del iman.

Y parecióle que en la tierra hundia
Sus plantas; y que lleno de avidez,
Del globo á las entrañas descendia
Con incansable y loca rapidez.

*
* *

Y al fin, en una encantada
Caverna maravillosa
De eléctrica luz bañada,
Fijar la vista asombrada
Pudo, y la atencion curiosa.

Y un instante se olvidó
De su afan y su tristeza,
Viendo el lujo y la riqueza
Que allí dentro amontonó
Pródiga naturaleza.

Sobre rico pavimento
De oro, pilares macizos
De cristal, tienen su asiento;
Y es la bóveda un portento
De no soñados hechizos.

Cuajadas de pedrería
Por todas partes están
Las inmensas galerías,
Las naturales crujías
Que á perderse lejos van.

Y estaláctitas lucientes;
De azogue temblantes fuentes,
Se descubren por dó quier;
Y rios de incandescentes
Metales se ven correr.
~~~~~

Y entre ráfagas de fuego
Y entre luces de color,
Que la sombra envuelve luego,
Sigue al silencio, al sosiego
Un rüido aterrador.

Rüido que producir
Suele el metal al salir
Y al estenderse bramando,
Con los diamantes chocando
Que engasta al dejar de hervir.

*
* *

Adam, que apenas crédito
Á su aventura dá,
Maravillado, atónito,
Procura descifrar
Si aquel mundo encantado
Existe en realidad,
Ó si es producto solo
De algun sueño fatal,
Ó de terrible fiebre
Que vino á quebrantar
Su fatigado juicio
Y á enloquecerle vá.

¿Se encuentra separado
De Julia por su mal
Ó acaso junto á ella
Soñando ó loco está?
Si sueña, si está loco,
Preciso es despertar;
Volver á su pasado
Estado natural.

Mas ¡ay! no está demente!
No sueña; ¡pobre Adam!
La realidad es triste;
Mas es la realidad
Que vive en otros mundos;
Que Julia allí no está;
Que el cielo para siempre
Los quiso separar.

Pensando de este modo,
Del pecho, con afan
Exhala hondo gemido
Que muestra su pesar.
Y entre sollozos luego,
En su dolor mortal,
De lágrimas ardientes
Vertió triste raudal.

~~~~~~

Y una nueva carcajada
En torno de él resonó
Que por la gruta encantada
Luego el eco repitió.
Y Adam, en furor montando,
Al desechar su agonía,
Levantó el rostro, buscando
Á quien así se reia.
Y ver pudo junto á él
Aquella vision cruel
Que en cierta noche fatal
Se apareció por su mal,
Y que se presenta ahora,
Á la vez fascinadora,
Y á la vez triste y jovial,

Y clava sus ojos
En él con enojos,
Se acerca, sonríe,
Y al ver que suspira,
Contenta le mira,
Ufana se engríe,
Se goza en su duelo;
Su pecho atormenta;
Su afan acrecienta
Con fiero rigor.
Y luego moviendo
El labio iracundo,
Así vá diciendo
Rompiendo el profundo
Silencio que reina
Allí en derredor.

*
* *

«Ya sabes quién soy yo: yo soy el génio
Del dolor y del mal; alza tú frente
Y en la mia verás el anatema
De los cielos con signos indelebles.

Repara en mis facciones y recuerda
Que ya otra vez me aparecí en tú albergue.
Hoy estás á las puertas de mi imperio;
Mas nada temas ni por nada tiembles.

En los espacios del profundo averno
Todavía sumirte para siempre
No pretendo; que el hombre, cuando llora,
Algo de amable en su existencia tiene.

Hace un instante que llorar te he visto.
Y esto me prueba que en tu alma ardiente
La virtud y el amor no se estinguieron;
Que aun la bella esperanza te mantiene.

Raudales son las lágrimas que al hombre
Vivifican; que su alma fortalecen;
Yo los tengo agotados y deseo
Que con su fuego tu afliccion los seque.

Oye y tiembla: yo fuí príncipe un dia
En la mansion de aquel que es rey de reyes;
Quise ciego arrojarle de su trono
Y él castigó mi presuncion rebelde.

Desde entonces, sin fé, sin esperanza,
Envidio al hombre que á esperar se atreve;
Y gozo si le encuentro descreido,
Á su propio dolor indiferente.

En un rapto de cólera inaudita
Quisiste darte con furor la muerte;
Pero luego has llorado y con tus lágrimas
De tu Dios las entrañas enterneces.

Fuerza será que yo te comunique
Mi terrible maldad; que te exaspere
Hasta el punto de hacerte que algun dia,
En risa y burla el sentimiento trueques.

Entonces, egoista, dominando
El noble instinto y el amor que sientes,
Al gozar en tu propio sufrimiento
No sabrás del ajeno condolerte.
~~~~~~

Te tendrás en tal caso por dichoso,
Cual otros muchos que riendo siempre
Del hermano las penas no adivinan,
Ni del pobre aliviar saben la suerte.

Te importará muy poco que los pueblos
Esclavos sufran opresoras leyes,
Ó que luego en licencia y anarquía
Sus adoradas libertades truequen.

Los hombres para tí serán mezquinos
Instrumentos, que sirvan de escabeles
Á tu ardiente ambicion: y en tu camino
La virtud hollarás de cien mujeres.

Nada de nécio sentimiento; el mundo
Materialista por do quier se vuelve;
Suma y resta, se engolfa en la política
Y á la poesía las espaldas vuelve.

¡El mundo...! he dicho mal; no es ese el mundo;
Á mas de Europa la orgullosa, tiene
Otras partes el globo, donde al hombre
Vas á estudiar, pues conocerlo debes.»—

Calló el ángel del mal un breve instante;
Sombrío inclina su marcada frente
Y un suspiro despues del pecho arranca
Que tristes ecos retumbando vuelven.

CANTO XIV.

«Oye, dijo Satán, tras breve rato
De aterrador y sepulcral silencio;
Oye bien, y no estrañes que te hable
Veráz y humilde y te descubra el pecho.»

«Débil será un instante aquel que osado
Su afan oculta con desden soberbio;
Sincero, aquel que á la mentira eleva
Ricos palacios ó mezquinos templos.»

«Yo sólo sufro en mi dolor sombrío
Todas las penas de mi horrible infierno;
Conozco el bien de que los hombres gozan
Y por eso á los hombres aborrezco.»

«Ahora mismo, que al mal quiero inclinarte,
En tu interior por mi desdicha leo.
Tienes libre albedrío, tienes alma
Y en ella, solo, dominar no puedo.»

«Un augusto poder, poder que envidio
Y que á la vez maldigo, está en secreto
Hablándote; sin duda al bien te inclina
Mientras que al mal llevarte yo pretendo.»

«Piensas en Julia, en tu condesa hermosa,
Por quien fuiste sin duda honrado y bueno;
Sigues bañado en tus ardientes lágrimas
Y al amor alimentas en tu pecho.»

«La esperanza, ese sol esplendoroso
Que difunde sus mágicos destellos
Sobre el mundo moral, y al hombre presta
En todas partes bienhechor consuelo;»

«Ese don, ese bien incomparable,
Que al triste ofrece poderoso aliento,
En tu afanoso corazon, ahora
Echa raices y retoños nuevos.»

«No ha llegado el instaute todavía
De que aborrezcas cuanto yo aborrezco;
Aun eres inmortal; amas y esperas
Y hacerte mio por mi mal no puedo.»

«Pues bien, vive; prolonga la existencia;
Sigue prestando á tu ilusion pretestos;
Cruza veloz el universo mundo;
Yo, si es preciso impulsaré tu vuelo.»

«Buscar á la condesa te propones.—
¿La hallarás? no lo sé; vedado tengo
Del porvenir el libro, en cuyas páginas
Solo sabe leer el Ser Supremo.»

«Puedo solo decirte que á tu hermosa,
El pirata, el osado aventurero,
Medio demente y casi moribunda,
Lleva consigo y se dirige á un puerto.»

«Los soldados del rey en vano quieren
Á Riestri apresar; una vez hecho
Astillas aquel puente, los bandidos
Tierras ganaron apreciando el tiempo.»

«Ya en un esquife presurosos entran;
Ya el mar azotan los delgados remos;
Ya cantando se alejan de la orilla;
Ya en la gran nave penetrar los veo.»

«Izan el bote; un hurra victorioso
Exhalan los salvajes marineros.
«¡Viva Jacobo!» dicen; largan rizos,
Y al buque impulsan favorables vientos.»

«Mas ¿qué tienes? ¿por qué, furioso, arrojas
Ayes profundos, y á mis pies cayendo
Compasion me demandas? ¿qué pretendes
Del Diablo Mundo en tu terrible duelo?»

«Yo no puedo hacer bien; vivo atizando
Las pasiones, las penas, los tormentos.
Julia se aleja; devolverte á Julia
Fuera hacerte feliz; yo no lo quiero.»

«Sufre, maldice, y aborrece al hombre
Que hondas heridas sin piedad te ha abierto.
Yo tan solo inclinarte á la venganza
Y al esterminio y al estrago puedo.»

«Fuerza será que tú, que tanto un dia
El mundo conocer quisiste nécio,
Peregrinando vayas por el mundo.—
Para salir de aquí te daré medios.»

Guardó silencio un rato
La aparicion sombría,
En cuyo rostro entonces
Brillaba la alegría
De su indomable orgullo,
Que satisfecho vé;
Y luego haciendo círculos,
Con la siniestra mano,
Gemir hizo un momento
En el espacio al viento,
Mientras, altiva, hería
El áureo pavimento
Con su forzudo pié.

Y vióse de repente
Surgir por todas partes,
Llenando los rincones
De aquella inmensa gruta,
Fantásticas legiones
De espíritus sin cuerpo,
De cuerpos sin espíritu
Que bellos ó espantosos,
Ya alegres, ya furiosos,
Las bóvedas escalan,
Se acercan por do quier.

Y al par que aquellos monstruosos génios
Moviendo sin cesar horrible ruido
En la caverna misteriosa entraron,
Esta, súbitamente, iluminada
Por torrentes de luz, mostró á los ojos
Del atónito Adam, nuevos portentos
Nunca vistos ni oidos. Por do quiera
Líquido oro, en desatadas fuentes,
Ó derretida plata, en hondos rios
Con cauces de rubíes y esmeraldas,
Corrieron presurosos; gruesos átomos
De perlas y diamantes, inundaron
Los espacios; carbunclos encendidos
Alzaron luego gigantescas llamas
Rojas, que hiriendo las facetas bellas
De las piedras preciosas, un diluvio
De millones de chispas simularon.
Y al propio tiempo, el incesante ruido,
El sordo estruendo de los gritos roncos,
Que las cohortes infernales dieran,
La caverna atronaban. Los espíritus,
Que de formas al fin se revestian,
Luchaban con furor, ó en locas danzas
Se mezclaban riendo, ya con lúbricos
Movimientos, ó ya con grave, erguido,
Ridículo ademan; rostros hermosos
Y horribles á la vez, se acercan, huyen
Ó aparecen de nuevo, como el raudo
Torbellino que arranca de los árboles
Las ya pálidas hojas; sobre el fuego
Que metales y piedras enrojece,
Se acuestan sin temor; rompen los duros
Diamantes con sus dedos, y en seguida
Los labran, pulen y abrillantan; todo
Sin instrumento alguno. En los hirvientes
Arroyos de metales inflamados
Sus rostros lavan, exhalando gritos.
Huyen, suben y bajan arrojando
Carcajadas, chillidos penetrantes;
Y con antorchas, que encendidas llevan,
El calor de la ya abrasada atmósfera
Van aumentando sin cesar, gozosos
De que su jefe sus hazañas mire;
De que el huésped que allí encerrado tienen,
Su agilidad y su vigor admire.

Pero á la vez que Adam tal espectáculo
Vé con asombro, la razon turbada
Siente; sus ojos deslumbrados, ciegos,
Cierra por fin; el vértigo le invade.
La barahunda, el sin igual estrépito
Que aquellos génios infernales mueven,
Turban su alma combatida y triste.
Aunque inmortal y jóven, tiene en ella
Recuerdos dolorosos que le abruman.
El nombre de su Julia idolatrada
Vé en todas partes, por su mal, escrito.
Tiembla, suspira, y á caer exánime
Pronto irá sobre el duro pavimento.

Satán, entonces, con acento horrible,
Un solo grito pavoroso exhala
Que hace temblar de espanto á aquellos séres
Y que conmueve la caverna inmensa.
«Basta, callad, vasallos del infierno,»
Dice; y al punto, aterrador, sombrío,
Se esparce allí el silencio de las tumbas.

Y volviendo hácia Adam la centellante
Pupila:—Escucha, añade, escucha y vuelve
Á recobrar las fuerzas que perdiste.
Vas á dejar muy pronto estas mansiones
Desconocidas; ellas son el pórtico
De mi eterna morada; en esta gruta
La envidiada riqueza tiene asilo;
Es su palacio. Si supiese un dia
El hombre, los tesoros que aquí guardo,
Él, que nada respeta y que es idólatra
Del oro, á disputármelo atrevido
Vendría, y horadando estas montañas
Por lograrlo, gustoso moriría.»

«Tú, al salir de estos sitios encantados,
Perderás de esta cueva la memoria;
Mas ya que en ella entraste, yo te juro
Que vas á ser el Creso de estos siglos.
Para viajar y recorrer el globo,
Para alcanzar honores, distinciones,
Triunfos y glorias, las riquezas valen
Mas que el talento y la honradez y el largo
Empleo de una vida consagrada
Al amor de las ciencias y las artes.
Por eso, antiguamente, los humanos
Soñando en mentirosas crisopeyas,
Sus esperanzas y su fé, pacientes
Fundir pudieron, al querer que el plomo
En oro puro se trocara ¡imbéciles!
Por eso hoy mismo en el crisol menguado
De la impudencia y el desdoro, arrojan
La virtud, el honor y el patriotismo
Muchos mortales que vivir podrian
Pobres, sí; pero ricos de esperanza
Sin inventar esa moderna alquimia.»

«Tú, no obstante, pues bueno ser prefieres,
Vas á alcanzar la ciencia codiciada
Por tantos hombres, jóvenes ó ancianos,
Charlatanes ó sábios verdaderos,
Que en vigilias y luchas incesantes
La paciencia y el juicio remataran.
Sorprendida por tí vá á verse ahora
La gran naturaleza: el mas recóndito
De sus secretos mostraré á tu vista.
Voy á enseñarte á fabricar el oro

Y el diamante; de hoy mas, del sol los rayos
Sabrás aprisionar en solo un poco
De tierra miserable, y luego de ella
El precioso metal saldrá brillante
Y puro y valioso; en ese escrito
Esplicado hallarás el gran secreto.
Verás cómo la gota de rocío
Puede filtrarse en pedernales duros
Ó en movediza arena, y cómo al cabo
Puede trocarse en la brillante piedra
Que vale tanto en el mercado abierto
Á la insaciable vanidad humana.»

«Eres rico; ya puedes á tu gusto
Correr el mundo y estudiarlo todo;
La juventud y el don de ser eterno
Alcanzaste tambien; ¿ qué mas deseas ?
Ser feliz; ¿ no es verdad? y ¿ cómo puedes
Serlo del todo, si te llamas *hombre* ? (1)
Vas á partir de aquí; mas antes, quiero
Que contemples y admires mis legiones.
Ante tí voy á revistarlas todas.
Quiero que sepas, pues aquí reunidas
Las tengo ya, su oficio, sus maldades
Y su horrible y funesto poderío.
Ellas van invisibles, silenciosas,
Á matar de los hombres la esperanza;
Á escitar sus pasiones, á turbarles
El bien del sueño y de la paz bendita.
Ellas se esparcen por el globo, cruzan
Los vientos y los mares, que irritados
Se muestran si presienten su llegada.
Las aves y los brutos carniceros
Trémulos huyen de ellas; solo el hombre
Las mira con descuido y muchas veces
Embriagado y feliz las acaricia.
Tú tambien en la tierra su influencia
Sentirás; pero quiero que entretanto
Su condicion y oficio reconozcas.»

«Esa que ves, de aspecto repugnante,
Y de ademan soberbio y orgulloso,
Es la que un dia dominó en el mundo
Haciéndose adorar por donde quiera;
La que osada levanta todavía
Sus ídolos y altares, amasados
Con el sudor y sangre de mil víctimas;
La inventora de falsas religiones
Y de los cultos torpes y ridículos;
La que en nombre de Dios, pide á los pueblos
Terribles hecatombes.—Esa otra,
Que junto á ella con frialdad sonríe,
Es sin embargo su rival eterna;
Ella forma al incrédulo y le hace
Que niegue cuanto vé, que nada admire;
Que se complazca en rebajarse, haciéndose
Inferior á los brutos; no aceptando
Un Hacedor Supremo; un alma noble
Digna de grande, de inmortal destino.»

«Mas allá, silencioso, meditando
Sin cesar, está el génio de la guerra.
Busca un pretesto para hacer que locas
Las naciones se lancen al combate.
Él, muchas veces, el sagrado afecto
De la pátria exagera de tal modo
Que á dos pueblos vecinos, casi hermanos,
Enciende en ira; fútiles pretestos
Bastan; tal vez el criminal capricho
De un rey, de un gobernante codicioso;
De un militar que engrandecerse quiere
Mostrando su valor. Y en todas partes
Se levantan ejércitos, se roban
Á las madres sus hijos; á la industria
Y á las artes sus brazos; y se inventan
Horribles medios de matar; y un premio
Al inventor al punto se concede.»

«Allí está la deidad que á la política
Preside; no á la noble ni discreta
Ciencia de gobernar, que presta impulso
Al verdadero y sólido progreso;
Que dá la libertad siempre hermanada
Con el órden, la paz y la justicia.
Unas veces los pueblos maniatados,
Ignorantes y pobres, con paciencia,
En sus espaldas el infame golpe
De un látigo cruel callados sienten.
Otras, contentos, al romper su yugo,
En simulacros militares pasan
La vida inútilmente, abandonando
La esteva productora, sin que nunca
Se acuerden de instruirse y de ser buenos,
Dignos, honrados, laboriosos y útiles.
Mas ¿cómo, si entre tanto, mil querellas,
Por ambicion, por cálculo, por falta
De abnegacion sublime, un año y otro
En bandos apartados, los políticos
Solo se cuidan de luchar, de hacerse
Mútuas heridas que á la pátria hunden
En un abismo de dolor inmenso?
¿Cómo, ese pueblo se instruirá, si en tanto
Que pobre está, le tiranizan unos
Mientras otros tal vez van predicándole
Que á la matanza bárbaro se incline ? (1)

«Allí está la deidad que patrocina
Al vil calumniador; no hay honra alguna
Que de su lengua fementida escape.
Hiere á traicion en la nocturna sombra.
Ella ha inventado acaso eso que llaman
Crear atmósfera. La virtud mas grande,
Y el mas ilustre nombre, no se libran
De ese mordaz calumniador inícuo
Que matando el honor, las almas hiere
Impúnemente, sin castigo alguno.»

«Allí está la lascivia con el rostro
Encendido, inflamada la mejilla,
Buscando el modo de manchar mil tálamos;
Destruyendo la paz de los hogares;
Echando lodo á la culpable frente
De la adúltera esposa; dando risas
Al que paga favores recibidos,
Con burlarse despues de la que loca
Olvidó por amarle sus deberes.»

«Mas lejos, en aquel brillante ángulo
De la caverna, la deidad se halla
Que al lujo y á la moda caprichosa
Preside. Por el lujo, por las leyes
Tiránicas que inventa cada dia
El ánsia de ostentar ricos adornos,
Trajes lujosos, arrogantes trenes
Y muebles ostentosos y magníficos,
Su paz tal vez con gusto sacrifican
Los mortales. Maridos arruinados
Cien innobles empresas acometen
Llegando hasta el abismo de la infamia,
Del deshonor, y del suicidio luego.
Pierden la esposa fiel, la tierna hija
Su paz y su candor; y mientras tanto
Los que van á gozar en sus salones

(1) En hebreo la palabra *Enosh* ú *hombre*, significa fiebre y dolor.

(1) Ya se sabe, concretándonos á España, que hay un periódico en ella que ha pedido un millon de cabezas españolas. Si será liberal el que pide eso.

De ese lujo que tanta dicha cuesta,
Tal vez de todo sin piedad se mofan,
Indagando los móviles ocultos
Del baile ó del festin; y averiguando
De dónde sale tanta y tal grandeza.»

. . . . : . . . .

Calló el ángel del mal un breve instante
Y luego continuó: «Si yo te hubiese
De enumerar despacio uno por uno
Los génios que aquí ves hoy congregados;
Si te fuera esplicando, una por una,
Sus acciones, los daños que en el mundo
Causan; prolijo por demás me haría.
Pronto sus hechos tocarás; ahora
Solo quiero mostrarte algunos otros
Antes que dejes mi opulenta gruta.»

«Allí vá la avaricia, procurando
Esconder bajo tierra sus tesoros.
Ella ha inventado la terrible usura
Que tantas almas á mi infierno trae.
Por la avaricia, que el dinero estanca
En manos infecundas, mil empresas
Útiles yacen en fatal olvido.
El industrial, el proletario humilde
Sin jornal, sin trabajo, acaso un dia
Una limosna implora, si es que loco
A impulsos del dolor y la indigencia
No se arrastra al camino del cadalso.—
El avaro cruel, el codicioso
Que en secreto acaricia sus talegas,
Indiferente vé, cómo, postrada
Su pátria en la indigencia, se arruina
Sin talleres, sin campos, que esplotarse
Pudieran y ofrecer cuantiosos frutos.»

«Allí están la mentira y la lisonja.
Si severo y veraz alguno quiere
Pintar desnuda la verdad, mostrando
La humanidad, cuál es, y ser debiera,
La lisonja y el vil engaño, pronto
Pondrán sobre sus labios la mordaza
Y el estigma en su frente, calumniándole
Y haciéndole apurar amargo cáliz.
Ellas harán que el hombre se complazca
En juzgarse perfecto; ellas, llevando
Aduladoras frases al oido
Del monarca, ó del pueblo, nunca leales
Les mostrarán sus faltas ó sus crímenes.
Ellas irán cantando siempre ufanas
De cada siglo la coetánea historia
Sin decirle: *eres malo, porque puedes*
Ser mejor y esa empresa no realizas
Desechando los vicios que te afean.»

«No lejos de aquel grupo de callados
Génios, que vierten silenciosas lágrimas
Viendo su triste porvenir, se encuentra
Una deidad sin corazon, sin ojos,
Que rechaza lo sério á toda hora;
Que de todo se rie; que se burla
De la virtud y del dolor.—Mas lejos
La vanidad construye cien alcázares
Sobre cimientos frágiles.—La ciega
Jactancia, busca allí nécios prosélitos
Que le quemen incienso y que la adulen.—
Cerca de ella se encuentran las deidades
Que pervierten los mas bellos talentos.
Aquella prestará rasgos sofísticos
Al orador sublime; aquella otra...
¿Sabes quién es? la de la injusta crítica;
La que presta sonrisas á los labios
De los pedantes escritores nécios
Que prendados tan solo de sus obras
Las de los otros furibundos muerden.»

«Allí están el valor mal entendido
Y el falso pundonor; con ellos marcha
El desafio injusto; el siempre infame
Duelo cobarde y desigual. Los hombres
Lo comprenden así; mas nunca logran
Rechazar esa bárbara costumbre.
Para el soberbio espadachin y el fátuo
Que la honra mancha, ó al honrado insulta,
No hay tribunales, códigos y un *público*,
Que su insolencia ó su maldad castiguen.
Es preciso que, acaso, el insultado
Víctima sea, ó que sus manos tiña
Con sangre de otro hombre, cuando el duelo
Nació tal vez de fútiles motivos.»

«Mas lejos... pero ya de tu vergüenza
Viendo estoy el carmin; suspiras triste
Y fatigado te hallas; demos punto
Á mi infernal revista. Tú, en la tierra,
Sentirás de esos génios el contacto.
Ellos mezclados, confundidos, marchan
Cruzando por los ámbitos del mundo.
Ellos son los ministros poderosos
Que mi encono y mi furia satisfacen.
Para torcer, para amenguar los bellos
Nobles instintos que el Creador pusiera
En el pecho del hombre, yo he logrado
Confundir las nociones de lo justo.
En las naciones mas civilizadas,
Que llevar á las otras algun dia
Pudieran el progreso, he puesto rémoras
Constantes. La ambicion, el lujo vano
Y el ánsia de medrar á toda costa,
Obteniendo fortunas insolentes,
Han torcido el derecho y corrompido
Las costumbres. Por eso, oscurecidas,
Vilipendiadas, la virtud modesta
Y la oscura pobreza, casi nunca
Lograron alcanzar altas mercedes;
Favores grandes, merecidos lauros.»—

«Comete un asesino entre las sombras
De la noche su crímen y á ocultarse
Corre veloz. Es justo que indignada
La sociedad le busque y le castigue.
Es justo; pero ¿acaso no sería
Justo tambien que el nombre averiguase
Del hombre heróico que pasó los años
De su vida luchando con la suerte
Triste y adversa, y que le diese un premio
Que á los buenos de estímulo sirviera
Y á los malos del vicio separára?—
No solo el crímen á ocultarse aspira.
Tímida la virtud y pudorosa
Se esconde casi siempre en su retiro
Cual la perla en su concha; y guarda humilde
Su abnegacion, sus mas sublimes prendas.
Por eso es pobre, austera y silenciosa
Casi siempre. Por eso, el vicio insano,
Que se agita cubierto de oropeles,
Insolente la insulta y menosprecia.
Y los hombres hipócritas la aclaman
Sin ofrecerla poderoso estímulo
Y digna recompensa. En todas partes
Sostienen las naciones tribunales;
Casas de correccion, jueces, verdugos
Y una bien ordenada policía
Para aplicar la ley al delincuente.
¿Dónde está el funcionario consagrado
Á averiguar dó la honradez se oculta,
Para *aplicarle* luego un premio digno
Segun se aplican las condignas penas?

¿En dónde está la cifra consignada
Para elevar un puesto de honra y gloria,
De porvenir, de bienestar y holgura,
Al ciudadano que en su hogar doméstico
De paciencia y virtud modelo ha sido
Sin aspirar al galardon y aplausos
Que mas que nadie merecidos tiene?
¿Dónde está consignada la partida
Dedicada á librar solemnemente
De la miséria, del dolor, del rudo
Trabajo, alguna vez (aunque esta sea
De tarde en tarde) á un hombre virtuoso?
¿Se contenta tal vez esa justicia
Humana, con dejar á la conciencia
Del bueno el propio aplauso, mientras mata
Al malo? ¿por ventura ha pretendido
Equilibrar los males y los bienes
Amontonando los penales códigos
Sin ofrecer en cambio á las virtudes
Catálogos de justas recompensas?

. . . .

«Vas á partir; apréstate. Los mares
Te esperan otra vez, tu amante Julia
Gime y llora en el buque del pirata.
Si Jacobo reunir pudo un tesoro,
Tú tienes otro inmenso, incalculable,
Como jamás le poseyó ninguno
Por muy rico que fuese. Si el dinero,
Tan codiciado siempre por el hombre,
Constituye su dicha, de seguro
No habrá dicha en la tierra cual la tuya.
De las arenas de desiertas playas,
De las rocas que el mar rugiente azota,
Y hasta del lodo miserable, puedes
Sacar ese metal, y esas bellísimas
Piedras que engastan solo los monarcas
En sus diademas y en sus ricos cetros.
Parte, Adam, ten presente que te ódio
Mas que á todos los hombres; tú quisiste
Ser inmortal; prolonga tu existencia
Cuanto puedas; no quiero arrebatártela
Ni aun descargar el peso de mi furia
Sobre tí; sigue á impulsos de tu libre
Albedrio; me basta con que el mundo
Te presente á la vista sus escollos
Y sus penas; me basta con que pruebes
De los hombres el dolo y la malicia.
Si alguna vez, doliente, exasperado,
Mi nombre invocas y mi auxilio pides,
Sin fé, sin corazon, sin ilusiones,
Entonces, ya lo sabes, un asilo
Yo te daré en mis hórridas mansiones.»

~~~~

Calló Satán, y al punto un nuevo círculo
Rápido en el espacio describió,
Y de la gruta, la encantada bóveda
En sus pilares de cristal tembló.

Bárbara, oculta, misteriosa música,
Grande y propia de horrible bacanal,
Sonó despues, y su discorde estrépito
Fué de danza diabólica señal.

Y un muro de la cueva derrumbándose,
Un cielo trasparente dejó ver;
Y debajo del cielo un mar pacífico
Al mismo tiempo se entrevió tambien.

Sobre las olas, atrevida, impávida,
Gallarda cual ninguna otra se vió,
Dulcemente impelida por el céfiro,
Vá una nave alejándose veloz.

Dentro de ella, y en una rica cámara,
Suspira un hombre con doliente afan,
Es jóven, bello; tiene aire simpático;
Muere de amores y se llama Adam.

De vez en cuando, por su frente pálida,
Surca un terrible pensamiento cruel;
Quiere dormir y al entornar sus párpados
Vé que el insomnio se apodera de él.

Lanza un suspiro; luego algunas lágrimas
Bañan su rostro lleno de dolor;
Julia! Julia! repite estremeciéndose,
Y una mano se lleva al corazon.

—«¿Á dónde voy? ¿de qué manera insólita
Hasta la nave trasportado fui?
¿Qué me guarda el destino? ¿Cuándo el término
Podré encontrar á mi dolor sin fin?»—

Dijo: y dejando la citada cámara
Á la cubierta con afan subió;
Tendió la vista; el cielo estaba límpido;
Tranquilo el mar y deslumbrante el sol.

En parte alguna se descubre un ápice
De tierra; todo solitario está;
Solo se escucha el cántico monótono
Del marinero que en las vergas vá.

Luego tal vez la golondrina rápida,
Seguida de otras, por allí cruzó.
¡Feliz mil veces la avecilla tímida
Que vá buscando un clima bienhechor!

Ella no siente el insufrible cúmulo
De dolores que está sintiendo Adam;
Ella no tiene pensamientos múltiples;
Pero sabe muy bien á dónde vá.

. . . .

Poco despues, con ademan solícito
El capitan del buque se acercó
Y al pobre Adam, que le miraba atónito,
Con respeto y cariño saludó.

Y Adam volviendo del profundo éxtasis
En que su mente sumergida está,
—¿Dónde estamos? pregunta; ¿cuándo á Nápoles
Este buque velero tornará?»

Quedóse al parecer mudo y estático
El capitan, que al cabo contestó:
—Nos hallamos, señor, en el mar Jónico
Y á Grecia vamos; lo mandasteis vos.

—¡Oh! ¿qué dices?—Allí, si son verídicos
Mis informes, repuso el capitan,
El buque de Riestri el archipiélago
Impávido á estas horas cruzará.

—¡Oh! prosigue.—Tal vez mas tarde al Mármara
Conducirá orgulloso su bajel;
Ó pasando el mar Negro, irá internándose,
Siempre atrevido, en el de Azof despues.»

—Tal vez quiera salvar los montes Cáucasos,
Tal vez quiera cruzar el Ararat;
Y el mar Caspio dejando atrás, intrépido
Tal vez llegue hasta el golfo de Balkan.»
~~~~

—Luego todo lo ignoras? luego el bárbaro
Que la dicha del alma me robó
Vá á invadir esos montes y esos piélagos
Sin que pueda alcanzarle mi rencor?

Triste de mí!—Y Adam, vertió una lágrima
Que en su ardiente mejilla se secó;
Y rompiendo despues el triste diálogo
A su cámara al punto descendió.

~~~~

Y allí á solas, en su mente
Sintió brotar mil recuerdos;
Y la duda y la esperanza
Batallaron en su pecho.
—«Soy jóven, soy rico, dijo;
La inmortalidad su aliento
Me presta; el mundo me llama
Y al mundo lanzarme quiero.
Julia! mi bien! que tus huellas
Me haga vislumbrar el cielo.
Contigo seré dichoso
Aunque se oponga el infierno.»
Calló Adam; luego á su oido
Llegaron confusos ecos
Que aclarando su memoria
Su corazon conmovieron.
Y al querer cerrar sus ojos
Percibió el discorde estrépito
Que allá en la lejana gruta
Movieran fatales génios.
Y estas frases, confundidas
Con aquel bárbaro estruendo,
Le pareció que arrojaba
El mar de sus hondos senos:

«Gallarda y erguida
Se ostenta la nave
Que marcha impelida
De un viento suave.
Miradla! ¡qué bella,
Las aguas cruzando,
Imprime su huella
La estela marcando!
¿No veis? Se dibuja
Su forma en el cielo.
¿Qué mano la empuja?
Parece una hada.
¿Dó tiende su vuelo?
¿Do vá? No se sabe.
Tal vez, destrozada,
Su marcha gozosa
Detenga la nave
La nave orgullosa.»

«Así, en ocasiones,
El hombre camina,
Forjando ilusiones
De forma divina.
Y nunca adivina
Que el mal se avecina;
Que vá, como el ave
Que el lazo no advierte;—
Cual mísera nave
Que busca la muerte.»

«Camina, camina!
No cejes, Adam.
Do quier que te eleves,
Do quiera que lleves
Tu duelo profundo,
Tus tiernas memorias,
Tus míseros juicios,
Tus luchas, tus vicios;
Tus dichas, tus glorias,
Tal vez tus virtudes,
Tu gozo, tu afan;
Allí, no lo dudes;
Contigo, iracundo,
Irá el Diablo mundo;
Sus génios irán.»

~~~~

Cesaron los rumores; el buque fué impelido
Por favorables vientos sobre la estensa mar,
Y Adam cerró sus ojos y se quedó dormido;
Dejémosle que duerma; dejémosle soñar.

. . . .
. . . .

CANTO XV.

Siempre se ha dicho, con razon, que el tiempo,
Es del dolor del hombre panacea.
Él borra los pesares que en el alma
Producen tristes y penosas huellas.

De la muerte del dulce objeto amado;
De una terrible y obligada ausencia,
Siempre mitiga el tiempo compasivo
Recuerdos que las almas atormentan.

De otro modo, la vida insoportable
Para nosotros en el mundo fuera,
Sintiendo siempre aglomerarse fieros
Pesares que se tocan y encadenan.

¿Influye en nuestra mente, por ventura,
Para hacer que el dolor mas chico sea,
El saber que es fugaz y breve el tránsito
Del mísero mortal sobre la tierra?

¿Ó es que la edad, templando las pasiones,
Del corazon los ímpetus modera,
En tanto que con pasos silenciosos
La cansada vejez triste se acerca?

Veinte años, lectores, han pasado
Desde el momento aquel en que perdiera
Adam á la hermosura peregrina
Que fué su dulce y codiciada prenda.

Veinte años! un siglo de la vida
Normal, del hombre que morir espera;—
Un instante no mas, para el que sabe
Que juventud y vida tiene eternas.

Por eso es grande su dolor; inmenso
El pesar que en su amante pecho lleva
Siempre guardado, al ver que el tiempo pasa
Inútilmente, y la vejez no llega.

¿Qué será de su Julia? el orbe entero
Ha recorrido sin hallar sus huellas;
Siempre en pos del pirata fué; mas nunca
El vil Riestri su llegada espera.

Parece que aquel hombre condenado
Está tambien por singular estrella
Á vagar por los ámbitos del mundo
Cual si quisiese huir de su conciencia.

Luego, Adam le perdió por mucho tiempo
De vista; en vano inquiere; en vano intenta
Su paradero descubrir; parece
Que al vil rival se lo tragó la tierra.

Durante un año y dos, Adam, el oro
Que sabe hacer, calenturiento emplea
En buscar á Riestri; caravanas
Organiza, y cien buques luego apresta.

Lánzase él mismo por ignotas vias
Cruzando mares y ganando tierras,
É incansable, atrevido, siempre ansioso,
Dá al mundo entero repetidas vueltas.

Él ha llegado á los desiertos polos;
En sus masas de hielo gigantescas
Un nombre amado, el nombre de su Julia,
Grabó, llorando, con su mano trémula.

Él ha cruzado las campiñas áridas,
Los arenales, las montañas yermas,
Del Africa asolada; él ha pisado
Del Asia las ruinas gigantescas.

Ha visitado las llanuras fértiles
Y los vírgenes bosques de la América.
Y al pié de cataratas espumosas
La imágen evocó de su condesa.

En todas partes maravillas raras,
Climas diversos, impresiones nuevas;
Pompa, lujo, esplendor, galas sin cuento
Le mostró la feráz naturaleza.

Espectáculos grandes y sublimes,
Que admiracion infunden y sorpresa;
Que á entrever le obligaron con asombro
De Dios la majestad y la grandeza.

Mas ¡ay! en todas partes ha sufrido
Alternativas de dolor inmensas,
Sin lograr la ventura y el descanso
Que tanto el alma conseguir desea.

Do quier al hombre con dolor ha visto
Destruyendo la armónica belleza,
El soberbio y magnífico espectáculo
Que los orbes espléndidos ostentan.

Razas llenas de oprobio, envilecidas
Por infames y estúpidas creencias;
Ceremonias absurdas que degradan
Y embrutecen los pueblos de la tierra.

La casta de los párias y las tribus
De los pulias (1) ha visto en la miseria
Ser perseguidas por los fieros hindos
Y ser tratadas como torpes bestias.

Ha visto á la viuda dolorida
Con el cadáver de su esposo, llena
De espanto alguna vez, otras de gozo,
Ser arrojada á la voraz hoguera.

Ha presenciado el repugnante cuadro
Que, ya difunta, la infeliz doncella
Ofrece en otras partes, sometida
Á un acto infame que su ley ordena (2).

Y al cruzar las llanuras y los montes
De salvajes comarcas, mil grotescas
Danzas vió, donde bárbaros canivales
Inhumano festin con gozo ordenan.

Y cautivo se ha visto; y ha logrado
Fugarse luego; y al lograr su vuelta
A pueblos cultos, con monarcas grandes
En contacto le han puesto las riquezas.

Y ha obtenido favores y altos títulos
Sin obtener felicidad completa:
Sin ver su corazon contento y libre
Del grande amor que incólume conserva.

Mil mujeres ha visto en su camino
De ponderada y sin igual belleza;
Mas ¡ay! ninguna al ofrecerle dichas
El hondo abismo de su pecho llena.

. . .

Cansado ya de sus pesquisas vanas
De nuevo á Europa realizó su vuelta;
Pisa por fin los españoles campos;
Llega á Madrid y en su interior penetra.

Viene solo; su Julia idolatrada
No está á su lado; y sin embargo, lleva
Su mano al corazon; porque en él siente
Latidos grandes que placer revelan.

Es que en Madrid, la suspirada pátria
Vuelve á encontrar; la pátria en donde fuera
Tan desgraciado un dia; donde pobre
Vivió entre gente miserable, abyecta.

Donde atrevido, loco y codicioso
El palacio escaló de la condesa;
Donde habitó feliz con su Salada
Que hoy venturosa náda en las riquezas.

El es rico tambien; es poderoso;
La buscará; sin duda no recuerda
Ella la ingratitud del torpe amante
Que quiso un dia separarse de ella.

Tal vez esté casada; tal vez viva
Con el duque su padre. Si él vá á verla
Se amarán como hermanos, como amigos
Que se vuelven á hallar tras larga ausencia.

(1) Véase la quinta de las notas que van al final.
(2) Idem la nota sexta.

Luego verá al anciano D. Genaro,
Y á D. Juan de Alarcon; sus nobles diestras
Entre la suya estrechará gozoso.
Verá á Enrique y su noble compañera.

Con esta y con María, muchas veces
Hablarán con amor de la condesa;
De su Julia adorada...—Todavía
Algunas horas de esperanza restan.

. . . .

¡Insensato! no sabe que el destino
Vá á golpear con bárbara rudeza
Su herido corazon, y que sus cálculos
En un abismo de dolor se estrellan.

La muerte despiadada se ha gozado
En descargar con su guadaña fiera
Sus repetidos golpes. Adam, sólo;
Sólo en su pátria por su mal se encuentra.

¡Su pátria! Bien mirado, el triste ignora
Cuál ha sido su pátria verdadera.
¿Dónde nació? ¿en qué sitio allá en la infancia
Jugó feliz con plácida inocencia?

¿En dónde vió esos niños, que mas tarde
Convertidos en hombres, se recrean
Alguna vez en reanudar los lazos
Que entre los juegos la amistad estrecha?

Adam no ha sido niño; en su memoria
Nada inocente ó cándido conserva;
Tampoco será viejo; será siempre
Jóven, con ruda juventud eterna.

Siempre ardiente, agitada, impetuosa,
Circulará la sangre por sus venas;
Será juguete de pasiones locas,
Invencibles, volcánicas é inmensas.

Tendrá que amar, con un amor frenético,
Sin que ilusiones en el alma tenga;
Y al buscar un amigo cariñoso
Le verá sucumbir, si es que lo encuentra.

* * *

¡Pobre Salada! hundida en la desgracia
Y en la deshonra, de su edad primera
Pasó los bellos años, sin que nunca
Envidiara del rico la opulencia.

Luego se vió de súbito encumbrada,
Sin saber cómo, á espléndidas esferas;
Halló un padre, un hermano cariñoso,
Y noble y alta sociedad discreta.

Pero se halló para el placer marchita;
Miró al pasado, que le dió vergüenza,
Y pensando en Adam, dobló la frente,
Cerró sus ojos, y murió contenta.

Poco despues, el conde de la Banda
Vió tambien estinguirse su existencia;
Y el duque, anciano, sin sus caros hijos,
Buscarlos pudo en la region etérea.

. . . .

Mas ¿á qué continuar? No brota un nombre
De los labios de Adam, sin que éste vea
Perdida una ilusion, rota una fibra
Del corazon que se estremece y tiembla.

Cada pregunta suya, obtiene luego
Siempre cruel é idéntica respuesta.
Quiere saberlo todo y no se atreve
A sondar la verdad que le rodea.

Está solo en el mundo, solo, solo,
Por mas que gentes por dó quier le cercan.
Unicamente un hombre vé á su lado
Que su pasada vida le recuerda.

¿Quién es? Seguidme, si quereis, lectores,
A un rico gabinete dó se encuentran,
Y escuchando sus pláticas, veremos
De Adam las grandes, las profundas penas.

CANTO XVI

Jóven, de elegantes formas
Y de arrogante apostura,
Su varonil hermosura
Muestra Adam á la sazon.
Mas á pesar de que es bello,
Inmortal, rico y potente,
En su rostro y en su frente
Se revela su afliccion.

Un hombre de edad madura,
Y continente severo,
Tal vez con los otros fiero;
Respetuoso con él;
De pié, inmóvil, apenado,
Sin duda que hable aguarda,
Y al ver que en hablarle tarda
Siente zozobra cruel.

Y la péndola metálica,
De un reloj que allí está andando,
Vá los instantes marcando
Con sonora lentitud.
Que son los instantes lentos
Cuando el pesar nos acosa;
Cuando el alma no reposa
Y nos mata la inquietud.

Rompió al fin Adam el triste
Silencio que en torno impera,
Y cual si solo estuviera
Estas frases murmuró:
«Ya se ha hundido la esperanza
En un abismo profundo:
¡Ay! ¿existe el Diablo Mundo
Ó mi mente le formó?»

Al murmurar estas frases,
Atónito y asombrado
Miró en derredor, y al lado
Á su acompañante vé,
Que con inquieta mirada,
Su estravío contemplando,
Sigue silencio guardando
Y permanece de pié.

Adam, confuso un momento
Quedó; mas luego sus ojos,
Sin inquietud, sin enojos,
En aquel hombre fijó.
Y tendiéndole una mano
Que él estrecha agradecido,
Con acento conmovido
De esta manera le habló:

—Siéntate Andrés, á mi lado,
Rompe hoy, sin que te asombres,
La valla que entre dos hombres
Levantó estrella ruin.
Deja á un lado tus respetos
Que de mi mal son testigos.
Conversemos como amigos.
Yo necesito de tí.

Obedeció silencioso
Andrés, tomando un asiento,
Mientras que Adam, con acento
Mas turbado, continuó.
—«Voy á partir de esta tierra
Donde la muerte implacable
Todo cuanto hallé de amable
Y querido me robó.»

«Mas antes quiero que seas,
Sabedor de mis intentos,
Que guardes mis pensamientos
En tu pecho noble y fiel.
Al emprender nuevamente
Por el mundo mi carrera
Deje yo una vez siquiera
Un recuerdo grato en él.»

Calló Adam, lanzó un suspiro,
Y Andrés á la par vertiendo
Una lágrima, sintiendo
Agotarse su valor,
Ambas manos á sus ojos
Quiso llevar impaciente
Y una de ellas claramente
Mutilada ver dejó.

—¡Pobre manco! dijo entonces
Adam; en combate insano
Sacrificaste la mano
Que es de los pobres el bien.
Y sin embargo anhelaste
Trabajar tarde y mañana,
Por dar á tu madre anciana
Paz, alimento y sosten.»

«Cuando, manco y pobre, á ella
La pátria te devolvia
Ella, la infeliz, moria...
Dios perdone al matador!
—Dicen que fué atropellada
Por los caballos de un coche...
—Y tú entraste aquella noche
En Madrid.—Cierto, señor.

¿Por quién pudo esos detalles
Oscuros haber sabido?
Usted no habria nacido
Entonces...—Todo lo sé
Por un hombre que á tu lado
Vagó aquella noche triste.
¿Te acuerdas...?—¡Oh...!—Tú le viste...
—De su virtud sospeché.

—Tienes razon, cuando el dia
Llegaba, de él te alejaste
Y de este modo le hablaste
Con militar bizarria:
«Aunque manco, trabajar
Sabré con ardor profundo;
Que sin trabajo, en el mundo...
No hay honra ni bienestar.»

. . . .

∴

Al escuchar Andrés las frases últimas
De Adam, que á la memoria le traian
Un episodio breve, ya olvidado,
De los hechos remotos de su vida,
Levantando sus ojos, con asombro
Fijó en Adam de súbito la vista,
Y creyó que soñaba, que en la senda
De su vivir tal vez retrocedia.

—¡Oh! no hay duda, pensó, son sus facciones;
Su misma voz, y las palabras mismas
Que entonces pronuncié, repite ahora
Con el propio desden, con la ironía
Que yo entonces usé; mas ¿cómo puede
Ser él? yo sueño; mi razon se abisma.
Este es rico; aquel pobre; han trascurrido
Muchos años y ya sus pies irian,
De la vejez por las heladas lindes.
Canas y arrugas como yo tendria.»

Fué tanto el estupor que demostrára
El buen Andrés, que, á ser menos prolijas
Las desgracias de Adam, éste se hubiera
Gozado en ver la admiracion escrita
En el rostro del hombre que en el suyo
Con tanto asombro sus miradas fija.
Mas ¡ay! que siempre en su dolor sumido,
Tan solo piensa en sus eternas cuitas.

—Oye, esclamó por fin, con voz solemne:
Óyeme, Andrés, y para siempre olvida
El encuentro del jóven de quien antes
Te hablé; no intentes, con piadosas miras,
Ó con pueril curiosidad, el velo
Romper, que oculta la existencia misera,
Infeliz é insondable de aquel hombre.—
Nunca le tengas, buen Andrés, envidia,
Aunque rico se ostente. Las riquezas
No constituyen la suprema dicha.
Tal vez... óyeme y fija en tu memoria
Mis palabras: tal vez hay en tu vida
Un terrible dolor, que anticiparte
Pudo aquel hombre; pero no maldigas
Su memoria; perdónale; no quiso
Hacerte mal, y á compensarte aspira
En cuanto cabe dentro de este círculo

En que la pobre humanidad se agita.
No le busques, no inquieras lo que ha sido;
Mas, desde lejos, su memoria estima.»

Era el acento con que Adam hablaba
Firme y grave; su voz dulce y tranquila
Al parecer; pero sus bellos ojos
Luchas del alma, en su mirar indican.

—Oye, volvió á decir: hace dos meses,
Que, al penetrar en tu vivienda mísera,
Y al ofrecerte un puesto aquí en mi casa,
Lágrimas ví rodar por tus mejillas.
—Señor...—Nada me espliques; lo sé todo.
—Yo lloraba de amor y de alegría
Porque estaba sumido en la miseria
Y tengo una mujer, tengo familia.

—¡Pobre Andres! el trabajo no se encuentra
Siempre, ni el pobre que al trabajo aspira
Es apto, cual quisiera, para todo.
No siempre manos que el rencor mutila
En desastrosa guerra, encuentran luego
La mano de una pátria agradecida.
Te engañó tu deseo; manco y pobre
Has sufrido en tu mísera bohardilla;
Mas ya que el bienestar no conseguiste,
Al menos, tienes tu conciencia limpia,
Y al morir... cuando mueras... cuando acabes
De sufrir las miserias de la vida,
Séres habrá que cerrarán tus párpados...
Que tu memoria llamarán bendita.»

Púsose Adam de pié, cuál si quisiera
Dominar la impaciencia que sentia,
Y continuó en voz baja:—El tiempo sigue
Su rumbo, y mi zozobra no termina.
Y acercándose á Andrés:—Te he dicho, añade,
Que de España me ausento; en otros climas
Voy de nuevo á buscar lo que en ninguna
Parte, tal vez, por mi desgracia exista.
Sé lo que piensas; lo adivino al menos
Al mirar tu actitud; hablar querias
Y el sentimiento en tu garganta ahoga
Un pensamiento que en tu labio espira.
Me estás agradecido, me amas; quieres
Seguirme: ves que sufro y tu alma digna,
Noble, leal y cariñosa, ese
Gran sacrificio, buen Andrés, te dicta.
Gracias, gracias; por mucho que te estime,
Sólo debo partir; tú, en compañía
De tus hijos, podrás algunas veces
Pensar en mí. Si así lo verificas,
Ruégale al cielo que la paz me ofrezca
Y haz que mi nombre en tus recuerdos viva.»

«Ahora (volvió á decir Adam, sacando
De un cajon unos pliegos, que tenia
Ya escritos y lacrados), voy á darte
Un delicado encargo. Dos familias
Hubo en Madrid, cuya memoria mi alma
Tiene en muy grande y venerada estima.
De aquellas dos familias solo quedan
Dos indivíduos; solo dos...! La impía
Muerte, sorda á mis ruegos, con enojo
Del catálogo inmenso de la vida
Los nombres de unos séres ha borrado
Que grandes prendas de virtud tenian.»

«Murieron, ya no sufren; pero vive
Alfredo Macanáz; Enrique y Luisa,
Sus padres, eran pobres; mas se amaban
Y su bien este amor constituia,
Un hombre inícuo; un tal Anselmo, quiso
Infamar á la buena esposa, y víctima
Fué Enrique, en duelo bárbaro, del hombre
Que traidora amistad le ofreció un dia.
¡Pobre Enrique! su esposa al poco tiempo,
Lo mismo que su padre y que su hija,
Al sepulcro bajó; y el hombre infame,
El asesino que la paz bendita
De aquellos séres destruyó, se ostenta
Poderoso y feliz. No le castiga,
Como merece, la justicia humana,
Porque es ciega del hombre la justicia.»

«Pasó Adam una mano por su frente
Echando atrás los rizos que caian
De sus negros cabellos, y en sus labios
Se pintó melancólica sonrisa.
—Tú no sabes, Andrés, estas historias,
Continuó; no las sabes; pero escritas
Yo las tengo en mi mente; y á mis labios
Ella estas frases inconexas dicta.»

«Tú conoces á Alfredo; tú indagaste
Su paradero; tú viste á esa niña
Que lleva un nombre para mí sagrado;
Un nombre dulce para el alma mia.
Esa Julia, esa niña que á casarse
Vá con Alfredo; fué la última hija
De dos séres tambien buenos y honrados:
De D. Juan de Alarcon y de María.
Yo al saber que era huérfana, que estaba
Sola en la tierra; pero que era digna
Y buena y virtuosa, y que su mano
A su amante iba á dar, quise la mia
Tenderles, y no ví que siendo jóven
Y opulento, de mí sospecharian.
Por eso al estrecharla entre mis brazos
Celoso Alfredo me miró con ira.
Es natural: ignora que yo llevo
Aquí en mi corazon yertas cenizas;
Él no sabe quién soy; si lo supiera
De la verdad del caso dudaria.»

«No importa; serán ricos; cuando ausente
Me halle de aquí, á anunciarles mi partida
Irás tú y á entregarles este pliego
En que un dulce recuerdo les dedica
Mi cariño. La herencia que les queda
Viene de noble procedencia... es mia.
Riquezas hay diabólicas y esas...
Esas no irán jamás á manos dignas
Y honradas... (Y al decir esto, en el rostro
De Adam, se vió cruzar nube sombría.)

Despues, continuó así:—«Cuando les lleves
Ese pliego, te ruego que les digas
Estas frases: un hombre que ha sufrido
Y sufre penas grandes, inauditas,
En nombre de otra Julia ese presente
Os manda: bendecid á la de Alcira
Y rogad por Adam. Casaos, ser ricos
Y buenos y felices; y si un dia
Corresponder quereis al que ha querido
Labrar, en cuanto pudo, vuestra dicha,
Levantad en su nombre á vuestros padres,
Un panteon; honrad vuestra familia;
Llevad allí sus restos; y en la lápida
Donde sus nombres el cincel escriba,
Poned con letras de oro «aquí reposan
Don Genaro, Alarcon, Enrique, Luisa,
Y la noble mujer que tuvo un alma
Tan bella, cual su nombre de María.
¡Pobre amiga del alma! ella curando
De mi apenado corazon la herida,
Junto á mi Julia, comprender no pudo
Que al salvarme labraba mi desdicha.».
. . . .

«Este otro pliego, para tí reserva;
No le abrirás hasta pasar tres dias.
Ahora dáme un abrazo; para siempre
Puede ser, buen Andrés, que me despida
De Madrid y de tí; seca tus lágrimas
Y nada temas, ni en seguirme insistas.
Debo estar solo; dentro de una hora
Me espera una mujer desconocida.
¿Quién será? ¿qué querrá? su nombre ignoro
Y sin embargo dióme estraña cita
Por medio de una carta misteriosa...
El mismo portador desconocia
Su orígen; véte, Andrés.»—«El cielo guarde
Cien y cien años vuestra noble vida.»

ADAM.

Pobre Andrés, él prolongar
Cien y cien años quisiera
Esta vida horrible y fiera,
Que encierra tanto pesar.
Vida triste que arrastrar
Ya no puedo en mí sufrir;
Vida que he de maldecir
Porque me dá el padecer:
Vida que anhelo perder,
Vida que quiero estinguir.

El tiempo, con su rigor,
Todo en el mundo lo acaba;
Él la montaña socaba
Con impulso destructor.
Mueren la planta, la flor;
El ave, la fiera, el pez,
El hombre con su altivez;—
Todo se abisma, se hunde
Y perece y se confunde
En brazos de la vejez.

Yo solo ¡ay de mí! parece
Que á mi juventud alado,
Vivo siempre condenado
A ver que todo perece.
Mi cabello no encanece;
No se gasta mi razon,
Quiero con obstinacion
Forjar locas ilusiones
Y siento que las pasiones
Bullen en mi corazon.

Y sin embargo, en su centro
Se encuentra despedazado.
Le siento duro y helado
Y tiene una hoguera dentro.
El alma á la vez encuentro,
Ya en libertad, ya oprimida;
Mi esperanza está perdida;
Casi la vista la alcanza,
Y no obstante, otra esperanza
Veo brillar desconocida.

Lleno de pena y de mal,
En mi loco devaneo,
Al par que morir deseo
Quisiera ser inmortal.
¿Dónde y cómo? Error fatal
Es querer vivir así
Sufriendo como sufrí,
Y sufro, en mi afan profundo,
Vagando por este mundo
Donde todo lo perdí.

Julia! mi bien! tú, que un dia
Viste mi infinito amor;
Tú que miras mi dolor
Y contemplas mi agonía;
Inspírame, Julia mia!
Dime cómo podré hacer,
Sino para envejecer,
Al menos, para sentir
Que empiezo al cabo á morir
Y á dejar de padecer.

Si es efímera y es breve
La vida de los mortales,
Quién no soporta sus males,
Y á quitársela se atreve,
Torpe y cobarde ser debe.
Pero yo me convencí
Que es la vida baladí,
Que acabar es mi propósito,
Para todos un depósito
Y una carga para mí.

Mas dime, Julia, si está
Aquí esa vida escondida;
Si al estinguirse esa vida
El alma muriendo vá.—
Si hay un Dios, un mas allá
El alma debe tener.
Tómala el hombre al nacer;
Con ella puede vivir;
¿A quién se la dá al morir?
¿Quién la viene á recoger?

Si Dios no existe, quizá,
¿Cómo el sol brilla en la esfera?
¿Es la materia grosera
Quién aliento al mundo dá?
¿La torpe materia está
Siempre consigo luchando?
¿Es ella quien albergando
Tan altas aspiraciones,
El bien de generaciones
Futuras va procurando?

¡Loco de mí! nada sé;
Ciego estoy; todo lo ignoro.
Por eso, Julia, te imploro
Que auxilio tu amor me dé.
Me falta el valor; la fé
Me abandona; mi razon
Se pierde en la confusion
De dudas con que batalla,
Y dentro del pecho estalla
Mi agitado corazon.»

* * *

Quedó abismado en su dolor sombrío;
Su frente tersa y pálida inclinó,
Y el eco, al esparcirse en el vacío
De su estancia, un suspiro repitió.

Y del reloj la péndola oscilante
El compasado ruido se escuchó,
Marcando lentamente cada instante
Que Adam en negra soledad pasó.

Y entretanto á sus oidos
Llegaban los mil rumores
De las gentes que cruzaban
Por las calles de la córte.

Tal vez bizarros ginetes
Iban marchando al galope;
Tal vez orgullosas damas
Pasaban en ricos coches.
Aquí música sonora
Lanza agradables acordes;
Y mas allá voceando
Van ruidosos vendedores.
Y llegan, pasan, se alejan,
Se agitan, cruzan veloces,
Mientras que Adam permanece
Abismado en sus dolores.

~~~~

Al fin, con aire sombrío.
—Ese es el mundo esclamó;
Quien por de fuera le mire
Le hallará deslumbrador.
Dichosos ellos que gozan
Mientras yo sufriendo estoy!
Dichosos ellos que olvidan
Lo que nunca olvido yo.»

Diciendo de esta manera,
Tomó asiento en un sillon,
Que junto á su mesa habia,
Y un cofrecito sacó.
De aquel rico cofrecillo
Dos joyas de gran valor,
Tomó luego con visible
Y penosa agitacion.
Era un collar de diamantes
La una, que Adam besó;
Y la otra una pulsera
Que llevó á su corazon.

—Prendas del alma adoradas,
Dijo con doliente voz;
Prendas que fuisteis un dia
Del objeto de mi amor.
Vosotras, que sois testigos
De mi penosa afliccion,
Vosotras que el mundo entero
Recorristeis como yo;
Decidme, prendas del alma,
Decidme, por compasion,
¿Dónde se encuentra la hermosa
Que otro tiempo os poseyó?
Decidme si podré verla;
Decidme si loco estoy;
Decidme, si estoy del todo
Abandonado de Dios.»

Siguió el silencio reinando
En la opulenta mansion,
Hasta que Adam dando un grito
Trocó en ira su dolor.
—¡Oh! basta, dijo: ya es fuerza
Poner fin á mi afliccion:
Todo en el mundo perece;
Que perezca tambien yo.

¡Maldito el oro que darme
No pudo dicha ni amor:
Maldita mil y mil veces
La vida que Dios me dió!»

. . . .

—Al cabo ya eres mio!
Dijo tonante voz;
Y El Diablo Mundo al punto
Allí se apareció.

Mas no era ya aquel ángel
Soberbio del dolor,
Cuya belleza el rayo
Del cielo marchitó,
Sino el mezquino génio
Que lleva en su esterior
Pintadas las ruindades
Del torpe corazon.
El génio astuto y pérfido
Que aliento y vida dió
A la doblez, que oculta
Su bárbara intencion,
Cuando en el mal ajeno
Se ceba con furor,
Y cínica sonríe
Con vil satisfaccion.

~~~~

—«Adam! escúchame;
Dijo Satán;
Óyeme y sígueme
Sin vacilar.
Tu vida eterna
Solo te dá
Duelos y llantos
Y hondo pesar.
Tú la maldices;
Adam! Adam!
Dios no ha tenido
De tí piedad.
Para tí sordo
Siempre estará;
Nunca tus ruegos
Le moverán.»

«Así los siglos
Correr verás.
Generaciones
Vendrán, irán,
Y desolado,
Falto de paz,
Falto de aliento,
Lleno de afan,
Tus afecciones
Con pecho leal
Pondrás en gentes
Que morirán
Despues que torpes
Te hayan quizás
Atormentado...
Sígueme, Adam;
De mis imperios
Te voy á dar
Lo que mis númenes
Envidiarán.»

«Fiero y terrible
Desde hoy podrás
Por los espacios
Libre vagar.
Sobre las nubes
Cabalgarás
Cuando se anuncie
La tempestad,
Cuando se agite
Sañudo el mar,
Cuando el incendio
Fulgure mas.
Sígueme al punto,
Sígueme, Adam;
Ven á los hombres
A atormentar.
Jamás les demos
Tregua ni paz.»

«Que la palabra
Fraternidad
Sea un sarcasmo
Rudo y brutal,
Cuando los bronces,
Al estallar,
Al mundo anuncien
Guerra infernal.
Tengan por héroe
Al que dé mas
Pruebas de horrible
Ferocidad.
Por *gloria* téngase
Lo que no es mas
Que humo que arroja
La vanidad.»

«Haya en el mundo
Gente falaz
Que, haciendo alardes
De santidad,
Pretenda, hipócrita,
Ciega quizás,
Con las creencias
Especular,
Y anhele siempre
Volver atrás.—
Mas haya en cambio
Quien, con afan,
Diciendo al hombre
Que un Dios no hay,
Quiera que loca
La humanidad
Borre del alma,
Con mano audaz,
Aquel instinto
Que la hace amar
La sacrosanta
Divinidad.»

«Ven y secúndame;
Sígueme, Adam.
Ven, corrompamos
La sociedad.
Álcese al vicio
Un pedestal;
Que de los débiles
No haya piedad;
Que el oro sea
Móvil fatal
De cuanto sufra
La sociedad.
Que el lujo mate
La honra, el solaz
Y las virtudes
Del santo hogar.
De esta manera,
Faltos de paz,
Nunca los hombres
Progresarán,
Porque gozándome
Siempre en su mal
Iré apartándoles
De la verdad.
Por eso el mundo
Penas te dá;
Sientes por eso
Ser inmortal.
Dios te abandona,
Dios sordo está,
Nada te resta
Ya que esperar.»

«Ven á mi infierno;
Sígueme, Adam;
Que allí, á tus anchas,
Podrás gozar
Cuando tu espíritu,
Sin trabas ya,
Por los espacios
Logre vagar,
Siempre que ruja
La tempestad;
Siempre que exhale
Lava el volcan,
Siempre que el hombre
Fiero y audaz
Mueva en la tierra
Guerra infernal.»

«Mas antes que en mis antros, que son menor infierno
Que el que te ofrece el mundo, consigas penetrar,
Es fuerza que, borrando tu loco amor eterno,
La imágen de tu Julia procures olvidar.»

«Es fuerza que al seguirme, y ya en seguirme tardas,
De vasallaje pruebas me vengas á ofrecer;
Es fuerza que esas joyas, que en ese cofre guardas,
Me entregues al instante, ó yo las tomaré.»

«Quien ama es mi enemigo; yo quiero corazones
Enteramente secos, sin dicha y sin amor;
El tuyo en sus recuerdos forjando está ilusiones,
Preciso es ya que sienta mi aliento abrasador.»

Calló; y feroz riendo
La vision infernal, se fué acercando
Lentamente, tomando
Un aspecto feroz de mónstruo horrendo.
Y sus brazos tendiendo,
Cayó por fin de un salto
Cerca de Adam, que ansioso retenia,
En medio de su pena y sobresalto,
El cofrecillo en que guardado habia
Las joyas estimadas,
Y siempre idolatradas
Que fueron prendas de su Julia un dia.

Y al par que el diablo quiso
Apoderarse de ellas de improviso,
Sintió Adam que en su rostro se fijaba
La sangrienta y fatídica pupila
Del mónstruo, que le helaba
La sangre, y fascinaba
Con su sonrisa, al parecer, tranquila.
Y al percibir su aliento
Poco despues, parécele que siente,
Dentro del corazon y de la mente,
Horrible fuego lento
Que le roba las fuerzas y aniquila.

El punto á donde alcanza
La rapidez sutil del pensamiento,
Cuando el peligro presuroso avanza,
Ó se acerca el momento
De abandonar la última esperanza,
Rayar debe sin duda en lo infinito.
Regulada la ardiente fantasía
Por la razon, que lúcida se ostenta,
Un cúmulo de ideas nos presenta
En un supremo aunque fugaz instante.
Y brotan á la vez amontonadas
Mil ideas que abarcan un profundo
Espacio; acaso un mundo,
De memorias futuras y pasadas.

Por eso, en mucho menos
Tiempo, de aquel en que esplicar pudiera
Un poco de lo mucho que sentia,
Vió Adam brotar de los ocultos senos
En que se encierran la razon, el alma
Y el pensamiento rápido, mil cosas
Oscuras á la vez y luminosas.
¿Era cierto que allí cerca tenia,
Ansiosa de robarle vida y calma,
Aquella horrible aparicion sombría?
Mas ¿cómo el diablo á aparecerse atreve,
Haciendo gala de su vil estofa,
En plena luz del siglo diez y nueve
Que ya del diablo á su placer se mofa?
¿Es que él solo, por ser tal vez eterno
Despertaba las iras del infierno?
Y si el infierno, por su mal, estaba
En contra suya, ¿cómo, de qué suerte
Escapará á su vida tormentosa,
Que en modo alguno ama,
Si sorda está la muerte
Que él acaricia y con empeño llama?

Tal vez, desesperado,
En su dolor profundo,
Adam se hubiera echado
En brazos de Satán, por huir de un mundo
Á que cruel destino le encadena
Haciéndole inmortal cual lo es su pena.
Tal vez hácia el abismo
Se dejára arrastrar; mas de repente
Surgir sintió en sí mismo
Rayos de luz y de esperanza hermosa,
Que inundaron su frente.
Y una voz misteriosa,
Oculta; pero no desconocida:
—«Vive, Adam, le gritó; vive un instante;
Te lo ruega tu amante
Que te prepara mas dichosa vida.»
Y Adam sintió en su pecho
Renacer el valor; mientras mostraba
El diablo hondo despecho,
Y en su auxilio llamaba
Sus terribles legiones,
Que invadieron de pronto los salones
Y llenaron despues todo el espacio
De aquel rico y espléndido palacio.

—«Sé lo que pasa en tí; en tu pecho leo;
Dijo entonces con voz sorda y terrible
La aparicion horrible;
Salvarte es tu deseo.
Tu amor viene en tu ayuda
Y en tí ya es conviccion lo que era duda.
Á mi grande poder crédito niegas;
Mas ya verás como mi enojo alcanza
Á probarte que ya muy tarde llegas
Á fijar en tu Julia tu esperanza.»

Y tendiendo una mano
Aquel ángel maldito,
Sobre las joyas, que apretaba en vano
Adam sobre su pecho;
Con furioso despecho
Y con rencor insano
Le arrancó la pulsera de diamantes,
Que á los breves instantes
Carbonizada y negra, fué un objeto
De mezquina valía,
Que su brillo y su mérito perdia.
Y Adam, entristecido,
Si bien luchando con tenaz bravura
Contra los génios que en redor vagaban
Y en silencio iracundos le asediaban,
Lanzó un triste gemido
Al ver la última prenda
De su Julia, en poder de las cohortes
Infernales, que en bárbaros trasportes
Un grito agudo dieron...
Que luego con espanto repitieron.

Y es, que á la vez que Adam se estremecia
Al juzgar que ya todo lo perdia;
Roto el collar de Julia, entre sus manos
Vió destellar las luces y cambiantes
De una cruz de magníficos brillantes
Que del collar en el remate habia.
Y la luz de la joya, levantada
Por Adam, aumentó sus resplandores
Yendo á herir de los réprobos las frentes;
Las frentes que, humilladas,
Á su pesar inclinan reverentes,
En tanto que temblando
Se van de Adam sombríos separando.

Ya era tiempo: la angustia le embargaba,
Su espíritu abatido
Por la emocion, descanso reclamaba.
Quiso llamar; mas le faltó energía
Y en su sillon cayó desfallecido,
En tanto que ponia,
Gozoso y satisfecho,
La rica cruz sobre su amante pecho.
Y casi se dormia;
Casi sus ojos con placer cerraba,
Cuando, súbitamente,
Á un lugar misterioso, trasportado
Se halló, do vió impaciente
Lo que el lector sabrá (si es de su agrado),
Al llegar al capítulo siguiente.

CANTO XVII

Un cariñoso recuerdo á mis buenos é ilustrados amigos

los señores

D. Leandro Perez Cossío, D. Juan de Dios de la Rada y Delgado

y D. Francisco Perez Echevarría.

Es el paraje solitario y triste:
El sol su frente en el ocaso inclina;
El viento arrastra las lejanas nubes
Que estraños grupos al correr imitan.

Busca luego las copas de los árboles;
Entre sus ramas á ocultarse aspira;
Mas despues, impaciente, las conmueve,
Las dobla, escapa, y con enfado silba.

El crepúsculo avanza; vá la noche
Acercándose; ya su manto agita
Sobre el mundo, y en sombras vá envolviendo
La heróica y noble matritense villa.

Sólo está Adam; las tapias de la huerta
De un convento, tal vez su atencion fijan
Un instante; y al punto una campana
Con son doliente en el espacio vibra.

Es la hora en que el alma suele á veces,
Replegándose dentro de sí misma,
Evocar los recuerdos de la infancia
Que el hombre, tarde, acaso nunca olvida.

La hora en que, de niños, una madre,
Con ternura y piadosa fé solícita,
En nuestros labios inocentes puso
La oracion que á los cielos se encamina.

. . . .

No tiene Adam, para templar sus penas,
Esas memorias santas y benditas;
Esos vagos recuerdos; yerto y árido
Su corazon está como su vida.

Y, sin embargo, conmovido escucha
La campana que tañe todavía,
Mientras las aves, que volando pasan,
Van á buscar el sitio en donde anidan.

. . . .

—¡Oh! no hay duda, dijo al fin,
Su letargo sacudiendo;
Este es el lugar de aquella
Cita que anoche me dieron.
La tapia, el jardin, la huerta;—
Por un lado ése paseo
Sombreado por los álamos;
Y la iglesia algo mas lejos.
La huerta se comunica
Por la izquierda con el templo;
Esta es la puerta que sirve
Al hortelano de ingreso.
¿Quién será? ¿quién es la incógnita
Mujer, que con tanto empeño
Me llama? No es su lenguaje
Desvergonzado por cierto.
Yo hallé livianas mujeres
Que falsa virtud fingiendo...
Mas no, no puede ser esta
Como aquellas otras fueron.
¡Ah! ¿por qué, por qué motivo
Trasportado aquí me veo
Sin saber cómo? ¿qué trances
Hoy me deparan los cielos?
Julia! Julia! Si aun vivieses...
Pero no; no nos forjemos
Insensatas ilusiones
Que arrancar del alma debo.»
Y Adam, se quedó abismado
En un mar de pensamientos
Tempestuosos, sombríos,
Que en su mente iban surgiendo.

—Señor, si no me equivoco,
Dijo, acercándose, un viejo,
Anoche á V. cierta cita
En cierta carta le dieron.
—¡Cómo! eres tú por ventura
El estraño mensajero
Que esperaba?—Soy el mismo.
—Á seguirte estoy dispuesto.
¿Qué quieren de mí?—Tan solo
Hablarle algunos momentos.

—Pues bien, condúceme...—Antes
Decir dónde vamos debo.
—¿Me necesitan?—Parece
Que sí.—Pues guíame luego.
Si sufre la que me llama;
Si es pobre, tenderle quiero
Mi mano; mas no me pida
Lo que ya ofrecer no puedo.
Tengo el alma destrozada...
—Entiendo, señor, entiendo;
Mas juro á Dios que en mi vida
Ejercí torpes empleos.
—¿Quién eres?—El hortelano
Mas antiguo del convento
Que ahí levanta sus paredes
En soledad y en silencio.
—¿Y qué quieres? habla, ¡esplícate!
—En sesenta años que tengo
Á nadie por esa puerta
Introduje.—Yo te ruego
Que hables; ¿qué mujer me llama?
¿Vive acaso en el convento?
—Sí.—Su nombre! habla! no tardes!
Ten compasion de mis ruegos.
Habla.—En el dia, responde
Por otro nombre diverso;
Pero se llamó Dianora.
Nada mas que decir tengo.»

Adam ahogando un gemido
Que brotaba de su pecho,
Enjugándose una lágrima,
Alzó sus ojos al cielo.
Y al ver las nubes que huian
Empujadas por los vientos,
Creyó entrever que con ellas
Iban á la vez huyendo
Las remotas esperanzas
Que acariciára en secreto.
Luego impaciente, anhelante,
Siguió silencioso al viejo,
Y ambos á dos penetraron
En el jardin del convento.

. . . .

.˙.

Momentos hay en la existencia humana
Que el pensamiento agitan y conmueven;
Que arrebatan el alma con tirana
Violencia; instantes que á turbar se atreven
Al espíritu yerto;
Al mas estóico corazon, cubierto
Con la coraza resistente y fria
Que forja con sus años
Y sus tristes y negros desengaños,
La ancianidad que á nuestro fin nos guia.

Tal era aquel instante
En que Adam, al hallar en su pasado
De sus soñadas dichas lo ilusorio,
Conmovido, agitado,
Hallóse al fin delante
De la reja de un triste locutorio.

Y al través de la reja, que oprimia,
Como acerada malla cuerpo inerte,
Aquella estancia lúgubre y sombría,
Donde reina el silencio de la muerte,
Distinguieron sus ojos,
Por la luz de una lámpara guiados,
Una mujer que orando está de hinojos
Con los brazos cruzados.

Al verla, ahogó un gemido
De sorpresa y de angustia; ya no era,
La que allí sola oraba,
La jóven linda, dulce y hechicera
Que Julia tanto amaba,
Y que fué su constante compañera.
Perdieron sus colores
Frescos, suaves, sonrosados, bellos,
Sus mejillas; sus ojos rodeados
De tintes azulados,
No arrojan ya sus vívidos destellos.
No es ya Dianora la que ser solia:
La edad y los dolores
La destruyeron con su mano impía.
Su rostro, sepultado
En pobres tocas, yace demacrado,
Y su cuerpo parece
Un cadáver salido de una tumba,
Que á la vista de súbito aparece.

Ciñe un burdo sayal, que á su vez cubre
Un bárbaro cilicio.
¡Pobre mujer! ¿acaso pudo el cielo
Exigirle tan rudo sacrificio?
¿Será eterno su duelo
Y eterno su suplicio,
Porque, amando, una falta cometiera?
¡Oh! no, mil veces no; Dios vé propicio
Al alma que se muestra arrepentida;
Pero es falso que quiera
Dolor tan grande en tan pequeña vida.

De todos modos la infeliz Dianora,
Que es de aquel triste asilo superiora,
Afanosos recuerdos en su mente
Despierta; ¿sabe acaso
La mujer que allí reza y que le llama,
Si existe Julia; si su Julia le ama?
Vosotros, los que un dia
Amásteis como Adam y que perdísteis
Para siempre la paz y la alegría,
Vosotros solamente
Comprendereis su bárbara agonía,
Y su afan impotente.

Si su Julia existiera
Acaso ya mostrára
Arrugas en la cara;
Blanca nieve en la negra cabellera;
Hielo en el corazon; solo él existe
Condenado á guardar siempre su eterno
Vigor, su juventud, su amor, su triste
Vida trocada en insufrible infierno.

Alzando su cabeza encanecida
La humilde y apenada religiosa,
Vió á Adam, y conmovida
Bajó su rostro en actitud medrosa.
Luego quiso esplicarse aquel portento,
Que á su vista asombrada se ofrecia.
Aquel hombre es Adam ¿qué duda tiene?
Mas ¿cómo, como viene
Á ser, por artes mágicos y estraños,
El mismo que ella vió por vez postrera
Hace ya cuando menos veinte años?
¿Por qué es tan jóven como entonces era?

Si Adam de su secreto
Hizo entonces partícipe á Dianora,
La historia, no lo dice.
Bien mirado, él ignora
Si ese don, que hastiado ya maldice,
Pudo acaso en mal hora
Darle una estrella pérfida y traidora
Se sabe solamente.

Que el pobre Adam con ademan vehemente
Invocó de su Julia el nombre amado,
Y que despues oia
La historia dolorosa de un pasado,
Hasta entonces por él siempre ignorado,
Que Dianora por fin le referia.

Con cuanto afan, con cuanta desventura
De aquellos labios lívidos, marchitos,
Una á una, las frases recogiendo
Fué en su dolor! Aquella historia era
Resúmen de sus males infinitos
Y último adios á su ilusion postrera.
Mas ya, lector, es hora
De saber lo que á Adam contó Dianora.

Cuando, roto aquel puente,
Adam cayó hasta el fondo
De aquel abismo estrecho,
Que duro y fiero lecho
Preparaba á las aguas del torrente,
La condesa de Alcira, desmayada,
Casi sin vida, vióse arrebatada
Por Jacobo y su gente;
Y luego fué llevada
Al puerto mas cercano,
Donde un buque esperaba á los bandidos
Que, así que libres en la mar se vieron,
Su antigua vida continuar quisieron
Otra vez en piratas convertidos.

Nadie pudo despues saber en Nápoles
Lo que de Julia fué, nadie tampoco
El fin supo de Adam; se quiso en vano
De órden del monarca siciliano,
Sus mortales despojos
Hallar; el rey juró lleno de enojos
Vengar á los amantes, dando caza
Al infame raptor de la condesa;
Mas fué impotente para tal empresa;
Nadie el rumbo sabia
Del buque que al bandido conducia.

Dianora, en tanto, llena
De terrible afliccion, de inmensa pena,
Siempre alzarse veia
Dura, implacable, rígida, sombria,
La imágen del feroz remordimiento.
Ya Pablo con el pecho atravesado,
Por Pietro asesinado,
La apostrofaba con terrible acento.
Ya Julia le pedia
Al hombre que su bien constituia;
Ya era Adam que en sueños se acercaba
Y por Julia á su vez le preguntaba.

Su vida fué horrorosa;
En vano el rey de Nápoles, mirando
Su orfandad dolorosa,
Dádivas mil, con mano generosa
Le quiso conceder, de Adam honrando,
Y de Julia, el recuerdo que tenia
En mucho; ella sentia
Que en Nápoles se ahogaba;
Marchar necesitaba
De allí, y á España dirigióse un dia.

Y al cabo entró en Madrid; mas nadie supo
Darle razon de Julia y de su amante.
Sin duda sucumbieron
Y por su causa desgraciados fueron.

Y el tiempo, siempre errante,
Su camino siguió; pasaron dias,
Semanas, meses, años, sin que nunca
Ese tiempo, que dicha y penas trunca,
Ofreciese placeres y alegrías
Á la pobre Dianora
Que paz al cielo para su alma implora.
Y al cabo, decidida
Á probar si destierra su tormento,
Y á buscar esa paz, siempre escondida,
Llorosa y abatida
Fué á encerrarse en el fondo del convento.

¡Cual su asombro, lectores, no seria
Al encontrar á Julia! La condesa
En aquel monasterio residia;
Era ya su abadesa.
Tambien sola en el mundo;
Viuda de su Adam, sin ser su esposa,
Sin padre, pues ya Lúcas no existia,
Su vida congojosa
Y su dolor profundo
En el claustro encerró. Las dos llorando
De emocion, se tendieron
Los brazos; desde entonces, allí unidas,
Ya alegres, ya abatidas,
Un pronto fin buscando,
Su recíproco amor fortalecieron.

¿Cómo Julia, rompiendo sus cadenas,
Escapó de las manos del pirata?
¿Supo aquel hombre respetar sus penas
Y su virtud? Riestri, á quien la ingrata,
La adversa suerte, y bárbara injusticia
De los hombres, hicieron desgraciado,
Nació, no obstante, para ser honrado.
Riestri, que á su padre
En un cadalso vió, siendo inocente,
Se acordó de su madre,
Que tambien presa un dia
Fué de un corsario bárbaro, inclemente,
Á quien él indignado maldecia.
Riestri, que mas tarde
Fué un mónstruo de crueldad, creyó grosera,
Infamia, accion cobarde
Abusar de la fuerza; Julia era
Su único amor, su ídolo, su gloria,
Su eterno y dulce encanto;
Mas ella no le amaba,
Y con horror creciente rechazaba
Tanta inmensa pasion, cariño tanto.

Solo una vez el mísero bandido,
Dejando el blando ruego,
Llegó á mostrarse en tigre convertido,
Y hácia su presa abalanzóse ciego,
Queriendo entre sus brazos
Formar con ella indestructibles lazos;
Pero Julia, indignada,
Con el mismo puñal que él lleva al cinto,
Y que pudo arrancarle, decidida,
Serena y esforzada,
Juró perder la vida,
Clavándolo en su pecho,
Si con intento infame
Se obstina en pretender que ella le ame.

Y al mismo tiempo que Riestri cede,
Y un paso retrocede
Dominando su amor y su despecho,
Se oyó una voz de alerta
Del buque en la cubierta.
Y luego un cañonazo
Hizo crugir su casco; y Julia sola
Quedó otra vez; oyendo con asombro
Y con creciente espanto,
No enteramente exento de alegría,

Nuevos disparos, ruidos, gritería,
Y confusos lamentos
Mezclados con salvajes juramentos.

El buque del pirata,
De otras guerreras naves rodeado,
Al fin se vió apresado.
La negra estrella ingrata
De Jacobo Riestri, puso término
Á sus fieros dolores.
Luchó como un leon; murió matando,
Pensando en sus amores;
Pensando en los verdugos de su padre;
Pensando en los que luego
De ludibrio llenaron á su madre.
Y al revolverse, ciego
De furor, sobre aquellas rojas tablas
Por dó su sangre hasta la mar corria,
En su rencor profundo,
Lleno de afan y de dolor prolijo,
Con triste voz maldijo
Á los odiosos déspotas del mundo,
Y á los jueces venales
Que fueron causa de sus negros males.

De esta manera libre la de Alcira
Se vió; volver á España
Pudo, y buscar en el piadoso asilo,
Donde la halló Dianora,
Un santo y noble porvenir tranquilo.—
¿Sonó por fin la hora
Bendita, en que su alma
Logró completa y venturosa calma?
¡Ay! ¿quién puede saberlo? ¿á quién es dado
Leer del corazon en lo profundo?
Julia fué humilde, compasiva y buena;
Todo el mundo la amó; pero marchita
Su faz, tomó el color de la azucena,
Nublóse su mirada, y cada dia
Con pasos gigantescos
Se fué acercando hácia la tumba fria.

Y al fin llegó el instante,
En secreto, tal vez, acariciado
Mil y mil veces con ardiente anhelo.
En su lecho postrada,
De todas rodeada,
Cerró sus ojos y elevóse al cielo.
Mas antes que la vida
Dejara, conmovida
Y estática, fijando
Sus ojos con afan en el vacío
De la estancia.—¡Dios mio!
Esclamó; ¿por qué ahora, que me alejo
Del mundo en él le dejo?
¡Ay! miradle; ¡es Adam! vive, no hay duda;
Yo no estaba viuda;
Mi triste corazon me lo decia.»

Y luego, con acento suplicante:
—Oye, Dianora, dijo:
Si alguna vez, por permision divina,
Sabes que vive aquel que fué mi amante,
Y á este sitio sus pasos encamina,
Dile, al hablarle, que al Señor no ofendo
Porque aquí, en este instante,
Como siempre le ví, le sigo viendo.
Dile que á Dios el alma entrego hoy
Y que á esperarle en sus mansiones voy.»

. . . .

Tal fué el triste relato
Que hizo Dianora, en tanto que, vertiendo
Adam de llanto un rio,
Quedó abismado en su dolor sombrío.
Luego, al cabo de un rato,
El silencio rompiendo
Nuevamente, así dijo la abadesa:
—Hoy, sin duda, el Señor ha permitido,
Por medio de accidentes milagrosos,
Que os diga lo que dijo la condesa
Con labios temblorosos
Al exhalar su postrimer aliento.
Hasta este alejamiento
No era fácil llegáran
Las noticias del mundo; una novicia,
Que es hija de un buen hombre
Que de Andrés tiene el nombre,
Me dijo que su padre recibia
De vos favores grandes.
Por ellos la novicia os bendecia.
He cumplido mi encargo; si quereis
La tumba visitar de la que tanto
Con toda el alma os quiso,
Id, y regadla con piadoso llanto;
Contad con mi permiso.
Mas antes que me deis
El adios de una eterna despedida,
Pues á verme, señor, no volvereis,
Yo os ruego, por piedad, que perdoneis,
Pues vive arrepentida,
Á la pobre Dianora;—
Á la amante de Pietro, pecadora,
Que emponzoñó la paz de vuestra vida.»

. . . .
. . . .

*
* *

Poco despues, de sus ojos
Vertiendo nuevos raudales,
Sobre losas sepulcrales
Adam se postra de hinojos.

Que allí en una de ellas vió,
Por tosco cincel labrado,
El dulce nombre adorado
De aquella que tanto amó.

Nombre que en el alma escrito
Con letras de fuego tiene;
Nombre que su oido viene
A herir cual eco bendito.

. . . .

¡Ay! los restos allí están
De aquella mujer querida;
Mas si ella perdió la vida
¿Cómo tiene vida Adam?

. . . .

—¡Señor! Señor, con acento
Humilde, dijo por fin:
Si esta existencia ruin
Es un continuo tormento;

Si es la dicha imaginaria,
Y el bien que vamos tocando,
En humo se vá trocando...
Atended á mi plegaria.

Yo quiero, Señor, morir
Porque mi vida es sombría;
Porque me abruma y me hastía
Despues de tanto sufrir.

Porque al verme en la orfandad
Siempre esperando y sufriendo,
Yo mismo, al cabo, me ofendo
De mi propia necedad.

La dicha á lo lejos ví
Y errando torpe el camino,
De un implacable destino
Mísero juguete fui.

¡Pobre de mí! yo buscaba
Á mi Julia por el mundo
Sin ver, en mi error profundo,
Que de Julia me apartaba.

Que ella aquí sin ilusiones,
Su existencia consumia,
Mientras que yo me perdia
En apartadas regiones.

Y hoy que vuelvo á este lugar,
Desesperado, confuso,
Miro que el cielo dispuso
Lo que no pude soñar.

. . . .

Ciencia humana pretensiosa
Que nunca el bien adivinas,
¿Por qué con álas mezquinas
Quieres alzarte orgullosa?

Si ciega, torpe, impotente,
No sabes prestar al alma
La paz, la dicha y la calma,
Inclina ¡oh ciencia! tu frente.

. . . .

Y tú, mi Julia, que ves
Mi hondo pesar y mi lloro;
Que sabes cuánto te adoro...
De Dios póstrate á los pies.

Ruégale tenga piedad
De mi eterno desconsuelo.
Contigo hallar en el cielo
Quiero la inmortalidad.

Mas no inmortal quiero ser
En este valle de abrojos,
Dó duelos hallan los ojos
Cuando buscan el placer.

No quiero ser inmortal
Aquí, donde siempre el hombre
Busca un fantasma sin nombre,
En una dicha ideal.

~~~~~~

Dijo Adam; el silencio mas profundo
Siguió reinando fiero en derredor·
De su duelo terrible no se apiada
Un hado bienhechor.

Siguen las tumbas solitarias, yertas
Callando entre la sombra sepulcral,
Que la luz indecisa de una lámpara
No puede desterrar.

Y Adam mira de Julia el nombre amado
Escrito allí; lo invoca en su dolor,
Y viendo que su Julia no responde
Se abisma en su afliccion.

Mas luego de su espíritu la duda
Se apodera; perdida ya la fé,
La esperanza, el valor que siempre tuvo
Para amar y creer,

—¡Oh! dijo al cabo con sañudo acento.
Dios no me atiende, Dios no me escuchó;
Tal vez mi mente imbécil, loca, estúpida,
Un *mas allá* creó.

Tal vez en pos de la implacable muerte
Que arrastra al hombre hácia la tumba ruin,
No hay mas que el hondo abismo de la nada;
Una noche sin fin.

Tal vez el alma con el cuerpo muere;
Tal vez de Julia solo quedarán
Unos restos podridos y asquerosos;
Gusanos.... y no mas.

Tal vez los séres que en el mundo fueron
Siempre nobles modelos de virtud,
Y que un premio no hallaron en la tierra,
Irán al atahud,

Á igualarse por siempre con los malos
Que alcanzaran riquezas, gloria, honor...
¡Oh! qué horribles! qué helados pensamientos!
Tal vez no exista Dios.»

. . . .

Calló; y luego una fiera carcajada
Desde lejos se oyó.

~~~~~

Y apagóse de súbito
La débil lámpara.
Por las cóncavas bóvedas
Rodando rápida,
Fué por breves intervalos
La voz sarcástica
Del génio de los réprobos
Que, ruda y áspera,
No hay Dios, repite, *búscame*,
Seca tus lágrimas.

~~~~~~

Y Adam, que entre las sombras
Quedóse envuelto,
Sintió que aquellas tumbas
Se conmovieron.
Y que sus lápidas
Carcomidas y rotas
Se levantaban.

Y entre luces fosfóricas,
Con triste aspecto,
Su rostro le mostraban
Cien esqueletos,
Que luego huian
Agitando el sudario
Que les cubria.

Despues, sintió una mano
Rígida, helada,
Que al posarse en su pecho
Tanto pesaba,
Que al fin, rendido,
Cayó inerte en el suelo
Dando un gemido.

. . . .

∴
~~~~~~

Algo mas tarde, al entreabrir sus párpados,
Sólo se halló en la iglesia del convento,
Dó penetraban, suaves é indecisos,
De la luna los pálidos reflejos.

Al través de los vidrios de colores
De las altas ventanas, vé de nuevo
Aquellas nubes que inconstantes vagan
Ó se rompen al soplo de los vientos.

El astro de la noche algunas veces
Su faz oculta entre tupidos velos;
Y se abisman en sombras misteriosas
Las pilastras y bóvedas del templo.

¿Cómo Adam se halla en él? ¿fué, por ventura,
Trasportado en los brazos de un benéfico
Ángel de amor que de su mal se apiada,
Ó vino acaso de la cripta huyendo?

¿Fué cuanto vió, cabe la helada tumba
De la condesa, insoportable sueño?
Todo lo ignora, todo; solo sabe
Que ya su vida se trocó en infierno.

. . . .

Turbado todavía, casi loco
Bajo el peso cruel de sus recuerdos,
Ni sabe definir dónde se halla
Ni á distinguir acierta los objetos.

Mas de pronto, creyó que percibia
Otra vez sobre el duro pavimento
En cada losa el nombre de su amada
Escrito con carácteres de fuego.

Y en los pilares y cimbrados arcos,
Sobre los muros y arquitrabes bellos,
Bajo la grande y elevada cúpula;
En el altar, en los espacios huecos,

¡Julia! ¡Julia! vé escrito por do quiera;
¡Julia! esclama despues con labio trémulo,
Y los ecos repiten ¡Julia! ¡Julia!
La paz turbando y majestad del templo.

Entonces hueca, sonora,
Rugiente, á la vez que grata,
En la torre de la iglesia
Suena otra vez la campana.
Su lengua inmensa de bronce
Mil vibraciones estrañas
Produce, y hiende el vacío
Con sus corrientes metálicas.
Parece que al cielo acude,
Que á los espíritus llama;
Que con su voz plañidera
Dirige á Dios su plegaria.
Que gime por los que sufren;
Que ruega por los que aman;
Que á todos dice en su lengua:
«Dormid en paz y con calma.»
»Yo con mis alegres voces
»Os despertaré mañana;
»Yo, si os ausentais del mundo,
»Os daré preces y lágrimas.»

Tal vez tales pensamientos
El pobre Adam formulaba,
Dejando por breve instante
Sus desdichas olvidadas,

Cuando al perderse la última
Vibracion de la campana
En los aires, á su oido
Llegaron otras mas vagas,
Mas armónicas, mas dulces,
Pero no menos estrañas,
Dada la hora. (Ya eran
Las tres de la madrugada.)
Aquellos rumores débiles,
Ténues, vagos, que llegáran
Como agitados murmullos,
Como suspiros del aura,
Como misteriosas notas
Sentidas y no espresadas;
Como el inefable sueño
Mas puro de nuestra infancia;
Salieron lentas del órgano,
Cuyas teclas no tocaba
Mano alguna; cuyos ecos
No se asemejan en nada
A los demás; y los blandos
Sonidos, las notas gratas,
Tomando incremento fueron
Con gradacion estudiada,
Hasta convertirse en ráudos
Torrentes de voces mágicas,
Enérgicas y brillantes,
De esas que mueven el alma;
De esas que agitan el pecho;
Que conmueven, que arrebatan,
Que seducen, que fascinan,
Y que trasportan y arrastran.

Y al mismo tiempo que esos torrentes
Por todas partes se desprendian,
Del pavimento brotó una nube
Que un nacarado matiz tenia.

Limpio de nieblas el firmamento
Mostró sereno su bello azul,
Mientras la luna lanzaba al templo
Sus plateados rayos de luz.

Y entre la nube que el templo inunda
Adam, atónito, llega á entrever,
Envuelta en tules de un blanco velo
La dulce imágen de una mujer.

Púdica y bella como ninguna
El gozo ostenta sobre su faz,
Sobre su frente blanca aureola
Luce, sus ojos se ven brillar.

Mueve sus labios blanda sonrisa;
Ostenta el talle breve y gentil;
Y en sus mejillas se ven mezclados
Tintes de rosa, grana y jazmin.

La nube avanza, se acerca, crece,
Sube á las bóvedas; y en tanto, Adam,
Tiende sus brazos, póstrase en tierra,
Y un grito luego de gozo dá.

—Es ella! es Julia! dice; y estático,
En la celeste, bella vision
Fija sus ojos, mientras que ella
Dícele luego con dulce voz:

«Adam! no sufras; Adam,
Desecha tu abatimiento;
Tus penas y tu tormento
Pronto término hallarán.»

«No maldigas tu existencia
En tu cólera infinita;
La resignacion bendita
Da la paz á la conciencia.»
«Huye siempre del abismo
Sombrio y aterrador,
De ese desconsolador
Estéril materialismo.»
«Si ves que el alma se lanza
Tras de un bien que hallar ansía,
No apagues con mano impía
Esa luz de la esperanza.»
«Deja el pesar que te oprime.
Yo por ti rogué al Señor.
¡Adam! ¡Adam! hoy mi amor
Para siempre te redime.»
«Si fué causa de tu mal
Aquel don que te hizo eterno,
Trueca en un cielo tu infierno;
Deja de ser inmortal.»

. . . .

«En las mansiones de Dios,
Dó dichosas habitamos,
Salada y yo te esperamos;
Ven á unirte con las dos.»
«Que allí no existen los celos;
Allí *paz y amor* ha escrito
Ese Dios grande, infinito,
Sobre el azul de los cielos.»

. . . .

«Mas antes, preciso es
Que algunos portentos veas.
En lograr cuanto deseas
Tardarás, Adam, un mes.»
«Ya pudiste traslucir
El presente y el pasado
Del hombre; mas no has logrado
Vislumbrar su porvenir.»
«Si en él fijas la atencion,
Con caritativo anhelo,
Tal vez un dulce consuelo
Hallará tu corazon.»
«Acaso entonces tambien,
De tu pecho en lo profundo,
Las huellas de EL DIABLO MUNDO
Borren los génios del bien.».

. . . .

Apena estas frases, con voz argentina,
Pronuncia la hermosa celeste vision,
Fugaz desparece; y el templo ilumina
Serena, indecisa, la luz matutina
Que rompe á la noche su negro crespon.

Y cantan las aves cruzando el vacío.
La aurora se cubre de gasas y tul;
La tierra prepara pomposo atavío,
Al ver que con perlas la brinda el rocío,
Al ver que los cielos se visten de azul.

Y vibra de nuevo la alegre campana
Que á misa del alba la gente llamó;
El sol vá mostrando sus tintas de grana,
De rayos corona la bella mañana...
Y el templo á los fieles sus puertas abrió.

CANTO XVIII

I.

Por fin ¡oh lector pio!
Tu fatigado espíritu y el mio,
Juntos van á estinguir de una carrera,
Este libro sombrío
Que su oportuno desenlace espera.
Quién ¡ay! darme pudiera
Talento, númen, calma,
Grandiosa inspiracion, fuego divino,
Fuego que arrastra, que enardece el alma,
En el postrer momento en que á tenderle
Mi mano cariñosa
Voy, quedándome sólo en el camino
De la vida azorosa
Que al nacer me trazára mi destino!

Pero ¡ah! la mente mia
Perdió el vigor y el entusiamo ardiente.
Rotas las cuerdas de mi lira; rota
La dorada cadena de ilusiones
Que, en secreto, insensato acariciára,
Y que perdida en mis recuerdos flota,
Solo miro que ya sobre mi frente
La blanca nieve de los años brota.

Mas ¿por qué me detengo
En ponderar del hado los rigores
Porque ya canas tengo?
Eso ¿qué importa á nadie? ¿por ventura
No hay varones mayores
Que teniendo ya un pié en la sepultura,
Se acicalan, se pulen y se engríen,
Mando, cruces, riquezas ambicionan,
Se divierten, se rien,
Y ser dichosos por do quier pregonan?

Ved, sinó á D. Liborio,
Viejecillo que frisa en los ochenta.
No digamos que es ya ningun Tenorio,
Pues eso fuera de su edad afrenta;
Tanto mas, cuanto aguanta el purgatorio
En vida; que segun la fama cuenta,
La esposa del citado viejecillo
Siempre fué por su génio un tabardillo.



«En la morada de Dios,
Dó dichosas habitamos,
Salada y yo te esperamos.—
Ven á unirte con las dos.»

« Que allí no existen los celos;
Allí *paz y amor* ha escrito
Ese Dios grande, infinito,
Sobre el azul de los cielos.»
(El Diablo Mundo, Segunda parte.)

Imp. de Roldán.

Mas él vive contento,
Aferrado tenaz á un pensamiento
Á que todas sus glorias van sujetas.
¿Sabeis cual es?... que no pase un momento
Sin rellenar sus arcas y gavetas,
Con el mayor decoro
Y decencia; que al fin, es todo un hombre
De cierta ilustracion; y quiere oro
Sin deshonrar su casa ni su nombre.

Verdad es que algun pobre sin ventura
De la cruel usura
De D. Liborio, triste se lamenta.
Es muy cierto tambien que mucha gente,
Segun la historia cuenta,
Al verle el oro amontonar, murmura
Advirtiendo que ni hijo ni pariente
Legítimo heredero,
Tiene el viejo, á quien pueda su dinero
Dejar; mas es lo fijo
Que, sin pariente ó hijo,
Presta al ciento por ciento
Y el sudor de los pobres regatea.
Nunca dá una limosna: y si al fiado
De su tienda le piden una vara
De percal, ó de seda, de contado
«Hoy no, mañana sí;» replica artero,
Con intencion avara,
Enseñando un letrero
Que detrás de la puerta oculto tiene,
Y con el cual á descartarse viene.

Entretanto, indecisa
Vaga en sus labios siempre una sonrisa
Indefinible, misteriosa, rara,
Pues nadie ha descifrado si denota
Que es malo quien la vierte ó idiota.
Mas si bien se repara,
No es idiota, ni jamás lo ha sido.
¿Cómo ha de serlo el hombre que ha sabido
Reunir un capital tan saneado
Y tan redondeado
Que ya, segun se cree,
Nueve ó diez casas en Madrid posee?

Por lo demás, su historia,
Que todo el mundo sabe de memoria,
Demostrará muy pronto,
Que no es zurdo ni es tonto.
Él no aspiró á la gloria;
Pero aspiró al dinero.
Fué al principio tendero
De comestibles; luego, progresando
Del comercio en los prósperos caminos,
Se fué, se fué elevando
Y puso un almacen de ultramarinos.
Concejal de Madrid y diputado
Provincial, vió en estremo satisfecho
Que reñidas del todo no se hallaban
La gloria y el provecho.
Siguió, pues, á los dos, franco, la pista
Y mostró sus tendencias liberales
Convirtiéndose luego en contratista
Y en comprador de bienes nacionales.
Los títulos obtuvo
De liberal y honrado patriota;
Del progreso en la esfera se mantuvo,
Leyó á Voltaire, y luego
Eligió muy formal,
(Como dijo Espronceda)
En cuanto á religion la natural.
Mas, si hay alguien tan ciego,
Tan audaz é imprudente,
Que á su vista presente
Al pobre desdichado,
Que sufre de miserias un abismo,
—¿Qué tengo yo que ver, dice furioso,
Con esos haraganes? yo he ganado
Lo mio; que ellos hagan otro tanto.
Lo demás, es querer el socialismo;
Es caminar á un caos tenebroso
Que causa indignacion, que infunde espanto.

Mas ya, justo es atienda
Que impaciente estarás, lector, mirando
Que D. Liborio aguarda en la trastienda
De su almacen, con su mitad amada;
Con su dulce mitad; su flaca esposa,
La recatada y grave Catalina,
Venerable ruina
Que acaso un tiempo se juzgaba hermosa.

De un vetusto brasero
En torno, están los dos, con un tercero
Que charla por los codos,
Si bien con buenos y estudiados modos.
Se trata de política, y la vieja,
De vez en cuando, deja
Escapar un bostezo,
Santiguándose, y luego se reclina
En el respaldo del sillon; ladea
Poco á poco el pescuezo
Y en roncar á sus anchas se recrea.

—Deja que ronque, dijo D. Liborio
Á su hablador y docto dependiente;
La pobre ya no está para espinosas
Polémicas políticas; y luego
¿Qué saben las mujeres de estas cosas?
Sexo cobarde y ciego
Ante todo se humilla; no le inflama
Jamás de pátria el sacrosanto fuego;
No arde en sus pechos la potente llama
Que el heróico varon altivo esconde;
Al *noble* grito de matanza y guerra
Nunca su débil corazon responde.
Con ellas, en la tierra
Solo afeminacion, *paz vergonzosa*
Y esclavitud y vasallaje habria;
Y la historia se haría
Lánguida, pobre, oscura, empalagosa...»

Tal vez aquí ensartára
Un discurso magnífico Liborio
Para hacer bien notorio
Que fué hombre de pelo en pecho y cara;
Y que al coger losráncios cronicones,
Aunque profesa ideas liberales,
Le agrada y le electriza,
Viejo y todo cual es, ver en la liza
Como el hombre, apelando á las razones
De las armas, en luchas desiguales
Y en batallas campales
La razon de la fuerza diviniza.

Mas fué el caso que alerta,
Viejo, vieja y mancebo se pusieron,
Al escuchar tres golpes que en la puerta
De la casa en aquel instante dieron.
Y aquí, aunque algun reproche
Me valga mi manera de contarte
Las cosas tan sin arte,
Te diré que la accion pasa de noche;
De una noche sombría,
Pues dicen que tronaba y que llovia.

—Anda y mira quién es, dijo la vieja,
Que ese fuerte llamar no me dió gusto.
—¿Te asustáste, mujer?—Y ¿quién se deja
Con golpes tales de tener un susto?

—Voy, dijo el dependiente
Á ver quién es. Ya voy!»—Salió el mancebo,
Y es fama que de nuevo
Entablaron la plática siguiente:

DON LIBORIO.
Sin duda será un vecino.
CATALINA.
Pues digo que me asustó.
DON LIBORIO.
Como siempre estás tocada
De los nervios...
CATALINA.
Lo que es hoy
Bailo sola; mas ya viene
El chico. (*Viendo al dependiente que vuelve.*)
DON LIBORIO.
¿Quién era, Anton?
ANTON.
¿Quién ha de ser? el vecino
Del cuarto número dos
Del piso tercero.
DON LIBORIO.
Hombre,
¿Le has alumbrado?
ANTON.
Me instó
Que no lo hiciera; y lo dijo,
Por cierto, con una voz
Tan particular que... vamos,
Casi me infundió temor.
LIBORIO.
Cállate, calla.
CATALINA.
No calles.—
Si el chico tiene razon.—
No te parece, Liborio,
Que hay motivos...? Mira, yo
Los tengo, y no son pequeños,
Para mirar con pavor
Á ese jóven...
DON LIBORIO.
No tan jóven,
Mujer, no tan jóven, no.
CATALINA.
Tendrá veinticinco años.
LIBORIO.
Cuarenta lo menos. Soy
Gran fisonomista, y tengo
Buen ojo.
CATALINA.
Calla, simplon;
No chochees; cinco lustros
Es lo mas que yo le doy.
DON LIBORIO.
Bueno!
CATALINA.
Ya se vé.
DON LIBORIO.
Si digo
Que sí; que tienes razon...
CATALINA.
Además, que nada tienen
Que ver su edad ni tu error
Con lo que estaba diciendo.
Hace poco que alquiló
Ese jóven aquel cuarto
De triste recordacion...
ANTON.
¿Pero es verdad...?
CATALINA.
Es tan cierto
Que todo el mundo lo vió.
DON LIBORIO.
Todo Madrid.
CATALINA.
Era un brujo
Que nuestro cuarto alquiló.
Dijo llamarse Don Pablo,
Parecia setenton
Y mas pobre que las ratas.
DON LIBORIO.
El tunante, me robó
Cuatro meses y diez y ocho
Dias de alquiler...
CATALINA.
Y el bribon,
De la noche á la mañana
Desnudo se levantó,
Hecho un jóven; rozagante,
Membrudo, insolente, atroz;
Queriendo pegar á todos.
Lo recuerdo con rubor.
ANTON.
Y ¿cómo pudo ser eso?
DON LIBORIO.
Á la calle se lanzó
De aquel modo y á la cárcel
Fué...
CATALINA.
Siendo de cajon
Que despues debió morirse.
DON LIBORIO.
Mas fué luego lo peor
Que nadie alquilar el cuarto
Quiso.
CATALINA.
Pues por eso, yo
Eché la llave dejándolo
En igual disposicion,
Sin querer tocar un mueble...
DON LIBORIO.
Debimos venderlos.
CATALINA.
¡Oh!
¡Calla! si el huésped volvia
Y con su génio feroz
Sus bártulos reclamaba...
DON LIBORIO.
Qué habia de volver?
CATALINA.
Qué no...? (*Pausa.*)
Yo pienso que sí; yo pienso
Que ha vuelto. (*Con aire de firme conviccion.*)
DON LIBORIO.
(*Asustado.*) Mujer, por Dios!
¿Qué estás hablando?
CATALINA.
Ese jóven;
Ese bello señoron
Que, hace poco, en nuestra puerta
Los tres aldabazos dió...
DON LIBORIO.
¿Opinas...?
CATALINA.
Ya no me cabe
Duda; y pierdo mi valor
Al pensar que, acaso, arriba,
Satanás con su escuadron,
De brujos, vampiros, duendes...
DON LIBORIO.
¡Absurdos!
CATALINA.
Aun serás hoy
Capaz de negar que el viejo
En muchacho se trocó.
ANTON.
Y, dígame usted, señora:
¿En qué funda su opinion

Para creer que ese nuevo
Vecino..?

CATALINA.

A decirlo voy.
Hace unos dias que un coche
Junto á la tienda paró,
Y de él descendió ligero
Ese apuesto señoron,
Cuya edad no hemos podido
Fijar; el uno le echó
Veinte, y el otro cuarenta;
Diferencia bien atroz
Por cierto;—aquí no te hallabas
Entonces, querido Anton;
Pero recuerdo que estábamos
Juntitos Liborio y yo.
Pasó el humbral, y parándose
Delante del mostrador,
Con unos ojos tan lánguidos,
Tan lánguidos nos miró,
Que casi en ellos vi lágrimas.
¡Ay! me causó compasion.
Despues, con acento triste,
Mas con simpática voz:
—¿Es aquí, señora, dijo,
De donde un tiempo salió
Un jóven que diz que estaba
Demente...?—Si, sí, señor,
Le contestamos, contándole
La historia, y notando yo
Que esa historia le causaba
La mas honda sensacion.
Nos hizo algunas preguntas
Con un interés mayor
De aquel que inspirar pudiera
A un estraño; no omitió
El menor detalle; y luego
Que acabé mi relacion
Sacó un repleto bolsillo
Que generoso nos dió
Diciendo:—Desde hoy es mio
El cuarto número dos.

DON LIBORIO.

Eso si que es conducirse
Con delicada atencion.

CATALINA.

Ya lo creo; aquel bolsillo
Con su oro te flechó;
Mas ya te he dicho, Liborio,
Que eres un gran pecador,
Y que el oro ha de llevarte...

DON LIBORIO

¡Absurdo! ¡preocupacion!
Fanatismo, hipocresla,
Estúpidez; tenga yo
Dinero...

CATALINA.

Mas te valiera
Ponerte mejor con Dios;
Dar limosna...

DON LIBORIO.

Quien no tenga...
Que lo gane como yo.

CATALINA.

Siempre sales con lo mismo;
Tal es tu eterna cancion.
¿No sientes lástima nunca
Viendo el ajeno dolor?

DON LIBORIO.

Pienso en mí, que es lo que importa.

CATALINA.

Quien no tiene religion
Ni cree...

DON LIBORIO.

¿Quieres callarte,
Catalina? ¡ó voto á brios..!

CATALINA.

¡Vota! ¡Jura!

DON LIBORIO.

(*Enfurecido*) ¡Catalina..!

ANTON.

¡Vamos, señora! ¡señor!
No olvidemos nuestro asunto.

DON LIBORIO.

Me insulta sin ton ni son.
Y no recuerda... Mas vale
Que nos callemos los dos. (*Pausa.*)
Mujer al fin, sin un solo
Adarme de ilustracion. (*Otra pausa.*)

ANTON.

Y ¿qué hizo el caballero
Despues que el cuarto alquiló?

CATALINA.

Tomó al momento las llaves,
Y con paso muy veloz
Subió al punto la escalera,
Saltando de dos en dos
Los peldaños; desde entónces,
Solo allí, como un huron,
Se pasa las horas muertas,
De dia y de noche... ¡Oh!
Y á mí no me cabe duda;
Es aquel mancebo atroz
(Con barbas ya y mas buen mozo)
Que tal bromazo nos dió.

DON LIBORIO.

Pues verás lo que yo hago
Cuando salga el nuevo sol.

CATALINA.

¿Qué harás?

DON LIBORIO.

Plantarle en la calle.

CATALINA.

Lo apruebo; tienes razon.
Si no fuésemos tan viejos...
Pero á nuestra edad... ¡que horror!
Ya no estamos para bromas
Ni sustos.

DON LIBORIO.

Lo dicho.—Anton,
Cierra la tienda; mañana
Irá bendito de Dios.
Mata las luces; envuelve
En la ceniza el carbon
Del brasero; echa las llaves
Y cerrojos; el farol
Apaga de la escalera;
Pon la barra en el balcon
Y á descansar. Que no abras
A nadie, ¿entiendes?—Adios.

La vieja, el viejo, el mancebo
Se acostaron. Trascurrió
El tiempo; pasó una hora;—
Hora y media; luego dos,
Y la casa sumergida
En el silencio quedó.
Todos los vecinos duermen,
No se alza ninguna voz.
Solo en el piso tercero
Latiendo está el corazon
Y trabajando la mente
De un hombre, que en derredor
No vé á nadie; mas que cuenta
Con afanosa atencion
Los latidos de su pecho;
Las horas que dá el reló.

¿Á quién espera? ¿Qué intenta?
¿Quién es? ¿Lo sabes, lector?
Pues si lo sabes, y quieres,
Sígueme á su habitacion.

II.

«Sobre una mesa de pintado pino
»Melancólica luz lanza un quinqué,
»Y un cuarto ni lujoso ni mezquino
»Á su reflejo pálido se vé (1).»
Adam halla por fin en su camino
Aquella estancia que su cuna fué;
Cuna de un hombre á la niñez ajeno,
Que no halló abrigo en el materno seno.

Cuna que nadie, con piadosa mano,
Llegó á mecer jamás; sitio dó un dia
En jóven bello se trocó un anciano
Que á su vista entre sombras se ofrecia.
Y aquel jóven que alegre, audaz, ufano,
Gozar mil años del vivir queria,
Romper anhela el misterioso lazo
Que le une al mundo, y que se cumpla un plazo.

Y, sin embargo, con asombro advierte
Que, á medida que pasan los momentos,
Y que el plazo se estingue, y que la muerte
Se dirige hácia él con pasos lentos,
Tal vez su flaca voluntad inerte
Queda envuelta en cobardes pensamientos,
Que á formular no acierta; mas que al alma
Fuerzas le quitan y vigor y calma.

—¡Oh! dijo entonces con turbado acento;
¿Por qué el hombre tan débil, tan menguado,
Se atreve á criticar el pensamiento
Del que todas las cosas ha trazado?
Fuera el hombre inmortal, y con violento
Enojo, de su vida exasperado,
Cansado de sufrir, renegaria
De sí mismo y de Dios con saña impia.»

Naciera como yo, jóven, vehemente,
Sin sentir de la infancia los albores,
Para hallarse de pronto frente á frente
De desengaños negros y traidores.
Naciera amando con amor potente
Sin ser correspondido en sus amores
Y entonces, maldiciendo la existencia,
No creerla en la sábia Providencia.

Supiera que en un año, y en un dia,
En una hora, en un momento dado,
La antorcha de su vida se estinguia,
Y viviera tal vez acobardado.
Supiera que al morir, con él moria
El alma, y al mirarse desgraciado,
Sin premio, sin estímulo en sus duelos,
Con razon blasfemára de los cielos.»

Puso Adam ambos codos en la mesa;
Sobre sus manos inclinó la frente
Y pensando despues en la condesa
Lanzó un suspiro de su pecho ardiente.
Y aquella imágen que llevaba impresa
Dentro del corazon y de la mente,
Creyó ver inundada de alegría
Que, al mirarle, feliz le sonreía.

Y las frases sonaron en su oido
Que en el templo su Julia pronunció:
—¡Adam! ¡Adam! mi amor te ha redimido:
Dios el plazo de un mes te concedió.
El pasado y presente has traslucido
Del hombre; solamente te faltó
Su futuro estudiar con noble anhelo,
Para hallar al morir grato consuelo.»

—¡Ah! si; tienes razon, Julia querida,
Dijo Adam; y su frente alzó serena;—
Hay algo misterioso en nuestra vida
Que al conjunto vivir nos encadena.
Atraccion singular, desconocida,
Que de placer ó de dolor nos llena
Al ver la humanidad marchar triunfante
Ó al mirarla humillada y zozobrante.

Mas ¿cómo averiguar lo que escondido
Está en el porvenir, cuando el presente
Fué para mí tal vez desconocido,
Y aun el pasado evoco inútilmente?
Yo el mundo con afan he recorrido,
Y turbio el corazon, turbia la mente,
Turbios los ojos tengo todavia,
Lo mismo que hace tiempo los tenía.

¿Es el sino de todas las criaturas
Sufrir un mal constante y sempiterno,
Ó fué causa de tantas desventuras
Aspirar con ardor á ser eterno?
¿Ofrece Dios un cáliz de amarguras
Ó contra mí se desató el infierno?
¿Sufren todos cual yo, ó es que, iracundo
Emponzoñó mi vida El Diablo Mundo?

¿Son tan malos los hombres que merecen
Como justa expiacion de sus delitos,
Las penas y congojas que padecen
Entre errores y males infinitos?—
¿Esos pueblos, que nacen y perecen,
Están, acaso, por su Dios malditos?
¿Resolverá la humanidad un dia
El gran problema que aclarar ansia?

La cadena de rotos eslabones
Que la historia en sus páginas ostenta,
Ya ilustradas mostrando unas regiones,
Mientras que en otras la barbarie aumenta;
Ya destruyendo pueblos y naciones
Dó improductivo el suelo se presenta,
¿No encontrará su enlace y compostura
Del orbe uniformando la hermosura?

Razas abyectas vagan temerosas
Ó terribles, allí dó un tiempo hubiera
Magníficas ciudades populosas.—
Aquí, en cambio, levántase altanera
La sociedad mostrando sus vistosas
Galas; allá la libertad impera,
Y en otras partes como bestia inmunda
Sufre el esclavo bárbara coyunda.

¿Es que ese Ser Supremo, cuyo nombre
La humanidad invoca, se ha gozado
En ver luchar y padecer al hombre
Que con sus propias manos ha formado?
¿Quiere que un mundo ensangrentado alfombre
El trono en que se ostenta despiadado?
¡Oh! ¡imposible! si es grande y poderoso,
Magnánimo ha de ser y generoso.

Mas ¿cómo el hombre, que á su bien aspira,
Perfecto podrá ser? ¿de qué manera
Logrará el bienestar porque suspira?—
Si su bien siempre ha sido una quimera,
¿Dó tienen la verdad y la mentira
Sus límites exactos? ¡Ay! pluguiera
Al cielo, desterrar la duda mia
Y á Dios el alma con placer daria.»

(1) *Espronceda*, El Diablo Mundo. (Canto I.)

—¿Quieres saberlo? atiende!
Gritó una voz del cielo
Que resonó en su oido,
Y estremeció su pecho.
Atiende! Atiende! Atiende!
Tres veces dijo el eco,
Al par que en un vecino
Reloj, con golpe lento,
Las mismas campanadas,
Sonoras, graves, dieron.

Adam, ansioso, entonces,
Con brusco movimiento,
Pretende levantarse;
Mas ¡ay! sobre su asiento
Al punto, un grito dando
Que infunde al alma miedo,
Sobre el sillon, inerte,
Tornó á caer de nuevo.
Y vé que ya perdido
El juvenil esfuerzo,
La voluntad encuentra
Indóciles los miembros,
Como la mente torpes
Los grandes pensamientos,
Como las venas tardo
Y perezoso el fuego
De aquella sangre ardiente
Que ya se trueca en hielo.

. . . .

Atónito, aturdido,
Alzó los brazos trémulos,
Y el rostro entre sus manos
Cubrió breves momentos.
Y vió que su poblada
Barba, que sus cabellos
Rizados, y lucientes
Como azabaches negros,
Los unos se mostraban
En blanca nieve envueltos,
Los otros, no existian;
¿Adonde, adonde fueron?

Despues de la sorpresa
De aquel primer momento
En que, asombrada el alma,
Miró agostarse el cuerpo,
Volvió á mostrar su rostro
Adam trocado en viejo.
Mas ya su rostro estaba
Casi jovial, sereno,
Al ver que no le abruma
El insufrible peso
Con que llegó á oprimirle
El don de ser eterno.

—La muerte se aproxima,
Dijo; sus pasos siento.
Al cabo mi esperanza
Cumplida, ver espero.
La ancianidad mitiga
Los juveniles fuegos;
Pero borrar apenas
Consigue los recuerdos.
Las fuerzas materiales
Se van desvaneciendo;
Mas el audaz espíritu
Alzando sigue el vuelo.
Yo siento que me asaltan
Los mismos pensamientos;
Las mismas inquietudes;
Idénticos deseos.
Venid, cercadme ¡oh nobles,
Y poderosos génios
Que á la verdad augusta
Podeis alzar mil templos!
Venid, venid, mostradme
Si Dios al hombre ha hecho
Á semejanza suya
Para humillarle luego,
Ó si piadoso y grande
Le inclina á ser perfecto.
Decidme si es el mundo
Lugar de desconsuelo
Donde la vil materia
Nos lleva al desconcierto;
Ó si el placer, la gloria,
La dicha y el contento
Existen, cual los pinta
Nuestro tenaz deseo.
¿Podrán las sociedades
Al cabo de los tiempos
Pisar resueltamente
Las sendas del progreso?

. . . .

Sí, respondió la voz que de lo alto
Descender parecia; el hombre puede
Aspirar á ese bien que tanto anhela
Y del que, ciego, separarse suele.

«Existe un porvenir grande, sublime,
Digno del hombre que de Dios procede;
Mas no del Dios que pintan insensatos
El fanatismo, y la impiedad rebelde.»

«No de un Dios que se goza en los tormentos;
Que á los hombres oprime y enmudece;
Mas tampoco el que ha dado á la materia
Luz, pensamientos, como algunos quieren.»

«Si el hombre careciera de albedrío;
Si libre voluntad no poseyese,
Como estúpido autómata, seria
De una fuerza mayor esclavo siempre.

«Tiene, pues, noble orígen; tiene un alma;
Y aunque grandes pasiones alimente,
La razon le demuestra de qué modo
Puede al mal con vigor sobreponerse.»

. . . .

«¿Cuál es el mal? ¿en dónde el bien se oculta?
¿Por qué caminos dirigirse puede
La humanidad á realizar sus altos
Destinos? ¿Dónde dirigirse debe?»

«¿Logrará entre sangrientas convulsiones
Romper con su pasado para siempre,
Ó deberá retroceder, buscando
Lo que á un triste pasado pertenece?»

. . . .

«Revuelta humanida! deja un momento
Aspiraciones locas é imprudentes;
Avanza! avanza hácia el progreso; ostóntate
Grande á la vez y poderosa y fuerte.»

«Mas no guardes audaz tu fortaleza
Para ultrajar al cielo y para hacerle
De tus nécias pasiones, de tus crímenes
Cómplice acaso y mísero juguete.»

«Dios es grande, piadoso, augusto, inmenso;
Él igualar al criminal no puede
Con el que siempre ha sido virtuoso.
Dejad que el virtuoso se alimente,»

«Con la grata esperanza de que un dia
Vendrá en que un alto galardon encuentre.
No arranqueis de los pueblos esas nobles
Santas creencias que los hombres tienen.»

«Pero tampoco especuleis con ellas
Con avara intencion; tened presente
Qne el Salvador del mundo, airado arroja
Del templo á los menguados mercaderes.»

. . . .

«El hombre es bueno; el hombre cuando niño
Suele guardar tesoros casi siempre
De ternura y de amor; ¿quién ¡ay! agota
Luego en su pecho tan hermosas fuentes?»

«¿Qué aliento abrasador vá destruyendo
De las virtudes los preciosos gérmenes?
¿Tiene el hombre razon cuando supone
Que es con el hombre el cielo indiferente?»

. . . .

«No; contempla esos cuadros admirables;
Esas augustas sacrosantas leyes
Que al través de los siglos que pasaron,
El Sinaí y el Gólgota te ofrecen.»

«Ama á Dios y á tu prójimo; respeta
Y honra á tus padres pues amor les debes;
Nunca tus manos con brutal encono,
Maltratando á tu prójimo, ensangrientes.»

«No codicies sus bienes ni á la honra,
Cobarde y torpe, de su esposa atentes...»
Tal fué el código; el código que escrito
Fué con grandes y eternos caracteres.

. . . .



«Luego Jesus á redimir al hombre,
Y *á darle libertad* al mundo viene
Y escupido, insultado, escarnecido,
Sube al Calvario y en la cruz perece.»

«Quiso ser pobre y su pobreza infaman;
Quiso ser bueno y la maldad prefieren;
Quiso ser justo y su justicia insultan;
Dijo *verdad* y la verdad ofende.»

«Por eso aquella religion hermosa
Que paz, amor y *caridad* ardiente
Proclama; que al humilde, al afligido,
Al pobre, al bueno, ampara y fortalece,»

«Que en vínculos sagrados á los hombres
Trata de unir dichosos para siempre;
Niegan los unos; y otros con malvado
Intento, en arma de rencor convierten.»

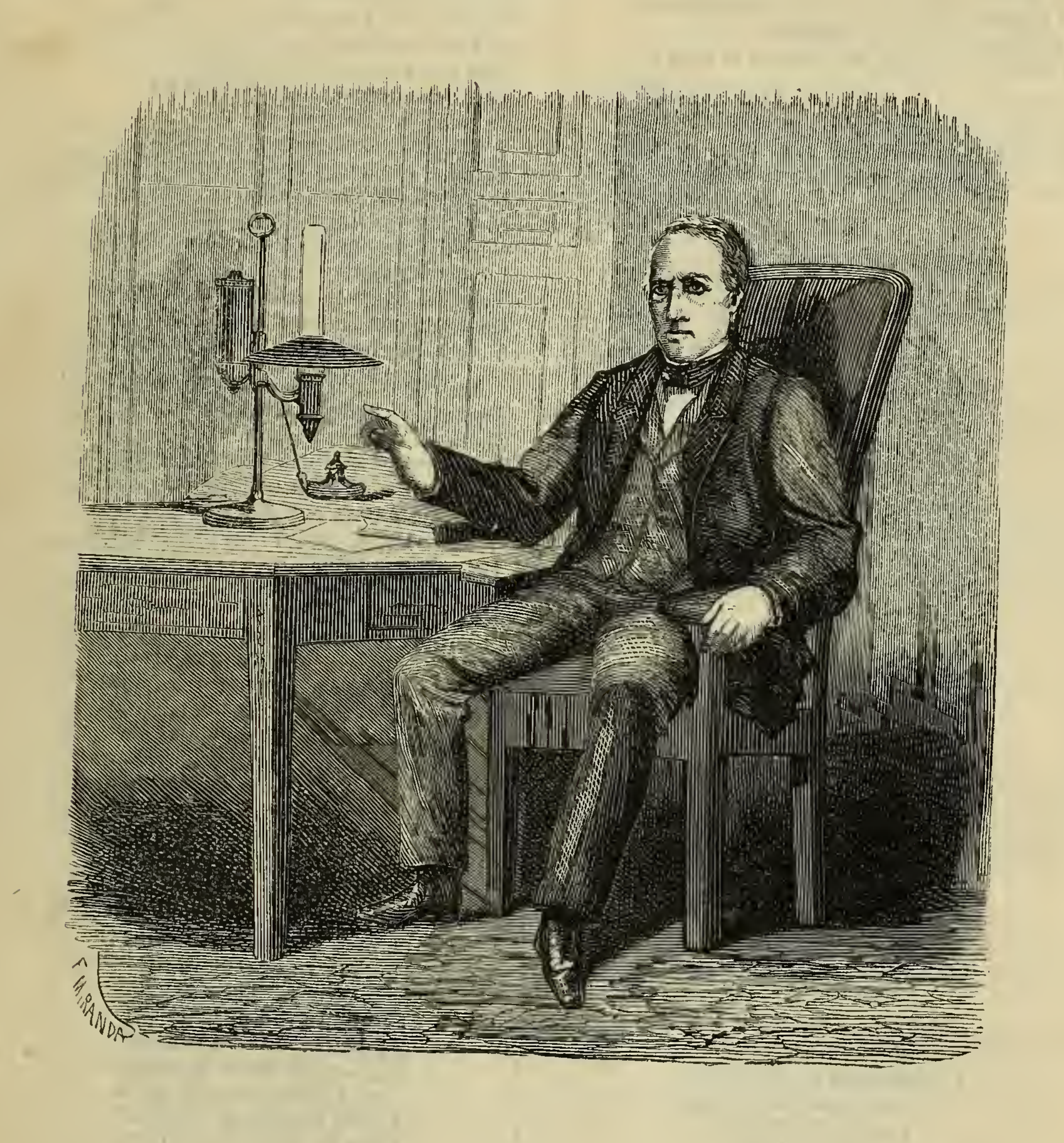
. . . .

«La semilla, no obstante fué sembrada;
Es fecunda; los hombres nunca pueden
En ángeles trocarse; pero al cabo
Se harán mejores porque serlo deben.»

«Brotará esa semilla; vendrá un dia
En que el mundo los males considere
Que causan los estremos corruptores,
Y los estremos con vigor desdeñe.»

«La humanidad entonces convencida
De que Dios á los pueblos *libres* quiere;
Pero á la vez *honrados*, *estudiosos*,
Trabajadores, buenos y pacientes;»

«Se ilustrará, se mostrará gigante;
Grande en la paz porque la paz conviene;
No aduladora de fortunas ciegas,
No miserable esclava de los fuertes.»



«No intolerante, barbara, opresora
De las conciencias; justa con los débiles;
Amante del saber y las virtudes;
De costumbres modestas é inocentes.»

«Ansiosa de un progreso que conduzca
Á un bienestar magnífico y perenne;
Amante de la paz, sin la que nunca
Las naciones podrán desenvolverse.»

. . . .

«Todo á ese fin camina; en todas partes
La antorcha de las ciencias resplandece;
Las artes se levantan poderosas;
El vapor os arrastra y os impele.»

«Las distancias se abrevian; las naciones
Fraternizando van; miran los reyes
Altos ejemplos; y los pueblos, grandes
Nobles amigos, por su dicha tienen.»

«Las masas de ilustrarse están ansiosas;
Tengan paz, santo amor, libres se ostenten;
Mas nunca las virtudes evangélicas
Con orgullo insensato menosprecien.»

«De este modo, es posible que algun dia
Brille en el cielo el sol resplandeciente
De ese soberbio porvenir que tanto
Anhela el hombre y que alcanzar pretende.»

«Entonces, sin ejércitos, sin luchas,
Sin políticos bandos que entorpecen
La marcha de esos pueblos, las regiones
Incultas y salvajes se harán fértiles,»

«Á medida que el bárbaro no vea
Esclavitud, venganza, estrago y muerte;
Sino puras costumbres, verdadera
Ilustracion y equitativas leyes.»

. . . .

«Y habrá una sola religion bendita;
Una lengua, una patria, en donde alegres,
En fraternal abrazo confundidos
Los hombres digan: *Mi destino es este.*»

«Hemos sido en la tierra, humildes, probos;
»No hipócritas, ni impíos, ni rebeldes;
»Hemos amado la virtud; el cielo
»Sus altos premios reservarnos debe.»

Calló la voz aquella
Que Adam, atento
Escuchó, sumergido
En el silencio.
Voz que él ignora
Si del cielo desciende
Ó si él la evoca.

Voz que acaso forjára
Su pensamiento;
Su acalorada mente
Durante un sueño.
Solo sabia
Que, ya viejo, al sepulcro
Se dirigia.

Tomó un papel y pluma,
Y allí escribiendo
Estuvo, segun cuentan,
Breves intérvalos.—
Ratos fugaces
En que su rostro iba
Trasfigurándose.

Su frente se arrugaba;
Descoloridas
Sus mejillas y sienes,
Se deprimian.
En corto rato,
Para Adam trascurrieron
Algunos años.

—Adios, por siempre ¡oh vida!
Dice sin pena;
Mundo lleno de abrojos,
Con Dios te queda;
Yo, al separarme
De tí, miro que tienes
Bellas imágenes.

Tambien guardas virtudes,
Mundo, en tu seno;
Abnegacion sublime;
Puros afectos...
Solo te falta
Que los buenos unidos
Marchando vayan.

Son los mas... ellos pueden
Lograr, que al cabo,
Por egoismo, se hagan
Buenos los malos;
Ellos un digno
Porvenir, darte pueden,
Grande y magnífico.

III.

Un instante despues, Adam sentia
Que una fuerza potente le arrastraba;
Que con blando estupor adormecía
Sus miembros, y á la vez arrebataba
Su espíritu. Impaciente
Quiso mirar en torno, y vió inundarse
El espacio de luces, de armonía
Y de ricos perfumes olorosos
Mas que el incienso de la Arabia; bellos
Génios de amor por el inmenso espacio
Cruzaban; allí ardian
Con mágicos y espléndidos destellos
En cercos de rubíes y topacios
Cien soles que en el aire aparecian.
Allí, ostentando sus vistosas galas,
La inmortalidad bate sus álas
Y el vuelo altivo presurosa tiende;
Surca el espacio y hasta Adam desciende.
—¡Ven á mí! mi mansion no está en la tierra,
Dice con voz dulcísima y sonora
Que al alma llega; con su cetro de oro
La aparicion divina,
Toca de Adam la frente, Adam la inclina
Contento con su suerte...
Y descansa en los brazos de la muerte.

Entonces... al romper el alma el vuelo
Dejando la materia inanimada,
Halló, al alzarse al cielo,
Mas jóven é inmortal que lo fué nunca,
El alma de su Julia idolatrada.
Y en tanto que, con ella
Y con Salada, en mundos penetrando,
De perfecta armonía,
Donde en noche jamás se trueca el dia,
Se iba siempre por ellos remontando,
Sin duda el trono de su Dios buscando,
Miró á la tierra, y vió con alegría
Que de su cuerpo inerte los despojos
Divinos génios con amor velaban,
Y que despues de sus inmobles ojos
Para siempre los párpados cerraban.

. . . .

IV.

Á la mañana siguiente
Advirtiendo Don Liborio
Que su huésped no bajaba,
Subió á su cuarto furioso.
Iba en pos del viejecillo
La que fué su purgatorio,
Es decir, su cara esposa
Que seguir quiso al esposo.
Con ellos tambien subia
Anton Percalina y Coco,
Perla de los dependientes
Por lo sutil y económico.
Y es fama que ante la puerta
De aquel cuarto misterioso,
Los viejos regatearon
Sus ideas con el mozo.
Quisieran los dos primeros
Buscar unos cuantos prójimos
Armados, porque pensaban
Que era el huésped un demonio.
Pero Anton que no creia
Tal cosa, ni por asomo,
Creyó que dar un escándalo
Era imprudente y anómalo.
—Ese señor que aquí habita,
Dijo, me parece un poco
Triste, pero tiene aire
De honrado; por él respondo.

—Pues vamos adentro, dicen
Viejo y vieja, y con aplomo
Anton Percalina, empieza
Á llamar con buenos modos.
Tira de la campanilla;
Mas nadie responde; y todos
Vuelven á llamar en vano.
—Sin duda duerme.—Es notorio.
—Veamos!...—Diantres! la puerta
Entornada...?—Poco á poco...
—Cuidado, Anton.—Catalina...
—Vamos adentro, Liborio.

Entró la vieja en el cuarto;
Lanzó un gemido del fondo
Del pecho cóncavo, y luego
Cayó en brazos de su esposo.
Y éste con los ojos fijos
Estupefacto y absorto:
—¡D. Pablo! grita con miedo,
Y cierra al punto los ojos.
«¡Es D. Pablo! el viejo mismo
Que se trocó en aquel mozo...
¡Brujería! ¡Magia negra!
¡Vecinos! ¡á mí...! ¡socorro!»

—¡Descansa en paz! dijo entonces
Un hombre de austero rostro,
Casi anciano, que allí entraba
Entre turbado y atónito.
Era Andrés; el pobre manco,
Que enjugándose los ojos
Luego se quitó el sombrero
Con aire respetuoso.
—¡Ha muerto! dijo; su historia
Misterios raros, recónditos,
Encierra; en sueños un dia
Todo me lo dijo, todo!
Por eso, yo, que le debo
El bienestar de que gozo;
Que por él vertido hubiera
Toda mi sangre gustoso,
Hace un mes que voy siguiéndole
Con el mas firme propósito,
Seguro de ver un dia
Algo que infundiese asombro.
Durante ese mes, le he visto
Siempre bueno, afable, pródigo,
Dar limosnas y consuelos
Al pobre menesteroso.

¡Descanse en paz! era un hombre
Que valia como pocos;
Pero fué muy desgraciado.
No conoció el lazo hermoso
De la familia, que amengua
De la vida los enojos;
Que endulza nuestros pesares;
Que llena el hogar de gozo.

Dijo; tomó de la mesa
Un papel y poco á poco
Fué lo que sigue leyendo
Entre cortados sollozos:

«Sediento de goces, de grandes placeres,
De dicha suprema, de vida inmortal,
Aquí cierta noche un mísero viejo
En jóven trocado se vió por su mal.»

«Lanzóse aquel jóven, que Adam fué llamado,
Al mundo... ¡Cuán bello, cuán grande le halló!
Mas ¡ay! trascurrieron los años y el jóven
Aquí dolorido y ansioso volvió.»

«Su pena era tanta, tan grande su duelo;
Tan negro, tan triste juzgó el porvenir,
Que solo la muerte, la muerte anhelada,
Mostrarle podia el puerto feliz.»

«Yo soy aquel hombre: el cielo apiadado
De nuevo al sepulcro conduce mi pié.
El jóven en viejo se vá convirtiendo...
¡Feliz yo que anciano me encuentro otra vez!»

«Eterna la torpe materia, seria
Del alma tormento; al alma dejad
Que busque otros mundos mas bellos, mas anchos,
Dejadla que en ellos se ostente inmortal.»

. . . .

«La cruz de brillantes, que llevo conmigo,
La dejo á la Madre bendita de Dios,
Que existe en la iglesia de aquel monasterio
Do Julia, condesa de Alcira, murió.»

«Suplico á las gentes que aquí me encontraren
Que tumba cristiana piadosas me den,
Grabando en la losa que cubra mis restos:
Aquí Adam reposa; *rogad por su bien.*»

V.

Dejó Andrés de leer; todos doblaron
La frente con uncion,
Y en silencio á los cielos elevaron
Una humilde oracion.

Que ante la muerte el corazon del hombre
Redobla su latir,
Y asomar á los labios suele el nombre
De aquel que dá el vivir.

Por eso D. Liborio conmovido,
Mudando de opinion:
—No hay duda, dice, me hallo convencido;
Mujer, tienes razon.

—¿De qué, Liborio?—De que siente en ello
El alma un gran placer:
De que es, al fin, consolador y bello
«Esperar y creer.»



NOTAS ADICIONALES.

1.ª—(*Página* 5.)

Mi primer intento al anunciar estas notas finales, fué el de estenderme en algunas consideraciones literarias, relativas al DIABLO MUNDO y á los demás poemas que hasta hoy se han escrito en lengua castellana; pero me falta espacio, humor y tiempo para dedicarme á este trabajo, que acaso daré á luz mas adelante.

Diré solo en este lugar, que cuando el señor D. José de Espronceda comenzó á construir con su gran talento el maravilloso palacio que dejó sin acabar, era yo muy niño y me hallaba á cien leguas de Madrid. No tuve, pues, el gusto de tratar ni de conocer al inspirado escritor. Tal vez su familia, tal vez sus amigos íntimos oirian de sus labios revelaciones importantes acerca del desarrollo, peripecias y fines del poema; tal vez tengan razon los que dicen que el argumento no estaba enteramente preconcebido. Sea como fuere, D. José de Espronceda debia bastarse á sí mismo para dar digna y magnífica terminacion á un trabajo que, á decir verdad, habia comenzado con escesiva grandeza para que no le ocasionase muchos desvelos, si habia de conducirle al último término por medio de sostenidas é interesantes gradaciones. El plano de semejante obra, era verdaderamente colosal; los cimientos de oro y diamantes; ¿de qué materia preciosa podia valerse el artífice al tratar de darle remate y digno coronamiento? La empresa era árdua y comprometida, aun tratándose de arquitectos del saber y de la inspiracion de Espronceda.

Por esta razon traté de hacer al principio repetidas salvedades, advirtiendo que no me presentaba con el carácter de *continuador*. A riesgo de que se dijese de la mia lo que se dice de las demás, he llamado á mi obra *segunda parte*, que puede servir de continuacion al poema. He dejado intacto el palacio, sin construir nada sobre él; he buscado sombra á sus espaldas y levantado á cierta distancia mi edificio con materiales mios. Así y todo, mi trabajo es digno de algun aprecio, no por su mérito, sino por el buen deseo; por las dificultades inmensas que presentaba; por la constancia que ha requerido, y hasta por la precipitacion con que últimamente he tenido que llevarle á cabo, compartiendo mis horas del dia y de la noche con otras ocupaciones que nada tienen de poéticas, pero que constituyen mi principal y mas inmediata obligacion. Tal vez lo ha comprendido así el público, dispensándome la mas favorable acogida, con la cual juzgo suficientemente recompensados mis desvelos, y desvanecidos en parte mis temores.

2.ª—(*Página* 9.)

Tambien habia pensado dar á conocer por medio de un breve estracto el argumento contenido en los seis cantos del poema del señor de Espronceda; pero desisto de ello, no solo por las razones antedichas, sino porque he considerado que son pocas las personas que desconocen aquel interesante libro, del cual se han hecho repetidas ediciones.

3.ª—(*Página* 54.)

El canto IX de la primera parte de mi libro que he dedicado al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, lo he tomado á la ventura, sin pretender hallar una cosa bastante digna del sábio escritor, del profundo político, del hombre de Estado eminente á quien se dirigia, porque en tal caso, jamás hubiera encontrado entre mis escritos nada que me pareciese apropósito, nada que pudiera llenar la medida de mis deseos. Tenia, pues, que renunciar á esa pretension; pero no me era posible dejar de pagar un tributo de gratitud á quien por tantas veces me ha dispensado su proteccion, que casi puedo decir que todo se lo debo; y en esta alternativa opté, como dejo indicado, por honrar una página cualquiera de mi obra con el

nombre de mi ilustre amigo y compañero de la infancia.

Hoy no pretendo hallarle dentro de las academias y liceos, en el momento de recibir grandes y merecidas ovaciones; no le busco en la tribuna pública del legislador, arrancando aplausos y plácemes con su elocuencia; ni tampoco dentro de las esferas del poder que ha ocupado en diversas ocasiones. Mejor quiero encontrarle en el seno de la vida privada, donde como modelo de hijos cariñosos, de buenos hermanos, de esposos dignos y de amigos consecuentes, el Sr. de Cánovas ha rayado siempre en virtudes, á tanta altura como pudo rayar en la vida pública, ya como gran literato, ya como consumado político.

En ese terreno; evocando recuerdos de lejanos accidentes, que no por ser frívolos ó ligeros dejan de ser gratos cuando el hombre avanza por el camino de la vida, y puesta la mano sobre el corazon, lleno de gratitud y de profundo afecto, ruego al Sr. de Cánovas que acepte benévolamente esta sincera manifestacion de mis sentimientos.

Los que conocen al distinguido personaje á quien me dirijo, aunque sean sus adversarios políticos, saben que cuanto pueda decirse en su elogio es pálido y falto de espresion. Los que me conocen saben que nunca he medrado adulando. ¡Ojalá que mi carácter, unas veces taciturno, otras retraido y poco cortesano, exasperado casi siempre por repetidas contrariedades, no me hubiese alejado tanto, á pesar de los constantes impulsos de mi alma, de las personas á quienes debo gratitud, aprecio y altísimas consideraciones!

(4.ª—*Página* 171.)

El malestar producido por la demasiada tirantez política y por el lujo de arbitrariedad desplegado en los últimos tiempos, trajo aceleradamente la última revolucion española, en la cual, sin embargo, este pueblo magnánimo y generoso, no ha querido llegar á los horrores de la revolucion francesa; pero hay otro malestar que ha hecho que el socialismo se haya infiltrado en muchas provincias, queriendo aparecer adoptando la peor de sus manifestaciones. En vista de este último síntoma alarmante, quieren algunos que se mate al socialismo á fuerza de desdenes. Otros se asustan, y tan pronto como oyen hablar de pobres y ricos, de caridad, de establecimientos piadosos, de alguna proteccion al trabajo, etc., esclaman con escándalo: ¡*socialismo*! ¡*socialismo*! No hace muchos dias que un periódico español, modelo por otra parte de sensatez y de cordura, ridiculizaba á Napoleon III porque habia dado durante el tiempo que lleva al frente del vecino imperio, *un poco de socialismo*; es decir, porque habia proporcionado trabajo y pan á las clases proletarias y menesterosas. Yo no soy político, é ignoro por lo tanto si habrá sido mal hecho hermosear á Francia y dar de comer á los jornaleros para tenerlos contentos y pacíficos; pero creo que si todos los monarcas del mundo, todos los grandes y todos los ricos de la tierra, tratáran un poco sériamente de imitar á Napoleon III en ese pensamiento; que si los caudales no se mantuviesen improductivos é indiferentes; que si se diese estímulo á la industria, á las artes y á las ciencias, no solo por los gobiernos, sino tambien por los particulares; que si los poderosos fueran mas caritativos, menos avaros de goces materiales, y la justicia mas inexorable con los pobres holgazanes, la cuestion social mejoraría. Pero el espíritu de partido lo mata todo y todo lo ridiculiza. Hasta la idea cristiana de hacer bien por los desvalidos, proporcionándoles medios de matar su hambre y de cubrir su desnudez.

5.ª—(*Página* 228.)

La existencia de las tribus y razas á que me refiero, prueba que la decadencia y embrutecimiento de las sociedades han nacido casi siempre de la perversion del pensamiento humano, motivada por el fanatismo y por la influencia de religiones absurdas, tanto mas absurdas cuanto mas se aparten de la ley natural y de la moralidad y la justicia, eternas é inmutables. Algunos filósofos y políticos modernos, proclaman la negacion de todos los principios religiosos y desean formar una sociedad atea, la cual creo que no puede existir ni ha existido en pueblo alguno de la tierra, porque el hombre, á poco que medite, vé algo mas superior y mas grande que el hombre mismo. Ganosos algunos de los que antes he citado, de destruir toda creencia religiosa, comienzan por atacar al catolicismo y al cristianismo, llamando la atencion sobre el número de sus prosélitos, que sin duda es muy inferior al conjunto de los comprendidos en las demás religiones y sectas conocidas.

Entre esas sectas y religiones figuran por la gran suma de adeptos, el *brahmismo* y el *budhismo*; pero la cantidad ¿significa la perfeccion? Esas religiones estendidas por toda la India, China, Japon, Tibet, el Asia central y otros puntos ¿no han podido y debido contribuir á matar en aquellas partes del globo, ó á paralizar cuando menos, la marcha del progreso y de la civilizacion? La vida y la inteligencia del hombre son pocas y muy fugaces para imponerse en los misterios de semejantes religiones. Las escrituras sagradas de Budha forman cien gruesos volúmenes, y los sectarios de esta creencia cuentan que ese tesoro inacabable de

libros, revelados ó nó, asciende á ochenta y cuatro mil tomos.

Pero lo que mas ha debido destruir la marcha de los humanos adelantos en aquellos países, ha sido indudablemente la infinita variedad de castas y de razas establecidas por las religiones que allí se observan. Así como el cristianismo procuró la unidad de la especie, declarando iguales y hermanos á todos los hombres, el budhismo y el brahmismo han procurado separarlos hasta lo infinito; y no contentándose con hacerlo así, los han degradado y envilecido de tal modo que han llegado á formar las castas de los párias y los pulias. Para dar una idea de ese envilecimiento moral y material, creo que mis lectores, algunos cuando menos, no tomarán á mal que concluya esta nota (tal vez no del todo inoportuna) reproduciendo los dos párrafos siguientes:

«A estos infelices (á los *párias*), se les considera menos que á los brutos; nadie se atreve á hablar con ellos á no ser sus compañeros de desventura. Si algun indio descubre desde lejos á un pária, huye de su vista lleno de horror; cualquier objeto que toque se considera como profanado eternamente, y la abominacion de esta casta llega hasta el punto de que se cree que la sombra de un pária contamina el agua ó la leche.» —«Estos infelices tienen fuentes suyas propias y cercadas de huesos de animales, en donde se les permite únicamente beber. Si están acosados por el hambre, lo manifiestan con voces lastimeras ó prolongados quejidos; entonces alguno de los indios mas caritativos les arroja unos cuantos puñados de arroz desde muy lejos, y el pária no puede recogerlos sino despues que haya desaparecido aquel bienhechor. Si un pária se acerca á un guerrero, éste puede matarle impúnemente.»—«Los que pertenecen á esta casta tan desventurada, que los indios reputan maldecida de Dios, son tal vez los restos de una antigua tribu, sometida por la violencia y la barbarie.» (COSTANZO. —*Historia universal.*)

«La tribu de los *pulias*, que habita en la costa del Malabar, es mas miserable aun y de peor condicion. Los desgraciados que la componen se encuentran en un estado de abyeccion tan estremado, que llega hasta el punto de ser considerados como inferiores á los mas viles y asquerosos animales. Estos infelices, llamados *niadis* en algunas localidades, ni tienen siquiera la facultad de construirse una triste cabaña para guarecerse al menos de las injurias del tiempo y de las invasiones de las fieras, que tanto abundan en aquellos contornos; la mayor parte de ellos duermen sobre los árboles, con cuyas ramas forman una especie de nido como los pájaros. Los *nairs* (clase privilegiada) tienen sobre los pulias el derecho de vida y muerte. Cuando á uno de aquellos se le pone en la cabeza probar su fusil, con la mayor sangre fria, apunta al primer pulia que encuentra, y le mata ó estropea impunemente, como pudiera hacerlo con un animal cualquiera. Cuando este mismo pulia pasa por alguna carretera pública, está obligado á gritar incesantemente, con el fin de notificar su presencia á los individuos de las demás castas, y desde el momento que divisa alguno de ellos, huye rápidamente para ocultarse á su vista.»—«Ninguna persona se atreve á tocar el cadáver de un pulia que termine su existencia lejos de los de su casta; á las aves de rapiña sirven sus restos de alimento.» (GLAVEL.—*Historia de las religiones, traducida del francés por el doctor D. Nicolás Vicente Magan.*)

6.ª—(*Página* 228.)

Nada mas diré por no ofender el pudor de mis lectoras, de las abominables y repugnantes costumbres que observa religiosamente la casta denominada *mambury*; pero habiendo hecho alguna indicacion respecto de los tremendos funerales de los hindos, creo que alguna de las personas que tengan mi libro no tomarán á mal el que reproduzca los curiosos párrafos siguientes, tomándolos de la obra sobre las religiones que cité en la nota anterior. Dicen así:

«Se llama *suti*, á el acto que realiza una mujer cuando se arroja á la hoguera que consume los mortales restos de su marido. En este terrible sacrificio se emplea y tiene lugar toda la pompa y fastuosa apariencia que despliegan los indios en sus ceremonias religiosas. Segun las diversas comarcas, varía ese sacrificio en sus formas; pero vamos á describir el modo con que mas comunmente se realiza entre las dos castas superiores. Adornada la viuda con sus mejores galas y joyas, cual en el dia de sus bodas, es espuesta ante la puerta de la casa mortuoria, bajo una especie de pabellon cubierto con ricas telas y variedad de flores. Desde el punto en que aquella ha resuelto sacrificarse, la está vedado todo alimento; siéndola tan solo permitido mascar hojas de betel, y debe además pronunciar contínuamente el nombre del dios de aquella secta, á la que pertenezca. Durante este tiempo, los instrumentos de música no cesan de comunicar al aire sus armoniosos acentos. Cuando es llegada la hora, echa á andar la viuda acompañada de sus parientes, amigos y muchos brahmanes, que situados constantemente cerca de su persona, la prometen en recompensa del acto de piedad que se prepara; para su marido, la remision de cuantos pecados y crímenes ha podido aquel cometer, y para ella una felicidad sin fin. Por medio de sus discursos, cantos y exhortaciones, se esfuerzan aquellos sacerdotes en sostener á la víctima en su primera resolucion, trastornando además su mente por medio de licores espirituosos, mezclados con opio, que en cortas porciones la hacen beber durante la travesía. Una vez que la viuda ha llegado al sitio en que debe ofrecerse en holocausto á los manes de su marido, se despide del modo mas afectuoso de sus parientes y amigos; reparte entre ellos sus mejores galas y adornos, y los abraza por última vez. En seguida, despues de haber dado por tres veces la vuelta alrededor de la hoguera fatal, se detiene sobre una pequeña eminencia que la domina, y desde allí se precipita en las llamas, cuya voracidad aumentan los concurrentes arrojando á la misma hoguera aceite, manteca y otras materias igualmente combustibles. Los músicos al mismo tiempo hacen resonar cada vez mas sus instrumentos, con el objeto sin duda, de que el pueblo no llegue á percibir los gritos y esclamaciones de la víctima. Despues que el fuego la ha devorado, se recogen cuidadosamente todos los huesos, y cenizas para arrojarlas en uno de los rios sagrados; y sobre el lugar mismo donde se ha consumado el sacrificio, se erige una capilla ó cualquier otro monumento para perpetuar su memoria.

Entre las castas que no acostumbran quemar á sus muertos, las viudas se hacen enterrar vivas junto con el cadáver de sus esposos. Cuando una de estas desgraciadas ha llegado al sitio de la sepultura, se la coloca en su fondo y allí mismo se sienta teniendo entre sus brazos los restos de su marido. En seguida se cubre el hoyo con tierra, de tal modo que quede solo descubierta la cabeza de la víctima, á la que se hace tomar un brevaje que algunos escritores aseguran ser un veneno; ó bien para abreviar su suplicio, la ahogan cuanto antes por medio de un lazo corredizo. El pueblo no es admitido á presenciar tan horroroso espectáculo; pues se tiene buen cuidado de ocultarle á su vista por medio de una especie de valla que rodea toda la huesa.

En Bengala, despues de haberse bañado la viuda en el Ganges, junto con el cuerpo de su marido, se la coloca en una especie de catafalco situado sobre la misma hoguera, poniendo sobre ella el cadáver atravesado como figurando una cruz. En esta situacion todos los circunstantes la entregan cartas, telas, alhajas y demás objetos, que por conducto suyo, piensan hacer llegar al otro mundo; de todo lo cual hace aquella un paquete que guarda en su mismo seno, y en aquel momento se prende fuego á la pira. En Bisnagar, las mujeres no se queman, sino pasados muchos meses despues del funeral de sus maridos. Llegado el dia fatal, asiste la viuda á un espléndido banquete cuyos honores hace, disponiendo en seguida por sí misma todo lo necesario para su próxima muerte. En Guzarate y algunas otras provincias, la hoguera se compone de una especie de choza construida con paja y mimbres bañadas de aceite y manteca. La viuda se coloca en su centro atada á un palo para que no pueda escaparse, y sosteniendo sobre sus rodillas el cuerpo de su marido. Terminados estos preparativos, se prende fuego á la cabaña, y en cortos momentos queda todo consumido.»

. . . .

«En 1710, todas las mujeres del radja de Marava se sacrificaron sobre su hoguera con un valor estraordinario; todas ellas se lanzaron de una vez á las llamas, esclamando: «Siva! Siva!» Los sacerdotes las colocaron en el rango de las divinidades, y desde entonces acá se las tributa un culto en el templo que se edificó en el lugar mismo de la horrorosa catástrofe. En las costas de Coromandel se ha visto algunas veces á las esclavas seguir á sus señores hasta la fatal hoguera, y perecer juntamente con ellos.»

. . . .

«A pesar de lo dicho, no todas las viudas hindas muestran la misma intrepidez. Hay algunas á quienes la vista sola de la hoguera estremece, y que hacen lo posible por sustraerse al suplicio á que las condena una costumbre sacrílega. A las orillas del Ganges se celebraba no hace muchos años el *suti* ó sacrificio de la viuda de un brah-

man. La víctima cuyo esterior continente aparentaba una perfecta calma, respondió con sangre fria á los oficiales ingleses que la preguntaban, por qué causa se entregaba voluntariamente á la muerte. Despues de los adioses y ceremonias de costumbre, casi empujada por los brahmanes se arrojó á la hoguera, y notando aquellos un movimiento de la víctima para salir del fuego, la cubrieron con toda la leña de que se componia la pira. Eso no obstante, la desgraciada redoblando sus esfuerzos pudo lograr el desasirse y saltar fuera de las llamas. Los brahmanes corrieron en su seguimiento y la volvieron á arrojar á la hoguera; á pesar de la oposicion y resistencia de los soldados ingleses que se hallaban mezclados entre los espectadores. Aun ensayó la infeliz nuevos medios de resistir á la violencia de los sacerdotes, luchando á brazo partido con ellos. A vista de esto se promovió un tumulto entre la multitud, y por todas partes la desgraciada viuda no escuchaba sino las mayores injurias. Los soldados ingleses quisieron intervenir de nuevo, pero fué en vano.»

. . . .

«Otra viuda, jóven de catorce años, habia logrado igualmente sustraerse al fatal suplicio, refugiándose en un arroyo vecino. Uno de sus parientes presentándola una hermosa tela, la decia: «Ven no temas, yo te envolveré en esta tela y te llevaré á tu casa.—A la hoguera es á donde quieres llevarme; contestó aquella implorando su piedad. Perdon! Perdon! déjame vivir é iré á juntarme con los párias!—Te juro por las aguas del Ganges, repuso el pariente, que es á tu casa y no á otra parte donde voy á conducirte.» Confiada en este juramento, el mas sagrado entre los hindus, la inocente jóven se dejó envolver en la tela; pero se realizó lo que ella mas temia; su perseguidor fanático la entregó á las llamas, siendo inútiles cuantos desesperados esfuerzos hizo la víctima para evitar de nuevo la muerte.

El encarnizamiento y teson que muestran los brahmanes para llevar á cabo estos horribles sacrificios, se esplica por la sencilla razon, de que la mas grande y la mejor parte de los objetos preciosos y alhajas de que está revestida la víctima, quedan para ellos si aquella muere, y en esto tienen tanto interés, cuanto que la viuda en ese caso se adorna con todo lo mejor que posee.»

Terminaré diciendo que nunca la religion de Jesucristo ha autorizado errores y horrores de esa naturaleza. Ella que ha rechazado las escandalosas oscenidades y el brutal sensualismo preconizado por las demás: ella que aconseja la práctica de las virtudes austeras, que manda perdonar las injurias, amar al hombre, instruirle y consolarle; ella que ha tratado de elevar á la mujer y de hacerla pura, noble y buena, es la única en mi concepto, que puede llevar á cabo la gran redencion de la humanidad, conduciéndola por los verdaderos caminos de la civilizacion y del progreso. Los que quieren desprestigiarla, de cualquier manera, ya sea por mal entendido esceso de fervor, por carencia de sentimiento religioso, ó por querer acariciar delirios insostenibles, de cualquier género, (pues en todo cabe la exageracion, que es la que todo lo mata y lo destruye); esos cometen sin duda, yo así lo creo, una falta que lleva consigo resultados fatales de grandes consecuencias para los anhelados adelantamientos de las sociedades humanas.

Madrid, junio de 1869.



ERRATAS.

No en todos, pero si en muchos ajemplares de la presente edicion, se han deslizado las siguientes:

Pág.	*Columna.*	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
38	2.ª	58	*diálogo*	*monólogo*
77	1.ª	22	pelafustran	pelafustan.
126	2.ª	30	irreprochable	reprochable
136	2.ª	40	felicidad	fidelidad
140	1.ª	18 19 20	Y entre tanto que Adam hondo vuelve Por la condesa que á encontrar no ha vuelto. Lanza, sus ojos al pasado vuelve	Y entre tanto que Adam hondo suspiro Por la condesa que á encontrar no ha vuelto, Lanza, sus ojos al pasado torna
163	2.ª	35	repela	repele
Id.	2.ª	53	escena	escenas
167	1.ª	6	Se inspiraran los magníficos—	Se inspirarán magníficos
168	2.ª	27	varones	barones
224	2.ª	8	prestan	presta
234	2.ª	última	futuras	presentes

308313

LS
C3176d

Author Carrillo de Albornoz, Maximino

Title El diablo mundo. Ed.2.

NAME OF BORROWER.

DATE.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

